

Bases materiales de la (r)evolución permanente.



Alfredo A. Repetto Saieg

¿Dónde y cómo se concentra el poder que define la lógica de las principales decisiones que afecta nuestra calidad de vida y nuestro desarrollo como países más soberanos e inclusivos? ¿En qué sentido las diversas y múltiples organizaciones políticas y sociales, las organizaciones no gubernamentales, las comunitarias y de base, pueden eventualmente ser usadas por los trabajadores y los militantes como factor de poder y de cambios? ¿Cuáles son las estrategias más racionales para aprovechar, en beneficio de las mayorías, la crisis de los paradigmas de los dominantes y de la inherente falta de razón del neoliberalismo en la actual coyuntura?

Primero, a través de la crítica al régimen asistencialista y reformista, que bordea los límites de la ineficacia, del estudio y el análisis de las organizaciones no gubernamentales y su evolución hacia una postura política más desarrollista, a través del análisis de sus acciones y reacciones en la recomposición de la resistencia y de sus estructuras y razón política, a través del estudio de la participación y de los diversos ámbitos en que se expresa el poder y la lucha de clases por la primacía de unos o de otros, del análisis de las diversas variantes y alternativas políticas, de las estrategias que plantean los trabajadores como representantes de las mayorías, de las leyes como reflejo de las formas que adquiere y se expresa el poder de los dominantes, y, en fin, a través del análisis de la socialización del poder, busco responder en estas páginas a todas esas interrogantes.



**Bases materiales
de la
(r)evolución
permanente.**

Alfredo A. Repetto Saieg



Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Autor de la obra: Alfredo Armando Repetto Saieg.

De acuerdo a esta licencia usted es libre de:

- *copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra*
- *hacer obras derivadas*

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento - No comercial - Compartir igual: *El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial y las obras derivadas tienen que estar bajo los mismos términos de licencia que el trabajo original.*

Ilustración de tapa: “La manifestación” de Antonio Berni.

El texto legal completo de esta Licencia puede encontrarse al final de esta obra.

Índice.

Capítulo 1: Las organizaciones no gubernamentales y el poder.....	10
El rol del régimen político en el proceso de desarrollo.....	10
Evolución de las organizaciones no gubernamentales.....	19
Las organizaciones no gubernamentales y el régimen político.....	27
Organización y resistencia.....	32
El relato histórico y los medios masivos de desinformación.....	41
La catástrofe humanitaria como llamado de atención.....	49
Capítulo 2: El gobierno, el régimen y la participación popular.....	61
El sujeto social como categoría de acción, gestión y participación.....	61
El pleno empleo como variable de cambio y desarrollo.....	68
El gobierno y los ámbitos de participación ciudadana.....	82
Gobierno, ideología y praxis política.....	93
Elementos del régimen multicultural.....	100
El indigenismo como proceso de insurrección e inclusión.....	113
Capítulo 3: El movimiento social contra la democracia tutelada.....	120
La ley, la lucha de clases y las nuevas relaciones de fuerza.....	120
Estudiantes, trabajadores y la convergencia por el cambio.....	132
Participación, organización y unidad.....	144
¿Hacia una nueva Internacional de los trabajadores?.....	154
Capítulo 4: El modo de producción como base de la libertad.....	170
La reproducción material de la vida de los trabajadores.....	170
La concepción histórica de la existencia del hombre.....	177
Falacias de la teoría económica y del constitucionalismo neoliberal...	183
El trabajo, la producción y distribución de los bienes.....	191
Capítulo 5: El modo de distribución desde la perspectiva del cambio..	198
El ser social como premisa del análisis materialista.....	198
La vida como el mejor fundamento de la libertad.....	205
La batalla por la conciencia, el lenguaje y el saber.....	210
El sentido político de la distribución.....	216

Capítulo 6: El fenómeno de la circulación.....	221
El proceso de producción expresado en la forma de plusvalía.....	221
Las formas de circulación en la caracterización del Estado.....	226
La circulación como síntesis del Estado capitalista.....	232
Circulación de mercancías, plusvalía y explotación.....	238
Capítulo 7: La <i>fuerza de trabajo</i> en la creación del valor.....	244
Cuestiones sobre la fuerza de trabajo como mercancía.....	244
La fuerza de trabajo en el proceso de creación del valor.....	249
La ley de producción de plusvalía y la <i>fuerza del trabajo</i>	254
El régimen en la compra- venta de la fuerza de trabajo.....	260
Capítulo 8: La generación de la plusvalía y sus consecuencias.....	266
Algunas consideraciones sobre el proceso de la plusvalía.....	266
Rotación del capital, circulación de la mercancía y la plusvalía....	272
La mercancía, la plusvalía, el trabajador y el patrón.....	278
La base de la producción del Estado capitalista.....	283
Capítulo 9: La economía, la lucha por el poder y la (r)evolución.....	290
La inflación como método de disciplina social y política.....	290
El consumo y el sentido final del neoliberalismo.....	296
El consumo respecto del fenómeno crítico del Estado capitalista.....	300
Lo político y lo económico en la permanencia de la (r)evolución.....	306
Capítulo 10: Sentido epistemológico de la ideología neoliberal.....	312
La relación entre el Estado, el régimen político y el mercado.....	312
Libertad de los mercados.....	318
La relación del Estado capitalista con la igualdad del hombre.....	328
Falacias de la economía de la especulación y las finanzas.....	334
Epílogo.....	340
Referencias bibliográficas.....	345
Texto legal completo de la licencia.....	357

Capítulo 1: Las organizaciones no gubernamentales y el poder.

El rol del régimen político en el proceso de desarrollo.

Los trabajadores quedaron a la deriva frente a una embarcación que buscó otros horizontes, los del neoliberalismo. En auxilio de los trabajadores, que paulatinamente transmutarán en excluidos y marginados, vienen muchas organizaciones no gubernamentales que se convierten en importantes actores políticos que de acuerdo a su estructura particular y organización interna pueden convertirse o no en sujetos políticos de influencia en la formación de la agenda pública del bloque en el poder gobernante y de ahí eventualmente en agentes protagonistas del cambio social. Lo fundamental respecto de las políticas asistenciales (a veces implementadas por estas organizaciones o por el gobierno mismo) es que miradas en el largo plazo son políticas ineficaces e ineficientes sin desmerecer las necesidades, generalmente urgentes, que vienen a satisfacer. Son éstas políticas públicas ineficientes porque aunque existan las mejores intenciones por parte de las organizaciones, sus acciones siempre llegan tarde porque en vez de actuar sobre las causas posibles de un determinado problema tratan de aliviar sus consecuencias, las que siempre implican un costo monetario mayor que si se previnieran; es decir, si se pudiera actuar a tiempo sobre las causas. Puede alegarse en su favor la falta de recursos, de tráfico de influencias o falta de poder efectivo pero esta no es excusa para organizaciones que eventualmente manejan y controlan recursos económicos y de poder al interior del régimen a través de métodos que muchas veces rebasan la legalidad. Me parece más bien que este tipo de acciones políticas se relacionan más con una contienda por intereses concretos del régimen. En ese sentido, esos intereses tienen que ver con la idea que el régimen político no entre en contradicción con la organización del propio Estado capitalista y su lógica de primacía del derecho a propiedad. Entonces, el límite reformista del régimen político se da por la defensa del proceso de acumulación privada del capital. Si el régimen político va más allá, hacia una concepción humanista, éste tarde o temprano producirá ese choque fundamental entre el régimen político y el Estado y es tan probable que se venga por el suelo toda esta estructura reaccionaria y renacentista como también que los clanes familiares dominantes (ante el peligro que ahora les acecha) reaccionen a tiempo, con recursos de todo tipo, más allá de toda consideración moral y terminen por renegar de lo que aún puede vanagloriarse el neoliberalismo: una democracia superflua, formal, de poco

sentido para los intereses y el bienestar de los trabajadores. Así, las políticas asistencialistas del régimen político son ineficaces porque nos relegan al subdesarrollo en el sentido que no solucionan la dependencia estructural respecto al sistema comercial globalizado. Son ineficaces porque violentan nuestros intereses que intentan girar sobre el bien común más consecuente.

Detrás de la estructura económica neoliberal encontramos una nueva lógica y razón política sustentada en una racionalidad instrumental de tipo *científica- tecnológica* que convierte toda teoría y todo instinto en la apología de un saber parco y absolutista que nos impide descubrir que el modelo del Estado capitalista varió. No olvidemos que este proceso se traduce, al interior del régimen, en un desplazamiento dentro del bloque en el poder de las clases y sectores dominantes relacionados con la burguesía comercial y financiera por un sector de tecnócratas que ahora pasan a ocupar los puestos de poder de decisión dentro del mismo. La economía dentro de este modelo está consecuentemente al servicio de los beneficios de las transnacionales que manejan y controlan los hilos del poder del sistema comercial globalizado. ¿Cómo? Lo hacen a través del dominio de más de dos tercios del comercio global, de gobiernos afines a sus intereses y de reglas mediatizadas a través de las cuales ejercen su fuerza coercitiva a los países menos desarrollados. Esos que son dependientes respecto a las estructuras políticas y económicas, de todo tipo de estructuras y valores que forman parte del sistema comercial global. En ese sentido, poco más de la mitad del volumen de las mercancías que se comercian a nivel global se produce entre sucursales de la misma compañía. Entonces, el poder que manejan las empresas multinacionales es absoluto porque sus intereses priman sobre cualquier otra consideración política, económica o humana. Por su tamaño, por los propios recursos que manejan y controlan, se convierten las transnacionales en elemento crucial del sistema comercial y en imprescindibles actores globales que se sitúan por encima de muchos de nuestros países. Por eso, la realidad dista mucho de desarrollar las variables humanas como el mejoramiento de la calidad de vida de cada uno, la humanización del hombre y de su existencia. La realidad neoliberal dista de ser beneficiosa para la mayoría porque las transnacionales emplean sólo un 3% de la fuerza de trabajo a nivel global y menos de la mitad de esos empleados está en los países menos desarrollados. Pero, en los países donde los trabajadores son contratados, se produce además una fuerte contienda entre los regímenes nacionales de nuestra región para atraer las inversiones de estas transnacionales en la forma de inversiones extranjeras directas. Esto crea un espiral de pobreza extrema de los trabajadores de la que no podemos librarnos porque por intentar mejorar las condiciones favorables a los intereses de las grandes empresas de modo que inviertan, se

provoca una sobrecogedora caída de las condiciones laborales de la mayoría en beneficio directo de los capitales más concentrados. Así, continúa un tipo de racionalización de políticas, más o menos estructurales, relacionadas con la caída de los niveles de vida de la mayoría a partir de un empeoramiento de las condiciones de trabajo vía desregulación laboral, todas políticas públicas que ahondan en la pérdida de derechos de los trabajadores. El gran capital se adueña de cada uno de nuestros sueños, de nuestras frustraciones y alegrías. El capital se adueña de las ideologías, de la religiosidad y de todas nuestras definiciones. Es así como nacen los líderes de una izquierda reformista y banal al servicio de los intereses del régimen neoliberal. Esa nueva izquierda toma consignas ideológicas del realismo político y en base a este paradigma justifica la flexibilidad del trabajo en favor del capital. Esa nueva izquierda simplemente confundió el camino que nos conduce a la emancipación de los trabajadores y por eso se ve desbordada una vez que estos se hacen presentes. ¿Acaso no es la derecha política e ideológica la que planteaba estas políticas? ¿Acaso hoy las medidas más reaccionarias en materia de los empleos y de estructuración económica no son apoyadas por dirigentes que antes militaban en partidos de ideología de izquierda? Con sus aptitudes políticas, sólo consiguieron desmovilizar a los pueblos en su lucha por una mejor calidad de vida. El reformismo político como fin mismo solo trastocó y desvirtuó la conciencia del trabajador convirtiéndonos en seres expertos en la obediencia más sublime. Así, cuando se busca el consenso o el diálogo con los sectores neoliberales dominantes de entrada ya triunfaron esos intereses.

Son pocos los intelectuales de esa nueva izquierda que en sus análisis van más allá del realismo neoliberal para tratar de profundizar en el sentido y significación de las aspiraciones de los movimientos que se niegan a entregarse a la inanición o a hacer de la resistencia un producto del pasado. Menos aún están dispuestos, estos teóricos de la política, a proyectar esos análisis en acciones futuras para producir cambios fundamentales en todos los órdenes de la estructura y la lógica neoliberal. Es que ellos son parte de esas estructuras. Las teorías son como una gran caja de herramientas porque en cierto contexto sirven para despertar conciencias dormidas, maltratadas y refugiadas en un individualismo de poca monta que siempre juega a favor del neoliberalismo. Pero, el auténtico dirigente de izquierda, ese que se niega a ceder, el que se niega a entregar la razón y la lógica al neoliberalismo y su consorte de ignorancia, de falsedades y desesperación, ese que se niega a entregar los partidos que representan las aspiraciones de los trabajadores (el humanismo y los sindicatos, las asociaciones civiles y organizaciones no gubernamentales) a los neoliberales, necesariamente no es un individuo que busca el consenso y el bienestar. No es un pacificador porque trabaja por la

necesidad de que la lucha se de en los términos de reivindicaciones reales a través de métodos, de políticas y de medidas reformistas e indefectiblemente radicales que busquen la construcción de una realidad que sea más humana. El intelectual de la izquierda humanista es hoy ese que sobre la base de un sentido crítico profundo rechaza las ideas preconcebidas de primacía de la lógica económica sobre la lógica de los derechos humanos. La decisión de los intelectuales, dirigentes y líderes políticos es simple y a la vez bastante compleja. O bien éste trabaja en beneficio de los intereses y la estabilidad planteada en los términos políticos, económicos y sociales del neoliberalismo o considera alarmante esa estabilidad y esa razón. Esos intelectuales y esos líderes, que toman partido por el neoliberalismo dominante, son importantes en la formación de la dominación de la lógica de los clanes familiares que gobiernan vastas regiones de la aldea global. Son sujetos leídos y estudiados por los dominantes, son los tecnócratas, dependientes unos y otros de los medios de comunicación, de la casta empresarial, de los altos funcionarios, esos que están limitados al rol que les compete en el perfeccionamiento de los mecanismos racionales de dominación sobre las mayorías. Los sectores reformistas así interiorizaron un tremendo complejo de culpabilidad que los transformó en cómplices estructurales de esos clanes familiares dominantes y sus intereses elitistas, intereses relacionados directamente con la lógica de la acumulación privada más agresiva del capital, y terminaron construyendo una suerte de nueva teología basada en la creencia y en los dogmas de la fatalidad de las leyes superiores de la economía, del Estado capitalista de producción. Los teóricos al servicio del neoliberalismo intentan negar, a través de la teoría de los consensos o de caída de los paradigmas, las divergencias, las cuestiones esenciales que a la inmensa mayoría aquejan. Proclaman el fin de la historia y de la lucha de clases y así caen en el limbo de la indiferencia, de la ineptitud y del desencanto. No son capaces de interrogarse sobre el lugar que ocupa el hombre ante los mercados financieros ni qué valores o ideas defender en la formación de otra realidad. Ya sea que se trate de la teoría del fin de la historia o de la negación de la división de la sociedad y de nuestras realidades en clases sociales o de la teoría del choque de las civilizaciones, lo principal es ocultar ese debate necesario. A través de estas políticas se desentienden de las responsabilidades sociales y de resolución que les cabe a los distintos actores involucrados en las relaciones comerciales en cuestión, en especial, las responsabilidades económicas, sociales y políticas que les caben a las multinacionales en esta gran catástrofe económica, productiva, financiera y especulativa. En teoría, se convirtieron en los defensores del libre comercio oponiéndose a cualquier regulación de sus actividades. Sin embargo, cuando la crisis es una realidad y es una verdad, en la práctica se

lanzan a salvar a los grandes especuladores y sus instituciones financieras. En medio de toda esta putrefacción el respeto por los derechos humanos es una quimera.

¿Cómo hablar así de los derechos humanos, con cierta propiedad, si el derecho a la vida es fuertemente menospreciado? No es exagerado plantear que los derechos humanos se encuentran de rodillas ante los intereses de las transnacionales. Pero, producto de esas antinomias existen trabajadores, de las distintas regiones de la aldea global, que con una visión de más largo plazo plantean la necesidad intrínseca de regulación de esta anarquía en la lógica de los intercambios comerciales globales que nos afecta a todos a pesar de que no a todos por igual. Lo primero es vivir con lo nuestro en las actuales condiciones. Es importante entender el nuevo rol que cumplen las exportaciones en relación a las estrategias de desarrollo y de crecimiento de nuestros países. Esta no es una cuestión menor porque muchas veces ese vivir con lo nuestro, el desarrollo del mercado y del consumo interno, puede producir ciertas tensiones en relación al abastecimiento de nuestro mercado interno y las posibilidades mismas de exportar ciertos productos, bienes y servicios. Hay que retomar el problema del rol que las exportaciones tienen que cumplir como parte de un programa integral de crecimiento y desarrollo nacional basado en el mercado, en el consumo y ahorro interno y actuar en consecuencia, es decir, reivindicando la soberanía nacional. Lo central es que las exportaciones (tan necesarias para la generación de divisas) no terminen convirtiéndose en una alternativa al desarrollo, al mercado y al consumo interno sino que, antes bien, sean parte de una estrategia política que refuerce y perfeccione ese mercado interno. No tiene sentido, desde esta perspectiva política, un juego de suma cero aunque también es verdad que se presentan tensiones y presiones pero se trata de considerar esta cuestión como un proceso fundamental que logre superar las tensiones producidas entre el mercado interno y su abastecimiento y las exportaciones. En otras palabras, es necesario responder a ambos mercados y sus correspondientes necesidades de bienes y de servicios en virtud de una fuerte complementariedad en virtud también de una producción social a escala que sea suficiente para ambos mercados (el interno y el global). Pensemos que las exportaciones siempre son parte constitutiva de los diversos procesos de desarrollo de los pueblos que alcanzaron ese estatus.

El desarrollo de las potencialidades y capacidades de exportación de los regímenes latinoamericanos colabora en mejorar nuestras economías de escala, apuntando a volúmenes de producción de distintos bienes mucho más importantes, en tanto calidad como en cantidad debido, por ejemplo, a las exigencias sobre la cualificación de esos bienes y servicios en relación a su

presentación o embalaje lo que por otro lado nos conduce al logro y a la búsqueda de ciertos avances tecnológicos y al mejor manejo de los conductos comerciales que finalmente tienden a incrementarse. Se trata de pensar las exportaciones de bienes y de servicios como proyección del mercado interno, como complementario de éste en el proceso de crecimiento y desarrollo y bajo ningún aspecto como alternativa a éste. No es posible ni el abandono del mercado, consumo y el ahorro interno como tampoco es viable castrar las posibilidades de exportar. La demanda interna que implica el consumo, el gasto público y la inversión productiva, necesitan de un grado importante de divisas para poder actuar dentro del marco de un proyecto nacional, popular y soberano de desarrollo, porque siempre operan necesidades de insumos, de equipos y bienes que provienen del exterior. El endeudamiento externo así podría ayudar a salvar la situación pero solo de momento, a nivel coyuntural digamos, porque en el plazo más largo ese endeudamiento es perjudicial para la soberanía del país. El aporte de divisas- siempre conseguidas a través de las exportaciones- tiene un rol relevante como parte complementaria de ese proyecto político de desarrollo en cuanto posibilita la fuerte expansión de la demanda interna y retroalimenta ese círculo virtuoso de consumo, de ahorro e inversión interna. Es necesario producir y no especular, creer en el hombre y en su trabajo y no en los mercados financieros o en el tesoro de Estados Unidos porque de otra manera solo impulsamos un proceso donde son las transnacionales las que ganan en derechos lo que necesariamente implica, lo reconozcan o no, desigualdades extremas y problemas sociales, políticos, económicos y medioambientales muy graves.

Los actores políticos al servicio de los sectores de interés dominantes que políticamente se expresan a partir del realismo político, en definitiva, lo que buscan es defender la idea que la política económica del neoliberalismo no puede ser modificada en lo sustancial porque su racionalidad consiste precisamente en facilitar el juego libre de las diversas fuerzas del mercado y de la acumulación y reorganización del capital. De acuerdo a esa concepción de los neoliberales, las ciudades y las comarcas, los países y las regiones, en especial las estructuralmente dependientes de los centros globales del poder, solo les queda intentar posicionarse de la mejor forma posible en el juego de la razón y del supuesto beneficio de la inversión de capital global en nuestros países. Pero, esa libertad del capital- pregonada desde siempre por los grupos neoliberales- supone la drástica reducción del rol y por eso del real poder político del régimen en relación a la definición del tipo de proyecto de país a que aspiramos, del tipo de crecimiento y desarrollo que estamos dispuestos a sostener políticamente en la búsqueda creciente del bien común. El problema es que los costos humanos derivados de esa redefinición de las actuaciones y

del rol general de los sujetos políticos constitutivos del régimen político, son tremendos porque lo que se impone es la marginación, es la pobreza y es el desempleo a partir de un proceso de exclusión estructural de los sectores populares del mercado del trabajo, de los derechos civiles y en general de la propia gestión de la agenda pública en favor de los sectores reaccionarios y conservadores. El neoliberalismo bajo la égida de esos supuestos lógicos coloca en riesgo la gobernabilidad general de un país al profundizar en las brechas sociales. La solución política que en ese contexto nos plantea la corriente neoliberal sostiene la necesidad de políticas sociales, pero esta vez redefinidas en su alcance y en sus circunscritas a la lógica del automatismo del mercado, pretendiendo internalizar los diversos criterios y mecanismos de asignación de recursos del mercado y procurando una eficiencia definida como la asignación de fondos públicos de modo de lograr metas sociales fijas con menores costos. El sentido de las políticas sociales de los neoliberales no buscan la igualdad de derechos dando sus beneficios a todos los trabajadores de acuerdo a sus necesidades puntuales. Tampoco el sentido es recuperar las contribuciones sociales de cada uno en función de su riqueza o de su ingreso sino que muy por el contrario, a partir de las razones de los neoliberales, el objetivo primero de esas políticas se limita a compensar las más graves y dantescas situaciones económicas y sociales que se generan a partir de las múltiples incapacidades de integración social del neoliberalismo.

Sumado a todo eso está la cuestión de la profunda regresión en cuanto al pago de impuestos, del sistema fiscal que se vuelve fuertemente regresivo, o sea, a favor de los que más tienen y en perjuicio de los que menos tienen. Todo eso en nombre de minimizar los costos del sistema de recaudación y del *realismo político* que en este caso puntual nos habla de no aplicar políticas públicas que, dado el propio automatismo de los mercados, puedan eventualmente ahuyentar las inversiones y los capitales en general. En la vida cotidiana eso se traduce en que el nuevo sistema fiscal cae de bruces, cada vez de manera más implacable, sobre los que menos tienen llegando incluso a afectar a los sectores medios de la población que llegado el momento ya no están dispuestos a financiar con sus impuestos un régimen profundamente ineficiente, corrupto y de beneficencia. De dos formas puede ser la reacción de esos grupos sociales: o se reniega de la condición de clase reivindicando las ideologías y las posturas ideológicas más reaccionarias y conservadoras o por el contrario se está del lado de los trabajadores. En este segundo caso, de la profundización de la democracia real en base a la inclusión y generación de empleos, hay que considerar que el respeto real por los derechos humanos de todos está condicionada por el marco material del sistema económico, por los niveles, la lógica y formas que adquiere la producción nacional, sus metas

y el modo de distribución de bienes y beneficios sociales en general. Cuando decidimos apoyar un régimen popular, cuando la opción es por el respeto y primacía del derecho a la vida por sobre todas las otras consideraciones que además nos asegura el pleno respeto por los derechos humanos, es necesario contrarrestar la fuerza de los sectores neoliberales y la perversidad de los efectos de sus políticas, aún las de beneficiencia. Para eso no basta con la voluntad política- de por sí central en un proceso de cambios- sino que antes bien es necesaria la movilización a favor de los intereses de los trabajadores.

Las políticas sociales neoliberales además de ser ineficientes en el sentido que actúan apenas sobre las consecuencias y no sobre las causas de los dramas sociales que nos aquejan, también gozan de escasa legitimidad. En efecto, la creciente focalización de este tipo de políticas sociales produce que los sectores de pobreza extrema sean segregados de los beneficios de una sociedad de consumo que además genera resistencia de los sectores medios que llegado el momento no están dispuestos a sustentar esas políticas con sus impuestos mientras que los sectores más favorecidos y concentrados de la economía se caracterizan por evadir de manera creciente sus obligaciones tributarias. Por un lado, tenemos un régimen fiscal muy regresivo, con una increíble tolerancia respecto a la evasión tributaria de los sectores y grupos de interés dominantes, que además son ampliamente favorecidos por ese régimen, y por otro lado tenemos una lógica tributaria que va con todas sus fuerzas sobre los trabajadores. En esas circunstancias (las necesidades de control y dominio social así lo exigen) definen a los sectores excluidos como una masa uniforme dispuesta para múltiples y variadas maniobras político-electorales, donde los desempleados se convierten en clientes, realimentando un régimen marcado más por la competencia por el poder de administración del gobierno que por los objetivos trascendentes de un régimen popular que se relacione con la satisfacción de las necesidades de los trabajadores. Eso conlleva un marco político de referencia de corto plazo que a su vez es el fundamento de la ineficacia de las políticas asistenciales de los neoliberales que exacerba el antagonismo político, económico, social e incluso cultural porque también se acentúa el clivaje cultural entre los sectores medios y los pobres, debilitando aún más la integración social.

La ineficiencia de las políticas sociales aplicadas por los neoliberales son estructurales como también lo son las causas de la exclusión social. Más allá de las intenciones de sus actores directos, el asistencialismo focalizado es apenas la otra cara de la irracionalidad de conjunto de un capital que opera sin otros límites que la competencia auspiciada por el automatismo de los mercados. Sin cambios en las estructuras y en la lógica del régimen político la tendencia que se impone es la creciente ingobernabilidad social y política

que hace uso de crecientes recursos de los trabajadores para financiar un régimen político que solo juega en favor de las necesidades de control del Estado capitalista y sus intereses de acumulación privada. Este es un proceso que se retroalimenta porque, dada la ineficiencia intrínseca del régimen, se acelera la caída de parte importante de los sectores medios y de sus recursos que así son degradados en su vida social, consolidando la pérdida irreversible del principal recurso que distingue a un régimen más justo y equilibrado, es decir, la capacidad creativa y aquella voluntad de iniciativa de una población heterogénea pero decididamente integrada en un régimen popular, inclusivo, dinámico e interdependiente. Si bien es cierto que las medidas, programas de beneficencia y de asistencia social en el marco de los regímenes políticos neoliberales son ineficientes e ineficaces, incluso son aleccionadoras desde el momento en que crean clientes en vez de ciudadanos y desde el momento en que perpetúan respuestas coyunturales que no están en condiciones reales de solucionar los problemas estructurales de inclusión de los sectores sociales más vulnerables en términos económicos y sociales, la cuestión cambia cuando esas mismas políticas asistenciales y de beneficencia se aplican bajo las directrices y los valores de un régimen nacional y popular que en el más largo plazo busca la emancipación de las mayorías a partir de la generación de empleos. La cuestión cambia cuando estamos frente a un régimen popular porque la lógica de las políticas de beneficencia y de asistencia tienen otro sentido, tienen la responsabilidad de incluir a los excluidos. Si bien es cierto que la mejor manera de inclusión es a partir de la generación de empleos, en procesos de transición, cuando estamos en la etapa de buscar soluciones para los sectores más vulnerables socialmente, por las consecuencias y dramas de las políticas neoliberales y las urgencias de los sectores más necesitados y vulnerables, que ya no pueden seguir esperando, para los cuales todo es urgente, son necesarias esas políticas porque las políticas de generación de empleo son de largo plazo. Entonces, cuando las políticas asistenciales se entienden en ese sentido, desde la perspectiva de las urgencias de los que todavía no son incluidos, estamos frente a políticas que redundan en la consolidación de la justicia social, de la distribución de la riqueza e incluso de una mejoría sustancial de la equidad. En ese contexto, las políticas asistenciales bajo los parámetros de los regímenes populares, son eficientes.

Así, en los procesos de cambios, la factibilidad, la propia eficiencia y la eficacia de las nuevas estructuras políticas, de las medidas en ese sentido aplicadas, depende no sólo del test político sino también de la posibilidad de rebalancear en favor de la gestión democrática de los trabajadores el poder económico generando fuerzas directamente económicas (poder de mercado y financiamiento o comportamiento económico de las mayorías sociales) que

regulen los mecanismos que hoy tienden a subsumir toda actividad de los trabajadores (como los mecanismos financieros o reales, minorista locales o globales, productivos o de servicios, materiales o culturales) a la economía que está al servicio de los intereses del capital. Mediante una reestructuración de la economía productiva, de generación de trabajo, tan epocal como la que está experimentando la economía del capital, es posible desarrollar redes de producción y distribución de bienes urbano-rurales que busquen formas más igualitarias de acceso a los beneficios de la producción y distribución de los alimentos y de otros bienes de manera de sentar las bases de un sistema más orgánico de economía popular dirigida a la satisfacción de las necesidades de los trabajadores. Es necesario advertir que una economía bajo los parámetros populares tiene importantes dimensiones sociales, políticas y culturales que logran trascender ampliamente los límites estrechos de la economía en el sentido de la lógica de los neoliberales porque supone potenciar con todos nuestros recursos el saber popular, la movilización, la participación de los trabajadores, el compromiso y la gestión. De ahí que la solidaridad de éstos, que es necesaria para la formación de una *economía popular*, no se sostiene solo con acciones voluntarias de desarrollo de la conciencia nacional, sino que también requiere reestructurar la lógica del sistema educativo, de la salud y del acceso a servicios públicos, así como la incorporación regulada de mecanismos del mercado bajo los efectos y los lineamientos políticos de la primacía del derecho a la vida que milita por el pleno empleo de la fuerza laboral. En particular, si las políticas sociales y de beneficencia típicas del neoliberalismo, que buscan reforzar el control y la dominación social, son redirigidas en favor de los intereses del trabajador, que antes que reforzar el dominio político de los sectores más concentrados lo subvierten, tienen un alto potencial de defensa, reivindicación y desarrollo creciente del régimen popular porque promueven la inclusión de los más desfavorecidos.

Evolución de las organizaciones no gubernamentales.

La nueva realidad de exclusión económica y política trazó su sendero de miserias y exclusión cubierto por una civilización de hombres retrógrados, deprimidos, reaccionarios e infelices. En esas circunstancias, evolucionan las organizaciones formadas por los trabajadores y en ese sentido tampoco las *organizaciones no gubernamentales* son una excepción a la regla porque evolucionan hacia otras posturas que buscan respuestas, fuera del ámbito del gobierno, a los múltiples dilemas que encuentran los trabajadores frente a un régimen que no los representa porque éste, de manera progresiva, relega la solución de esos problemas (que antes eran de su competencia exclusiva) al

ámbito privado. Incluso, cuestiones fundamentales como la seguridad o el desempleo quedan fuera de su competencia y así, como respuesta parcial, aparece la seguridad privada o los barrios cerrados mientras que el tema de creación de empleos queda supeditado a la estabilidad económica, la suba de salarios o a una mayor productividad del trabajo. Es el mundo soñado por el neoliberalismo pero es también, desde esa nueva realidad política, que las organizaciones no gubernamentales son llamadas a cumplir un fuerte rol de contención y de organización económica y social. Estas organizaciones no gubernamentales intentan así canalizar los esfuerzos de muchos trabajadores que buscan recuperar su dignidad reclamando parte de un poder que les corresponde ante la falta de los canales institucionales y participativos. No es extraño entonces que el gran auge de las organizaciones no gubernamentales se produzca durante la primacía del neoliberalismo que formará un régimen altamente excluyente. Hay incluso una evolución positiva del concepto de *cooperación para el desarrollo* al interior de algunas organizaciones no gubernamentales concluyendo que no basta con hacer las cosas sino que es necesario planificar. Para llevar adelante un proyecto de desarrollo en determinada área, la comunidad primero toma conciencia del problema pero, por sobre todo toma conciencia de sus posibilidades reales para afrontarlo. Esto no es menor considerando que muchas de esas organizaciones no tienen el poder suficiente para lograr incluir determinadas problemáticas dentro de la agenda pública. Pero, esto no impidió que algunas de estas hayan tomado como bandera las múltiples críticas ante fenómenos como la globalización a favor del capital financiero. A partir del siglo XXI, las manifestaciones, las representaciones y las movilizaciones fueron sumando cada vez más adeptos como los desempleados que, con el apoyo de sus respectivos sindicatos u organizaciones sociales, de base y de derechos humanos, impulsaron el repudio cada vez más generalizado a la aplicación de políticas neoliberales. Sin embargo, a pesar de esa resistencia no existen leyes de alcance global en el sentido de colocar orden en este tremendo caos que es el neoliberalismo, en el sentido de respeto por la especificidad de cada pueblo, por su soberanía y su autodeterminación; en el sentido de afrontar, de una vez y para siempre, la crisis estructural que la patronal no es capaz de asumir. La globalidad en los términos neoliberales muestra una arquitectura hecha sobre organismos de cooperación y de multinacionales manejados por unos pocos países con gran poder de veto y de acción política y militar.

Con el neoliberalismo se da nueva significación a muchos conceptos. Ahora resalta el individualismo, el egoísmo, el éxito en términos económicos y la exaltación de la libertad sobre todo en el ámbito de la economía. Una libertad y una emancipación que es fugaz por la falta de auténtica dignidad y

respeto por el semejante, ese que también forma parte ineludible de nuestro entorno. Esta nueva concepción de la idea de libertad encarna ni más ni menos que una visión minimalista del régimen político, de sus funciones, sus roles y compromisos para regular el conjunto de nuestra realidad. Una visión de libertad donde las diversas, simples y complejas reivindicaciones de las mayorías pertenecen a otra época, a otra estructura que habría sido superada por conceptos como los de rentabilidad, de ajuste, de privatizaciones o de flexibilización laboral. Las organizaciones no gubernamentales buscan llenar alguno de estos vacíos. Las que tienen la posibilidad de actuar globalmente están más comprometidas políticamente que otras. Lo central es que estas organizaciones son importantes porque buscan aliviar la situación presente de los marginados y eventualmente pueden ser importantes en un contexto de cambios estructurales, que bajo las premisas del régimen popular, buscan terminar con las consecuencias de los procesos de exclusión. Este proceso de exclusión, lo sabemos, genera aumento del desempleo, deterioro del sistema de salud pública, de la educación y la desintegración del tejido social. Es en este campo donde actúa porque la población demanda la atención de sus necesidades pero es gente que por lo desesperado de su situación no pueden esperar. Sus necesidades apremian por ser necesidades básicas. No se busca reemplazar al sector público en su responsabilidad de llegar con acciones directas a toda la población sino que la estrategia es la articulación, a través del régimen político, en la asistencia a las personas y familias en situación de pobreza y la identificación y apoyo de experiencias innovadoras que sean signo de una concepción del desarrollo humano. Ahí radica la importancia de las políticas asistenciales, o sea, que actúan sobre las urgencias en un marco de inclusión. Lo central de esas organizaciones es que en su germen están constituidas por un profundo respeto a la vida y por los derechos humanos. Esta es la característica central que las vincula a pesar de la importante heterogeneidad de sus funciones, sus realidades e ideologías. Por eso, ellas están llamadas a ser un actores centrales en la construcción cotidiana de una realidad que supere al neoliberalismo en todos los aspectos siempre que estén dispuestas a asumir sus responsabilidades y se comporten de acuerdo a las circunstancias que la historia les exige. Es decir, cuando una organización de cualquier índole, si basa su accionar en el derecho a la vida, en el respeto sin concesiones de los derechos humanos, se convierte en una organización radical en tanto coloca el acento en un dinamismo especial para liderar y dirigir causas que las engrandecen como la lucha contra la pobreza y la exclusión, el cuidado del medio ambiente, la defensa de las minorías, la reivindicación de los derechos de las mujeres o la educación y capacitación de los trabajadores, que militan por el respeto de los derechos humanos.

Al respecto, la evolución de la *cooperación no gubernamental para el desarrollo* en el caso de la mayor parte de nuestros países se produce con cierto retraso por la situación de las dictaduras militares que dominaron políticamente el siglo XX desarticulando la organización y movilización de los trabajadores por la represión inherente de esos gobiernos. Con la vuelta de los regímenes de pretensiones democráticas- y con la instauración de la razón dominante neoliberal- las *organizaciones no gubernamentales* toman nuevo impulso prestando su ayuda y experiencia al desarrollo en esas áreas donde el régimen dejó de actuar por una cuestión de la lógica generada por el neoliberalismo. En verdad, no existe entre las organizaciones una definición clara de desarrollo, del proyecto de país o del crecimiento que se busca y esto propicia una variedad de enfoques para esa disyuntiva. En un principio, estas organizaciones no gubernamentales para el desarrollo surgen de las distintas inquietudes y necesidades de algunos sectores de la sociedad al constatar que los regímenes establecidos no son capaces o no quieren dar solución a los problemas que existen porque éstos simplemente no son parte de la agenda pública. La idea fundadora de estas organizaciones es, entonces, plantear y construir una solución que sea política, social y económica a esos problemas desde las bases mismas. Además, cada una de estas propuestas de desarrollo no se circunscriben sólo al ámbito de las relaciones urbanas sino también al ámbito rural especialmente en los países con fuerte presencia de ese sector. Ellas trabajan decididamente como organizaciones que colaboran con los programas auspiciados por la FAO. Algunas de estas son las organizaciones locales de auto ayuda, como las organizaciones de los campesinos o de base y las organizaciones no gubernamentales para el desarrollo promocionales o intermedias. Existe también un tipo de *organizaciones no gubernamentales para el desarrollo promocionales*, es decir, que son organismos autónomos de desarrollo (no locales) con personería jurídica y una estructura orgánica (formales), personal y recursos provenientes de la financiación externa sin ánimo de lucro. Su área de acción se caracteriza por un enfoque más bien alternativo, su habilidad para desarrollar servicios con muy bajos costos, dar respuestas y resoluciones mucho más flexibles e innovadoras, trabajar con recursos humanos voluntarios y depender del financiamiento externo. La meta de éstas es mejorar las condiciones de la población rural especialmente los sectores más castigados por la pobreza y marginalidad. Este objetivo se persigue mediante algunos parámetros básicos: Primero, la colaboración con el propio régimen político y las agencias globales y otras organizaciones en la identificación y movilización de organizaciones campesinas de base para facilitar su participación. Después, la colaboración con el gobierno y con el sector público en general en la formulación de políticas públicas, recolección

de datos, diseño y ejecución de proyectos de desarrollo rural que sean lo más participativo posible, el fortalecimiento de la capacidad de liderazgo de las organizaciones locales de la población rural y la misma capacitación de sus miembros para actividades más específicas de desarrollo. En ese sentido, esas organizaciones actúan como consejeros válidos en el ámbito del propio gobierno y de las agencias de desarrollo. Finalmente, trabajan en un radio amplio de prestación de servicios a través de proyectos de acción cuyos objetivos, en general, buscan mejorar las condiciones y el contexto de vida de los campesinos para lograr su participación en el proceso económico y social, es decir, estas organizaciones identifican el programa de acción, lo elaboran, luego buscan el financiamiento con las diversas organizaciones no gubernamentales que son donantes y colaboran con los beneficiarios directos en la ejecución.

Personalmente, creo que un proyecto de desarrollo viable y creíble, en el que deben tener una fuerte participación las mismas organizaciones no gubernamentales para el desarrollo (en tanto que son parte representativas de determinados intereses, sectores, grupos de la sociedad civil y de los grupos más perjudicados) necesariamente significa desarrollo prioritario de la esfera social dirigido a la amplia mejoría de las condiciones de vida y la calidad del trabajo. En otras palabras, desarrollo de la esfera social que también quiere decir descanso y recreación, educación, cuidado de la salud y protección a minusválidos y ancianos. Significa una incesante preocupación y ocupación por la riqueza cultural de los trabajadores. Significa mucha más democracia, reforma, más marxismo que a su vez significa mayor movimiento creativo, más organización, métodos científicos y una vida material y espiritualmente mucho más digna. Radicalismo y desarrollo de otras realidades que significa más democracia y apertura a nuevas ideas, más solidaridad en la producción, en las relaciones sociales y personales y más preocupación por los asuntos de nuestros países. *Radicalismo político* significa redistribución del ingreso, más ocupación, preocupación e inclusión social. En el tema ingresos, la redistribución tiene que intensificarse, es decir, hay que canalizarla a la generación de más puestos de trabajo de calidad, trascendiendo los aspectos asistencialistas del desarrollismo. Significa otro tipo de inserción de cada uno de nuestros países en el sistema comercial global de manera que estemos en mejor forma para aprovechar todas las oportunidades de la globalización lo que, a su vez, nos ayuda a eliminar las vulnerabilidades y tensiones venidas desde los centros del poder global. Esta es la condición indispensable para recuperar la soberanía en relación a la política económica. Es necesario un conjunto de acciones y de políticas que abarquen la diversificación de las exportaciones y de las empresas del rubro exportador para poder mejorar la

capacidad competitiva de nuestra producción tanto en el mercado interno como en el externo. La prioridad es trabajar por construir un nuevo tipo de proyecto económico, un proyecto político basado en la primacía del derecho a la vida de todos, para ingresar en otro contexto, en una fase y en una época histórica que ahonde en el crecimiento más equilibrado y justo.

Es necesaria la vigencia de un régimen político más democrático, de amplia representación pero también de movilización y de participación de los trabajadores a través de los diversos organismos o movimientos sociales que se constituyen en el proceso porque esa estabilidad institucional- sumada a la seguridad jurídica- son importantes condiciones para que nuestros países puedan salir adelante. Es imprescindible afianzar el régimen democrático en una economía viable y sustentada en el pleno empleo de todos los recursos disponibles, el aumento de la productividad pero también de la participación necesaria de los trabajadores en el disfrute de bienes y servicios generados por todos. Además, el régimen político debe involucrarse en el desarrollo nacional promoviendo con equidad la distribución de la riqueza para lograr mayor bienestar e integración social. Es importante también el logro del superávit fiscal y de la balanza de pagos sobre la base de la producción, del consumo, la inversión y el ahorro interno. No olvidemos que la prioridad de todo régimen que se precie de democrático es atender las necesidades de los trabajadores. Pero, ese básico contrato social fue violenta y sistemáticamente violado por el neoliberalismo que solo buscaron cumplir con los usureros contratos especulativos del régimen político con los acreedores externos. Por el contrario, cumplir con el contrato social significa concentrar el poder y los recursos del régimen en la reactivación de la economía y en la erradicación del hambre, de la exclusión y marginación de los sectores sociales que son más vulnerables. Simplemente, no hay futuro posible sin alcanzar estas condiciones por eso el humanismo busca encarrilar nuestros regímenes de manera de consolidar nuevas formas de creación de empleo de calidad y en cantidades suficientes para garantizar la inserción social de todos a través de la mejoría de la calidad y condiciones de vida del trabajador. La propuesta del reformismo radical es abarcativa y es orgánica porque se muestra como un todo para superar las frustraciones y el propio letargo de tantas décadas de subdesarrollo generados por el capitalismo en general y sus políticas que, en fin, subordinan nuestros pueblos a los intereses de los mercados financieros y especulativos globales. El aporte de cada organización no gubernamental en nuestros países es entonces de un valor inestimable en las circunstancias de transformación integral. Son imperativas las acciones internas de base como un elemento clave para dar soluciones a las distintas cuestiones que hemos acumulado desde nuestra independencia y que se determinan por factores

estructurales como el subdesarrollo. Estas soluciones no deben buscarse en el exterior sino en los trabajadores, en los vecinos, en las organizaciones y las asociaciones que los representan.

La motivación de la cooperación externa necesita, en primer lugar, de una estructura organizativa y administrativa bien definida como régimen con lineamientos precisos sobre cómo sacar a nuestros países del subdesarrollo endémico. La tarea central de las organizaciones no gubernamentales, en el sentido de crear consenso para un nuevo plan de desarrollo humano basado en el pleno respeto de los derechos de todos, necesariamente gira alrededor del fortalecimiento de las organizaciones e instituciones de base capacitando a sus dirigentes y promoviendo redes locales de ayuda y participación de los trabajadores. Los nuevos aportes de estas organizaciones no gubernamentales al crecimiento y desarrollo nacional sostenido parte de la idea de constituirse en organizaciones de base que intenten influir y participar de una agenda pública que tendría que incluir temas como fortalecer la participación de los trabajadores, la articulación entre el sur y el norte, una articulación con la cooperación externa y acciones para el combate efectivo de la pobreza. Las organizaciones no gubernamentales y las asociaciones civiles o comunitarias, los movimientos y los partidos políticos, junto con todas las asociaciones representantes de los trabajadores, son llamadas a jugar un rol central en fortalecer las capacidades para que las propias organizaciones representativas del pueblo, los partidos políticos y los sindicatos, se involucren activamente en el diseño de políticas y en el monitoreo de los programas económicos y políticos, sociales y culturales en todos los niveles. Para esto es necesario que en el ámbito institucional se cree un marco político y legal de reconocimiento jurídico de las distintas asociaciones, de los sindicatos, los movimientos y las organizaciones.

En relación a la cuestión de la formación de un partido político o un movimiento representante de los trabajadores, de la clase de los asalariados en el sentido más profundo, en el sentido de la búsqueda de la emancipación de éstos, es necesario adoptar un par de determinaciones para reclamar la urgencia de éste. Siempre es necesario, de acuerdo a nuestros temperamentos y convicciones, allanar el camino que nos permite cultivar las semillas de una táctica en los términos reformistas y radicales de manera que seamos mucho más que meros críticos contemplativos. El partido, la asociación o el frente, la concentración o movimiento de características y temple reformista y radical es así una estructura de convicciones repleta de buenas intenciones, es una estructura política con un programa, con ideas interesantes, tácticas e improvisaciones sobre la marcha para triunfar en cada uno de los frentes en que haya que afrontar la embestida reaccionaria. Entonces, lo cotidiano se

relaciona principalmente con la intervención e integración, en los hechos y en las luchas, para influenciar en el sentido más positivo sobre éstas para ensanchar los medios de acción en un clima de unidad de los trabajadores. El proceso de cambios en los términos del humanismo busca su culminación en una democracia basada en el derecho a la vida de todos mientras que los otros buscan la deshumanización y por eso la consolidación, mantenimiento y conservación del neoliberalismo o cualquier otra vertiente capitalista. Esa es la postura de las estructuras definidas en base al reformismo político como final. Por eso, la garantía de los nuevos tiempos reside en esa otra unión, en ese frente de los trabajadores pero también en la independencia orgánica y estructural de los que constituyen los trabajadores más esclarecidos en cuanto a su conciencia, interés, tácticas y luchas. De ninguna forma el voluntarismo podrá erigirse sobre la estructura y los intereses de la mayoría como tampoco podremos aceptar un utilitarismo circunstancial al modo de los reformistas políticos porque, en ese caso, nuestro conglomerado no constituirá más que un frente político amorfo llamado a resquebrajarse ante el mínimo contacto con la realidad. La garantía del cambio reside en la participación y gestión de los trabajadores. Participación que recoja lo mejor de nuestras experiencias. El derecho a la vida de todos no es negociable, bajo ningún aspecto, porque la emancipación significa dejar atrás las miserias de esta globalidad definida a partir de los intereses del capital.¹

Las contradicciones del neoliberalismo no se solucionan a través del reformismo como fin porque no encuentra en éste las garantías de solución. Todas las tácticas y las maniobras políticas llevadas adelante por ese tipo de concepciones ideológicas están huérfanas de un auténtico *arte de lo posible* porque las negociaciones entabladas con los grupos dominantes, para seguir sosteniendo el régimen y la lógica de la acumulación privada de los capitales, significan a priori el triunfo de las minorías para continuar la explotación de las mayorías. La democracia política fue consignada en nuestras conciencias y ya es parte de nuestro acervo cultural y político y si el reformismo político de izquierda no es capaz de dar un paso adelante, entonces, tendrá que dar un paso al costado. No hay posibilidad de errores porque los cambios necesarios

¹ En estas circunstancias, hay que pensar el desarrollo económico como una ampliación definitiva, concreta y real de las capacidades y la libertad de elección de los trabajadores que se asiente en fortalecer el mercado interno y que así supone, también, competitividad internacional en todas las áreas posibles como base principal de atención y de desarrollo de la demanda interna y la expansión y diversificación de las exportaciones. Hay que impulsar un fuerte y sostenido proceso de industrialización nacional (basado en un proceso de tecnología que es conveniente) que produzca mayor dinamismo de los mercados para garantizar el crecimiento a favor nuestro.

formarán un movimiento político y social que supera las estructuras políticas, económicas y sociales en que basa su dominación el neoliberalismo. Sería lamentable no confiar en una progresiva evolución política y social de las conciencias de los trabajadores. De hecho, una tarea prioritaria en la lucha se forma a través de la necesidad de profundizar y acelerar con todos nuestros instrumentos ese desarrollo. La historia de la lucha y la evolución de clases no esperan y sería fatal que los cambios radicales quedaran librados al azar. De esa manera, éstos no están librados al azar porque responden al estado de la lucha entre unos y otros intereses y a la primacía de una u otra clase social. No están librados a la contemplación filosófica o la crítica porque las grandes transformaciones la hacen los trabajadores. Afirmar lo contrario nos conduce a un gran fiasco histórico cuyo porvenir debilita las posiciones e intereses de las mayorías. Las políticas de colaboración con los dominantes conducen a los trabajadores a la derrota anulando por mucho tiempo las posibilidades de desarrollo y de solución de los problemas más urgentes. Por eso, conforme se consolidan distintos regímenes políticos radicales, nuevas organizaciones no gubernamentales y movimientos de base, sociales y políticos de toda índole, crecen en importancia no solo en nuestros países sino también a nivel global relacionándose con cuestiones como la exclusión de los trabajadores del mercado de trabajo y consumo, la falta de representatividad de base de los canales institucionales tradicionales del régimen político o el agravamiento de cada uno de los problemas sociales derivados de este orden. En estas circunstancias, también se transformó la forma de acceso a las tecnologías, de los avances en las comunicaciones, en la informática y en los modelos de participación del trabajador. Se generó en los trabajadores una predisposición a buscar otros canales de participación para incidir en la resolución de cada urgencia. Así, las *organizaciones no gubernamentales* y los *movimientos políticos, de base y representativos de los trabajadores en general*, son desde ahora conductos que no sólo prestan asistencia sino también canales que facilitan la participación de quienes son excluidos. Además, los eficientes resultados demostrados por las organizaciones no gubernamentales y los movimientos de base en las distintas instancias de la gestión política y social estimulan aún más a los trabajadores a la participación social a través de todas ellas. Las organizaciones no gubernamentales y esos movimientos son instrumentos para ejercitar formas eficientes y solidarias de participación, de inclusión, de aprendizaje y capacitación.

Las organizaciones no gubernamentales y el régimen político.

Plantear cierto proyecto en términos de un desarrollo alternativo en el campo de lo económico, en el campo de lo político y lo cultural, que busque superar el neoliberalismo, significa ir mucho más allá del reformismo como fin. En el campo de la acción política, la reforma del régimen profundiza en un cambio auténtico, de otros paradigmas, que necesitan sin duda un rol más amplio de las instituciones, de las organizaciones no gubernamentales, las asociaciones civiles, los movimientos sociales, los partidos políticos (...) en cuanto a canalizar las demandas y la cultura popular como complemento de las actividades de auto-ayuda y como una forma de politizar estas actividades para que respondan a intereses de una digna vida. Se necesitan trabajadores de carácter más conmovedor, con voz, con la palabra que reclama y exige con gestos más austeros pero, más, mucho más altaneros. Se necesita fe en sí mismo. En este proceso, las organizaciones de base aumentan su dimensión y desarrollan políticas y estrategias más amplias y decisiones más radicales. La sinrazón y las peculiaridades de la lógica neoliberal es lo más vulgar y hacia ella se dirige nuestro desprecio en especial porque esa razón implica objetos, ideas y tácticas, estrategias y fines contrarios al libre desenvolvimiento del más alto humanismo. Debemos indignarnos frente a todos los instintos de los grupos dominantes y ante cada una de sus estímulos que buscan eternizar un régimen que no da para más. Esto afecta las relaciones de las organizaciones no gubernamentales, de los movimientos políticos y sociales de base, de las asociaciones de todo tipo, de los sindicatos y los partidos políticos con los trabajadores que en teoría son quienes sustentan la estructura del régimen. Pero, en este otro planteamiento, las redes de los marginados se fortalecen y obtienen mediante sus propias reacciones sus representaciones y una voz mayor en la formación de políticas públicas porque se supone que todas las asociaciones, sindicatos, los movimientos u organizaciones gubernamentales o no facilitan este proceso. Por ejemplo, en Latinoamérica hay ciertas clases de organizaciones no gubernamentales para el desarrollo y hay en éstas una tendencia clara a ocuparse por puntuales procesos de desarrollo humano, más amplios que se traducen en una preocupación real por los trabajadores, por su capacitación, concientización, su capacidad creadora. Otro factor central en el planteamiento de un proyecto alternativo de desarrollo es que la variante de cómo influye la estructura del sistema comercial global no se encuentra presente o sólo como simple condicionante, tratada como factor externo, sin entender en toda su cabalidad las consecuencias que provoca en el arte de lo posible de los reformadores radicales. Cuando no se consideran todos los factores en su real dimensión, por muy bien tratado que esté su proyecto político, nos encontramos en el límite entre la realidad y el utopismo. Caemos en el utopismo cuando aflora la impotencia en el logro de los

cambios y ahí viene en auxilio la teoría. Las organizaciones y asociaciones que acá nos ocupan son una reacción a las fuerzas globales estructuradas en base a las multinacionales y sus políticas de recorte en el ámbito social debido a las condiciones impuestas a través de organismos de presencia global como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o el Club de París. Lo interesante es que muchos de estos movimientos y asociaciones no fijan su atención en limitaciones relacionados con las estructuras globales sino en las alternativas de desarrollo a nivel local (descubriendo y creando su propio espacio para maniobrar en este proceso). Así, estas organizaciones buscan un desarrollo que implique un cambio en las relaciones de poder en todos los niveles, incluyendo el ámbito global. Enfatizar las restricciones de la realidad y las circunstancias históricas junto con las consecuencias de esa nueva globalidad, subrayando las posibilidades y la necesidad de cambios internos, es necesario y fundamental para el correcto planteamiento de un programa de desarrollo alternativo con capacidad política para incidir en los cambios a nivel nacional y local en nuestra región.

En el proceso de la transnacionalización en marcha tanto *lo local* como *lo nacional* y *lo global* están entrelazados y relacionados por lo que una separación estricta entre estos niveles sólo es posible a nivel analítico. En ese sentido, la interdependencia entre los diversos regímenes políticos y su lógica, entre las regiones y los grupos económicos y sociales (...) aumentó considerablemente con la globalización de los intercambios comerciales entre los países. Estas circunstancias de interdependencia entre el nivel del gobierno una vez que es reconocido nos proporciona un cuadro más honesto y realista del margen de maniobra del régimen político. Puede proporcionar un campo más honesto a los trabajadores, a sus expectativas y sus sueños. La batalla por la primacía de una nueva razón, una alternativa, un arte de lo posible que se fundamente en los derechos y demandas de las mayorías es así necesaria porque ésta gira alrededor de la necesidad del cambio estructural. Primero hay que aclarar la apreciación real de las relaciones de poder en el contexto global que se entreteje alrededor de nuestra existencia y experiencia como trabajadores. No es un proceso fácil pero promete y cumple en demasía pero no es tampoco un proceso automático ni generado espontáneamente, ni menos exento de dificultades porque los medios de comunicación masivos adquieren un fuerte poder de presión sobre otros sectores más vulnerables del régimen político por la forma en que éstos construyeron su relación con el gobierno y el sector público en general.²

² Teóricamente la propaganda política es el arte de promover una idea política, un partido, una creencia, una persona, una teología o una simple razón por diversos medios

El neoliberalismo es una ideología de dominio deshumanizante que no admite reforma alguna. Entonces, ser marxista es luchar también por una comunicación libre, participativa y plural, comprometida con el desarrollo de las personas y pueblos, que actúa como motor de cambio hacia una sociedad más incluyente y justa, más auténtica. En el plano político la meta inmediata gira alrededor de algunas ideas no negociables. Por ejemplo, la difusión de información sin censuras previa porque esto solo favorece a los hipócritas que, a través de falsos supuestos valores de tolerancia se transforman en activos o pasivos agentes al servicio de los intereses del neoliberalismo. La información, por lo trascendencia de su difusión y del poder para encauzar hacia determinada dirección la opinión pública (de manera que le sea posible plantear a la sociedad los problemas socialmente importantes), se revela vital en la construcción de otro entorno. Luchar es también propiciar procesos de reflexión y acciones para potenciar el rol transformador de la comunicación en los medios. Es promover y facilitar la generación de alianzas, de ciertas redes y el intercambio de conocimiento e información entre organizaciones, partidos políticos, movimientos, entre los diversos actores y sujetos sociales y políticos que compartan nuestra visión del mundo como vía para impulsar el reconocimiento y la participación de los trabajadores.

publicitarios para su aceptación. La concentración humana en áreas metropolitanas de las ciudades y el perfeccionamiento de los medios de comunicación, gracias al avance de la electrónica, dieron impulso inusitado a la propaganda política que, juntamente con la publicidad comercial, se convierte casi en una ciencia cubierta y envuelta en conceptos vanidosos que pretenden pasar por verdades impraciales y absolutas. Entonces, la técnica de la propaganda política varía en el tiempo en paralelo a la evolución tecnológica de los medios de comunicación y hoy muchos conceptos de publicidad comercial se trasladan a la acción política para ayudar a conseguir su objetivo de vender una idea o un candidato en el “mercado” electoral.

“Mercado” político o electoral. Hasta ahí llegó la lógica de la eficiencia, de la productividad y el engaño. Las técnicas de propaganda política no sólo varían a través del tiempo, paralelamente a la evolución tecnológica de los medios de comunicación, sino que además fueron perfeccionando su impacto y hoy no es ningún misterio que muchos conceptos de la publicidad comercial se trasladaron a la acción política para ayudar a conseguir su objetivo de vender al candidato en el mercado político. El consumidor y el elector ahora están en la misma vereda y se parecen peligrosamente. Los medios de comunicación así transformaron la cultura popular y de esta transformación no se libró ni siquiera la acción política. Cada vez más la actividad política es un show mediático, especialmente en los medios televisivos, los que a su vez deforman la conducta de los dirigentes que se tornan medio histriónicos. El debate de la cosa pública, entonces, deviene en un interminable espectáculo plagado de trucos publicitarios y manejos efectistas desnaturalizando el verdadero rol de la política. Lo único que se logra es que tengamos un régimen superfluo y una democracia vacía de contenido, formal.

¿Cómo es posible que pretendamos que los únicos que posean una praxis política, un método o una ideología, que los únicos que posean una técnica de la agitación y de la propaganda, los únicos que sepan organizar y apuntalar hacia ciertos fines, inmediatos y de más largo plazo, sean solo los dominantes? En esta lucha, la información se convierte en instrumento que revela la utopía sobre la que se levanta la razón neoliberal: la información (como integrante de un cuarto poder institucional) no puede someterse a las reglas del mercado y menos a los intereses de corporaciones transnacionales ajenas a nuestra realidad nacional porque actualmente la información que predomina en los medios sigue atada a unos cuantos grupos sociales con el suficiente poder político y económico y esto significa que ellos, en fin, tienen la suficiente fuerza para influir de manera decisiva en la formación de la agenda pública del régimen en perjuicio de los sectores más vulnerables. En ese contexto, es necesario entender que la época de las verdades reveladas, de la verdad absoluta, cierto evangelio reaccionario de los dominantes, llegó a su fin y por eso recurren a todos los posibles maniqueos que les permiten sentirse impunes, dominantes y dueños de las grandes corporaciones de la producción, de la información y comunicaciones. Pero, también tenemos que entender que la historia es una historia viva de las ideas y que las verdades absolutas, desde nuestro punto de vista, tampoco son posibles aunque sí tenemos derecho a reivindicar nuestras verdades como un conocimiento más racional porque está más cerca de las necesidades y humanidad del hombre.

Un frente político que aglutine a los diversos movimientos sociales y políticos en manos de los trabajadores no es realizable ni mucho menos racionalmente posible si nos obstinamos en buscarlo desde la cima porque su constitución solo es posible desde las propias bases. Y si no somos capaces de cumplir con este mínimo de exigencia política estratégica, en relación a la construcción de un frente radical, nuestras acciones terminan siendo heroicas pero aventureras, sangrientas, ideológicamente perezosas y fundadas en el desprecio de las necesidades, materiales y espirituales, más reales del hombre simplemente porque el reformismo como fin asienta su poder ideológico en los artificios que le permiten controlar los intereses de los trabajadores en provecho propio. El reformismo va contra la historia del trabajador porque solo encuentra su justificación en la necesidad de dominar y controlar por todos los medios. Sencillamente, el reformismo no puede entender que el hombre es el centro, o sea, es la medida de todas las cosas. No hay otra ruta posible. Desde esa perspectiva hay que pensar la reforma del régimen, desde una postura que coloque al hombre como centro del universo aunque los sectores de poder dominantes pretendan imponer otras circunstancias. La reforma es central y es un desafío constante porque cada régimen político es

una empresa singular y particular que se desenvuelve de acuerdo a las circunstancias históricas de cada pueblo. Las canalladas de los capitalistas, que contradicen los valores más elementales y centrales del hombre, es la que nos muestra la soberbia y la grandeza de la empresa que significa la reforma del régimen político para desde ahí ir por la naturaleza capitalista del Estado. La envergadura de esta empresa es la que no nos permite bajo ninguna circunstancia ser timoratos, cobardes o reformistas políticos sin caer en la desesperación, la degradación y el sometimiento más atroz. La única reforma válida es la que va por las estructuras y la lógica del Estado capitalista y sus formas de manifestarse a través del régimen. Por su parte, la única estrategia política válida contra el Estado, contra el régimen político, es el reformismo que basado en la movilización de los trabajadores, de las bases, se radicaliza en favor de otra forma, una bastante más digna, de vida para la mayoría. Esa vida digna solo puede construirse en base a un proyecto político que considere en toda su amplitud la satisfacción de las necesidades de los sectores populares.

Organización y resistencia.

Para no caer en equívocos o en malos entendidos hay que repensar las diferencias más importantes que existen entre las diversas organizaciones no gubernamentales que hacen que unas y otras sean organizaciones de diversas características. Que unas potencialmente se relacionen con la primacía del derecho a la vida del hombre y otras no tanto. Estas se diferencian a partir de tres cuestiones que son básicas. Primero, por los objetivos temáticos de cada una de ellas o sea, no es lo mismo hablar de Greenpeace que de la Cruz Roja (sin desmerecer la obra y el accionar de ninguna de ellas). En segundo lugar, si los destinatarios de sus actividades son o no miembros de la organización. Existen organizaciones no gubernamentales que son muy críticas del estatus quo como Greenpeace, otras muy críticas con respecto a las políticas sociales de sus respectivos gobiernos y otras que, con tal de conseguir algún tipo de subsidio importante por parte de organismos públicos o privados, hacen una total prescindencia de las intenciones y del origen de esos fondos. Son las organizaciones que terminan haciendo el juego político a los detentadores del poder material y que tras su accionar refuerzan las políticas regresivas del poco diáfano mundo neoliberal. Finalmente, tenemos otras que se conciben como un proyecto de crecimiento y desarrollo (las llamadas organizaciones no gubernamentales para el desarrollo) que son asociaciones, plataformas, coordinadores y resto de organizaciones que centran su actuación en materia de cooperación internacional para el desarrollo en la que su acción se orienta

a la promoción de los pueblos emergentes. La amenaza más grave, en cuanto al desarrollo futuro de las organizaciones no gubernamentales, es que esos sectores que responden a los intereses de los neoliberales se hagan con sus estructuras y con su sentido. Por lo mismo, los neoliberales manifiestan una actitud muy colonizadora hacia estas organizaciones, es decir, se pusieron en guardia y empezaron a actuar para eventualmente ganarlas para la defensa de su realidad que es una verdad que se cree dada, consolidada y eternizada. De acuerdo al neoliberalismo, los objetivos principales de las organizaciones no gubernamentales deberían concentrarse en su propia reingeniería captando las mejores técnicas de gestión para evolucionar hasta convertirse en una especie de empresas comercialmente competitivas y exitosas. Entonces, si las organizaciones no gubernamentales y aún las organizaciones o movimientos sociales, políticos y comunitarios buscan entre sus objetivos la idea de un planeamiento gerencial, apoyado por una buena técnica e instrumental de publicidad y marketing entonces podrían alcanzar de la forma más óptima sus propios objetivos como organizaciones. El dilema que subyace detrás de esta visión de metas y formas administrativas y gestión de las organizaciones no gubernamentales es que- más allá de la valoración que pueda hacerse de su metodología- la incorporación del instrumental del área del mercado empresarial no admite una transpolación mecánica y menos aún cuando no se consideran factores tan importantes y centrales como el contexto político de la comunidad en que actúan. Se corre el riesgo de que esas organizaciones evolucionen en simples organizaciones ejecutoras de las políticas públicas del gobierno en particular perdiendo independencia frente a los sectores y grupos dominantes dentro del bloque en el poder y así independencia crítica frente a las consecuencias del mercado neoliberal. Precisamente es la tarea de los neoliberales.

Si analizamos la historia reciente de nuestros países vemos cómo, en la transición desde las dictaduras de seguridad nacional hacia los regímenes de pretensiones democráticas de base neoliberal, muchos funcionarios de varias organizaciones no gubernamentales se aliaron detrás de los que buscaban la instauración de regímenes neoliberales y su militancia por las políticas de liberalización económica o de flexibilización laboral. Incluso, aportaron su basta experiencia organizativa y su retórica reformista para poder controlar el desencanto y la desilusión de los trabajadores ante la lógica de exclusión del régimen imperante, cuando se tomó público conocimiento que estos líderes y sus políticas no solucionarían sus problemas más urgentes. Así, las acciones de estas organizaciones no gubernamentales (combinado con el reformismo y el realismo político) no hizo más que desmovilizar a los trabajadores en su lucha por la recuperación de sus históricas conquistas y derechos. Mientras

tanto, los dominantes lograron reaccionar políticamente frente a esas luchas de los trabajadores mediante el accionar de ciertas fundaciones privadas y fondos del sector público que empezaron a financiar algunas organizaciones no gubernamentales que eran las que expresaban una ideología contraria al régimen. Así, hoy existen miles de organizaciones no gubernamentales que estando bajo la lógica de los neoliberales reciben millones de dólares y compiten con los diversos movimientos socio- políticos y organizaciones de base por la lealtad de las comunidades militantes. A pesar de que muchas de esas organizaciones no gubernamentales critican, cada vez más abiertamente, las continuas y reiteradas violaciones de los derechos (humanos) sociales es bastante notorio que no denuncien a sus grandes benefactores de países como Estados Unidos o de la Comunidad Europea. A la luz de las nuevas luchas de los trabajadores el Banco Mundial incrementa sus donaciones. El eje donde confluyen estas organizaciones con el Banco Mundial es en el rechazo al protagonismo del sector público en la economía. En la superficie, estas mismas organizaciones son contrarias al neoliberalismo y critican al régimen desde una postura progresista defendiendo a los trabajadores a partir de una visión individualista mientras el Banco Mundial critica al régimen en nombre del *automatismo del mercado*. Así, los regímenes neoliberales aprovecharon estas organizaciones para dismantelar el sistema de seguridad social del régimen político benefactor y terminaron adquiriendo funciones de medios de compensación de los sectores más perjudicados por las nuevas reformas. Estas organizaciones se convirtieron en parte del rostro solidario del régimen neoliberal complementando su labor marginal, destructiva y opresora.

Si bien la mayoría del resto de las organizaciones populares como los sindicatos, los partidos o movimientos políticos se encontraban en tremenda crisis de representatividad y efectividad en relación a sus acciones, cuando los neoliberales transfieren lucrativas empresas del sector público al ámbito privado, a través del gran negociado que significó las privatizaciones de los '90, las organizaciones no gubernamentales no estuvieron ni fueron parte de la resistencia sindical. Por el contrario, se mostraron activos en la creación de proyectos privados promoviendo el discurso de la iniciativa privada de auto ayuda al dedicarse a fomentar programas de micro empresa en comunidades pobres. Este tipo de organizaciones no gubernamentales se encargaron de crear puentes ideológicos y racionales entre los pequeños capitalistas- ahora lógica y racionalmente neoliberales- y los monopolios que se beneficiaron con esa ola de privatizaciones y desregulación. Todo en nombre del realismo. Mientras tanto, los clanes familiares dominantes a nivel global consolidaban sus vastos imperios especulativos y financieros a partir de las privatizaciones al tiempo que diversos profesionales y técnicos de los sectores medios, que

trabajaban en algunas de esas organizaciones no gubernamentales, recibían pequeños fondos para financiar sus oficinas, sus gastos de transporte y sus actividades para promover actividades económicas en pequeña escala que hicieran más soportables las consecuencias de imposición del neoliberalismo. Esas organizaciones no gubernamentales despolitizaron a vastos sectores de la población, e ignorando sus compromisos hacia las actividades del sector público, se valieron de líderes sociales potenciales para realizar proyectos económicos de pequeña relevancia. Al recibir donativos de los gobiernos nacionales o foráneos perdieron su autonomía y su independencia política y económica, su misma independencia de ideas y se convirtieron en parte de la estructura del poder de los tecnócratas. Funcionaron como simples agencias contratadas de los gobiernos locales e incluso nacionales.

Sucede que el *realismo político* tiene un interés muy comprensible en mantener las estructuras, las metáforas y vicios de la razón instrumental de dominio del neoliberalismo porque constituyen parte de éste. El reformismo solo es una parte- la inicial- del proceso de cambios. Por lo tanto, las tareas, luchas y combates a librar y las barricadas a levantar son inmensas dando otro impulso, más decisivo, a los cambios solo a través del radicalismo. La más urgente de las tareas es la participación de los trabajadores para que la representación política se haga más justa y mucho más noble. Por su parte, los movimientos, partidos u organizaciones representativas de los intereses del trabajador, en conjunción con las organizaciones no gubernamentales, en países donde el realismo político, el neoliberalismo y la reacción todavía dominan, se hallan desorientados en relación a las metodologías y estrategias que llevan a superar la exclusión y la pobreza. La indigencia y la pobreza teórica de esos movimientos representativos de los trabajadores, en estas condiciones históricas y políticas, es por lo menos tragicómica porque, a través del control ejercido por el régimen neoliberal, se esterilizan todos los combates en todas las barricadas en que se expresa porque se da máximo relieve a la representación en perjuicio de la participación y la movilización. La cuestión es que en estos países la representación política de las mayorías se encuentra fuertemente distorsionada por diversos y múltiples mecanismos y chicanas institucionales que el régimen neoliberal construyó a esos efectos. La representación política se encuentra fuertemente limitada y restringida por la misma lógica del neoliberalismo que solo le es posible, por una cuestión de sobrevivencia, reconocer los derechos formales que nunca se materializan en conquistas y derechos concretos y reales. Pero, ahí radica una más de las debilidades del neoliberalismo como máxima expresión de una de las etapas superiores del imperialismo: las ilusiones democráticas y el régimen político de pretensiones democráticas se nos desploma por su misma incapacidad

para solucionar las graves cuestiones que aquejan a las mayorías. Falta, en esos países en concreto, una estructura partidaria radical capaz de canalizar las frustraciones y el propio movimiento espontáneo de los trabajadores para conquistar los centros de poder de decisión. La elaboración teórica y práctica de una estrategia con estructuras y organizaciones políticas representativas de los trabajadores es prioridad urgente para no ser víctimas del ostracismo y del utopismo. Las trincheras formadas en beneficio de la liberación y por la radicalización de los cambios democráticos señala una etapa importantísima en el desarrollo de los grandes cambios que anhelamos, no en el sentido de la resolución de las graves problemáticas que nos corroe, sino el de su uso para demostrar a las mayorías la ineficacia del reformismo político y sus ilusiones democráticas para formar un orden justo.

Es precisamente en esta etapa del desarrollo del movimiento social y político, de participación de los trabajadores de esos países donde se revela la eficacia de las consignas democráticas para reforzar estas posiciones en los campos de batalla y para destruir las barricadas de la reacción. Gobernar es una cosa, otra es el poder. Se puede gobernar y no tener el poder que es la máxima bajo la que se rige el reformismo político y los partidos de apenas pretensiones democráticas que se levantan sobre la estructura institucional de esos pueblos. *Yo gobierno pero no soy poder* es la máxima de las ilusiones democráticas. También se puede ser poder y no gobernar. En realidad, se es poder pero se gobierna desde las sombras para sostener en el tiempo la lógica e intereses del capital. Las organizaciones no gubernamentales deben ganarse para el reformismo radical. Sería un grave error táctico desconocer el trabajo y accionar de todas esas en las que prima el derecho a la vida como máxima incondicional. En las actuales circunstancias históricas, mientras el régimen político neoliberal se globaliza, tenemos también una realidad un poco más humana gracias a la presencia, el trabajo y las acciones que realizan las organizaciones no gubernamentales porque la labor de éstas se traduce en comedores infantiles, en contención de los más desfavorecidos, en la defensa del medio ambiente, en la construcción de una conciencia ciudadana global, en movilizaciones y protestas que van contra las políticas de organismos globales, en la construcción de la solidaridad o en la defensa de los derechos humanos. Las organizaciones no gubernamentales cuando se orientan de la mejor forma generan un ambiente de responsabilidad social y de libertad que hace surgir del cuerpo social actitudes nuevas en relación con los dramas que enfrentamos como trabajadores. Esas organizaciones no sólo se enmarcan dentro de una política asistencial y reivindicativa sino que a veces impulsan proyectos, otros modelos de desarrollo humano, especialmente en el campo de la educación y producción de ciertos bienes materiales para la población,

que no logra incluirse dentro del mercado del trabajo y consumo. En este sentido, su labor es inclusiva porque colaboran en la recomposición de las fuerzas sociales y así contribuyen a que se revaliden, como núcleos políticos cohesionados y como organizaciones que estructuran las acciones y prácticas desgastadas de algunos sindicatos o partidos políticos que retrocedieron ante la caducidad de los paradigmas que los sustentaban. Las organizaciones no gubernamentales son una genuina expresión política de los trabajadores pero en ningún caso los representan en su globalidad. Son necesarias pero nunca suficientes porque la mayoría de ellas tienen una visión parcial del conjunto de soluciones y necesidades plausibles de llevar a la práctica.

Las organizaciones no gubernamentales son una forma de trabajar por los derechos de los trabajadores y por el interés público que se expresa de diversas formas. La denominación genérica de éstas es la que sigue:

“Organizaciones representativas de ciertos sectores la sociedad civil o tercer sector que hacen referencia a los grupos de trabajadores que se asocian en el intento de participar en el planteamiento, definición y posible aplicación de determinadas políticas públicas que solucionen ciertos problemas concretos de un sector social en particular o directamente que trabajan para intentar cambiar el régimen político en que viven”.

Son trabajadores que más allá de su credo, de su etnia, muchas veces del grupo social o de ciertas creencias, se organizan en defensa y promoción de valores que hacen a la democracia y los derechos humanos implícitos en un régimen político más inclusivo, para luchar por una realidad equitativa, por un medio ambiente más saludable o simplemente para mejorar la calidad de vida en sus comunidades. De todas sus posibles acciones, es el campo relativo a los derechos del hombre el más prolífico, el más urgente y visible para trabajar en beneficio de los derechos de las mayorías nacionales. Las *organizaciones no gubernamentales* que trabajan a beneficio exclusivo del respeto por los derechos humanos, a veces reemplazaron a las instituciones en esos espacios y en esos escenarios que anteriormente estaban reservados a ellas y que abandonaron una vez que logró consolidarse la idea directriz del régimen político mínimo en relación a las regulaciones o en relación a las políticas asistenciales típicas del desarrollismo. Es decir, desde el momento que cumplen tareas de cierta prioridad en los espacios que son abandonados por las organizaciones gubernamentales son centrales para aliviar la situación de los grupos de riesgos con los cuales trabajan. Estas organizaciones no gubernamentales, que hacen su aparición a partir de los años '70, forman un novedoso cuadro de instituciones, organizaciones, movimientos políticos y

de actividades extra gubernamentales y en las que participa la sociedad civil. Son una variedad de instituciones y de organizaciones como las asociaciones de productores o consumidores, cooperativas, las juntas de acción comunal, los sindicatos, las fundaciones, las asociaciones de padres, grupos vecinales, gremios, movimientos sociales y muchas otras. Esas organizaciones actúan en dos vías, a saber: como canales de comunicación e interlocución entre el régimen y los trabajadores y como tribuna privilegiada desde la que esos mismos trabajadores se unen en una sola voz, bajo determinados paradigmas grupales comunes, para expresar sus preocupaciones y necesidades. Desde la aparición de las organizaciones no gubernamentales este movimiento logra evolucionar desde una fase inicial de asociaciones dispersas con un alcance limitado en relación a sus múltiples facultades hasta convertirse en actores, en sujetos políticos y hasta movimientos nacionales con su propio sentido de la cultura, de la identidad y una creciente legitimidad de la comunidad global. Entonces, es necesario que nos planteemos algunas interrogantes, no menores, en relación a las características comunes de las organizaciones no gubernamentales por el solo hecho de trabajar en la defensa y promoción de los derechos del hombre. Por ejemplo, ¿qué tipología de organizaciones de derechos humanos existen? ¿A partir de qué intereses es posible definir las?

En primer lugar, hay que observar en cada una de esas organizaciones no gubernamentales que trabajan en beneficio, defensa y promoción de los derechos humanos, una opción de trabajo, bien sea por la reivindicación de los derechos civiles y políticos (la vida, la integridad y la participación), por los derechos económicos, los sociales y culturales (la salud, el trabajo o la cultura) o por los derechos colectivos (el derecho a un medio ambiente más sano, servicios públicos más eficientes y por los derechos de los trabajadores como consumidores). De igual manera, existen organizaciones que dedican su acción en favor de las minorías culturales, en beneficio de los sectores que históricamente fueron excluidos, empobrecidos, discriminados y marginados como también ciertos grupos más específicos como la niñez, las mujeres o las personas con discapacidad motriz. Estos campos de trabajo en ocasiones se combinan aunque se observa que a mayor especialización mayor es la capacidad de influencia y los resultados concretos de estas organizaciones. En segundo lugar, algunas de esas organizaciones no gubernamentales se caracterizan por dedicarse, de diversa manera y variados métodos, a la defensa y promoción de los derechos humanos. De hecho, algunas ahondan en la conquista de los derechos sociales- políticos que reivindican el derecho a una mejor calidad de vida, de salud, de acceso a la vivienda, a la educación, mientras que otras denuncian e intervienen ante instancias administrativas, políticas y hasta judiciales, de carácter nacionales o globales, para llamar la

atención sobre los atentados contra la vida de los ciudadanos. Esto no sólo marca sus concretas posibilidades de incidencia social, cultural y política, sino también sus riesgos y el tipo de políticas necesarias para impulsar su acción en el ámbito en que ellas trabajan. También esas organizaciones pro defensa de los derechos humanos pueden analizarse a través de la labor concreta que realizan porque éstas, sus instituciones, formas de lucha, acción y lógica, las razones de sus militantes su ideología están relacionadas con la visibilidad que la organización tenga ante los demás actores, organizaciones o movimientos sociales de todos los tipos, con su correspondiente impacto en la opinión y en la agenda pública o en los medios de comunicación. En tercer lugar, sus estructuras y formas de actuar tienen mucho que ver con las reales posibilidades o no de acceder a los organismos globales relacionados con la protección, la promoción y defensa de los derechos humanos. Este punto es importante porque refleja e implica un grado mayor de especialización en las estructuras de esas organizaciones que hacen trabajos concretos, encargados a los abogados de derechos humanos, para llevar a instancias supranacionales los casos de amenazas, de violación o vulneración de los derechos humanos cuando ellos no son respetados por determinados regímenes nacionales. En cuarto lugar, hay que reconocer la incidencia e influencia que puedan lograr en el debate político y en la implementación a favor de los derechos humanos en el ámbito de construcción de la agenda de gobierno a través de la defensa, promoción, sanción y aplicación de políticas, ciertas regulaciones y acciones universales pro derechos humanos. Esta labor tiene que ver mucho con la manifestación social, política y administrativa demostrando, en definitiva, que son interlocutores válidos y naturales de lo público abriendo camino a reformas y cambios significativos, a veces incluso radicales, al interior de nuestros países. Por otro lado, la promoción y la difusión de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario es fundamental para que estas organizaciones sean capaces de llevar adelante sus reclamos y acciones no sólo a la comunidad en general, sino también a los actores y los sujetos sociales y las diversas fuerzas que intervienen en la lucha por la formación de la agenda pública. Al fin, una característica común de esas organizaciones no gubernamentales pro derechos humanos es que detrás de ellas surge la irrenunciable tarea de defender y promocionar los derechos humanos con la idea de proteger a las personas contra el abuso de poder o las consecuencias de la negligente aplicación de políticas públicas por parte del régimen. Tampoco es sorprendente que las organizaciones no gubernamentales pro derechos humanos centren su trabajo en cómo los regímenes, a través del gobierno de turno, aplican o violan las normas y leyes universales relativas a los derechos del hombre. Esto refleja la opinión de esas organizaciones a

considerar a los gobiernos como centros de poder y responsabilidad frente a esta temática en particular, así como el principio de que esos gobiernos, por un error conceptual, son los únicos que tienen la obligación- a través de la firma de determinados convenios o tratados- de defender y de promocionar los derechos humanos y que solo éstos pueden violarlos. De hecho, una política audaz sobre los derechos humanos, además de ser responsabilidad de los gobiernos, del sector público y de los regímenes, es en sus fundamentos una política de Estado que los trasciende porque va más allá de ciertas políticas coyunturales porque tiene que ver con la primacía del derecho a la vida y con la protección y vigilia de ésta. Eso se refleja directamente en las formas de la autoridad y de las instituciones y organizaciones que supimos conseguir con nuestras acciones y omisiones para darle sentido al régimen que resulta. Por ejemplo, los derechos y libertades de los trabajadores, esas que fundamentan el régimen político y que le dan forma, fueron concebidos por los dominantes y sus representantes por lo que el trabajador solo podrá disfrutar de esos derechos en plenitud solo si termina convirtiéndose en capitalista porque, esas libertades y derechos, solo tienen sentido cuando el Estado y el régimen político se fundamentan en la primacía del derecho de propiedad sobre los medios de producción sociales.

¿Libres? Sí, de ejercer en plenitud ciertas acciones y actividades muy concretas que generalmente tienen origen en algunas funciones y en ciertos roles sociales que se relacionan con nuestro poder económico. Es decir, libre es el industrial, el especulador, el financista y el capitalista en general que puede despedir trabajadores sin dar explicaciones porque esas son las reglas del juego que el Estado, a través del régimen, avala. Libre es también el juez que elige entre la indulgencia o la severidad; libre, el general que puede decidir sobre una ofensiva o repliegue militar, incluso sobre el respeto y la violación de los derechos humanos de los ciudadanos. Esa es la libertad en manos del dominante porque la auténtica libertad es, desde esa perspectiva, un poder que un hombre o varios de ellos como representantes de un sector social pueden ejercer sobre otros hombres u otros sectores o grupos sociales. Entonces, el régimen político no sería autoritario porque la autoridad es un rasgo que le corresponde por derecho y ley. Al igual que el industrial, ese que posee una fábrica y explota a 50 ó 100 trabajadores, el debe y puede explotar a esos trabajadores en nombre de un contrato social de trabajo que reivindica una química igualdad entre patrones y trabajadores. En relación al ejercicio del libre pensamiento, el régimen neoliberal no tiene problemas al respecto, por lo menos superficialmente, porque acerca de las acciones políticas deja que cada uno se exprese de la mejor manera pero solo porque la política, el ejercicio de ésta y los derechos civiles que se reivindican, son

una actividad, acciones y derechos puramente abstractos. Las instituciones son formales, desde la concepción de los dominantes, porque continuamente ejercen su rol como grupo integrado en la lucha de clases. Por eso, el régimen neoliberal es apenas de pretensiones democráticas. Si éste aspirase a más, correría el riesgo de desnudar su política de autoritarismo. Entonces, la política dominante muestra sus mitos y fábulas en la hora de crisis porque, en la necesidad de sobrevivir, deja de lado todos los derechos de los sometidos por el régimen.³

En horas de crisis, se dejan de lado las diferencias porque la crítica corre el peligro de desnudar la falta de coherencia de los sectores dominantes y así puede falsear la acción del régimen. Pero, en el caso de los trabajadores la situación es distinta porque para éstos la acción política no puede ser una actividad de lujo porque, simplemente, ésta es la única forma de defensa y medio del que disponemos para integrarnos en la comunidad, para crear movimientos sociales y políticos de base popular que reivindiquen nuestros derechos o intenten cambiar los modos de vida de la mayoría. ¿Lucha de clases? Sí, pero en primer lugar el trabajador tiene que luchar por su vida, por sus reivindicaciones. En eso consiste la lucha de clases: en la defensa de la primacía del derecho a la vida porque ésta reivindica las necesidades de los hombres. En ese sentido, el rol de las organizaciones no gubernamentales y del movimiento social y político, el que trabaja por los derechos humanos.

El relato histórico y los medios masivos de desinformación.

Un equilibrio de poderes entre el Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial y los medios de comunicación e información masivos (que se convierten en importantes sujetos políticos en la formación de la agenda pública de los regímenes nacionales) es central. El derecho a una comunicación pluralista y equilibrada, que sea representativa de los intereses de las mayorías no puede desvincularse de las nuevas tecnologías de la comunicación y por ese motivo

³ Cuando queremos asegurarnos si realmente tenemos todos los derechos que el régimen político dice defender en beneficio de las mayorías es cuando nos confundimos. Existe el derecho al voto de todos a partir de la mayoría de edad pero realmente no puedo estar seguro de que no vayan a escamotearme el sufragio. Pensemos en algo más concreto, por ejemplo en la soberanía política: si analizamos este asunto específico veremos que al ser países estructuralmente dependientes de una u otra manera estamos sometidos a los intereses de otros grupos globales, países y potencias. ¿Qué importa, entonces, en los casos más graves de dependencia estructural, que mi voto contribuya al ascenso al poder de un partido político u otro? Para saber si realmente ejerzo el derecho a voto, analicemos cuál es la real libertad que subyace detrás de este mismo derecho, es decir, tendríamos que determinar hasta que punto el país ejerce soberanía.

los trabajadores deben apoyar a cada uno de los actores sociales y políticos, administradores de las políticas públicas y organizaciones gubernamentales o no que actúan en tal sentido. En realidad, el trabajador y sus organizaciones deben batallar sin concesiones para lograr un fuerte apoyo que facilite el acceso a las nuevas tecnologías como regla primera de una concepción de ésta en base a un programa de desarrollo de la tecnología conveniente. En la información o en las comunicaciones y en cualquier otro ámbito, ésta llega a todos y facilita el acceso a esas tecnologías. Implica reforzar políticamente la influencia del trabajador organizado en la esfera social, en la económica y en la política para aumentar su visibilidad. Los contenidos informáticos y de las comunicaciones de los actores involucrados en este ámbito deben reflejar una nueva misión y otros valores de los proyectos de *tecnología conveniente*. Los contenidos deben abordar el asunto relacionado con los derechos humanos, con el desarrollo sostenible y la justicia social, superar el neoliberalismo y la discusión sobre el proyecto democrático. Los contenidos informáticos deben comunicar también sobre los asuntos de nuestra existencia y convertirse en canales que ofrezcan una fotografía amplia de las distintas realidades en relación a estos temas.

Entonces, se impone una nueva interrogante: ¿Cómo es posible que exista una real libertad de expresión cuando la concentración de la riqueza expresada en la propiedad privada de los medios masivos de comunicación se encuentra en cada vez menos manos? ¿Dónde está la libre expresión de los trabajadores? ¿Puede ser esto tan sorprendente? ¿Es moralmente aceptable insistir en la imparcialidad, objetividad y en la presunta independencia de los grupos mediáticos que responde a ciertos factores de poder, económicos y políticos, a los que se encuentran fuertemente ligados por esos intereses? Cada vez que los dominantes y sus organizaciones defienden la libertad de prensa, es absolutamente necesario que esa libertad vaya en beneficio de los dominantes. En el caso contrario, cuando los trabajadores buscan expresarse, los dominantes hablan de ataques a la libre expresión y se autodefinen (el colmo de la hipocresía) como periodismo independiente. Pero, lo que no nos dicen es que batirse por la libertad de expresión significa luchar también contra el monopolio de la propiedad privada de esa información. Las nuevas técnicas aplicadas por los medios masivos de información, la cibernética, los métodos sociológicos y la informática se desarrollaron y perfeccionaron, en el occidente neoliberal, para continuar en el ejercicio del dominio y el control desde todos los ámbitos. Así, todas estas ideas le otorgan un rol protagónico a esos medios de comunicación en relación a la definición de ideas políticas que deben formar la opinión pública porque, en definitiva, son formadores de opinión, de opinión pública. No lo son tanto por su influencia directa en las

opiniones políticas concretas que las personas desarrollan (sería otorgarle un poder que no tienen creer que los medios de comunicación creen y formen los valores básicos de los ciudadanos) sino por su poder para definir los temas acerca de los que una sociedad debe debatir en cada momento. Es así como atraen la atención sobre ciertos problemas y no otros que son ignorados o distorsionados, brindando los estándares sobre como los acontecimientos y hechos deben ser comprendidos. En democracia formal, la censura se impone a través de ignorar determinados temas que eventualmente pueden militar contra los intereses de los medios masivos de comunicación.

La acción y la praxis política es una toma de posición ética y moral que simula cierta operación ideológica porque la política es acción llevada adelante por ciertos grupos de interés contra los intereses de otros grupos, es decir, fundada sobre convergencias o divergencias de intereses que a su vez van conformando un proceso político que caracteriza al régimen. Entonces, la clase se hace, se deshace y se rehace sin cesar lo que no significa tampoco que vuelva al punto de origen. Lo importantes acá es que los trabajadores en ese proceso necesitan un partido o conglomerado de éstos, de movimientos sociales y políticos que sean representativos de sus intereses para que este dinamismo de la lucha de clase milite siempre a favor de los intereses de las mayorías. Entre los diversos grupos de interés, entre cada movimiento social o agrupación política representativa de los intereses de los trabajadores o de los sectores dominantes, hay comunicación pero también hay batalla porque los conflictos son inevitables y definitivos. La comunicación, la información y la lucha se complementan porque ésta es comunicación e información entre grupos que son antagonicos. Los otros están ahí totalmente accesibles junto con sus experiencias de vida en la defensa de sus intereses. Estas luchas se definen a través de la constatación empírica de la formación de la agenda pública. La estructura y el contenido de las noticias tienen así un efecto considerable sobre las cuestiones que los trabajadores consideran importantes y sobre la complejidad con que razonan políticamente acerca de ellas. Por eso, la comunicación en el actual régimen, es un eslabón fundamental de la cadena que relaciona las decisiones individuales con la acción política. La conexión que los trabajadores son capaces de establecer entre su experiencia personal y el contexto político general dependen de numerosas variables en las que los medios de comunicación parecen jugar un rol decisivo porque quién controla la agenda pública maneja parte del poder del régimen porque

es capaz de definir los asuntos y prioridades desde los demás sectores sociales, es decir, las cuestiones consideradas como socialmente importantes.⁴

Este proceso de complementación se da a través del avance continuo y constante de las tecnologías y de nuestro nudo electrónico de fibra óptica existencial. Con las nuevas tecnologías, está la oportunidad de perfeccionar los procesos democráticos gracias a la rapidez y la claridad en el proceso de datos y acceso a la información, las comunicaciones electrónicas en tiempo real, el acceso a los programas de opinión en la televisión, en la radio y en la obtención de tendencias de consumo. Pero, su sentido democrático sólo se

⁴ La evidencia nos indica que las personas no prestan atención a todo, a un entero y conjunto acabado socialmente determinado. Al contrario, la atención de los trabajadores es altamente selectiva, parcializada, lejos del horizonte de las ideas elevadas. No piensa el trabajador en los procesos sociales y políticos que subyacen tras determinada declaración de principios o ciertas posturas políticas e ideológicas de manera que las impresiones que formamos tienden a concentrarse alrededor de pocos temas. Por ejemplo, cuando nos formamos la impresión de un presidente entre los temas que atenderíamos en torno a esa percepción estaría el partido al que pertenece, las políticas que favorece o desfavorece, su desempeño en el cargo y los valores que dice sostener. Estos temas representarían los estándares a partir de los cuales se mide la gestión o el apoyo a éste. Además de que la atención es altamente selectiva, parcializada y acotada a determinado horizonte ya sea real o virtual, las personas no realizan análisis exhaustivos de la información correspondiente a una situación concreta sino que normalmente utilizan heurísticos. Es decir, no ven detrás de este análisis la idea de procesos políticos constitutivos. Por su parte, los heurísticos son reglas informales de pensamiento que usamos los seres humanos y que están al servicio de simplificar el procesamiento de la información. La *disponibilidad heurística* se define entonces como la tendencia a juzgar un hecho como más probable cuanto más fácil nos es posible recordarlo. La *disponibilidad heurística* se apoya en la hipótesis de que la información que más afectó nuestro sentido se recuerda mejor y es grabada en ciertas zonas de nuestra memoria. Es así como los datos presentados por los medios de manera emocional, por lo general, reciben mayor consideración y se les otorga mayor peso que a los datos estadísticos, es decir, emocionalmente más neutrales. Los estímulos y los casos vividos atraen más la atención que los menos vividos de manera que los primeros son categorías más accesibles y recuperables por la memoria.

En la esfera de la política, cuando los trabajadores juzgan el desempeño de un gobierno, de una política o candidato, tienen a su disposición una enorme cantidad de parámetros que están acotados a determinados intereses dominantes. Entonces, en el momento de optar por cierto candidato, los trabajadores pueden juzgar sus propuestas, sus políticas y valores a partir de temas tan diversos como la economía, la salud, la educación, la corrupción o la política impositiva. La hipótesis que planteo es que las noticias más destacadas por los medios, las que les dedican más cobertura presentándolas como los temas importantes, como las ideas del candidato en referencia a política exterior u otros temas, se transforman en los estándares que los trabajadores usarán para decidir a quién votan. Si los medios de comunicación e información cambiaran el foco de atención a otro tema probablemente los trabajadores cambiarían el criterio de selección pasando a juzgar

amplía en la medida que se instrumenten las vías para la apertura de una participación democrática donde se pueda evitar la tentación constante del abuso y nuevas formas del totalitarismo y es ahí donde hay que orientar el trabajo de las organizaciones y asociaciones civiles que trabajan en el tema. Si bien está listo el hardware tecnológico de las comunicaciones y de la información, se plantea ahora crear un software que sea capaz de contemplar las innovaciones sociales para guiarnos hacia una evolución en sentido de una democracia sustentable tanto económica, social como políticamente. El hardware está dado para implementar la interacción local y global respecto a todos los niveles de decisión que son pertinentes a los trabajadores y la gestión democrática de los intereses de éstos: grupos comunitarios, gobiernos nacionales, organizaciones no gubernamentales y hasta organismos globales. Actualmente se reconoce que los trabajadores pueden comprender que las reglas de interacción son fundamentales como los mercados y el bienestar común en las realidades humanas. La edad de las redes globales de la información funcionan mejor con una estandarización y traspaso de tecnologías desde nuestra condición de especie global en la medida que ellas contengan una intención democrática. No olvidemos que el conocimiento e información hoy son centrales para construir las relaciones humanas y comerciales, políticas y sociales en la medida en que el saber tecnológico se transforma en factor de producción. No olvidemos que el periodismo vive lo que posiblemente sea la crisis más importante desde su nacimiento más aún cuando en muchos países surgen gobiernos populares. Viven una crisis económica pero que también es de contenidos. Por ejemplo, ya son una constante las noticias sobre medios que pasan por fuertes apuros económicos pero en realidad no es el periodismo el que está en crisis sino son los medios de comunicación masivos controlados por los dominantes que pierden credibilidad frente a la realidad de las mayorías. Ya no es tan fácil construir una realidad virtual cuando la experiencia nos muestra algo distinto. La crisis de los medios de comunicación entonces no sólo los afecta desde el punto de vista económico, o sea, desde la rentabilidad y los costos, sino que también afecta al objeto teórico mismo del periodismo. En otras palabras, los tecnócratas que dirigen las estrategias de los medios de comunicación convierten a estos en simples apéndices de las multinacionales de la comunicación y de la información. La meta ya no es intermediar en la información para hacerla llegar a los trabajadores en general sino el proveer

a los candidatos según sus propuestas en esta área específica. Con esto se produce una complementación de los medios de comunicación y la política que juega en una débil calidad de la representatividad e igualdad de derechos.

de contenidos multimedia, es decir, promocionar y vender los contenidos que se generan como la producción de publicaciones de diversa índole (diarios, revistas o libros), el cine, el software, la música e inclusive personajes y líderes políticos, porque las transnacionales de la información se desarrollan en connivencia con los intereses políticos hasta fundirse en un todo del que es difícil separar al político del periodista y a los propios consumidores de los electores.

Después de todo lo anterior tenemos que preguntarnos dónde queda la tan promocionada objetividad, el compromiso con la verdad e independencia de los medios. Diría que incluso en el proceso estos medios perdieron sin ningún disimulo el ideal de la verdad para tomar partido por los intereses dominantes a los que responden. Los desafíos no son pocos. Este presente nos urge plantear un desarrollo tecnológico que nos conduce a una economía de la información que desplaza el imperio de la economía monetaria. Entender el conocimiento tecnológico como nuevo factor de producción es fundamental. Frente a ese entramado diverso y multifacético con el que se muestran los actores y sujetos políticos, sociales o culturales que conforman el régimen político y al que necesariamente tiene que responder cualquier concepción o ideología política con reales aspiraciones a gobernar y a gestionar, se levanta el relato de lo político que en el caso de los dominantes adquiere la forma de un discurso simplificado para evitar sus propias inconsistencias y lo más real de lo que significa precisamente el sentido de lo político y de un nuevo relato. El relato interesado de los dominantes es parte de una gramática simplificada que no puede aceptar las complejidades de la vida colectiva, la lucha de clases como interés por la supremacía de la cosmovisión de esas clases y los sectores que las representan. El relato de los dominantes nos define todo como blanco o como negro, obviando los grises, los múltiples matices que componen la realidad de los trabajadores. Pretende ser un reflejo inmediato de una gramática de poder que reduce la diversidad de la realidad pero que opera con los más variados recursos de los lenguajes de la información y comunicación desde hace mucho en manos y bajo el control de la cultura de élite que busca secuestrar el sentido y gallardía de nuestra vida. Esta máquina de simplificar el relato de todo lo que tenga relación con lo político impuesto por la acción y la reacción de los gobiernos populares, defensores acérrimos de la gestión del trabajador, es correlativa a la banalidad y empobrecimiento a que intentan someter a los trabajadores a los que precisamente interpela el discurso dominante que, además la mayoría de las veces, se corresponde con lo más paupérrimo del lenguaje político. Los medios de comunicación e información, al igual que la industria de la cultura y su correspondiente sociedad del espectáculo, esa que le asiste, son

el resultado de los profundos cambios que se producen en la vida de hoy y en el interior del propio Estado capitalista con su neoliberalismo. Pedirle a las corporaciones de la información que actúen de acuerdo a la complejidad de la realidad de los trabajadores es ir así contra su naturaleza. Antes bien, el amarillismo, la impudicia del todo vale, el morbo general que busca el rating siempre esclavizante, instituyen lo que tiempo después conoceremos como la manipulación del sentido de las cosas, del relato.

Este tema de la manipulación del relato histórico es central porque me parece que en todos los países en que se impone por la fuerza de los hechos y de la democracia el régimen nacional y popular, éste se consolida de manera permanente en el sentido que ya es muy difícil volver atrás en lo que respecta a los nuevos derechos, conquistas y garantías adquiridas a través de la lucha de los trabajadores. De ahí la necesidad intrínseca de seguir defendiendo y profundizando el relato histórico de los regímenes populares y su cultura de inclusión a través de la generación de empleos. El problema para los grupos dominantes- de ahí las múltiples irracionalidades, mitos y nerviosismo que les asiste en su vida diaria en cuanto clase social- es que cuando un proyecto es de cambio estructural y no de defensa de banalidades que son típicas y a las que nos tienen acostumbrados ellos mismos, no existe para los sectores populares otra alternativa política que profundizar el rumbo en favor propio. Ahí empieza precisamente el gran problema para nuestro relato de lo político porque las contradicciones en el seno del régimen político no desaparecieron, ni tienen por qué hacerlo y porque en realidad todo avanza en favor de la democracia implica necesariamente afectar intereses que se le oponen. De hecho, todavía estamos bajo el control de los intereses del Estado capitalista. Es en ese momento que se hace muy necesario profundizar en el relato de los gobiernos populares para sumar eventualmente a todos los grupos sociales, sindicales, políticos y económicos que de una u otra manera continúan bajo la lógica del relato dominante. Hay que sumar todas y cada una de las fuerzas posibles porque la gramática del poder de las elites se basa en una razón excluyente y en una trinchera propia y minoritaria, sin advertir a tiempo que los gobiernos populares son un emergente cultural decidido a transformar el país injusto para construir otro que merezca ser vivido por las mayorías.

Todo lo demás es una mentira, es una más de las fábulas a las que nos quieren acostumbrar desde el poder porque ya no es posible continuar en la defensa de políticas signadas por el neoliberalismo sin que se hagan sentir sus consecuencias sobre la calidad de vida del trabajador: se impone una conciencia política de las mayorías que ya no es tan fácil de manipular. Más aún cuando estamos en condiciones de afirmar que es definitivamente en los gobiernos populares donde reside el poder de los pueblos. Ese poder no está

en la corporación mediática porque, de acuerdo al nuevo relato de lo político y del sentido de sus acciones, el rumbo del momento histórico debe ser pensado, definido e interpretado por el pueblo y sus gobernantes. De ahora en más, la historia es una construcción colectiva y los gobiernos populares defienden una nueva realidad tomando partido por un sentido que los ubica en las antípodas de la cultura que nos domina. Diría que olvidaron que en la vida de los pueblos, la lucha por la soberanía política siempre se une a la lucha por la justicia y la equidad social. Los dominantes no buscan discutir democráticamente con la militancia. Buscan que nos quebrems para así imponerse a expensas de la mejoría de la calidad de vida de todos nosotros. El objetivo primero de esta cuestión es aislar a los gobiernos populares del proceso histórico que desde hace a lo menos 200 años, en cada encrucijada, intentaron liderar y conducir los trabajadores como protagonistas del cambio. No les importa en realidad que los gobiernos populares gestionen sino que lo que les molesta es que en base a esta gestión esos gobiernos alumbren el porvenir del hombre. En esos menesteres está la patronal, esa élite peleada con la realidad porque la misma no les favorece en ningún sentido. Solo les queda seguir defendiendo la lógica y el modelo de país de los factores de poder repitiendo cada una de las injurias con las que se refieren a la cultura popular. Dan vergüenza ajena.

Le corresponde a los trabajadores defender el relato que se impone de la mano de la eficiencia y eficacia de las políticas populares pero, en primer lugar, les corresponde convertirse en los protagonistas en la construcción de ese relato que fundamenta una gramática del poder en favor de las mayorías. Le corresponde también a los trabajadores en tanto que son los protagonistas de la historia, criticar, corregir, transformar, descartar, mejorar e inventar el sustantivo y conjugar los verbos del cambio que corresponde a esta nueva gramática y relato del poder. Los trabajadores solo buscamos la felicidad, la satisfacción de las necesidades del pueblo y la grandeza de una nueva Patria que busca su soberanía y su desarrollo de forma más equilibrada, justa. No es otro el destino que nos corresponde. El marxismo en tanto es una ideología que sustenta políticamente a los regímenes populares no es la repetición de nada ni de nadie, sino la versión de los necesarios cambios a los que tenemos derecho para mejorar nuestra calidad de vida. Nadie puede repetir lo que no fue, esa frustrada militancia de los años setenta que buscó una emancipación que no llegó. Esa emancipación, por los errores de los grupos reformistas de esa época nunca fue lo que tendría que haber sido. Se anunció, mostraron sus banderas y cantaron consignas, le dieron categoría política a la lealtad entre los trabajadores en tanto clase, le dieron categoría de necesidad primera a la construcción de poder popular e incluso intentaron volar alto pero no pudo

ser. La encrucijada estratégica es ahora la de un régimen político formado por los trabajadores, no de un buró político.

La catástrofe humanitaria como llamado de atención.

El neoliberalismo continúa violando derechos, robando y denigrando otros. El accionar de las diversas organizaciones no gubernamentales, de los partidos y movimientos políticos y sociales, las asociaciones comunitarias o civiles que luchan por los derechos de las amplias mayorías es por lo mismo indispensable en el sentido de crear conciencia por los derechos de cada uno porque el neoliberalismo- lo aceptemos o no- sigue su curso a pesar de la profunda crisis que subyace desde su racionalismo mismo. A pesar de todas las tentativas de organización y de las acciones y reacciones, muchas veces épicas de unos cuantos, el neoliberalismo no naufraga víctima de sus propios torrentes de falsa elocuencia. Es así porque todavía no pueden disiparse las ilusiones democráticas con la que tanto ímpetu se justifican éticamente los reformistas políticos. Se sigue que los caminos en favor del humanismo deben dirigirse en beneficio de la lucha de los trabajadores. Los combates de hoy no son más que el preludio de otras luchas y movilizaciones más agudas que inexorablemente vivirán las generaciones futuras en su lucha por un régimen humano que coloca en primer plano al hombre, sus disyuntivas, antinomias y esperanzas. En ella las organizaciones no gubernamentales se forman como organizaciones activas y movilizadas si no quieren caer junto al cadáver de los intereses actuales. Lo mismo para los movimientos, las asociaciones reformistas que hoy pretenden abogarse la representación y las manifestaciones de lo mejor de los hombres; que pretenden abogarse como representantes de los intereses de los trabajadores o manifestarse por sobre los intereses de clases.

El ardor combativo que tienen que mostrar los trabajadores debe ser inextinguible a pesar que muchas veces existe una falta absoluta de dirección política, estratégica y táctica en muchos pueblos en los que aún domina el reformismo como final. Sucede que este reformismo político como fin tiene una apariencia absoluta y no es más que una postura cómplice y fugaz. En él existe arrogancia, contracción y contradicción, falta de consecuencia total de manera que nos hace pensar y actuar de forma inesperada y cómplice. En estos pueblos, los trabajadores fríamente son sometidos sin esperanza a las metáforas del neoliberalismo. La fe y la tarea de los trabajadores, que forman esos universos, tendrán que constituir movimientos políticos que coloquen en la cima de la humanidad las consideraciones e intereses de los trabajadores. Llegarán el tiempo en que la humanidad sufrirá un golpe de gran esperanza,

de embriaguez, salud y convalecencia. Estas cuestiones son de sustancial importancia en la ruta que nos lleve a la liberación. Surgen de la imperiosa necesidad de disponer de un real órgano de combate destinado a cumplir la misión del trabajador en favor de dinamitar las estructuras del neoliberalismo y la elevación de los pilares sobre los cuales se levanta el régimen justo. Esta evolución en términos de radicalización de la lucha de clases solo volcará sus intereses a favor de los trabajadores a través de una lucha sin concesiones, a través de una labor de los trabajadores sistemática, planteada de forma orgánica y sobre la base de una conciencia que eleve nuestra causa hacia los designios de la noble naturaleza de la humanidad. Nuestro temperamento y convicciones nos revelan que no es suficiente una estrategia reformista de humanización del neoliberalismo ni menos una táctica basada en la mera contemplación crítica de las cuestiones socialmente más importantes. Hay que intervenir en los acontecimientos que desgarran nuestra realidad en los términos más salvajes conocidos hasta la fecha. Hay que integrarnos en todas las tácticas políticas que conduzcan a otro amanecer. Integrarnos para dirigir el curso de acción tendiente a ensanchar las bases en un clima de unidad de los trabajadores.

La cuestión no solo se centra en las estrategias que nos lleven a una elevación ética y política de la humanidad sino que también tiene que ver con la organización y la lógica del nuevo poder de los trabajadores y del nuevo régimen político y del Estado mismo. En cuanto a la lógica del nuevo poder, ésta solo es posible en los términos del reformismo radical y, en cuanto a su organización, la estructura institucional se constituye de modo que son los trabajadores los que asumen el poder de decisión de las políticas públicas que se resuelven con miras a la satisfacción de los intereses de las mayorías. Para estos países, el problema se centra alrededor de las formas de derrotar todas las fuerzas y organizaciones que sostienen a los dominantes y sus mitos, su lógica, sus políticas y las directrices que estructuran su utopía. El propósito de esta empresa, de envergadura épica, tendrá que ir más allá de un simple reformismo político porque, una vez asaltadas las antiguas estructuras que mantienen incólume el poder de los dominadores, hay que propugnar, definir y organizar el nuevo régimen para garantizar sobre todo el porvenir de los intereses del trabajador. El capitalismo, en su versión neoliberal, demostró ser muy potente pero no invencible. De hecho, se encuentra continuamente en crisis estructural. Pero, el neoliberalismo aún cuenta con cierta potencia y nosotros en ese sentido concreto todavía somos débiles o por lo menos no lo suficientemente fuertes dadas las circunstancias. Tampoco hay que olvidar que son una minoría los que cuentan con el poder real y por eso es urgente denunciar el carácter clasista de ese reformismo político que es un fin en sí

mismo. Su fin no es otro que sostener en el tiempo las ilusiones democráticas de un poder y un régimen político que se dice expresión de las mayorías. Por su parte, nosotros no olvidemos que solo las necesidades tanto materiales como espirituales de los trabajadores nos dan el mandato urgente de construir un programa político que nos indique el fin a alcanzar. Las exigencias de los trabajadores son bien simples. Tan simples que en un principio nos parecen al alcance de la mano. Ellos piden vivienda, pan y trabajo, la derogación de alguna que otra ley represiva o el acceso al bienestar pero inmediatamente después, cuando estas exigencias buscan traducirse en acciones concretas, se nos muestra el formalismo real del régimen que no es capaz de cumplir con esas demandas sin desnudar el control que este ejerce sobre las mayorías. De ahí también que las consideraciones sobre el reformismo y sus formas no son tan simples.

Más atrás en el tiempo, unos gobernaban en nombre de determinados sectores de clases, es decir, en defensa de algunos intereses dominantes y en eso no había nada de extraño pero hoy tienen la insolencia de declararse gobernantes de las mayorías y así buscan subvertir todo concepto de lo más elevado porque su fin último no es otro que dejar intactas las bases sobre las que se sostiene el neoliberalismo que ellos mismos auspician. En el camino a ese brutal entendimiento muchos quedarán en la orilla como conciencia mutilada. Cuántas cosas quedarán ahora detrás de nosotros. Desde esa nueva perspectiva, defender el medio ambiente y el entorno significa luchar por los derechos de todos a vivir en equilibrio con nuestro ecosistema. Defender el medio ambiente es defender los derechos del hombre, es jugársela por el derecho a una vida mejor para todos de manera que, cada una de nuestras decisiones, estrategias y el arte de lo posible, lleva implícita cierta resonancia en beneficio de una mejor calidad de vida e incluso en favor de la misma conservación de la especie. En la lucha por un medio ambiente sano estamos simplemente jugándonos también supervivencia de las generaciones futuras, es decir, nuestra conservación como hombres y como especie inclusive. No hacernos responsable de la destrucción y alteración de nuestro entorno y su equilibrio es una actitud no solo irresponsable sino también insensata. De ahí que el problema de alterar el ecosistema es prioritaria. Gran disyuntiva que es del presente pero principalmente de los tiempos que vienen. Cuestión relacionada directamente con nuestra calidad de vida y de ahí su importancia. La prepotencia del ser humano, la arrogancia de los clanes dominantes puede cruzar todos los umbrales, superar cada obstáculo, destruir lo que le plazca en favor de vanas promesas de mejorar la calidad de vida pero hay que entender que todo está íntimamente relacionado cuando queremos plantear

un programa de desarrollo nacional y popular porque un programa de esas características manifiesta y representa bienestar para todos.

En el tema específico del medio ambiente tenemos la misma lógica, los dogmas y la razón de los neoliberales que movilizan a las clases y los grupos dominantes que, en base al incentivo de la productividad, logran imponer sus propias ideas respecto al tema. Esto se agrava más en las tierras menos desarrolladas porque la pobreza, la ignorancia y las necesidades de capitales productivos es un fuerte incentivo para descuidar la cuestión de un desarrollo sustentable. La idea de que la entrada de capitales productivos, como inversión extranjera directa, en los territorios del sur a cualquier costo revela que por sobre la lógica economicista del régimen neoliberal no puede haber obstáculo alguno. Todas las barreras serán salvadas y removidas en beneficio de los capitales especulativos. Por lo mismo, hay que localizar sus campañas de combate y de concientización en torno a distintas áreas que ellos entienden como el medio para lograr mejor efectividad en el alcance de las mismas. Primero tenemos una campaña relativa al tema de la tierra y el mar. No nos equivoquemos: el clima es muy variable por la acción corrosiva de nuestra civilización tecnocrática. De hecho, las fluctuaciones que sufre el clima son muy graves. Una de las primeras consecuencias de la lógica del neoliberalismo sobre el clima es el efecto invernadero.⁵

¿Qué ocurrirá con el medio ambiente, la flora y la fauna de distintas zonas del planeta, en las próximas décadas, si no se cambian las actitudes de la humanidad hacia el ecosistema? Ocurrirá que desaparecerán especies de animales, ocurrirá ruptura de cadenas alimenticias, aumento en los niveles de los mares, desertificación por la tala de bosques y cambios climáticos, falta de agua, inundaciones y hambrunas. La demanda de leña, fuente principal o

⁵ El efecto invernadero se origina porque la energía que llega del sol, al proceder de un cuerpo de muy elevada temperatura, está formada por ondas de frecuencias altas que traspasan la atmósfera con facilidad. La energía remitida hacia el exterior desde la tierra al proceder de un cuerpo mucho más frío está en forma de ondas de frecuencias mas bajas y es absorbida por los gases con efecto invernadero. Esta retención de la energía hace que la temperatura sea más alta aunque hay que entender bien que, al final en condiciones normales, es igual la cantidad de energía que llega a la tierra que la que esta emite. Si no fuera así la temperatura del planeta habría ido aumentando continuamente cosa que por fortuna no pasa por lo menos no a los niveles de los agoreros apocalípticos. En otras palabras, el efecto invernadero provoca que la energía que llega al planeta sea devuelta más lentamente por lo que ésta se mantiene más tiempo junto a la superficie. La cuestión del calentamiento global del planeta es un paradigma de la complejidad de los temas ambientales y de los intereses que hay tras ellos porque, aunque algunos científicos consideran que hay serios motivos para creer que el calentamiento ya se está produciendo, hay otros que increíblemente insisten en que no hay argumentos científicos que sustenten estas afirmaciones.

única de energía doméstica para dos quintas partes de la población mundial, sigue aumentando un 1,2% anual producto de la pobreza extrema en algunas zonas del planeta. Un 90% de la leña mundial se produce y usa en los países más pobres mientras que en países desarrollados contribuyen con más del 70% de la producción y el consumo total global de productos madereros industriales. Para cubrir esta demanda se incrementa la disponibilidad de madera que procede principalmente de las plantaciones ubicadas en Asia, en Oceanía y en Latinoamérica de forma que la superficie de los cultivos forestales, en los países pobres o en desarrollo, se duplica. Esto se debe a que el comercio global de productos forestales sigue creciendo en importancia económica siendo un atractivo para los países subdesarrollados por tratarse de materias primas que no necesitan de gran inversión en tecnología y por ser abundantes generalmente en estos países. Con respecto a la tala de bosques por el aumento de la demanda global de los recursos forestales existen serias dudas sobre si en el futuro será posible cubrir este consumo mediante una explotación que sea sostenible en el tiempo. En el corto plazo, debería haber suficiente madera para satisfacer la demanda global aunque la suficiencia, en el más largo plazo, dependerá de que se realice una explotación sostenible de los recursos forestales globales. Sin embargo, es importante aclarar que la agricultura supone un impacto ambiental fuerte porque es necesario, por ejemplo, talar cierta cantidad de árboles, de algunas hectáreas de bosques para contar con el suelo necesario y apto para el mismo cultivo. Además, deben hacerse embalses artificiales de agua para regar y canalizar los ríos. El problema central es que la agricultura moderna, con su insistencia en una productividad fenomenal, multiplicó los impactos negativos en el ecosistema. Los impactos negativos centrales sobre el ecosistema son la erosión, el anegamiento y la salinización de suelos muy irrigados por la agricultura indiscriminada. El mal uso de las tierras, la tala de bosques, los cultivos en cerros o laderas muy pronunciadas, el escaso uso de técnicas de conservación y regeneramiento del suelo y fertilizantes orgánicos facilitan peligrosamente la erosión. En las zonas caracterizadas por climas más secos, el viento levanta de los suelos no cubiertos de vegetación sobre explotadas, grandes cantidades de polvo que son la principal fuente de contaminación del aire por partículas en estas zonas.

Por otro lado, la agricultura y la ganadería tradicionales, en tiempos pasados, se caracterizó porque existía un fuerte aislamiento geográfico entre los agricultores y los ganaderos de las distintas regiones del mundo lo que produjo que a lo largo de los siglos fueran surgiendo miles de variedades de cada planta o animales domesticados. Este hecho supuso una gran riqueza genética que aprovechaban los que hacían la selección de nuevas variedades.

Su trabajo consiste en cruzar variedades genéticas con otras para obtener combinaciones que unan las ventajas de todas. Por ejemplo, si queremos conseguir una planta de trigo más apta para los climas fríos, que tenga el tallo corto y sea resistente a ciertas enfermedades, los genetistas buscaban la variedad que poseía alguna de esas características y las entrecruzaban entre sí hasta obtener el resultado esperado que era esa planta que reunía todas las cualidades. Pero, en la actualidad, cuando una variedad de semilla es muy ventajosa con respecto a las demás, es adoptada sin más por todos los grandes agricultores y las corporaciones agro alimentarias de todo el mundo porque sólo así son capaces de competir en el mercado global. El resultado de este proceso es que muchas variedades tradicionales dejan de cultivarse y se pierden si no son recogidas en los bancos de semillas. Otra consecuencia a considerar en relación a la agricultura industrial y altamente productiva típica de las corporaciones agro alimentarias es la deforestación, es el consumo de combustibles fósiles y la liberación de gases invernadero. Por ejemplo, los estudios más creíbles y serios en el tema nos dicen que se pierden alrededor de 14 millones de hectáreas de bosques tropicales por cada año. Se calcula, entonces, que la tala y quema de los bosques para dedicarlos a la agricultura es responsable de casi el 80% al 85% de esta destrucción. Así vemos como la tala de árboles se hace extensiva en nuestra región para dedicarse al gran negocio de la soja sin ningún tipo de control del régimen político salvo en lo que se refiere a la evasión impositiva. La agricultura moderna no es la principal responsable de la deforestación porque sus aumentos de producción y productividad, por lo menos en los países más desarrollados, se basa más en obtener mejores rendimientos por hectárea cultivada que en poner nuevas tierras a disposición de los cultivos. Pero, la agricultura moderna gasta una gran cantidad de energía para la producción de los alimentos. Esto también se traduce en un elevado consumo de petróleo y derivados que, a su vez, emiten a la atmósfera una gran cantidad de CO₂ con el consiguiente efecto invernadero. No contaminar, controlar los focos de contaminación de los ríos y aguas subterráneas para conocer mejor sus efectos son buenos métodos para poder seguir disfrutando de todos ellos. La prevención en el corto, en el mediano o largo plazo, es la mejor política ambiental que se pueda concebir porque crea conciencia entre todos y evita daños, muchas veces irreversibles, al ecosistema y a la salud de la población, es económicamente más rentable y ayuda a mejorar la calidad de vida.

¿Qué puedo decir respecto del desarrollo industrial en nuestros países?

Puedo decir que por sus características y presiones originó graves problemas al llevarse a cabo sin medir su impacto sobre nuestro entorno. Como consecuencia de este desarrollo todos los años se producen enormes

volúmenes de desechos tóxicos que conllevan serios problemas relacionados con la cuestión ambiental. Como solución aparecen empresas dedicadas al tratamiento y a la disposición final de los residuos peligrosos generados por las industrias contaminantes. Entre esos procesos se encuentra la incineración que se convierte en una técnica que causó nuevos problemas ambientales a causa de las emisiones contaminantes. Y a pesar de estos hechos y en lugar de intentar promover planes más racionales y de más largo plazo para reducir el uso de materias primas industriales tóxicas, los municipios o los gobiernos nacionales prefieren instalar grandes incineradores arriesgando la salud de las poblaciones involucradas. Pero, a medida que la sociedad se vuelve cada vez más compleja en términos tecnológicos, usa fuentes energéticas de enorme impacto ambiental generando problemas y antinomias de la gravedad de las lluvias ácidas, la contaminación de mares y bosques, el calentamiento global y otros tantos. Pocas veces en la historia, el tipo y la forma de energía (que coloca en movimiento nuestra aldea global y que sustenta las formas de vida en términos del consumo capitalista) es la principal cuestión a redefinir en relación con los problemas a resolver por nuestros regímenes políticos en general. En este sentido, el agotamiento de los hidrocarburos, como el gas y el petróleo, son problemas que nos plantean inmensos desafíos en el corto plazo ya que en un futuro no tan lejano los países que cuenten con petróleo tendrán futuro y los que no dejarán de ser naciones soberanas. Es lícito así preguntarnos si la disminución de la disponibilidad del petróleo, producto del mayor consumo de la humanidad y de los constantes conflictos en la zona del Oriente Medio, podrá compensarse por una mayor producción de los países exportadores. La verdad es que no existe nada más incierto. De hecho, el agotamiento de los recursos energéticos del planeta nos plantea un enorme desafío para el desarrollo humano. Desde esta perspectiva, para superar esta crisis energética algunas organizaciones y actores políticos de relevancia en este tema puntual nos proponen un cambio hacia una nueva matriz de energía basada en fuentes renovables y más limpias que asegure sustentabilidad y seguridad para el planeta en beneficio de las generaciones futuras.

El agotamiento de los recursos energéticos es una cuestión política relacionada con nuestras propias estrategias de desarrollo. Así, la tecnología que es conveniente viene al auxilio de estas propuestas porque, en definitiva, tecnología conveniente, para ser considerada como tal, es tecnología limpia, es inteligente y menos costosa en el largo plazo. Menos costosa en términos materiales como en factores tan importantes y ponderables como el equilibrio del ecosistema de forma de llevar a su máxima expresión el mejoramiento de la calidad de vida de todos. El objetivo es ingresar a una nueva era en la historia de la humanidad, la era de la energía inocua, natural y barata que

plantee ciertas políticas básicas de sustentabilidad de la vida en el planeta: equilibrio ecológico, equidad social y participación de los trabajadores. Así, la meta de los humanistas también tiene que ver con ganar para nuestra causa las diversas organizaciones no gubernamentales especializadas en este y en otros temas puntuales que hacen al cuidado del mediomambiente, el tema de la tecnología y energía, todos temas íntimamente relacionados con las formas de desarrollo y crecimiento que estamos dispuestos a sostener en términos políticos y solventar económicamente. De hecho, las diversas organizaciones no gubernamentales (dedicadas al tema del medioambiente u otros relativos con los derechos del hombre) son en su mayor parte agrupaciones autónomas e independientes que nos desafían a luchar por el compromiso de éstas en la superación de esa etapa asistencialista de los regímenes políticos neoliberales para evolucionar a posturas ligadas al derecho a la vida. Es inevitable si las acciones de éstas contienen fuertes implicancias que establezcan su eje fundamental alrededor del mejoramiento de la calidad de vida del trabajador porque, un eje centrado en el bienestar común, nada tiene que ver con el neoliberal. Es inevitable si la participación y la movilización es el eje de las luchas por las demandas planteadas de cara al régimen.

La alimentación de la humanidad es uno de los grandes desafíos que se manifiesta hoy. La diferencia entre el siglo XX y el XXI respecto de los siglos anteriores es que actualmente ya existen los recursos necesarios para asegurar la alimentación de todos los hombres. Existen los recursos y la tecnología necesaria. Sin embargo, la alimentación continúa siendo un gran desafío porque precisamente no todos tenemos acceso a ella. Es decir, el problema no es de falta de recursos sino las formas que adquiere el régimen como organización política, económica y social en la producción de éstos, en cómo distribuye esos recursos que no son escasos. El problema tiene que ver con los compromisos e intereses de unos y de otros que están en juego. Con los intereses que no respetan la vida y la dignidad de los trabajadores, que no respetan el ecosistema y ningún derecho que va en contra de la acumulación y distribución privada del capital. Amplias zonas de esta globalidad, definida bajo los parámetros, directrices e intereses de los neoliberales, zonas incluso que son importadoras de alimentos, ven con espanto como la especulación y la lógica del automatismo del mercado en forma continua lleva a una suba importante del precio de los alimentos que solo logra acentuar el problema de alimentación de los países menos desarrolladas y periféricos. Es así como escuchamos que aumentó el hambre en el mundo, la desnutrición, también la pobreza estructural. Hoy existen un sinnúmero de enfermedades y pandemias que matan una gran cantidad de seres humanos, existiendo, a su vez, la desnutrición infantil estructural, el desplazamiento de poblaciones enteras de

territorios que históricamente ocuparon, todo ello por las consecuencias de guerras civiles y otras tantas emergencias sanitarias y sociales.

Las enfermedades y pandemias que matan a miles, a millones en toda nuestra globalidad, están íntimamente relacionadas con la contaminación y ésta con la falta de provisión de cloacas, de infraestructura sanitaria y agua potable. Hay en el siglo de las grandes tecnologías y de la esperanza un poco menos de 3.000 millones de personas en el mundo que carecen de instalación sanitaria básica; esto es grave, significa ser proclive a otros males como la diarrea infantil que es la segunda enfermedad de muerte. Cada 20 segundos en el mundo muere un chico por falta de instalaciones sanitarias. En nuestro continente, el 20% de la población carece de instalaciones sanitarias. Es acá donde el asunto del agua, del acceso a la misma, se transforma en un derecho humano fundamental en el sentido de defensa de la vida y dignidad de todos. Ninguna persona debería ser privada, de hecho y derecho, de la cantidad suficiente de agua para la satisfacción de sus necesidades básicas porque no poder acceder a ese elemento vital implica consecuencias que directamente violan otros derechos fundamentales como los de la salud, de la vida, de la dignidad y del bienestar del hombre. Sin acceso al agua, sin la infraestructura sanitaria básica, todos estos derechos son formalidades, se vuelven ilusorios porque son de imposible cumplimiento. Por eso, estamos en un tiempo de cambios. Tiempos para producir un viraje en los formas del arte del poder y de la resistencia en la búsqueda de la propia identidad, de un régimen de realización económica y social y en esas circunstancias siempre es necesario tener cuidado con las intenciones de los países más desarrollados. De hecho, desde hace bastante tiempo la ayuda para el desarrollo de los países centrales está acusada de segundas intenciones. Si nos remontamos atrás veremos que el concepto de ayuda para el desarrollo en realidad se cristalizó durante la Guerra Fría. Inquieto, los países centrales por las tentaciones del socialismo realmente existente y su prédica de igualdad de los pueblos en especial entre los movimientos del llamado tercer mundo, buscan mantener la hegemonía en ese mundo periférico a partir de este tipo de conceptos de ayuda externa que finalmente impide que los países golpeados por la pobreza y la miseria caigan en manos de los movimientos tercermundistas que buscaban forjar un camino político independiente. Así, Estados Unidos asegura la continuidad del régimen capitalista de producción y distribución a través de la extensión de la ayuda a esos países.

Más allá del compromiso necesario del régimen político y los sectores de poder que lo forman en relación a las políticas de desarrollo, vemos que hasta las prácticas más benévolas, las más humanitarias e incluso las más inocentes, incorporaron una serie de prejuicios claramente occidentales en lo

relativo a la ayuda en catástrofes humanitarias. Con la esperanza de ayudar al mundo a alcanzar los niveles de confort que los países centrales lograron en cierto momento histórico, muchos hombres idealistas dedicaron su vida a la meta del desarrollo de esos países estructuralmente dependientes aunque con frecuencia esas mismas políticas de ayuda fueron claramente euro céntricas y se convirtieron en herramientas políticas para buscar la supremacía de ciertos intereses y no otros. La ayuda era ofrecida entonces como un incentivo para lograr cambios dictados por Washington en la política interna de un país que así sumaba dependencia política y restaba soberanía. Hoy también la ayuda se convierte en instrumento multilateral para implantar políticas neoliberales en especial en los países pobres. El norte desarrollado claramente impuso decididamente su concepto de ayuda y su promesa de una vida mejor para desalentar las reformas que reivindican los derechos del trabajador aunque todavía tenemos problemas de alimentación o de acceso al agua, cuestiones tan básicas y tan relacionadas con la vida. Siempre bajo la lógica de la primacía del derecho a la propiedad, los derechos humanos son utilizados sin miramientos de ningún tipo con el objetivo expreso de justificar las guerras, matanzas, genocidios y crisis humanitarias de todo tipo mientras que la ayuda llega incluso en forma de presencia militar. El problema para los dominantes (en realidad ninguna de sus políticas es ajena a las consecuencias de sus mitos ideológicos) es que la militarización de la ayuda coloca en duda su apariencia de neutralidad frente a las poblaciones en conflicto. Esto señala el creciente peligro que para los grupos de interés dominantes pero también para los sectores de la cultura popular implica la militarización de la ayuda. En otras palabras, no se puede ser neutral cuando precisamente conseguir un desarrollo sostenible a lo largo del tiempo se logra a partir de un proceso de potenciación de los recursos de cada país donde los marginados y excluidos, los más pobres y socialmente más vulnerables, enfrenten a las organizaciones del poder hegemónico que los oprime y que es el gran responsable de las crisis. La neutralidad política, en tanto implica que las estructuras de poder y los sistemas de dominación no son desafiados, no es una solución viable para aquellas organizaciones que buscan conseguir un desarrollo sostenible que cuestione las causas profundas de la marginación.

La ayuda, especialmente la ayuda humanitaria en casos de catástrofes, no puede usarse para introducir políticas económicas y comerciales que de otra manera serían cuestionadas por los sectores y grupos representativos de las mayorías. Incluso, si la ayuda suministrada por militares y los gobiernos fuera enteramente altruista, el hecho continúa siendo que la mera presencia militar a menudo pone en peligro los esfuerzos de socorro a las poblaciones locales. Entonces, esa ayuda nunca debería usarse como arma de control de

unos sobre otros. Entonces, los esfuerzos de socorro y de ayuda de los países más desarrollados definitivamente no pueden ser demostraciones de fuerza y de control. Por el contrario, deben simplemente asistir mientras la población autóctona del país involucrado determina sus propias políticas, es decir, su futuro ejerciendo así su soberanía. De todas formas, los cambios tienen que ir más allá de lo coyuntural, trascendiendo la estética política y abordando la ética, las formas de comunicación, información y de las relaciones que entre todos entretejamos en nuestra vida colectiva. Esos compromisos no son menores porque el hambre, la desnutrición y las enfermedades asociadas a las grandes crisis humanitarias persisten y gozan de buena salud. Las crisis humanitarias persisten pero no las vemos, parecieran que no están en nuestra realidad pero lejos de ello, están presentes y logran subvertir las instituciones democráticas y las conciencias de unos cuantos. Pero, son crisis humanitarias de las que poco se habla. Estas son ocultadas y como tal África es la zona más olvidada del planeta. Es un continente que fue olvidado y despreciado a pesar de estar expuesto continuamente a crisis, enfermedades y pandemias que ya no son noticia en los medios masivos de comunicación e información. Son crisis olvidadas pero no por eso menos importantes o reales. De hecho, estas son crisis humanitarias concretas para las poblaciones que las padecen porque se relacionan con la falta de acceso a los recursos vitales para la vida como el agua, la atención sanitaria, la falta de acceso a alimentos, a la tierra, vivienda y el refugio. África continúa siendo una tierra con escenarios que conmueven hasta lo más profundo nuestro ser, con emergencias relacionadas con el desarrollo de enfermedades que en realidad son tratables pero que se cobran la vida de miles de personas. Enfermedades como la malaria, la meningitis, el sarampión y la desnutrición de amplias franjas de la población. El continente africano es invisible aunque no es necesario ir al África para conocer la desnutrición. De hecho, en Latinoamérica también existen amplias zonas donde la desnutrición, el hambre, las pandemias y las enfermedades son un dato constante de nuestra realidad. El problema es que muchas veces son problemas que están fuera de las agendas de los gobiernos donde prima aún el neoliberalismo militante. Esto nos demuestra que la real tragedia del hombre es la pobreza estructural. Es otro el compromiso por nuestras vidas, que nos incita al canto y la poesía, al arte de poder, de nuevas posibilidades, que nos incita a abrir otras ventanas, a otros, mejores sueños y esperanzas. La vida es desde ahora una aventura que comienza cada vez que levantamos las barricadas de la resistencia. Lo central es que nuestras políticas defiendan de una vez y por siempre un arte de lo posible que se moviice en beneficio del fortalecimiento de la distribución de la riqueza, de la búsqueda de la equidad y en poner más recursos y energías en programas sociales. Para enfrentar

estas catástrofes se requiere tan solo defender otras prioridades donde los trabajadores, la población y las mayorías deben ser lo central en las políticas públicas. El régimen debe actuar y movilizarse contra la pobreza y contra la exclusión, debe buscar la responsabilidad social de las empresas. No es este un imperativo categórico al modo kantiano, simplemente es una urgencia. Tenemos que movilizarnos porque no hacer nada nos vuelve cómplices.

Capítulo 2: El gobierno, el régimen y la participación popular.

El sujeto social como categoría de acción, gestión y participación.

¿Qué son los sujetos o actores políticos- sociales, cómo sería posible caracterizarlos? Estos son formas particulares de expresión social y política que se constituyen como actores y mediaciones del poder al interior del régimen político que tienen una lógica e intereses (en relación a la definición de la agenda pública) e implican una estructuración del poder a partir de la división social del trabajo y de las formas clasistas de expresión política de esos mismos intereses. En esa definición de los sujetos sociales se destacan dos atributos fundamentales:

- a) En primer lugar, son una genuina expresión social de los sujetos sociales que representan ideas, una cultura, aspectos y actitudes particulares que se muestran a través de la elaboración de un discurso sobre el poder. El hecho de que estos sujetos y actores sociales se constituyan como formas de expresión política en la lucha por el poder de decisión define, a su vez, los espacios en que construyen todas las subjetividades colectivas, sus verdades, paradigmas, tesis o formas de expresión social y política de los intereses buscados. Así, la acción se encuentra mediada por los sujetos sociales de tal manera que no pueden pensarse, esas acciones, sin la voluntad de los actores ni las transformaciones hechas como simple resultado de la acción independiente de la voluntad.
- b) En segundo lugar, entendidas como actores y mediaciones del poder y la lucha al interior del régimen político, en la búsqueda de la satisfacción de sus necesidades, que representan prácticas institucionalizadas que devienen en formas de una organización política específica que también implica cierto proyecto político. En otras palabras, en esta definición quedan implícitas las ideas de movimiento, de actor y de fuerza que son al mismo tiempo momentos en la constitución del sujeto social, en tanto que es un colectivo que potencia cierta realidad siempre posible: entonces es necesario considerar que esos mismos sujetos también son una colectividad donde se elabora una identidad a partir de una territorialidad y se organizan a través de una praxis (sustentada

también en un proyecto político básico o complejo) mediante la cual sus miembros pretenden defender sus intereses y expresar sus voluntades en esas luchas.

Entonces, se trata de ciertos conglomerados de hombres y formas de organización específica para la participación, manifestación y representación social. Además, que el sujeto o movimiento social sea una forma específica de manifestación y representación de ciertos grupos sociales no evita que se trate de una organización autoorganizada, con una estructura basada en leyes precisas de incorporación que definen el comportamiento esperado de los que la forman. En otras palabras, como organización, los movimientos sociales definen las pautas de convivencia y comportamiento del sujeto individual pasando de un estado de homogeneidad incoherente e indefinido hacia un estado de heterogeneidad más coherente que busca determinados objetivos como grupo de interés. Así, el sujeto social es un actor y es un movimiento que gestiona, acciona y transforma a través de un proceso en el cual él mismo se forma como agente y como movimiento. En su praxis participan varios sentidos, por cuanto se define su acción como consciente y deliberada en la dirección que toma la dinámica histórica. En la acción, los movimientos devienen en sujetos y actores sociales pero también perfectamente pueden llegar a desarticularse o no llegar a constituirse como tales. La acción define a los actores como proceso en continua formación y transformación. A través de esa acción los actores representan una fuerza manifestada en su presencia y permanencia en el conjunto social, cuyo grado varía por las circunstancias.

El sujeto y actor social, como categoría relacionada con la totalidad que incluye ciertas urgencias, experiencias y utopías, posibilita trascender la visión dicotómica del mundo. Por eso, no es posible definir al sujeto social por sus funciones que reducen su hacer en tanto actor. Se trata más bien de estructuras que tienden a estados de creciente tamaño, de otra complejidad, esto es, a niveles más elevados de organización y una estrecha interacción con el medio. Así, la categoría de *sujeto social* abarca los aspectos más variados de la vida en sociedad es decir, los aspectos materiales, simbólicos, individuales, familiares, culturales o colectivos, siendo que esa diversidad obedece a factores de variada naturaleza, que van desde aquellas diferencias geográficas hasta situaciones económicas y niveles culturales o educativos, pasando por condiciones como la edad o la ocupación. En conjunto, esos factores dispensan la reproducción de redes de relaciones sociales, más o menos delimitadas, que desarrollan elementos culturales distintivos a través de los cuales los sujetos refuerzan sus vínculos sociales internos y forman una identidad y solidaridad colectiva propia que tiende a ser contrastante y

excluyente respecto a otras identidades. Esto significa que los movimientos sociales forman una unidad en la diversidad. El cambio en las motivaciones y en el comportamiento de esas acciones, que además guían a los movimientos sociales, son también señales más o menos directas de la emergencia de otros sujetos sociales. La homogeneización y la centralización propia de las clases sociales producen la descentralización mitigada con coordinación de los sujetos sociales.

Se trata de unidades integradas pero bien diversificadas, dinámicas, complejas y descentralizadas en muchos niveles las cuales pueden sobrevivir o no dependiendo de ciertas circunstancias históricas. Además, a través de la convergencia de determinados intereses, objetivos o de un proyecto político implica necesariamente que estos movimientos sociales creen nuevos y más elevadas formas de organización, representación y participación. Es en virtud de la creación de organizaciones de nivel progresivamente más elevado, con una estructura inicialmente más simple, que pueden emerger nuevos sujetos sociales. Esos movimientos y organizaciones sociales son características del neoliberalismo porque necesariamente emergen de la periferia excluida de manera brutal, emergen de la propia estructura social y de lo más profundo de las desigualdades y por lo mismo surgen cuando la creencia en el régimen dominante se debilita ante las consecuencias más visibles de sus formas de actuar y, en este sentido, el neoliberalismo es una impresionante maquinaria de descontento y frustraciones. No estoy hablando de movimientos y sujetos sociales de aparición y desaparición repentinas sino de la emergencia de representación y manifestación de los sectores que son estructuralmente excluidos, de vestigios de divisiones, de marginación y exclusión pasadas a través de las acciones de esos mismos movimientos sociales. Se trata de nuevas realidades contingentes que nos hablan de otras maneras en relación al intercambio de experiencias, de proyectos y utopías. Los cambios en la acción colectiva, a través de esos movimientos sociales latinoamericanos a partir de los años ochenta y noventa, perfilan transformaciones profundas de la sociedad que son gestadas no sólo como respuesta a las diversas crisis sino también a la aplicación de políticas de ajuste, a la destrucción del carácter asistencial y regulador del régimen y la contracción de la inversión social, a la crisis de representatividad de los partidos políticos, a la incapacidad de esos mismos regímenes políticos para resolver eficientemente la compleja gama de funciones que le corresponde como la amplia franja de necesidades insatisfechas que configuran otra realidad en relación a las necesidades de las mayorías nacionales. Así, surgen otras maneras de participación social, que van construyendo progresivamente los nuevos movimientos sociales, otras

identidades surgidas de ellos y los sujetos de la transición en el ámbito de la acción colectiva más o menos organizada.

La diversidad de movimientos y de organizaciones sociales y políticas con sus correspondientes maneras de acción, gestión y participación en la formación de la agenda pública, nos muestra nuevas formas de compromiso de los trabajadores en relación a ciertas cuestiones socialmente importantes y por lo tanto otra manera en que se consolidan las formas y las instituciones políticas y democráticas porque necesariamente este proceso de participación implica espacios más amplios de pertenencia que a su vez inaugura un nuevo horizonte de posibilidades para la acción social y política de los trabajadores. Acá, los intereses de los trabajadores se presentan a través de identidades afines y formas más participativas de los mismos. La presencia de estos nuevos movimientos sociales es más que auspiciosa, en términos de cambios radicales, porque nos sugiere otras formas de acción para explorar nuevas formas de apropiación de la cultura popular, es decir, esa que está al servicio de los hombres, de su humanidad y de la reivindicación del derecho a la vida como prioridad más inmediata. En otras palabras, en la generalidad de los casos, la búsqueda de la democracia más participativa, real y concreta por parte de esos movimientos sociales y políticos se basa en la reivindicación de los derechos del hombre como demanda primera y reiterada planteando, en fin, una definitiva ampliación de los diversos derechos humanos individuales pero también de los derechos humanos que buscan la consolidación de los derechos sociales relacionados con una mejor calidad de vida. La lucha por los derechos humanos así se convierte en el detonador más relevante de la acción de los sujetos y movimientos sociales y a la vez en el eje articulador de la mayoría de ellos. Y la auténtica defensa de los derechos humanos solo viene de la mano de la reivindicación definitiva a favor de la primacía del derecho a la vida como principio rector que implica a su vez la posibilidad real del cumplimiento de los otros derechos humanos. La reivindicación del derecho a la vida como eje y principio rector en la formación de un régimen político que se estructure en base al bien de las mayorías, es entonces central porque subvierte la ideología del Estado capitalista y sus diversos regímenes políticos que se basa en la ideología de la primacía del derecho a propiedad y todos los vicios que esta conlleva en la práctica.

Además, la categoría de *sujeto* y de *movimiento social* es importante en el análisis del cambio político, de su lógica y sus formas de actuar y de gestionar el poder conquistado por parte de los trabajadores porque nos da la posibilidad de caracterizar de la mejor manera las formas particulares de expresión de los sujetos sociales, a partir de su emergencia y reorganización así como nos conduce a la constatación de la realidad, a su interpretación y al

consiguiente planteo de cierto proyecto político, metas y objetivos para desde ahí definir las posibilidades reales y concretas del cambio social y político que nos conduzca a mejores formas de convivencia colectiva de los hombres porque finalmente se trata de eso. Es decir, hay que buscar colectivamente la mejor calidad de vida posible para las mayorías a través de la satisfacción de las necesidades de esa mayoría. En los '90 luego de la restauración de la democracia formal y abstracta en su concepción, se inicia en Latinoamérica un nuevo período de profundización del esquema de despojo económico, social y cultural más grande operado desde la época de la conquista a través de la nueva razón neoliberal que así logra consolidarse aunque después, a principios del siglo XXI, se insinuará y luego se profundizará otro escenario, otra realidad con la aparición de diversas acciones colectivas de resistencia y de lucha contra el neoliberalismo: hacen su aparición nuevos actores sociales que surgen otros procesos de resistencia como reacción a la consolidación del régimen que tiene como protagonista principales a los grupos sociales más postergados.⁶

La característica principal de cada una de esas experiencias en nuestra Latinoamérica- en relación al surgimiento de esos movimientos sociales y políticos- se encuentra en el hecho de que esos mismos actores sociales, que con mayor fuerza y grado de coherencia resisten al neoliberalismo, no surgen al calor de la lucha de ciertos grupos típicos de la modernidad capitalista del siglo XX (como el movimiento obrero industrial y sus sindicatos) sino que pertenecen en gran parte a la realidad de los excluidos, los postergados y los marginados y así, las formas de resistencia que realizan al neoliberalismo se articulan alrededor de una combinación de políticas y estrategias rescatadas muchas veces de la configuración tradicional de determinadas comunidades y otras que son tomadas de luchas más modernas. Si consideramos que el neoliberalismo es la forma más moderna de régimen político de dominación asumido por el propio Estado capitalista a partir de la última década del siglo anterior hay que aceptar que las consecuencias de éste son de tal magnitud que lejos están de compensar la legitimación que encuentra en esos otros sectores que se sienten beneficiados a partir de la promesa del consumo permanente reivindicado por ese régimen político. Es que precisamente la globalización y sus correspondientes políticas neoliberales se construyen en base a desigualdades. Pero, más grave aún, esas desigualdades las eleva a un

⁶ En los países más desarrollados y centrales aparecen nuevos colectivos de ciudadanos integrados en su mayoría por jóvenes y que confluyen en lo que se conoce como los movimientos de antiglobalización mientras que, en Latinoamérica, se consolidan otros actores que protagonizarán los nuevos procesos de lucha y de resistencia contra las políticas neoliberales.

nivel exponencial. Así, frente a las devastadoras consecuencias provocadas por la aplicación de medidas que a grandes rasgos implicaron cifras nunca antes conocidas de desocupación y de desempleo estructural, deterioro de los salarios, flexibilización, desregulación, precarización laboral y aumento de los índices de pobreza, se produce la formación de un creciente sector de población excluida y marginada del acceso al empleo y al consumo con el siguiente debilitamiento de la capacidad de movilización de los trabajadores y sus órganos representativos. De todas formas, paralelamente surgen- como respuesta a esa realidad- otras formas de organización y lucha protagonizadas por esos sectores excluidos y marginados.

Frente al proceso de la globalización en términos neoliberales y todas sus consecuencias, finalmente se desarrolla la resistencia de esos sectores que fueron excluidos y desplazados y que se expresa en la rebeldía y hasta en la *(r)evolución* en nombre de los menos. Los movimientos sociales surgidos al calor de esas batallas se convierten en protagonistas en relación a las elaboraciones teóricas acerca de esas formas de organización, de alcances y de posibilidades en cuanto a la viabilidad de un cambio social de más largo plazo. Por eso, estos diversos movimientos sociales son de lucha e incluso de resistencia, es decir, lo son porque no se presentan como portadores de modelos alternativos ni previamente delineados sino que se reconfiguran, en sus objetivos, a través de la propia realidad y necesidades concretas en que se desenvuelven ya sea a nivel local, nacional, regional como global. El paso siguiente y el desafío político que enfrentan muchos de estos movimientos, es superar esa etapa de resistencia a partir de la articulación con otros sectores sociales y políticos que también resisten y en casos exitosos de conquista del poder tienen que acompañar estos cambios. La *autonomía* y la *autoorganización* son fundamentales porque así forman las condiciones para llevar adelante la resistencia pero también para desarrollar un frente de resistencia. Bajo el concepto de *autonomía* en general subyace la idea de ciertas organizaciones en forma de red que funcionan descentralizadamente en base a acuerdos logrados a través del diálogo, la priorización de ciertas formas de discusión en asambleas y con énfasis en los mecanismos de la democracia directa y la asignación de tareas rotativas con cargos revocables: ante el desconocimiento que el régimen político muestra sus necesidades y reivindicaciones, incluso de sus derechos, se opta por seguir construyendo autonomía, impulsando el autogobierno que solo es políticamente viable en el largo plazo cuando tras esa autonomía encontramos el combate por una reforma de cambio radical. Debemos combinar las decisiones tomadas democráticamente y la asignación de ciertas responsabilidades con la eficacia en cuanto a la concreción de lo consensuado en el más largo plazo. Cuando

la estrategia es reformista, el autonomismo de esos movimientos los vuelve inoperantes, en relación con el cambio político estructural, que es necesario para la emancipación. Otra característica importante y presente de estos movimientos es la impugnación que se hace del rol de los mecanismos tradicionales de representación, de participación y de mediación entre los trabajadores de base y la dirigencia, en especial, los partidos y los sindicatos ante las cada vez más evidentes formalidades del régimen. Encontramos acá otra implicancia bastante importante de la autonomía porque, al proponerse como autoorganizadas, ellos rechazan las mediaciones externas, las que se expresan por los canales tradicionales y formales de representación como esos mismos sindicatos y partidos políticos.

Por otro lado, las recurrentes crisis vividas por Bolivia planteó una situación un poco diferente porque durante los dos grandes levantamientos populares de octubre del 2003 y de mayo- junio del 2005, que derivaron en la caída de los presidentes Sánchez de Losada y Mesa respectivamente, la movilización de la mayoría indígena no fue inorgánica porque se enmarcó en movimientos como el MAS y la COB (con su formato de partido tradicional con representación parlamentaria y central sindical), la Coordinadora del Agua de Cochabamba y las Juntas Vecinales del Alto con un importante desarrollo de la autonomía local de base en estas últimas. Este hecho central, de dirigir y plantear la resistencia a través de un proyecto auspiciado por organizaciones que tienen representación de las mayorías, demostraron la capacidad política de esos movimientos en la reconstitución del sistema de representación política basada en una nueva institucionalidad. Esa fue una de las grandes diferencias entre muchos de estos movimientos sociales de base que a través de un proyecto político acceden al gobierno y la mayoría de las organizaciones no gubernamentales que quedan limitadas a tareas y políticas de asistencia a la pobreza por la inercia de sus estructuras organizativas. La posibilidad real o no de reconstruir la institucionalidad a favor de la mayoría tiene que ver entonces con las formas de hacer frente a las dificultades que enfrentan estos movimientos a la hora de proyectarse en el plano político, es decir, de disputar el poder de decisión con otros sectores sociales y políticos en cada uno de los espacios en que se dirimen los conflictos y en los que se expresan las demandas populares, o sea, el régimen político. El proceso de *territorialización* (que se forja en el marco de un colectivo que al compartir experiencias y proyectos comienza a concebirse como comunidad en un contexto de resistencia a las adversidades impuestas por el régimen político) necesariamente configura nuevas formas de pertenencia, solidaridad y otras identidades que cuestionan la hegemonía tradicional de los dominantes cuyos componentes desde ahora se ven de forma diferente a la establecida en la

concepción de sujetos inherentes a la lógica neoliberal. La territorialidad configura un proceso de construcción de un imaginario político- social que se basa en determinados valores de pertenencia operando de esta manera otra representación de la realidad distinta de los sectores y grupos hegemónicos. A partir de este proceso, esos movimientos no solo se diferencian de las formas tradicionales del poder hegemónico sino también de su cultura y su lógica creando otras maneras y conjunto de símbolos y de representaciones, otras imágenes a través de los cuales se estructura un nuevo tipo de identidad colectiva. Estos imaginarios sociales, que construyen una identidad política, son inherentes a las prácticas que el movimiento social lleva adelante en su lucha y en sus reivindicaciones y ambos aspectos, junto con las adscripciones ideológicas, políticas y teóricas a las que se apela en el marco teórico y práctico de las cuales se elaboran los proyectos, son los que forman esa identidad colectiva. Cada elemento de esta nueva identidad colectiva emerge del combate del trabajador en búsqueda y conquista de sus reivindicaciones. Se trata de la aparición de nuevas formas de pensar, planear y resolver los dramas que nos aquejan como trabajadores y en ese contexto esos fenómenos que dan origen a estos movimientos sociales y políticos de cambios, en la medida en que estructuran una cultura popular, son fundamentales en la construcción de nuevas formas de hacer política que nos conducen a su lleven a nuevas estructuras en cuanto al régimen político y su configuración de la agenda de gobierno.

El pleno empleo como variable de cambio y desarrollo.

Cuando al final de los ochenta cayó el socialismo realmente existente, el neoliberalismo declaró su victoria final. Desde esta perspectiva, Fukuyama planteó el final de la historia en el sentido que desde ahora ya no existirían contradicciones ideológicas porque según éste la lógica interrelacionada de de la democracia liberal y el capitalismo habrían las compuertas al régimen de la libertad, la democracia y la igualdad. Esa euforia inicial fue el caldo de cultivo para la consolidación del neoliberalismo y su política de especulación a escala global. Se estructuran otros reglamentos en relación a los nuevos equilibrios de poder en el seno del sistema comercial global. Pero, al mismo tiempo en que se consolida la globalización neoliberal, aparecen ya en 1989 algunas formas importantes de resistencia frente a lo que más tarde será la dominación neoliberal y sus consecuencias en la vida de todos. Los ejemplos más emblemáticos son el Caracazo y los continuos levantamientos indígenas en Bolivia y Ecuador que primero pasan desapercibidos o se los entiende como resabios de formas anacrónicas de lucha de clases. En los '90, cuando

se nos hablaba del fin de la historia a través de las interesadas teorías de Fukuyama, en todo caso lo que teníamos era el comienzo de otra historia: la historia de las nuevas rebeldías y de actores, movimientos y sujetos políticos que incluso desafían esa realidad. En ese escenario, los movimientos sociales latinoamericanos ganan un protagonismo especial. Latinoamérica se pone en movimiento introduciendo semánticas de resistencia contra la hegemonía cruel y fanática del neoliberalismo. El nuevo siglo quedó así inaugurado con la consigna del *que se vayan todos* argentino del 2001/2002, la invitación de articularse del *nada solo para los indios* del movimiento indígena en el Ecuador o la propuesta de otro mundo posible de los Zapatistas en Méjico. Cada consigna y las consecuencias que luego originan, las imágenes de las bajadas desde El Alto en Bolivia o de las ocupaciones del Movimiento Sin Tierra en Brasil y la lucha contra el tratado de libre comercio en Ecuador, nos demostraron que la historia no termina mientras coexistan las diferencias e intereses de clases.

Dos décadas después de la caída del socialismo realmente existente y de la intensificación de las luchas, Latinoamérica empezaba a cambiar su fisonomía y en ese contexto fueron evolucionando los movimientos sociales, sus posiciones, políticas, estrategias e identidades al mismo tiempo que las consignas de *Otro mundo es posible* o el *Que se vayan todos* ya no eran suficientes. Frente a varias victorias y triunfos, dificultades y derrotas, los desafíos fueron cambiando y las interrogantes, de cara a esta nueva realidad, nos interpelaban desde otros puntos de vista. Por lo tanto, siempre existe una gran necesidad de evaluación y de comprensión de las lecciones aprendidas y los desafíos que aparecen con la consolidación en la región de regímenes políticos más democráticos en la que son múltiples las hipótesis, las teorías y los paradigmas de cambio que dirigen la acción estratégica del movimiento que acompañan y protagonizan las transformaciones en las estructuras de los países que más se involucraron en la defensa de los intereses del trabajador. Así, para evaluar correctamente los éxitos logrados por las organizaciones sociales en esas décadas, hay que entender las teorías que son internas a sus luchas. Es decir, cuáles son las hipótesis de transformaciones que dirigen sus acciones políticas. La emergencia de esos movimientos y la innovación en las batallas en Latinoamérica correspondió a un preciso momento histórico-político en el que aparecen, con la instauración del neoliberalismo, una serie de contradicciones y dramas sociales en el mundo principalmente debido a la lógica interna de éste (y el Estado capitalista en que se basa) que no puede cumplir con sus promesas de igualdad o de libertad ni mucho menos con sus promesas de fraternidad entre los hombres debido a la mercantilización de las relaciones sociales y la exclusión social. Por otro lado, a principios de los

'90 es fundamental el claro fracaso del socialismo realmente existente, que puso en duda la teoría del cambio democrático que en su momento guió la contienda social de nuestro continente.

En ese momento histórico de crisis, otros actores e hipótesis de cambio toman protagonismo en la búsqueda de posibilidades reales de cambio social siempre reivindicando la satisfacción de las necesidades populares que el régimen de bienestar históricamente no fue capaz de satisfacer. De todas maneras, los nuevos imaginarios, proyectos y estrategias de resistencia y lucha, son parte de una comprensión más profunda de las relaciones de poder al interior del régimen político. Si bien no deja de ser importante la forma de insertarnos en el sistema comercial globalizado, no es menos cierto que, en la configuración del nuevo poder, de la organización y legitimidad del control, éste se sostiene en la cultura y en prácticas cotidianas e imaginarios sociales que las regulan. En consecuencia, la emancipación también debe considerar la creación de un imaginario político- social alternativo, que supere el autoritarismo o el elitismo de los dominantes. Los movimientos sociales de resistencia de los años '90 en Latinoamérica surgen como mejor respuesta a las relaciones de hegemonía neoliberal incorporando críticas fundamentales relativas a las estrategias de los sectores de la izquierda más tradicional. En este sentido, se produce un gran proceso de revisionismo político, ideológico y estratégico en el que, en la generalidad de los casos, se buscó reinventar la política en el contexto de la globalización neoliberal. Algunos cayeron en una socialdemocracia estéril renegando así de los fundamentos de la lucha y del cambio, pero otros no solo evolucionaron a posturas radicales sino que incluso fueron capaces de convertirse en una real opción de poder. Entonces, se pueden identificar una serie de cambios y reconocimientos de la lucha por la reivindicación del poder y los derechos de la mayoría, del saber popular y de la resistencia en general.

- a) En primer lugar, los movimientos sociales y políticos empiezan por reconocer la diversidad de la vida y la cultura del hombre combatiendo decididamente contra el sectarismo y la exclusión ideológica. La diversidad desde ahora forma parte y fundamento del necesario proceso de emancipación.
- b) En segundo lugar, la lucha no queda circunscrita a determinados espacios como el partido político, los sindicatos o las fábricas y lugares de trabajo en general sino que se plantea en los múltiples espacios de la vida colectiva. Por ejemplo, los indígenas y las mujeres, los excluidos y los marginados en general luchan por la emancipación en todos los espacios de poder como los medios

- de comunicación, la economía, las escuelas y universidades, los sindicatos, la burocracia y dentro de las organizaciones sociales mismas. Se logra así ampliar nuestra comprensión de lo político porque la dominación y el control, desde ahora, es vista en todos los espacios de la vida y desde ahí se plantea la toma del poder de decisión por parte de los trabajadores y sus organizaciones.
- c) En tercer lugar, los diversos y múltiples movimientos crearon importantes espacios de lucha y resistencia que son propios en la conformación de una organización alternativa, políticamente viable y que corresponde a valores de solidaridad, justicia y una democracia más concreta. Por eso, en ese tipo de organizaciones muchas veces funcionan propuestas propias sobre la educación, las formas de relacionarse con la información y los medios de comunicación y hasta la organización económica del régimen.
 - d) Finalmente, y como consecuencia de los factores anteriormente descritos, esos movimientos sociales y políticos se convierten en organizaciones que buscan construir otras prácticas y relaciones sociales y políticas que estén más allá de la lógica del Estado capitalista en general. Estos movimientos así aparecen como procesos de aprendizaje en la lucha contra los intereses de la acumulación privada del capital.

Estas nuevas formas de lucha, con la correspondiente ofensiva de los movimientos sociales de resistencia latinoamericanos, reconfiguraron las relaciones políticas de fuerza y de poder en nuestro continente. Por ejemplo, la hegemonía neoliberal cedió frente al avance de los sectores populares en muchos de nuestros pueblos salvo en algunas organizaciones e instituciones todavía controladas por las élites continentales, expresadas políticamente por la derecha política más fanática y en ciertas fortalezas que supo construir el conservadurismo. Las nuevas movilizaciones definitivamente- más allá de quien controla el poder- consolidó la presencia de nuevos actores sociales, culturales y políticos a los que ya no se le pueden negar el derecho propio a la representación y su forma de manifestación como los “indíos” en Ecuador o Bolivia. Pero, el reformismo y el autonomismo de muchos movimientos sociales no dejan de pelear por sus intereses ante el retroceso que significó los cambios radicales. Es así como es bastante difícil encontrar un perfil popular en muchos de los gobiernos que se dicen de centro- izquierda donde la necesaria presión y tensión creativa entre la regulación de esos gobiernos y el desborde o radicalización de los movimientos sociales se encuentra débil. La política de moderación, diálogo y cooptación, por parte de esos gobiernos,

precisamente jugaron a favor de los neoliberales y logran consolidarlos como opción de poder y de cambio. El caso emblemático fue el de Chile donde la *Concertación* derivó en el triunfo y en la consolidación que no posee ninguna cualidad democrática real. De todas formas, esa fuerza de resistencia de los movimientos también logró generar en muchos casos una redefinición de la agenda pública neoliberal incluso a nivel global frente a las evidencias de la crisis desenfundada desatada por la especulación financiera y económica de los grupos y sectores hegemónicos (y sus respectivas empresas y bancos) que controlan las estructuras de poder globalizado. Del *Consenso de Washington* pasamos a nuevas redefiniciones y otra agenda que buscó incorporar algunos reclamos de esos movimientos respecto a temas como el multiculturalismo pero que de ninguna forma redefinen las estructuras de la dominación. La recomposición parcial de la hegemonía de los grupos neoliberales no hay que confundirla con el debilitamiento de los movimientos sociales como nos sugieren desde la ideología dominante. Por el contrario, plantea la necesidad de identificar las nuevas cuestiones que existen en esta realidad y ser capaces de evaluar el rol de los movimientos sociales en el proceso de cambio social.

Existe una forma de vida de los hombres que es insostenible, una vida individual y social que es el desempleo, la marginación y hasta la exclusión. Es una existencia que se hace visible por las ya viejas formas de resistencia como los cortes de ruta que en su momento fueron formas de resistencia que definieron al desocupado. Por ejemplo, los desempleados y sus movimientos sociales y políticos serían los nuevos actores que de forma desordenada, bien caótica y que con ciertos referentes y arquitecturas sociales, respondieron a líneas políticas múltiples. La mayor parte de esos desempleados se aglutinan alrededor de una infinidad de poblaciones, que se encuentran diseminadas por todo la región, pero también hubo otros que vivían en lugares no tan marginales, en barrios típicos de los sectores medios rodeados de fastuosas casas, rodeados por construcciones pertenecientes a la administración de las transnacionales. Pero, no por eso eran trabajadores y desempleados menos carenciados y humildes. A ellos los unió el mismo padecimiento, ese real sufrimiento que profundizó la lógica de los neoliberales que impuso el drama de la falta de trabajo. Muchos de éstos, despedidos de la empresa o factoría donde dieron los mejores años de su vida, o sin conocer jamás una ocupación estable, con derechos laborales y sindicatos defensores de sus conquistas, todos sufrieron las penurias de la desocupación, del duro tratar de subsistir a la manera más digna posible. Pero fue precisamente en esas protestas, en las manifestaciones y cortes de rutas, donde ellos se sintieron más vivos en los momentos más dramáticos, en la época de la mayor represión y depresión porque simplemente como luchadores por causas justas, se sintieron útiles y

responsables de otro futuro porque las mayores movilizaciones no tienen como protagonistas al trabajador, a sus sindicatos y sus reivindicaciones, sino que los protagonistas en esas circunstancias fueron los mismos desocupados, esa franja de hombres y mujeres que empezó a incrementarse en la medida en que el neoliberal mostraba sus facetas sociales y económicas más duras. El trabajador fue progresiva y brutalmente expuestos a políticas económicas de tremenda descomposición de la lógica del trabajo y la producción pero fue en los '90 de donde emergerán desde las entrañas de la exclusión social, los movimientos de desocupados y su forma de lucha. Entonces, el movimiento de los desocupados nace como respuesta a la exclusión y marginación, como respuesta a la pobreza sistémica. En ese sentido, su necesidad primaria fue este combate contra la desocupación y la invisibilidad a que son condenados como sectores marginados por el discurso neoliberal y su visión del éxito y crecimiento económico. Desempleados y trabajadores ocupados inclusive, comprometidos con lo social, con lo político y la lógica del bien común, se unen para levantar las banderas reivindicativas de los excluidos. Lo que los caracterizó es que muchas veces tienen solo al corte de ruta como única arma de lucha, es decir, para hacerse visibles ante el resto de los grupos sociales y así poder presentar en sociedad sus dramas. Fue con el correr del tiempo, con la maduración de la militancia, con la organización, las movilizaciones y participación las que harán que luego se sumen proclamas bastante más comprometidas en el ámbito de lo que consideraron políticamente correcto.

Un ejemplo paradigmático de estos sectores que cortaban rutas, etc., fueron los piqueteros de la Argentina. A pesar de que el kirchnerismo logra neutralizar este movimiento presentándose como un régimen popular, a pesar que por lo mismo con el paso de los años el movimiento piquetero es casi inexistente en sus formas tradicionales, hay que entender el ejemplo de los piqueteros como una herramienta social, política y colectiva de lucha que logró aglutinar una gran cantidad de trabajadores que no encontraban otras variables de presión y visibilidad: los piquetes fueron una formidable forma de lucha por otro modelo de país. Al mejor estilo de las barricadas levantadas en otros tiempos por otros revolucionarios, los piquetes fueron capaces de generar un campo propicio donde germinaron desde las bases de los barrios humildes, de los marginados, diversas exigencias y reivindicaciones. Fueron una forma de despertar de conciencia política que intentó erradicarse en los '90 bajo el dominio del neoliberalismo. Es de esa forma como participaron de los piquetes como nueva modalidad de militancia no solo los desocupados sino también las amas de casa, los estudiantes, los trabajadores que estaban comprometidos con el cambio, los militantes de los partidos y los defensores de los derechos humanos entre tantos otros. Los piqueteros fueron actores

protagónicos en la formación y defensa de reivindicaciones que muchas veces fueron planteadas políticamente pero sin ningún tipo de éxito desde las organizaciones sindicales tradicionales. En relación a las organizaciones sindicales tradicionales estas no estuvieron a la altura de las circunstancias políticas e históricas porque en su momento fueron coactadas por la lógica de los neoliberales. Pero también cansados de la indiferencia de esos mismos sindicatos que no los representaban se convirtieron, por sus propios méritos, en el polo de resistencia popular más importante escribiendo y construyendo así su propia historia. Lo hicieron de tal forma que no tuvo que pasar mucho tiempo para que esos sindicatos y organizaciones tradicionales, que en cierto momento mostraron indiferencia por los dramas de los sectores marginados, adoptaran finalmente los métodos de lucha piqueteros como vía principal de acción. Los piquetes son otra manera de protesta social donde las demandas populares encontraron formas concretas de presionar al poder establecido. En el origen del movimiento piquetero vemos que los desocupados, ahora más o menos organizados, no se embanderaron detrás de ningún emblema sino que simplemente eran personas sin trabajo y excluidas que buscaban la unidad para tener más fuerza. Detrás de ellos no existía ningún proyecto político. Buscaban conseguir subsidios o un trabajo. Pero, a partir de mediados de la década de los '90, emergerán en la escena política algunos de estos grupos y organizaciones que sí buscan mayor compromiso político, social, económico o cultural con el cambio. Después aparecen con propuestas, reivindicaciones, modos de acción y variados instrumentos de lucha. Las divergencias políticas y estratégicas entre unos y otros no fueron más que evidencia concreta de la manera en que entendieron su relación con el Estado capitalista, el régimen y la forma de relacionarse con el sector público para plantear sus demandas.

Estos movimientos pelearon por el derecho a ser escuchados para finalmente evolucionar a una postura que empezó a tomar la cuestión del desempleo como base de lucha reivindicativa. Pelearon contra el desempleo, contra los ajustes, contra los tecnócratas inescrupulosos siempre dueños de la verdad, contra el genocidio económico, contra las perversidades del régimen, contra la exclusión y es así como, en ese proceso de cambios, son incluidos como movimientos sociales de base que pasan a defender las “conquistas” logradas por el modelo kirchnerista que es posterior. Porque, más allá de los piquetes que fueron una manera de expresar sus luchas, estuvo la batalla diaria que realizaron a favor de la integración en cada barrio, la capacitación y trabajo en los talleres productivos y la educación popular que expresaron formas soberanas, autónomas, participativas y horizontales de organización. Como organizaciones de base se relacionaron con el poder en el sentido que por su trabajo territorial fueron el mejor termómetro social y político para

conocer las necesidades y urgencias de los sectores excluidos para así llegar a esa importante franja de la población. Por desgracia, la mayoría de estos movimientos se encolumnaron tras una experiencia política que derivó en el kirchnerismo. Así, en lo político, en lo administrativo y en lo institucional se sumaron a la *transversalidad estratégica* postulada por el oficialismo de la época. La transversalidad en definitiva se planteó desde el peronismo hacia los otros sectores sociales y políticos que compartían los parámetros básicos, las reivindicaciones conseguidas a partir del modelo de la época.

Gran error: caer presos del reformismo, de su falaz progresismo. Lo digo porque definitivamente el saber nacional es popular pero además es una síntesis superadora en el sentido que incorpora a los sectores medios, a los trabajadores, que también involucra pensar lo nacional como conectado con lo universal, con lo global y con los intereses latinoamericanos. Este saber nacional es mirar desde la propia pertenencia y desde los intereses nacionales con vista a lo que es más universal. Es el pensamiento global visto desde nuestra propia perspectiva. Por lo mismo, el pensamiento nacional es un gran esfuerzo teórico y práctico de recomponer el sentido común y pensar la realidad desde el lugar donde uno está sin olvidar como están los otros. En tal sentido, continuar negando las contradicciones entre la *fuerza de trabajo* y el *capital*, negar la lucha de clases, me parece una política que debe ser superada si se busca terminar con los vicios del capitalismo y con su manera política de manifestación. En ese ámbito no hay ambigüedades porque el marxismo- cuando es llevado a las últimas consecuencias- se traduce en la superación de la lógica de la primacía de la propiedad privada por la lógica de la vida y dignidad de los trabajadores. Los factores y sectores de poder al servicio de los dominantes buscan desprestigiar, ante los ojos y conciencia de la mayoría, los procesos de cambios sociales y políticos y los intentos de la *(r)evolución* que cada tanto surgen en nuestros pueblos como expresión y manifestación política que busca terminar con la dependencia estructural de nuestros países respecto a los centros globales del poder que siempre están políticamente dispuestos a venir por todos, por nuestras vidas y necesidades. Cuando la situación se les va de las manos buscan la contrarrevolución, de la represión, de la vuelta a las fuentes de la reacción como mejor forma para salvar su forma de entender la vida, su idea de las relaciones sociales de producción y en primer lugar sus intereses directamente relacionados con los del gran capital. Sin embargo, se les escapa que las *(r)evoluciones* llevan en su seno infinitas transformaciones que hacen a las *(r)evoluciones*. En otras palabras, el Estado capitalista, para seguir sosteniendo sus privilegios- que tienen que ver con intereses que niegan los fundamentos del bien común- de una u otra manera reacciona contra los sectores populares. Sin embargo,

estos también reaccionan en la defensa de sus formas de vida y en especial a partir de las expectativas de cambios que ellos generan por el solo motivo de ser parte de las mayorías. En ese contexto, los sectores populares no solo tienen que defenderse sino que también tienen que tomar la iniciativa política con todas sus fuerzas porque una *(r)evolución*, siempre bajo los términos del humanismo, es en realidad una secuencia de varias *(r)evoluciones*, es decir, de importantes, profundos y constantes transformaciones que nunca suceden en línea recta, es decir, un cambio detrás de otro como si de un tren se tratara, sino que son transformaciones y *(r)evoluciones* que se parecen más a un torbellino. Así, cuando parece que el cambio encuentra un límite concreto, cuando pareciera que ya no es posible continuar por el motivo que fuera, estamos en presencia de un proceso de lucha de clases que en su seno alcanzó tal tensión que reclama un salto adelante, reclama la radicalización de esos cambios a partir de la fundación de otra realidad, de un cambio más profundo que puede o no producirse. Depende de quien logre imponerse como conductor de los procesos políticos en marcha. Estamos entonces en medio de una crisis que es muy distinta de las crisis neoliberales porque este contexto de límites del cambio auspiciado por gobiernos populares hay que entenderlo como una época de nuevas y grandes posibilidades para todos los hombres, como una etapa más fecunda políticamente porque implica la necesidad intrínseca e histórica de otros desafíos que a su vez auspician una época de nuevas encrucijadas que comprometen la gestión democrática del trabajador. De ahí el carácter popular e histórico de la *(r)evolución*.

La situación de cambio, en la medida que logra consolidar el poder de los grupos más humildes, de los siempre humillados, en esas circunstancias de nuevos desafíos y de movilización de los sectores populares pero también de los grupos de interés más reaccionarios, nos exige seguir adelante a riesgo de cercenar el futuro del trabajador por muchos años, a riesgo de cercenar un proceso de satisfacción de las necesidades del pueblo que nos conduzca a mejores horizontes, que nos revele lo dantesco de las formas y condiciones impuestas por los neoliberales y su control por muchos años del régimen. A riesgo incluso de que esos límites logren empantanar la historia relativa a la emancipación de la mayoría que batalla desde épocas inmemorables por la oportunidad de la emancipación. A veces en apenas unos días o meses puede avanzarse lo que no se logró en más de doscientos años de historia pero también otras veces nos da la impresión de un fuerte retroceso porque el camino que nos conduce a la satisfacción de las urgencias de todos nosotros siempre está lleno de obstáculos, de importantes reveses que no podemos ignorar y de reacción de los grupos históricamente dominantes que no están dispuestos a ceder sin la lucha constante contra el bienestar común. En esas

circunstancias, la tarea primera del gobierno popular para que ese avance sea constante y más allá de la superficialidad de los neoliberales y sus consignas, para que de forma continua reivindique las conquistas de los trabajadores, para siempre militar en favor de las mayorías, necesariamente tiene que crear y generar empleos como mejor medida de inclusión de los anteriormente excluidos. *El pleno empleo es el constante objetivo del régimen popular* porque la inclusión en este contexto además implica la inclusión política: a través del trabajo, exclusivamente a través de la generación de empleos de calidad, los hombres recuperan su dignidad, sus derechos y su razón de ser como ciudadanos. No es posible reivindicar los derechos de los hombres si éstos se encuentran cesantes, si están marginados del mercado laboral.

El pleno empleo del trabajador lo define todo, es decir, la política del pleno empleo de los trabajadores es central en cualquier tipo de cambio que intente transformar profundamente la realidad, ampliamente excluyente, a los que intentan acostumbrarnos los neoliberales. El pleno empleo de la fuerza de trabajo es estructuralmente central porque es quien lo define todo. Está en la base de la racionalidad del humanismo que nos desafía a precisar que factores de producción usar como medios de producción en el proceso de inclusión política y social. A partir de ahí define cuál es la tecnología que es conveniente a nuestra realidad y desde ahí que desarrollo necesitamos para la satisfacción de las necesidades de todos. Se sigue que a partir de esta variable de desarrollo- que se sustenta en el pleno empleo de la fuerza de trabajo- se plantean también las políticas y medidas a aplicar sobre el tipo de cambio de equilibrio desarrollista, sobre las medidas de defensa del mercado interno, las formas de generación y acumulación de capitales, ahorro e inversiones. En fin, es el pleno empleo la base que define el tiempo de las transformaciones y de *(r)evolución* que estamos dispuestos a sostener bajo la conducción de los trabajadores. Bajo la conducción ideológica de la necesidad del pleno empleo también es necesario luchar contra la extranjerización de nuestras economías que, dada la dependencia estructural de nuestros países respecto de intereses foráneos que poca relación tienen con nuestras aspiraciones, es grave por la concentración de la propiedad y los beneficios de la producción. Es necesaria la lucha contra la extranjerización de nuestras economías y de la propiedad de los medios de producción, porque las transnacionales se apropian de la mayor parte de las utilidades y ganancias que se generan en nuestros países que además no lo reinvierten en nuestros mercados internos. El problema en cuanto al equilibrio y la racionalidad del uso de determinados factores de producción como medios de producción se agrava porque la concentración y la extranjerización de la propiedad por sector industrial suele impedir que otros actores más débiles se animen a invertir por las barreras que existen al

ingreso de los mercados oligopólicos. La extranjerización de la propiedad sobre los medios de producción además está subordinada a los intereses de cada casa matriz cuyos objetivos son siempre bajar los costos de la fuerza del trabajo en favor de los intereses de la acumulación privada del capital sin ningún otro tipo de consideraciones.

De lo anterior se sigue que militar en favor del pleno empleo de los trabajadores en un contexto político de equilibrio más racional de todas las variables económicas bajo la conducción de la primacía del derecho a la vida, también significa trabajar por la concertación de un nuevo pacto social entre los responsables de la producción nacional, o sea, entre los empresarios que apuestan por el mercado y el ahorro interno y los trabajadores. También implica trabajar por otro trato laboral, dictar una nueva legislación en materia de accidentes del trabajo, de seguridad industrial y la responsabilidad que a cada uno compete como actor en ese tema particular. Implica la búsqueda de otro trato laboral que va un poco más allá de las condiciones de explotación del trabajador por parte del capital y que son fijadas por lo empresarios que son los principales sostenedores del neoliberalismo. Implica batallar con todas nuestras fuerzas contra las organizaciones de la derecha en todas y cada una de sus manifestaciones porque ella no tiene interés alguno en respetar la organización sindical, sus derechos y conquistas históricas. No tiene interés en impulsar tampoco la negociación colectiva u otorgar mayores garantías a los trabajadores. Por último, también implica terminar con las condiciones de sobreexplotación de la fuerza de trabajo que son en realidad las condiciones que aseguran y resguardan los altos niveles de la tasa de ganancias de que disfrutaban las empresas bajo los términos de los neoliberales. El problema con los neoliberales es que no solo son culpables de la incontinencia verbal que los caracteriza en tanto se creen dueños de una verdad de pretensiones lógica y absoluta, son también desprolijos en sus relaciones con los trabajadores. Esos grupos de interés neoliberales subestiman a los trabajadores creyendo que pueden mantenerlos bajo control a partir de diversas promesas que en verdad nunca estuvieron en condiciones de cumplir. Quizás les resulte por un tiempo pero a la larga el asunto dista mucho de los ideales de dominio de los conservadores. La realidad, más tarde o temprano, logra imponerse incluso por sobre las virtualidades que defienden porque, en fin, los trabajadores necesitan de una vida más digna en las que el régimen político democrático y popular- a través de distintas medidas- cree trabajo en mejores condiciones, con seguridad, con salud y respeto como mejor política para generar y militar en favor de la inclusión social de las mayorías. En caso contrario, es decir en las circunstancias en que sigamos insitiendo en el régimen neoliberal, los problemas sociales y políticos que se pueden producir no son menores, por el

contrario, son de lo más grave dadas las circunstancias. A estas alturas es claro que los regímenes neoliberales no están en condiciones políticas y estructurales de abordar y solucionar los dramas de las mayorías porque es precisamente el neoliberalismo el responsable de ellos. Esto no puede ser motivo de satisfacción para los revolucionarios, porque al final el fracaso del neoliberalismo y de los diversos gobiernos que lo sostienen significa que una vez más las víctimas, los que más sufren, son los sectores populares, que a su vez son los más desprotegidos. Terminada la fiesta de los neoliberales se impone un despertar que puede ir acompañado o no de la conducción de los sectores populares como máximos responsables de los cambios por venir.

Si las organizaciones y los movimientos sociales se caracterizan por su autonomía, la autoorganización, la territorialidad e identidad y si además en el proceso de lucha son capaces de afianzar un proceso de enseñanza y de inclusión social, es necesario preguntarnos cómo se definen y expresan, en el ámbito cotidiano, las relaciones establecidas entre el régimen político bajo los términos neoliberales y los movimientos sociales a través de la lucha por la primacía en las últimas décadas. O que tan complejas y cambiantes pueden ser esas mismas relaciones de poder, de avances y retrocesos. Para responder a estas preguntas es necesario remontarnos a por lo menos la década de los años '70 y parte de los '80 donde se produce un fuerte e importante retroceso de los movimientos y organizaciones populares por la instauración de las dictaduras de seguridad nacional que una detrás de otra desmantelaron las restricciones nacionales a los flujos de capital y los aranceles a través de la desregulación de las finanzas, etc., que terminaron formando la política del automatismo de los mercados que es típica de la ideología neoliberal. Dentro de ese marco global de artífices de la construcción de nuevas maneras de dominio y control (a partir del régimen neoliberal y la globalización de sus intereses) existen una variedad de circunstancias políticas que intensificaron la expansión de la lógica de los neoliberales. Pero, fue la instauración de las dictaduras de seguridad nacional las que proveyeron el marco, el contexto político y las condiciones sociales y económicas que fueron necesarias para liquidar las empresas públicas y los recursos locales en favor de intereses-siempre foráneos- como primer paso hacia la instauración del neoliberalismo. Esas condiciones tuvieron que ver precisamente con la neutralización de los sectores populares a través de las políticas de represión y del terrorismo de Estado típicas de las dictaduras.⁷

⁷ Por ejemplo, como consecuencia de esos nuevos cambios nace la doctrina del *automatismo de los mercados* que logra desmantelar las redes de garantías sociales conquistadas durante la expansión del régimen de bienestar. Pero, al mismo tiempo, por las consecuencias de esas políticas (que intensifica la explotación del trabajo a través de la

A partir de ahí surge una nueva generación de líderes militantes con capacidad para conectar este malestar local con las políticas estructurales nacionales, regionales y globales. Los movimientos sociales se establecen así en los primeros años de los '90 y se lanzan a una serie de movilizaciones que se extienden desde el campo a las ciudades involucrando finalmente a una cada vez mayor cantidad de trabajadores urbanos excluidos o desempleados, funcionarios, empresarios y profesionales que forman parte de los sectores medios empobrecidos por esas políticas. En este sentido, las diversas crisis por las que atravesaron nuestros pueblos por esa época, en especial esos con un gran porcentaje de población aborigen y campesina, precipitaron revueltas a veces a gran escala que dirigidas por los movimientos sociales surgidos en el fragor de la lucha demandaron cambios y transformaciones estructurales, radicales y sistémicos que en algunos casos son apaciguadas por la elección de regímenes reformistas que solo logran exacerbar los problemas sociales y la lucha en nombre de las necesidades y derechos reclamados. La primera década del siglo XXI es testigo del ascenso y del declive de la actividad de muchos de estos movimientos sociales que eventualmente se asentaban en cambiantes nichos del nuevo orden presidido por los regímenes reformistas. Pero también se consolidan toda una serie de movimientos sociales sobre los cuales se basa el sustento político e ideológico a los regímenes populares. La lucha de estos movimientos sociales y la radicalización que expresaron una vez que se hacen con la toma del poder de decisión y de gestión popular en los lugares que ese poder se manifiesta, tiene que ver con las consecuencias del neoliberalismo y las faltas de perspectiva en el corto y mediano plazo para resurgir de entre las cenizas como pueblos con mejores índices sociales y calidad de vida. En el período que va desde 1999 al 2003 se produjo el mayor protagonismo y resistencia, cada vez más radical en sus fundamentos, de los movimientos sociales y políticos por la gran crisis socio-económica y política, incluyendo la crisis políticas, la económica y financiera en algunos países. Entendamos que la sola implantación de las políticas neoliberales por sí solo no conlleva el crecimiento exponencial de los movimientos sociales de masas y aún radicales. De la misma manera, una crisis económica del mundo neoliberal no conduce por sí misma a un surgir de movimientos sociales radicales y humanistas, con la consiguiente rebelión de los sectores populares, porque sólo cuando existe una combinación de factores internos

salvaje productividad de éste y nos conduce al desplazamiento, la marginación y la exclusión (de manera endémica) se extiende, entre los trabajadores, entre los incluidos como entre los sectores de excluidos, el descontento por la nueva realidad impuesta. Un descontento que también es muy importante en las zonas rurales en especial entre los campesinos sin tierra y las comunidades de indígenas en general.

(una débil red de seguridad social y una economía de ajuste constante contra el trabajador) sumado a factores externos como una recesión global, tenemos las condiciones posibles para que surgan los movimientos sociales radicales y políticamente dinámicos. En ese contexto es donde se definen los diversos aspectos para la calidad y defensa de la calidad de vida de los asalariados. En ese contexto es necesario preguntarse sobre el rol de los movimientos para entender en qué medida acompañan los procesos de cambios que, a pesar de sus confusiones y contradicciones, son expresión de la voluntad de cambiar las condiciones de trabajo del sector popular. Lo central es analizar el sujeto social, no en tanto que sustancia sino a partir de su emergencia como actores, es decir, a partir de su organización y sus elementos constituyentes como por ejemplo el grado de autonomía, autoorganización, de solidaridad compartida o de las identidades estructuradas a partir de un proceso de continuos cambios que llevan de una fase de formación a la siguiente, tratando de evitar la imagen errónea de un mundo dividido en compartimentos estáticos. Esas rebeliones políticas auspiciadas y protagonizadas por estos movimientos sociales en realidad no ocurren ni surgen de la nada, es decir, por generación espontánea sino que tienen que darse ciertas contingencias. De hecho, los levantamientos sociales de fines de los '90 y la primera mitad del nuevo milenio, tuvieron nada menos que una década de gestación a través de la organización solidaria que fue acumulando fuerzas, creando consenso con instituciones, desarrollando cuadros políticos dirigentes con capacidad de lucha y movilización. Las crisis económicas, con el consiguiente trastorno de las finanzas y la caída de las conquistas sociales, fueron el evento disparador del fuerte descrédito de los dominantes en cuanto clase pero a ese disparador le siguen otros procesos porque solo es la lucha consciente, es la defensa de un proyecto político, una forma de vida y una cultura, la que permite a los movimientos sociales dar un salto definitivo desde la protesta a la rebelión que en muchos casos se plantea el cambio de régimen que a su vez busca un cambio en la naturaleza de clase capitalista del Estado.

Buscamos con fuerza dar otro sentido a la lucha de clases. Están los indígenas, los afro-descendientes, la movilización por la educación gratuita, de libre acceso, pública y de calidad entre otros factores. Están los deudores habitacionales o ambientalistas, etc. Esa diversificación, tan necesaria para enfrentar a los neoliberales, nos permite multiplicar las hermenéuticas, los paradigmas, permite diversificar la lucha y nos desafía a reflejar otras voces siempre necesarias para esos cambios que sobrepasan la simplicidad de la protesta social. Es tiempo de la participación y la emergencia de todos los sectores sociales representativos del pueblo. Hay que construir otra relación de nuestros movimientos que nos representan en el mundo que intentamos

explicar y transformar desde una postura que es radical para así alterar las relaciones de fuerza y poder que le dan sentido a nuestra idea de régimen.

El gobierno y los ámbitos de participación ciudadana.

Nuestra humanidad recorrió, sufrió y no es capaz de superar una serie de desafíos y peligrosos dramas cómo la hambruna, la pobreza, el desempleo y las enfermedades, el analfabetismo y el progresivo e incesante deterioro del ecosistema, nuestra calidad de vida y de habitación. En este orden de ideas es destacable por lo menos que los trabajadores empezaran a tomar conciencia sobre las formas en que un desarrollo sustentable, una mejor calidad de salud y educación conlleva una mejoría en la calidad de vida. En esos términos habla el marxismo, es decir, lo hace no solo desde la idea de bienestar sino principalmente en términos de calidad de vida que hace a ese bienestar. La cuestión está planteada porque los recursos y los medios para solucionar los problemas de pobreza y de exclusión existen hace varias generaciones y sin embargo ciertos intereses, que son claramente minoritarios pero dominantes, impiden el avance de la humanidad hacia una civilización más igual y justa. La manera en cómo se desarrollan esos intereses y los valores de los clanes familiares que dominan, las formas en que actúa su razón para defender sus privilegios de clase, la manera en que organizan las conquistas tecnológicas de la humanidad, de todos, los modos en que se plantea la representación y la participación, el régimen político, la democracia, los derechos y los deberes, son las barreras de contención que nos aprisionan. Es propicio así reflexionar sobre la inmensa responsabilidad que tienen los regímenes sobre esos dramas y sobre cómo éste y sus organizaciones institucionales, de base, públicas o privadas actúan y planifican el desarrollo sustentable, cuya acción exige por a lo menos la elaboración de planes de desarrollo en todas las instancias, es decir, tanto a nivel global, como nacional, regional e incluso local que por lo mismo implica definir estrategias, objetivos o declaraciones e intenciones capaces de lograr una mayor participación de la comunidad. Las batallas por la supervivencia y la belleza, por el derecho a la vida, el humanismo y por el porvenir de los trabajadores, se libran en todos los ámbitos porque ante un dilema local, nacional, regional o global son necesarias soluciones locales, nacionales, regionales y globales.

La mayor parte de los problemas, propuestas y soluciones planteadas en relación a la cuestión del desarrollo sustentable tiene sus raíces en las actividades locales y por eso es de incumbencia del poder público plantear opciones en función de un *arte de poder alternativo* sustentado en la fuerza y movilización de los trabajadores. El arte de poder de los reformistas radicales

aniquila el dominio del neoliberalismo cuando éste es fielmente definido y actuado. La reforma del régimen para adquirir determinada relevancia, es decir, como medida básica para que la estructura del mismo sirva a las metas del humanismo nos desafía a crear entornos favorables para mejorar el desempeño económico y social bajo el auspicio de favorecer al trabajador. En los términos de pensar, actuar y luchar en beneficio de éstos que somos en realidad los auténticos luchadores y héroes de nuestros países. Necesitamos regímenes democráticos con una mínima calidad que operen con reglas que minimicen los costos de las transacciones, que estimulen y promuevan las relaciones de cooperación y garanticen la gobernabilidad en términos de equidad social, de inclusión y de desarrollo. La radicalización de los procesos de cambios y de transformaciones estructurales y de nuestras estrategias, de nuestro arte de poder y de medidas políticas novedosas así lo exigen porque son imploradas por los que ya no pueden esperar y sin embargo esperan. Así, creo necesario que reflexionemos sobre el rol que cumplirán los gobiernos para alcanzar esos objetivos socio políticos. En primer lugar, existen aspectos de las estrategias relativas al desarrollo y a la reforma del régimen que difícilmente puedan ser abordadas directamente desde el espacio local como es el caso de la reforma sistémica del Poder Judicial, la de los partidos o del sistema electoral y la definición de las políticas macroeconómicas porque entrarían en un ámbito de competencia que rebasan a las autoridades a este nivel. Pero, hoy existe un fuerte consenso sobre las nuevas potencialidades de los *gobiernos locales* para incorporar algunas acciones y declaraciones de intenciones más significativas y de alto impacto en lo que se refiere a esas temáticas. En otras palabras, no es en el nivel de la globalidad que nos asfixia ni en el nivel nacional o regional en donde se conforman las prácticas, las estrategias y valores más innovadores sino localmente, es decir, alrededor de apuestas más cercanas a los interesados o en relaciones interpersonales que sean más directas. Por eso, la *escenografía local* es la dimensión donde la búsqueda por superar las formas tradicionales de desarrollo se articula con una nueva valoración de las iniciativas en todo sentido. En el teatro local convergen la necesidad de crear nuevas riquezas y la de salvaguardar los recursos naturales de la comunidad, la urgencia en generar empleos y las formas más coherentes de responder a las necesidades de la comunidad toda. Además, en el ámbito local es posible construir nuevos espacios para la concertación que se establece entre los sectores políticos, económicos, los profesionales, las organizaciones no gubernamentales, los diversos actores y las organizaciones populares porque, en definitiva, es este espacio el que concentra los grupos humanos y una mayor diversidad de actividades y roles. Es también el espacio simbiótico que integra cultural y socialmente. Este

espacio se convierte así en el campo de batalla donde se forman las posibles respuestas políticas a los intrincados desafíos de la época que padecemos como pueblos dependientes del sistema comercial globalizado. Es en estos escenarios donde se facilita la articulación de los actores involucrados en la cotidianidad y que por eso hacen de sus vidas un lugar compartido para acordar acciones y estrategias colectivas. Es en lo local donde los actores desarrollan los primeros lineamientos de un arte de poder.

Nuestro arte de poder se transforma en un arma apocalíptica para los mal vivientes porque cuando este arte pretende ser silenciado y censurado se reproduce con mayores bríos. La base de ese arte de poder se encuentra en determinadas estratagemas y movilizaciones con fines de corto y largo plazo que se circunscriben en la lógica del derecho a la vida y en ningún caso ese arte se basa solo en la indignación de muchos. La base de los optimistas, esos que continuamente están predicando el fin del capitalismo sin bases más o menos racionales, sin entender los procesos que preceden y subyacen a esta caída definitiva, es simplemente el miedo. Ellos creen ser generosos porque adornan al prójimo con mitos y virtudes pero mitos y virtudes que benefician a estos optimistas y sirven a sus intereses o estrategias políticas en muchos casos delirantes. Por eso, dentro de los resultados esperados de la reforma del régimen político, hay que incluir cambios y nuevos patrones culturales y en las propias reglas del juego social así como el diseño de otras instituciones funcionales al crecimiento con igualdad, con redistribución de la riqueza y con justicia. En relación con los gobiernos locales y los actores políticos y en general con todos los involucrados en la cuestión de la agenda pública, hay que buscar la lucha frontal contra los procesos burocráticos y la corrupción que subyacen y es funcional al neoliberalismo si queremos involucrarnos en la necesaria cuestión de la eficiencia, la transparencia y la participación de los trabajadores en los procesos de tomas de decisiones. Los procesos de cambio, el marxismo de este nuevo siglo, reafirma sus convicciones y arte de poder, de la posibilidad de plantear políticas justas e inclusivas a partir de un nuevo tipo de proceso político formado alrededor de la participación y de la gestión de los trabajadores en todos los niveles empezando por los más simples del escalafón del régimen, por los gobiernos locales entendidos como los gobiernos de las comunidades. Es necesario poner el acento en el poder popular como medio de cambio del Estado y del régimen político que expresa. Es lo que podríamos denominar como una *(r)evolución* dentro de la *(r)evolución*. Como una *(r)evolución* que solo así es permanente. En la medida en que esta participación desborda las estructuras neoliberales y la lógica del régimen- en la medida en que el gobierno y los sectores populares están dispuestos a continuar, a dar el gran paso adelante para socavar las

estructuras del régimen y el Estado- la situación se resuelve en beneficio del trabajador. Pero, sin una estructura partidaria, sin un régimen e instrumentos políticos reformistas sólidos, sin los dirigentes y cuadros revolucionarios, sin la conformación de un gran movimiento y de organizaciones inclusivas, las expectativas y cambios llevados adelante por los gobiernos representantes de las mayorías, pueden sucumbir ante el fuego de la impotencia. Soluciones radicales son el régimen político en el que es el pueblo organizado el que participa en la gestión para superar las estructuras anquilosadas, añejas, ineficaces y burocráticas del antiguo régimen. Los trabajadores reaccionamos formando estructuras organizativas populares, apoyando y participando de ellas. También articulamos nuestros objetivos con organizaciones sociales y no- gubernamentales en la búsqueda de soluciones a cuestiones socialmente percibidas como importantes de manera de saldar las deudas sociales.

El peligro siempre latente es que esa orientación se desvirtúe y es ahí donde la participación y el compromiso de los trabajadores con los procesos de cambios se vuelve vital porque solo el cambio en los términos inclusivo y de participación de las mayorías se adecúa a las aspiraciones populares más allá del formalismo democrático trascendiendo el marco representativo de los neoliberales para evolucionar a una mejor y fiel manifestación de la voluntad de poder de los grupos populares. Las nuevas formas de participación de los trabajadores desde la base, desde los gobiernos y estructuras locales, surgen en el marco del ejercicio de la democracia participativa donde el trabajador es quien tiene el rol protagónico. El hecho de que la participación desde las bases sea promovida desde los gobiernos centrales, desde la propia cima del régimen cuando este se define bajo las directrices populares, obliga a los gobiernos locales a involucrarse, lo que nos habla de la comprensión por la apertura de nuevos escenarios y luchas en beneficio de la *socialización del poder* como parte de una estrategia de un arte de poder alternativo y dirigido a producir una real (r)evolución popular. Todas las formas de participación de los trabajadores en los procesos de tomas de decisiones se convierte así en una gran tormenta que arrasa sin piedad con el antiguo régimen desatando y socavando el poderío de las viejas estructuras del régimen por la simple razón que esta lógica y esta estructura se muestra incapaz frente a la realidad que se impone a través del ejercicio democrático de la mayoría. Es necesario comprender que ese proceso eventual de cambios también tiene su base en la evolución política de los trabajadores lo que representa un aspecto positivo y garantía de cambios porque, en fin, presupone el abandono de los esquemas formalistas y abstractos inducidos por el neoliberalismo y la adopción de los nuevos parámetros y una razón alternativa que se sustenta en un régimen inclusivo como antesala al marxismo. La activación de la gestión popular de

los trabajadores como clase y la de las organizaciones e instituciones que los representan empieza así a desarrollar sus propios espacios de poder, libres de la tutela paternalista de los partidos políticos tradicionales que son cómplices de los sicarios al servicio del neoliberalismo. La participación y gestión de los trabajadores desde la base abre las alamedas por donde pasa el hombre libre justamente para construir una sociedad mucho mejor en oposición a las viejas prácticas de la democracia representativa y formalista.

La modernización del régimen político es básica para habilitar nuevas formas de hacer y vivir la política y la búsqueda de las mejores formas de defender nuestros derechos que antes que abstractos tienen que palparse como reales. En este sentido, la modernización del sector público, en todos los niveles, es fundamental para superar las carencias resolutivas como para el cumplimiento de nuevos roles socioeconómico con estilos alternativos y humanistas de gestión de lo público. Todo en un contexto de democracias continuamente erosionadas por nuestro arte que pincelada tras pincelada irá desdibujando cada una de las verdades y los mitos a través de los cuales los dominantes ejercen sus influencias, sus valores y modo de vida. Este proceso de transformación posibilita fortalecer la comunidad y la gobernabilidad. Además, reivindica una existencia digna en relación al sistema neoliberal que finalmente es despojado de todo valor que refuerce la lógica economicista que conforma por doquier. Es necesario porque esa lógica economicista (que estrecha y amplía a su vez los frentes de acción y de lucha donde tendrán que librarse los procesos de inclusión) intenta destruir la razón marxista fundada en la calidad de vida y el bienestar de la mayoría. La reforma del régimen en términos radicales, es decir, con el objetivo de reformar la naturaleza misma del Estado capitalista, en este caso, plantea desafíos que es posible resolver mediante estrategias radicales. Una reforma que no considere el valor de la vida como máxima, con la correspondiente inclusión de todos en los circuitos de la vida en comunidad, no es posible históricamente a menos que estemos dispuestos a inmolar nuestra civilización en beneficio de los intereses y de las necesidades del régimen de acumulación privada del capital. No digo que el humanismo constituya en sí y para sí el fin de la historia pero sí es la única esperanza posible en este contexto, es la única realidad capaz de hacer tangible un régimen político donde todos son voz, voto y artistas. La reforma incorpora aspectos institucionales, políticos, gerenciales y del sentido. La reforma del régimen, con la consiguiente superación del neoliberalismo, nos exigen en un primer y decisivo momento una serie de obligaciones que deben cumplir los gobiernos locales con el fin manifiesto de adquirir una eficiencia adaptativa, alentando en la comunidad la innovación y el pluralismo dándole cabida en la agenda de los problemas socialmente importantes a políticas

cuyos resultados conduzcan al aprendizaje social de las opciones de solución que emergen desde las propias comunidades. Hay que mejorar el diseño de sus políticas públicas de manera que los gobiernos tengan la obligación ética de incrementar sus impactos políticos, económicos y sociales a través de un mejor desempeño que garantice eficacia y eficiencia en el cumplimiento de sus funciones y la credibilidad en las autoridades y la gobernabilidad social que va en beneficio de todos y todas.⁸

Una reforma política de esa magnitud resulta de estos requerimientos y así trasciende las exigencias y límites del sector público para plantear nuevos desafíos a la sociedad misma. Pero, ésta no es viable técnica o políticamente si se plantea sólo a partir de ciertas políticas públicas y ejecutorias que están controladas exclusivamente desde el nivel central del régimen político y bajo las directrices de una lógica que es tecnocrática porque, en fin, ésta olvida las consideraciones políticas, sociales o económicas en beneficio de la razón que se vincula con la acumulación de capitales. La importancia del gobierno local es que impulsa una parte sustancial de los requerimientos de reforma política debido a su dimensión territorial y la propia cercanía de sus autoridades con los representados facilitando los procesos de intervención. El proceso de descomposición del régimen neoliberal, para erigir las bases del humanismo político, es posible en las zonas de máximo contacto entre el gobierno y la comunidad, es decir, en los gobiernos locales. En el desarrollo social y de la reforma del régimen, el ámbito de los gobiernos locales es prioritario porque de hecho esos gobiernos, sus comunidades y los actores involucrados, buscan aliados, coordinan interacciones y negocian de manera directa. Son varios los elementos que confluyen para confiar en las expectativas desarrolladas ante las acciones públicas de los gobiernos locales. Lo mismo sucede en relación a las oportunidades depositadas en las autoridades de los gobiernos para cumplir ciertos roles importantes dentro del universo de la autoridad pública y el régimen respecto al tema de la reforma. Algunas de estas causales son los procesos que buscan la descentralización política y administrativa que en los hechos se traduce en la transferencia de competencias desde el gobierno central a las autoridades de los gobiernos locales. Considerando el proceso de descentralización, la incorporación de la figura de la autoridad local dentro del sistema de autoridades políticas y su elección democrática activa algunas tendencias democráticas que son bien positivas. Por ejemplo, aparece un componente cualitativo relacionado con la incorporación de nuevos códigos y valores que provocan otras formas de relacionarse con la política y con lo

⁸ *Eficiencia y eficacia* no se relacionan solo con la ética economicista de costos y beneficios a como nos acostumbran los tecnócratas sino que se relaciona con la inclusión social, política y económica de los más vulnerables.

público como la institucionalización de otros espacios de contacto entre el gobierno y la comunidad y, desde ahí, el incremento y complejidad de las expectativas acerca de lo que debe y puede hacer un gobierno local. De cara a estas expectativas, estos gobiernos buscan soluciones a los problemas económicos, sociales y políticos que antes no se encontraban en las agendas de sus autoridades.

En nuestros países que son estructuralmente dependientes urgen otros gobiernos: con estilo de gestión política que incorporen al pueblo al proceso de decisión sobre los asuntos que nos afectan. Deben legitimarse por los trabajadores en razón de sus actos y los sentidos trascendentes o no que pueden rastrearse tras estos actos. Deben legitimarse a través de la eficiencia en la prestación de los servicios públicos, en razón de aquellas soluciones propuestas para garantizar la calidad de vida de todos y la más altanera resolución de los dilemas que les competen en el ámbito de la gobernabilidad en su máxima expresión. La *gobernabilidad* como concepto se define como la disposición de las propias comunidades y de los actores y agentes políticos a aceptar los productos y los servicios que puede ofrecerles y que emanan del régimen en todos los niveles y las decisiones de sus representantes como vinculantes. La *gobernabilidad* conquista la belleza más extrema cuando los juicios de valor, las normas, la razón, la lógica y las reglas que la comunidad prefirió en un acto de sincera democratización, son recogidas por sus líderes y por los representantes que así quedan plasmadas en el régimen político y en el Estado mismo, en su naturaleza y accionar. Es posible verificarlo a través del análisis de las leyes y las normas y como las políticas públicas, a través de determinados estilos de dispositivos administrativos y de procedimientos, resuelven los problemas más graves, los que afectan a todos. Esto presupone que las autoridades son capaces de ejercer la acción sobre los trabajadores respetando los criterios y los principios, las verdades y razones resultantes de la experiencia y aprendizaje colectivo decodificándolo en normas, en códigos de leyes, en determinadas formas de actuar y en políticas validadas por las mayorías. La gobernabilidad, en los términos de un real proceso de reforma orientado a favor del trabajador, estructura sus conductas y su arte de poder con mandatos y prohibiciones fundamentadas en el consentimiento de las mayorías. La gobernabilidad así nos desafía a remitirnos a las cuestiones que están relacionadas con el uso compartido del poder y con la coordinación de acciones consensuadas entre todos los actores comprometidos o no en el bien común.

La temática de los gobiernos, sus competencias, los problemas sociales a resolver, las relaciones con la autoridad en todos los niveles, con las organizaciones gubernamentales, con la comunidad, con los representados y

dominados son parte de una disyuntiva que va más allá de los horizontes de la competencia administrativa o técnica para gobernar o la voluntad de las autoridades para enfrentar la pobreza, el desempleo y la exclusión estructural del neoliberal. La capacidad de los gobiernos, como fundamentales líderes y conductores de los procesos de reformas, es decir, como actores ligados al manejo de las transformaciones que nos conduzcan a una mayor felicidad, se ve refrenada por la lógica y el relativismo moral de los neoliberales. Desde ahí es urgente restituir la gobernabilidad a los trabajadores quienes están llamados a construir desde sus cimientos una institucionalidad funcional a sus intereses como clase subalterna. El desarrollo económico consiste en la ampliación de las capacidades y en la libertad de elección de los trabajadores que se asienta en el fortalecimiento del mercado, del consumo interno y que supone también competitividad internacional en todos los campos posibles como base para atender la demanda interna, la diversificación y expansión de las exportaciones. Consiste en la igualdad de oportunidades y en la equidad orientada a mejorar la distribución de la riqueza que se relaciona con una drástica disminución de la pobreza, la exclusión y la marginación. Además, consiste en la ampliación del espacio nacional y los márgenes de decisión del régimen político frente a las leyes y normas de la globalización que es una opción esencial para el desarrollo y crecimiento endógeno. El eje estratégico de la industrialización es la que se basa en tecnología conveniente, en el diseño de políticas públicas que apunten al combate contra la indigencia y la pobreza y que por lo mismo privilegien la equidad y la dignidad de todos. Es necesario finalmente consolidar el mercado, el ahorro y el consumo interno.

A través de este enfoque se percibe la potencia de las transformaciones requeridas y la potencia de los trabajadores y de su arte para lograr mayor capacidad de respuesta del gobierno en la gestión mejorando los mecanismos de control social- comunitario y el fortalecimiento de los valores a conquistar por todos los medios donados desinteresadamente por la teoría marxista. La relación más significativa se construye en base a regímenes democráticos, populares e inclusivos con un entramado social- comunitario fuerte y capital humano movilizado. Las transformaciones en términos humanistas empiezan donde termina la falta de compromiso. Empieza en el momento que se eleva sobre cualquier mediocridad una nueva expresión del *arte de lo posible*, una expresión alternativa que busca acabar con los cimientos que estructuran la farsa de la razón neoliberal. La expresión de este auténtico arte de poder alternativo es un modo de exageración que destruye la armonía de cualquier juicio de valor y los conceptos neoliberales que buscan darle un rostro “humano” a sus intereses fuertemente egocéntricos. Estos representantes del neoliberalismo, estos tecnócratas son repugnantes. En sus posturas, en sus

distinciones físicas o intelectuales, hay una fuerte dosis de fatalidad que nos llevan a una historia que siempre vacila. De hecho, la posibilidad de llevar a buen término proyectos de cierto éxito en el ámbito de desarrollo de la comunidad por parte del gobierno, dependen directamente de fortalecer la comunidad de representados y no a la inversa. Es el neoliberalismo quien nos dice lo contrario, que es mejor no sobresalir demasiado del resto, que es mejor pasar desapercibido, ser un eslabón más de la cadena. Al respecto, está el problema relativo a la movilización de los recursos y de las condiciones financieras para el buen desempeño de la gobernabilidad en el ámbito de los gobiernos porque esto implica necesariamente no sólo la modernización de la estructura administrativa de esos gobiernos (con la introducción de ciertas innovaciones en los métodos de gestión, de organización, de planificación de los servicios municipales, locales y nacionales de selección y capacitación de recursos humanos) sino también la adquisición de nuevas capacidades para gestionar con el mejor sentido un arte de poder alternativo. La revalorización de todos los ámbitos del gobierno, como ámbito prioritario en el contexto de la globalización y la reconfiguración del régimen político, nos conduce a su vez a revalorizar su autonomía y su naturaleza política y estratégica y el arte de poder que definitivamente busca ser alternativo. Nuestra propia capacidad de gestión estratégica es el prerrequisito para hacernos con el dominio y ese dominio es el prerrequisito para un gobierno gestionado por los trabajadores. Es un régimen con una gobernabilidad más extrema, extensa e inclusiva. Es la que habilita a los gobiernos para jugar el importante rol que se espera de ellos tanto dentro de las múltiples estrategias de dominio como de desarrollo dentro de los procesos de reconfiguración del régimen político y del Estado. Es la que les entrega, como gran tributo, al gobierno cierta capacidad para articular las potencialidades sociales y comunitarias en su territorio para sostener el desarrollo en términos marxistas, o sea, en concordancia con el medio y con el contexto político, con las necesidades de desarrollo y calidad de vida del trabajador porque aprovecha las ventajas que se nos abren con la descentralización, la democracia, el desarrollo tecnológico y las demandas de las comunicaciones, de las tecnologías. La participación y los canales de movilización que podamos abrir entre los gobiernos, la comunidad y los sujetos políticos que representan, son el mejor medio para levantar banderas y conducirnos a valores de un arte alternativo, para construir una ciudadanía menos abstracta de manera que el ser genérico comprende mucho mejor sus responsabilidades y sus derechos, familiarizándose con las reglas del arte de poder que cultivan los procesos de inclusión y democratización. El apoyo al desarrollo de esas manifestaciones de participación real es el gran desafío de los gobiernos en ese preciso contexto.

Nuestros países se hacen cada vez más cambiantes y complejos, cada vez más excluyentes y violentos y conforman, en consecuencia, los espacios donde se producen los cambios más recientes en las maneras de producción y en las relaciones laborales formadas a partir del dominio del neoliberalismo. Por la globalización del sistema comercial afrontamos procesos más agudos de inestabilidad. En realidad, la *internacionalización* es una transferencia de responsabilidades a los gobiernos y una pérdida de poder y gobernabilidad de nuestros países debido a una mayor fragmentación social, reducción de las competencias de los organismos del sector público y el dominio de los intereses privados sobre “lo público”. Representa además las disparidades y polarización social entre sectores más y menos favorecidos. El crecimiento de la informalidad en las relaciones laborales en perjuicio de los trabajadores y los frágiles consensos sociales son parte de la misma moneda de cambio. La segregación de amplios sectores sociales condujo al crecimiento de los fenómenos de violencia, de inseguridad y de protección armada de barrios, de los territorios, áreas y espacios urbanos. Los cambios en las tendencias del nuevo consumismo, el individualismo y la apatía militantes inciden también en los niveles de contaminación y nos muestran, en toda su espontaneidad, las cada vez más evidentes brechas entre clases antagónicas. Los cambios en los precios y los usos del suelo crean corredores de exclusión a partir de la movilidad de los hogares de mejores ingresos y calidad de vida. La igualdad, que se pretende establecer a través de lo jurídico y de lo formal, es negada por la segregación económica y espacial que sí es concreta. Se desarrollan nuevas zonas periféricas y aumenta considerablemente la desconcentración geográfica de la población pero también aumenta las zonas metropolitanas. La *heterogeneidad*, en las formas de producción del espacio urbano y su lógica de reproducción, encara la inflexibilidad de los diversos instrumentos públicos y fuerzas del mercado. Las ciudades, los gobiernos locales, los regionales y nacionales, los sujetos y organizaciones gubernamentales o no, las comunidades, son todos actores y escenarios integrantes del florecimiento de las culturas urbanas, enriquecidas y diversificadas por nuevos valores, que nos convocan a reconocer cada uno de los derechos de los trabajadores en un plano concreto. Los actores sociales y políticos, representativos de una parte de la comunidad y de los trabajadores en los distintos ámbitos en que estos se expresan, son llamados así a formar nuevas conciencias, teorías sistémicas y funcionales a los nuevos ideales que regirán nuestro destino. Surgen así otros actores y formas de relación con el territorio, con lo circundante. Muchos preceptos que desde ahora son parte de estas culturas más participativas, buscan cambiar lo usos y las prácticas de la planeación tradicional hacia modalidades de participación que acuerdan estrategias democráticas de

participación y las relaciones entre la comunidad, entre el gobierno y el sector privado. A partir de estos ejes se plantean cambios importantes en las relaciones de dominación y las actitudes contestatarias en beneficio de la concertación y la gobernabilidad compartida. La idea de este arte de poder en potencia es la democratización de la gestión pública para que responda más fehacientemente a los intereses de las comunidades y organizaciones de base junto con el fortalecimiento de las redes y de las organizaciones sociales y la ampliación de los campos de acción política de las múltiples instituciones representativas de los trabajadores. La *calidad de vida* surge entonces como preocupación central. Es decir, una mejor calidad de vida para todos es la directriz máxima que rige la expansión de un nuevo proceso de reformas del régimen para posteriormente violentar la naturaleza misma de ese Estado a través de una estrategia que radicalice las demandas del sector popular, las acciones, las luchas, las circunstancias, las conquistas y las reivindicaciones de los trabajadores. El reencuentro con las disyuntivas pero también con las solución más vital respecto de *lo urbano y lo local*, se traduce en procesos por un mayor aprecio por la democracia, lo ambiental y las solidaridades. En esto se basa precisamente la nueva ética de los trabajadores. Una moral que reconoce la heterogeneidad por lo que no parte del abandono de la justicia social y cultural aunque no plantee reformas estructurales. Al contrario, uno de los fundamentos rectores de la equidad está en el derecho de todos a ser iguales en la más amplia diversidad.⁹

El régimen debería convocar tanto a las mayorías como a las minorías étnicas y culturales respecto al escenario político sobre y en torno al cual su propuesta colectiva se sustenta. Se reconocerá a sí mismo y a sus espacios. Esto implica considerar todas las variables que hacen y definen su contexto. Será ámbito de comunicación entre los trabajadores y sus organizaciones de representación. Considerará que si bien el régimen político democrático es el gobierno de la mayoría que en teoría es ejercido por ella, no evoluciona si no tenemos en consideración los derechos de las minorías, o sea, de las etnias, culturas y pueblos aborígenes con su cosmovisión, espiritualidad y formas de vida. Nuestro territorio deberá ser un gran arquitecto en la construcción de otros escenarios para la inclusión de sus actores y apostar por la solidaridad y el respeto. Nuestras grandes urbes y su historia, su geografía, sus límites y recursos naturales, económicos y humanos, su estructura de gobierno y de

⁹ Con el desarrollo del régimen, el país deseado como ámbito de vida mejor y más directo de los trabajadores, de sus personajes, de la ciudad de hombres más solidarios, posibilita el desarrollo de la individualización del sujeto y el fortalecimiento de sus intereses.

participación en los distintos ámbitos en que ésta se expresa, su proceso y su calidad de formación territorial, la legitimidad de sus pluralidades culturales y étnicas, de la diversidad y tolerancia, sus ofertas de posibilidades de vida individual y colectiva, los derechos y deberes de los habitantes, son todos componentes de la educación espacial moderna de sus habitantes en los diversos momentos de su formación, desde una frágil y precaria niñez hasta una más responsable adultez. Son componentes centrales en la convocatoria a esos procesos políticos, sociales, económicos, culturales y educativos que estructuran el eje de su accionar en proyectos alternativos al neoliberalismo. Pero sucede que siempre las tragedias reales de la existencia del hombre, de sus comunidades y civilización tienen lugar de un modo tan poco artístico que nos hieren por su violencia, su absoluta incoherencia, su falta absurda de sentido y su total carencia de estilo. Cuando así pasa vemos que no somos simples espectadores y víctimas del drama del arte de dominio neoliberal sino que somos actores del drama y de las tragedias y en tanto tales tenemos no solo la capacidad y la vulnerabilidad del sufrimiento sino que también la posibilidad de actuar para relegar a tiempos remotos esos dramas.¹⁰

Gobierno, ideología y praxis política.

Durante las últimas décadas del siglo XX, los regímenes políticos de nuestra región, todos de carácter y de una racionalidad neoliberal claramente apátrida, como los hechos posteriormente nos demostraron, con sus medidas y políticas de ajustes o independencia de los bancos centrales que favorecen la Patria financiera, un país para pocos, por sobre la Patria de la producción, de la inclusión e igualdad, simplemente declinaron soberanía en favor de los países centrales y de los organismos financieros globales. Las consecuencias fueron catastróficas en todos los ámbitos, tanto en lo político con la pérdida de soberanía en las decisiones de nuestros regímenes, tanto en lo económico donde el neoliberalismo condujo muchas veces a la bancarrota, como en el ámbito social que nos heredó pobreza, desempleo, marginación y exclusión que solo tiene solución a lo menos en el mediano plazo. Con esa orientación,

¹⁰ La recuperación de nuestro espacio local, regional y nacional, aún el global, construido, modificado y rehabilitado por sus habitantes a través de la colectividad es condición imprescindible para su sostenibilidad. Es indispensable para el desarrollo en términos de inclusión de sus habitantes, gente y personajes. El trabajador debe recuperar la posibilidad de dejar tras de sí determinadas huellas en un espacio territorial que le toca habitar porque una democracia, entendida como proceso puramente electoral y formal, no ayuda a levantar las bases de los países que habitamos. Hay que cohabitar, estar juntos, relacionarse y tejer redes de solidaridades, amistades, verse y tocarse los rostros.

a partir de la ciencia de los sectores neoliberales, la desigualdad fue siempre tema de politólogos, sociólogos y filósofos. En esas circunstancias, era muy difícil escuchar a nuestros economistas y gurús financieros referirse al tema. En realidad, el colmo de la arrogancia típica de los que se creen dueños de la verdad absoluta, preferían ocuparse de cuestiones como la balanza de pagos, el superávit o sector externo, o sea, de cuestiones claramente relacionadas con la estabilización monetaria- financiera sin considerar las variables de crecimiento y de desarrollo en términos globales. Entonces, vino la reacción política de los sectores populares y así lo más importante que pasó es que la desigualdad se planteó como tragedia social por amplios actores y sujetos políticos que ahora buscan protagonizar un cambio estructural. Es que, lo reconozcan o no los grupos conservadores, la desigualdad es un concepto profundamente político porque es un disvalor económico. En otras palabras, la lucha contra la desigualdad no sólo es cuestión de sensibilidad, sino que también es cuestión de afianzamiento de los procesos de crecimiento a favor de las mayorías. No es posible un régimen político inclusivo y democrático que pueda desarrollarse y que pueda crecer de manera sostenida ni mucho menos consolidarse si se profundiza la brecha de desigualdad entre sectores sociales. Por el contrario, la democracia, la justicia y la inclusión en sus diversas expresiones trabajan por ello en la igualdad de oportunidades para todos los trabajadores que somos quienes vendemos nuestra fuerza de trabajo como estrategia primera de supervivencia. En ese contexto, es central para los movimientos nacionales la lucha contra la pobreza, la exclusión y la marginación. Así, es auspicioso el crecimiento de los sectores medios no solo como sector social que sostiene el ahorro y consumo en general sino también como sector de trabajadores que es protagónico en la gestión de la agenda de gobierno. Entonces, es posible determinar a los sectores medios no sólo en su relación con la posesión de los medios de producción, su posición en el mercado de trabajo e ingreso mayor que el del trabajador menos capacitado en términos laborales, sino también por sus habilidades en el área de la educación, en su formación y en sus conocimientos, por su estilo de vida y patrones de consumo. La característica que define a los sectores medios y que la hace diametralmente distinta de los trabajadores menos calificados, es que su identidad está mucho más diluída que los trabajadores manuales, es que ésta tampoco pasa por una identidad común objetiva, que a su vez se encuentra respaldada en aspectos materiales, como es el caso de otros grupos, clases o sectores sociales como la de los terratenientes u obreros manuales, sino por lo que se denomina identidad simbólica, una cultura que se supone común y que está auspiciada por determinados mitos y creencias más o menos fundacionales.

Un análisis de mayor profundidad respecto de los sectores medios y de sus comportamientos, obliga a plantear que ésta sufrió significativos cambios en las últimas décadas respecto a lo que fue la imposición del neoliberalismo por parte de los dominantes. En primer lugar, habría que decir que ya no es más la otrora compacta clase media que mejoraba su posición económica y social de generación en generación. Es que los diversos procesos económicos y políticos de deterioro social que sufrieron nuestros países en particular de la mano del neoliberal, producen un aumento considerable de la desigualdad vertical y horizontal. Como consecuencia, los sectores medios se fraccionan y se hacen más complejos y heterogéneos. Así, dentro de similares niveles de ingreso, conviven grupos diferentes, con identidades y discursos políticos e ideológicos muchas veces opuestos que se relacionan con algunos factores, entre ellos el tipo y la calidad de la inserción laboral, el crecimiento del trabajo informal, especialmente entre los más jóvenes, así como el quiebre de las redes sociales y culturales. Por último, esos sectores medios- aunque fraccionados y golpeados por las diversas crisis económicas, por la lógica del neoliberalismo y sus consecuencias- es un actor social de la mayor relevancia en el ámbito de la gestión política de los intereses de los trabajadores de los que son parte. En los países en que este sector social es numéricamente importante, incluso en los que no lo es tanto, lo que dicen y piensan ellos hace diferencia en la administración de la agenda pública. Sin representación corporativa más o menos clara, están presentes en la vida social, económica, política, comercial y cultural de nuestros países. Suelen no liderar procesos sociales y a veces los cambios estructurales, por lo menos en su etapa inicial, son combatidos por éstos que prefieren defender el estatus a pesar de que a veces ese estatus va contra sus intereses. Sin embargo, en muchas ocasiones vemos a los sectores medios en relevantes movilizaciones sociales de manera evidente. Entonces, no solo los sectores medios son parte de la gran clase de los trabajadores, que son quienes están históricamente llamados a convalidar las diferencias contra la política de la reacción, sino que son parte central de cualquier proceso de cambios en favor de la cultura popular. Incluso, la complejidad del análisis de los factores, de los motivos y de los parámetros que movilizan políticamente a los sectores medios, en favor o contra los intereses populares es un desafío porque muchas veces, a pesar de que estos sectores están mejor en términos económicos, no apoyan ni defienden el modelo popular porque siguen atraídos por los mensajes neoliberales. Pero, ante esos grupos seducidos por el conservadurismo y que entonces quedan enfrentados a los regímenes populares, solo es viable insistir en políticas cuyo objeto sea la construcción de ciudadanía, de la democracia a partir de la inclusión social, buscando la formación de un régimen aún más incluyente,

aún con mayor equidad y justicia social. Dentro de los distintos aspectos a llevar adelante en este modelo de inclusión, que definitivamente auspicia la igualdad de oportunidades, del acceso a la educación y salud pública de calidad son ejes convocantes que pueden aglutinar a todos los trabajadores como clase. Además, este es un aspecto que resulta muy significativo para los sectores medios. Así, la universalización de la educación inicial a partir de los cuatro años, la expansión del secundario, la búsqueda de mayor calidad educativa en todos los niveles y el acceso a un sistema de salud de calidad, que se ocupe y preocupe por los ciudadanos, que valore el derecho a la vida, que plantee la prevención como eje de sus políticas sanitarias, deben ser una prioridad para todo gobierno popular que busque conquistar a las grandes mayorías en favor del cambio y convertirse en hegemónico. Estos temas son cruciales para nuestro presente y para el futuro porque permiten lograr un proyecto de mayor equidad. Por otro lado, para incluir en el proyecto popular a mayores grupos que al fin se identifican cultural, política y económicamente con la “clase” media, es importante debatir e implementar políticas orientadas a estos sectores, así como se discuten programas para los de mayor vulnerabilidad. Entre esas políticas, la expansión de los espacios públicos, las instituciones y espacios culturales que tengan a los sectores medios como protagónicos son relevantes.

Se impone el protagonismo político, la movilización y participación de los diversos grupos sociales que componen el campo popular en la gestión de las políticas donde están incluido los sectores medios. La clave reside en institucionalizar canales participativos con poder de acción para que éstos se integren y comprometan con los cambios y así puedan jugar un rol relevante en todos los contextos. Temas como la convivencia urbana, el planeamiento, el desarrollo y el cuidado de espacios públicos de recreación, espacios verdes y de cultura, la infraestructura de la ciudad, el transporte, la implementación y funcionamiento de servicios básicos y el acceso más justo e igualitario a la educación y salud pública, el saneamiento de nuestro ambiente, el alumbrado y otros, son parte de algunos de los tantos ejemplos de espacios de acción ciudadana en los que los sectores medios pueden encauzar su energía para mejorar la calidad de vida de todos. Lo fundamental es que a partir de ese protagonismo de los sectores medios una parte, significativa y mayoritaria, aprendan de experiencias políticas que son anteriores y que los perjudicaron económicamente como el mismo neoliberalismo para que tomen conciencia de lo que está en juego, para que profundicen en una propuesta política de cambios basada en la justicia social y que además los incluye como actores relevantes. La gestión democrática de la agenda pública requiere de todos, implica la conformación de un frente o alianza política, económica, social y

cultural en la que nos comprometamos las mayorías en defensa de nuestros intereses. Es que son demasiadas las cosas con las que hay que luchar y muchas las deudas con nuestros pueblos latinoamericanos que han sido tan marginados y esclavizados. Los sectores medios tienen gran responsabilidad al respecto. Por eso, la gestión democrática además implica recurrir siempre al diálogo. Si hay algo que tengamos que corregir, no hay que sentirlo como que se gana o pierde. Este es un concepto político de competencias de un mundo que intentamos dejar atrás, es la expresión del neoliberalismo que quiso convertirse en el final de la historia y de las ideologías y finalmente solo trajo miseria, la pérdida de la cultura del trabajo y la dignidad.

En este punto se impone la conciencia, la creación de la misma, la insistencia en sus postulados: la infantería de las hordas opositoras a las diversas expresiones del campo y la cultura popular, la de los dirigentes y líderes políticos, candidatos de todos los tipos que gritan en los medios masivos de comunicación a la par del estruendo que provocan sus mentores de las múltiples corporaciones que se mueven en las sombras bajo la impunidad de un poder real, meten barullo para confundir a los trabajadores en cuanto a quienes representan y defienden de la forma más consecuyente sus intereses. En esas circunstancias, perdieron toda compostura y ya no son capaces de simular sus objetivos e intereses de clase. Es que, a la luz de los regímenes nacionales y populares, perdieron cualquier ética y principios, incluso la defensa de una democracia y derechos por lo demás altamente formales que ni siquiera fueron capaces de simular la increíble crisis global del neoliberalismo. Lo que pasa es que los problemas de nuestro planeta no parecen devenir de la alineación de los planetas con el sol, como nos dicen algunos aprendices de Nostradamus y profetas varios, sino de los brutales ajustes del Estado capitalista, esta vez en su versión neoliberal, que corrompe y destruye cualquier ideal que nos convoque a un régimen político un poco más justo y equilibrado. Como el neoliberalismo lo demostró infinidad de veces, a partir de las consecuencias de sus políticas públicas, sus ajustes no responden ni son guiados por los mercados sino por algunos grupos de poder que son los que controlan esos mercados. Así, hasta el propio automatismo de los mercados, puntapié central de la ideología de los tecnócratas, es falso, es parte de un control racionalmente instituido. Por algo, el consenso de fines de la década de los '80 fue el de Washington que fue impuesto y no tuvo nada de consenso. El primer mandamiento de éste fue la disciplina fiscal, una regla de oro en los gobiernos de Estados Unidos que expande su causa al resto del mundo que desde ahora se globaliza a partir del neoliberalismo y sus intereses. En esas circunstancias, cabe recordar que tras la crisis de los años '30 con el New Deal de Roosevelt hubo expansión del gasto público

pero no déficit fiscal. Este *Consenso de Washington* (que no fue en realidad un consenso porque siempre fue pensado para consolidar el dominio de Estados Unidos) y luego con las condiciones políticas altamente favorables para el conservadurismo, acabó siendo una receta para dominar la globalidad que incluirá toda esa parte del mundo que se caía, es decir, Europa Oriental y la antigua Unión Soviética que involucrarán a formas neoliberales que son muy corruptas, antidemocráticas y autoritarias. En otras palabras, la caída del muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética crearon las condiciones para incorporar al mercado, de ahora en más ordenado a partir de las políticas neoliberales, millones de nuevos consumidores y el Estado capitalista no solo se dio el lujo de sortear una nueva crisis sino que logró imponer el sistema neoliberal que recorta derechos y somete a los trabajadores a los designios del Capital. Es que esos nuevos trabajadores que se incorporan al régimen capitalista después de la experiencia de los socialismo reales y que lo hacen ahora como nuevos consumidores son parte de un mercado laboral con pretensiones salariales muy inferiores respecto al trabajador de los países desarrollados. Logran así captar mucha mano de obra barata que les permitirá seguir haciendo de las suyas en perjuicio de las mayorías, del bien de todas ellas. Pero, como la historia siempre se toma revancha, como no puede negarse indefinidamente el derecho del pueblo a mejores condiciones y calidad de vida, la ortodoxia neoliberal terminó siendo un bumerán para Estados Unidos si tenemos en consideración las pocas herramientas de éste para superar las crisis de su economía.

La crisis, la caída de ciertos paradigmas y la reafirmación de otros, la vuelta a defender la cultura popular y la insistencia en teorías típicas del neoliberalismo, nos muestra que ni la historia ni la coyuntura política de un país o una región, de un Estado y su régimen, pueden entenderse fuera del contexto en que vivimos. El acoso a los sectores representantes de la cultura popular, la denigración de la acción política como herramienta central de transformación y consecuentemente la reivindicación de la antipolítica por parte de los dominantes junto con el combate sin treguas contra el modelo humanista, son todas partes indisolubles de un proceso de ofensiva del poder económico y mediático de monopolios que se niegan a dar marcha atrás con la función que les correspondió históricamente en nuestros países. Son estos sectores los que siempre faltan a la verdad, son los faltos de ideas y fuerzas políticas propias porque se limitan a actuar y escenificar un discurso con movilizaciones ajenas. Los sectores de los grupos de poder, que siempre fueron contra el libre desenvolvimiento de los valores populares, atrasan a tal punto que ni siquiera puede diseñar políticas medianamente creíbles mientras el régimen popular gestiona siempre en favor del trabajador. El concepto

mismo de *régimen político*, de pretensiones populares, es decir, de gestión democrática de los trabajadores que busca reivindicar el humanismo, es entonces un término que plantea una idea de conjunto, de complementación de las políticas aplicadas y defendidas por los actores protagónicos al interior del régimen político que al mismo tiempo nos brinda un horizonte de cierta previsibilidad para todos los que vivimos de un jornal. En cambio, los grupos que históricamente plantearon la primacía del derecho a la propiedad privada como eje rector de la defensa de los derechos humanos por sobre el derecho a la vida, no tienen un modelo alternativo al popular e insisten en el neoliberal. Tampoco les interesa mayormente plantear un régimen alternativo porque están cómodos con el estatus, con las políticas de la patronal. Es que ellos ven la política, el arte de poder popular, como una herramienta irracional, superflua, dogmática y de muy poco sentido. Ellos conciben la misión y la práctica concreta de la acción política como partes desarticuladas de un todo inexistente y por eso insisten en la *antipolítica*, en un mundo dominado por una tecnocracia al servicio de los actores más concentrados y que aún así se pretende objetiva, independiente pero fundamentalmente racional por sobre todas las cosas. Pero, al respecto, los regímenes populares que se imponen democráticamente en nuestros pueblos, nos dieron la lección más grande a saber, que los trabajadores a través de sus propios representantes, son los que conducen y protagonizan los cambios sin dar marcha atrás con sus ideales como sí lo hacen los socialdemócratas y toda esa estirpe de reformistas que solo juegan en favor del Estado capitalista.

Ahí está la característica distintiva y primera del régimen popular y de ahí la desesperación de los grupos de poder conservadores: los trabajadores a esta altura de las circunstancias ya no ceden en sus pretensiones, ni mucho menos dan marcha atrás en sus ideales. He ahí que estemos en presencia de un proyecto emancipador donde la política y la ideología no se enfrentan al modo que lo plantea la antipolítica porque, muy por el contrario, se contienen y expresan mutuamente porque cada una se manifiesta a través de la otra. Algunos grupos de poder nos hablan de excesiva ideologización y plantean, como modo alternativo, la supuesta independencia luego de afirmar que esa ideologización solo nos conduce a análisis erróneos y al aislamiento de los sectores populares. Pero, detrás de los conceptos políticos planteados por ellos, como los de *consenso* o de *buena onda*, subyacen intereses de clases que solo buscan reivindicar el neoliberalismo. Subyace una ideología que busca mantener por todos los medios el Estado que es capitalista y que se estructura a partir de una base material que reivindica el reparto regresivo de la riqueza a través de la primacía del capital sobre la fuerza de trabajo. Por lo mismo, es falsa la idea que plantean de la independencia de los valores y del

análisis porque éste, todo análisis, implica la defensa de ciertos intereses que se imponen sobre otros. Por eso, la contracara de la sociedad del espectáculo y del show mediático no es la del aburrimiento sino que es el régimen del compromiso social, de la defensa del bien común y de la militancia política que reivindica el interés de la mayoría. Los dominantes aún conservan gran parte del poder pero los sectores populares tienen la razón porque la historia está de nuestro lado. En realidad, la historia está del lado de los que luchan. Hay muchos trabajadores con un razonamiento puramente pragmático a la hora de decidir su voto. Lo importante es entender que para incidir en ese voto, para que aquel razonamiento no sea únicamente consecuencia de un impulso medio irracional, para que responda a un proyecto determinado de país y no sólo a la efectiva tarea de un experto en imagen, etc., la acción política y la ideología, la conciencia y el sufragio deben complementarse en la defensa de los intereses de los trabajadores para así socavar las razones de los neoliberales. Por eso, el modelo neoliberal se sostiene sobre abundante “filosofía” política a pesar de que nos niegan esa filosofía política a partir de la sociedad del espectáculo y del show mediático. ¿Qué fue si no la *teoría del final de la historia* o del reaccionario *choque de civilizaciones*? De ahí el oportuno surgir de colectivos dedicados a pensar las nuevas circunstancias históricas para desde ahí producir nuevas teorías. ¿Cómo podríamos si no llevar adelante un modelo de cambios si no nos instruimos en una acción política, en un arte de poder del trabajador que se complemente y manifieste a través de una ideología profundamente humanista? ¿Cómo no prepararnos junto al pueblo para la confrontación que nos propondrá nuestro adversario quien, llegado a cierto punto de la lucha se muestra tal cual es, o sea, como enemigo de la cultura popular? Si buscamos el goce de la riqueza, las leyes que reivindiquen el derecho de las mayorías, ¿cómo no vamos a formarnos políticamente frente a una contingencia histórica? Así, la acción política e ideología están íntimamente relacionadas al tiempo que la épica es nuestra porque la historia es nuestra mientras que la alegría es inherente al pueblo.

Elementos del régimen multicultural.

En relación a la realidad cotidiana de los movimientos de los pueblos o comunidades aborígenes en nuestra región latinoamericana, el tema de éstos y de los llamados movimientos indígenas y sus demandas, sus derechos, sus demandas, reivindicaciones y luchas, volvieron a estar en el centro del debate político por lo menos en ciertos países en especial luego de la insurgencia de Chiapas de enero del ‘94 y después en atención a los hechos ocurridos en Bolivia donde serían protagonistas en la fundación del Estado plurinacional.

Esto probablemente expresa un reconocimiento no menor de los impactos políticos, sociales y económicos, culturales y racionales inmediatos de las acciones políticas de los indígenas, de los conflictos y planteamientos que estas acciones fueron capaces de desencadenar y que agrietaron la razón neoliberal en el resto de la población, colocando así en riesgo la relativa “estabilidad” de Latinoamérica por la que se la juega la patronal. Respecto al tema de los pueblos aborígenes, la mayor parte de la literatura y los debates se centran en temas relativos con la identidad y esto, en todo caso, constituye un rol central de los pueblos aborígenes en sus luchas reivindicativas. Es así porque en algunos países de nuestra región desde hace unos años los pueblos aborígenes se encuentran inmersos en un proceso de rescate y revalorización de sus identidades, de su cosmovisión del mundo y de la vida, de su lenguaje y su cultura que se relaciona directamente con sus formas de vida ligadas a la tierra comunitaria, a la integración con la naturaleza, el ecosistema y el universo lo que implica y vincula estas luchas con la posesión comunitaria de la tierra y el sentido también comunitario de sus existencias. Su especial ligazón con la tierra que habitan los convoca a manifestarse con la protección del ecosistema.

Los pueblos aborígenes siempre lucharon en todos los frentes posibles y con todos los recursos de que disponen por el mantenimiento de las tierras de las cuales extraen sus recursos, denuncian y se movilizan continuamente contra la contaminación de los suelos y las aguas que es provocada por las extracciones y los emprendimientos mineros en general. Además, conforme nuestros países se hacen mucho más democráticos, tolerantes y respetuosos culturalmente de los otros, los indígenas llevan adelante sus luchas para ser efectivamente reconocidos en sus derechos y en su cultura. Derechos que están relacionados con la autodeterminación, con la posesión de sus tierras y con su propia existencia como sujetos políticos porque aún hoy es común que los terratenientes se apropien de las tierras de los aborígenes contribuyendo así a que la sobrevivencia de estas comunidades se haga cada vez más difícil. Es un desafío cotidiano y brutal a los que hay que sumar la contaminación de las aguas y los ríos y la propia contaminación del ecosistema en general que es producto de las acciones de las grandes empresas y sus yacimientos que además son una fuente inagotable y permanente de conflictos debido a los intereses económicos que se ven afectados y comprometidos en estas luchas. Un aspecto sensible (que forma parte de las reivindicaciones de los pueblos aborígenes) es el reclamo a ser considerados como actores y sujetos políticos participantes en las decisiones sobre las cuestiones que les afectan como pueblos. La falta de sensibilidad por parte del régimen político, la falta de sus temáticas en la agenda pública y la falta de canales de participación de los

aborígenes, se traduce en la continua amenaza de la integridad territorial, en las malas condiciones de vida y sanitarias dañando a la comunidad indígena en su integridad. Sin embargo, ellos están muy movilizadas y luchando por un futuro más próspero para su comunidad, por mejorar su calidad de vida y centralmente por el respeto a sus condiciones como comunidades originarias y preexistentes al Estado capitalista latinoamericano. Por eso, ya estemos tratando o estudiando los derechos, las demandas de los pueblos originarios, los cambios en el régimen político, en las garantías constitucionales, en las reformas relativas de cualquiera de los tres poderes que forman parte del sector público, del gobierno, reformas en las garantías penales o en los derechos humanos o los cambios en las normativas legales que conforman nuestra institucionalidad, todo eso no conduce necesariamente a mágicos cambios en términos democráticos porque los derechos formales para mutar en derechos concretos y reales, deben recorrer todo un camino de luchas y de desencuentros de todo orden. Sin duda, estos derechos formales, normativos y abstractos (que nos reconoce el arte del neoliberalismo) son un punto de partida para iniciar un proceso que nos lleve al real respeto de los derechos que exigimos de parte del régimen. Así, contar con determinadas normativas, leyes y con material jurídico que apoye nuestras demandas y derechos, se vuelve central porque a partir de éste se desarrolla en parte el arte de poder alternativo que batalla contra el dominio neoliberal. Esa es la importancia de *lo legal*, de los derechos formales, nominales y abstractos y así el control del reformismo como primera etapa en la conquista de nuestras libertades es una prioridad.

La perspectiva política reformista y normativa y la real posibilidad de contar con determinado arsenal jurídico en nuestras luchas, no es solo una necesidad sino que es también una de las grandes prioridades políticas de los sectores que representan la cultura del pueblo porque ese reconocimiento-aunque sea nominal, formal y abstracto- de los derechos de los aborígenes es siempre una tremenda interpelación hacia el régimen y actores sociales más relevantes. También esa interpelación significa mayor participación de las minorías de manera que puedan formarse nuevas herramientas legales de coexistencia genuina entre los pueblos que forman el ser nacional. La meta es el régimen multicultural de forma que podamos lograr un nuevo consenso y otras reglas de convivencia democrática para todos. También hay que considerar que la lucha por un régimen multicultural es muchas veces brutal porque desde los sectores políticos más vinculados con los intereses de los dominantes existen ciertas estructuras, generalmente ligadas a los intereses de las transnacionales, que siempre privilegian la lógica economicista y que hasta hoy conservan rasgos de discriminación a los aborígenes y minorías en

general. El concepto de régimen multicultural es central en el debate sobre la cuestión de los pueblos aborígenes, sus derechos y reconocimiento (que se convierte en núcleo de las discusiones respecto a esta cuestión) cuando justamente el régimen tiene que reconocer la importancia de la temática de los aborígenes como pueblos distintivos. Se hace central cuando se entiende que al interior de un Estado y de un régimen que se dice democrático, hay que acoger en sus estructuras las diferencias culturales. Este proceso político de toma de conciencia en relación al tema se entiende no desde una visión de la concesión por parte del régimen hacia los aborígenes, mucho menos desde una postura de admisión tolerante sino más bien desde el punto de vista de habilitación de espacios de participación y acceso a la estructura que forma el ejercicio del poder. No es lo mismo la *tolerancia* como concepto que el *respeto*. El régimen multicultural trata a las comunidades aborígenes como sujetos políticos porque se levanta en base a la inclusión, la participación, los derechos reales y sobre la participación discursiva de todos.

Finalmente, es necesario distinguir entre los sectores excluidos de la lógica del régimen neoliberal- los sectores excluidos estructuralmente de los mercados de consumo, del mercado laboral, de sus derechos de ciudadanía, o sea, el clásico trabajador urbano o rural- de los sectores que se encuentran marginados del régimen. No es lo mismo ser excluido que ser marginado y acá es central el tema de los aborígenes. Son distintos porque el excluido es un trabajador víctima de los fundamentos del neoliberalismo y que en tanto tal se convierte en mercancía. Además, el excluido se define a partir de una realidad subyacente que se relaciona con su exclusión en todos los ámbitos y parámetros. Pero, lo que lo distingue es el hecho de que ideológicamente es una mercancía acabada y desesperada que espera de los que controlan el régimen neoliberal algunos beneficios que quedan circunscritos al ámbito del asistencialismo político que solo refuerza la sumisión y su propia situación de exclusión. Por el contrario, el marginado no se encuentra circunscrito en el paradigma de la sumisión y reivindica sus formas de vida, sus ideas, sus costumbres, su cosmovisión del mundo y así los pueblos aborígenes, plenos de conciencia de sus derechos, constituyen marginados antes que excluidos. No es menos grave.

Se afirma que el régimen democrático de gobierno así en abstracto, en forma académica, suntuosa y erudita, es el gobierno ejercido por la mayoría en las que éstas delegan el ejercicio de la autoridad en sus representantes. El problema acá es que el formalismo del neoliberalismo llega a tal grado que terminamos, en un momento de nuestra evolución, dejando atrás los ideales que componen la libertad como ser genérico. En este sentido, dejamos de ser hombres emancipados, dedicados a la construcción de una realidad virtuosa,

perdiendo nuestra capacidad y raciocinio para dirigimos a determinados fines (determinados por otros) como autómatas, sumisos y altamente mediocres. Es necesario plantear el régimen político democrático de gobierno (no solo en los términos del gobierno de la mayoría sobre la minoría) sino también del respeto que el régimen, sus bases e instituciones, le deben a las minorías que antes de gozar plenamente de derechos consagrados normativa y legalmente, formal y abstractamente, son marginados de los procesos políticos y de las formas que la sociedad plantea la resolución de las diversas disyuntivas que son consideran importantes. Desde esta perspectiva, veremos dos cuestiones relativas con el movimiento y los problemas de las comunidades o pueblos indígenas y sus organizaciones representativas que, a mi juicio, pueden ser parte integrante y constitutiva de otra historia latinoamericana. Me refiero a las relaciones entabladas entre ese movimiento indígena con el régimen en los términos neoliberales y con la democracia formalista dentro del actual patrón de poder. Así, hablaré de la colonización del patrón del poder ejercido por el régimen político sobre los trabajadores, excluidos y marginados. Entonces, los principales y más acabados productos en términos ideológicos de la experiencia colonial, que fueron incorporados a la razón y el arte de dominio de los neoliberales, son el concepto de *raza* (que pasa a constituir un juicio de valor mental que no tiene relación alguna en la previa realidad a la colonización) generado para naturalizar esas relaciones sociales de control producidas por el proceso de la conquista. El concepto de *raza* se constituye en los cimientos que sostienen la lógica del nuevo sistema de dominación implantado primero por la metrópolis española y luego por nuestros Estados nacionales. Los nuevos términos y conceptos que ahora se constituyen en originarios para el sostenimiento del sistema de dominación y control- que además entreteje la nueva razón relacionándose con las ideas de *raza*- por ejemplo son el concepto de *indios* (que nacería como un término colonial) y que les servirá a los colonizadores y a nuestras clases dirigentes después, para embutir las numerosas identidades, culturas y cosmovisiones históricas de los pueblos aborígenes que habitan estos suelos. Este concepto sirve para homogenizar las culturas para construir una identidad nacional que es necesaria para los Estados nacionales de *legitimidad restringida*. Otros términos, que refuerzan este proceso de homogeneidad cultural serán el de *negros*, *mestizos* y *criollos* mientras los *ibéricos* se diferencian a partir de términos como los de *blancos* y *uropeos* que tiene que ver con la idea de ser súbditos de un imperio católico, racional y civilizado en contraposición con los otros grupos culturales. Le sigue el concepto de *euro centrismo* que fortalece racionalmente los nuevos modos de producción y control de la subjetividad y del imaginario colectivo, las formas de acceso y naturaleza del

conocimiento y la historia. Este concepto es quien expresa otra subjetividad que fundamentan las nuevas relaciones entre los sujetos y que se procesan en nuevos patrones de poder. Los intereses de acumulación privada del capital (que se generan en la experiencia de la colonización del ejercicio del poder, en particular, de las relaciones entre el nuevo sistema de dominación social ordenado alrededor del concepto de *raza*) se despliegan en toda su amplitud a través de estos conceptos. El *euro centrismo*, como concepto de control de otro patrón de dominación, implicó que la elaboración intelectual y el debate sistemático del modo de producción y control del conocimiento tuvieran lugar precisamente en el viejo continente que se forma a través del mismo movimiento histórico. La expansión global de colonialismo europeo lleva también a la hegemonía global de este *euro centrismo*.¹¹

La configuración de nuevas relaciones sociales y división del trabajo cimienta las bases de un sistema de explotación que articulará y entretejerá en una única estructura conjunta a todas las formas históricas que adquiere el control sobre el trabajo y la explotación. Por ejemplo, la esclavitud y la servidumbre de los aborígenes y de los negros venidos de África, la pequeña producción mercantil, la reciprocidad y la acumulación del capital para la producción de mercaderías y productos de cierto valor agregado para el sistema comercial, instituido entre las metrópolis de manera de financiar el emergente régimen capitalista de producción, la revolución industrial y la consecuente necesidad de materias primas y minerales (que desde ahora giran alrededor de la hegemonía del capital) son todas políticas que refuerzan esa hegemonía. Por eso, la problemática está directamente vinculada con la posesión comunitaria de la tierra mientras que la pobreza endémica de los pueblos indígenas es consecuencia directa de la conquista y la colonización venida del antiguo continente que así financió su propio desarrollo a través del saqueo de los recursos de nuestra región. Para el conjunto de los pueblos originarios y para gran parte de los habitantes mestizos, el 12 de octubre no es una fecha histórica para festejar sí para recordar con mucha memoria, con valentía y con conciencia política. A partir de entonces empezó a gestarse la

¹¹ A fines de los '50, Naciones Unidas se propuso cambiar la nomenclatura de *raza* por el de *etnia* considerando a la primera despectiva, cruel y orientada a una mirada euro céntrica de los acontecimientos. A partir de ahí, la mayoría de las naciones latinoamericanas decidieron encarar la fecha del 12 de Octubre acercándola a una mirada acorde a nuestra realidad y los significados que implicó el proceso de descubrimiento, de conquista y colonización. Se plantearon nuevos desafíos en el sentido que la historia reconstruye el pasado a través de la interpretación de los hechos y de una razón más humana, real y concreta para todos, inclusive para los marginados. Para esto hay que desterrar conceptos tan engañosos como el de *descubrimiento de América* porque nuestros suelos ya estaban descubiertos.

hegemonía bajo las directrices capitalistas. Pero, aún hoy se desarrollan y reabren los debates y se buscan respuestas sobre cómo encarar la cuestión de la conquista y colonización de nuestras tierras, sus legados y efectos que produjeron y permanecen en el tiempo. En este sentido, existen otras visiones que son alternativas a los discursos oficiales sobre temas tan fundamentales como estos. Estas posturas nos muestran, describen y denuncian el genocidio más grande al que estuvo expuesto el hombre. Otros, aludiendo a supuestos análisis que serían más objetivos y racionales, ponen en discusión esa visión coincidiendo en que la llegada española abrió los pueblos nativos a la cultura europea y occidental, con todos sus adelantos y sacándolos así del estado primitivo. Pero, históricamente los mitos que giran alrededor de las ideas del buen salvaje, que es redimido por una cultura y una espiritualidad cristiana, son muy irracionales. Pensaron algunos misioneros de antaño que los indios se convertirían al catolicismo pero detrás de esa evangelización se escondían intereses ligados a una cultura imperialista.

Lo que cambió respecto a esta idea de salvar al buen salvaje de su mundo de carencias y sufrimientos es que los aborígenes son rescatados pero no desde el punto de vista de pensarlos en condición de sectores en extremo vulnerables sino desde su condición de anacrónicos. Esto lo que hizo fue racionalizar algunas ideas e incluso proyectos políticos que tienen que ver mucho con el paternalismo sin poder plantear soluciones estructurales a sus condiciones de extrema vulnerabilidad y marginación. Existe también una visión de los hechos ocurridos a partir de 1492 que pone énfasis en el legado cultural, científico, espiritual y religioso que provocó la llegada española a nuestros suelos y a la cual adhieren muchos historiadores pero esa corriente, en el fondo, lo que vislumbra como objetivo es el intento de revitalizar el rol de una España imperial, genocida y católica cuya misión de evangelización contribuyó a depositar las bases de la civilización occidental europea y cuyos aspectos son el legado indiscutible de la unidad hispanoamericana. Si bien la lucha contra el régimen colonial logra desconcentrar el dominio del poder en manos de la metrópolis, arrebatando a los propios colonizadores el control de la autoridad, en muchos rincones de esta aldea globalizada ésta incluso se hizo formalmente pública y pseudo democrática (admitiendo la participación de los miembros de *razas inferiores*) lo que nos lleva hoy a que el dominio político se ejerza a través de la razón neoliberal, de su realismo político y estructura global de poder que impone su naturaleza dependiente, con sus falsas opciones y reales límites. En otras palabras, el poder global que es ejercido a través de los objetivos de las transnacionales no deja de ser euro centrado. En buena parte la aldea global, en especial en las tierras que en algún momento fueron parte del régimen colonial europeo, principalmente en

Latinoamérica y Oceanía, los *blancos* y lo *uropeo* lograron mantener el control local del poder en sus dimensiones básicas. En Latinoamérica, los temas referidos al debate de la cuestión aborígen, no pueden ser indagados ni debatidos sino en relación a la propia colonización del patrón de poder que nos habita y reconstruye nuestras conciencias. La cuestión de los aborígenes y marginados en particular es un tema relacionado con la colonización del patrón, de la lógica y de la razón neoliberal de poder vigente al mismo título que las categorías, conceptos y términos como los de *indio*, *negro*, *mestizo*, *blanco* o *raza*.

En el actual contexto de globalización neoliberal no es difícil entender que el control inmediato del poder sea local, nacional, regional o global lo ejercen los *blancos* entendidos no solo los de esa etnia sino de los que constituyen otras etnias pero que actúan, piensan y asimilaron la razón de los neoliberales a su cultura, Ahí se entiende el término de colonización del poder de control- dominio. El dominio desde ahora ya no es una ilusión y la conciencia podrá engendrar nuevos fantasmas tan temerosos y mojigatos de forma que se moverán los sumisos por un mundo lleno de sombras formadas por los crímenes acontecidos por el “bien” y el “progreso”. Los aborígenes se constituyen como población minoritaria en el caso de algunos países de la región como Chile y así políticamente son de poca monta en los procesos políticos de dominio y de formación de la agenda pública y el arte de poder. Son marginados y no tienen incidencia alguna en los procesos de formación de la agenda de gobierno, ni siquiera en temas que les incumben porque los afectan como comunidades. Coexisten en las zonas aisladas, las más pobres y por lo general habitan en la floresta o en la tundra desde donde extraen sus recursos para la vida en comunidad. Estas poblaciones son oprimidas, son discriminadas, son marginadas y despojadas de sus recursos en la medida en que la posesión comunitaria de la tierra, que muchas veces no es legal desde la normativa de los regímenes neoliberales, violentan la característica lógica economicista del régimen y de los intereses económicos de los Estados. La colonización del arte de poder, del ejercicio de esas artes y de la cuestión nacional, instala una fuerte paradoja histórica específica relacionada con la institucionalización de los Estados capitalistas independientes en las formas normativas articulados a través de sociedades coloniales. En el caso de las poblaciones de Latinoamérica en concreto se desprenden del colonialismo ibérico y de la institucionalización de su imperio sin embargo se produce un interesante proceso que se caracterizará por varias cuestiones.

Primero, quienes logran asumir el control del proceso de construcción estatal y del arte de lo posible, del poder y del dominio más realista, política y racionalmente posible conforman por una parte una reducida minoría de

habitantes de origen europeo o blancos que se concentran en las principales ciudades frente a la abrumadora mayoría que aún constituían las poblaciones de indígenas, mestizos o negros. De otro lado, los *indios* eran siervos en su mayoría y los *negros* eran mano de obra esclava salvo en el Haití donde se produce la primera revolución de la etapa de la modernidad latinoamericana. Esas comunidades originarias o los *negros* traídos del África no sólo estaban legal, normativa y socialmente impedidas de tomar alguna participación en la generación y gestión de la agenda de gobierno por su condición de siervos y esclavos sino que, además, no habían dejado de ser comunidades colonizadas en tanto eran tratados como “indios”, “negros” o “mestizos”. Tampoco tenían derecho legal en la participación de construcción del Estado nacional. En consecuencia, nuestras sociedades continuaron la senda de una organización basada en el patrón del arte de poder y de dominio que se desplegara bajo el colonialismo por la metrópolis ibérica. El nuevo Estado y su correspondiente régimen, formado por las élites que nos llevaron a la independencia formal respecto de España, era independiente pero en su carácter de centro de control del poder dominante era una ceñida expresión de colonización del poder. A pesar de todo, los aborígenes son una cuestión de consideración en los debates sobre la implantación del Estado nación y capitalista, de sus respectivos regímenes políticos emergentes en las nuevas repúblicas. Si no percibimos este problema, socialmente relevante, desde el punto de vista de la colonización del arte de poder en términos racionales y políticos en los recientes países independientes, la cuestión no tendría sentido pero- desde la perspectiva de la colonización- racionalmente los indios no solo eran siervos, como lo eran en todo caso los esclavos negros, sino que ante todo constituían razas inferiores. La idea de *raza* se impone para justificar la materialidad de las relaciones sociales emergentes como era el caso de la esclavitud. En este nivel no existían alternativas o cambios posibles y en torno a ese eje se estructuró el problema de los indígenas dentro del *Estado Nación* porque, en fin, no era suficiente quitar al aborígen el peso de las formas no salariales estructuradas en torno a la división del trabajo en términos capitalistas, para el caso la servidumbre y la esclavitud, para hacerlos iguales a los demás como había sido posible en el viejo continente que transitara desde el siervo de la gleba al trabajador capitalista u obrero urbano en el curso de las revoluciones de los liberales. Los nuevos sectores hegemónicos, dentro de la fauna dominante en nuestras nacientes repúblicas, se oponían con toda fuerza y energía a la eliminación de los tributos que debían pagar los aborígenes pero sobre todo se oponían a dar término a las relaciones de servidumbre de éstos.

¿Quién trabajaría entonces para los nuevos dueños del arte de poder? Quien viene en auxilio de la naciente razón capitalista que es emergente y expansionista fue la cosmovisión del mundo y del universo estructurada en base a la problemática racial, en base a conceptos como los de *raza* y el *euro centrismo* que así pasaron a ser instrumentos y bases para la defensa de los intereses de los clanes dominantes. La cuestión aborígen se convirtió en un auténtico incordio político y teórico. Para su resolución se necesita primera y simultáneamente cambios en las formas de encarar el problema. Es decir, se necesita descolonizar el arte de poder y de lo posible, de lo racionalmente lógico, de una cosmovisión de las relaciones humanas única y unilateral que implica la descolonización de las relaciones políticas dentro del Estado y entre el régimen de éste respecto a los pueblos aborígenes y las formas de encarar sus demandas. Luego, la subversión radical de las condiciones de explotación, de discriminación y marginación a que fueron sometidos por parte del régimen político. Finalmente, como condición a todo este proceso, urge la descolonización de las relaciones de dominación social lo que implica reformas estructurales en términos humanistas para expurgar de la razón las formas básicas pero universales de marginación social. La solución efectiva de la cuestión de los indígenas implica la subversión y desintegración del absoluto patrón del arte de poder de los dominantes. Dadas las relaciones de fuerza sociales y políticas del período, no era factible la resolución definitiva del problema ni siquiera parcialmente por eso sobre el tema aborígen se constituyó un nudo histórico específico que maniató el movimiento histórico de los pueblos latinoamericanos y que tuvo que ver con el desencuentro entre la nación, la identidad y la democracia. Entonces, las soluciones solo pueden venir de la mano de la construcción de un Estado y de un régimen político humanista y multicultural.

Los desencuentros entre la nación, la identidad y la democracia es el contexto configurado en nuestros países que nos permite dar cierto sentido a un fenómeno político, bastante peculiar, que es típico de nuestros regímenes políticos estructuralmente dependientes y que tiene que ver con la posibilidad o no de alcanzar y establecer el desarrollo sostenible con ciertos niveles de vida que consideren lo mejor de un régimen democrático estructuralmente avanzado. Pero, no fuimos capaces de sacudirnos del mito neoliberal porque nuestros regímenes políticos existen en otros espacios mientras la lógica y retina neoliberal copia y adapta sus imágenes y sus obras caritativas en el horizonte racional e ideológico del arte de dominio de las minorías. Esta mitología política fascina aún a gran parte de nuestra dirigencia que así se coloca al servicio de los grupos dominantes de los cuales no es capaz de desembarazarse. El contexto y las consecuencias originarias de este tipo de

razón, de estrategias reformistas que sustentan sus ideologías y cada una de sus directrices en el reformismo político como final, implicaron la adopción del paradigma de la democracia neoliberal acerca de los asuntos del régimen y las relaciones entre éste y los trabajadores. Así, el Estado y su régimen político habitan en el limbo en cuanto a los sistemas de representación y de resolución de las cuestiones socialmente importantes. El Estado y su régimen político forman un gran Leviatán y su mayor triunfo es no ser denunciado. Se propone la imagen de un Estado de derecho construido en base a una serie de instituciones administrativas y políticas diseñadas para sentar y reforzar las bases del Estado capitalista en cualquiera de sus versiones y sustentado casi exclusivamente en el discurso constitucional, en los derechos formales y en un sistema de representación y de producción económica, política, cultural e ideológica que cimienta las bases de una dependencia estructural que no es sostenible. La razón instrumental de los clanes familiares dominantes en nuestros países nos condujo a un proceso de dependencia en muchos ámbitos que no escapa al problema de la asimilación ideológica- política, al problema de una cultura homogénea que se rige exclusivamente por las tradiciones euro centristas que dan aspecto racional al sistema comercial globalizado. Por ejemplo, en la medida en que los indígenas no se someten ni claudican de sus costumbres, de sus creencias y de su institucionalización y en la forma en que no son partícipes de los valores y paradigmas de la dominación, se les niega el derecho de ser interlocutores, sujetos y actores políticos válidos.¹²

Un elemento importante en esta feroz estrategia del arte de poder, con la expresa finalidad de racionalizar la mitología del capitalismo, es la misma apropiación de todas las conquistas culturales de las sociedades que fueron conquistadas. Entonces, este arte de dominio nunca dejó de alternar políticas discriminatorias y de marginación de los indígenas con las formas en que estos resistieron al proceso de asimilación y de aniquilación de sus culturas. Si bien históricamente los pueblos aborígenes son preexistentes a los actuales Estados nacionales latinoamericanos no por eso dejan de ser discriminados, enajenados y marginados de la vida pública. La colonización del arte de lo posible implica que gran parte de la población, de las comunidades y pueblos aborígenes no pueden consolidarse en su ciudadanía sin originar profundos

¹² En algún momento de la historia, el régimen político intentó la asimilación de las comunidades aborígenes a través de la formación de una cultura nacional y a través de una educación escolar formal, sin embargo, esto se llevó a cabo a partir de la supuesta supremacía de lo europeo, de la cultura occidental y cristiana sobre los valores, la cosmovisión y la cultura de esos aborígenes. Además, esta supuesta asimilación se dio también a través del trabajo de las instituciones religiosas y militares que con sus cruces y espadas los sometieron a sus designios.

conflictos en el seno de sus comunidades. En este sentido, la expansión del trabajo asalariado y actividades mercantiles, que buscan cimentar las bases del naciente capitalismo latinoamericano, se asoció con la urbanización del régimen en su conjunto, la relativa expansión de la producción industrial y de sus mercados, el cambio de la estructura social urbana con la formación de nuevos grupos como una incipiente burguesía industrial y urbana (también dependiente respecto a la burguesía que se formó en Europa con el desarrollo y expansión del capitalismo) y de una población asalariada, industrial y comercial que configuró los factores que nos insertaron dependientemente en el sistema comercial global.

El caso del Perú es algo especial, y por eso escapa un poco a la lógica de las relaciones que planteo para resolver la temática aborígen como sector social políticamente marginado, porque si bien su población es en su mayoría indígena ésta, en fin, asimiló la cultura de los conquistadores y dominadores. La nueva población chola que aparece en el Perú fue sin dudas la principal protagonista y actor político del proceso de cambios en ese país a partir de los tiempos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Se convirtió en un amplio, masivo y poderoso movimiento organizado de los campesinos que finalmente condujo a la desintegración del poder en términos señoriales que predominaba en el campo y cuya expresión política se consolidó a través de la reforma agraria promovida por el gobierno de Velasco Alvarado a fines de los '60. Fueron los cholos los que formaron el contingente de asalariados industriales y comerciales urbanos y fueron los que levantaron y se alzaron con un nuevo movimiento sindical cuya gravitación en el debate político fue muy importante hasta la crisis de mediados de la década de los '70 para finalmente lograr la conquista de decisiones legislativas que les permitieron negociar con algunas ventajas la venta de su trabajo. Fue el desarrollo de su arte de poder quien los condujo a poblar el régimen político de educación en todos los niveles obligando a ese mismo régimen a su rápida ampliación. Sin embargo, fue también la asimilación de ese arte de poder de los cholos- que tan fecundo se mostró políticamente en algunas situaciones concretas- la base sobre la cual se produce en el transcurso de algo así como medio siglo la neutralización de sus valores, su cultura, su idioma y su pasado indígena por parte de los sectores dominantes identificando así al ser nacional con la lógica del Estado capitalista. Esto los llevó de alguna manera a aumentar su influencia política en el régimen pero a su vez esa población hoy no es capaz de organizar ningún movimiento indígena de trascendencia a pesar de ser una clara mayoría mientras que si pudieron hacerlo en otros países, sobre todo en Bolivia.

El caso de Bolivia es más complejo que en Ecuador o en Perú. Lo es porque el campesinado boliviano fue organizándose siguiendo patrones y pautas del sindicalismo que caracterizó la década de los '40 del siglo pasado de la mano con el movimiento minero de la región andina. Ambos, juntos y cohesionados, participaron en la revolución de 1952 y mientras los mineros se hacían con los múltiples yacimientos y las expropiaban para su disfrute, los labradores de la tierra se apropiaron de sus cultivos expulsando así a los terratenientes señoriales y feudales. Se formaron luego las famosas milicias de obreros urbanos con los campesinos o labradores y trabajadores rurales que consolidaron y desplegaron el movimiento revolucionario a través de la Confederación Obrera Boliviana obligando al gobierno de Paz Estensoro a legalizar la distribución de tierras y extenderla. El campesinado del altiplano fue protagónico en todos los avatares de la política desde entonces aunque no siempre formó la misma línea de conducta y estrategia política. Inclusive fueron usados en el golpe militar del año '64 bloqueando el proceso profundo de transformaciones y de cambios revolucionarios lo que derivó en la feroz masacre de mineros en junio de ese año. Con el derrumbe y el ocaso final de la minería del estaño y la posterior clausura de las minas en manos del régimen boliviano muchos mineros, incluidos algunos de sus más respetados líderes y dirigentes, decidieron ir a trabajar junto con los cultivadores de coca en el Chapare. La importancia de ese movimiento es que los líderes mineros ayudaron al campesinado en su organización según la propia experiencia sindical derivada de su trabajo. Esto permitió a los campesinos de extracción indígena no convertirse ni transmutar en instrumentos y víctimas de las redes mafiosas del tráfico de la cocaína. Esto también les permitió desarrollar un determinante arte de resistencia frente al régimen simplemente empeñado en la erradicación del cultivo de la coca sin presentar alternativas reales a los campesinos en términos de sobrevivencia. En esta lucha fortalecieron su organización, su conciencia y sus metas como movimiento de trabajadores y de campesinos que lograron ganar inclusive el apoyo y la solidaridad de otras fuerzas políticas a las cuales apoyaron en sus luchas emergiendo, en el fragor de esos combates, como movimiento político de trascendencia en términos del arte de poder, de movilización y metas revolucionarias. Lo cierto es que esta magnífica obra del gran arte de la resistencia, de la organización y del poder político alternativo nos coloca en clara evidencia la superficialidad y la debilidad de la aristocracia neoliberal y sus métodos de gobierno cuando los trabajadores, con conciencia del rol histórico que nos corresponde en la lucha, nos organizamos en favor de nuestros intereses de clase.

El indigenismo como proceso de insurrección e inclusión.

En la insurrección boliviana, que culminara con la asunción de Evo Morales al gobierno, despuntó una combinación inédita de rasgos antiguos y modernos y un uso nuevo de la violencia y del poder popular. Despuntó una ideología que verá al indígena no solo como sujeto político sino también como sujeto de poder y de despliegue de soberanía. Es lo que caracterizará al *indigenismo* que surge a fines de la década de los '90 como opción y como estrategia de poder, de arte de resistencia, de conquista y de lo posible. Es el momento en que el indigenismo deja de formar una compleja ideología que resiste- que desarrolla su arte de la resistencia en todos los frentes de batalla y que resistirá en los resquicios de la dominación- y se expande como una feroz cosmovisión de la realidad. Una nueva cosmovisión del mundo, de pretensiones hegemónicas, que intentará disputar la capacidad de la dirección política y cultural del régimen a la ideología neoliberal. Esta concepción del mundo y ese arte de poder es el proceso político libertario más influyente y original políticamente hablando que se desarrolló en nuestra Latinoamérica. El *indigenismo* tiene así un núcleo discursivo, una organización y verdades que tienen una cita insoslayable con la historia. La base de desarrollo de este original arte de lo posible se fundó en las propias capacidades y recursos del *indigenismo* para representar políticamente la sublevación comunitaria que, en este sentido, respondieron a la decadencia económica, al deterioro de las instituciones políticas, a la marginalidad, el desencanto y la exclusión de las que fueron víctimas milenarias. De esta forma logran infringir la peor herida al régimen decadente y neoliberal rechazando todas sus miserias. Así, este régimen de pretensiones democráticas comenzó a mostrarse como era, como ese mendigo que estuvo siempre al servicio de la clase patronal. Después de empezar con la masacre de las irracionalidades del régimen decadente y neoliberal, marcharon los indígenas, los trabajadores urbanos y las mayorías en general, con afiladas conciencias contra la misma estructura del Estado que los sometía a través de su naturaleza de clase. Mientras tanto, el núcleo de las capacidades de formar ese arte de poder, que conquistara a la mayoría, fue posible rastrearlo en la manera en que por ejemplo las comunidades de indígenas lograron resistir políticamente a las rigideces de los mecanismos de la movilidad social ciudad- campo.

Bloqueados los mecanismos de movilidad social a las comunidades de indígenas, éstos se convierten en el punto principal de las sublevaciones y de la expansión del *indigenismo* como arte de resistencia. Precisamente, el auge del indigenismo se da en el momento en que se acentúan y se consolidan, a través del régimen político, las reformas del neoliberalismo. Pero, cuando las

reformas afectan las condiciones básicas de la producción y de reproducción de las estructuras comunitarias agrarias de los indígenas, el neoliberalismo ya no puede sostener sus ilusiones de movilidad, crecimiento, desarrollo y éxito social. Desde ahí, el *indigenismo boliviano* es capaz de cohesionar la mayor parte de las organizaciones que representan los intereses de los trabajadores, adquiriendo una nueva fuerza insurreccional para reivindicar sus demandas y hacerse incluso con el control del gobierno. Desde entonces, la defensa de las conquistas que son inherentes a los trabajadores por parte del indigenismo lo muestran como un actor que deslegitima todos los elementos constitutivos del régimen neoliberal. Es decir, la exclusión, la marginación, los intereses de la acumulación privada del capital (...) erosionando los preceptos e ideas en que se funda el neoliberalismo. Este indigenismo definitivamente erosiona los preceptos básicos del neoliberalismo porque forma parte de un proceso con elementos fuertemente participativos fundado en los derechos e intereses de las grandes mayorías nacionales. No es exclusivo. Sobre un arte de poder inclusivo y abarcador y sobre un discurso fundado en los intereses de los campesinos, los sindicatos cocaleros establecieron un abanico de alianzas y acuerdos plurales y flexibles con otros sectores. Defendieron un proyecto y un programa político de inclusión de los pueblos indígenas en las estructuras del poder y así lograron controlar la agenda pública del régimen. Lograron recoger la memoria nacional y popular, el marxismo, las posturas radicales y el marxismo más excelso, lo cual les permitió incluir a otros sectores urbanos y multisectoriales. Por eso, la conciencia de las mayorías logró la conquista del régimen político a través de un reformismo que desplegó en sus más altos índices el radicalismo. Por eso, en la insurrección boliviana que culminó en octubre del 2003, podemos ver el primer cambio radical del siglo XXI. Por eso, es evidente la necesidad de descifrar sus contenidos, el desarrollo de su arte de poder, que los llevó a hacerse con el poder político mayoritario, con el control real del régimen, sus motivaciones, sueños, victorias y presagios. En Bolivia se gestó una (r)evolución donde el reformismo se convirtió en una eficaz herramienta para solucionar este profundo e histórico conflicto entre los sectores indígenas y los factores de poder dominantes en beneficio de los aborígenes. Los sectores políticos que entregaron su apoyo a la insurrección y luego sustentaron ideológicamente al régimen, compartieron trayectorias y posiciones políticas similares relacionadas con la formación de una base social estructurada a través de sindicatos y comunidades indígenas. A partir de entonces, el partido es parte de una prolongación parlamentaria y política del sindicato lo que produjo un fenómeno bastante peculiar porque la representación en el parlamento toma la forma de autorepresentación étnica y de clase al mismo tiempo. Es central la identidad étnica pero ésta, antes que

discriminar, es base discursiva del proyecto político con el que se interpela y se enfrenta al Estado capitalista. Desde ahora, el reformismo radical como alternativa al régimen neoliberal es racionalmente válido porque se traduce en bienestar para los trabajadores, los incluye antes que excluye e incorpora a todos más allá de sus vivencias y manifestaciones culturales. Se convierte en una empresa heroica y creativa en la búsqueda de su sendero. En el camino, defendemos un proyecto político que busca abrir, lo más rápido posible, las rutas que lleven al humanismo, es decir, que lleven a su máximo exponente la resolución de las demandas de las mayorías que siempre son racionales. Los trabajadores que se levantaron y se hicieron con el control del gobierno, en Bolivia o cualquier país, no son indiferentes a las circunstancias que los llevan a esa tarea histórica porque finalmente la maligna crueldad de los aristócratas y de sus tecnócratas, los lacayos que les llevan el amén, serán erradicados ante las esperanzas de un pueblo que hace estremecer las venas de Latinoamérica, las venas abiertas de nuestras tierras.

Las Tesis de Abril en Bolivia se escribieron por luchas, lágrimas y sangre anónima, de los trabajadores, excluidos y marginados. Se escribieron en base al sufrimiento, a la crueldad e indiferencia de las minorías y de su cultura que defendió y justificó la discriminación que el régimen desde un comienzoregonó. La importancia de Bolivia es central en relación a la lucha política e ideológica en favor de la construcción de un arte de poder alternativo, que reivindica la necesidad de resolver y de gestionar en favor de las mayorías, porque Bolivia es la que nos demuestra que no basta con reformas políticas ni con el mero asistencialismo ni con falsas victorias del reformismo como final porque vivimos una época en la que no podemos prescindir de todas las facultades que abrió ese triunfo de los trabajadores. El caso de Bolivia es un paso decisivo en términos de recuperación de la iniciativa política, la soberanía, independencia y dignidad de Latinoamérica que se condice con las múltiples manifestaciones de los sectores populares en la búsqueda de una sustancial mejoría de la calidad de vida de todos. ¿Quiénes tendrían el poder de decisión? ¿El de interpretar y de transmitir los sacrificios? ¿Quiénes tendrían el poder sobre las recompensas y los nuevos mandatos? ¿Quiénes serían los más sabios en los menesteres de los hombres? ¿Quiénes controlarían el poder, en aquel Altiplano que cambiaría la historia? ¿En esa Bolivia donde los aborígenes se movilizaron desde siempre por la inclusión de los excluidos y marginados en nombre de la diversidad cultural? Con el quiebre del modelo vigente el proceso de transformaciones, llevado adelante por las organizaciones sociales y por los partidos políticos bajo la conducción de Evo Morales exhibió fuertes tensiones en todos los ámbitos relacionadas con el fracaso histórico de sus clases dirigentes para formar un

Estado y un régimen político que se sustentara en un proyecto de inclusión social, más o menos concreto y exitoso, que fuera capaz de plantear una ciudadanía intercultural. Así, los sucesivos triunfos de Evo Morales en las elecciones, que le tocara afrontar con alta dignidad, tuvo sus bases más sólidas en el ofrecimiento que hizo al país de un programa de reconstrucción y refundación del Estado. Con la asunción de Morales y los actores políticos que le acompañaran en esta gran gesta, cayó de bruces el régimen neoliberal basado prioritariamente en el saqueo, permanente y sobrecogedor, que se caracterizó por la entrega de los diversos recursos naturales al capital privado apoyado en los intereses transnacionales. Cayó un régimen que en algún momento inició un proceso de reconfiguración del poder en beneficio de los grupos económicos atrincherados en el sector agroindustrial- empresarial. Estos sectores fueron expulsados del gobierno y se atrincheraron en espacios geográficos menores como los regionales para plantear sus batallas. Pero después los trabajadores se movilizaron a través de una eficaz estrategia de resistencia que reivindicó el alma, las opiniones, los hábitos, el lenguaje y placeres, los deseos que constituyen el ser nacional de los trabajadores y los aborígenes más allá del grupo étnico. Eficaz estrategia que logra trabajar con astucia las demandas percibidas como importantes y convertirse en baluarte de demandas históricas.¹³

¹³ En esas circunstancias, ¿cómo se puede explicar que los representantes del régimen neoliberal muchas veces fueron apoyados por ciertos sectores de la población que tenían todo que perder frente al avance de los dominantes. Más allá de la violencia o del engaño, existen muchos recursos simbólicos eficaces que ayudan a explicar este fenómeno político. Por ejemplo, estos son el despliegue de una polarización política que divide a nuestros países en dos, en especial en el caso de Bolivia. Según la versión neoliberal, hay una Bolivia oriental y otra occidental. Esta última sería la fracasada, la retrógrada y la parasitaria que se compone por los aborígenes mientras que la de oriente se nos muestra como motor de la economía, moderna y exitosa, racialmente blanca y de ascendencia europea.

Lo que no dicen los neoliberales es que la región oriental fue beneficiada, desde hace unas décadas, por las propuestas de Estados Unidos a través del Plan Bohan que buscó el desarrollo agrícola con la entrega de abundantes recursos, principalmente financieros, a través de políticas migratorias y de proyectos de articulación caminera. Se oculta además que durante décadas las deudas privadas de los terratenientes de esas zonas fueran asumidas por el Banco Central y que en tiempos de Bánzer fueron entregadas cientos de miles de hectáreas de manera ilegal. Se ocultan muchos hechos para reconstruir una falsa versión de la historia de los dominantes que logre desarticulizar las conquistas de los trabajadores. En su frustración, los dominantes presentan en Bolivia el tema regional, que tiene como eje el oriente contra el occidente, como principal contradicción que explicarían las grandes catástrofes del país.

En verdad, existe la legítima exigencia de autonomía de los oprimidos. Pueden ser los indígenas de Latinoamérica quienes buscan acabar con las imposiciones de la cultura y razón colonial. Por ejemplo, estos reclamaron en su momento vivir en Estados plurinacionales, es decir, en regímenes políticos que respetaran su cultura y sus costumbres. En primer lugar, las bases de las reivindicaciones fueron lingüísticas aunque los sectores oprimidos también exigieron la autonomía que se apoya en una reconstrucción mítica de su historia. Existe también la exigencia de autonomía reaccionaria característica de los terratenientes de los departamentos orientales. Siempre pretendieron un régimen exclusivo y neoliberal que defienda sus granjerías y latifundios. Pretenden disfrutar con exclusividad de los recursos naturales existentes en la parte oriental del territorio y en su delirio místico y exclusivo se inventan una historia épica, una mitología que los diferencia de los otros. Se inventaron una base cultural y étnica para cubrir un prosaico deseo de los dominantes locales de establecer lazos privilegiados con el capital financiero global sin la intermediación institucional del gobierno central. La autonomía política que reclamó la patronal local se opuso siempre a la autonomía indígena en estas regiones y a la autonomía democrática municipal y regional. La autonomía de ellos intentó romper la centralización del Estado nacional. Sin embargo, lo mejor que ha tenido Bolivia es que el gobierno de los aborígenes se formó por el gobierno de los sectores mayoritarios. Son los que realizan las grandes hazañas y luego rinden tributo a los dioses de la humanidad. La comunidad de la sabiduría, los guerreros del arco iris, se hacen con el poder y no temen gobernar. Es una opción política, una alternativa moral, plena de ética. La soberanía, bella, propicia y noble dama es quien se impuso en el Altiplano. Los trabajadores tuvieron la oportunidad de participar en mecanismos de resolución de los conflictos sociopolíticos, de formación de la agenda y de reivindicación de las demandas que buscan la tutela de la vida a través del bienestar de todos. Pero, los continuos triunfos de los trabajadores en Bolivia no significó que los grupos de poder en el oriente reconozcan la legitimidad del régimen político porque, por el contrario, continuaron con sus formas de confrontación política, de intereses. Esto nos demuestra fehacientemente su

Directamente relacionado con los puntos anteriores se construyó una serie de mitos, preceptos y directrices basadas en la exclusión de los aborígenes, de lo indígena y de la cultura popular a través de un nuevo tipo de identidad regional que reaparece como suma de virtudes con expresiones locales. Lo oriental es presentado como sinónimo de alegría, de persona emprendedora y trabajadora, partícipe de gestas de la civilización contemporánea, ligada y representada como lo mejor de la modernidad, la que defiende los valores de una civilización promotora de una estética anglosajona contraria al universo indígena subdesarrollado.

sentido antidemocrático y su falta de respeto a la voluntad de las mayorías. Esta estrategia política continuamente se basó en el desconocimiento del Estado plurinacional. Estos sectores se arrogaron la representación de los departamentos orientales y ocultaron sus intereses como dominantes, como clase. Sabían que se trata de una lucha de clases, de batallas conformadas en beneficio de los intereses de ellos o de los otros y por eso explotan todos los recursos. Sus acciones son terroristas porque cualquier tribunal en su sano juicio los condenaría al encierro por una eternidad. La desesperación de todos ellos es que su incidencia política fue decayendo respecto a otros tiempos donde sus órdenes resignadamente eran acatadas. Les bastaba reclamar para que fueran atendidos sus intereses. Por los siglos de los siglos definieron la agenda pública, su sentido, su lógica y ellos así son los grandes responsables de la hecatombe nacional que dominó la historia de Bolivia por varias décadas.

El caso de Bolivia es un ejemplo paradigmático en el sentido que nos demuestra como el ímpetu y las energías de las reacciones de los sectores y grupos de poder históricamente dominantes se despliega en mayor o menor grado de acuerdo también al ímpetu y las energías de las acciones de los trabajadores que además nos demuestra hasta qué punto fueron frustrados los intereses, la razón y la cultura de élite que defiende un Estado y un régimen político históricamente fallido. Cada uno de los procesos de implementación de las autonomías departamentales que estaban fuera de toda ley, totalmente fuera del marco de la constitución de ese entonces, fuera de toda lógica que buscaba preservar la unidad del país, que incluyó la redacción de estatutos propios, planteó una estrategia opositora que se basó en una serie de medidas, acciones y reacciones que revelaron sus auténticos intereses. Esta estrategia se basó en movilizaciones violentas altamente racistas. Esa estrategia se basó en articuladas campañas de desinformación en los principales y monopólicos medios de comunicación que continuaron desconociendo cualquier logro del régimen atribuyéndole todas las responsabilidades sobre cualquier drama. Esta estrategia se basó en la toma de edificios y entidades estatales como las delegaciones presidenciales. Se basó en ataques a las organizaciones no gubernamentales representativas del trabajador, a las radios comunitarias, las sedes de organizaciones indígenas o campesinas. Se basó en la organización, el entrenamiento y el financiamiento de los grupos de choque porque apostó a la vía de la confrontación.

Las conspiraciones y los intentos de desestabilización institucional a principios del siglo XXI con el surgir de los regímenes políticos nacionales y populares se presentaron no solo en Bolivia sino también en todos los países latinoamericanos donde se intentó superar la naturaleza de clase capitalista

del Estado. A ese nivel es donde quedan librados los combates. En Bolivia, la situación que llevó a la primera conspiración de noviembre de 2006 empezó el mismo 1° de mayo en que el país recuperó parte de sus riquezas y recursos básicos en beneficio de las mayorías. Estas políticas fueron una más de las respuestas, bastante reaccionarias y conservadoras, que las multinacionales plantearon en el ámbito de la lucha de clases al ver afectados sus intereses exclusivos. Esta fue la respuesta primera de las élites del oriente boliviano que perdieron el control sobre esos recursos. Fue la respuesta a la primacía de los trabajadores y la reivindicación de un mayor bienestar. Se movilizaron, conspiraron, denigraron, combatieron y asesinaron. En ese sentido, buscaron aliados entre los agentes de la embajada de Estados Unidos, entre las fuerzas armadas constitucionalistas y entre la cúpula eclesiástica. Pero ahí estuvieron las mayorías para frenar la reacción, la conspiración y el sabotaje. Ellos, siempre enfundados en sus gruesos chalecos, con sus sombreros y gorros, la mayoría del tiempo doblados por la carga que llevan en sus espaldas o de pie, pero nunca arrodillados. Ya nunca más con las conciencias resentidas, con las manos vacías, discriminados y segregados. Ya no será acallado el fuego formidable del descontento, de la explosión social contra el accionar de los representantes y manifestantes de los intereses más poderosos. También en su momento se reprochó al gobierno presidido por Evo Morales dedicar todas sus energías, dedicar gran parte de los recursos públicos a tratar de mejorar la calidad de vida de los más pobres. Ellos son los aborígenes y como tal los programas sociales se vinculan a esos sectores.

¿Exclusividad étnica? ¿Indigenismo? Más bien proceso de inclusión, de tremenda reparación histórica, de justicia social, de primacía del derecho a la vida. Evo se mantuvo del lado de los segregados y levantó las banderas de la justicia social. Se mantuvo del lado de los segregados. Del lado del pueblo y su origen y cuando llegó al poder, el orgullo fue máximo porque el MAS cumplió. Bolivia se transformó porque la obra de los movimientos sociales representados en el régimen pertenecen al género del arte de poder épico, un desarrollo de los trabajadores que dio fama universal, prestigio y dignidad a los procesos de cambios y resistencia. Bolivia se transforma en un régimen y un Estado más integral porque incluye. A partir de Morales, el régimen será parte de un Estado integral en el sentido de Gramsci. Por el contrario, antes de Evo los indígenas eran ciudadanos con derecho a voto pero de segunda categoría: estaban marginados de las estructuras de toma de decisiones socialmente percibidas como centrales, que buscaron profundizar el bienestar común.

Capítulo 3: Organización, participación y sedición política.

La ley, la lucha de clases y las nuevas relaciones de fuerza.

El régimen político neoliberal es inútil, medio burocrático y enorme en sus defectos y defecciones. Es, además, carente de belleza, de distinción y talle porque es un mortal, de los que habitan nuestras tierras, que solo hace nuestra existencia mucho más odiosa porque su propia ineficiencia se refleja en los eternos turnos en los públicos hospitales, en esa mala atención, en la desidia de trámites que así son interminables. Pero, no nos hemos preguntado si esta manera de funcionamiento de la administración pública, antes de ser una anomalía, no sería más bien su funcionamiento normal, o sea, resultado racionalmente esperado dadas las consecuencias lógicas del desarrollo de la razón instrumental de dominio del Estado capitalista. En otras palabras, ¿qué pasaría si fuera ésta la normalidad y no la anomalía? Precisamente es eso lo que afirmo porque las consecuencias de los regímenes latinoamericanos en su generalidad, con su institucionalidad fallida, también con la concentración de la propiedad de la tierra productiva, Chile con su “democracia” de muy baja intensidad, nos remiten a circunstancias que tienen que ver con la necesidad del control y dominio neoliberal. En este sentido, uno de los principales ejes en que actúa el régimen es buscar una mejor distribución de la riqueza como primer paso para mejorar la calidad de nuestra organización como sociedades justas. Debe trabajar para que las riquezas socialmente generadas y el saber, nos concedan cuantas cosas necesitamos para otorgarnos una mejor calidad de vida con su feliz armonía. La realidad nos plantea otra cosa. Por un lado, nos dice que es necesario mantener los mecanismos injustos de distribución de la riqueza y del ingreso cuando ésta beneficia a los sectores, los grupos y clases sociales dominantes y, por otro lado, este mismo régimen neoliberal reprime las protestas de los que no son parte de los beneficiarios del sistema, las mayorías. Así, se usa la represión, pero también otras formas más sutiles, como la desvirtuación de la conciencia nacional y de los significados de las luchas de los trabajadores.

El Estado, su naturaleza capitalista, sus parafernalias sustentadas en la primacía del derecho a la propiedad privada de los medios de producción, fracasa no porque diseñó y derivó en un régimen neoliberal que no es capaz de sostener hasta sus últimas consecuencias sino porque sus contradicciones como régimen y modo de producción lo convierten en inviable. Lo es porque el Estado capitalista y su régimen lo convierten en inviable a los mejores hombres para el buen gobernar, a los mejores hombres para el buen saber que

realizan brillantes y armoniosas labores en beneficio del bien común, en el nombre de las necesidades más progresivas. Pero, era una sociedad dual, es decir, de pobres muy pobres y de ricos bastante ricos, con fuertes muros de contención como son los medios de comunicación y la propia represión de las mayorías, el régimen no es posible a largo plazo. Los beneficiados del régimen político tienen sus rentas, sus intereses, su trabajo y se diferencian en las formas y niveles de consumo relacionados con la salud privada, la comida o los medicamentos, el sistema educativo, la cultura, la música hasta en el arte, la justicia y el sistema de representación y la manera de ejercicio de ésta, los mitos, la razón y la historia. Estos son los habitantes de primera categoría, que miran a los países del centro del mundo mientras al mismo tiempo los excluidos y marginados son habitantes de segunda categoría. La diferencia es abismal y la reorientación de las mayorías se convirtió en una necesidad urgente e histórica.

Respecto al caso de los países latinoamericanos en general, existen interrogantes que los procesos de transformaciones orientados a la inclusión, la representación y la participación que la mayoría plantean: ¿quién o quienes generan la riqueza? ¿Quién se queda con ésta? Estas son interrogantes relacionadas con la acumulación, con la producción y formas de distribución de capitales, de bienes y de servicios y así son interrogantes urgentes en el proceso de cambios hacia un régimen y Estado más inclusivo. La necesidad del arte de dominio de la mayoría se revela en toda su importancia cuando vemos que si bien todas esas interrogantes y otras más son de naturaleza económica sus respuestas son políticas porque se relacionan con la lucha por la primacía de unos intereses sobre otros. Ahí reside la importancia de controlar el régimen y las definiciones que hacen al accionar de la agenda pública. Es el régimen quien instrumenta todas las respuestas y por eso la necesidad de batallar por un nuevo Estado, por una nueva constitución, por exigencias que busquen la formación de asambleas constituyentes. De ahí la necesidad del arte de poder dominante de destruir el régimen político como estrategia en el desarrollo, como garante de derechos sociales y político y gozo mayoritario e igualitario de los servicios y bienes públicos. Los países latinoamericanos más radicales en sus transformaciones, entendieron que la reforma es estructural porque busca cambiar la realidad y que además no están solos para transformar su historia. No es poca cosa esto de la historia porque hace décadas que ésta la escriben tipos al servicio de los intereses dominantes y hoy es hora de reinterpretar la realidad, el mundo, la globalidad con nuestra visión, nuestra mirada latinoamericana para formar los nuevos titulares y otros paradigmas. El neoliberalismo también despierta de un fuerte letargo y gime al tiempo que el consuelo casi no existe. Latinoamérica canta,

sueña, se despierta y levanta. Al integrar y al responder a las interrogantes relativas con la producción, con la acumulación y la distribución a favor del trabajador, es toda la realidad la que transforma y progresa. Lo hace desde sus estructuras jurídicas, legales y políticas hasta con los factores técnicos, económicos, sociales e ideológicos. Lo que pasa cuando surge el gobierno del pueblo, la misma *(r)evolución* en relación a adoptar otros ordenamientos normativos, legales y derechos adquiridos son reacciones de lucha, que responden a intereses mayoritarios de modernizar las estructuras del régimen en el sentido amplio, es decir, no solo reformas en el ámbito de la política abstracta, abyecta y formal sino que además son búsquedas y estrategias para crear mecanismos de participación que le devuelvan a los pueblos y a sus diversas instituciones, de base y comunitarias, el protagonismo confiscado por el neoliberalismo que decretara a su tiempo la no participación, la no representación inclusive, como bases de un régimen político exclusivo al servicio de los dueños del capital y las formas modernas en que se expresa a través del saber científico.

Hay momentos definitivos en la vida, en la historia de nuestra región latinoamericana, que pueden y deben ser fundamentales en los procesos de cambios. Instancias construidas con años de luchas sociales, de recorrer otros rumbos. Años de reivindicar derechos y también años de construcción sobre la marcha de un arte de lo posible que nos conduzca hacia impugnaciones en favor de la lucha. Apelaciones que no surgen de la voluntad de un líder porque, más allá de la importancia de éstos, hay espacios que están por encima de cualquier líder o presidente que, en el mejor de los casos, solo es el conductor que busca representar los intereses definidos en un determinado programa de gobierno. Además, es necesario aclarar que el radicalismo va más allá de lo coyuntural y de lo anecdótico. Instancias que nos entregan las herramientas para consolidar estos procesos de cambios. Nuestros pueblos también combaten la estructura de los partidos bajo el régimen neoliberal por entender que son éstos, los clásicos partidos políticos, los responsables de las crisis y de la corrupción integral del sistema y en general del fracaso del régimen político de apenas pretensiones democráticas, formal. El pueblo derrota a los políticos de la vieja data cuando se convierte en protagonista máximo de la construcción de otro arte de dominio. Cuando se convierten en los máximos artífices de un arte de dominio que es puesto a prueba por el duopolio y su inmovilismo ideológico de gran prepotencia y reacción, y logra salir airoso de esas pruebas. Las conmociones políticas para el cambio, que sean en verdad soberanas y populares es un trabajo arduo del que tienen que ser protagonistas las mayorías nacionales. Por esto, una transformación de este tipo no lo es del gobierno o de un régimen coyuntural sino que es la

constitución del cambio forjada a través de múltiples formas políticas como las asambleas barriales, la constituyente, en fin, la creación de poder popular. Debe ser un cambio que favorezca a los niños, la salud, la educación, el trabajo, la agricultura, la alimentación y las formas de vida de la mayoría. Debe consagrar derechos fundamentales como el derecho a la comunicación pudiendo cualquier trabajador acceder a frecuencias de radio o de televisión. Esto es importante porque los medios de comunicación forman un cuarto poder en el sentido de que son generadores de opiniones. Tiene que otorgar garantías a todas las personas por igual en el acceso a los bienes públicos que tienen que ver con la calidad de vida de la mayoría.¹⁴

Un movimiento anti sistémico más humano es la consigna, es el arte y el baluarte sobre el que flamearán nuestras banderas. Este movimiento nace desde una base teórica, es decir, que intenta interpelar las nuevas formas que asume la democracia, la igualdad de oportunidades, la política, sus acciones y la justicia, los derechos humanos, las maneras del régimen capitalista de producción y otras manifestaciones del poder. Si bien nace desde una base teórica para mostrarnos los límites de nuestros regímenes de pretensiones democráticas también- y desde este nuevo sentido- es una urgencia que se desarrolla desde una base práctica y desde una realidad que continuamente nos condena al sometimiento; desde una realidad que es insoportable porque excluye, destruye y bailotea tras nuestras demandas. Por eso, cuando se nos presenta este movimiento, esta unidad de partidos, de estrategias políticas, de movilizaciones, organizaciones, de concepciones ideológicas, cuando se nos presenta la necesidad de formar esta liga marxista más universal expresa ésta, esencialmente, las necesidades de radicalización de los regímenes políticos en beneficio de los derechos del trabajador. Lo que esta liga de humanistas representa, esos temas que busca responder, son cuestiones prioritarias de nuestros regímenes y desde allí derivan sus características más radicales

¹⁴ Todo lo que involucra y condiciona el mejoramiento de las condiciones y la calidad de vida del trabajador es parte de *lo público*. Ahora, los asalariados empiezan a entender que *lo público* no puede reducirse a la buena o mala atención de un empleado de la burocracia institucional sino que *lo público* es lo que compete a todos. Los derechos del trabajador involucran necesariamente un interés público encarnado en la voluntad de exigir al régimen político, a los gobiernos municipalidades, regionales, provinciales o nacionales que se hagan responsables de todo lo que por definición es de su competencia. En el gobierno popular, *lo público* vuelve a la calle porque es su territorio natural, lejos de acuerdos politiqueros, lejos de los conciliábulos de los gurúes y tecnócratas y lejos de cualquiera interés corporativo. *Lo público* se eleva como la única vía real para que la democracia se desate en su máxima expresión. Es la única forma de distribución de la riqueza. *Lo público* es la única vía de promoción de los intereses de los trabajadores.

¿Qué implica la cuestión de la representación política? ¿Cuál es su relación con la participación de los trabajadores en los procesos de cambios?

Ya traté en otro lugar las relaciones instituidas entre la *representación* y la *movilización* o *participación* de los trabajadores y cómo hay que buscar un equilibrio entre ambas en base a la primacía del derecho a la vida. Pero, es preciso ahondar un poco más en esto por sus implicancias en los procesos de cambios y en los programas de transición hacia la sociedad de igualdad de oportunidades. No debemos olvidar que cuando los líderes revolucionarios traicionan sus mandatos y consignas, los procesos de cambios involucrados se deformaron en reacciones que, más temprano que tarde, cayeron de bruces ante la realidad impuesta por la propia historia. Entonces, el problema de las relaciones entre la *participación* y la *representación* nos remite a temas relacionados con la transformación y transición desde un régimen exclusivo a uno inclusivo. Nos remite a volver otra vez a los grandes problemas, teóricos y prácticos, de la gobernabilidad, de la lucha de clases, del arte de poder y de resistencia, de transformación y de poder constituyente de los regímenes políticos. La cuestión de la *representación política* nos remite a la ineficacia de esta misma en manos de los tecnócratas sobre el régimen político porque la *gobernabilidad* y la *representación política*, en manos neoliberales, nos conduce a una crisis profunda de la relación entre el sujeto de representación, o sea, los trabajadores y el ejercicio del poder por parte de los gobernantes, es decir, una élite de tecnócratas al servicio de los intereses de la razón tecnológica y sus verdades. Es la crisis inherente a los regímenes políticos de pretensiones democráticas.¹⁵

¹⁵ La crisis entre la *representación* y la *participación* de los trabajadores y la gobernabilidad neoliberal, se acentúa por los nuevos roles que adquieren los medios masivos de comunicación en la formación de la agenda pública, en la creación de opinión pública. Hubo cierta época en que el periodismo formaba fundamentalmente un medio de persuasión: los diarios se identificaban como defensores de cierta concepción ideológica y estrategias políticas. Pero, con la llegada del neoliberalismo y su razón, se operan algunos cambios relacionados con la supremacía de una lógica de la utilidad, de una razón que es empresaria. Desde ahora, el objetivo será la maximización de las ganancias y así las noticias se convierten en una mercancía más, una *mercancía informativa*. Para que este nuevo rol de los medios de comunicación funcione, bajo las premisas del neoliberal, se proclama la objetividad y las verdades absolutas, la falsa pretensión de independencia y el sensacionalismo a pesar de que éstos se encuentran fuertemente comprometidos con los intereses de los dominantes. Defienden las formas de vida de los grupos más concentrados que usan a estos mismos medios para legitimar su poder, su rol como actores políticos.

La coacción de la *representación* y de la *participación* de los trabajadores así es evidente porque este proceso real (de concentración de la propiedad y de coacción de la representación) desvirtúa el sentido inclusivo de los procesos de tomas de decisiones que hacen a un régimen político democrático. Desvirtúan el sentido democrático en beneficio

La clave de las acciones colectivas de los trabajadores están en sus procesos, en cada una de sus vivencias, en sus necesidades y en su propia movilización que se objetiviza a través de las luchas, las estructuras políticas, los liderazgos y los discursos. Definitivamente, un movimiento que aglutine en base al reformismo y el radicalismo, que exprese los intereses, las ideas y las necesidades de los trabajadores, es una organización que resulta de un mayoritario proceso de acción y de combate, un proceso de movilización y participación de las mayorías, de auto representación social y política, de movilizaciones que fundan un otra representación, más democrática y menos superflua. Además, el avance del radicalismo político sobre el reformismo nos plantea una serie de interrogantes que no son menores. ¿Hasta que punto es probable que se mantenga la movilización de los trabajadores de manera ininterrumpida antes de pensar en un modelo de representación política que legalice ese proceso de participación que le dio origen? ¿Cómo sugerir un sistema de representación que no desvirtúe la movilización y participación de los trabajadores? ¿Cómo proyectar un sistema de representación que ceda lo menos posible la delegación del poder de los trabajadores en manos de los diversos representantes y dirigentes políticos? En relación al tema de la *delegación del poder*, que es la base de la *representación política*, digo que el mandato de determinado dirigente en sí mismo no debe contar con un tipo de coerción económica y política que lo distancie de los representados. A modo de ejemplo, en el mundo de la participación y de la movilización de los indígenas en Bolivia, en el mundo de los campesinos de las tierras altas y de las tierras bajas, donde existen procesos de *representación política*, no existe un proceso similar en relación a la delegación del poder de los representados sobre los representantes. La autoridad cumple cierto mandato, sin embargo, éste en sí mismo no tiene poder porque no cuenta con los mecanismos característicos de la coerción política ni económica sobre los representados. Sencillamente, la ejecución de los mandatos y de las políticas públicas, nacionales o sectoriales, depende de la delegación de la propia decisión de la

de intereses que progresivamente se distancian del bien común. Finalmente, desvirtúa el proceso democrático de toma de decisiones frente a determinadas cuestiones percibidas como importantes porque ya no existe igualdad de oportunidades en el acceso a la información. Abandonada las funciones relacionadas con la persuasión, desde ahora, la información se muestra como mercancía que resulta de ciertos sistemas de producción, de consumo y distribución donde podemos percibir las mismas variables de cualquier otro tipo de actividad económica. El problema es que estamos hablando de la producción de ideas, de la manipulación de ésta en detrimento de una representación más democrática, de la participación y la movilización de los trabajadores que es central en la construcción de alternativas políticas, en la defensa de los intereses de la mayoría, en la conformación de un movimiento contra la lógica elitista de los dominantes.

colectividad. Se potencian organismos, organizaciones y los mecanismos de representación política que no significan delegación de las decisiones, que no son simple representación de las decisiones políticas si no que, antes bien, son una preservación y una defensa de la capacidad de decisión y mando, objetiva y material, de los sectores sociales que son representados. Esto nos remite a una socialización y fuerte democratización, desde las bases, del poder de tomar decisiones en beneficio de las mayorías. El punto neurálgico, desde el cual se busca este equilibrio entre representación y participación en términos políticos, se construye así a través de la toma del poder de decisión del trabajador en todos los ámbitos en que se expresa la lucha por el dominio.

Asumamos el poder de decisión sobre los problemas y cuestiones nacionales, sobre la concepción y definición de éstas y la elección de las posibles resoluciones. Que seamos los trabajadores los que nos arrogamos el poder de decisión significa que, a nivel del régimen, donde se expresa el poder y la lucha, el dominio y la resistencia, paulatinamente desaparecen los mecanismos e instrumentos de coerción que impiden la representación de las mayorías, es decir, que eventualmente cualquier trabajador puede apropiarse la representación de clase en la defensa de los intereses de los mismos y que a su vez esos intereses son planteados por sus propias organizaciones de base, las no gubernamentales de todos los tipos, etc. Con la democratización del régimen político desaparecen todos los mecanismos coercitivos de éste (en relación a la defensa de los intereses de las mayorías) porque esa misma democratización implica la búsqueda de la igualdad de oportunidades, el derecho a la vida, la redistribución de las riquezas y la participación de los trabajadores en los procesos de toma de decisiones y tantos otros factores. Democratización del régimen significa una reforma radical de las formas del ejercicio de la praxis política, un régimen plurinacional y descentralizado, comunitario y autonómico donde se prioriza la democracia y los valores de la participación por sobre la representación, donde se estimule la soberanía nacional directa y delegada, la cultura popular y la inclusión de todos. La organización de las instituciones que representan nuestros intereses tiene que fomentar estos cambios de la historia, que moldea nuevas herramientas, que nuestro porvenir en libertad y justicia demanda. Se escucharán las voces de los disidentes, de los que claman por la vuelta al pasado (...) Ocurrió siempre. Cuando los pueblos decidieron ir un paso más allá respecto de los regímenes formalistas, de apenas pretensiones democráticas, cuando buscaron decidir su destino, se levantaron las voces de los opositores comprometidos con intereses foráneos. Así fueron perfilándose las luchas entre lo nuevo (el radicalismo) y lo viejo (el neoliberalismo que se caracteriza por el elitismo), es decir, la batalla entre el cambio y el retraso endémico, la participación, la

movilización, el desencanto y conformismo. Es claro que las circunstancias nos apremian. Los sectores democráticos de Latinoamérica nos negamos a devolver insultos porque solo quienes tenemos tantos sueños insatisfechos, esos que arrastramos tanta lucha malograda, muertos y desaparecidos, podemos realmente valorar la vida, la justicia, la tolerancia y el respeto. Son los otros, los que carecen de moral, quienes están llenos de frustraciones, son esos que ven como la historia, la evolución histórica, se les escapa de las manos. Por eso, falsean todo: la educación, la historia y la razón. Entramos en una época donde la acción política colectiva vuelve para cambiar nuestras vidas. El combate contra la oposición se define en el campo de la política, de la economía, la cultura, los valores y los principios. Significa reinstalar la cuestión de vivir en coherencia con ideales más profundos. En cambio, esos opositores, veteranos de múltiples batallas, no tienen un proyecto alternativo porque su edén se les viene abajo. Sin un proyecto de largo plazo se vuelven conservadores, golpistas y sus estrategias no son más que otra forma de intentar conseguir lo que día tras día fueron perdiendo es decir, el poder. Por su parte, son históricas las posibilidades de transformación, de cambio y de progreso, sin embargo, siempre falta esa victoria definitiva mientras sigan habiendo excluidos, marginados y pobres. Analizar la realidad en beneficio de su transformación es el objetivo de nuestros movimientos, organizaciones o partidos políticos que se movilizan a favor de los intereses del humanismo. Son todas éstas expresiones de una estrategia política de poder y defensa de los intereses populares.

El régimen nacional- popular políticamente le da sustento a un sistema que protagoniza las transformaciones, que es intervencionista y regulador de la actividad económica en beneficio del bienestar común, siempre pensando en la lógica de la *(r)evolución*: no se trata solo de reformas, de esos cambios cosméticos, de los errores estratégicos que siempre comenten estalinistas ya sea en Cuba, en la Venezuela chavista, en Corea, etc., porque la meta es la superación del modo capitalista de producción, distribución y de circulación de las mercancías. Hay que traspasar las fronteras de aquel Estado. Así, el régimen sigue su curso apoyado en la activa participación de los trabajadores porque son éstos los que buscan la conquista del bien común. Precisamente a eso me refiero cuando planteo el equilibrio entre el régimen y el mercado, entre lo que es público y privado, entre lo nacional y lo global como diversas maneras de organización política. Se propone la idea del ciudadano orgánico, es decir, la ciudadanía vista como una práctica de compromiso político e ideológico orientada, antes que a la representación, a la participación en la cuestión pública que tiene que ver con la formación, el desarrollo y la definición de los problemas importantes para beneficio de las mayorías. Se

propone la formación de virtudes públicas y la articulación moral del bien también público. Ese tipo de definiciones dan un sentido distinto a la relación entre el régimen con los partidos y con las organizaciones representativas de los sectores más vulnerables. Se nos plantea otra serie de cuestiones relativas a la legitimidad y representación del régimen constitucional. Por ejemplo, cuál sería el rol de la cultura o de la relación entre el régimen político y los trabajadores y sus instituciones en las transformaciones: el papel que juega la cultura es determinante porque la profundización del proceso de cambios nos conducen a un punto de crisis, a un formidable choque cultural. Ocurre que los dominantes, esos que no están dispuestos a ceder en favor de los intereses mayoritarios, se transforman en una multitud de reaccionarios que pretenden ejecutar sus políticas más siniestras a condición de recuperar la iniciativa que perdieron en las luchas libradas en beneficio de la primacía política, social y económica. Esto se percibe cuando vemos los movimientos, las estrategias del arte de resistencia y las respectivas maneras en cómo la derecha busca agredir el proceso de cambio, sin ningún escrúpulo, a través de masivas campañas mediáticas que, a partir de la función monopólica que ostentan en los medios masivos de comunicación, es perjudicial para los intereses del país. La realidad finalmente se impone y nos muestra de que manera surgen otras verdades, paradigmas inclusivos y valores más cercanos al marxismo militante. La realidad se convierte en una dadora de bienes, de acciones más prudentes mientras esa nueva racionalidad barre con los mitos que defienden una lógica de las minorías porque los trabajadores dejan de creerles.

Por otro lado, es importante preguntarnos de qué manera se aprecian los diversos niveles de conciencia que adquieren los trabajadores como clase detentadora de otro arte de dominio. Se manifiesta porque directamente somos nosotros, o a través de nuestros voceros y representantes, los que tenemos el poder de decisión y formamos el sentido de la agenda pública. Lo conquistado así es un proyecto político que se levanta en beneficio de la realización de las metas a que nos desafía el humanismo militante. Lo que hay son mejores sentimientos, más humanidad, valores mucho más altruistas, duros, salvajes y justos, menos celos y más amor por los semejantes. Lo que hay son nuevas construcciones políticas que desafían el ingenio y nuestras posibilidades de responder a todos y cada uno de las cuestiones que se nos plantean. Lo que hay es un proyecto de mejor sociedad, Estado y régimen. Una cuestión importante es contar con el gobierno en todas sus instancias y ámbitos, con el poder del municipio, de las regiones, en el espacio nacional, de manera que el régimen logre neutralizar las resistencias de la patronal. Tener el control político sobre las principales ciudades capitales permite un acercamiento de los alcaldes a los ciudadanos y cierta transmisión de lo que

son realmente las políticas del municipio y del gobierno central. Ese proceso puede convertirse en un apoyo fuerte al cambio planteado por el régimen de manera que se puedan implementar mecanismos para descentralizar recursos del gobierno nacional a la municipalidad y así fortalecer las comunidades organizadas, luchar contra la exclusión, la desigualdad y contra la pobreza en tanto la democracia de los trabajadores y la representación se fortalecen. ¿Cómo se produce el flujo entre el movimiento social, las organizaciones y movimientos de base y el poder propio del municipio? La democracia es fortalecida porque ahora es más participativa y protagónica. Pretender que el gobierno central por sí solo basta, que es capaz de resolver todos los problemas a través de la verticalidad del mando o del reforzamiento de la representación en contra de la participación de las bases, es simplemente una utopía y un grave error. La experiencia de cambio, de logros y de errores, de discusión, debates, de aprendizaje y de transformaciones de las estructuras y de la lógica del régimen político, es inédita en el sentido del desarrollo de la participación, de la consolidación del arte de dominio de la mayoría. Es una *(r)evolución* participativa, inclusiva, democrática, un proceso enmarcado en la movilización, que devuelve la soberanía política- económica a la mayoría, en que el protagonista fundamental no son los dirigentes ni los líderes, no lo es el Presidente ni el alcalde, sino el pueblo. Somos los trabajadores los que asumimos la conducción de los cambios políticos requeridos ante la urgencia de la satisfacción de las necesidades de los trabajadores. Nos movilizamos con un protagonismo permanente.

La lucha de clases al ser el motor protagónico de la historia está en todos los ámbitos de la vida colectiva de los hombres. La lucha de clases está incluso en el sentido que le damos a nuestro pasado, a nuestro presente y al futuro que así ya no son simples formas gramaticales porque responden a determinado lenguaje del poder, de la resistencia y del dominio; son verbos, sustantivos, artículos o disyuntivos que sirven para describir la temporalidad de una acción, de las decisiones políticas de los gobiernos, su lógica y las razones de sus acciones y reacciones frente a los problemas que se perciben como importantes socialmente para su resolución en lo que tiene que ver con la mejoría de la convivencia democrática del sujeto. El pasado, el presente y aún el futuro en ese contexto son, a su vez, núcleos de un antiguo litigio que atraviesa la vida de los trabajadores ahí donde los relatos que le dan sentido a nuestra travesía por el tiempo surgen de las distintas maneras, muchas veces antagónicas, de entender lo que nos pasó, lo que nos está pasando y lo que nos puede llegar a pasar de acuerdo a las decisiones y omisiones con las que definimos nuestra convivencia colectiva y que se expresa en las estructuras dominantes que conforman al régimen político que nos gobierna. Así como

no puede haber en realidad una mirada histórica que sea objetiva, imparcial y neutra, que se encuentre más allá de intereses de clases que responden a determinada visión de las cosas, a una cultura y un saber, tampoco hay una intervención sobre los sucesos del presente que pueda ser despojada de su intencionalidad política. El relato supone elección, un recorte que redefine nuestra comprensión del pasado, las formas de actuar del presente y cierta aproximación hacia el futuro. De lo que hablo es que desde siempre (pero más aún en este momento en que se imponen por la fuerza de la propia democracia, la movilización y la participación del trabajador) existió una antigua batalla por el sentido de las cosas, por las formas del saber y por la cultura que necesariamente atraviesa la vida histórica y se corresponde con la puja por la hegemonía política, ideológica y cultural.

No es posible un proyecto de país que sea neutral, objetivo y absoluto en el sentido que sea válido en todo tiempo y lugar, desde la perspectiva que conforme a todos por igual dada su racionalidad. No es posible un proyecto de país sin un relato de lo político que le imprima a su itinerario un desde dónde y hacia dónde vamos, cuáles son los objetivos y los actores que serán protagónicos en los cambios en favor de la inclusión o de la exclusión de las mayorías. Son relatos distintos pero la cuestión no pasa por aceptar o no este mecanismo sino en creer que el relato de lo político todo lo puede ante una realidad que nada tiene que ver con lo que ese relato de lo político señala como supuestamente auténtico. Lo que digo es que no hay proyecto de país que pueda escaparse totalmente de la realidad y de la propia materialidad de los hombres, es decir, un relato de lo político fuertemente fricticio que se sostenga sólo amplificando, a los cuatro vientos, una ficción histórica o una virtualidad que no tiene relación con la materialidad de la vida definida a partir de las urgencias de los trabajadores. Es absurdo sostener un régimen determinado, incluso cierto tipo de Estado, en base a parábolas, a una fábula, por más brillante que esta pueda ser, expuesta a los ojos de la opinión pública sin ningún correlato con la realidad, sin provocar cambios sustanciales en la vida del trabajador. Ese es el tremendo dilema de los opositores políticos a los gobiernos populares, el dilema de la imposibilidad de seguir sosteniendo políticas neoliberales, históricamente fracasadas, frente a la eficiencia del proyecto popular. El relato de los factores de poder puede darle espesura a una etapa histórica y habilitar los complejos y enigmáticos mecanismos capaces de promover la empatía entre un proyecto político y amplios sectores populares pero lo que no puede hacer es inventar lo que no existe ni darle entidad verídica a un modelo de país neoliberal históricamente fracasado. No resulta sorprendente que desde los factores de poder, siempre opositores a cualquier manifestación de la cultura popular (que no se encuentran solo en

el interior de los partidos sino que también funcionan desde el engranaje del poder más simulado, del poder de presión que es profundamente un enemigo de la democracia, de la pluralidad, de las manifestaciones de lo popular y de los trabajadores) se busque transformar cualquier política o decisión en favor del pueblo, en el caso de los gobiernos soberanos, en una supuesta fisura por la que se intenta resquebrajar el relato del gobierno en favor de la generación de empleo como mejor política de inclusión política y social. Así, de manera siempre continua reaccionan buscando herir de muerte al gobierno popular, tratando que el sentido del relato popular pierda consistencia, sus valores y paradigmas para desde ahí imponer otra vez su propia inconsistencia, sus paradigmas y metas que no tienen relación alguna con la satisfacción de las urgencias de las mayorías. Sin embargo, ante la inoperancia de sus formas culturales pierden el hilo conductor de su ficción desnudando la irrealidad que los asiste en sus intereses. Esto no les impide intentar terminar con el relato de los gobiernos populares creyendo, porque también se trata de una ilusión, que nada de lo que pasa puede significar un profundo cambio cuyo horizonte se dignifica en la reconstrucción de la efectiva memoria de la igualdad junto con la reivindicación de la acción política como eje central de mejoría de la vida del trabajador a partir de la satisfacción de las necesidades que desde siempre les asiste como sector social profundamente vulnerable en el sentido que solo cuentan con su fuerza de trabajo en la subsistencia diaria. Los dominantes siguen creyendo que los sectores populares son irreflexivos, ingenuos e ignorantes porque siempre, en toda época y lugar, despreciaron la cultura popular. Desprecian el carnaval, la alegría, el desborde que produce esa satisfacción por la vida. Desprecian a la mayoría a partir de su altanería de clase como si no fuera suficiente condenar al pueblo a la supervivencia.

Tampoco les interesa la política en el sentido del diálogo y del debate, salvo ese diálogo, ese debate y esa política que solo favorece sus formas de dominio. No les interesa discutir lo que está en disputa (la distribución más equitativa de la riqueza, la democratización de los medios de comunicación o la reforma de los regímenes en el sentido de la inclusión social) porque desde los orígenes de la independencia expresaron la inclemencia del poder, su avidez de riqueza, su control y el dominio explotador contra los intereses de los sectores populares. Su principal objetivo es lastimar a los gobiernos que invierten el eje del poder reabriendo la posibilidad de que las mayorías se reencuentren con los derechos expropiados por los dominantes. Atacan al gobierno popular porque, aún con sus errores y aciertos, sale a disputarles la hegemonía a los dueños del poder y por eso accionan buscando tergiversar la realidad. Lo que no logran entender es que los gobiernos populares son un acontecimiento profundamente democrático. Este acontecimiento- el de los

gobiernos populares- sí o sí modifica la cultura y el saber del hombre, el imaginario social, trastoca lo cotidiano, interrumpe lo inercial y dibuja otro escenario que confronta con el previamente aceptado y conocido desde los albores de la independencia, el del capitalista. Este acontecimiento busca ir más allá de ese orden porque desafía la hegemonía dominante, la estrategia, los deseos, programas, proyectos y planes y lo hace de un modo urgente y radical, profundamente democrático. El hecho político que significa la irrupción de los gobiernos populares nos dice que la acción política convive y negocia con la ambigüedad, con lo posible, con la utopía y la realidad más concreta del trabajador, con los deseos de millones de sujetos que habitan y definen el régimen político y la cultura popular. Entonces, la acción política es parte de una multiplicidad y diversidad de lo social, es un gran intento por ordenar esa polifonía de voces, intereses, experiencias y perspectivas bajo el manto protector de un proyecto compartido que en su interior guarda las huellas y la trama de los conflictos resueltos y no resueltos provenientes de la lucha de clases como motor intrínseco de la historia. Nada más ingenuo que imaginar, al modo como lo hacen muy interesadamente los dominantes, que la paz eterna se corresponde con las prácticas y acciones sociales y políticas de los hombres. Entonces, a diferencia de esas absurdas teorías del final de la historia y la supremacía del Estado capitalista por una eternidad, el lenguaje político nace de la lucha de clases, del conflicto y la desigualdad porque es la expresión real de lo pendiente, de todos los problemas que los dominantes no son capaces de resolver en favor de los intereses de la mayoría.

Estudiantes, trabajadores y la convergencia por el cambio.

Si consideramos la evolución de la falaz “democracia” chilena, de una transición tutelada y el triunfo parcial de ésta, del duopolio que la sostiene, etc., vemos que finalmente la supuesta eficacia y eficiencia de las políticas neoliberales, de la apertura del mercado o el ajuste, al igual que la excelencia de la gobernanza de ese sector político, no es más que otra falsedad de los grupos que dominan. De hecho, vemos que la *excelencia* se convierte en un pésimo concepto, de mal gusto, porque termina mostrándonos de que manera la razón dominante banaliza la propia gobernabilidad democrática insistiendo apenas en el aspecto del marketing electoral. Dada la baja aprobación de los gobiernos del duopolio, de la desilusión que provocó en los que creyeron que era opción de cambio, ahora conviene, por el honor que le corresponde a la sustancia del concepto de *excelencia*, recordar que ésta *no es un don sino una habilidad que toma práctica* de acuerdo a Platón. Esto quiere decir que el hombre no actúa de forma más o menos correcta porque es excelente sino

que el hombre logra la excelencia en sus actos, en su vida, porque actúa correctamente. Los gobiernos del duopolio no lo hacen, por eso no pueden ser gobiernos de los mejores. Menos podrían serlo cuando de forma continua entremezclan los intereses privados y públicos lo que genera corrupción e ineficiencia a niveles increíbles. Un primer punto que me parece fundamental en la construcción de un gobierno y gestión de excelencia, de los mejores hombres y conductores, más bien arranca necesariamente de una práctica política que se adquiere cuando ésta se vincula a los problemas públicos, cuando esa práctica política se hace responsable de resolver asuntos que definitivamente son de importancia para las mayorías. La excelencia de la práctica política se vincula entonces con la gobernabilidad en términos populares, con la satisfacción de las necesidades de los grupos socialmente más vulnerables, donde las demandas son urgentes porque si bien el pobre no puede seguir esperando al final siempre lo hace. El desafío de los sectores populares, del movimiento social que se desarrolla en Chile y que más temprano que tarde alterará definitivamente la realidad de la mayoría, es vincular la excelencia del gobierno de los mejores, en este caso del gobierno popular, con la prueba de la realidad, de la acción: en el caso del gobierno del duopolio, éste no puede pasar la prueba de la realidad por una cuestión estructural, porque es gobierno de la minoría. ¿Qué excelencia puede tener ese gobierno que responden a la élite, cuando esos intereses contradicen las necesidades y demandas de la mayoría?¹⁶

A pesar que la excelencia de los gobiernos de derecha es una utopía, aún ante esa constatación empírica, tales gobiernos insisten en la *excelencia*, en lo histórico de sus administraciones cuando todo el tiempo vemos que no hay dinero, recursos ni riquezas, para resolver los grandes temas nacionales que lo son porque hacen a una mejor calidad de vida para todos. Entonces no hay recursos para la salud ni para la educación, no los hay para reforzar las

¹⁶ Todos los conceptos de la teoría política tienen que ser confrontados con la gobernabilidad. Así, la *excelencia* en política, en el proceso de lucha por el sentido del país que queremos construir, estaría más ligada a la acción, a la praxis que altera y cambia el mundo antes que a atributos éticos aunque estos también son fundamentales en la defensa de la cultura popular. Lo que digo es que es difícil, utópico diría, creer en la excelencia de un gobierno de técnicos, siempre al servicio de los dueños del capital, cuando en la práctica existe un gabinete donde la gran mayoría de los ministros vienen del mundo privado, donde ninguno tiene experiencia en el ámbito público y donde y por lo mismo se superpone el interés privado y el público. Por eso, el tecnócrata no funciona en la resolución de los problemas del trabajador porque es endémica su falta de racionalidad y la ineficiencia del neoliberalismo salvo cuando se trata de resolver los asuntos de la caída de la tasa media de las ganancias que hacen a la acumulación privada del capital, que responde al interés minoritario.

universidades públicas, para crear infraestructura e incluso para crear riqueza en base a bienes con mayor valor agregado. La falsa excelencia de la élite se refleja por fin en que tampoco está en condiciones de proveer mejoras en la salud, en la educación, menos para dar pensiones decentes al trabajador. Se trata que los recursos previsionales, la vejez del trabajador y su jubilación, se juega y decide en el casino de la Bolsa de Comercio, donde cuando las cosas van bien ganan las corporaciones y cuando las cosas van mal también ganan las corporaciones porque quien paga es el pensionado; eso siempre es así. En ese tipo de gobiernos no existe la excelencia porque no se tiene el coraje para promover el bienestar de toda la población ni las reformas que dejen en el pasado la herencia de la dictadura, una que después de décadas continúa dividiendo al pueblo. ¿Excelencia? No, porque el mensaje del neoliberalismo es que cada uno vela por su interés. Ese es el punto en que convergen la visión transversal del duopolio, de las dos derechas que se turnan en el poder para beneficio de los patrones, de unas cuantas familias que se hicieron con los recursos del trabajador a través de las ventajas de la imposición de la dictadura cívico- militar. No es que la Concertación se derechizó sino que de un tiempo hasta ahora se nos muestra tal cuál es: ellos en ningún momento fueron una opción real de cambio, de profundización de la democracia en beneficio de los trabajadores. Esto quedó demostrado por el hecho que la Concertación, a través del plebiscito del '89, votó un paquete con una serie de reformas que favorecieron la consolidación de la legalidad dictatorial al darle categoría de ley orgánica constitucional a normas que hasta ese momento no lo tenían. Al elevar así los quórum para reformar esas leyes se terminó por consolidar el liberalismo económico y el conservadurismo político. De parte de los demás partidos de la derecha, de RN y la UDI, también era previsible que sus cuadros técnicos y administrativos, orientados casi exclusivamente a la actividad empresarial, no tuvieran la ambición ni la capacidad para trabajar en favor de los intereses públicos. Por eso, tampoco pueden ser eficientes ni mucho menos encabezar un gobierno de excelencia. Las condiciones de vida de los trabajadores nos muestra la veracidad de esta afirmación. El siguiente paso para hacerse no- responsable de la ineficiencia del gobierno es culpar al sector público de cierta ineficiencia estructural para reforzar de ese modo la ideología del automatismo del mercado. A partir de ahí las soluciones se buscan en el sector privado. En una mezcla de ideología e incompetencia política nos plantean ahora que si no es posible administrar el sector público eficientemente habría que transformarlo en lo posible en un sector privado, recurriendo al tecnócrata que está incapacitado también para trabajar como servidor público.

Ni del lado de la Concertación ni mucho menos de parte de RN y de la UDI tenemos gobiernos de excelencia: constituyeron liderazgos ineficaces y al final en su agonía se convirtieron en administraciones que gobernaron para la minoría y por lo tanto terminaron teniendo apenas el apoyo de esa minoría. El caso de la Concertación es emblemático porque fueron los artífices de la falsa transición a la democracia en la que en un primer momento muchos les creímos en el sentido que se convertirían en una opción para terminar con la herencia de la dictadura. Pero, los sectores mal llamados de la “izquierda tradicional” ahora renovada, como los socialistas y con la progresía surgida de sus filas, adscribieron al realismo político dominante. El problema es que la renovación del ideal que en su momento tuvo esa izquierda, los socialistas en un principio, los llevó a renegar sistemáticamente de los postulados de la igualdad, aprovechándose así del legado de Allende que muere en la lucha por un país más justo e igualitario, por ser leal al trabajador. El problema es que esa falsa izquierda se aprovecha de ese modo de las necesidades y miedo del trabajador, de una generación diezmada por el terror de la dictadura, para así apelar los sectores del pueblo, a su voto y al realismo para ellos mismos administrar, gestionar y consolidar la institucionalidad heredada de Pinochet. No tenían problema para llamar a votar por el candidato de una Concertación que nunca estuvo a la altura de las circunstancias que el pueblo requería. Incluso el PC en muchos sentidos abandona la estrategia política del “No hasta vencer” la herencia de la dictadura, hasta acabar con su odiosidad, para terminar por aceptar la institucionalidad peleando desde adentro. Extraña aptitud cuando en esos años de “transición” precisamente nos demostraron con una brutalidad increíble que esa vía no es válida para acabar con el neoliberalismo. De todas formas, si analizamos un poco la historia del PC vemos que esta es una aptitud coherente con la estrategia que siempre tuvo en relación a los cambios. Desde un principio el PC adhiere a la estrategia soviética del frente popular, que es la estrategia del estalinismo que condujo a la derrota del sector republicano en la guerra civil española, para durante la Unidad Popular cerrar filas alrededor de la institucionalidad vigente que implicó la defensa del Estado capitalista contra la profundización del poder popular que los trabajadores habían construido de forma autónoma a partir de la creación de los cordones industriales, el autoabastecimiento ante al boicot del empresariado, etc. Tampoco resulta extraña la aptitud de los socialistas cuando la renovación en la que se comprometen en los años '80 los llevó finalmente a aceptar sin grandes escrúpulos la forma de gobierno del régimen neoliberal. Lo que sí me resulta increíble es que simplemente a estas alturas, y dado los cambios que se producen en Chile todos los días en la forma de hacer política por la participación y movilización de parte de los trabajadores

a través del movimiento social y la defensa de los asuntos que consideramos socialmente de gran interés, de importancia para mejorar la convivencia, es increíble digo, que todavía continúen en la misma postura, sin cambiar ni su forma de pensar, ni de actuar, ni de vestirse. Lo más probable es que estos sectores busquen interlocutores válidos para el siguiente periodo, los que negociarían con las demandas que expresa el trabajador. No hay dudas que ser la parte de un gobierno reformista y cómplice de la legalidad neoliberal significa mínimamente un ministerio y otros asuntos que les es imposible de rechazar, todo sea por el partido, por la continuidad. Ellos, como desde el origen de esta falsa transición a la democracia, de la que por supuesto sacan sus réditos políticos y de la que son favorecidos con el premio menor, no están en condiciones de ir más allá, de satisfacer o dar un cauce institucional a las demandas populares porque ya está bien claro que esa mal llamada izquierda, a través de las declaraciones y aclamaciones de sus dirigentes, ya se manifestaron en que el régimen político continuará vigente, que por ningún motivo es posible una mirada y actuación desde la izquierda porque no está en sus proyectos, nunca lo ha estado. No es extraño, para nada, que muchos de sus líderes, algunos en la más alta cumbre del poder, consideran más relevante la abstracta democracia, la democradura- engendro único de nuestro país en cuanto a sus implicancias, persistencia y consolidación- que se manifiesta en reiterados y extensos encuentros con la cúpula empresarial del país para buscar falsas soluciones a los problemas de las mayorías, abandonando así a los actores que hoy forman y construyen el movimiento popular. Manifestar que Chile no necesita un cambio institucional y legal, que aunque sea necesario y hasta vital no es suficiente, es francamente un argumento de una miopía extrema que solo puede estar a la altura de aquellos que están profundamente comprometidos con el régimen. Lo interesante acá es que esto nos muestra la incapacidad de ese sector político, del reformismo y de la progresía, de esta otra y falsa izquierda renovada, para convertirse en un cauce de cambio en favor de los sectores populares. Así, son estos detalles los que hacen que los sectores populares, los indignados y rebeldes, los que se han hastiado de todo esto, del neoliberalismo, recorran su camino propio, con su programa, sus asuntos, con su lucha que busca trabajar, organizarse, movilizarse y participar para romper las cadenas del modelo legalizado a partir de una Constitución también viciada de origen, ilegal.¹⁷

¹⁷ La Constitución chilena no es ilegal solo por las condiciones del proceso electoral en que se llevó a cabo su aprobación, con un Estado de Sitio vigente y las restricciones propias a la libertad de los trabajadores en dictadura, sino además porque consolida el origen también ilegal del sistema político actual que se basa en el golpe.

Durante decenios la izquierda levantó un candidato que representara dentro de lo posible y en las mejores condiciones, los anhelos de justicia y de libertad del movimiento popular (de hecho Allende es la mejor expresión de esa estrategia como opción contraria a la lucha armada) pero con el golpe de Estado y a partir de la institucionalidad heredada de esos hechos, la izquierda ahora renovada en sus ideas y pretensiones finalmente abandona el objetivo del socialismo por una humanización del Estado capitalista, como si además esto fuera posible. A partir de ahí desvirtúan la lucha por un régimen político en favor de los trabajadores para acabar de hecho consolidando la estructura autoritaria, abstracta y formal de un sistema político que somete a las grandes mayorías a partir de los límites estructurales que impone a la soberanía del pueblo. Nos dijeron que votáramos por un sacerdote, por un economista, por una profesora o por un pequeño empresario fotográfico y también por Arrate, pero así solo se convirtieron en cómplices de hecho de la gobernabilidad en términos neoliberales. Además, en esas condiciones me parece una estrategia totalmente errada creer que la conciencia del trabajador emergería como por generación espontánea para ir sumando voluntades, etapa tras etapa, hasta conquistar la conciencia de las mayorías. Esta estrategia no es posible porque precisamente la Constitución de 1980 secuestra y limita en su propio favor la soberanía popular. No es posible construir un régimen que sea una alternativa real al neoliberalismo sobre esas bases y por lo mismo la estrategia arranca necesariamente desde la organización y participación, desde el compromiso político del trabajador, a partir de la autonomía del movimiento popular de los preceptos, directrices y formas de actuar de la propia lógica que sustenta el sistema. Sabemos que el país no es el mismo en términos institucionales al de hace décadas, a ese país anterior al golpe, pero también es cierto que sigue siendo el de una estructura capitalista excluyente, con los mismos sectores pobres, con las mismas zonas de exclusión e incluso con los mismos asuntos y problemas porque estos están lejos de ser resueltos, porque cuenta además con los mismos grupos dominantes que nunca respetaron la voluntad y el movimiento popular. Resulta que la Concertación, la llamada izquierda y los sectores de la progresía, los reformistas nada radicales, que junto con la DC le dan el sustento político necesario al conglomerado de partidos y a sus gobiernos, es un bloque finalmente de derecha porque buscan conservar la realidad que impera la que es contraria al bienestar común. Por lo anterior, por el hecho de militar en favor del conservadurismo, esa mal llamada izquierda, en la que está al PC y la progresía falsa del socialismo y otras expresiones menores del reformismo como final, que responden al amo neoliberal, es que siguen insistiendo en el discurso que el único enemigo de este tiempo es la derecha como si ellos no lo fueran. De hecho, esa progresía

es de derecha porque defiende con sus uñas y garras la institucionalidad autoritaria. El colmo de la hipocresía que los asiste, sus acólitos afirman que cualquier cosa es mejor que la derecha pero ese es un mal predicamento, es no solo una pésima visión del momento político que vive el país sino que es también una postura hipócrita. Ellos son de derecha porque en sus gobiernos profundizaron en la ética y en las formas de vida de los neoliberales, de la institucionalidad venida de la dictadura cívico- militar. Entonces, todo esto es un mal predicamento, una estrategia política que no resiste el menor análisis en la actual situación del país y es finalmente un recurso ya antiguo usado por el reformismo como final, aquel que solo sirve para dar respuestas a su instalación entre los sectores más retrógrados de la política. Al interior del duopolio no están los asuntos urgentes, las prioridades que hacen a una auténtica democratización del país que de una vez por todas termine con el secuestro de la soberanía por parte del sistema político y representativo que nos rige, no están las ideas para dar respuestas a las demandas de millones de trabajadores y estudiantes, para dar los pasos que sean necesarios en favor de la recuperación de nuestros recursos básicos como el cobre o para plantear una educación al modo como viene luchando el movimiento estudiantil. No está en sus estrategias plantear una auténtica reforma tributaria o sentar las bases de un modelo de salud pública que respete la dignidad y la vida de los trabajadores. La realidad de los gobiernos del duopolio nos demuestran que continúa imponiéndose la mirada de más corto plazo que finalmente es un mensaje, nada subliminal, hacia los grupos económicos que gobiernan Chile a su antojo en el sentido que siguen siendo respetuosos de las reglas fijadas a través del automatismo de los mercados. El problema para estos grupos económicos, para esas cuantas familias que gobiernan este país desde hace mucho, en base a la defensa de sus intereses corporativos, es que Chile empieza a cambiar en sus calles, a través del movimiento social y popular en que se organizan, participan y se movilizan los trabajadores y los estudiantes como forma de hacerse escuchar, como forma de sobrevivencia inclusive que buscan alternativas reales a la lógica mercantil para resolver sus demandas y en el proceso crean una red de solidaridad, de conciencia, de participación y eventualmente de movilización. Chile empieza a cambiar en la calle, donde actualmente está la soberanía popular manifestándose todo el tiempo.

La irrupción en las calles de la Patria de una generación de estudiantes y de trabajadores violentados en sus derechos, fuertemente tercerizados en sus pretensiones, que aún así proponen y se resisten a seguir manteniendo el estado actual de las cosas, es lo que hace temblar la institucionalidad de la dictadura cívico- militar. Los sectores de poder históricamente dominantes están ante millones de chilenos que buscan organizarse porque se niegan a

convivir con un régimen político que les hipoteca sus condiciones de vida, su futuro. Es un peligro latente y real para ellos y por eso también para nosotros. Saben que cuando una generación sale a la calle armada de pasión, con sus certezas, con sus proyectos, ideas y con su conciencia, más temprano que tarde ganará, vencerá inevitablemente. Los de la calle por estos tiempos saben que tienen como enemigo principal y único a los herederos, cómplices y gestores del régimen neoliberal y su reformismo. Le duele a los sectores y al grupo dominante, se preocupa porque sabe que le duele y le molesta a esta institucionalidad del automatismo de los mercados que se ponga fin al lucro, que se limite la falsa libertad mercantil. Le duele al banquero no continuar beneficiándose del trabajo y del esfuerzo ajeno. Llega la época del cambio porque los pasos con los que avanza el movimiento popular están haciendo caer los pilares de una institucionalidad que siempre ha sido servil para los dueños del capital. Y en la medida que es así, en la medida que los sectores populares irrumpen en la calle para hacerse ver y hacerse oír, en esa medida, empiezan a mostrarse de una manera cada vez más evidente la irracionalidad del automatismo del mercado, del régimen político y sus formas. Se muestra de manera evidente la intromisión de la banca y los intereses privados en los asuntos públicos, la explotación del trabajador por parte de las empresas, los intereses usureros del sector financiero, la imposibilidad de vivir del crédito y hasta el accionar de las transnacionales en lo que respecta al dictado de normas y leyes. De la evidencia cada vez más clara de que la élite que nos gobierna, de las dos derechas que constituyen el duopolio, ya no se puede esperar nada en el sentido de respeto por las necesidades del trabajador y de la mejoría real y sustancial de la vida del mismo, empieza a perfilarse otra historia, una realidad distinta que empieza a generarse desde la base del movimiento y de la cultura popular que se expresa en dos opciones que no estaban presentes. Por un lado tenemos la alternativa de los trabajadores que intenta construir un referente que logre sumar todas las voluntades del cambio en base a la participación y la organización popular, en base a la construcción de una red de enlace, resistencia y supervivencia, que tiene su expresión en los nuevos actores y sujetos políticos que entran en escena con el protagonismo cada vez mayor de los estudiantes y trabajadores. Por otro lado, tenemos la opción del continuismo que me parece está históricamente agotado al no poder cumplir con las expectativas de cambios de las mayorías. Es la falta de credibilidad de la mayoría respecto del régimen político actual, autoritario, abstracto y de una prepotencia inusual, el problema con el que lucha la patronal. No se trata de sostener interesadamente que la izquierda renovada y su falso progresismo es la suma de todos los males del país pero sí se trata de sostener el protagonismo que surge desde las bases, desde los

trabajadores en comunión con los estudiantes, con nuestros jóvenes. Se trata de sostener esta generación de luchadores con su pensamiento dotado de la negación de seguir viviendo en un país desequilibrado.

Al respecto y para considerar nuestra historia me parece correcto hacer hincapié en el movimiento estudiantil chileno porque éste siempre ha sido protagonista de profundos cambios sociales y políticos en el transcurso de nuestra vida nacional. De hecho, en 1931, estuvo a la vanguardia del movimiento que derrocaría a la dictadura de Ibáñez donde particularmente los estudiantes de la Universidad de Chile se convirtieron en los grandes protagonistas. Aunque es cierto que los trabajadores participaron en la caída de Ibáñez también lo es que tuvieron un rol del todo secundario. En la lucha contra la dictadura conducida por Pinochet tuvieron tremendo protagonismo. Primero, fueron segmentos militantes venidos de la experiencia de la Unidad Popular pero después, de manera mucho más amplia, se fueron incorporando otros estudiantes en un proceso que culminará en jornadas de protestas contra la lógica y la represión militar. En la década de los años '80 y en ese contexto de resistencia a la tiranía hubo una importante articulación, bastante estrecha e íntima, entre el movimiento estudiantil y los sectores populares que dio sus importantes frutos. ¿Qué se consiguió durante nuestra historia republicana a través de la lucha de los estudiantes? El desenlace y el balance es diverso. Por ejemplo, en determinado momento se logró la aprobación de la reforma universitaria, sin embargo, en otras oportunidades el movimiento estudiantil cayó en el peor de los descréditos y el fracaso estuvo a la orden del día. No solo ellos cayeron en un estrepitoso fracaso o en un gran triunfo, donde se conquistaron nuevos derechos y garantías, sino que en realidad lo hizo todo el movimiento popular, social y político. Ese movimiento que desborda el campo estudiantil a pesar de que muchas veces estos fueran un componente fundamental en la lucha. Por supuesto, a través de la historia el movimiento estudiantil en particular y el social en general sufren modificaciones, varían, adquieren otras, nuevas características diferenciándose de ese manera de los movimientos de resistencia y de poder de otras épocas. El hecho de que el movimiento tenga sus altos y sus bajos, sus triunfos y derrotas, que varíe en el tiempo en relación a la forma de su lucha, de sus ideales inclusive, tiene que ver directamente con la evolución de la historia en términos de la lucha por ciertos intereses de clase. Por ejemplo, el movimiento estudiantil de los '60- '70 es distinto del actual movimiento en cuanto a su organicidad que hasta el golpe de Estado era bastante más elevada. Por aquella época existían federaciones de estudiantes secundarios y universitarios por todo el país y la presencia de los partidos políticos era muy fuerte como componente de esa organicidad porque el partido era una herramienta para el cambio posible y

no contaba con el desprestigio y la falta de legitimidad que tendrán después incluso los partidos políticos que se dicen de izquierda y de la progresía en general. Es cierto que no todos los estudiantes respondían a los lineamientos de los partidos de la época pero la influencia que ejercían orgánicamente era marcada respecto del movimiento estudiantil. Esta es una gran diferencia respecto a esta época donde el sistema de representación cayó en el peor desprestigio, víctima de una institucionalidad autoritaria y viciada de origen.

Entonces también existía otra articulación entre el movimiento de los estudiantes en particular y la organización que en general representaba a los trabajadores. Esa articulación era mucho más fuerte por esos tiempos. Si bien el movimiento estudiantil actual logró contar con el apoyo del trabajador no es menos cierto que se trató de una simpatía difusa, con poco compromiso orgánico en el sentido que no es respaldada por la activa participación de los trabajadores a través de sus órganos de representación como los sindicatos. Hasta ahora, las reivindicaciones tanto del movimiento estudiantil como el del trabajador y su organización han marchado por cauces separados aunque en la última época, producto de sus análisis, los estudiantes se han acercado a los movimientos sociales: buscaron articularse con las demandas mapuches, etc. Como todavía es muy incipiente, como aún estamos en los inicios de la resistencia al neoliberalismo, hay una tarea grande para lograr la articulación y el compromiso necesario de los diversos movimientos sociales para lograr alterar la realidad a pesar que los diversos asuntos y reivindicaciones por las que luchan y se organizan remiten a lo mismo, remiten al cambio estructural en relación al régimen político que hoy se impone en el país a expensas del bienestar de la amplia mayoría. Esta falta de articulación y de compromiso, a pesar que al final los problemas y asuntos son comunes, se debe en parte al desenlace de las movilizaciones del 2011. Al respecto, ese año concluyó en una decepción para vastos sectores del movimiento, quedando instalada la percepción en muchos de que no se había conseguido nada con las diversas movilizaciones lo que es un juicio peligrosamente errado porque en realidad se consiguió bastante, más de lo que muchos en todos estos años de falsa transición democrática no pudieron lograr. De hecho, y aunque hubo un gran fracaso en términos de demandas concretas porque las concesiones de Piñera en relación al tema fueron mínimas y apenas buscaron reformas para afianzar el actual modelo de educación de mercado, con lucro incluido, y no buscó cambiarlo por uno que convoque a la responsabilidad del sector público y al protagonismo de los sectores sociales, a pesar de ello y debido a lo anterior, el movimiento estudiantil obtuvo logros políticos como la instalación en la sociedad chilena, en la agenda pública, el tema de la educación pública como asunto de prioridad nacional que ya no está ausente de las preocupaciones de

los trabajadores como a inicios del 2011. La lucha del movimiento estudiantil además consiguió profundizar en el proceso de descrédito de los políticos y dirigentes actuales que en realidad se convierten casi en una clase política, en una tecnocracia insensible a cualquier expresión popular. Este proceso de descrédito y deslegitimidad de los políticos, que deriva además de la falsa representación que convoca el sistema electoral, estaba ya en marcha, pero se acentuó producto de la incapacidad del régimen neoliberal, de sus esbirros y representantes para dar respuesta no solo a las demandas de los estudiantes, no solo a las demandas del pueblo mapuche sino también a los mineros, a la dueña de casa, a los sectores medios, absolutamente a todos. El movimiento estudiantil contribuyó a deslegitimar la institucionalidad autoritaria heredada de Pinochet.

La creación de un discurso político nuevo es un buen desafío que será planteado desde hace mucho tiempo como opción para mejorar la vida de las mayorías. La disconformidad, el hastío con el régimen, la negación de lo que se establece como verdadero, razonable e inamovible se convirtió así en una energía generalizada en manos de los estudiantes a través de la lucha siempre valiente. Fue entonces como desde los rincones más oscuros y segregados de la sociedad, desde Lota, la ciudad más carenciada, emerge la combatividad de los más jóvenes, de los que fueron invisibilizados por la gerontocracia reaccionaria que es tan afecta al autoritarismo, que siempre estuvo contra cualquier expresión de la cultura popular. Y aún así, a pesar de todas las reacciones, los estudiantes fueron capaces de hacer tambalear la legalidad venida de la dictadura. La tensión social se hizo sentir y la campaña de los medios de comunicación esta vez, como todas las veces, en complicidad con el poder hegemónico, que criminalizó la protesta e infundió el terror de la pérdida de gobernabilidad que eso significaba. Otra vez, como todas las otras veces, se escudaron detrás de su falso realismo, ese realismo que solo acepta la defensa de los intereses de la acumulación privada del capital. Pero, ahí están los pingüinos. Fueron los artífices de esa primera gran gesta popular, fueron los que adquirirían el primer compromiso con un país justo. Fueron ellos, los más jóvenes, los silenciados y los invisibles los que ahora, ya no por el pase escolar, exigieron el cambio, la transformación estructural del país, del régimen que nos legó una generación que tuvo que conformarse con la falsa transición a la democracia. Son ellos, los propios estudiantes, los de ayer y los de hoy, los que siempre han estado, los que estuvieron, son los que representan genuinamente el anhelo de la mayoría por el cambio y por lo mismo se arriesgan a ser calcinados en la hoguera de los republicanos, de los realistas, de quienes se creen los dueños de la democracia, de esta abstracta democracia, la que ya no tiene mucho sentido. La politización del espacio

público, la recuperación de la política, el compromiso, la movilización y la participación por fuera del ritual que legitima las dos derechas en el poder, es la herramienta central que nos legaron para ejercer soberanía popular.

Entonces, el gran logro político del movimiento estudiantil en Chile es que recupera la política como acción posible para transformar la realidad, le muestra a los trabajadores y a la sociedad en general que la política no es una cuestión abstracta, de élites, sino que es una acción que puede cambiar la realidad, es un arte de poder de los trabajadores que puede alterar sus formas de vida a favor de sus intereses. Lo que hace el estudiantado es mostrarnos la significación revolucionaria de la acción política en la transformación del país. Por eso los estudiantes hacen una gran contribución a la politización del trabajador contra la visión tecnocrática de la política en manos del neoliberal. Los estudiantes nos muestran que tan poco natural es una sociedad que se rige por un modelo neoliberal, a pesar que ese modelo se ha naturalizado en la cabeza de una mayoría. El movimiento estudiantil nos muestra que no es cierto el fin del relato, el fin de las ideologías o de la historia, nos muestra fehacientemente que el Estado capitalista y su régimen no son algo inmutable o natural, eterno e impertérrito, sino que en primer lugar es producto de una determinada correlación de fuerzas históricas, de una lucha de intereses de clase, de un modelo de régimen que se implanta a sangre y fuego porque los sectores dominantes no aceptan perder privilegios y, lo más importante, nos muestran que es posible cambiar el estado actual de nuestra vida. Todos esos aportes son victorias para el movimiento popular, para la organización de éste, para la continuidad en la lucha, para que de una vez y por siempre ese movimiento, ya organizado y clarificado en sus objetivos, pueda pasar de la resistencia al régimen a la gestión de un eventual y futuro gobierno popular que resuelva todas nuestras demandas, que haga justicia frente al tremendo festín que las transnacionales hacen en Chile, que logre justicia, verdad y la reparación en el tema de las violaciones de los derechos humanos y no solo en la medida de lo posible, que estructure un sistema educativo público de calidad, de la mejor, a la altura de los tiempos que vivimos, que esté en condiciones de generar trabajo para todos como mejor forma de inclusión social de los sectores populares en los beneficios del régimen y que por fin coloque como directriz de sus acciones la primacía y el respeto del derecho a la vida. Ese es el tirunfo inmenso del movimiento de los estudiantes. A su vez, los dirigentes captan que este es un acervo político que tiene que ser puesto en valor para cambiar el país que habitamos, de tal forma que si bien el movimiento estudiantil no consiguió en esta etapa sus reivindicaciones más concretas y sectoriales, sí logró instalar la necesidad del cambio. En la

práctica esto se traduce en que otros sectores de la protesta social estén más presentes y combativos.

Habiendo cumplido esa primera etapa de organización, de debate y de los objetivos a alcanzar, el movimiento estudiantil empieza a conquistar las condiciones para tender lazos, unidad en la acción y vasos comunicantes con otros sectores sociales que como pueden se organizan en torno a otros temas que al final nos remiten a lo mismo: al cambio estructural. Esa es la labor pedagógica y el desafío del movimiento social en Chile, el de la unidad, el de la convergencia con otros, entre los estudiantes y los trabajadores, de manera que se produzca la unidad tan necesaria de la lucha de los estudiantes y el trabajador. Esta es la tarea del sector popular: seguir organizándonos, seguir por acá, en las calles, en las alamedas y en las plazas, movilizándonos en las escuelas, en las factorías, seguir en las universidades, batallando por otra educación, otras condiciones laborales, por nuestros recursos, por el cobre y por el litio, por las tierras mapuches, por la igualdad y los derechos sexuales. Estamos en un proceso de acumulación de fuerzas y vencerá quien esté en condiciones de acumular más fuerza social y política.

Participación, organización y unidad.

Los proyectos políticos intentan legitimarse sobre la idea de generar una mejor calidad de vida de sus trabajadores en tanto somos ciudadanos, sin embargo, son pocos los casos en que se hace partícipes de esas decisiones y proyectos a los futuros usuarios en relación a la forma de éste o de su posible impacto en la comunidad porque simplemente el ámbito del gobierno que corresponde nos margina de la planificación. De hecho, las políticas urbanas, las locales, las regionales o provinciales, las nacionales e incluso las globales que imperan, atienden solo a la necesidad de la acumulación privada de los capitales que se expresa en las inversiones, tangibles o no, del empresariado y su interés privado: la *no-planificación* bajo los términos de defensa de los intereses comunes se desenvuelve en torno de la lógica y la racionalidad del neoliberalismo. En estas circunstancias tendríamos que preguntarnos si el trabajador- en tanto ciudadano pleno de derechos y de garantías- es un sujeto participativo en las decisiones tanto a nivel individual como colectivo. Existen otras formas de participación desde la base que de por sí son más consecuentes en términos de defender la calidad de vida del trabajador y de reivindicar la cultura popular. Por ejemplo, movilizándonos por fuera y más allá de lo que nos permiten los neoliberales a través de su sistema. En ese sentido, la intervención de los trabajadores central en la construcción, en el

desarrollo y sostenimiento de todos los ámbitos del gobierno. Es necesario fortalecer las organizaciones de base popular. Ello implica que de una vez descentralicemos las funciones políticas y las decisiones del gobierno a favor de una mayor participación de los sectores populares a partir del avance de otro tipo de regionalización, de una mucho más democrática en el sentido que tanto la ciudad, la región y el trabajador de esa zona adquiera mayor relevancia en el ámbito de conformación de la agenda pública. Se impone la descentralización de la potestad política, generando autoridad democrática y dotándola de atribuciones mayores que las actuales.

Sabemos que la primacía del derecho a la vida por sobre la propiedad o por sobre cualquier otro derecho es central para el proceso de cambio lo que, a su vez, implica entender que la estatización total de la economía no genera un hombre nuevo y que el mercado tampoco es la clave de todas las bondades porque de hecho el mercado, así librado al azar, nos conduce a dramas de una gravedad más bien sobrecogedora. Además, sabemos que la peor democracia es mejor que la dictadura del tipo que sea, sin embargo, también tenemos que entender que la democracia abstracta no es tal sino que en primer lugar es también una dictadura, de la peor, basada también en la idea del *enemigo interno*, tratando de simular sus parámetros ideológicos. Es bueno entenderlo porque a partir de ahí el movimiento social debe luchar por el cambio estructural del régimen, contra el lucro de la educación o a favor de las demandas de los pueblos originarios. La resolución de esas temáticas corresponde al movimiento social- político que surge de las entrañas de la sociedad, de sus bases; en una primera instancia nace como resistencia, como forma alternativa de sobrevivir, como solución parcial a las urgencias del sector popular, socialmente más vulnerable, para inmediatamente después adquirir una estrategia de plazo más largo por la misma realidad que nos impone la lógica neoliberal. La lucha es por la igualdad de oportunidades, por una mayor y mejor distribución de la riqueza como base para igualar las oportunidades. Al final, el problema es grave para los dominantes porque resolver los temas de agenda que impone el movimiento social en Chile, el solo intento por resolverlos, pone en tela de juicio todo el andamiaje legal e institucional legado de la dictadura cívico- militar. El gran mérito de las luchas estudiantiles, y en general de las batallas de todos los movimientos sociales en que se expresa ahora la organización de los sectores populares, es que logran poner en agenda, visibilizar y hacer presente ante la sociedad, las deudas de la falsa transición. Deudas que tienen que ver con lo social y lo político y como ningún otro actor pudo hacerlo anteriormente. Al constituir hasta el momento la expresión mejor articulada del descontento hace rato incubado con la mercantilización de la vida, el movimiento social abraza un

notable potencial de refundación de la política entendida como acción de poder, de transformación. Por eso la descalificación y el miedo es su única táctica. De hecho, el odio visceral, el resentimiento y la descalificación, el prejuicio, la crispación e insultos de distinto tenor parecen ser, cada día, el lugar común de los sectores de poder que se proclamarán, el colmo de la hipocresía, que ellos son los genuinos custodios de la tradición democrática. De ahí que los trabajadores en el proceso que los lleva a primar sobre los grupos sociales minoritarios debe construir un arte posible, un lenguaje que de batalla, que esté destinado a librar la guerra que ponga fin a los valores que excluyen a las mayorías.

La crisis del Estado capitalista en general y de su régimen político en particular se manifiesta tempranamente a finales de la década de los '60 por la progresiva pero continua baja de las ganancias y las utilidades del capital. Esta caída de la tasa media de ganancia y su consecuente crisis se produce por la democratización y por la nueva realidad en que confluyen una serie de conquistas laborales y sociales de los trabajadores bajo el régimen político consensuado en torno al llamado *Estado de Bienestar*. Precisamente, estas conquistas desatan la crisis porque colocan límites reales a la acumulación del capital, a través de políticas de redistribución de la riqueza, de igualdad de oportunidades y a través de la concepción del pleno empleo de la fuerza de trabajo como meta del régimen. Entonces, es una crisis que se manifiesta en los progresivos pero también continuos gastos que el régimen político de Bienestar desembolsa en el mantenimiento de estas conquistas (relacionadas también con el acceso a la salud, a la educación o a sueldos más justos). Esta crisis se manifiesta por los límites impuestos a la mercantilización de todo. Desde este punto de vista, esta inversión, que busca mayor bienestar social y desde ahí el crecimiento económico, comienza a verse como un gasto. Así empezará la ofensiva neoliberal en Estados Unidos y en Gran Bretaña y sus intenciones de barrer con todas las limitaciones que fueron impuestas contra la acumulación privada del capital. Desde ahora, las conquistas sociales y las económicas, las laborales e incluso políticas, serán fuertemente restringidas a ámbitos cada vez más estrechos de manera que el racionalismo y la razón instrumental neoliberal tendrá definitivamente que reforzar sus fábulas y sus mitos para ejercer su dominación y la imposición de sus valores en base a irrationalidades monstruosas. En la forma en que el neoliberalismo logra reforzar el dominio y la explotación de los trabajadores, el desencanto se plasma en sus límites extremos porque, si bien su razón es un instrumento de control, implica también la denuncia de esas incapacidades por parte de sus víctimas. A través de la lucha, ese sometimiento y esa explotación se nos muestra como irracional, conformada en base a falsos universalismos y mitos

que en cierto momento no puede sostener ni defender porque la dominación tiene que ejercerse sobre parámetros concretos, sobre algunas conquistas más o menos importantes para los sojuzgados relacionadas con las demandas que el *Estado de Bienestar* legitimó en cierto momento histórico. La verdad es que la democratización de los beneficios, la conquista de algunos derechos, de ciertos parámetros mínimos de bienestar en todas sus formas y en todas sus expresiones, en todas sus representaciones e imágenes y una mayor redistribución en todos los niveles, lejos de agotarse es urgente porque las consecuencias de las reformas estructurales del neoliberalismo hacen estrago en todas las áreas- tanto las centrales y las periféricas- de nuestra aldea global. El neoliberalismo, su razón, no está nada dispuesto a profundizar en determinada praxis política que conlleve la realización de su propia retórica, de sus fábulas. Por eso, el dominio sobre el saber, las patentes impuestas por los intereses de las transnacionales sobre productos socialmente generados, la negación para acceder a recursos y oportunidades, son constitutivos del ideal neoliberal. Que éste se desarrolla en todas partes sobre los parámetros de no cumplir con su retórica y así reacciona formando cierta cantidad de fábulas y de mitos que progresivamente inundan su razón que lo conduce, como ya viéramos, a una antinomia de reforzar pero también de debilitar su dominio. Las acciones tendientes a debilitar las razones neoliberales es la primera estrategia de los desencantados y de las organizaciones gubernamentales o no que eventualmente podrían formar una alianza para combatir al régimen establecido. Así, estos sectores se encuentra en un período de transición, de nuevas posiciones, valores y de estrategias que le permiten moverse dentro del caos producido por la crisis del sistema comercial global. Otra de las políticas de lucha es la denuncia progresiva de los engaños, de la retórica, de los mitos y de las metáforas neoliberales que no son más que principios de reconstrucción de sus propios intereses.¹⁸

Así, los sectores populares a nivel global y en transición, llevados a su máxima expresión, nunca enfrentaron con suficiente claridad de pensamiento

¹⁸ En los años '60, la mayoría de las propuestas giraban alrededor del énfasis puesto sobre las estructuras económicas, sobre la socialización y la nacionalización de los medios de producción consecuentemente con la visión instrumental de la propiedad (social) de estos medios como factor prioritario de liberación de los trabajadores, o sea, en base a la lógica de primacía del derecho a propiedad. Conforme la izquierda entiende que sus estrategias alternativas de antaño en verdad no lo eran, en el sentido de que actuaban en última instancia bajo la lógica de la primacía del derecho de propiedad, ha planteado a través de sus diversas organizaciones y asociaciones, movimientos o sus herederos, una serie de políticas tendientes a enfrentar las desigualdades de etnia, de género y de diversas formas de percibir la realidad, el mundo y nuestras cosmovisiones. Esta estrategia se relaciona con la idea de la igualdad de oportunidades en todas sus implicancias.

el mayor de los problemas que es el de las múltiples desigualdades al nivel de las estructuras de poder que conforman el sistema comercial globalizado. Entonces, este sistema global desarrolló la mayor desigualdad y polarización entre los clanes familiares dominantes y sus víctimas. Por eso, es necesario dar soluciones que intenten consensuar- en el más alto grado posible- lo que es racional en términos del conjunto de valores y objetivos individuales y particulares, respecto de la voluntad general. Así, tendríamos que construir una razón material que es una forma racional de búsqueda de decisiones que racionalicen lo más posible los intereses sociales con los ideales particulares en términos humanistas. Saber cuáles son estas políticas necesita de un largo debate y un gran esfuerzo de la comunidad para balancear las prioridades. No es posible ni mucho menos racional renunciar al objetivo de los consensos porque esa renuncia nos limita a plantear el ideal histórico de los sectores populares relativa a la construcción de una globalidad mucho más igualitaria. Es el neoliberal quien celebra en cambio al reformismo y su realismo político pero es la misma experiencia la que nos demuestra esta fracasada estrategia gradualista porque, a pesar de las elecciones y de la estrategia electoral, no podemos cambiar la realidad. Los mecanismos electorales son indispensables porque nos conduce a la mayor virilidad y hombría pero solo tienen sentido en el caso de una estrategia de defensa de los intereses de los trabajadores. El empleo de las tácticas electorales es así una cuestión de pragmatismo y de defensa de nuestros derechos pero precisamente por eso también es una cuestión de principios y de conquistas históricas.

El triunfo en las urnas es una conquista y búsqueda de otra elocuencia y el triunfo de valores más convincentes. Pero, nada de tomarse con nuestros bailes y con nuestros cánticos e ilusiones las calles de nuestra Patria porque la victoria es solo una táctica de defensa de las conquistas de los trabajadores y las cuestiones más urgentes. No podemos olvidar todo lo relacionado con la acción defensiva en la inmediatez más urgente, la acción electoral y las alianzas políticas pero las justificaciones que rigen nuestras acciones, no giran alrededor de los parámetros y de las ideas que políticamente justifican acciones para remediar las peores consecuencias del régimen neoliberal sino que nuestras acciones buscan prevenir que sus efectos negativos realmente empeoren. Radicalizar las acciones es una táctica que es complementaria del reformismo político porque significa colgar los hábitos de la prudencia y exigir la solución de raíz de nuestros problemas. No podemos ser tolerantes con esos gobiernos que se definen como progresistas o de centro izquierda porque las presiones ejercidas sobre esos gobernantes y esas coaliciones, que en teoría profesan cierta simpatía por la expresión de lo popular, cuando son presionados por la derecha, siempre enemistada con la libre expresión de los

trabajadores, acaban siendo empujados hacia ellos; es el caso del gobierno “progresistas”. La lucha nos impulsa para delante en el mejor contexto que sepamos construir. Mientras tanto, el neoliberalismo, a través de su razón como instrumento de dominio, pretende abatirnos con cierta retórica y con sus fábulas relacionada de que no es posible la búsqueda de opciones que vayan contra sus postulados. La historia no está con ellos pero solo estará de nuestro lado en la medida en que nos movilizemos para ofrecer a la mayoría una gran oportunidad de acciones creativas, de emancipación y de libertad. En esta etapa de caos político, de crisis y de bifurcaciones estructurales del sistema comercial global, las pequeñas presiones pueden conducir a grandes consecuencias a favor de los intereses de esos que se movilizaron dejando tras de sí el ostracismo, el conformismo y la inanición. Es el mejor arte de nuestro presente, el mejor arte que conoce y se conmueve, lucha y supera la tristeza. Un arte de estas características no ha habido hasta el día de hoy, sin embargo, en esta época de transición, las luchas son mucho más radicales, más alegóricas, intensas y se rodean del mejor gusto por el desenvolvimiento de las más libertaria manifestación del arte y los sueños de los trabajadores. Las transiciones son etapas de nuestros pueblos en que se producen batallas de proporciones, de feroces luchas por la primacía, que también suscitará quiebres entre los dominantes pero también entre nosotros. Se imponen las estrategias de más largo alcance y un arte de poder que busca las mejores alabanzas, los elogios. El tema de la transición hacia un nuevo sistema comercial global en otros términos es un asunto moral. Todas esas estrategias políticas de cambios, de exacerbación del caos en que intenta el Estado capitalista reacomodarse en el sistema comercial global por él instituido, deben girar alrededor de ciertas reflexiones teóricas y praxis política cuyo núcleo no es la propiedad de los medios de producción sino más bien la desmercantilización de los procesos en que se expresa: el combate contra la dominación o la generalización de la mercancía, según sea el caso, es decir, de las relaciones sociales validadas en torno al núcleo de la compra y venta de mercancías.

La desmercantilización de nuestras experiencias no quiere decir ni plantear la desmonetización sino más bien la eliminación de la categoría de la ganancia y las utilidades en determinados ámbitos sociales y políticos. En cambio, el programa del neoliberalismo es un proyecto de mercantilización de todo, hasta de nuestras vidas. El proyecto que se define como alternativo lo tenemos que formar nosotros. No solo es necesario oponernos sino que es preciso actuar en sentido de esa misma desmercantilización de los servicios definidos como públicos. La santísima razón neoliberal es la construcción política y cultural más difícil y compleja de repensar, de denunciar y superar.

Así las cosas, ¿se encuentran en crisis los valores, la ética y las premisas del racionalismo neoliberal? Sin lugar a dudas es así por eso hay que tomar conciencia pragmática de que el sistema comercial global está en crisis y, sin embargo, nos domina y nos gobierna y aún es capaz de desplegar todas sus furias y prosperar a partir de la premisa de convertir todo en mercancía. La alta cultura, las nuevas directrices e ideas de los tecnócratas, demostraron en los últimos tiempos, en la medida en que el neoliberalismo brotó del seno de nuestras incapacidades propias y se hacía realidad tangible, ser una empresa provechosa para cada uno de los involucrados en el sentido de defensa de sus intereses y su propia primacía en el ejercicio del dominio. La conquista de ciertos derechos y la democratización son factores que conducen al sistema comercial internacional a su crisis estructural. Este es uno de los factores que lo conducen a un estado más impredecible y caótico que se acentúa y agrava por la temática de los excluidos, los marginados y la pobreza. Entonces, como resultado de esta crisis y de ciertas bifurcaciones estructurales, se plantea una lucha política por la primacía y por otras estructuras que reemplacen al sistema comercial internacional en los términos definidos por el neoliberal, es decir, una lucha de clases global en relación al sentido ideológico que se generan en el seno de estas batallas. En ese contexto, se trata de una batalla política entre quienes buscan un sistema comercial global más humano, los sectores populares en clara transición, y quienes defienden decididamente los intereses de los clanes familiares dominantes permitiendo que las cosas no fluctúen en lo fundamental. Es ahí donde se clarifica la vitalidad de una nueva razón que es alternativa a los oprobios neoliberales y donde vemos las posibilidades de crear una transición política de orientación humanista y de perfectibilidad de la naturaleza del hombre. Esos tiempos de transición y de creación son los de lecciones históricas. El reformismo, sin su consecuente radicalización de los procesos de cambios, intenta conservar los actuales modos del neoliberalismo y eso ya no es políticamente viable. No es posible la postura de los incrementos graduales porque no es opción dada la gravedad del momento vivido. Lo que hay que considerar es que estamos en un momento histórico donde de una u otra forma el sistema comercial global altera su estructura porque no es posible seguir sosteniendo su lógica sin conducir a la humanidad a un suicidio colectivo. El marco sobre el cual se planteen sus límites, sus verdades y sus mitos queda estructurado en base a las movilizaciones de los que buscan los cambios. Las nuevas definiciones y estructuras serán un claro reflejo de los intereses e ideales de quienes logren triunfar en la lucha por la supremacía. Por eso, el sistema comercial global cambiará para bien o para mal. La historia solo estará de nuestro lado en la medida en que participemos y seamos la mayoría pero, el hecho de serlo, no

implica necesariamente el triunfo. Los movimientos representativos de los sectores populares tenemos grandes desafíos relacionados con las luchas, con la transición, pero también tenemos una gran deuda con el pasado histórico. En su momento nos hicimos con el poder pero la historia no logró sobrevivir al peso de la experiencia y la teoría de ésta. De hecho, se convirtió en un proceso lineal y gradual de desarrollo. En ese sentido, la historia de la razón dominante pasó a ser un mito y a pesar de eso el Estado capitalista logró desarrollar una fuerte resistencia. En conclusión, la historia solo será nuestra en la medida en que realmente la hagamos los pueblos y solo la haremos nosotros en la forma en que seamos los trabajadores quienes dominemos los procesos de toma de decisiones. Esta teoría de la historia (que es lineal y gradual, tan ampliamente defendida por todas estas organizaciones y partidos falsamente anti sistémicos) fue uno de los productos más acabados del sistema comercial global. Por eso, estas organizaciones políticas falsamente anti sistémicas, una vez que se hicieron con las estructuras del gobierno, no fueron capaces de cambiar el mundo y de crear un auténtico arte de dominio que negara las bases del racionalismo dominante. En términos históricos, sirvieron como garantía racionalista a la propia estabilización del sistema y la globalidad se volvió demasiado ligera bajo los dogmas del socialismo real.

Lo esencial en el análisis del origen, del desarrollo y la crisis terminal del sistema comercial globalizado es que seamos capaces de distinguir entre cada uno de sus ritmos cíclicos (que son los que definen el carácter sistémico y le permiten mantener cierto equilibrio) y las contradicciones centrales que crecen a partir de esos momentos cíclicos definiendo su carácter transitorio e histórico que significa que determinado sistema no es capaz de contener sus contradicciones internas demostrándonos el carácter terminal de la crisis. En ese sentido, si bien muchas crisis son coyunturales y cíclicas, también son parte integrante de una crisis terminal porque las contradicciones del régimen limitan la misma lógica de acumulación privada del capital a través de una economía basada en la especulación financiera. A partir de ahí, la crisis terminal o sistémica significa que sus contradicciones se conducen a otras contradicciones que ya no puede superar porque el sistema comercial global definitivamente se aleja de su equilibrio, ingresa en una etapa de caos, de redefiniciones, de luchas y de resistencias porque sus dogmas y sus máximas se bifurcan y no son capaces de solucionar cuestiones como las de la exclusión, la pérdida de legitimidad de su razón y la continua producción de mitos cada vez más burdos que le permiten, en esas circunstancias, intentar sostener la economía especulativa por sobre la producción de bienes reales y tangibles. De todas formas, los resultados no tienen porque favorecernos, es decir, las consecuencias y las maneras de resolver estas contradicciones no

tienen porque expresar nuestros ideales e intereses. En otras palabras, no tienen porqué solucionarse en nuestro propio beneficio porque en realidad no basta con ser mayoría ya que los resultados del desarrollo de estas luchas son inciertos porque, en verdad, la historia no está del lado del pueblo si no de esos que son sus protagonistas y el pueblo solo lo será en la medida en que se haga con un arte de lo posible racional que eleve a los trabajadores a la cúspide de los centros de decisiones en todos los niveles. De hecho, para que una crisis sea terminal necesita como factor fundamental la movilización y participación de los trabajadores para violentar las bases del sistema en caos. El mañana es incierto pero esto significa que es también creativo, plétórico de acciones en beneficio de la defensa de conquistas logradas a través de la lucha. El arte de lo posible debe su importancia al hecho que aprovecha todas las atenuantes y ventajas que los combates le presentan, aprovecha y gana posiciones, avanza, transcribe los frentes de batalla y conquista. Es el libre albedrío en su mejor expresión y despliegue.

¿Cuáles serán las acciones posibles de los dominantes? La reacción de éstos es que tenderán a reforzar su razón, con sus mitos y fábulas, en base a políticas de corto plazo y en base a la represión pero, el aspecto más delirante de su arte de control, es que sus políticas vendrán cubiertas con los ropajes de un cambio de presunciones humanas y progresistas. Candidatos y bufones para aplicar estas medidas no faltarán. ¿Los marxistas? La única realidad será una estrategia en los términos del humanismo más creíble y natural, de la democratización, de la igualdad de oportunidades y de la preocupación por el otro. La acción nos reclama organización, un arte de lo posible que considere todos los componentes sociales que conforman parte potencial del mundo del trabajo. Necesitamos una coalición donde se expresen todas esas variedades de cuestiones, de realidades y cosmovisiones. Los desafíos, los esfuerzos por fundar una coalición de izquierda de otros estilos, me parece políticamente muy significativo. Esto nos fortalece como opción política, en la medida que los trabajadores de esta primera cruzada nos organicemos bajo la forma que resulte más significativa en los términos de la (r)evolución. Tendremos que operar tanto a nivel local como nacional, regional y a nivel global a través de foros y estructuras que exacerben la lucha, las contradicciones del sistema, que revelen el caos en que nos tiene inmerso el régimen neoliberal. Se trata de crear, de fortalecer una razón y una cultura un poco más universal y de reacción política colegiada que niegue la acción jerárquica del tecnócrata. Es necesario no sucumbir frente al racionalismo dominante, sus veneraciones e incredulidades. Necesitamos elevar otras estimaciones y opiniones porque es urgente formar un arte de lo posible que funde un movimiento realmente anti sistémico en contraposición con los que retrocedieron al reformismo que solo

servió para reforzar la razón dominante. Esto es de primera importancia no tanto por sus implicancias teóricas sino también por las consecuencias prácticas que produjo el socialismo real. En este sentido, si analizamos la historia de la lucha de clases en el transcurso del pasado siglo donde de hecho se produjo la consolidación del capitalismo (y de su reacción histórica ante la crisis que afecta sus estructuras) podemos ver que los mayores movimientos que se desarrollaron contra el sistema comercial global, los diversos partidos anti sistema de la segunda mitad del Siglo XIX y los primeros dos tercios del anterior, la llamada izquierda histórica, que es más o menos ortodoxa, desarrollaría una estrategia de hacer política que consistió en un arte estratégico basado en alcanzar el poder del régimen político para luego transformar el mundo y una realidad moldeada bajo las premisas del marxismo ortodoxo que en teoría presuponía una nueva disposición de las almas y los cuerpos, causas y efectos, líneas, movilizaciones y reposo.

De ahí es posible entender no solo la incapacidad de cada uno de estos movimientos de implementar efectivamente la transformación de la realidad y del mundo sino también la burocratización del régimen. Ese proceso nos llevó a la metáfora de la apertura económica y financiera del neoliberalismo y al consiguiente caos y crisis económica, política y social. En la medida en que este proceso crítico se extendió por el mundo, empiezan también a surgir una serie de nuevos actores sociales, políticos y de base, foros contra los dogmas y las políticas de la globalización neoliberal, algunas organizaciones no- gubernamentales con presencia global (...) pero, ninguno de estos parecía tener la capacidad de impacto y de compromisos políticos suficientes que esperaba aglutinar a las mayorías a través de sus acciones de resistencia. Así, entre los activistas se percibían nuevos aires pero era ésta una brisa fría que auguraba antes que una gran alegoría una frustración, un desencanto al no poder ir más allá, hacia la lucha más frontal. El arte de dominio parecía gozar de buena salud pero el desencanto finalmente logró movilizar conciencias, implantó nuevas estrategias que favorecieron el surgimiento de regímenes alternativos, gobiernos nacionales e inclusivos. La salud del sistema es así solo aparente y este es precisamente el trasfondo de lo que conocemos como movimiento anti-globalización. A partir que surge este movimiento podemos distinguir tres etapas simbólicas, de cierta libertad, de la nostalgia que choca contra el conformismo y de una nueva bondad. Cada uno de estas etapas se producirá en Latinoamérica: primero, la aparición y revuelta del Zapatismo en Chiapas; después las protestas de activistas contra el encuentro de la Organización Mundial del Comercio en Seattle casi en la expiación del siglo anterior y finalmente, el primer Foro Social Mundial en Porto Alegre en el

2001. Estos movimientos se plantearon en base a un enfrentamiento directo contra la globalización en términos neoliberales, etc.

Respecto de las movilizaciones y del despertar de las conciencias, los movimientos y organizaciones no gubernamentales que se plantearon contra el sistema comercial global no tuvieron éxito porque precisamente insistieron en la *despolitización*. Es esta *despolitización* la que les impidió involucrarse en la acción libertaria y emancipadora de los trabajadores. No se hicieron eco de los compromisos asumidos por los que reaccionan a las injusticias. No es posible defender la idea que es posible confrontar con los intereses de los dominantes bajo la consigna de *autonomía* en relación a la toma del poder de decisión por parte del pueblo. La realidad dicta otros términos porque nos reafirma que la idea de la plena autonomía fue superada políticamente hace mucho tiempo. Los autonomistas y sus zapatistas mejicanos, hace mucho que fueron superados por la realidad porque no estuvieron a la altura de las circunstancias para plantear una alternativa política de cambios, que fuera inclusiva y popular, que acabara con la primacía de los intereses de la élite.

¿Hacia una nueva Internacional de los trabajadores?

El sistema comercial global es un entramado de redes desde la que se organiza el comercio global, las finanzas y la especulación, las inversiones de las transnacionales, la circulación de la información o de las personas que se vinculan a la cultura bajo los intereses de las grandes transnacionales que reflejan los dogmas de los dominantes y sus variadas lógicas. Es un espacio global de ejercicio del arte de dominio dentro del cual los intereses de las corporaciones son prioritarios. Se encuentran representados políticamente por los regímenes de los países más desarrollados, de las organizaciones de crédito que actúan a nivel global como el Fondo Monetario Internacional, la OMC, el Banco Mundial o las Naciones Unidas, etc. La principal forma de control para que surta efecto la imposición mediatizada de las reglas y leyes desde los centros de poder hacia los países menos desarrollados, se basa en la construcción de teorías y paradigmas que se dicen racionales y que son presentados como criterios de universal validez. Son los paradigmas que forman la razón instrumental de dominio, siempre de pretensiones científicas y tecnológicas, que solo es funcional a la cosmovisión del poder central. Solo a partir de este simple criterio (de ser o no funcional a los intereses de los dominantes) es que se decide si es o no racional. En otras palabras, el tema de la validez o no de una teoría o paradigma así tiene más que ver con el dominio antes que con criterios de veracidad, de búsqueda de la verdad o del racionalismo. El sistema comercial globalizado abarca múltiples actividades

comerciales, económicas, políticas y culturales que transponen las fronteras nacionales. Sin embargo, las múltiples actividades que se desarrollan dentro de cada uno de nuestros regímenes políticos, forman la inmensa mayoría de las actividades comerciales. Por lo mismo, es el régimen político nacional y popular quien continúa siendo fundamental. Por ejemplo, en relación a las exportaciones puedo decir que éstas son apenas el 20% del producto global del cual el 80% restante se destina a los mercados nacionales. Entonces, ¿de qué estamos hablando cuando nos referimos a la pérdida de la acción, de la reacción y del protagonismo de los regímenes políticos nacionales dentro de la globalidad? Las filiales de las empresas transnacionales generan como máximo el 10% del producto global y de la acumulación de capital fijo en el mundo. Esto nos impele a interrogarnos dónde se produce el otro 90%. Ese otro porcentaje se produce en las empresas locales, nacionales, pequeñas y medianas.

¿De qué hablo al decir que las economías nacionales cedieron frente a los intereses del sistema comercial globalizado? ¿Qué pasa en relación a los recursos nacionales, respecto de la inversión, del desarrollo, la producción, el crecimiento y el desarrollo económico, todos factores decisivos en el espacio interno para plantear una gobernabilidad en los términos populares? Porque, en definitiva, la falta de gobernabilidad del sistema comercial globalizado, la imposibilidad de construir organizaciones globales, que sean democráticas y justas, no obedece a fenómenos indomables o a la imperfección inherente de los hombres sino más bien a la desregulación de los mercados que sustenta ideológicamente el automatismo de los mercados. Pero, hay que aclarar que hasta el propio automatismo de los mercados es la más grande de las falacias porque los mercados en realidad no se autoregulan ni menos son automáticos por decirlo de alguna manera sino que más bien son controlados por los intereses de las transnacionales y las estructuras que les llevan el amén. El automatismo del mercado- base ideológica principal de los neoliberales- es también una farsa. Después vendrá el *realismo político* en su auxilio para seguir sosteniendo un sistema comercial global altamente irracional. Por el contrario, al rescate de los que planteamos un régimen popular en lo cultural, nacional en sus intereses y políticamente soberano, viene la realidad, es decir, la crisis económica que nos conmueve a todos, las turbulencias monetarias, la quiebra de los bancos, el aumento del desempleo y los líos financieros y especulativos en los países centrales, que son todos factores que derivan en ajustes estructurales y en crisis que además subrayan la imperiosa necesidad de una nueva arquitectura financiera global en beneficio de todos.

Esta necesidad está impulsada por el impacto negativo de las crisis globales que obligan al sistema a aplicar millonarias inyecciones de capital.

El problema es que estas medidas la mayor parte de las veces resultaron falsas e irracionales precisamente porque la característica de las finanzas en el sistema comercial global es la *anarquía* que se expresa en la desregulación del mercado de capitales que a su vez conlleva el crecimiento exponencial de la especulación que fuega contra la economía real. Entre otros factores, esta *anarquía* es responsable de ésta como de otras situaciones similares de crisis afrontadas por el sistema comercial globalizado en los términos neoliberales. Lo que se percibe es un caos, es una *anarquía* sistémica. La necesidad de nuevas estructuras que definan otra arquitectura financiera globalizada es políticamente viable, es económicamente racional y socialmente urgente por las consecuencias de las crisis. Se impone así la democratización de las instituciones globales, la creación de otras sustentadas por principios no sujetos a la espontaneidad, la desregulación, el descontrol y el pragmatismo y cuyos beneficios protejan todas las necesidades. En verdad, eso es realismo político porque significa reafirmar que la globalización de los neoliberales no cambió la naturaleza de los procesos de desarrollo económico porque éste continúa descansando prioritariamente en las capacidades y en los recursos internos de los regímenes nacionales. El desarrollo económico descansa en las relaciones sociales conformadas al interior del régimen político nacional, descansa en sus actividades económicas, en la distribución de la riqueza y en la igualdad de oportunidades. *Realismo político* significa afirmar que el desarrollo de un país descansa en sus capacidades, en la justicia social y en la profundización de los derechos de los trabajadores porque el desarrollo es acumulación en el sentido más amplio. Es decir, es acumulación de capitales pero también es acumulación de recursos humanos, económicos, de defensa de la distribución de la riqueza, justicia social y ésta (la acumulación) es realizada dentro de los propios espacios de cada país.

En sí mismo el sistema comercial global no es bueno o malo. Este nos da la posibilidad concreta de conseguir las necesarias divisas que financian el desarrollo. Es el rol de las exportaciones de los bienes producidos a través de nuestros recursos nacionales. Sin embargo, también crea riesgos y amenazas y ahí tenemos que estar atentos porque la influencia del sistema comercial global sobre nuestros países depende de las vías por las que nosotros mismos nos vinculamos a las redes de la globalización. Ejemplo claro de esto es el comercio global y el estilo de vinculación que crea y adquiere a través de la división internacional del trabajo. Por eso, nuestra inserción en ese sistema comercial globalizado tiene que ver con nuestras capacidades y límites, con nuestros recursos y formas de desarrollo en el sentido de que depende de la calidad de las respuestas que estemos dispuestos a fomentar en relación a los desafíos que el sistema produce. No es lo mismo insertarse en el sistema

comercial global a través de un régimen neoliberal y ausente de los desafíos que implican los múltiples dramas que necesitamos resolver como países estructuralmente dependientes que hacerlo a partir de regímenes populares. No es lo mismo insertarse aisladamente que integrarse con los otros países de nuestra región (con los que compartimos sueños, cultura e idiosincrasia) y a partir de ahí salir al mundo. El sistema comercial global nos proporciona el marco de referencia para nuestro desarrollo pero la forma en que logramos insertarnos depende también de factores internos propios y característicos de nuestra realidad. Esos factores tienen que ver con diversas interrogantes que se nos plantean ante el problema de qué tipo de desarrollo y que tipo de régimen buscamos. Hay que interrogarnos sobre la lógica de esas estructuras comerciales, del poder y de los intereses globales para desde ahí plantear nuestra manera de inserción.

Las interrogantes importantes, esas que nos conducen al análisis de las estructuras de un sistema comercial global, son más difíciles de plantear y de responder porque la resolución a esas cuestiones implica la movilización de amplios recursos de poder que a veces no controlamos. En primer lugar, hay que preguntarse si es estable- dadas las características de las continuas crisis que lo sacuden- un sistema comercial globalizado bajo los parámetros y las políticas de los neoliberales. Por otro lado, ¿se generan crisis periódicas que afectan a todos? ¿Crisis que producen conflictos de intereses globales? ¿Qué además producen guerras y saqueos? En realidad, existen avances respecto de la imposición de un sistema comercial globalizado aún en los términos del neoliberalismo militante como es el crecimiento económico conducido por el comercio global, la transferencia de tecnología y la fabulosa conectividad y las comunicaciones de las que gozamos pero, al mismo tiempo, las crisis nos conducen a otras resoluciones y decisiones. Las crisis nos muestran que un sistema comercial global, con sus intereses y sus centros de poder, que en realidad no es más que un sistema desordenado, sin reglas, leyes, normativas y aún códigos por todos respetados, detiene esos avances porque frena el crecimiento, frena la transferencia de tecnología y finalmente frena el sentido de pertenencia a una ciudadanía global. Esas son las debilidades estructurales del sistema. Las dependencias y las interdependencias entre las regiones de nuestra globalidad se profundizan pero también se hacen contradictorias. Por una parte, los altos precios del petróleo, del cobre, de los alimentos y de las materias primas en general favorecen a los países periféricos y perjudican a los centrales. Pero también los países periféricos productores de petróleo tienen interés en mantener los niveles de vida y de desarrollo de los países de avanzada porque los ven como generadores de riquezas y de la acumulación de capital. Es ahí precisamente donde invierten gran parte de sus excedentes.

Desde esa perspectiva, las múltiples oportunidades que se vislumbran desde siempre en nuestra región se condensan en una sola gran alternativa que tiene que ver con el cambio en las relaciones globales porque la forma de ejercicio de ese poder no puede continuar indefinidamente de esta manera.

Los problemas más reales en las actuales condiciones de la globalidad de los intercambios comerciales trascienden el debate sobre neoliberalismo o el proteccionismo. Mientras tanto, cada país intenta maximizar sus ventajas y su poder antes que buscar un funcionamiento democrático y justo del sistema comercial globalizado que nos incluya a todos en la búsqueda del bienestar común. Todos los que nos jugamos por los cambios, a nivel nacional como a nivel global, debiéramos plantear otras posibilidades para construir otra estructura. Una nueva cultura se hace necesaria porque la razón de los dominantes simplemente está ahí. Su definición es un auténtico campo de batalla y de escaramuzas donde se libran luchas centrales. Los dioses de los neoliberales y su visión del sistema comercial global, las razones que forman lo económico, lo político y lo sociocultural, son las armas más poderosas y opresivas de la cultura y de los particularismos de los dominantes. Luchemos por un Estado y por un régimen político multicultural en clara oposición al modelo de Estado tradicional que heredamos de los usurpadores. Un Estado y un régimen multicultural en oposición al Estado y al régimen político que intentó acabar con nuestros sueños e historia. Esta resistencia, posible dada los nuevos patrones de movilización y de participación, trabaja en todos los espacios en que se expresa la protesta y las propuestas para crear otras formas de participación de los trabajadores. Hay que movilizarse y hay que resistir desde los diversos movimientos políticos y sociales. Desde abajo y desde las periferias. Hay que movilizarse para crear nuevas redes de trabajo y de solidaridad que desplacen a los movimientos, a las organizaciones y los partidos políticos tradicionales que en realidad nunca estuvieron a la altura de las circunstancias. Es necesario unir fuerzas porque construir otro mundo siempre es posible. Es necesario seguir afirmando el avance del humanismo, por la vida, por la solidaridad y por el progreso de las mayorías. Construir otro mundo es posible si nos movilizamos para cuestionar los principios básicos del Estado capitalista y de sus estructuras de poder. Otro camino es posible si fortalecemos las alternativas del humanismo precipitando la caída de los halcones. Por ahora, el neoliberalismo tendrá aún vigencia pero sus ideas decaen porque hoy más que nunca esta realidad destroza la teoría.

En nuestros países existen algunas alternativas y cada una cuenta con sus especificidades, con su historia, caminos y rutas recorridas. Son ciertos liderazgos que se corresponden cada una con sus realidades pero que insisten en la defensa de los intereses del trabajador. Por eso, los medios masivos de

comunicación continuamente descalifican nuestros procesos de liberación, de soberanía, de la toma de posesión de los recursos naturales y en general de cada uno de nuestros procesos de inclusión social y laboral. Nos descalifican tildándonos de *populistas* cuando el populismo en realidad florece en Europa que está gobernada por regímenes al borde de la reacción, de ideología de la derecha más autoritaria y con líderes que ocultan y conducen regímenes al borde de la xenofobia. En el caso de Latinoamérica, antes que *populismos* asistimos al renacimiento y desarrollo de un arte de lo posible que estructura gobiernos populares, para nada populistas. Es decir, *gobiernos populares* porque ellos son los que desafían la razón neoliberal, o sea, son precisamente *gobiernos populares* porque son soberanos, porque reivindican la cultura nacional y así son mucho más libres e inclusivos. En ese contexto, colocan énfasis en la participación y gestión de los trabajadores en desmedro de la representación, ponen énfasis en los derechos reales antes que en los formales, en la integración y en el desarrollo de la infraestructura comercial, energética y política de los pueblos. Son regímenes populares porque además se asientan en las organizaciones de los trabajadores.

En el año 1994 la crisis del tequila fue la primera manifestación que insinuó una serie de desastres económicos, comerciales y de crecimiento en general en nuestro continente y que nada tuvo que envidiarle a la crisis global del año 1929 o la del 2008. Tres años después sobrevino la crisis del sudeste asiático y de la economía de los rusos para volver a nuestra región de la mano de Brasil el año 1999 y de la Argentina en el 2001. Lo interesante es que cada una de esas crisis, incluida la del 2007- 08, se dieron en países que fueron fieles impulsores de las políticas neoliberales recomendadas por los organismos globales de crédito. Todos ellos aplicaron políticas de austeridad fiscal, la privatización de empresas comandadas anteriormente por el sector público o la desregulación de los mercados. Además, esas políticas fueron defendidas con tal énfasis ideológico que mutaron en fines por sí mismas. Como resultado de esas políticas heredamos un régimen político quebrado, resquebrajado y despojado de todas sus atribuciones, normas, recursos y bienes esenciales que en otro momento le permitieron al régimen asistencial intervenir en el ámbito de la economía, en lo social, en lo cultural, político e ideológico. Internamente recibió presiones por parte de los actores y de las organizaciones que representan los intereses de los dominantes, es decir, de corporaciones políticas, productivas, económicas, judiciales, de la seguridad (la policía y las fuerzas armadas) y hasta de la corporación judicial y sindical. Externamente, el régimen asistencial fue sometido a fuertes tensiones a partir del poder de influencia de los múltiples organismos de crédito globales y de las transnacionales que controlan la dinámica del sistema. Además, todo este

proceso devino en la inmoralidad y en la transgresión sistemática de las leyes constitutivas de un régimen político que anteriormente estuvo comprometido con el bien común. Esto se tradujo en la dificultad- para los gobiernos más democráticos- de generar los cambios drásticos, necesarios y simultáneos que le permitiera acabar con las estructuras neoliberales. Porque, querámoslo o no, la gestión y consolidación de un régimen humanista difiere en muchos aspectos del régimen que presenciamos y sufrimos a partir de los años '90. Desde el ámbito de lo político e institucional, el humanismo significa la renovación de los jueces corruptos, la sanción y el castigo de los genocidas y sus cómplices, una decidida política en favor de los derechos humanos, la renovación de la Corte Suprema, una firme actitud para conducir por otras ideologías y políticas de seguridad a las fuerzas armadas y carabineros, una profunda revisión de las políticas de privatización y del despojo al que nos sometieron desde el golpe de Estado, el final de las AFP y la Asamblea Constituyente Autoconvocada. Son estos importantes temas porque el primer escollo con el que chocamos son las instituciones políticas y los intereses que defiende y promueve el régimen heredado de la dictadura.

Desde una visión económica, los cambios en una política que busque el desarrollo de nuestro mercado interno de bienes y de servicios vía ahorro interno e inversión, tiene que evitar el fantasma de los déficits gemelos. Esta expresión técnica tan temida se refiere en principio a esa situación en que un país ostenta simultáneamente cuentas fiscales en rojo y saldos negativos en la cuenta corriente del balance de pagos internacionales. En otras palabras, el déficit fiscal significa que el gobierno de turno gasta mucho más de lo que genuinamente recauda a través de los impuestos mientras que los saldos negativos en la balanza de pagos son déficit con el exterior, cuando los pagos externos son superiores a los ingresos de ese origen que son generados por la transacción de bienes y servicios. Por ejemplo, cuando las importaciones de bienes son mayores a las exportaciones. Esa diferencia entre importaciones y exportaciones es la responsable de ese saldo negativo. Este cuadro se agrava aún más cuando, para cubrir ese déficit fiscal y de la cuenta corriente, se recurre al endeudamiento porque de hecho más deuda quiere decir menos soberanía para que un país esté en condiciones de aplicar las políticas que estime conveniente sin ninguna presión. El endeudamiento externo termina alimentando el proceso de déficits gemelos porque los compromisos con los organismos de crédito globales generan más egresos que ingresos en las cuentas públicas por el aumento del pago de intereses y amortización de la deuda contraída. Así, necesariamente un proyecto de desarrollo nacional, que sea soberano y popular, tiene que lograr superávit fiscal y equilibrio de la balanza de pagos que solo es posible a través del desarrollo de la industria y

la producción nacional, el incentivo y ampliación del mercado interno y a través de movilizar los recursos nacionales de inversión y ahorro interno.

Siempre dentro del ámbito de lo económico, es impostergable dar una respuesta definitiva a la cuestión de la estructura productiva consistente en la gestión del conocimiento y la puesta en marcha del proceso de acumulación bajo la lógica de la tecnología conveniente, es decir, que sea conveniente a nuestra especificidad como pueblos, de acuerdo a nuestra cultura, recursos y ventajas comparativas. Para desplegar semejante potencial de nuestros países y establecer una relación más simétrica con los centros de poder globales es preciso formar una estructura productiva generadora de trabajo, de consumo interno y de bienestar popular, incorporando al conjunto de los trabajadores en la creación del plusvalor, el desarrollo y la distribución más igualitaria y equitativa de los recursos, bienes y servicios. El desarrollo solo puede ser viable cuando significa mejor nivel y calidad de vida para todos generando a su vez un fuerte respaldo y compromiso con las instituciones, organizaciones y movimientos sociales democráticos y representativos de los trabajadores. Ese respaldo se sustenta en la vialidad de la política económica y en una estructura productiva más abierta, equitativa e integrada. En este sentido, la política económica tiene que tener prioridades que me parecen insoslayables. Primero, la gobernabilidad de la política económica, es decir, superávit fiscal y de balanza de pagos, un tipo de cambio de equilibrio desarrollista, control de la inflación y desarrollo del mercado interno basado en el ahorro de los trabajadores. Entonces, la gobernabilidad significa consolidar la solvencia de nuestro sector público y solucionar, ya de manera más o menos definitiva, el tema de la deuda. En segundo lugar, es necesario un tipo de orientación y lógica en la asignación de recursos y la distribución de los bienes, servicios e ingresos relacionados y sustentados política y económicamente a través de la primacía del derecho a la vida como prioridad. Además, es necesario crear y solventar un escenario y nuevos espacios sociales propicios para el desarrollo y desenvolvimiento de los medios y recursos de los actores involucrados en el proceso de creación de recursos y riqueza. Finalmente, hay que fortalecer, a través de una política económica mucho más autónoma, nuestra relación con las otras naciones para así desarrollar otro tipo de inserción en el sistema comercial global que sea mucho menos dependiente de los dictados de los centros globales del poder. Estas políticas definitivamente se relacionan con el ámbito de lo social en el sentido que inciden directamente en el consumo de los trabajadores, en sus derechos, en las formas de acceder a los distintos mercados, a la salud o la educación porque, no lo olvidemos, la política está en todas partes: está en el precio de la luz y del gas, del kilo de pan, está en el salario que percibimos por cierto trabajo, en las expectativas de la gente, en

la posibilidad o no de gozar de unas buenas vacaciones a fin de año (...) Así, la separación de las políticas públicas de un régimen político en tres ámbitos (lo político, lo económico y lo social) solo tiene sentido desde el punto de vista analítico, es decir, solamente para mejorar nuestro entendimiento sobre los procesos que forman las maneras de actuar del régimen político.

Un tema íntimamente relacionado con lo político, lo económico y lo social es la cuestión de la suba de precios, es decir, de la inflación porque ésta incide directamente en las condiciones de trabajo y la calidad de vida del trabajador y sus expectativas en el corto, mediano y largo plazo. Desde esta perspectiva, es necesario el debate y el análisis sobre las razones de la suba de precios de los productos de la canasta básica o sea, de la mayor cantidad de bienes y de productos consumidos por los trabajadores. La postura de los neoliberales y su ortodoxia sostiene que altos salarios y la emisión monetaria son los máximos responsables de la suba de los precios pero olvidan que la concentración de la propiedad de los medios de producción, los monopolios y los oligopolios, presionan decididamente sobre los precios. Entonces, la inflación es también una cuestión política fundamental. Pero, la postura de los neoliberales solo puede plantearse, para soslayar el problema de la lucha política y la pugna distributiva, desde el punto de vista de que los desbordes del gasto público y del exceso de demanda por parte de los consumidores vía incremento de salarios y planes sociales, que serían los grandes responsables de la inflación. Tampoco consideran el aumento de los precios por el control de la oferta que realizan los monopolios y el incremento irracional de la ganancia empresarial. La concentración de la oferta opera directamente sobre los precios cuando las grandes empresas esperan un fuerte incremento de la demanda por la mejora de los salarios y el escenario económico general. Por eso, es necesario distinguir entre dos tipos de inflación. Por un lado, esa que es provocada por el incremento de la demanda que en una etapa primera no es satisfecha por la oferta y, por otro lado, esa inflación que se produce por el mantenimiento de precios elevados debido a la política y estructuras de los carteles de empresarios que así controlan los precios frente a los mercados fuertemente controlados por esas mismas empresas. En el corto plazo, los sectores productivos dedicados a los bienes y servicios de oferta más rígida, no pueden satisfacer el aumento de su demanda aumentando las cantidades que producen y venden. A partir de ahí les queda la opción de invertir en nueva maquinaria (algo no muy viable en el corto plazo desde el punto de vista empresarial) o incrementar los precios de esos mismos productos para intentar controlar la demanda a través de la oferta. Pero, precisamente estos aumentos de precios son la señal para invertir en estos rubros, es decir, para asignar más recursos a esos segmentos de la actividad y así producir mayores

cantidades en un contexto de control de precios y de aumento de la oferta. El problema es que como son bienes de oferta un poco más rígida, las nuevas inversiones demoran un poco más en madurar y concentrarse. Pero, una vez iniciado este proceso de inversión productiva afloja considerablemente la rigidez de esa oferta que también se hará sentir en un mejor equilibrio de los precios y en el control de la inflación. Ante la mayor demanda necesitamos mayor producción y ante mayor producción necesitamos mayor inversión.

Por eso el régimen no puede aplicar medidas recesivas, de ajuste, para enfriar la economía como lo plantean los neoliberales porque esa política no logra corregir la rigidez de la oferta de esos bienes y servicios. En realidad, no corrige nada sino que solo frena el crecimiento (de la demanda, de la inversión productiva y consumo del trabajador) manteniendo las limitantes estructurales del sistema productivo. Definitivamente, el régimen tiene que combatir esa inflación producida por la concentración de la propiedad, es decir, tiene que intervenir cuando las ventas y el control de la demanda está en manos de unas cuantas empresas porque esas empresas pueden manejar los mercados y a través de éste los precios de los productos. Esos monopolios buscan mantener los precios elevados y en cantidades limitadas. ¿Por qué? Simplemente porque es esa la lógica del neoliberalismo que insiste en el control de la demanda a través de la oferta. Así, bajo las directrices de este régimen, los precios altos con una oferta limitada y controlada disminuyen considerablemente los costos de producción, o sea, se incrementa la tasa de beneficio, las ganancias o plusvalía sin alterar la composición entre el capital fijo y el variable. Este tipo de políticas juegan a favor de la inflación porque esas empresas aprovechan los incrementos de la propia demanda, ante el mayor poder adquisitivo de los trabajadores, para aumentar los precios y sus márgenes de ganancias a expensas del bien común. De hecho, neutralizan ese mayor poder de compra de los salarios en propio beneficio y logran aumentar la tasa media de ganancias.

La teoría de que la causal de la inflación es el aumento de la demanda (a través del aumento de los salarios y el desarrollo del mercado y consumo interno) por sobre la capacidad de producción de las empresas no es racional ni correcta en estos términos. Esta cuestión solo puede ser resuelta a través de una mayor inversión productiva para así aumentar la oferta de esos bienes. El problema es que si no aumentamos la inversión, el proceso de mejora en la redistribución del ingreso tendrá siempre un límite y generará presiones a favor de la suba de precios. Así, el proceso de mejora en la redistribución del ingreso, de la riqueza, de bienes y beneficios está directamente relacionado con la cuestión social pero también con lo político y económico. Se relaciona con la problemática social porque incide directamente en la posibilidad de

igualdad de oportunidades y equidad. El principal problema de la inflación en estos términos tiene que ver con las políticas de las grandes empresas que controlan los mercados y son formadoras de precios. De esta manera, estas grandes empresas, a través de su posición y su poder en los mercados, logran captar una porción de mayor poder de compra de los trabajadores con el fin de incrementar sus propios márgenes de ganancias. La mayor demanda solo puede ser respondida con una mayor producción e inversión lo que mejora la escala de las empresas, produce innovaciones tecnológicas y más bienestar, trabajo, capacitación y consumo de las amplias mayorías. Es éste el proceso de la puja distributiva entre el capital y el trabajo donde los aumentos de los precios no son determinados por esta puja en la distribución de la riqueza sino por el interés de la otra parte en pugna (los empresarios) que buscan una mayor tasa de ganancia del capital. Centrar el origen de la inflación en las ganancias extraordinarias de los sectores empresariales resulta esencial para aplicar políticas públicas más eficientes por parte del gobierno en el sentido de mejorar la distribución del ingreso, la capacidad tecnológica y productiva, buscar un equilibrio entre demanda e inversiones o aumentar el consumo de los trabajadores. Resulta una responsabilidad ineludible poder aportar a la elaboración, dentro de las posibilidades de cada cual, de un proyecto político de transición al humanismo de manera que se atiendan las necesidades reales de nuestras sociedades y la de los trabajadores más castigados. Esto significa plantear un programa de desarrollo sustentable entendido como el camino al desarrollo y al crecimiento con la preservación y la defensa del derecho a la vida, con la preservación del componente humano y ambiental en el marco de la equidad y la justicia distributiva. Y la única forma de lograr esa justicia con equidad es luchar rápidamente contra la exclusión, la marginación, la pobreza y el desempleo. El pleno empleo es la meta primera, que es posible a través de la creación de trabajo bajo las condiciones de una economía de la producción- en contraposición con la mera especulación financiera- pero que solo es una quimera cuando existen bajas tasas de crecimiento o inestabilidad política derivada de crisis sociales y económicas.

El régimen político de bienestar o desarrollista consiste en la acción del régimen político que busca garantizar, a través de la aplicación y defensa de diversas políticas y de conquistas laborales inclusivas, el bienestar de los trabajadores con determinados niveles, mínimos pero razonables, de ingresos y salarios que conlleva cierta calidad en relación a la educación y la salud pública, la alimentación y acceso a la vivienda. Además, este régimen busca consagrar el derecho que tienen todos los trabajadores a no ser excluidos, es decir, a no quedarse fuera del mercado de trabajo porque entiende que es éste la base del consumo y de las expectativas o proyectos de vida del ciudadano.

En ese sentido, el régimen busca asignar a todos los trabajadores el acceso, más o menos digno, a los servicios públicos que le permitan, a esas mayorías, satisfacer sus necesidades fundamentales. No se trata de asistencialismo sino del reconocimiento del derecho a ocupar un lugar normal en el régimen. De todas formas, tampoco el régimen de bienestar trata del humanismo porque, al reivindicar la lógica de la primacía del derecho a propiedad como fin último del Estado que es capitalista, no puede presentarse como la solución radical al neoliberalismo.

En décadas pasadas, en varios países centrales y en menor medida en los periféricos, se practicaron ese tipo de políticas que buscaron salvaguardar ciertos niveles mínimos de vida para los más pobres. El ejemplo moderno más destacado es la legislación social de Bismarck en Alemania, es decir, las leyes de Prusia que se establecieron durante los años 1883 y 1889 y también las políticas aplicadas después de la Primera Guerra Mundial, durante la depresión de la década de los años '30 y posteriormente luego de la Segunda Guerra Mundial, en la que muchos de los gobiernos de los países centrales practicaron estas políticas asistencialistas. Pero, luego de la segunda guerra y ante las consecuencias de ésta en el Estado capitalista, se produce una fuerte institucionalización del régimen político de bienestar que establece ciertos principios básicos relacionados con la idea de que cualquiera que fueran los ingresos del sector público, todos los trabajadores por el solo hecho de serlo, tenían derecho a estar incluidos en la sociedad, sea con pagos en efectivo, asignaciones, subsidios o con servicios estatales y públicos de calidad como la salud, la educación o las jubilaciones. Sin embargo, como era de esperarse, el pensamiento reaccionario de la época embistió con todos los medios, con todos sus recursos y con cada una de sus fuerzas, en contra del desarrollismo. No obstante, hasta los años '70, las políticas de progreso social típicas del desarrollismo se consolidan para posteriormente, por los factores que implica el dominio del neoliberalismo, se las cuestiona en los países desarrollados quienes, a partir de ese momento, intentan dismantelar el régimen político de bienestar. Todos estos países de la antigua Europa que, en su momento y de manera soberbia y etnocentrista, se definieron así mismo como la cuna de la civilización, es decir, a partir de los cuales se origina el renacimiento de los hombres, la ilustración, los derechos humanos y, en fin, el Siglo de las Luces que abre sus puertas a los valores de la modernidad expresados en la igualdad, libertad y fraternidad, esos mismos países, en esta otra actualidad de crisis global, que deriva en una crisis en todos los aspectos de la vida y de la producción de los hombres, plantean ni más ni menos que la desregulación del mercado y los ajustes de los gastos públicos dejando a los trabajadores, el eslabón más débil de la cadena, en la más absoluta indefensión para desde

ahí aplicar medidas tendientes a la precarización del empleo, la privatización de bienes y servicios públicos y el desmantelamiento de la seguridad social.

Los países de Europa y de Estados Unidos enfrentaron una crisis financiera y económica que fue brutal y los costos de esa brutalidad tenían que ser pagados por alguno de los actores que forman parte del régimen. Por una parte, la opción era que de los costos de la crisis se hicieran responsables los actores económicos que estructuraron el sistema financiero y su lógica, sus razones y verdades o que se hicieran responsables los regímenes políticos nacionales trasladando esos costos al eslabón más débil de la cadena, es decir, a los trabajadores de esos países. La solución de los neoliberales como siempre fue la más reaccionaria posible en el sentido de que otra vez fueron los trabajadores quienes pagaron por las políticas de los especuladores. Por lo general, la forma de pagar deudas contraídas se logra a través del desarrollo y del crecimiento en un contexto de desarrollo tecnológico, de sustitución de importaciones (como primera etapa para la industrialización nacional) y de impulso del consumo, del mercado y ahorro interno con políticas de defensa del trabajo. A su vez, el desarrollo se asienta en la generación de los recursos propios que implican soberanía económica y política, es decir, soberanía en las decisiones sobre el sistema productivo y de desarrollo de ciertas políticas económicas que busquen el bienestar en los términos de la primacía del derecho a la vida de todos. En cambio, para los neoliberales *deuda* significa subordinación a los dictámenes de los centros del poder globales porque se traduce en déficit en la balanza de pagos internacionales que impide que el país correspondiente pueda financiar con recursos propios, con los capitales y el ahorro nacional, su propio desarrollo. Esta lógica, en definitiva es la mejor defensa para implementar un régimen neoliberal y por lo mismo no es una opción válida. En este sentido, actúan las restricciones externas. Por lo tanto, superarla es un recaudo clave y prioritario para encarar una estrategia nacional de desarrollo económico financiado a partir de la producción y generación por parte del régimen de divisas que sean propias. Precisamente, el acierto del régimen político nacional, soberano y popular radica en las respuestas más idóneas y lógicas que puede plantear frente al problema de la restricción externa, es decir, frente a la falta de generación de divisas que implica dependencia de capitales y créditos foráneos que siempre constituyen una amenaza potencial para el crecimiento cabal desde el momento en que deja librado al azar, al mercado, la producción nacional de bienes y de servicios que comparativamente, en relación a la producción de los países centrales, se encuentran en desventaja tecnológica. El desarrollo implica superar de manera más o menos definitiva la restricción externa, es decir, la restricción de divisas. A su vez, esto supone encarar, de la manera más

virtuosa y en simultáneo, tres políticas fundamentales. Primero, hay que permitir la expansión continua y constante de la demanda agregada porque es ésta la que incentiva el consumo que a su vez es generadora de empleo. Por otro lado, el empleo genera recursos, ahorro, inversión y expansión de esa misma demanda agregada. Es el círculo virtuoso del desarrollo económico y de una mejor distribución de riqueza. En segundo lugar, es necesario cumplir con las metas y el objetivo estructural de integración y equilibrio productivo entre el sector industrial, el de los servicios y de los recursos naturales. La industrialización más plena, es decir, una industria también volcada a los mercados externos, contribuye a la complementación productiva como única garantía válida para generar trabajo de calidad. En el esquema de restricción externa o de limitante del balance de pagos, el superar la penuria de divisas habilita la expansión de demanda agregada. Por fin, una instancia relacionada con el desarrollo en los términos de inclusión del trabajador exige, desde el ámbito particular de la restricción externa, generar los recursos necesarios para lograr superávit de balanza de pagos internacional por el despliegue de la demanda agregada y el desempeño del cambio de equilibrio desarrollista. Luchar por solucionar los problemas que derivan de esta restricción externa significa trabajar contra la falta de divisas necesarias que en el peor caso genera límites insoslayables al crecimiento. En ese sentido, el superávit de la balanza de pagos internacionales requiere la producción y generación de los propios recursos para rechazar la deuda externa como proveedor privilegiado de las divisas que financian este crecimiento. Por el contrario, el eje central del crecimiento reside en el rol del tipo de cambio de equilibrio desarrollista porque éste protege la industria nacional e integra a los diversos sectores de la economía nacional.

La realidad dictamina que la política de conseguir recursos a través del endeudamiento externo, es decir, como palanca principal para financiar el crecimiento de nuestros países es parte de una visión neoliberal fracasada porque, bajo ninguna perspectiva, el ahorro externo es solución viable para los países subdesarrollados. Pero, el neoliberalismo insiste en que endeudarse al inicio para luego crecer, consumir y luego devolver los préstamos es la clave del crecimiento. Incluso, desde esa perspectiva ideológica, tener déficit corriente y comercial externos daría prestigio. Pero, el hecho que como solución a la crisis se plantea la segunda opción, la del ajuste neoliberal, solo significa que es el sector financiero- especulativo quien dio sus batallas para conservar la hegemonía. Los regímenes nacionales aceptaron gracias a su visión conservadora y bien reaccionaria de las relaciones sociales, que sean los trabajadores los que se hagan responsables- a través de su sacrificio e inmolación- de las consecuencias mas graves de una crisis generada por los

especuladores. Extrañamente se logró un rápido y amplio consenso político que nos mostró nuevamente la manera de actuar de los reformistas políticos porque, en fin, los partidos socialdemócratas de Europa practican y apoyan ideológicamente las mismas medidas de ajuste a favor del neoliberalismo que los movimientos políticamente conservadores. Además, siempre en el sentido del reformismo europeo, la culminación de la acción política de los diversos operadores políticos es el fin mismo de la política como exclusivo espacio de discusión. Entonces, sólo queda la unanimidad, el consenso y el falso diálogo en la decisión de llevar adelante, a las últimas consecuencias, las reformas económicas que ya conocimos en los países latinoamericanos.

La experiencia que vivimos los países latinoamericanos en la etapa neoliberal con su estéril reformismo político nos demuestra, sin más, que el apoliticismo solo es otra manera de control sobre el trabajador. Por lo mismo, los pueblos que acepten la realidad de la política ausente y de los ajustes son pueblos que de antemano se condenan a repetir sus errores y las fórmulas comerciales y económicas de la época neoliberal aunque, en otra época, nos hayan precipitado al fracaso y la crisis. Ese apoliticismo, que es típico de la ideología neoliberal que de esta forma busca construir ese falso consenso, significa apoyar las políticas de la desregulación, de las privatizaciones y en general del retiro del régimen de la mayor parte de sus roles que sin más significa perder la acción de la política como ámbito de cambio. Muy por el contrario, bajo la conducción democrática del trabajador se implementan importantes planes en relación al acceso a la vivienda y salud conjuntamente con la aplicación de nuevos programas de desarrollo social orientados a la generación de empleo y de capacitación del pueblo. Lo importante es que a partir de estas acciones del correspondiente régimen, auspiciadas por los gobiernos de turno, el sector público y los múltiples actores representantes de los trabajadores, se creó otro sentido de lo político y de lo público donde se rescata la política, la reflexión y la praxis política. Es decir, se recupera la acción política como instrumento real de cambios. En otras palabras, con el régimen nacional y popular somos capaces de construir un perfil de modelo de crecimiento más sostenible y respetuoso de los intereses del trabajador. Lo importante es que cuando se producen signos evidentes de cambio de época, quien sepa interpretar mejor las demandas de la cultura popular en desarrollo es el que crecerá en estima colectiva y podrá arraigar su proyecto en la sociedad. Del lado del cambio está el proyecto de un país definido por los sectores populares mientras que del lado de los opositores, de derecha y de la izquierda iluminada, mesiánica e increíblemente dogmática, no hay más que un enorme desierto de ideas, disimulado apenas por ciertas representaciones fugaces, temerosas, repetidoras del discurso que bajan desde los titulares de

los medios de comunicación, sin propuestas ni convicciones. Por lo mismo, son también centrales los cambios en el rol que les corresponde a los medios de comunicación en nuestros países para acabar con la dictadura mediática de los monopolios. En el ámbito de las comunicaciones, el régimen popular también nos iguala como trabajadores. Por eso, de nada valen las operaciones políticas que venden como certeza las peores mentiras o sea, un modelo de desarrollo alternativo a las políticas populares que en realidad nunca apareció ni se define. No se trata de prepotear sino de confrontar en torno de la verdad que es la que se funda en los logros de la opción popular. Verdad que se expresa en los mejores índices de empleo, en conquistas sociales y políticas y en las maneras de participación de los trabajadores que buscan reivindicar la cultura popular. La verdad se expresa en nuestra mejor manera de hacer un nuevo país para todos.

Capítulo 4: El modo de producción como base de la libertad.

La reproducción material de la vida de los trabajadores.

Por supuesto, los teóricos al servicio del Estado capitalista pronto se colocan del lado de la teoría económica clásica porque es parte y núcleo de la fundamentación de la lógica de las razones del Estado capitalista, es decir, es una teoría que logra racionalizar los mitos y fábulas sobre las que se sostiene el régimen político defensor del modo capitalista de producción. De hecho, la teoría económica clásica concibe el *trabajo* como la esencia del hombre pero inmediatamente después sólo es capaz de ver el aspecto positivo del trabajo, no su aspecto negativo. El *trabajo* es el devenir para sí del hombre dentro de la enajenación o como hombre enajenado. El único *trabajo* que el neoliberal conoce y reconoce es el *abstracto espiritual* para el que viene al rescate el propio Hegel y su idealismo bastante absoluto. Lo que en estas circunstancias es la esencia del saber de la filosofía en términos de Hegel, la enajenación del hombre que se reconoce, o la ciencia enajenada que se piensa, lo capta como la esencia del trabajo y por eso puede, frente a la filosofía precedente, reunir sus múltiples momentos, presentar su conocimiento filosófico como El saber de la filosofía. En general, los pensadores idealistas captan momentos aislados de la naturaleza y de la vida concreta del hombre y lo relacionan con momentos de autoconciencia o, para ser más preciso, de la autoconciencia abstracta que solo está capacitada para reivindicar un hombre que también es abstracto. Entonces, este saber filosófico no hace sujeto de análisis al hombre real y concreto y, por lo tanto, tampoco a la naturaleza (de hecho, el hombre es la naturaleza humana) sino sólo a la abstracción y formalidad del hombre, al sujeto abstracto. El problema general para el conocimiento filosófico en esos términos ideales es que es completamente natural que los hombres o un ser vivo cualquiera, natural, dotado y provisto de fuerza esencial y objetiva, es decir, material, tenga objetos reales, naturales, de su ser, así como que su autoenajenación sea el establecimiento de un mundo real, bien objetivo, pero bajo la forma de exterioridad, no perteneciente a su ser y dominándolo. No hay nada inconcebible en ello porque al final sería misterioso lo contrario. Al respecto Marx en su crítica a la posición idealista, presentada en su crítica a Hegel, nos dice:

“El hombre es inmediatamente ser natural. Como ser natural, y como ser natural vivo, está, de una parte dotado de fuerzas naturales, de fuerzas

vitales, es un ser natural activo; estas fuerzas existen en él como talentos y capacidades, como impulsos; de otra parte, como ser natural, corpóreo, sensible, objetivo es, como el animal o planta, un ser paciente, condicionado y limitado; esto es, los objetos de sus impulsos existen fuera de él en cuanto objetos independientes de él, pero estos objetos los son objetos de su necesidad, indispensables y esenciales para el ejercicio y afirmación de sus fuerzas esenciales. El que el hombre sea un ser corpóreo con fuerzas naturales, vivo, real, sensible, objetivo, significa que tiene como objeto de su ser, de su exteriorización vital objetos reales, sensibles, o que sólo en objetos reales sensibles, puede exteriorizar su vida. Ser objetivo natural sensible, es lo mismo que tener fuera de si objeto, naturaleza, sentido, o que ser para un tercero objeto; naturaleza, sentido. El hambre es una necesidad natural; necesita, pues, una naturaleza fuera de si, un objeto fuera de si, para satisfacerse, para calmarse. El hambre es la necesidad objetiva que un cuerpo tiene de un objeto que está fuera de él y es indispensable para su integración y exteriorización esencial. El sol es el objeto de la planta, un objeto indispensable para ella, confirmador de su vida, así como la planta es objeto del sol, como exteriorización de la fuerza vivificadora del sol, de la fuerza esencial objetiva del sol”.

Un ser contrario al hombre, ese ser que no tiene su naturaleza fuera de sí mismo no es un ser natural porque no participa del ser de la naturaleza. Un ser que no tiene ningún objeto fuera de si no es un ser objetivo porque es un ser anti natural. Un ser que no es, a su vez, objeto para un tercer ser no tiene ningún ser como objeto suyo, es decir, no se comporta objetivamente, su ser no sería en absoluto objetivo. La falacia central del idealismo como saber-donde también se incluye el materialismo de Feuerbach- es que concibe las cosas, la realidad, la vida y cotidaneidad de los hombres, su sensoriedad y sentidos varios en la forma de contemplación abstracta y no como actividad sensorial de los hombres, no como una acción práctica donde participa y es protagonista el trabajador. El idealismo solo puede actuar, en oposición al materialismo, de un modo abstracto, reivindicando la idea o ser antinatural como la misma idea absoluta de Platón, de Hegel o de un Dios al modo de Santo Tomás de Aquino, porque naturalmente no conoce ni puede reconocer la actividad real, sensorial y humana como tal. Muchos idealistas si bien quieren objetos sensoriales como parte de su análisis para racionalizar sus ideas, están incapacitados para tales menesteres porque no pueden entender la actividad humana como una gran actividad objetiva. La cuestión de si al pensamiento de los trabajadores en su proceso de emancipación se le puede atribuir realmente una verdad objetiva no es un problema teórico sino que es

en primer término una cuestión bien práctica. A partir de Marx precisamente sabemos que es en la práctica donde los trabajadores necesariamente deben demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. La batalla sobre la realidad o falsedad de una idea, de ciertos valores, del saber, del conocimiento y pensamiento que se aísla de la práctica del trabajador, es un asunto simplemente abstracto al que el idealista intenta dar un manto de posible realidad. Sin embargo, es este mismo pensar y saber idealista la base de un cultivo sistemático y continuo de la infamia y el ultraje que se constituye sobre la opción popular y democrática que acompaña esa visión del mundo reaccionaria de muchos de aquellos que dicen defender los ideales de una república democrática. Claro que en esa república, siempre tan abstracta, formal en demasía, no hay lugar alguno ni posible a la expresión de la cultura popular, para que se hagan presentes y visibles los trabajadores que son, desde siempre, la amenaza al orden republicano de los neoliberales. Está muy bien para ellos que así sea pero se defienden apelando al idealismo. Para estos sectores de poder que históricamente dominaron a expensas de la mayoría, el derrame de las multitudes venidas de los suburbios de la historia y de la Patria misma bajo ningún aspecto significan otra cosa que la simple barbarie ideológica conjugada sobre una acción política depredadora de lo que sería la genuina institucionalidad plural- democrática. Lo que no era muy esperable es que desde la nueva trinchera neoliberal impuesta por la fuerza de los hechos durante los '90 se sumaran a ese idealismo y reacción fuerzas, sujetos y actores políticos- sociales que en otra época habían sido parte de los grupos progresistas, habitantes de la trinchera de las luchas populares. Ahora, junto a los sectores más conservadores, que desde siempre buscaron destruir toda iniciativa igualitaria, de matriz popular, abarcó, no sin grandes sorpresas para algunos grupos desprevenidos, a una parte importante de antiguos y de aguerridos, democráticos e incluso revolucionarios luchadores que en manos de la renovación se entregaron sin más a la trinchera neoliberal. Entonces, tanto por derecha como por la izquierda (si todavía esta definición les puede caber a los que desterraron de su lenguaje y acción política práctica cualquier referencia a la memoria insurgente, de la resistencia o, más sencillo y menos comprometido, a cualquier genealogía que pueda identificarlos con la idea de la emancipación del trabajador o con el mito del populismo con quien buscan desprestigiar cualquier intento popular por mejorar la vida y militar en favor de la libertad de las mayorías) le dan forma a una misma argumentación: el régimen popular, populismo de acuerdo a ellos, no hace más que desplegar un discurso demagógico sin ninguna posibilidad de futuro. Claro que como la realidad es contraria a sus designios apelan, una vez más, al idealismo. Para ellos, los que se dicen profetas de la auténtica república, de la democracia y

del saber, el régimen popular representa, y lo sigue haciendo, la alquimia de demagogia, de la alta corrupción, la impostura y la mitología de la violencia. Lo peor de lo peor. La más alta denigración de la libertad del hombre.

Paralelamente la poderosa usina comercial, económica, financiera y especulativa de la actualidad, que estructura la estrategia política- ideológica de los grupos de interés neoliberales, que además no tiene nada de idealista porque a partir de sus normas y ley fundamenta el mercado de intercambios comerciales globales, amasan a su vez una cultura idealista de época- tanto conservadora como falsamente progresista- que a través de su forma plantea y sofoca el presente con reiteradas y eficaces consignas sobre el final de la historia, de las ideologías, del rol del sector público y de los actores estatales en general como rector de la economía, el fin de la política como acción real de cambios, de una democracia en términos de inclusión social, de cualquier tipo de proyecto nacional y el final de toda utopía, claro, menos la de ellos. Entonces, la revisión crítica del pasado de la lucha de los trabajadores y la propaganda contrapolítica del mercado neoliberal, basado como ya sabemos en el automatismo, gestan el miedo político a la historia, a la realidad y a la propia materialidad de los hombres: ahora crean y reivindicán la pérdida de la conciencia, la falta de participación y el sentido de la historia relacionada con las necesidades de los trabajadores. A partir del idealismo nos muestran el miedo que tienen a los trabajadores en el sentido que puedan actuar en la historia, el miedo exacerbado que tienen a que los trabajadores de una vez por todas la protagonicen, el miedo que tienen a que los sectores del pueblo intervengan en la historia en tanto marcha posible para poder encauzar en términos prioritarios de real justicia y equidad, la emancipación del hombre. Todo esto sumado también a la retracción de la experiencia social y política en tanto crisis de la conciencia en su relación con la historia en sí. O sea, fuerte caída cultural de la perspectiva del sentido de la historia. Lo que no quieren aceptar es que la historia de los hombres deposita su viga maestra en el poder de la historia y la cultura como fragua, el potencial de las posibles crónicas y hechos de rehacerse. Lo importante es que finalmente el mundo simbólico, el mundo de lo discursivo y lo retórico, tanto el idealismo como el materialismo, emanan, palmo a palmo, de la matriz de hechos que construyen la realidad. Lo que le queda entonces al régimen popular es quebrar en mil pedazos esta cómoda visión estética idealista que se pretende más allá de la historia, de la realidad del trabajador, esa atroz celebración reaccionaria del final de la ideología y del agotamiento de la política entendida como acción redentora. La historia, los relatos y las crónicas que fundan a los neoliberales, una historia falsa, antojadiza, muy inoportuna y bien liviana, banalizada en extremo desde la primera época de la humanidad, nos develará el interesante

claroscuro de la clase dominante. Nos revela sus extrañas medias tintas, su falso idealismo y su conocimiento, su romántica luz pero en primer lugar su sombra espiritual que no traspasa los límites del conservadurismo. En este otro contexto político el régimen popular tendría que impedir siquiera que continúe desplegándose una repetición malsana que, de la mano hegemónica del sistema comercial global y del reino sacrosanto de la democracia formal, decretó hace un buen tiempo la expulsión del conflicto de clases al interior de las sociedades supuestamente serias y modernizadas de acuerdo al patrón proveniente de los países centrales como si fuera posible. Así, recurren otra vez al idealismo, al miedo a la historia y a la cultura popular. En cambio, el humanismo sale al rescate de la tradición popular envilecida y prostituida por los tecnócratas reivindicando formas de acción política, de cultura y de saber material, luchando con su fuerza contra el idealismo. Con la mayor voluntad y audacia, desentendiéndose del formalismo y colocando en entredicho las instituciones corrompidas de los tecnócratas, sale el régimen popular, bajo la impronta del retorno de la política como una acción redentora, a conmover las bases del poder y, con ello, a cuestionar, de manera radical y decisiva, el núcleo más duro y subliminal de los dispositivos neoliberales reabriendo la compuerta de un proyecto que necesariamente es democrático, incluso porque coloca en primer término las necesidades del trabajador para desde ahí, a partir de esta portura que reivindica la materialidad de la historia, intentar las transformaciones que conduzcan a una mejor forma de vida, a la batalla más decisiva.

A partir de la *teoría materialista- histórica* de Marx sabemos que el hombre es producto de las circunstancias históricas, de la educación, de los valores y de una razón determinada y así el trabajador modificado será producto de circunstancias distintas, de una educación, de una razón y lógica también distinta y modificada, que hace que cambien las circunstancias y que así el educador o el racionalista también necesitan ser educados. El idealismo está lejos de esta cuestión porque la modificación de las circunstancias y de la actividad del hombre sólo pueden entenderse racionalmente como práctica revolucionaria. Mal que les pese a los idealistas de toda estirpe, la esencia del hombre no es abstracta e inherente a cada individuo, por el contrario, solo en el ser social el hombre se hace partícipe del ser genérico como vimos en otro de mis libros. La esencia del hombre es, en su realidad, el conjunto de sus relaciones sociales. El idealismo no se ocupará de la crítica de esa esencia del hombre, del trabajador, no puede hacerlo sin revelarnos el dominio social y político ejercido por el Estado capitalista. Por lo tanto, se ve obligado a hacer abstracción de la trayectoria histórica del trabajador y del Estado capitalista porque en su necesidad de dominio sobre la mayoría, el neoliberal tiene que

mostrarse más allá de la historia, como ahistórico, presuponiendo un sujeto humano abstracto, aislado, individualista y racional- que solo busca el mejor medio para fines que considera importantes- que es tan característico de las teorías que buscarán fundamentar la lógica del Estado capitalista. A partir de estos preceptos, la esencia humana se piensa como *género*, como generalidad interna, limitada a unir naturalmente al sujeto. Algunos idealistas tales como Platón, Hegel e inclusive Feuerbach no verán que su *mundo ideal*, su *idea absoluta* o el *sentimiento religioso* son también un producto social y que el sujeto, el mundo o la idea abstracta que analizan pertenece a determinada forma de régimen político que a su vez representa y manifiesta las estructuras del Estado capitalista. La vida social entonces es una vida práctica, una lucha por mejores condiciones de vida, lucha por la conquista de las necesidades y urgencias de los sectores y grupos que representan la cultura popular. Todos los misterios del hombre, su misticismo, su idealismo, su psicología y esencia encuentran solución racional en la acción práctica de los trabajadores y en la comprensión de esta práctica.¹⁹

En todos estos años y siglos de historia de la humanidad, el idealista no hace más que interpretar los modos de ver el mundo pero, en palabras de Marx, *de lo que se trata es transformarlo*. De hecho, el origen, el desarrollo y consolidación del Estado capitalista nos demuestra empíricamente que con la caída del Estado feudal por obra de la revolución burguesa en Francia y luego con la imposición democrática del régimen popular, que es alternativo al neoliberalismo, es posible el cambio en favor de los trabajadores. En ese momento, cuando la cultura popular se impone sobre los mitos, las fábulas e irracionalidad de la lógica capitalista, se disuelve ese poder tan misterioso para el teórico idealista y, entonces, la emancipación de cada sujeto, de los trabajadores, se impone en la misma medida que la historia se convertirá en universal. Por lo expuesto queda claro que la verdad, la razón, los valores, la ética, la religiosidad del hombre y su riqueza espiritual depende de la riqueza de sus relaciones reales. Sólo entonces se libera el trabajador concreto de las contradicciones del Estado capitalista llevadas a su máxima expresión por el neoliberalismo. Así es como los trabajadores se ponen en contacto teórico y práctico con la producción (incluyendo la espiritual) del mundo en su globalidad y se coloca en condiciones de poder adquirir la capacidad para

¹⁹ Cuando me refiero al idealismo como teoría del saber incluyo a Feuerbach porque su materialismo no es tal. Su materialismo es del tipo contemplativo, es decir, no concibe la sensoriedad del hombre como actividad- acción práctica, si no que más bien contempla a los sujetos en la *sociedad civil*. El punto de vista del materialismo del autor, contrario al de Marx, es la *sociedad civil* mientras que en el materialismo marxista es la humanidad socializada.

disfrutar de esta completa producción de toda la tierra que son los bienes, los servicios y creaciones del hombre. El materialismo histórico- dialéctico del que nos hablará Marx es la idea del mundo y del los hombres que consiste en exponer el proceso real de producción, de reproducción y acumulación del capital en manos privadas a partir de las estructuras del Estado capitalista, partiendo sí de la producción material de la vida inmediata y explicando en base a estos preceptos las ideas, los valores y todos los productos teóricos y formas de conciencia como la filosofía, la religión o la ética en determinado contexto. El materialismo dialéctico e histórico, a diferencia del idealismo, no busca una categoría en cada período, sino que se mantiene en el terreno de lo real, no explica la práctica partiendo de la idea absoluta o esencia probable o no de los hombres, sino que explica las formaciones ideológicas y políticas, sociales y culturales sobre la base de la práctica material, por lo cual llega, consecuentemente, a la conclusión que todos los productos de la conciencia no pueden ser destruidos por obra de la crítica espiritual, del idealismo, sino que sólo pueden disolverse por la caída de las relaciones sociales del Estado capitalista y sus formas de producción, de distribución y circulación.

En el contexto del análisis del materialismo histórico y dialéctico, para batallar contra estas relaciones sociales establecidas bajo el Estado capitalista o cualquier otro, tendríamos que empezar por entenderlas, o sea, por revelar las auténticas relaciones que subyacen detrás de la organización del Estado y del respectivo régimen político que lo representa frente a los hombres. Es ahí precisamente donde el idealismo metodológico no es opción posible porque lo que hace distintivo al Estado capitalista de los otros Estados anteriores es la función que desempeñan los medios y las formas de producción durante el proceso de producción mismo y que tiene que ver con la forma que se crea valor y, por tanto, con la forma que se produce plusvalía, donde los medios y factores de producción (la maquinaria, la tecnología, el *capital* como *dinero*, como *capital productivo* y la *fuerza de trabajo* entendida desde ahora como una mercancía) considerados como modalidades del capital desembolsado, se distinguen como *capital constante* y *variable*, respectivamente. En cuanto a las diversas partes integrantes del capital productivo, se distinguen en que el capital lo es aún fuera del proceso de producción de las mercancías mientras que la *fuerza de trabajo* de los obreros para el caso, sólo es capital dentro del proceso de producción. Solo dentro de éste es en realidad una modalidad del capital individual de los trabajadores. Entonces, si la *fuerza de trabajo* como mercancía que crea valor sólo lo es en manos de su vendedor, del trabajador, en cambio, sólo es capital en manos del comprador, del dueño de los medios de producción, de la clase patronal, a quien se adjudicará su uso y abuso por determinada duración de la jornada laboral. Además, esta duración de la

jornada de trabajo también dependerá de la evolución de la lucha de clases en el sentido que ésta manifiesta los derechos, las garantías y conquistas de los trabajadores en determinado momento histórico. Por lo mismo, los medios de producción en manos de la clase patronal solo se convierten en encarnación material del capital productivo cuando se les incorpora la *fuerza de trabajo*, como modalidad personal de él. De ahí viene la importancia del trabajador en el proceso de producción capitalista en relación a la acumulación privada del capital. Sin embargo, la fuerza humana de trabajo como tal no es de por sí, por propia naturaleza, origen del capital como no lo son tampoco los medios de producción sino que adquieren este carácter social específico bajo ciertas condiciones sociales y políticas, históricamente dadas, del mismo modo que sólo bajo esta condición los metales preciosos pueden convertirse en dinero y éste en capital.

La concepción histórica de la existencia del hombre.

Toda la concepción histórica basada en los valores del idealismo, si se puede en verdad hablar en semejantes términos, hasta ahora, lo único que hizo es omitir la base real de la historia, considerándola como algo accesorio, anecdótico y banal que nada tiene que ver con el desarrollo de los hechos y crónicas que forman este proceso histórico. En ese sentido, aparecen teorías como las del “fin de la historia” o del “final de las ideologías” que a pesar de ser altamente irracionales (de hecho ese tipo de ideas hace mucho que fueron superadas por el saber del hombre) logran sobrevivir solo al ser funcionales a los dogmas y necesidades de control del neoliberalismo sobre la conciencia de la mayoría que, muy a pesar de nosotros mismos, somos los protagonistas de la historia; solo en la medida que luchemos en favor de este protagonismo. Esto hace que la historia de nuestros pueblos se escriba siempre con arreglo a ciertas pautas situadas por fuera de ella donde ahora la producción real de la vida del hombre, que es lo que al final importa, se revela como prehistórico al tiempo que lo histórico se manifiesta como bien separado de la vida usual, como una cuestión supraterrrenal. Es que serán demasiadas las cuestiones que el régimen neoliberal deberá esconder a la conciencia de los trabajadores. De este modo, se excluye de la historia la actitud del hombre hacia la naturaleza, lo que engendrará la oposición central entre la naturaleza y la historia. El hombre ya no es un “ser natural”. Por esto el idealismo está incapacitado para entender el proceso general, los hechos y crónicas que constituyen la historia y solo acierta a ver en ésta grandes actos políticos y acciones del régimen protagonizadas por líderes y grandes héroes. Sin embargo, nunca ve

en esos actos la acción protagónica del trabajador. Es como si Bolívar, San Martín o Manuel Rodríguez, José Miguel Carrera (...) actuaran en el limbo, más allá de la realidad en que vivieron. Al idealismo no le queda otra opción si quiere ser el sustento ideológico del dominio y verse obligado a compartir, especialmente, en cada época histórica, las ilusiones de esta época. Es decir, si una época determinada se imagina que se mueve por motivos puramente *religiosos*, a pesar que la *religión* solo es la forma de sus motivos reales, el historiador de ella, al servicio de los dominantes, aceptará esa opinión. Y entonces, cuando la forma pueril en que se presenta la división del trabajo entre los hindúes provoca en este pueblo la división en castas propio de su régimen y religión, el historiador cree que esa división en castas fue la fuerza que engendró esta tosca forma social.

El idealismo estará totalmente incapacitado para entender el proceso general de la historia de los hombres, la forma en que llegado el caso el modo de producción del capitalismo influye en la organización del Estado. Por ejemplo, es evidente que el capital que se usa en la producción de las mercancías puede encontrarse almacenado en diversas proporciones como *capital latente*, es decir, que se usará en un futuro, sea éste lejano o próximo, para no interrumpir el mismo proceso de producción de las mercancías. La cuestión es que el tiempo en que el capital se almacena y la composición de éste, las características de los recursos o mercancías almacenadas, también definen hasta cierto punto la forma de organización social- política de los hombres lo que conlleva, a su vez, un tipo de ideología, razón, crónicas e historia. Existe, por ejemplo, una gran diferencia según que el productor de cables de cobre como conductor de electricidad tenga que dejar el cobre y el plástico que recubre los cables inactivos durante un mes o solamente durante seis meses o un año. Lo que importa acá es que el almacenamiento del cobre y del plástico como materias primas para producir los cables de electricidad podría disminuir relativamente, aún aumentando en sus términos absolutos. Esto dependerá de ciertas condiciones, que se reducen ellas, en lo esencial, a la mayor rapidez, a la regularidad e inclusive a la seguridad que la masa necesaria de materias primas, en este caso del cobre y del plástico, puedan suministrarse para que no haya interrupción del proceso de producción que nos conduzca a anomalías como el desabastecimiento de los cables o el faltante de materias primas: cuanto menos se den esas condiciones, cuanto menor sea la rapidez, la regularidad y seguridad del suministro, mayor tendrá que ser la parte que el capital necesario para producir- el *capital productivo*- tendrá que permanecer almacenado, en su estado latente. Estas condiciones de rapidez y de celeridad, de regularidad y seguridad en el suministro de la materia prima necesaria en el proceso de producción de una mercancía, en

este caso el cable, estará en razón inversa al grado de desarrollo de la producción al interior del Estado y, por lo tanto, a la fuerza productiva del trabajo social. Lo mismo pasará con el almacenamiento bajo esta forma. Lo que aquí hay es simple cambio en la forma de almacenamiento. Por ejemplo, si es importante la cantidad de cobre y plástico que diariamente produce Chile, y por lo tanto el volumen y la energía de su producción, quien se encarga de la producción de los cables de electricidad no necesitará tener grandes existencias de cobre y plástico para reasegurar la continuidad de su fabricación. Cuando la renovación de materias primas es constante y segura no será necesario este almacenamiento. Por otro lado, tenemos el tema de la rapidez con la que el producto de un proceso productivo pueda pasar a otro como medio de producción que depende del desarrollo de los medios de transporte y de las comunicaciones. Así, el que los medios de transporte y comunicaciones se abaraten o encarezcan desempeñará una función central al respecto. Por ejemplo, no es económicamente rentable el transporte continuo de pequeñas cantidades de cobre desde de la mina a la fábrica de cables ya que resultaría mucho más caro que el suministro de una gran masa de cobre en el caso que el transporte sea relativamente más barato. Esto último, el ser relativamente más barato, es lo que finalmente sucede.

Entonces, cada circunstancia examinada en el ejemplo, sus funciones y determinaciones, la forma en que se manifiestan y las materias primas a usar en el proceso de producción, el tiempo de almacenamiento de las mercancías inclusive (...) se desprenden del proceso de producción del que el idealismo no tiene nada que decir. En la práctica cuanto menos dependa el fabricante de cables de la venta rápida e inmediata de los mismos para poder así renovar su existencia de cobre y plástico en el ejemplo, menor será el volumen relativo de existencias que se vuelven necesarias para asegurar en una escala dada la producción continua de cables sin estar sujeto a la contingencia de su venta. Además, tenemos que considerar que existe una gran cantidad de materias primas, de productos y artículos a medio fabricar, que necesitarán de largos períodos de tiempo para su producción, que es lo que pasa en un principio con las materias primas suministradas por la agricultura. Por tanto, para que el proceso de producción no se vea interrumpido, será necesario contar con determinadas existencias de esos elementos, para hacer frente al período en el que no aparece el nuevo producto que sustituye al antiguo. Se sigue de todo lo anterior que si estas existencias disminuyen en manos del productor esto solo muestra que aumenta, en forma de almacenamiento, las mercancías en manos del comerciante que cumple un rol fundamental en el proceso de circulación. Respecto del proceso de circulación de mercancías, el desarrollo de los medios de transporte nos permite trasladar rápidamente, por ejemplo,

desde Antofagasta a Valparaíso, el cobre que está almacenado en el puerto de desembarque, de manera que el fabricante puede renovar sus existencias de cobre en cantidades relativamente pequeñas y en la medida que lo necesita. Pero, el cobre que no se compra se acumulará en una masa mayor, como mercancía almacenada, en manos del comerciante del puerto de Valparaíso. Se trata finalmente de un simple cambio de la forma de almacenamiento. Lo que estoy diciendo es que en un país determinado, el volumen en que se haya disponible la masa necesaria de cobre para un año de producción de cables de electricidad disminuye en la justa medida que se desarrolla el transporte y las comunicaciones. Si entre Chile- gran exportador de cobre a los países capitalistas desarrollados- y los Estados Unidos navegan muchos barcos comerciales, cada vez más modernos, más seguros y rápidos, la posibilidad de renovar la existencia de cobre en los Estados Unidos y en cualquier país que dependa del cobre chileno, aumentarán, disminuyendo así la masa de cobre almacenado que por término medio deberá existir en el país receptor. En este proceso también influirá el desarrollo del sistema comercial global y, por lo tanto, la multiplicación de fuentes para el suministro de la mercancía. Es decir, el cobre generalmente suministrado parcialmente por diversos países y en múltiples períodos de tiempo definirá las formas de las relaciones de producción, las comerciales, las políticas o diplomáticas entre los países involucrados en la compra- venta de esas mercancías.

Lo que quise mostrar con el ejemplo de producción y almacenamiento del cobre y del plástico para la producción de los cables de electricidad, es la forma decisiva en que ese modo de producción capitalista, y con ello el modo de almacenamiento y de circulación de las mercancías que intervienen en el proceso, de la materia prima a usar y otros tantos factores a tener en cuenta, influyen en la forma de la estructura política- social a través de las que los hombres se organizan tratando de darle sentido a su vida colectiva. Y de esto solo puede ocuparse el análisis materialista, histórico y dialéctico porque del otro lado tenemos como única opción válida apenas al idealismo llevado a su más abstracta manifestación que, en tanto es idealismo, girará alrededor de pensamientos puros que necesariamente se devorarán los unos a los otros intentando así explicar absurdos e irracionalidades que hacen a la defensa del interés dominante. La función del idealismo es presuponer que este absurdo, estas irracionalidades, mitos y fábulas tienen sentido propio, el que sea, que es necesario desentrañar, cuando de lo que se trata es de explicar el porqué de las relaciones sociales realmente existentes entre los hombres. El idealismo nos insiste en la abstracción de la realidad del trabajador porque las ideas de la conciencia del hombre es obra del cambio de circunstancias tanto políticas como históricas, de las que el trabajador en tanto clase es

protagonista, y no de las deducciones teóricas que solo extravían el rumbo de los que intentan la emancipación. En estas circunstancias, la *teoría de la historia*, cuando intenta tratar sobre temas históricos, deberá alejarse del idealismo que solo se limita a ofrecernos la historia de ideas desconectadas de los hechos y del desarrollo práctico que le sirve de base. También en esto solo lo movilizará el exclusivo propósito de presentar esta época como un preámbulo imperfecto, como simple antecesor aún incipiente de la auténtica época histórica que tiene mucho que ver con el propósito de hacer que brille con los mayores destellos la fama de una persona no- histórica o de líderes y héroes que se mueven en una especie de limbo mientras el pueblo (que siempre es ignorante y despreciado por esta historia) no existiría, sería mero espectador de crónicas realmente históricas, ofreciendo a cambio un relato no basado precisamente ni en estudios ni en análisis, sino en construcciones, mitos e irracionalidades literarias varias. El saber idealista siempre es tan arrogante porque se considera tan infinitamente por encima de todos los prejuicios pero lo único que hace es desconocer toda realidad del hombre y se convierte así él mismo en un ignorante. Por lo tanto, cuando millones de trabajadores no están satisfechos, ni mucho menos, con sus condiciones de vida y de trabajo, que además son condiciones que están directamente ligadas una con la otra, cuando su jornal no se corresponde ni de lejos con lo que consideran su esfuerzo, la productividad de su mercancía *fuerza de trabajo*, trátase, con arreglo a los postulados del idealismo, de una desgracia inevitable que, según se pretenderá, hay que soportar tranquilamente como enseña el conformismo basado teóricamente en el fin de las ideologías o la falsa pretensión absoluta y eterna del Estado capitalista. Pero, estos millones de trabajadores llegado el caso razonan de manera muy distinta y lo prueban cuando se hacen con la gestión del gobierno a través de la creación primero del arte de resistencia y luego con la creación del arte de poder y dominio sobre la minoría. En palabras de Marx, *lo prueban cuando llegue la hora, cuando de modo práctico, mediante la revolución, pongan su “ser” en correspondencia con su “esencia”*. En ese caso concreto, el teórico idealista nunca nos habla por esto de la realidad del hombre, sino que busca su refugio en la esfera exterior que además es una esfera todavía no sometida a la dominación del hombre.

Sin embargo, con cada nueva tecnología, con cada nueva técnica y con cada nuevo paso de la industria, se arranca un nuevo trozo de la esfera de la realidad del hombre al saber idealista reduciéndose cada vez más la supuesta racionalidad de sus puntos de vista. Es de esta forma como paulatinamente se nos revelan las irracionalidades de la lógica dominante. Se trata en realidad y para el materialista práctico de cambiar el mundo existente, de accionar

prácticamente y hacer cambiar las cosas que no nos parecen lógicas ni justas para reivindicar el bienestar de las mayorías. El idealismo entonces no está en condiciones de pensar a los hombres dentro de cierta conexión social, bajo las condiciones de vida existente que hacen de ellos lo que son, y no llega nunca, por lo mismo, hasta el hombre concreto y real, quedándose a medio andar, deteniéndose en el concepto abstracto de los hombres, obviando no solo las relaciones sociales sino también las relaciones humanas de afecto entre unos y otros que sostienen las relaciones sociales como el amor por el prójimo, la amistad y el compromiso, etc. El idealismo en tanto es un saber que se comprometerá con los fundamentos del Estado y del modo capitalista de producción bajo ningún concepto puede ofrecernos cualquier crítica sobre las condiciones de vida y de trabajo de las mayorías. Por tanto, el idealismo no consigue nunca ver el mundo sensorial como una actividad viva del sujeto que lo forma cuando en realidad la vida e historia es una sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las que explota los materiales, los recursos, los capitales y las fuerzas de producción transmitidas por cuantas la precedieron. Esta será la definición más clara y simple de la historia de un pueblo. Además, las ideas, la historia, las teorías y conceptos políticos e ideológicos dominantes son las ideas, la historia, teorías y conceptos de los grupos dominantes en una época determinada. Es decir, la clase social que ejercerá el poder material dominante a partir del control del régimen político, de sus definiciones e implementación de ciertas políticas es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase social que domina- que por el solo hecho de hacerlo tiene a su entera disposición los medios para la producción material de vida, los recursos y los beneficios de la acumulación de los capitales- dispone con ello también de los medios para la producción espiritual. Esto hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de los que carecen precisamente de los medios necesarios para producir espiritualmente, es decir, los sectores que así serán sojuzgados. Ahí se entiende precisamente que haya muchos trabajadores en favor de la patronal, de sus verdugos, convirtiéndose ellos mismos en la peor víctima del Estado capitalista imperante. Ahora es cuando la idea, las teorías, los valores y conceptos políticos- ideológicos dominantes se muestran como son, como expresión ideal de relaciones materiales dominantes, donde esas relaciones dominantes, por las necesidades propias del proceso de fetichización de la mercancía- base ideológica de explotación del hombre por el hombre- son concebidas como ideas abstractas en base al idealismo que así busca reforzar las ideas de su dominación. Los sujetos que formando la clase dominante tienen conciencia de ello, que se saben social, económica y políticamente dominantes piensan a tono con esa función que le asignará y encomienda el

Estado capitalista de producción. Por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan el ámbito de la época histórica que les tocará habitar, se comprende que lo hagan en toda su extensión, y, por ello, entre otras cosas, también como productores de ideas regulan en su favor la producción y la distribución de las ideas de su época que presenta un interés particular, el de ellos mismos, como un interés general.

Falacias de la teoría económica y del constitucionalismo neoliberal.

La teoría económica clásica, el liberalismo devenido en neoliberalismo a fines del siglo XX, parte del hecho de la primacía de la propiedad privada de los medios y factores de producción. Sin embargo, no lo explica porque el análisis más profundo colocaría en fuertes aprietos los postulados de ésta. La *teoría económica neoliberal* que capta el proceso material de la propiedad en términos privados, también entiende que ésta recorre la realidad del hombre pero apenas lo hace con fórmulas abstractas y generales a las que después les prestará valor de leyes absolutas, inmutables, más allá del bien y del mal, que sabotean cualquier análisis de las condiciones reales de vida del trabajador. De hecho, la escuela económica ricardiana fracasó por culpa de la *plusvalía* misma, que no pudo entender en todas sus amplitudes. El problema que ella no sería capaz de resolver, el del sentido y origen de la plusvalía, volverá al neoliberalismo en tanto teoría económica que se basará en el siempre falso libertinaje del mercado, en el automatismo de éste y en la economía vulgar que no está a la altura de las circunstancias para resolver las necesidades de las mayorías. Son dos los puntos centrales sobre los que falla David Ricardo en sus análisis. En primer lugar, falla al plantear que el *trabajo* es la medida del *valor*. Sin embargo, el *trabajo vivo*, al intercambiarse por un *capital* correspondiente, nos presentará un *valor* inferior al *trabajo materializado* por el que realmente se cambia. Además, el salario, en tanto que es el *valor* de determinada cantidad de *trabajo vivo*, entonces será siempre inferior al valor del producto creado por la misma cantidad de *trabajo vivo*. Así formulado por la escuela ricardiana el asunto no tendría solución pero lo que hace Marx al respecto es plantearlo en otros términos, en sus auténticas implicancias, y al plantearlo de este modo simplemente lo resuelve a expensas en general de la economía vulgar. Entonces, no es el *trabajo* quien tiene *valor* porque como actividad creadora de *valor* que es, el *trabajo* no puede tener valor especial. Lo que se compra y se vende como mercancía en el mercado capitalista al fin no es el *trabajo* sino la *fuerza de trabajo*. Al convertirse en mercancía, su valor se rige por el trabajo encarnado en ella como bien social

y equivale por lo tanto a *trabajo socialmente necesario para su producción y reproducción*. La compra y venta de la mercancía *fuerza de trabajo* sobre la base de ese valor no contradice la *ley económica del valor*. Por último, según la ley de David Ricardo sobre el valor, dos capitales que emplean la misma cantidad de trabajo vivo y con el mismo salario, producen bienes y productos de igual valor y de plusvalía en cantidad igual siempre suponiendo que las demás circunstancias sean idénticas. Se sigue que el problema es que si se emplean cantidades desiguales de trabajo vivo, no producen la plusvalía. De hecho, lo que pasa es lo contrario porque capitales iguales, en la cantidad que sea de *trabajo vivo* que estos empleen, producen en el mismo tiempo y por término medio, ganancia (plusvalía) igual. Acá será la teoría económica de David Ricardo la que queda presa de la contradicción de la *ley del valor* que su escuela está totalmente incapacitada para resolver.

En este contexto, la teoría económica neoliberal no está en condiciones de entender la ley que fundamentaría la economía moderna, el mismo Estado capitalista y sus formas manifestadas a través del régimen porque no está en condiciones de proceder al análisis de la esencia de la propiedad privada y de sus derivaciones. La teoría económica neoliberal no está tampoco capacitada para proporcionarnos explicación alguna sobre el núcleo de la división del trabajo, del proceso de *fetichización de la mercancía* en favor del capital y de la generalización o dominación de las mercancías (según el país al que nos referimos), también a favor de la acumulación privada del capital. A modo de ejemplo, cuando determina la relación entre el beneficio de los capitales y el salario real de los trabajadores, acepta como fundamento último el interés del capitalista, lo que produce que parte su análisis precisamente de aquello que debería explicar. Lo mismo pasará con el asunto de la competencia, que será explicada por circunstancias que son siempre externas. En qué forma estas circunstancias externas, aparentemente casuales, son expresión del desarrollo necesario, es algo sobre lo que la teoría de los neoliberales tampoco nada nos dice. Inclusive, para esta teoría el intercambio aparece como hecho ocasional sin ninguna vinculación real con la lógica y estructuras del Estado capitalista. Lo único que le parece válido a la teoría económica neoliberal para explicar sus fenómenos son la codicia y la guerra entre codiciosos, la competencia. Y sin embargo no puede ser de otra manera porque a pesar que partimos de los presupuestos de la economía clásica (que al final solo fundamenta el Estado capitalista y su forma en cuanto al régimen de control y de dominación social sobre las mayorías) y hasta aceptamos sus términos y elementos, sus normas, valores y sus leyes, y que también daremos por supuesta la propiedad privada de los medios de producción, la separación del *trabajo*, del *capital* y salario, si además admitimos la división del trabajo, la competencia, el concepto del

valor de cambio y de otros tantos factores que hacen al modo de producción y distribución capitalista, es con la misma teoría económica clásica- ahora devenida en neoliberal-, que se demuestra que el trabajador es rebajado a una simple mercancía, a la más miserable de todas ellas. Por eso mismo, la teoría económica neoliberal no es capaz de profundizar el análisis de sus categorías y elementos sin revelar que la miseria del trabajador está en razón inversa de la potencia de su producción; sin revelar además que el resultado final de la competencia en sus términos es la acumulación privada de capitales, es decir, la terrible reconstitución de los monopolios e intereses ligados a los centros globales del poder que controlan la vida de la mayoría. De ahí entonces que la primera tarea del humanismo es lograr comprender la conexión esencial, el núcleo que existe entre la primacía de la propiedad privada de los medios de producción y la calidad de vida del trabajador; entre la codicia y la avaricia, entre la separación de los capitales, de la tierra y del trabajo, entre el cambio y la competencia, el valor y la desvalorización de los hombres y los intereses y necesidades de los monopolios. Al final, se trata de comprender la íntima relación de enajenación respecto al Estado capitalista y sus estructuras. Un hecho actual a través del que Marx describe con toda simplicidad las formas de la lógica del Estado capitalista nos dice:

“El obrero es más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y en volumen. El trabajador se convierte en una mercancía mucho más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce también a sí mismo y al obrero como una mercancía, y justamente en la proporción en que produce mercancías en general”.

De lo anterior se deduce que la enajenación del trabajador en su objeto se expresa, según las leyes económicas, de la manera que sigue: cuanto más produce el trabajador, tanto menos consume: el neoliberalismo se basa en la exclusión del mercado de consumo a partir de la marginación de éstos del mercado de empleo para perder su ciudadanía en un régimen basado en una democracia abstracta cuando se trata de defender las garantías y necesidades de los trabajadores en general. Además, cuanto más valor crea el trabajador, tanto más sin valor, tanto más indigno es en cuanto ser humano. De acuerdo a Marx (la realidad otra vez le daría la razón) también cuanto más elaborado es el producto del trabajador, tanto más deforme se vuelve él; cuanto más civilizado su objeto, más bárbaro son los trabajadores y cuanto más rico espiritualmente se hace el trabajo, más banal somos. La teoría económica de

los neoliberales así nos oculta la enajenación esencial del trabajo porque no considera la relación inmediata entre la *fuerza del trabajo* y el *capital* que en primer lugar se manifiesta en la relación directa del trabajador (el trabajo) y la producción de bienes que hacen a un régimen en cuanto expresión del Estado capitalista. La cuestión es que mientras el Estado capitalista a través del trabajo será capaz de producir fastuosas, grandes maravillas, oropeles que deslumbran a muchos, ese oropel y bienes son para los que están incluidos en el régimen, para los privilegiados que cada vez son menos en número, al tiempo que reproduce las privaciones, la miseria, marginación y exclusión. Produce fastuosos condominios, pero para los trabajadores solo habrá chozas y poblaciones básicas, al borde de las necesidades primarias. Produce belleza para unos y deformidad para las mayorías. Produce un mejor espíritu en el hombre pero a su vez origina embriaguez, estupidez y cretinismo. Por lo tanto, para entender la lógica del Estado capitalista hay que entender la producción en la forma que nos la plantea el capitalismo a partir de los regímenes políticos que lo representan.²⁰

De ahí que tenemos que interrogarnos en qué consiste la enajenación del trabajo. Primeramente en que el trabajo es externo al trabajador, es decir, no pertenece a su ser, núcleo ni definición fundamental. La enajenación tiene que ver además con el hecho que en su empleo el trabajador no se reafirma a sí mismo sino que por el contrario se niega, no se realiza como sujeto, como ser genérico, no es ni se siente feliz, sino que más bien es un desgraciado que a veces está en condiciones de entender la fuente de su vida y desgracias y en la medida en que lo hace logra luchar por el cambio social. Batalla porque en el trabajo enajenado el trabajador no desarrolla bajo ningún aspecto una libre energía física- espiritual sino que mortifica su cuerpo y arruina el espíritu, su esperanza y vida. Por eso, el trabajador sólo se siente en sí fuera del empleo, y en el trabajo está fuera de sí. En esas condiciones el trabajo no es para nada voluntario sino forzado. Por esto no es la satisfacción de una necesidad, sino solo un medio para satisfacer necesidades fuera del trabajo. Ahora su carácter

²⁰ El neoliberalismo, basado en la economía de la especulación y en sus finanzas, viene a solucionar el problema de la exclusión del trabajador de los mercados de consumo para que los dueños de los medios de producción puedan seguir acumulando capital en propio beneficio. No lo hace a través de la inclusión que significa generar empleos de calidad sino a través del gran negociado que significa el retail. Por ejemplo, en el caso de Chile gran parte de la población es víctima de la tarjeta de crédito, de la especulación. De hecho, es una amplia mayoría de trabajadores los que en nuestro país viven endeudados con los bancos y casas comerciales a través de la tarjeta y del crédito al consumo porque el sueldo no les alcanza para cubrir necesidades tan básicas como es la vestimenta, la alimentación, el acceso a una vivienda digna, el acceso a la educación e inclusive a la salud.

extraño se evidencia en el hecho que tan pronto como no existe una coacción física o de cualquier otro tipo huye del trabajo precisamente porque el éste no es la plena realización del ser genérico sino que es un gran sacrificio, es una inmolución. En última instancia, para nosotros se muestra la exterioridad del empleo en el hecho que éste no es nuestro sino de otro, de la patronal, a la que ahora le pertenecerá no solo su tiempo de trabajo sino también su tiempo libre, su ocio, que también está al servicio de los intereses de la acumulación privada del capital que no tiene nada que ver ni con el ser genérico, con la reafirmación de éste digo, ni mucho menos con la vida del hombre como parte de la naturaleza. Además, que el hombre viva de la naturaleza significa que ésta es parte de su cuerpo, con el que mantiene un proceso continuo e ininterrumpido por seguir viviendo. Que la vida física- espiritual de los trabajadores esté ligada con la naturaleza significa ni más ni menos que la naturaleza está ligada consigo misma desde el momento que el hombre es parte de ella. Es ahí cuando estamos en presencia del ser genérico, social, en contraposición con el ser individual- egoísta que nos plantea la teoría económica neoliberal como base del Estado capitalista y de sus formas de producción. Entonces, partiendo de la enajenación de los hombres respecto de la naturaleza, de su mismo trabajo, será necesario interrogarnos a quien pertenece el trabajo del hombre si en realidad el producto de aquel me es ajeno. En otras palabras, si mi propia actividad no me pertenece y si por lo tanto es una actividad ajena, una actividad que fuerza al trabajador, ¿a quién le pertenece? Pertenece a otro que no tiene nada que ver con un Dios o con un ente sobrenatural. Este ser al que pertenece el trabajo y el producto del mismo, a cuyo servicio está aquél y para cuyo placer sirve éste, es el hombre mismo. Pero, éste es un hombre muy distinto al trabajador en tanto es dueño de los medios de producción. Y este otro hombre, dueño de esos medios de producción donde queda incluido el trabajo mismo, la *fuerza del trabajo*, es la patronal, es esa clase que acumula capital en beneficio propio y del Estado capitalista que así sostiene. Es de esa manera como la relación del trabajador con el empleo engendra la relación de él con la patronal donde la propiedad privada es resultado, es consecuencia definitiva, del trabajo enajenado, de la relación externa del trabajador con la naturaleza y consigo mismo.

Partiendo de la teoría económica clásica, liberal o neoliberal, para el caso nos dará lo mismo, llegamos al concepto de *trabajo enajenado* (que a su vez implica la vida enajenada del hombre que impide su plena realización en cuanto ser genérico) como resultado del movimiento y de la lógica a partir de la que se organizará la producción capitalista. Sin embargo, este concepto lo que hace es demostrarnos que aunque la propiedad privada de los factores de producción aparece como fundamento, como causal del trabajo enajenado, es

más bien consecuencia del mismo, de igual forma que Dios no es la causa originaria, sino el efecto de la confusión del saber del hombre en la medida que no aceptemos el credo de la religión, que no es mi caso en particular. Esa relación luego se convierte en interacción recíproca. Desde este punto de vista, la propiedad privada se revela primeramente como producto del trabajo enajenado pero también como un medio por el cual el trabajo se enajena, la realización de la enajenación. Pero, el final de la enajenación y la libertad del trabajador solamente es viable, se presupone, a partir de una definición de la propiedad en términos humanistas, cuando queda definitivamente supeditada a la supremacía absoluta de la vida. Solo de esta manera la propiedad privada deviene en propiedad social, gestionada por el trabajador, en contraposición absoluta con la propiedad privada monopólica pero también con la estatal en términos de lo que fueron el mal llamado *Estado de bienestar* y el también muy mal llamado *socialismo real*. Finalmente, la producción, la definición y formas que se plantea ésta por parte del hombre es fundamental en el proceso de la *(r)evolución permanente*. Lo que digo es que de la relación establecida por el trabajo enajenado con la propiedad privada de esos mismos medios de producción se sigue, además, la libertad o la servidumbre de los hombres en relación al Estado capitalista y su régimen político centrado en la primacía de la propiedad privada. La libertad o servidumbre del trabajador se expresa en la manera que adquiere la relación del trabajador con la producción, y todas las relaciones serviles son sólo modificaciones y consecuencias directas de esta relación que además se fundamenta a través de normas y una legalidad concreta que se muestra fundamental para la convivencia colectiva. Es decir, bastante lejos de los mandatos de la divinidad y más lejos aún de los textos revelados a los que muchos rinden culto. Las diversas y en varias ocasiones enfrentada legalidad y norma que fundamentan cierta Constitución Política en determinado momento histórico de nuestros pueblos son eso: expresión de la forma que adquiere la lucha de clases, la lógica y los actores políticos dominantes en ese momento histórico en cuestión, de los valores y designios de los que perduran y la defensa de intereses y formas de vida. Al respecto, la Constitución de 1980 en Chile es paradigmática porque se convirtió en el resultado de complejos y contradictorios entramados políticos, ideológicos, económicos y culturales para racionalizar el régimen neoliberal y así lo que hace, lo que mejor hace, es negar definitivamente la cultura y la soberanía popular. cuando se produce el giro ideológico, el conflicto, la reivindicación de ciertos intereses de clase, la ruptura social- política, las transformaciones, el cambio en la cultura o en la razón que no son más que algunos motivos que vuelven imprescindible la adaptación o revisión de los textos que buscan darle entidad jurídica a la trama de la particular convivencia colectiva que

atravesan los países. Lo concreto es que en este sentido la Constitución es un texto normativo, una ley en continuo movimiento- interpretada y sobreescrita a lo largo del tiempo- relacionadas con las vicisitudes que atraviesan nuestras sociedades.

De todas maneras el asunto no es tan automático porque muchas veces el conflicto es aún más grave. De hecho, el que la Constitución de un país, la de Chile en este caso, sea sobreescrita o interpretada todo el tiempo no quiere decir que ésta represente actualmente el sentir de las mayorías. En realidad, hoy en nuestro país tanto los estudiantes como los trabajadores- los mineros y pirquineros, los postuarios y pescadores, los mapuches y la dueña de casa también, la mujer de la Patria, esa que se escribe con mayúscula en los anales de nuestra historia, todos, la mayoría- estamos en continua movilización para demandar la satisfacción de nuestras necesidades, la concreción del derecho para acceder a la educación, a la huelga, al trabajo, a una vida más digna; en fin, el derecho a que se nos considere con dignidad y respeto. El problema es que la Constitución de 1980 nos niega la soberanía del pueblo para hacernos con la que nos parezca la mejor forma del gobierno, nos niega la posibilidad por ley de plantear un régimen nacional y democrático en lo político, popular en lo cultural e inclusivo socialmente. Además, en la medida que nos niega también por ley la posibilidad de convertirnos en los protagonistas de nuestra vida republicana, de los cambios necesarios para la convivencia en términos democráticos y populares, entonces, hoy al movimiento social solamente le queda plantear sus posturas desde la calle, desde las escuelas y liceos, desde las plazas, minas, fábricas y factorías entendidas todas ellas como un espacio mayor de lucha para que de una vez por todas se abran las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad un tanto mejor. Por otro lado, como los sectores dominantes (fielmente representados en su interés por la derecha duopólica) no están dispuestos a ceder parte de sus intereses de clase en favor de las pretensiones de los sectores populares por acceder a la educación pública, de calidad, igualitaria, libre, democrática e inclusiva socialmente, al movimiento social le queda plantear los cambios por la vía insurreccional en el sentido que no puede confiar ni valerse de esta legalidad para producir la transformación que la mayoría demandamos. Una “vía insurreccional” que tiene que ver con la constatación que la mal llamada transición a la democracia, basada en las reformas en la medida de lo posible, a su vez basada ésta en el falso realismo político dominante, en estos años no fue una alternativa real para recuperar la democracia, para acabar por la vía institucional con la peor herencia de la dictadura en lo formal conducida por Pinochet: el neoliberalismo. Aún hoy el país está en dictadura, bajo la lógica de la seguridad nacional, que en estos años ya transfiguró en diversas formas

pero manteniendo su función originaria, negar sistemáticamente la soberanía popular.

Los cambios, más temprano que tarde, mucho más temprano de lo que algunos creen, se producirán. De hecho, el movimiento social en Chile es el protagonista, es quien fija la agenda de gobierno a pesar de la censura venida desde los medios masivos de comunicación; pero solamente se producirán cuando el movimiento esté en condiciones de sostener una conducción política unitaria de los sectores del pueblo en el sentido que logre unificar los grandes temas que nos preocupan y ocupan- la educación, la salud, las AFP, las relaciones entre la patronal y el trabajador, la recuperación de recursos estratégicos como el cobre, el litio, la electricidad, el agua, los recursos del mar, la autonomía de los mapuches, etc- que además y por lo mismo tendrá que ser una conducción alternativa al régimen neoliberal y su odiosidad. Esa sola construcción basada en la participación, en la movilización y en la toma de conciencia de los estudiantes y trabajadores que así sientan las bases para el surgir de una conducción de esas características, representativa del pueblo, por el solo hecho de serlo ya es bien insurreccional. Después, llegado el momento, de acuerdo al contexto político que se plantee, será el movimiento social, las bases de éste, quienes definirán la estrategia a seguir para que la conducción se haga con la gestión del gobierno. Desde esa perspectiva de lucha por crear poder popular que por necesidad será insurreccional, es un tremendo error estratégico de los grupos de intereses dominantes intentar anclar las leyes que favorecen a la patronal de una vez y por siempre a través de textos legales o normas como la Constitución de 1980. Es una estrategia no solo ingenua sino totalmente ajena a la dinámica de la historia y de sus actores, de los hombres y mujeres, del pueblo soberano, de los trabajadores que al final son quienes instituyen la vida política y en el proceso le dan forma al texto normativo en cuestión. No es de extrañar entonces la rigidez de la Constitución en el sentido que no solo será expresión del autoritarismo y anhelo conservador de la dictadura desde el momento que entendemos que en tanto *neoliberales* se creen y se piensan más allá de la historia, de la evolución del hombre. Esto además nos demostró que si bien la constitución debe ser producto de amplios consensos y de la puesta a punto de ciertos acuerdos estructurales que le dan forma a la trama institucional del país, la realidad histórica es diferente y, por lo general, muchas de las constituciones que normaron las relaciones entre los hombres al interior del pueblo, luego sacralizada y vuelta intocable inclusive, nacieron de tremendos actos de violencia o como corolario de la exclusión de los trabajadores porque fueron los factores de poder más conservadores los que primaron históricamente. Dicho con otras palabras, las constituciones de los pueblos de Latinoamérica

siempre han sido campos de batalla en los que los dominantes definen las estructuras del régimen avanzado dramáticamente sobre la memoria, sobre las expectativas, sueños y necesidades de los vencidos. Sin embargo, también es tremenda la saga con la que esos pueblos actúan cuando los sectores democráticos multiplicamos nuestra fuerza transformadora y empezamos por fin a hacernos responsables de la emancipación.

En esta perspectiva, los trabajadores buscan cumplir con sus sueños ya soñados por quienes los precedieron y lo hacen bajo el mandato sagrado de volver a unir la libertad con la igualdad y la fraternidad. Época única, mágica y renovadora en las que las grandes multitudes populares, el trabajador en plena movilización, recoge los hilos perdurables que entrelazan la lucha por la dignidad y la convierten en antesala de un nuevo régimen político basado en la inclusión. Ahora, la Constitución es reflejo de un proyecto de *Nación* pero esta vez, cuando se impone la gestión popular de un país inclusivo, este proyecto es democrático porque reivindicará la vida de las mayorías. Por lo mismo, en esta oportunidad de cambio lo que se impone es una Constitución que acabe con el proyecto neoliberal, de sumisión de la cultura popular, del saqueo de los recursos naturales y de la exclusión, marginación y pobreza de millones, que se quedan sin pan y sin trabajo. Cuando dejemos atrás, en otro tiempo, lugar y espacio la época neoliberal con su Constitución, cambiarán nuestros países, la región de Latinoamérica que así derrumba los paradigmas que nos someten a poderes corporativos de un Estado y modo capitalista de producción. Hay que hacer las cosas, tenemos que cumplir con esta tarea, sin prisa pero sin pausas, para construir un país y una región más igualitaria. De ahí la importancia de tomar el control del núcleo del modo de producción en un proceso de transición humanista que no por simple casualidad define otra forma de producción relativo con la técnica a implementar para llevar a buen término la meta del pleno empleo en un contexto histórico de generación de trabajo de calidad y digno.

El trabajo, la producción y distribución de los bienes.

Es común escuchar que el trabajo es la fuente de toda riqueza pero hay que aclarar algunas cuestiones que hacen que esta afirmación sea verídica porque tomado a la ligera, como en general hacen los intelectuales al servicio de los sectores y grupos de intereses dominantes, para el caso sin considerar que el trabajo de los hombres se efectúa con ciertos objetos y herramientas, podemos caer en una falacia que otra vez solo favorece a la razón del Estado capitalista. De hecho, el trabajo no es la fuente de toda la riqueza sino que la

naturaleza es la fuente de los valores de uso (que son los que verdaderamente integran la riqueza material del hombre), y en ese sentido el trabajo solo es una manifestación de una fuerza natural, de la *fuerza de trabajo* del hombre. Pero, en la medida que el hombre se sitúa en el proceso de producción como propietario frente a la naturaleza- que es primera fuente de todos los medios y objetos del trabajo- y la trata como posesión suya, su trabajo se convierte en fuente de valores de uso, y, por tanto, en fuente de la riqueza. Así, en este momento preciso el trabajo es fuente de riqueza y de cultura, y como al fin el trabajo sólo será posible en el ámbito de la sociedad y a través de ella, todo trabajador tiene el mismo derecho a percibir el fruto íntegro de su trabajo, de su esfuerzo. Precisamente, por el hecho que el trabajo está condicionado por la naturaleza, en el sentido que es fuente primera de riqueza en cuanto sostén del valor de uso, se deduce que el hombre que no dispone de más propiedad que su *fuerza de trabajo* es un esclavo de otros hombres, de los amos de los factores de producción, de los que se adueñan de las condiciones y elementos materiales del trabajo. Es así como en estas condiciones este trabajador en particular no podrá trabajar, ni, por consiguiente, vivir en paz, sin el permiso de los dueños del capital. De todas formas, la propiedad social de los medios de producción solo conduce a la libertad y emancipación de los trabajadores en la medida en que se funda en la primacía y la lógica de defensa de la vida de las mayorías quedando esa misma propiedad bajo el yugo del objetivo del buen vivir que estructura una mejor calidad de vida posible para la mayoría. Al respecto hay que entender que como el trabajo es la fuente misma de toda riqueza, con las salvedades anteriormente establecidas, ninguna persona al interior del régimen político puede realmente adquirir riquezas que no sean producto del trabajo. La cuestión es que bajo el yugo del Estado capitalista si una persona no realizara ella misma el trabajo significa que vive del trabajo ajeno y adquiere su cultura a costa del trabajo de otro, con la explotación de trabajadores que ya dejan de ser sus semejantes por las condiciones propias de esta forma de régimen político. Como primera conclusión entonces tengo que decir que el trabajo sólo es fuente de riqueza y de cultura del hombre en la medida en que es *trabajo social*, o lo que es lo mismo, dentro del régimen político y a través de éste porque aunque el trabajo del individuo aislado crea eventualmente valores de uso, no puede crear ni riqueza ni cultura.

En relación a la distribución de los bienes producidos socialmente por los trabajadores tengo que decir que es equivocado tomar como esencial para la (r)evolución permanente solo la llamada *distribución* y hacer hincapié en ella, como si fuera lo fundamental para una mejor y más elevada justicia. De hecho, la distribución de bienes y servicios relacionados con el consumo del hombre es, en todo momento y en todo lugar, un corolario de la producción.

En palabras un poco más simples, las formas del consumo del hombre son una extensión de la distribución de esas condiciones de producción. Y ésta es una característica del modo mismo de la producción. Por ejemplo, el Estado capitalista y su régimen político- que se expresará en múltiples maneras en la producción de bienes- descansa en el hecho que las condiciones materiales de esta producción le son adjudicadas a los que no trabajan bajo la forma de la propiedad de los medios de producción, del capital mismo o bajo la forma de propiedad de la tierra, al tiempo que el trabajador solo tiene como medio para la supervivencia, como propiedad, su condición personal de producción, es decir, la *fuerza de trabajo* que reivindicará una injusta relación entre esta *fuerza de trabajo* y el *capital* que fundamenta finalmente el *Estado* y modo capitalista de producir en el proceso que conocemos como *fetichización de la mercancía*. Entonces, distribuidos de esta manera los diversos elementos, los medios y factores de producción, la distribución de bienes relativos con los medios de consumo es una consecuencia natural que reivindica esas formas de producción injusta. Así, antes que hablar de *distribución de los medios de consumo* lo fundamental de la (r)evolución permanente- que reivindica el derecho a la vida por sobre las formas de propiedad- son las maneras de producir. Por ejemplo, si las condiciones materiales de esa producción fuesen propiedad colectiva, fuesen de los trabajadores en tanto clase social, este solo hecho determinaría una distribución de los medios de consumo distinta de la actual, lo que a su vez define otras formas de relaciones políticas y sociales donde tanto los grupos y sectores populares como los conservadores, siempre minoritarios en términos cuantitativos, asumen nuevos y antiguos roles que reivindican y redefinen ante esas transformaciones. Por lo mismo, aunque en lo formal los opositores podrían insistir en el carácter democrático y plural del régimen popular, al mismo tiempo, por todos los medios, buscan terminar con estos proyectos. De hecho, en determinado momento, cuando el asunto se les complica en términos de acceso al poder, simplemente llaman a la insurrección ante el “autoritarismo” que significaría ese régimen que no les favorece. Buscan deslegitimar a los trabajadores y gobiernos que sustentan. Siempre, no nos hagamos ilusiones al respecto, ellos estuvieron contra toda expresión de la cultura popular, contra la democracia, la inclusión y contra la justicia, de manera que actuaron en consecuencia a través de la reacción conservadora. Estos recursos incluyen la fuerza, la sedición, la traición e incluso el golpe cuando las elecciones y los mecanismos de la democracia formal no son suficientes para resguardar los intereses minoritarios de estos grupos de poder altamente reaccionarios. Son dos lógicas irreconciliables que podremos encontrar. Por un lado, están ellos y por el otro están los sectores populares. Unos incluyen en beneficio de los trabajadores mientras los otros

excluyen. Unos pacifican y los otros apadrinan las formas reaccionarias de manifestación a falta de representatividad política. Sabemos quien es quien.

La estrategia política de los neoliberales, su enorme, tremenda y nunca bienvenida capacidad para impregnar con su visión el mundo, con su lógica y preceptos el sentido común de los hombres, logrará apropiarse- cuando sí lo necesite- de la gramática del poder e incluso de la memoria que pertenecía a sus adversarios políticos. Lo hace vaciando de contenido y reduciendo cada idea, valor o ética alternativa a un espectáculo especialmente armado para las conciencias más sensibles. Es así como de un partido revolucionario, de clase popular, se produce una renovación en los ideales, que finalmente no es tal, y que derivará, al final del proceso, en un partido claramente socialdemócrata y reformista. También lo hace reescribiendo y definiendo otra vez la turbulenta historia de la modernidad destinando sus críticas más destructivas al cambio de genealogía de la *(r)evolución popular* convirtiéndola en materia prima de una especie de barbarie homicida típica de los totalitarismos. La astucia con la que deconstruyeron la saga de los intentos históricos por la libertad, que tempranamente se expresa en la revolución francesa por ejemplo, donde los sectores populares buscaron la emancipación de los hombres (que en el caso de esta revolución empieza tempranamente con la etapa jacobina, sigue y atraviesa a la revolución bolchevique) se hace en nombre de una democracia formal, abstracta, que además se pretende republicana, normativa y capaz de ofrecerse como el paradigma ético de esa República siempre soñada por el mal llamado sector político del progresismo que terminó por creer que a la historia del hombre le sobró un Rousseau y su *voluntad general* y le faltó un Locke; o que abundó en Marx, en su amigo Engels y Keynes y escasearon personajes como Von Hayek y Milton Friedman, Popper y otros. Esos mal llamados progresistas, todos provenientes de la mitología revolucionaria, que son los antiguos cultores de la vertiente del marxismo ortodoxo e incluso de regímenes políticos que se pretendieron transgresores de la razón capitalista, mutaron en defensores de la alquimia neoliberal, de aquel multiculturalismo importado desde las usinas dominantes, de una legalidad basada en el dogma y en el rechazo visceral de cualquier recuperación de la política como acción que buscaría resolver los conflictos a los que se ve expuesto el trabajador que en tanto hombre que vive de un jornal acabará vendiendo su fuerza de trabajo como mercancía al mejor postor. Finalmente, también en lo ideológico son partidarios de una *sociedad abierta* que bajo las ideas de Popper solo busca multiplicar infinitamente el espíritu supuestamente libertario de la mercancía y sus mercados. Lo otro, cualquier intento de emancipación del trabajador, es una barbarie bajo las formas de una genealogía del horror revolucionario que

cambia nuevamente de forma y se viste con las ropas plebeyas del populismo más reaccionario posible.

Los grupos afines al interés de las transnacionales no están dispuestos a respetar la voluntad popular. Cada vez que sea posible se lanzan como hordas con la contraofensiva política y mediática. Ellos son destituyentes sin remedio, lo llevan en su ideología. Sin embargo, como la historia reciente lo demuestra, cuando en base a la eficiencia del régimen popular en relación a la aplicación de políticas de inclusión este régimen logra consolidar su poder, la ofensiva dominante no logra sumar ninguna franja realmente importante del movimiento que representa al trabajador o a una fracción de ellos. Así, no logran desestabilizar gobiernos, ni la economía ni la institucionalidad, no logran amedrentar a los jóvenes ni acallar a los periodistas como tampoco desabastecer por completo a un pueblo de sus recursos. Es válido preguntarse por qué fracasan los sectores reaccionarios en esta circunstancia. Lo hacen no solo por la eficacia de los trabajadores sino también porque el piso de sustentación del Estado de derecho y del régimen democrático, más allá de la abstracción dominante, se ha corrido definitivamente de lugar; también porque los sectores reaccionarios ya no disponen de la capacidad de daño de otras épocas y porque finalmente luchan y disputan contra la corriente de la historia. Atrapados en esa lógica usan categorías políticas del pasado, apreciando dialécticamente el cuadro de esta situación, el régimen popular crea escenarios, otra situación y nuevos sujetos políticos como sociales de la mano de la movilización, de la participación y gestión de la agenda pública por parte de los trabajadores, lo que descoloca inevitablemente a los que sólo tienen la reacción política como remedo de acción. La historia y la realidad les chocará de frente. Fracasan, van contra la corriente de la democracia y de la inclusión que implica otra forma de acción política, que van más allá del mero reformismo, porque la vida en sociedad y sus manifestaciones implica totalidad, otra globalidad. Simplemente los reformistas, que nos insisten en el *crecimiento con igualdad* como la panacea del falso progresismo, deben entender que la distribución de los medios de consumo, de los bienes y servicios por todos generados, no es independiente del modo de producción social. Por lo tanto, exponer la (r)evolución permanente como doctrina que solo gira alrededor de la distribución es errado porque desde el momento en que la producción de esos bienes es definida en términos de *tecnología conveniente*, de la búsqueda del pleno empleo como política central del cambio social, etc, estamos frente a una (r)evolución que cambia de forma central la manera del consumo.

Si bien es estratégicamente correcto en la batalla por la primacía de los derechos e intereses de los trabajadores al nivel del régimen político insistir

en una justa distribución de las riquezas, en la equidad, en el *crecimiento con igualdad* y en el valor del trabajo de los hombres, siempre es necesario tener en cuenta que lo central es la forma de producción de bienes y servicios. Para que haya justa distribución hay que definir justas maneras de producción social de los bienes y servicios que son necesarios para el hombre. A partir de ahí se define la forma de otras variables y elementos de la (r)evolución a saber, la equidad, la igualdad, las relaciones entre la *fuerza del trabajo* y la *capital* y la misma distribución. De hecho, si vamos más atrás en el tiempo veremos que cuando cambia la forma de producción artesanal, del siervo de la gleba ligado a la tierra y su lealtad al señor feudal, cuando el taller da paso a la industria y la servidumbre y esclavitud del hombre toma la forma del proletariado, el Estado feudal conduce al capitalismo que, a su vez, es quien produce otras formas de distribución que serán acordes con la nueva manera de producción. El que los trabajadores- a través de la gestión popular de la agenda pública en el caso del régimen popular o del arte de resistencia y del poder popular en el caso que buscan hacerse con el dominio bajo el régimen neoliberal- quieran establecer nuevas condiciones, elementos y otra lógica de producción colectiva a nivel del régimen político, a escala nacional, sólo significa que actúan social y políticamente por subvertir las condiciones de producción que caracterizan al régimen que habitan. Este proceso es el que precisamente define los términos de la (r)evolución en la medida que pueda o no eventualmente derivar en el cambio permanente. En este contexto, es un buen ejercicio explorar las causas de la pérdida de algunas revoluciones en el sentido que no son capaces de permanecer en el tiempo. No lo hacen porque no pudieron satisfacer las necesidades y requerimientos de los trabajadores a los que siempre pretenden emancipar. La revolución de los bolcheviques, en el pensamiento del Che Guevara, se derrumbó al *usar las armas melladas del Estado capitalista* en la construcción el socialismo. De hecho, la *Nueva Política Económica* de Lenin, que se implementó como forma de resistencia a una situación concreta y momentánea, fue instaurada como una estrategia más allá de la coyuntura. En el caso de los chinos, en contra de la opinión de Mao, que ensayó la terrible *revolución cultural* para impedir el deslizamiento al capitalismo, terminaron seducidos por el oropel de la forma de propiedad, producción, consumo y distribución del Estado y modo capitalista de manera que después exhibieron con gran orgullo sus dólares al tiempo que escondían con vergüenza a cientos de millones de explotados.

Finalmente, hay otros factores y elementos relacionados con el fracaso de la (r)evolución en la medida que no puede derivar en *permanente* y que tienen directa relación con el dogmatismo y la soberbia que la acompaña y que así son pecados que causan gran daño al proceso de libertad. Reivindicar

o defender la forma del trabajo, de la producción y distribución de los bienes y servicios por todos generados bajo los dogmas del modo capitalista, buscar el cambio a partir de las armas melladas del Estado y del modo capitalista tal como lo dijo el Che, nos conduce a un proceso de ostentación y chauvinismo que solo producirá desconfianza y derroche: los autos, el rolex y el lujo, son malas compañeras para la permanencia de nuestra *(r)evolución*. La soberbia vuelve ciego y también sordo al dirigente que ya no atiende las necesidades del trabajador. Lo peor es que nubla la conciencia e impide el entendimiento, desprecia el análisis, cultiva la vanidad y simula sapiencia. La soberbia impide la discusión por los medios para conseguir el fin justo que no es otro que la libertad del trabajo bajo el reinado de la abundancia bien distribuida pero en primer lugar bien producida en términos de tecnología conveniente a nuestra propia necesidad. Todo ello teniendo en consideración el contexto en que nos insertamos no para conocer nuestras propias limitaciones políticas en relación al cambio sino para aprovecharlas y cambiarlas siempre en favor del trabajador.

Capítulo 5: El modo de distribución desde la perspectiva del cambio.

El ser social como premisa del análisis materialista.

En el capítulo anterior traté sobre la función central que le corresponde al modo de producción en el proceso de dominio neoliberal, y en general del capitalismo, como la función que le corresponde en cuanto a la emancipación del trabajador cuanto éste gestiona otras formas y maneras de producción que reivindica la vida de las mayorías a partir de la defensa del interés y del bien común. Por esto es importante la crítica al idealismo y sus dogmas. En este caso se trata, sin duda, de un acontecimiento bastante interesante: del proceso de caída del espíritu e idea absoluta, que se sustenta en la irracionalidad de sus postulados, para desde ahí en más mejorar las condiciones de vida de los trabajadores a partir de la construcción de un arte de poder popular, arte que es alternativo al Estado y modo capitalista. Una vez que se apaga la vida del idealismo, las diversas teorías que lo fundamentan, una vez que entran todas ellas en descomposición, darán paso a nuevas combinaciones formando otras sustancias. Sin embargo, con el neoliberalismo y su necesidad imperiosa de control sobre el trabajador, ese idealismo, ahora de las más diversas formas y manifestaciones, vuelve a resurgir a partir de teorías como las del final de las ideologías, de las expectativas racionales, del choque de civilizaciones e incluso del fin de la historia y de la lucha de clases, lo que nos muestra que el saber del hombre no tiene relación alguna con la búsqueda de la verdad absoluta sino con la necesidad del poder, de racionalizar el Estado capitalista. El único problema para los industriales de la filosofía, para el idealista que hasta aquí vivió de la idea absoluta, es que ahora tiene que defender nuevas teorías (como las recién nombradas) que se sustentarán en combinaciones nuevas que cada vez son más irracionales. Mientras tanto, en el mundo real, con la revolución burguesa que se manifiesta en dos ámbitos principales (la revolución francesa en lo político y la inglesa en lo industrial) el sujeto se dedica a explotar el negocio de la parcela que le había tocado en suerte. No podía por menos que surgir la competencia y el idealismo que diera crédito a este nuevo estado de cosas. Más tarde, en la medida que el Estado capitalista empieza al fin a desarrollarse y consolidar sus nuevas maneras, cuando ya el mercado de los nuevos Estados capitalistas se abarrotan de mercancía, de la generalización y dominación de ésta, a pesar del esfuerzo, del idealismo de adulterar la materia prima, la falsificación de rótulos y las compras y ventas más bien simuladas, la competencia se convierte- bajo las premisas de estos

diversos regímenes políticos que hacen a la lógica del Estado capitalista- en una enconada lucha que actualmente se presenta como un tremendo hecho de la historia de la humanidad.

Al tiempo que esto sucede el régimen neoliberal, en su afán de control cada vez más irracional sobre el bienestar de todos, se pretende el origen de los resultados y conquistas más formidables mientras la miseria, la pobreza y la exclusión son una realidad no desmentible. La crítica al régimen neoliberal así no puede venir del terreno propio del idealismo y su método, del terreno de la especulación filosófica sino antes bien de la realidad concreta de los trabajadores, del análisis de sus vivencias y experiencias, de sus urgencias y necesidades. Y esto bastante lejos está del análisis de las premisas y dogmas filosóficos generales al modo del idealismo porque los problemas del Estado capitalista surgen de la acción y las consecuencias que esa acción- expresada como política pública- defiende y aplica el régimen. No sólo de las políticas públicas en forma de respuesta a los desafíos sociales, políticos, económicos y culturales, sino también las preguntas mismas, en el caso éste, entrañan un engaño y un mito que se aleja cada vez más de la realidad. La dependencia respecto del interés y cosmovisión de una minoría- pequeña pero poderosa, atada a la visión de los centros globales del poder- es la razón del por qué ninguno de los problemas que genera el neoliberalismo puede resolverse sin abatir la lógica del Estado capitalista, sus múltiples formas de producción y reproducción del capital, que adquiere la manera de acumulación privada a partir del proceso de fetichización de la mercancía *fuerza de trabajo*.²¹

²¹ Como bien lo establece el marxismo, el *dinero* que el capitalista le paga a los trabajadores por el empleo, por el uso y abuso de su *fuerza de trabajo* no es sino la forma general de equivalente de los medios de vida necesarios para que el trabajador pueda satisfacer sus necesidades, cada vez más básicas, y sobrevivir como *mercancía* ligada a determinado proceso de producción, de valorización y de acumulación del *capital*. En ese sentido, puede decirse que el *capital variable* se forma, materialmente, por los medios de vida básicos que requiere el trabajador para reproducirse así mismo y constantemente en el tiempo a favor del capitalista en tanto este es propietario de los medios de producción que hacen a la lógica de la primacía de la propiedad privada en el Estado capitalista. Pero el problema de la rotación del *capital* es también problema de la forma. Es decir, el capitalista no compra los medios de vida del trabajador, sino su misma *fuerza de trabajo* y por eso es fundamental entender en todas sus implicancias la diferencia que existe entre los medios de vida propios del trabajador y su *fuerza de trabajo* en cuanto tal, como una mercancía que crea valor en el proceso de producción de la mercancía.

La parte *variable del capital* de los dueños de los factores de producción- el capitalista- no está formada por los medios de vida del propio trabajador, sino por su *fuerza de trabajo* que adquiere toda su potencia cuando es puesta en acción, cuando se convierte en una mercancía que creará valor en el proceso de producción. Lo que así el capitalista consume productivamente en el proceso de trabajo es la *fuerza de trabajo*

La polémica contra el Estado capitalista de mano del idealismo apenas se limita a que éste destaque un aspecto virtual, parcial y en primer término anecdótico de la globalidad que hace a las estructuras del Estado capitalista para que así aquel pueda seguir durmiendo tranquilo, en paz, sin la crítica ni las molestias de los disconformes, de los socialmente vulnerables. Se hecha mano del mito, del idealismo, incluso del imperio de la religión. Poco a poco, la relación de dominación se explicará de forma ideal, religiosa, fabulesca y mitológica. Por todas partes surgen los dogmas, nada más que dogmas, y la fe en todos ellos, en la irracionalidad de la manera capitalista, pretenderá que creamos que él es el reino de la libertad y satisfacción de las necesidades del hombre. El Estado capitalista, ahora expresado políticamente en el régimen neoliberal, es por éste canonizado en proporciones cada vez mayores. Así, el arte de lo posible del trabajador necesariamente arranca de otros ámbitos, de premisas por lo menos no tan arbitrarias, ilógicas ni irracionales como las del idealismo. La teoría que funda el arte de poder popular parte de premisas que no son dogmas sino premisas concretas, bien reales, de las que sólo podemos abstraernos en la imaginación. Es el sujeto real, en su acción y su condición material de vida, tanto aquellas con que se han encontrado ya hechas, como las engendradas por su acción, el fundamento del análisis para la lucha por el arte popular.

Lo primero a considerar en el arte posible de los trabajadores, que por supuesto se funda en el análisis materialista, dialéctico e histórico de la vida del hombre, del ser genérico, que nos conduzca a éste, es que la historia del

misma, no son los medios de vida del trabajador en cuanto tal. Además, en esa perspectiva es el trabajador quien debe invertir en medios de vida el *dinero (salario)* que logra obtener a cambio de la venta de su *fuerza de trabajo*, para luego convertir otra vez en *fuerza de trabajo* los medios de vida y poder entonces seguir viviendo, exactamente lo mismo que, por ejemplo, el capitalista invierte en medios de vida para su consumo personal una parte de la plusvalía obtenida de las mercancías que vende, que intercambia, por dinero, sin que por esto podamos afirmar que el comprador de su mercancía le paga en medios de vida. En caso que al trabajador se le pague en medios de vida, en especies, una parte del *salario*, que es algo común en el campo por lo menos en los países menos desarrollados, esto ya es una segunda transacción en la forma del Estado capitalista. Lo que pasa es que acá el trabajador vende su *fuerza de trabajo* por un precio- el salario- acordándose que una parte de éste lo recibirá en medios de vida.

Esto en realidad lo único que hace es cambiar la forma de pago de la venta de su *fuerza de trabajo*, pero no altera en nada el hecho de que lo que realmente vende el trabajador es su *fuerza de trabajo*. Se trata de una segunda transacción, que no media entre el trabajador y el capitalista, sino que ahora media entre el trabajador considerado como comprador de la mercancía y el capitalista que actúa como vendedor, a diferencia de la primera y central transacción, en la que el trabajador es el vendedor de la mercancía *fuerza de trabajo* y el capitalista su comprador.

hombre se basa en la existencia de sujetos humanos vivientes. De acuerdo a Marx *el primer estado que cabe constatar es, por lo tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su relación con el resto de la naturaleza.* A partir de ahí el hombre se distingue del resto de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que sea. Sin embargo, en un momento histórico el hombre es quien empieza a ver la diferencia entre él y los animales y esta situación histórica tiene que ver con el puntual momento que empiezan a producir sus medios y formas de vida, paso este que se haya condicionado por su organización corpórea. Ahora, el hombre al producir sus medios de vida produce indirectamente su propia vida material, los factores de producción de éstos. Entonces, tal como vimos en el capítulo anterior, el modo de producir los medios de vida del hombre depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que hay que reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solo en sentido de reproducción de la existencia física de los sujetos porque el hombre en tanto trabajador, bajo las premisas y cierta organización de la forma y modo de producción, además determina una manera de la actividad del sujeto, de manifestar su vida. Los sujetos de ahora en adelante son tal y como manifiestan su vida. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, con la manera que ésta se organiza, con sus metas, objetivos, con la máquina, la técnica, con los factores de producción y el uso de algunos recursos específicos en desmedro de otros tantos que no se relacionan solo con la extracción de materias primas sino también con la tecnología a aplicar, con la manera de aplicar el saber tecnológico, con las características del régimen e incluso con la definición de la democracia a que aspiramos, todo lo que determina nuestra vida. Lo que el sujeto es depende, por lo tanto, de las condiciones materiales de producción. Esta producción además presupone un trato entre los sujetos y la forma del intercambio que está condicionada, a su vez, por la producción y distribución de esos bienes. El conflicto entre el progreso y la manera de producir, de circular y de distribuir los bienes y los servicios por parte del capitalismo, las contradicciones entre el hombre, sus necesidades y sus dominadores se ha hecho profunda; ya no existe la posibilidad de conciliar. Por eso el régimen neoliberal acaba por plantear y por defender con todos sus recursos un modo de vida totalitario. Cuando el capitalismo se enfrenta con el reto de mejorar nuestra calidad de vida, la alimentación, la salud, la educación y lo demás, confronta a su vez con sus propias incapacidades: por una parte tenemos un espectacular desarrollo de las fuerzas productivas que por otro lado no satisfacen las necesidades de los sectores populares. No puede debido a que estas fuerzas de la producción están subordinadas a intereses privados que tienen que ver con el lucro. Lo

interesante es que esta contradicción- que de la mejor manera nos manifiesta el neoliberalismo- incluso detiene y frena aquel desarrollo. En realidad, hoy es notoria la negligencia de la élite para plantear una gobernabilidad en los términos del bienestar común. En este aspecto, el régimen popular debe aprovechar la oportunidad y no quedarse en la retórica para mejorar en serio la eficiencia de sus medidas que intentan reconstruir el tejido social que fue violentado en la etapa neoliberal. La razón última es la batalla en favor de una forma de vida que disuelve las bases de la dominación, no un capitalismo humanizado al decir de algunos. Los logros y fracasos del capital invalidan su lógica y cultura. Ahí hay que actuar también: en beneficio de un saber que celebre la personalidad autónoma, el humanismo y aquel amor por el prójimo que hace tiempo dejaron de ser ideales de ese sistema. Lo que se presenta hoy no es solo el deterioro profundo de la cultura dominante en favor de las mayorías, sino también la refutación de la lógica de la élite. Y ocurre por las vivencias propias de los sectores populares, por lo que llamamos la realidad. Es decir, esta realidad sobrepasa su propia razón. El hombre bajo el modo del capital, de su manera de producir, resolvió muchos asuntos que antes eran insolubles, sin embargo, también traicionó la esperanza preservada en las sublimaciones de sus ideales. Desde luego, su manera de hacer las cosas, su cultura y razón siempre estuvieron en contradicción con la experiencia del pueblo, de hecho sólo una minoría privilegiada goza de sus bienes, pero la diferencia es que actualmente esto es más notorio. Si los medios masivos de comunicación reúnen a menudo inadvertidamente el poder, la política, la religión, la filosofía y una verdad con los anuncios comerciales, al hacerlo conducen esos aspectos de la cultura a su común denominador: a la forma de la *mercancía*: el valor del espíritu es del vendedor de mercadotecnia. Lo que importa es el valor de cambio, no la vida de los hombres ni la satisfacción o el goce pleno de una humanidad mejor. En el valor de cambio de las mercancías encontramos el fetiche de la realidad; y la cultura o razón que le sea ajena necesariamente es combatida. De ahí que el Chile alternativo debería dejar de lado aquel chauvinismo gregario y primitivo que nos lleva a reivindicar la cultura de la muerte, que nos hace creer que somos un país en crecimiento, europeo, de clase media, para defender nuestros orígenes, el saber popular que nos conduce por rutas distintas e incluso contradictorias respecto de las que nos impone el neoliberalismo y su forma de producir las mercancías.

Toda nueva fuerza productiva, cada factor tecnológico que se aplica en desmedro de otros y cada nueva conquista del saber trae como consecuencia un nuevo desarrollo de la división del trabajo y una mayor complejidad de la forma del control y dominio por parte del régimen político sobre la mayoría.

Al mismo tiempo, la división del trabajo conduce a la formación de diversos sectores productivos entre los sujetos que cooperan en determinados trabajos específicos. Por último, la posición que ocuparán entre sí estos sectores de la producción queda condicionada por el modo de aplicar el trabajo agrícola, el industrial y el comercial que se manifiesta por ejemplo en el patriarcalismo, en la esclavitud, en estamentos y finalmente en las clases sociales. El análisis empírico del arte popular, alternativo, nacional e inclusivo entonces tiene que considerar en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna especulación o abstracción, la relación realmente existente entre las estructuras políticas, la social, económica y cultural y la producción y distribución de los bienes que siempre son socialmente generados. La estructura del régimen precisamente surge de las estructuras del Estado, que así defiende sus intereses, brotando constantemente del proceso de vida del sujeto. Pero, del sujeto no surgido de la imaginación, formalidad y abstracción propia del idealismo metodológico, sino tal y como es, tal y como actúa y produce materialmente y, por tanto, tal como desarrollará su actividad bajo ciertos límites, premisas y condiciones materiales también independientes de su voluntad. Entonces, la producción de las ideas, la representación y la misma conciencia de los sujetos tampoco es parte del reinado del idealismo porque aparece, desde el principio de los tiempos, directamente conectada a la actividad material del hombre, como un lenguaje más de la vida. Las ideas, el pensamiento, las diversas necesidades materiales pero aún las espirituales del hombre se presentan como emanación directa de su comportamiento material manifestándose en el lenguaje de la acción política, en el derecho positivo, en la ética, en el credo, la teología, la metafísica (...) que son todas representaciones de una historia que puede ser la oficial o la popular. Ello depende de la actitud que asumamos en tanto estemos en condiciones de entender la función y el rol protagónico que nos corresponde en su historia y condiciones de vida. La clase social dominante es la que produce sus ideas, su representación, su cultura y sus valores pero también están en las mismas condiciones de hacerlo los trabajadores como clase. Lo central al respecto es entender que se trata de hombres reales y activos tal y como se hallan condicionados por la forma del desarrollo y de la definición de la producción. La *conciencia*- de la que hablaré más adelante- nunca puede ser otra cosa que el ser consciente, y el ser del hombre es su proceso de vida real que no tiene relación con el idealismo dominante.

La importancia del materialismo como método analítico que sustenta el arte de poder de los trabajadores es que no arranca desde el sujeto formal y abstracto al modo que lo hace el idealismo sino que, en primer término, lo hace desde el hombre concreto, de sus necesidades y urgencias reales como trabajadores, de sus condición de vida inmediata. Es decir, no parte de lo que

el sujeto dice representar, tampoco del sujeto predicado o imaginado por la metafísica, para llegar, desde ese lugar profundamente idealista, al hombre de carne y hueso. La metodología materialista, histórica- dialéctica se origina desde el hombre que realmente actúa en tanto trabajador y, arrancando de su proceso de vida concreta, expone también el desarrollo de la conciencia, de las ideas y los puntos de vistas ideológicos que son parte del régimen y del Estado dominante. Finalmente, este modo de considerar y analizar al hombre en su realidad, en toda su materialidad, posee sus ideas y premisas a las que se refiere Marx de la siguiente manera:

“Parte de las condiciones reales no las perderá de vista ni por un momento. Sus premisas son los hombres en tanto ser social, es decir, no tomados en un aislamiento y rigidez fantástica, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones. En cuanto se expone este proceso activo de vida, la historia deja de ser una colección de hechos muertos, como lo es para los empíricos, todavía abstractos, o una acción imaginaria de sujetos imaginarios, como lo es para los idealistas”.

Ahí radica la importancia del hombre (en tanto ser social) desde el cual necesariamente arranca cualquier posibilidad de análisis y acción política en el intento de construcción y reconstrucción de un arte de poder que funda la gestión y la cultura popular. De este modo, el arte de resistencia del pueblo si en realidad quiere ser tal, si en verdad busca presentarse como alternativa al régimen neoliberal, y más aún al propio Estado capitalista, si pretende con su accionar subvertir las estructuras del Estado para dar paso a formas mucho más racionales de organización colectiva de la vida del hombre, si pretende con su acción representar la cultura popular y aún más resolver los problemas y dramas diarios, cotidianos y constantes, a los que nos hace enfrentarnos y nos expone el neoliberalismo en tanto sobrevivientes, en tanto trabajadores, o peor aún, en tanto excluidos o marginados de los supuestos beneficios de su también falso orden, de su mediocre democracia que no puede concretar nada o su ineficiente e ineficaz gobernabilidad, que a la vez nos demuestra con todos sus bríos las múltiples incapacidades que tienen los tecnócratas para pensar y actuar en términos del bien común, si entonces portulamos un arte de resistencia que transitando el camino desde el arte de poder que conquista el dominio social- político, en todos los ámbitos, logra gestionar la agenda de gobierno en favor de los trabajadores, de los que siempre fueron postergados a pesar de ser los que generan finalmente la riqueza de las naciones, entonces nos urge pensar y actuar en términos más racionales, menos dogmáticos, nos

urge dejar de lado en su justa medida el idealismo metodológico con el que refuerzan sus mitos los dominantes para desde ahí, en base al ser social que definitivamente es *genérico* plantear las políticas que estamos dispuestos a defender y sostener en el largo pero fructífero proceso que nos conducirá a la *(r)evolución permanente*.

La vida como el mejor fundamento de la libertad.

Allí donde termina la especulación propia del idealismo metodológico, en la vida real de los trabajadores, empieza también la ciencia real y positiva, un saber científico que se expresa en la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres para desde ese ámbito intentar solucionar los problemas y dramas de las mayorías con vistas al bien común. Ahí precisamente radica la lógica de la razón del humanismo militante. Ahí radica además su superioridad respecto de la razón y lógica capitalista que en su afán abstracto, en su falsa reivindicación de independencia y objetividad que se impone ella misma por su imposibilidad de solucionar los problemas prácticos de las mayorías, se convierte en un saber cada vez más irracional e inundado de mitos por doquier. En cambio, el conocimiento del humanismo (siempre comprometido con el interés del trabajador) es un saber ligado a las urgencias del hombre, a la búsqueda de soluciones para las mayorías, que así no tiene nada de independiente ni objetivo; está bien que así lo sea porque de esa manera se vuelve profundamente racional. Lo que estoy diciendo es que el saber del humanismo, en la medida que busca resolver los dramas de las amplias mayorías al interior de determinado país, en la medida que logra mostrarse como genuino representante de los intereses de esas mayorías y en la forma en que los trabajadores lo perciban como tal, como un real arte de posibilidad de solución de los problemas que son considerados socialmente problematizables, sobre los que es lícito ocuparse y preocuparse en el ámbito del régimen político en general y del gobierno en particular, no es para nada objetivo ni imparcial desde el momento preciso que postula la reivindicación de los intereses y formas de vida de los trabajadores a expensas inclusive de los intereses de la minoría; sí será mucho más racional al postular formas de convivencia que por ser más democráticas, que por ser inclusivas y justas, equilibradas y humanas, son más sustentables en el largo plazo en términos de convivencia colectiva. Entonces, es totalmente válido que dejando de lado las pretensiones de *objetividad e imparcialidad* de los sectores dominantes hagamos hincapié en la cuestión de la racionalidad de las políticas públicas que estemos dispuestos a proponer en el ámbito de la gestión del poder que

también es popular. O mejor aún, que denunciemos la falsa *objetividad* y la también falsa presunción de *imparcialidad* de los dominantes para plantear nuestra propia definición de esos conceptos que necesariamente están ligados a la lógica o no del planteamiento de cierta política que busque resolver los asuntos comunes a todos. Así, me parece que la *racionalidad*, la *objetividad* e *imparcialidad* de una política pública será tanto más *racional*, más *objetiva* e *imparcial* cuando defiende el derecho a la vida por sobre la primacía de la propiedad, las conquistas y los valores del trabajador en cuanto clase social que aspira al poder, que aspirará a recrear el poder popular que tantas veces quedó pendiente, truncado por la reacción fuertemente violenta de los grupos y factores de poder históricamente dominantes que hace mucho tiempo se deshicieron de su careta democrática cuando está en juego el poder mismo.

Es en este saber humanista- desde ahora mucho más racional, objetivo e imparcial en los términos recién descritos- donde se terminan por fin las frases grandilocuentes, las teorías absolutistas y las verdades absolutas sobre la conciencia, el conocimiento, la idea y el objeto absoluto y pasa a ocupar su sitio el saber fundado en el arte popular que busca resolver los problemas que se presentan como desafíos socialmente importantes para una convivencia mucho más humana de los hombres que conquista una mejor calidad de vida. De hecho, a través del conocimiento marxista, la filosofía, la que se funda en la especulación independiente- abstracta, en seres del cielo del más allá antes que en el hombre del más acá, pierde, con la exposición de la realidad, el medio por el cual existe en la medida que, lo reconozcan o no los factores de poder dominantes, todas las abstracciones y especulaciones filosóficas en que se basa el neoliberal de por sí, separadas de la historia concreta, carecen de valor ante la contundencia metodológicamente racional del saber popular. La cultura dominante sólo se puede servir para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar determinada sucesión de los diversos estratos, pero no ofrece bajo ninguna consideración un patrón real con arreglo al que pueda aderezarse la época histórica. Por el contrario, la dificultad arranca ahí donde se aborda la ordenación del propio material histórico, sea de una época pasada o presente, con el objetivo de exponer la realidad o no de los hechos que fundan esta historia. La eliminación de estas dificultades metodológicas del idealismo dominante hállanse condicionadas por algunas premisas que en modo alguno pueden darse aquí, pues se derivan del análisis del proceso de la vida real y la acción de los individuos en cada época.

Es bueno metodológicamente hablando destacar ciertas fábulas, mitos y abstracciones del saber de los dominantes para oponerlas directamente a la ideología, ilustrándolas con ejemplos históricos que no por eso dejan de ser recientes en el sentido que todavía condicionan la vida de miles y millones

de trabajadores por el mundo. Tratándose del neoliberal, situado al margen del racionalismo, al límite del absurdo incluso, hay que empezar por señalar que la primera premisa de toda la existencia humana y también, por tanto, de la historia del hombre, es que éste se halle, para poder hacer la historia, en condición de vivir, con vida digo. Ahora bien, para existir el hombre necesita el agua, la comida, necesita vestimenta, ropa, vivienda y en la medida en que la sociedad se complejice, necesitará algunas cuestiones más relativas con las necesidades básicas para la vida urbana moderna como el gas, la electricidad, la salud, el transporte y el trabajo. A partir de ahí, el primer hecho histórico es el de la producción de los medios indispensables para la satisfacción de aquellas necesidades básicas para la vida del hombre, es decir la producción de la vida material misma. Y no me cabe ninguna duda que es éste un hecho concreto e histórico porque es condición fundamental para toda historia, que lo mismo hoy como desde hace miles de años atrás, necesita cumplirse todos los días para reasegurar la vida de todos. Estoy diciendo que la supervivencia es indispensable para cualquier historia. Así de obvio y contundente. Y aún cuando la vida de los sentidos del hombre se reduzca a lo más elemental y prehistórico, este mínimo presupondrá la producción de este mínimo. De ahí que lo primero a considerar en toda concepción de la historia del hombre es poder observar este hecho fundamental en todo su alcance colocando la vida y los medios de supervivencia en el lugar que le corresponde como manera de reivindicar la vida misma. Por esto, el idealismo metodológico neoliberal cae en el nihilismo absoluto mientras la concepción del humanismo, que ahora se expresa en los regímenes nacionales y populares que reivindican la primacía de la vida de las mayorías, es la base central de la (r) evolución permanente. Ahí radica la complejidad de reivindicar la vida concreta de los trabajadores y del saber que le asiste. Entonces, surge la imperiosa necesidad de supeditar el idealismo como saber a la vida del hombre, al cumplimiento y la satisfacción de sus necesidades. Cosa que los neoliberales, como es sabido, no han hecho nunca, razón por la que jamás tuvieron una base terrenal para la historia ni menos un historiador que convocara a esas mayorías en favor del bienestar general. Ni siquiera están en condiciones de resguardar la vida y por eso bajo el neoliberalismo, a partir de sus premisas y la definición que nos plantea del crecimiento pero en primer lugar del desarrollo y su forma de la producción de los bienes que son necesarios para la vida, la distribución y la manera de uso indiscriminado de las materias primas y los recursos del planeta, colocan en peligro inclusive la supervivencia de la especie humana. La lucha contra el régimen neoliberal es así una cuestión de supervivencia al nivel de la especie humana porque reivindicando las necesidades e intereses de la acumulación privada del capital se termina colocando en peligro la vida

de todos, a vida del planeta. Así de peligrosos son estos muchachos, así de parciales, de funestos e irracionales se muestran cuando las cosas son puestas en su lugar, en su justo medio.

El neoliberalismo, en base a sus múltiples irracionalidades, termina al fin planteando antes que el buen vivir y una mejoría sustancial de la calidad de vida del trabajador a través de la satisfacción de sus necesidades básicas, el consumo desenfrenado, sin ninguna consideración, porque éste no tiene valor alguno por la vida desde el momento que logra anteponer el derecho a propiedad sobre la primacía de ésta y porque, bajo su parcial punto de vista, el sistema de satisfacción de necesidades funciona de manera tal que cuando es satisfecha una primera necesidad la acción de satisfacerla y la adquisición de las herramientas necesarias para eso, nos conduce inmeditamente a nuevas necesidades; es esta creación constante y continua de necesidades nuevas el primer hecho histórico- en el sentido que resguardará la vida de los hombres- del que el neoliberalismo trata de sacar provecho en favor de su dominio. En este proceso queda inmediatamente claro que la sabiduría histórica y cultura neoliberal basada en el idealismo metodológico, una vez que es expuesto a estas cuestiones, le falta material positivo y no resuelve ninguna necesidad política, ni teológica ni literaria, ni de ningún tipo, salvo las que se refieren al interés de la acumulación privada del capital. El saber neoliberal no ofrece historia alguna, sino que hace desfilar frente a nosotros la historia oficial, de manual, esa falsa historia que habría terminado en los '90, con la caída de los mal llamados socialismos reales y la supremacía absoluta de las formas del Estado capitalista. Pero, toda esta gente al servicio de los factores de poder más reaccionarios ni quisiera es capaz de explicarnos el final de la historia en sentido propio, aunque es evidente que, por otra parte, sus especulaciones y abstracciones se lanzarán con especial fruición a este final porque ahora en este terreno creen hallarse por fin a salvo de la ingerencia de las ideologías, que también acabaría, para dar rienda suelta a sus impulsos especulativos y proponer y echar por tierra miles de hipótesis, ideas y políticas públicas que eventualmente puedan mejorar la vida de la mayoría. Otro factor central en la reivindicación del derecho a la vida como realidad que fundará un saber crítico, un conocimiento mucho más racional en los términos que definí, es que desde el principio en la historia del hombre intervienen medios, útiles, instrumentos, herramientas y el propio hombre que renueva diariamente su vida al tiempo que en el proceso, del que nadie puede sustraerse realmente, de ahí su carácter social, crean otros hombres. Estoy hablando de la relación entre marido y mujer, entre padres e hijos, de la familia como núcleo básico de la organización social. Esta familia, un poco más tarde, cuando el hombre empieza a desarrollarse, cuando en este contexto también las necesidades se

multiplican y se desarrollan, creará nuevas relaciones sociales, bastante más complejas, donde también se complejizan los usos y necesidades básicas que a su vez en este ámbito crean otras necesidades, ajustándose los conceptos e ideas anteriores de los hombres, su cultura, su saber y el mismo hombre, a la nueva situación planteada por este desarrollo. Es de esa forma que el proceso histórico crea definitivamente nuevos hombres.

Hasta este punto lo único que he hecho es reivindicar las formas más gregarias y elementales de la vida y aún de la supervivencia del hombre. Es un ejercicio que no está demás y en el que hay que insistir majaderamente por las mismas irracionalidades de la cultura y saber capitalista en general, que a pesar de la inherente irracionalidad de sus formas, es profundamente complejo y dominante a nivel global. Entonces, la reproducción de la vida, tanto de la propia en el trabajo como de la ajena en la procreación, ahora se manifiesta inmediatamente como una relación doble- tal y como nos plantea Marx- donde por una parte tenemos una relación bien natural, más gregaria y elemental pero necesaria para la vida del hombre, y de otra parte tenemos una relación social en el sentido que por ella se entiende la cooperación de diversos sujetos, cualesquiera sea su condición, su modo o fin. De esta doble relación natural- social se desprenderá que cierto modo de producción y de distribución de bienes, con sus medios y factores que determinan una forma tecnológica de pensar y definir la realidad, lleva siempre aparejado un modo de cooperación y de dominio político- social que por supuesto también se expresa en el ámbito de lo económico y lo cultural. Lo único que finalmente varía entre un modo de hacer cada cosa, de cooperación, de producción y de distribución de bienes así por todos generados, es quien ejerce el dominio y a favor de qué interés o forma de vida. En este contexto solo me cabe decir que el dominio de la mayoría sobre la minoría es mucho más racional, inclusive justo históricamente, por el solo hecho que los trabajadores son la mayoría y están en todo su derecho a imponer sus modos de vida, su cultura, intereses y bienestar sobre la clase capitalista. Tremenda diferencia y responsabilidad la de poder definir el modo de producción, de cooperación y de distribución de los bienes. Otra vez solo puedo decir que la liberación de los hombres no es posible si no es en el mundo real y con los medios reales, que no se podrá abolir la esclavitud sin la teología necesaria, compleja y conveniente que busca por todos los medios la mejoría de la calidad de vida de todos a partir de políticas de pleno empleo de la fuerza de trabajo de la forma más racional, que no se puede abolir la servidumbre y el hambre sin tomar posesión de los recursos de la agricultura, que, en general, no se puede liberar al trabajador en cuanto clase mientras no estén en condiciones de asegurarse plenamente el alimento, la bebida, la vivienda, la vestimenta y en general las necesidades

básicas de forma adecuada en relación a la calidad y a la cantidad suficiente. Luego de este primer paso que busca resguardar la vida de los trabajadores, además, en consonancia con el grado del desarrollo de esa calidad de vida, el sujeto individual, el absurdo de la sustancia, la autoconciencia, la idea y cada concepto puro y abstracto, la verdad absoluta, absolutista y la crítica formal, todas y cada una de las diversas expresiones de la necesidad de dominio del Estado capitalista, se vuelven grandes ilusiones frente a la gallardía del arte popular, de la gestión del trabajador sobre las temáticas que nos involucran a todos porque siempre, lo reconozcan o no los enemigos del hombre en su delirio por la defensa de la acumulación privada del capital, está primero la vida como el mejor fundamento de libertad de la mayoría.

La batalla por la conciencia, el lenguaje y el saber.

Solamente ahora, después de haber considerado ya este gran momento en la historia de los hombres, después de ver como el proceso de creación y satisfacción de las necesidades de estos mismos hombres crea otros hombres en un doble aspecto, en el sentido doble de esa relación natural a través de la procreación física pero también a través de aquella relación social y colectiva que es la que acá me interesa, nos daremos cuenta que el hombre también es portador de una conciencia que eventualmente puede reforzar o debilitar la forma del saber y la cultura dominante. Pero, tampoco esta conciencia- en la medida en que es parte y manifestación sustancial del proceso de satisfacción de las necesidades del hombre, que involucra además ciertas formas de hacer y de no hacer, cierta razón e interés, instrumentos y herramientas a usar en el trabajo, en la búsqueda de los medios de vida que respondan a determinada manera de producción y distribución social y política con su propia lógica- podría ser la conciencia pura al modo que se refiere el idealismo neoliberal. El espíritu ya no puede definirse en base a ese idealismo y su idea absoluta, verdades inmutables y relajación intelectual porque inclusive él está preñado de materialidad, que aquí se manifiesta en forma de capa de aire en constante movimiento, de sonidos, de definiciones, en una palabra, bajo la forma de un lenguaje fundado en una gramática del poder donde unos lo ejercen contra el interés de las mayorías. El lenguaje como poder, como gramática de dominio entonces es tan antiguo como la conciencia porque es resultado de múltiples relaciones sociales inherentes y constitutivas del proceso de supervivencia de los hombres. El lenguaje es la forma más básica, elemental y gregaria, pero también es la más compleja y absoluta relación establecida entre los sujetos y en tanto es herramienta primera de relación social, de socialización, al mismo

tiempo es instrumento de control y dominio basado en la defensa de ciertas definiciones, cierto sentido y conceptos que involucran determinadas formas de entender y de expresarse, de manifestarse y relacionarse con el mundo que nos rodea y al hombre que lo constituye tanto en el ámbito individual como en el ámbito de sujetos sociales- políticos colectivos. En palabras de Marx:

“El lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por tanto, comienza a existir también para mí mismo; y el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad, de los apremios de relación con los demás hombres. Donde existe una actitud, existe para mí, pues el animal no tiene “actitud” ante nada ni, en general, podemos decir que tenga “actitud” alguna. Para el animal, sus relaciones con otros no existen como tales relaciones. La conciencia, por tanto, es ya de antemano un producto social, y lo seguirá siendo mientras existan seres humanos”.

Sin embargo, *conciencia* y la *clase social* no implican necesariamente una relación inmediata en el sentido que los diferentes sujetos sólo están en condiciones de formar una clase social cuando están obligados a sostener una batalla común contra otra clase, cuando se ven en la necesidad imperiosa de defender su interés que por definición será contrario al interés de la otra clase social, pues de otro modo ellos mismos se enfrentarían los unos a los otros, hostilmente, en el plano de una competencia feroz. Además, hay que tener en claro que la clase se sustantiva, asume su función de ser, a su vez, frente a los sujetos que la conforman, de tal manera que éstos se encuentran ya con sus condiciones de vida preestablecidas. En otras palabras, el sujeto en tanto que pertenece a una clase social se encuentra con que la propia clase le asigna su posición en su vida particular, su función y roles y, con eso, la trayectoria de su desarrollo personal, sus sueños, sus expectativas, valores, la ética y de ahí la propia conciencia que le corresponde. En ese sentido, la conciencia- ya sea del trabajador o de la clase patronal- es parte del proceso de procreación de un nuevo sujeto social y político, con determinados intereses, expectativas de vida y una cultura en particular. El sujeto se ve absorbido por la clase social fundada en determinada conciencia. Es el mismo fenómeno que se producirá con el sometimiento de los diferentes sujetos a la división del trabajo, que les asigna ciertos roles y funciones específicas en el ámbito de la producción, y que para eliminar no hay otra ruta que la primacía de la vida de las mayorías sobre el derecho de propiedad y del trabajo establecido bajo los términos del Estado capitalista y los regímenes políticos que lo expresan. De hecho, ya en varias oportunidades indiqué cómo ese sometimiento de los sujetos a la clase

social se desarrollará hasta convertirse, al mismo tiempo, en un sometimiento ligado indefectiblemente a ciertas ideas específicas, a determinada forma de ver, de pensar e inclusive de sentir el mundo y la realidad cotidiana de los trabajadores bajo el modo capitalista por ejemplo. En este momento preciso es cuando entraría en acción la necesidad de una gramática de dominio y de control fundada en el lenguaje de poder de las minorías sobre la mayoría. Si consideramos filosóficamente esta procreación social y este desarrollo de los individuos en las condiciones comunes de existencia de los estamentos y la clase social que se suceden históricamente y con arreglo a las ideas generales que de este modo les imponen, a la manera como hacen los autores adscritos al idealismo metodológico, fácilmente podemos imaginar que en este sujeto no hay nada de trascendente, nada real ni concreto, y antes bien hay un sujeto carente de lógica, un sujeto que violenta la forma de reacción política de los trabajadores en su largo y arduo proceso de emancipación que así involucra otro lenguaje, otra forma de acción política, una nueva gramática en favor del arte posible constitutivo de los actores y del sujeto político que representa y manifiesta la cultura e intereses populares. Un proceso de liberación que solo es posible cuando la inclusión del sujeto lo conduce a la formación de una clase donde ya no se oponga ningún interés especial, parcial y particular al interés y bienestar común.

La transformación de las relaciones personales de los trabajadores en relaciones materiales, la nueva relación que se establece desde la procreación natural a la procreación social de los sujetos en el sentido de búsqueda de la satisfacción de las necesidades y urgencias de la amplia mayoría a través de un proceso de producción y distribución justa de los beneficios del régimen, no puede revocarse a través del idealismo sino haciendo que el sujeto someta a su mando y control las formas de producción y distribución a través de una nueva definición de estos procesos lo que de por sí involucra una tremenda conciencia popular desde el momento que implica la superación definitiva de las estructuras del Estado capitalista y sus regímenes políticos, su lenguaje y su gramática. Por supuesto que todo esto no es posible sin la comunidad, de ahí la importancia de la conciencia de los trabajadores. Conciencia que funda y a su vez fundamentará el arte de poder de los mismos. Solo en el ámbito social, de las relaciones sociales, el trabajador adquiere los medios necesarios para desarrollar sus capacidades en todos los sentidos. Solamente dentro de la comunidad es posible, por lo tanto, la libertad personal y la conciencia del rol histórico que a los trabajadores les corresponde como protagonistas de la historia. Dentro de la comunidad real, los trabajadores adquieren, al mismo tiempo, su libertad al asociarse y por medio de esta asociación de clase ellos fundamentan la defensa del interés y la primacía de la cultura popular. Así, la

conciencia en un principio, en su origen más simple, banal y original, será la conciencia del mundo inmediato y sensible, de las cosas que nos rodean, de nuestras vivencias y experiencias más directas y naturales en el sentido que como especie intentamos sobrevivir ante la hostilidad propia de la naturaleza. Sin embargo, la conciencia también es mucho más compleja en la medida en que el hombre se desarrolla porque también existe y se manifiesta en esos nexos limitados que establece con otras personas y cosas, porque se expresa además fuera del sujeto consciente de sí a través de relaciones sociales. Esta conciencia más compleja se desarrolla en la medida que los hombres tienen necesidad de entablar relaciones con otros hombres y con otras cosas que los circundan. Es este precisamente el origen e inicio de la conciencia de que el sujeto vive y se desarrolla, adquiere sus capacidades y sus roles, en general, dentro de un régimen político- social que involucra también el ámbito de lo cultural, lo económico y lo comercial. Este proceso tiene un comienzo en las relaciones tribales, en la familia ahora entendida como primera unidad básica de organización del hombre que es tan elemental como la propia vida social, por lo menos en esta fase. Esa conciencia gregaria se desarrolla y también un poco después se perfecciona decididamente al aumentar la productividad del modo de producción, al incrementarse las necesidades de los hombres y al multiplicarse la población, todo lo cual involucra además desafíos nuevos y racionales en el ámbito de la distribución de los bienes generados por todos.

Al final, la conciencia de los propios trabajadores sólo se convierte en auténtica conciencia del rol que les corresponde a partir del momento en que, dada la nueva complejidad que adquiere el Estado y el régimen, se separan el trabajo material del trabajo mental. A partir de este momento preciso, puede ya la conciencia social imaginarse que es algo distinto de la conciencia de la acción práctica elemental, la que llevará al hombre a buscar los alimentos y a sobrevivir como especie. Será esta conciencia social también la que llevará a los hombres a crear de manera constante un lenguaje cada vez más complejo y rico en conceptos que respondan a su modo de vida. A partir de este nuevo momento en el desarrollo del hombre la conciencia se encuentra en reales condiciones de emanciparse y entregarse a la creación de una teoría, de una teología, del saber de la filosofía, de la ética y la moral, de la cultura y los valores que justifiquen la primacía de ciertos intereses sobre otros. Es decir, a partir de ahora el hombre desarrolla un lenguaje- tanto real como abstracto- que justifica ese mundo real e imaginario, esa teoría, ética, valores y cultura. Sin embargo, la historia nos demuestra que la teoría, la teología, el saber y la cultura que logra primar por los siglos de los siglos se basa desde siempre y en primer término en el idealismo metodológico. Eso se produce por el hecho que esta teoría, esta teología, filosofía, moral y cultura basada en el idealismo

metodológico, en un lenguaje y léxico de poder contradictorio y minoritario, lo es porque está en contradicción profunda con las relaciones sociales que existen lo que necesariamente implica que esas mismas relaciones se hallan, a su vez, en contradicción con la forma en que se expresa la producción y la distribución dominante. Y estas expresiones de la forma de control y dominio se manifiesta en la definición, en los conceptos e ideas dominantes que desde siempre hace a la estructura del lenguaje del poder. Pero, desde la perspectiva del lenguaje como parte de una gramática del poder esta vez de las mayorías, del trabajador, tenemos el desafío de plantearnos el cambio y la (r)evolución como necesariamente permanente. Es un gran desafío concebir nuestra (r)evolución como *permanente* porque para serlo será anticapitalista en los términos de creación, expansión, multiplicación y aún de confluencia de las grietas y rupturas que se expanden por toda la red de dominación del modo y Estado capitalista que se expresa además a través de las acciones del régimen. Es un rechazo, es una rebeldía, una nueva dignidad del hombre que se construye a través del arte de resistencia de los trabajadores que involucra un *No*, pero un *No hasta vencer* como en cierto momento de la historia de nuestro país lo pensaron los comunistas. Sin embargo, ahora ese *No hasta vencer* involucra no solo la herencia de la dictadura (de la cual el régimen neoliberal es clara expresión) sino también la herencia de la lógica del Estado capitalista manifestada en maneras únicas de producción, de distribución y de circulación de las mercancías. Este *No* involucra superar definitivamente la estructura de este Estado por todo lo que está en juego en este proceso. Un *No*, pero un *No hasta vencer* donde el verbo *vencer* va abriendo otro hacer, otra forma de acción política y social, un modo redentor, de *negación* que se convierte en arte de resistencia pero también de *creación* del poder y gestión popular. Es en esta segunda conjugación verbal donde se definirá el arte de poder, la posibilidad de emancipación y libertad. No es tarea fácil pero todo el tiempo, en tanto somos reales trabajadores y mercancías al servicio de los designios e intereses del capital, y así somos las víctimas predilectas de la organización capitalista de la vida, nos rebelamos contra la lógica agresiva de la acumulación privada y desenfrenada, tratando de crear otro sujeto y otros actores colectivos, ciertos espacios de resistencia política, social y cultural de una profunda conciencia porque, sea de modo natural o conciente, sabemos al fin que el Estado capitalista y la vida, la procreación y la reivindicación de las dignidades del hombre son claramente incompatibles e irreconciliables.

De hecho, a partir de esta constatación, que es muy real a expensas de los intereses del idealismo capitalista y en favor del empirismo de la historia de los hombres, la humanidad es una lucha constante, desde siempre, contra el Estado capitalista donde el trabajador trata de crear otras formas de hacer

las cosas, de pensar la democracia, más allá de la abstracción y la formalidad, una democracia pensada desde abajo, colectivamente, que se expresa en otra manera de organización e instituciones que batallan contra la sujeción de los recursos naturales, mineros y energéticos al capital e interés privado, que busca terminar con la sujeción de nuestros recursos a la lógica del mercado, que además se manifiesta en la lucha que cotidianamente llevamos adelante para intentar vivir lo más dignamente posible, con trabajo, con educación y con salud, todos ámbitos que deberían pertenecer a la esfera pública en tanto son los pilares sobre los que descansa la defensa de la vida. Por esto mismo, nuestros países, Latinoamérica, cada zona que compone el sistema comercial globalizado bajo los parámetros neoliberales, está llena de contradicciones y de grietas del sistema, de lucha contra estas contradicciones que no hacen otra cosa que favorecer la posibilidad de un lenguaje alternativo a la realidad que impera por omisión de la mayoría. Es que la mayor parte de los trabajadores, de una u otra manera, por más que respalden el estado actual de las cosas, se sienten agredidos por la dinámica del Estado y del modo capitalista, y casi todos así- aunque sea de una forma no tan perceptible como quisiéramos- nos resistimos al régimen político y su Estado, tratamos de caminar en sentido opuesto a su lógica, a su saber y convicciones. Es que vivimos y sentimos en un Estado capitalista (cuya expresión global se desarrolla a partir del sistema comercial globalizado bajo los parámetros neoliberales y que es el ámbito donde se relaciona con otros Estados) plenamente contradictorio donde este antagonismo nos atraviesa y nos sobrepasa en algunas ocasiones. Se impone así la realidad que nuestra existencia como trabajadores (bajo la condición de tener que vivir de un jornal determinado a priori por el Estado capitalista y los factores de poder que racionalizan la dominación política- social de una clase claramente minoritaria que poca relación tiene con el bienestar común) es una existencia contradictoria en que la lucha contra el Estado capitalista, una vez más, nos demuestra que el mundo, con todos los antagonismos que implica bajo la directriz capitalista, tiene dos ámbitos que lo definen. Por un lado, un ámbito que predomina y postula la subordinación total de la vida del trabajador a la gran lógica del dinero, del automatismo de los mercados, de la plusvalía arrancada por el dueño de los medios de producción al trabajador, que nos conduce a la destrucción de la humanidad cuando vemos que esta necesidad de plusvalía, que justifica y fundamenta la acumulación privada de los capitales, violenta incluso nuestro medio ambiente y depreda los recursos naturales que al final, todos y cada uno de ellos, se agotan bajo la concepción del desarrollo y de la tecnología de los neoliberales. Por otro lado, tenemos el ámbito de la lucha, de la rebeldía que significa la resistencia, el lenguaje de una gramática del poder que gestiona en favor de la cultura popular, de la

vida, que se basa en un régimen que intenta crear una sociedad basada en el reconocimiento mutuo de la dignidad del hombre y en otro modo de convivir que busca superar la forma no humana de vida. En este contexto, la primera tarea del régimen popular es definida inexorablemente por la reconstrucción política, social, económica y cultural posterior al cataclismo que nos conduce y nos lanza el neoliberalismo en su afán de espuria ganancia. En estos años iniciales de gestión popular, de una gramática del poder popular que intenta hacerse camino al andar como bien lo dijo en su oportunidad el poeta, en esos años iniciales digo, el trabajador a través de sus representantes tiene que rehacer, paulatina y progresivamente pero sin descanso, una nacionalidad en ruinas a partir de la defensa irrestricta de la razón que se funda en la vida de las personas, en una mejoría notable de la calidad de vida de la mayoría. Para eso hay que actuar con ahínco, con decisión, con astucia y sin renunciar, bajo ningún concepto ni momento, a las convicciones, a las ideas, al verbo y al lenguaje que nos lleva a entender que es el Estado capitalista y su estructura la que nos oprime en demasía. Actuar con ahínco también se traduce en otros momentos, únicos, en los que la historia logra quebrarse para emerger de ella lo nuevo, lo mejor, lo insospechado, lo que enloquece todo lo establecido por los dominantes, lo que enloquece las fábulas aceptadas desde siempre y que buscan abrir una brecha profunda por donde se produce un gran giro de esa historia que fluye hacia otras posibilidades que nada tienen que ver ahora con el estado actual de la situación.

El sentido político de la distribución.

Con la división del trabajo en el ámbito de lo espiritual y lo material a que nos conduce la constante complejidad de las relaciones y organizaciones políticas y sociales a través de las que el sujeto busca satisfacer sus urgencias en un ámbito de constante mejoría de las condiciones de vida y trabajo o no de las amplias mayorías, que además lleva implícita todas las contradicciones en relación a la conciencia social, el lenguaje y la gramática de un poder que se ejerce contra los sectores y grupos mayoritarios, contra los trabajadores en tanto clase y que, a su vez, descansa sobre la división natural del trabajo en el seno de la familia y en la división de la sociedad en diversas familias que son opuestas, se dará, al mismo tiempo, una distribución desigual de los bienes y servicios generados socialmente lo que además involucrará al trabajo y sus productos. Entonces, la propiedad tiene su primer germen, su forma original en el núcleo familiar, donde la mujer y los hijos serán esclavos del marido. Por supuesto, esta es una esclavitud bastante rudimentaria pero no por eso

menos importante para el desarrollo posterior del sujeto y de su organización colectiva. Ciertamente, esta esclavitud elemental, bien latente en el núcleo familiar, es una primera forma de propiedad, que además se corresponderá perfectamente con la definición de los economistas al servicio del neoliberal, según los cuales es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de los otros. Por lo demás, si lo entendemos desde esta lógica, la división del trabajo y la supremacía de la propiedad privada son dos conceptos que se identifican y aún solidarizan entre sí. De hecho, la *división del trabajo* dice, referido a la actividad del trabajador, lo mismo que la primacía de la propiedad privada cuando se refiere al producto generado por cierta división del trabajo y no por otra. En el Estado, en su modo capitalista y en su razón, la división del trabajo llevará aparejada la contradicción entre el interés del sujeto concreto- la satisfacción de sus necesidades- y el interés común de individuos entre sí relacionados; interés común que no existe ciertamente sólo en la abstracción, como algo que es *general*, al modo de la *voluntad general* de Rousseau, sino que se presenta en la realidad como una relación de mutua dependencia de los trabajadores entre los que aparece dividido el trabajo. Precisamente, dada esta contradicción entre la lógica de la división del trabajo y la forma de propiedad de los factores de producción e inclusive sobre la misma cadena de distribución de los beneficios del régimen- que se expresa en la contradicción del interés particular del sujeto y los intereses ligados al bien común- cobra el Estado y el régimen que le asiste una forma independiente, separada de los intereses particulares y colectivos del hombre en tanto trabajador y, al mismo tiempo, adquiere la forma de comunidad ilusoria, formal y abstracta, pero siempre justificado sobre la base real de estas relaciones sociales que existen y, sobre todo, sobre la base del interés de clase, esta vez condicionada por la misma división del trabajo, y entre las que existe una que domina.²²

²² Al profundizar en el proceso de *fetichización de la mercancía*, los trabajadores, vemos que el *dinero*, en tanto categoría que integra el mismo proceso de producción, de distribución y de circulación capitalista, no le interesa el que se le invierta en esta o en otra mercancía: le importa solo la forma general de equivalencia de las mercancías en la medida que hace posible el intercambio, las que indican por los precios que representan idealmente una suma de dinero. Sólo entonces, cuando se convierte en dinero, asumen la forma por la que pueden cambiarse en valores de uso para quien la posee. Cuando la *fuerza de trabajo* aparece en el mercado como mercancía exclusiva del trabajador, como medio exclusivo en el proceso de su vida vendida en forma de salario, como pago del trabajo por él efectuado, su compra y su venta no se distingue en nada de la compra y venta de cualquier otra mercancía porque acá lo característico no es que la mercancía *fuerza de trabajo* pueda comprarse o venderse sino que lo central es el hecho atroz que precisamente esta *fuerza de trabajo* aparezca como mercancía.

De lo anterior simplemente se desprende que todas las luchas libradas por los sujetos políticos al interior del régimen, que además se libran en base a una idea, una definición y sentido de “lo público” y del Estado en general, la lucha entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, la lucha por el derecho al voto o por la inclusión social del trabajador, no son sino diversas formas ilusorias de lucha si no están dirigidas contra las estructuras del Estado y modo capitalista, momento en que se ventila la lucha real entre las clases por la primacía de sus respectivos intereses. Se desprende de todo lo anterior, asimismo, que cualquier clase social que aspire a implantar su arte de dominación y de control sobre la otra, aunque ésta, como ocurre en el caso de los trabajadores condicione en absoluto la abolición de toda la forma de Estado anterior y de la dominación en general, debería empezar por la conquista del control del régimen político, para poder presentar, a su vez, su interés de clase en particular como “interés general”, cosa que en el primer momento se verá obligada a hacer por los medios que disponga a su alcance. En todo caso, la diferencia de los trabajadores respecto de la clase patronal es que el interés particular de los trabajadores como clase es al fin y al cabo el interés particular de la mayoría de la población. De ahí radica la legitimidad del trabajador para imponerse políticamente hablando. Precisamente porque el sujeto sólo busca su interés particular, que para él en general no coincide con su interés común en cuanto individuo, y porque *lo general* es siempre la forma ilusoria de la comunidad, se hace valer esto ante su representación como algo *ajeno* a ellos e *independiente* de los sujetos, como cierto *interés general* a su vez especial y bien peculiar. Por otra parte, la lucha y la acción práctica de este interés particular de los sujetos que constantemente se opone al interés común bajo el Estado y el modo capitalista o que ilusoriamente se cree tal, impone como necesario la interposición práctica y el refrenamiento por el interés definido como general e ilusorio bajo la forma del Estado. La división del trabajo brinda un ejemplo claro de que mientras los trabajadores vivan bajo un régimen que defiende la razón del Estado y modo capitalista, mientras se da en este contexto una separación entre el interés particular del sujeto y el interés común, mientras la actividad, por consiguiente, no aparece dividida voluntariamente sino de modo espontáneo, el acto del sujeto se erige ante él como poder ajeno y hostil, que le sojuzga, que lo somete desde todos los ángulos, en vez de ser él quien los domine. En este contexto, *lo general* es un concepto que sojuzga no solo *lo particular* del sujeto, su interés en el mejor sentido, sino principalmente el *interés común* de modo de reforzar las formas dominantes de la lógica capitalista.

En efecto, a partir del momento en que comienza a dividirse el trabajo, cada sujeto necesariamente se mueve en un determinado círculo exclusivo de

actividad, que le es impuesto por la racionalidad y las necesidades del Estado capitalista y del que por lo tanto no se puede salir sin violentar y tomar por asalto las estructuras del régimen político. Es decir, el sujeto es pescador, es minero, obrero de la construcción, es médico, enfermero, pastor o profesor, intelectual o comerciante, y no tiene otra alternativa que continuar siéndolo, si no quiere verse privado de hecho de los medios para sobrevivir porque en cierto momento del desarrollo del capitalismo- bajo el auspicio del régimen neoliberal por ejemplo- ya ni siquiera podremos hablar en términos de vida sino apenas de supervivencia. El problema acá es que el sujeto queda acotado a un círculo exclusivo de actividades y no podrá desarrollar sus aptitudes en todos los ámbitos que le parezca. Desde esta perspectiva, el régimen político que represente al marxismo militante, por una necesidad inherente a su constitución política, se encarga de regular la producción general, con lo que hace posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana trabajar en determinado oficio, por la tarde en otro y por la noche tal vez escribir un libro, y después de comer, si me parece bien, dedicarme a la crítica o a la política sin necesidad de ser exclusivamente escritor, crítico o político. La consolidación por parte del Estado capitalista del producto de nuestro trabajo y esfuerzo en un poder material que se erige sobre los trabajadores, sustraído al control de éstos por la lógica del régimen político, que levanta una barrera ante cada expectativa de desarrollo del hombre y del trabajador de manera que destruye progresivamente nuestras expectativas por mejorar las condiciones de vida de todos, que buscaría conformarnos ante la aplastante realidad, es una forma bastante cruel del control que los dominantes de nuestros países, parapateados detrás de los intereses de los centros globales de poder que de por sí contradicen el interés nacional, ejercen sobre las mayorías. En primer lugar, habría que entender que el poder social y político del modo de producción y de distribución, cualquiera que este sea, nace por obra y gracia de la cooperación de los trabajadores bajo la acción propia de la división del trabajo. La cuestión es que a partir del Estado capitalista esta cooperación se le aparece al trabajador, por no tratarse de cooperación voluntaria sino que forzada e impuesta por las necesidades de la acumulación privada del capital, no como poder propio, asociado y libre sino como un poder ajeno, situado al margen de las necesidades del trabajador, de la gestión popular de la agenda pública, que no sabe de dónde procede ni a que lugar se dirige este poder y que, por tanto, no domina. Este poder social no queda librado al azar porque de él toman posesión los factores de poder históricamente dominantes que siempre batallaron contra el desenvolvimiento de las facultades del hombre, contra la cultura popular que además siempre despreciaron. El poder en esas

condiciones al final solo recorre una serie de etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y los actos de los trabajadores que incluso está capacitado para dirigir sus voluntades y actos.

El cambio en favor de los trabajadores entonces radicaría en la propia movilización, en la participación de los trabajadores en cuanto clase social, en tanto colectivo protagónico de la historia, de lo mejor de la historia de los hombres. Sin embargo, para que el Estado capitalista y su régimen político se convierta en un poder insoportable, es decir, en un poder contra el que habrá que hacer la *(r)evolución* que necesariamente será permanente en el sentido que movilice constantemente el poder popular y engendre una mayoría social por el cambio, estructurada en base a un arte de poder alternativo que batalla por los intereses de los desposeídos y, a la par con ello, en contradicción con el mundo de la riqueza, de la educación, lógica y necesidades de la patronal, lo que presupone un gran incremento de la fuerza productiva, de la propia conciencia del trabajador, de un alto grado del desarrollo y de definición del modo de producción y distribución que altere la forma de los capitalistas, que altere esa manera tremendamente reaccionaria de la distribución de la riqueza bajo los términos de los neoliberales y de los beneficios que al final son por todos producidos, es necesario que la estrategia del poder sea insurreccional. Que sea “insurreccional” en el sentido que buscará por todos los medios a su alcance, por medios respetuosos de la vida, deslegitimar la forma capitalista de hacer cada cosa. Sin una distribución justa de los bienes producidos, que conlleva otra definición del modo de desarrollo de los pueblos, por más que mejore la productividad del trabajo, solo generaliza la escasez al ser aún este producto acaparado por los dominantes: no estaríamos planteando ninguna solución al problema de la pobreza, la exclusión o la marginación. A la par, tendríamos que empezar de nuevo la lucha por lo indispensable para la vida, por mejores condiciones en la distribución de las riquezas y de los recursos productivos en general y se caería en la reacción anterior al impedir la gestión popular de los asuntos públicos. La *(r)evolución permanente* ahora involucra un proceso de distribución justo definido a partir de las nuevas metas del modo de producción. La distribución justa- ligada a esta lógica del modo de producción basado en la tecnología conveniente- involucra así el desarrollo universal de las fuerzas productivas y contiene un intercambio y distribución universal entre los trabajadores, en virtud del que la *represión excedente* se reduce a su mínima expresión de forma que el trabajador se desenvuelve en un régimen más equitativo, con mayor racionalidad de la forma de producción y distribución de la riqueza que involucra una mejoría sustancial de la calidad de vida de todos.

Capítulo 6: El fenómeno de la circulación.

El proceso de producción expresado en la forma de plusvalía.

El hombre bajo el drama del Estado capitalista, y de todas las formas y regímenes que adquiere la organización colectiva de la humanidad bajo la primacía del derecho a la propiedad por sobre la vida de las personas, se ha pasado desde el inicio del tiempo produciendo plusvalía y, poco a poco fue formándose, además, una idea acerca del origen de ésta a través de teorías que justificaran esta noción y los procesos sociales, políticos, económicos y comerciales que subyacen tras ella. El primer concepto sobre la *plusvalía* brota de la acción mercantil inmediata de los primeros hombres, es decir, de la idea que la *plusvalía* nacía de un recargo sobre el valor del producto. Esta idea fue la que predomina entre los mercantilistas e incluso en los llamados “socialistas utópicos” pero si así fuese lo que unos ganaran necesariamente tenían que perderlo otros. En este contexto, fue Adam Smith quien desplazó esa idea de la ciencia económica clásica. En su obra sobre la “*Riqueza de las Naciones*”, libro 1, capítulo VI, nos dice:

“Tan pronto como el capital se acumula en poder de ciertas personas determinadas, algunas de ellas procurarán regularmente emplearlo en dar trabajo a gentes laboriosas, suministrándoles materiales y alimentos, para sacar provecho de la venta de su producto o del valor que el trabajador le añade a los materiales. Este se resuelve en dos partes; una de ellas paga el salario de los obreros, y la otra las ganancias del empresario, sobre el fondo entero de materiales y salarios que adelanta”. Y más adelante nos plantea: “Desde el momento en que las tierras de un país se convierten en propiedad privada de terratenientes, éstos, como los demás hombres, desean cosechar donde nunca sembraron, y exigen una renta hasta por el producto natural del suelo... El obrero ha de pagar al terrateniente una parte de lo que su trabajo produce o recolecta. Esta porción, o lo que es lo mismo, el precio de ella, constituye la renta de la tierra”.

En el citado pasaje de Adam Smith vemos que la *plusvalía*, es decir, el trabajo sobrante producido por la fuerza de trabajo, el remanente del trabajo materializado en la mercancía después de cubrir el trabajo retribuido, cuyo equivalente es el salario del trabajador, es por sí mismo la categoría general de que la ganancia propiamente dicha y la renta del suelo no son más que

modalidades. Es en otro momento pero en el mismo libro 1, esta vez a partir del capítulo VIII, donde también nos dice:

“Tan pronto como la tierra se convierte en propiedad privada, el propietario exige una parte de todo cuanto producto obtiene o recolecta en ella el trabajador. Su renta es la primera deducción que se hace del producto del trabajo aplicado a la tierra. Rara vez ocurre que la persona que cultiva la tierra disponga de lo necesario para mantenerse hasta la recolección. La subsistencia que se le adelanta procede generalmente del capital de un amo, el granjero que lo empleará, y que no tendría interés en ocuparlo sino participando en el producto del trabajador... este beneficio viene a ser la segunda deducción que se hace del producto del trabajo empleado en la tierra. El producto de cualquier otro trabajo está casi siempre sujeto a la misma deducción de un beneficio. En todas las artes y manufacturas, la mayor parte de los operarios necesitan de un patrón que les adelante los materiales de su obra, los salarios y el sustento hasta que la obra se termina. El patrón participa en el producto del trabajo de sus operarios, o en el valor que el trabajo incorpora a los materiales, y en esta participación consiste su beneficio”.

En este párrafo, A. Smith nos presenta la renta del suelo y la ganancia del capital como deducciones simples hechas sobre el producto del trabajador o sobre el valor de su producto, e iguales a la cantidad de trabajo añadida por él a las materias primas para su producción. La cuestión es que esa deducción sólo puede consistir, como el mismo teórico pone en claro con anterioridad, en la parte del trabajo que el trabajador (el obrero en este caso) añade a las materias primas después de cubrir la cantidad de trabajo que su salario real se limita a resarcir o arroja un equivalente de éste. En otras palabras, no puede consistir más que en *plusvalía*, en trabajo no retribuido que fundamentará la explotación del hombre por el hombre en términos marxistas. Así, A. Smith sabía de dónde surgía la plusvalía inherente al capitalista pero el mismo autor no diferencia la plusvalía de por sí, como una categoría propia, de las formas específicas bajo las que se presentará como ganancia y renta del suelo en este caso a favor del terrateniente. De aquí surgen todos y cada uno de los errores que adolece la investigación de A. Smith y más aún la de David Ricardo. Por el contrario, la *plusvalía* en los términos propios de Marx es la forma general de la suma de valor que se apropia sin equivalencia el mismo poseedor de los medios de producción, suma que se descompone en una forma específica,

transformada, de ganancia y renta del suelo, con arreglo a leyes que Marx fue el primero en descubrir.²³

Cualquiera que sea lo que al capitalista le corresponda (desde el punto de vista del capitalista) sólo puede apropiarse el trabajo excedente del propio empleado porque el trabajador necesita con urgencia satisfacer necesidades que son básicas para vivir lo más dignamente posible. Pero, cómo viva, como sea la calidad de vida del trabajador y cuán grande pueda ser, por lo tanto, el trabajo excedente apropiado por el capitalista sobre la *fuerza de trabajo* en función de la primacía de la propiedad sobre la vida de las mayorías, es muy relativo. Si en realidad el capital no disminuye de valor en la proporción que aumenta de volumen, el capitalista explotará de los trabajadores el producto de cada hora de su trabajo por encima del mínimo que el trabajador necesita para poder vivir. En último término, el capitalista en función de la legalidad del Estado capitalista, puede imponer al trabajador, directa o indirectamente,

²³ La existencia de la *plusvalía* ya se había comprobado mucho antes de Marx porque ya se expresaba, con mayor o menor claridad, en lo que consiste, a saber: en el producto del trabajo por el que quien se lo apropia no paga ningún equivalente por esa apropiación que además queda legalizada por la propiedad de los medios de producción que caracteriza el sistema de producción capitalista para desde ahí definir en sus términos la circulación y la posterior distribución de los bienes generados socialmente. Pero, los teóricos anteriores de Marx no podían profundizar en el tema sin revelarnos el auténtico sentido del Estado capitalista. Por esto no podían cruzar esta frontera. Los economistas burgueses clásicos a lo sumo solo investigaban la proporción en que el producto del trabajo se repartía entre el trabajador y los dueños de los factores de producción. Otros (por ejemplo, los socialistas utópicos) encontraban ese reparto injusto y buscaban medios también utópicos para corregir esa injusticia.

Por otro lado, en la modernidad definida por el régimen neoliberal, es el reformista quien insiste continuamente con el “crecimiento con igualdad”, en la “equidad” o en la “igualdad de oportunidades”, pero sin plantear el cambio en las bases de la estructura del Estado capitalista, es decir, sin dudar del modo de producción y sus derivaciones. En otras palabras, pretenden cambiar la forma de distribución sin alterar el modo de producción.

Finalmente, tanto los unos como los otros siguen aferrados a categorías, ideas y conceptos económicos del mercantilismo por poner un ejemplo. Es en este momento cuando aparece Marx y ahí donde todos los teóricos veían la solución, Marx ve un problema, el central. Marx vio que no se trataba ni de comprobar un hecho económico común, ni del conflicto de este hecho con la eterna justicia y la verdadera moral, sino de un hecho llamado a revolucionar la economía y que daba- a quien supiera interpretarlo- la clave para entender la producción del Estado capitalista. A la luz de este hecho, Marx investigó todas las categorías anteriores a él y el único camino que se podía seguir, para ello, era el de someter a crítica, ante todo, la teoría del valor de Ricardo. Es de este modo que entiende el trabajo en su función de creación del valor y pone en claro qué trabajo, por qué y cómo crea valor, descubriendo que éste, es decir, el *valor* no es otra cosa que trabajo de esta clase materializado.

que elimine el pan de su dieta alimenticia y que lo suplante con productos de menor calidad y precio para incrementar su plusvalía. Hasta ese punto hemos llegado en la necesidad de defender el interés de la acumulación privada del capital. Entonces, si de una u otra manera quienes controlan los medios de producción logra que el trabajador se alimente con productos suplementarios al pan, es indiscutible que podrán arrancar así un producto mayor a su trabajo y aumentar la plusvalía al tiempo que empeoran las condiciones de vida de la mayoría. Es decir, si los trabajadores para vivir de pan, necesitan retener para su sustento y el de su entorno familiar el trabajo que realizan entre los días lunes y martes, alimentándose de productos inferiores al pan sólo retendrá para sí la mitad del día lunes, con lo que el resto de ese día y todo el martes quedaría libre en favor de la plusvalía del capitalista, para la patronal no hay objeción alguna toda vez que así incrementa la explotación del trabajador en propio beneficio. Llegados a este punto hay que preguntarse qué es lo que Marx realmente entiende sobre la *plusvalía* y cómo podemos explicarnos que la teoría sobre la misma haya desencadenado una tormenta tan repentina, y además en los países más desarrollados y civilizados, mientras que las teorías de sus predecesores como los mercantilistas o socialistas utópicos quedaron en el olvido, sin dejar ningún rastro histórico. Lo que pasa es que esta teoría representa un progreso notable respecto a David Ricardo y los economistas anteriores y posteriores a Marx. Acá, el padre del socialismo científico define la plusvalía como el *trabajo excedente*, como el que realiza el trabajador de forma gratuita al capitalista después de haber cubierto la cantidad de trabajo que le sirve para reponer el valor de su *fuerza de trabajo* y que, por lo tanto, produce un equivalente para su salario. De ahí en adelante, Marx establece su teoría del dinero cimentada sobre esta base que además es la primera teoría completa, actualmente tácitamente aceptada por todos los economistas, por los más racionales por lo menos. Investigó la conversión del dinero en capital y demostró que este proceso descansa en la compra y en la venta de la *fuerza de trabajo* como mercancía que crea valor a favor de la acumulación privada del capital bajo el Estado fundado en el capitalismo. Sustituyendo el trabajo por la mercancía *fuerza de trabajo*, por la cualidad que es creadora de valor, resolvió la imposibilidad de colocar el intercambio del *capital- trabajo* en consonancia con la ley de David Ricardo de la determinación del valor por el trabajo. Por fin, en la distinción que Marx establece entre el capital constante y el variable consigue explicar el proceso de formación de plusvalía en su verdadero desarrollo, cosa que ningún otro teórico logró hacer por el mismo compromiso político que establecieron con el Estado capitalista imperante. Así, el proceso cíclico del capital se desarrolla en lo que son tres etapas, que se forma según de la siguiente manera:

- a) En una etapa primera el capitalista, en tanto que es dueño de los medios y factores de producción de mercancías, aparece en el mercado de mercancías y en el mercado de trabajo como un comprador donde de ahí en más su dinero lo invierte en otras mercancías recorriendo un primer acto de circulación, a saber: el *dinero* que compra *mercancía* ($D- M$).
- b) En una segunda etapa, tenemos el consumo productivo por parte del capitalista respecto de las mercancías así adquiridas. Aquél actúa como productor de mercancías y su propio capital recorre el proceso de producción de ésta. El resultado es una mercancía de valor superior al de los elementos que la producen.
- c) En una última etapa, el capitalista vuelve al mercado como un vendedor donde sus mercancías se convierten ahora en dinero. Constituyen un nuevo acto donde recorren el proceso, inverso de la primera etapa, de la *mercancía* que ahora se convierte en *dinero* ($M- D$).

Acá ya estamos en condiciones de entender el proceso de creación del capital, cuando la mercancía *fuerza de trabajo*, comprada por el capitalista, se convierte en *dinero*, es decir, en *capital* y que se expresa en la fórmula que expresa el ciclo del capital y el dinero que es *dinero*, *mercancía*, *producción*, *mercancía* y otra vez *dinero* que Marx expresará en la siguiente fórmula: $D- M... P... M'- D'$ donde los puntos suspensivos nos indican la interrupción del proceso de producción y M' y D' representan la *mercancía* y *dinero* que son incrementados por la *plusvalía*. Precisamente esta plusvalía producida por la *fuerza de trabajo* es el incremento (la acumulación) del capital. Pero Marx en su análisis no se queda ahí porque a través de la transformación del *capital* en cuanto *dinero* en *capital productivo*, el capitalista obtendrá la combinación de los factores materiales y personales de la producción en la medida en que estos factores consisten en mercancías. Entonces, para que el *dinero* por vez primera se convierta en *capital productivo* o que funcione como *capital* en tanto *dinero* para quien lo posee, debería empezar comprando los medios de producción, o sea, los materiales, los recursos, las herramientas y útiles, la maquinaria y los edificios en que se trabajará antes de comprar la *fuerza de trabajo* porque al momento que esa mercancía *fuerza de trabajo*, de la que lo provee el trabajador propiamente tal, se encuentra a su disposición, necesita disponer de los medios y factores de producción adecuados para así poder emplearla como *fuerza de trabajo*. Es de esta manera como se planteará el

proceso de producción de *plusvalía* en lo que se refiere al capitalista que lo es por el hecho de ser el dueño de los medios y factores de producción. En lo que se refiere al trabajador propiamente tal, su *fuerza de trabajo* sólo puede funcionar productivamente una vez que al ser vendida se coloca en contacto con los medios de producción socialmente dominantes en esa etapa histórica. Por lo tanto, antes de su venta existe separada de los medios de producción, es decir, de las condiciones materiales necesarias para su empleo que también dependen de los intereses de los sectores y clase dominante. En este estado de separación, la *fuerza de trabajo* no puede emplearse para la producción de valores de uso destinados a su poseedor ni para la producción de mercancías de cuya venta puede éste vivir. Pero, la *fuerza de trabajo* una vez que por fin es vendida y entra en contacto con los factores de producción, ya es parte del *capital productivo* de su comprador. Ahí además se nos revela nuevamente la importancia del proceso de producción, de circulación y de distribución, de la definición de las formas de producción de los bienes que son necesarios para la vida, de la maquinaria a usarse y del tipo de tecnología a implementar. La cuestión tecnológica es prioritaria al redefinir un tipo de régimen, claramente alternativo al neoliberalismo, que combata en todos los sentidos por mejores condiciones de trabajo para los que vivimos de un jornal.

Las formas de circulación en la caracterización del Estado.

Existen ciertas formas básicas que reviste el valor del capital dentro de sus fases de plena circulación bajo las condiciones mercantilistas del Estado capitalista- y su correspondiente régimen político- que en lo inmediato son el *capital* expresado como *dinero* y el *capital* expresado como *mercancía*. Por último, en la forma de la etapa de producción de mercancías para el mercado se distingue el *capital productivo*. El *capital* que, a lo largo de su ciclo global abandona continuamente estas formas (como *capital- dinero*, como *capital-mercancía* y *capital- productivo*) cumpliendo en cada una de ellas la función correspondiente en cada etapa, es lo que Marx denominará *capital industrial*, que implica y contiene todos los anteriores. Entonces, este *capital industrial* lo es porque abarca todas las ramas de la producción que son explotadas bajo los términos de la lógica capitalista. Estos tres conceptos- *capital en dinero*, *capital en mercancías* y el *capital productivo*- no son así simples categorías independientes de *capital* cuya función se haya adscripta a ramas industriales específicas, separadas e independientes unos de otros. Igual, solo hago esta distinción con fines analíticos porque al fin y al cabo son formas funcionales específicas del *capital industrial*, es decir, maneras que éste asume de forma

sucesiva bajo las directrices del Estado capitalista. Lo importante es entender dos cosas: la primera es la forma en que este *capital industrial* condicionará, definirá y también dará un sentido general y particular a las estructuras del Estado capitalista, tema de este artículo, y por otra que el ciclo del *capital* sólo se desarrolla normalmente cuando sus fases se suceden sin ningún tipo de interrupción, es decir, primero como *capital dinero*, después como *capital productivo* y finalmente como *capital mercancía*. Por ejemplo, si el *capital* se inmoviliza en la primera fase de la circulación capitalista, es decir, en el intercambio entre el *dinero* y la *mercancía*, el *capital dinero* queda paralizado como tesoro bajo el colchón o en otro lado. Si se inmoviliza en la fase de la producción de las mercancías, quedarían paralizados, de un lado, los medios de producción, mientras del otro lado la *fuerza de trabajo* permanece ociosa. Por último, si se inmoviliza en la última fase donde se intercambia la nueva *mercancía* por la nueva cantidad de *dinero* que reviste otra característica por el mismo cambio producido a partir de la *plusvalía* generada, la mercancía almacenada sin vender pondrá un límite a la corriente de la circulación que al final expresa la forma de distribución de bienes, de servicios y la riqueza en general. Así, no podemos hacer como los reformistas de la política que desde siempre nos insisten en el “*crecimiento con igualdad*” pero, una vez más, lo hacen de una manera abstracta porque no consideran en toda su dimensión los modos, implicancias y características inclusive de la organización social que implica necesariamente la circulación de mercancías como fundamento del proceso de producción y distribución en el Estado capitalista que a la vez conlleva el concepto de *capital industrial* como síntesis del modo en que se manifiesta el capital en las distintos momentos del proceso de producción.²⁴

²⁴ En Marx, el *capital* reviste por un lado la forma del *capital constante* (la maquinaria, los edificios, herramientas de trabajo, etc) y el *capital variable* que son los salarios reales con los que se retribuye el uso por parte del capitalista de la *fuerza del trabajo*. A su vez, este capital se dividirá, en el propio proceso de acumulación y reproducción, en *capital* en la forma del *dinero*, en la forma de la *producción* y capital en la forma de *mercancías*. Finalmente, todos ellos, es decir el *capital constante* y el *variable*- que es la forma básica que reviste el capital- constituyen el *capital industrial* que contiene los anteriores.

El *capital constante*, en el proceso de producción y de circulación de mercancías, se desglosa por su parte en *capital fijo* y *circulante*. En este punto tengo que hacer una importante aclaración en relación a cómo se desglosa en el proceso de acumulación del capital el *capital industrial*. En palabras de Marx, en relación a la crítica que le hace a A. Smith en el sentido que confunde el *capital circulante* con el *capital de circulación*, o sea, el capital bajo la forma adecuada al proceso de circulación (al cambio de forma por medio del intercambio de materia y de manos, de capital en la forma de *mercancía* y en la forma

Por otra parte, la naturaleza de este asunto exige además que el propio ciclo de circulación de la mercancía se encargue de retener el *capital*, durante determinado tiempo, en las distintas fases de este proceso. En cada etapa, el *capital industrial* se vincula directamente a cierta forma, ya sea como *capital dinero*, *capital productivo* y *capital mercancía*. Es muy importante señalar al respecto que solo después de realizar la función que le corresponde en cada una de estas formas, asume aquella bajo la que puede pasar ya a otra fase de cambio. Es decir, solo cuando realiza la función que le corresponde en tanto *capital dinero* puede pasar al momento siguiente, de *capital productivo* y lo mismo para el caso del *capital mercancía*. Por su parte, el *capital industrial* es la única forma de existencia del *capital* en que es función de éste no sólo la apropiación de la plusvalía generada por la *fuerza de trabajo* en el proceso de producción (cuando esa fuerza de trabajo se pone en movimiento a partir del uso de los medios de producción) o del producto excedente, sino también su creación. Acá llegamos a un punto interesante en el análisis materialista y dialéctico en contraposición del idealismo como método de análisis porque el *capital industrial* debe su importancia al hecho que condicionaría el carácter capitalista de la producción al interior del Estado y ello también condiciona su estructura, la define y conduce a un sentido común que es representado en la forma del régimen. Este *capital industrial* en su existencia lleva implícita la contradicción que se produce entre la patronal y los trabajadores. En otras palabras, en la medida que el *capital industrial*, al modo definido por Marx,

de *dinero*) en contraste con su forma adecuada al proceso de producción- la del *capital productivo*- nos dice:

“No se trata de distintas clases en que el capitalista industrial divida su capital, sino de diversas formas que el valor- capital desembolsado reviste y abandona sucesivamente y sin cesar, en su curriculum vitae. Adam Smith - y esto representa un considerable retroceso respecto a los fisiócratas- confunde esto con las diferencias de forma que surgirán dentro de la circulación del valor- capital en el ciclo de sus formas sucesivas, mientras el valor- capital reviste la forma del capital productivo, diferencias que corresponden, además, al distinto modo como los diversos elementos del capital productivo se comportan en el proceso de valorización y transfieren su valor al producto. Más adelante, vemos cuáles son las consecuencias en que se traduce esta confusión fundamental entre el capital productivo y el capital en circulación (capital- mercancías y capital- dinero), de una parte, y de otra el capital fijo y el capital circulante. El valor- capital desembolsado en forma de capital fijo circula a través del producto, exactamente lo mismo que el desembolsado en forma de capital circulante. Y ambos se convierten del mismo modo en capital- dinero, mediante la circulación del capital- mercancías. La diferencia estriba simplemente en que el valor del primero circula gradualmente, debiendo, por tanto, ser repuesto, reproducido en forma natural gradualmente también durante períodos más cortos o largos”.

se apodera del proceso total de la producción de mercancías, que siempre es social, no solo revoluciona la tecnología, su objetivo y la organización social del proceso de trabajo, sino que también revoluciona, define y defiende cierta manera de organización política, social, económica y cultural como proceso histórico de la posible evolución del hombre en tanto trabajador. De hecho, las otras modalidades de capital que aparecieron antes de éste en el seno de estados sociales de producción condenados a morir por sus irracionalidades, no sólo se subordinan a él y se modifican en el proceso con arreglo a él en el mecanismo de sus funciones, sino que ya sólo se mueven sobre la base de aquél, y por tanto viven y mueren, se mantienen y desaparecen con el sistema que les sirve de sustento. El capital expresado en forma de dinero y el capital expresado a la manera de mercancía, en la medida que aparecen con sus roles como exponentes de una rama de negocios al lado del *capital industrial*, al final solo constituyen modalidades de las distintas formas funcionales que el *capital industrial* asume unas veces y otras abandona dentro de la órbita de la circulación de las mercancías, modalidades substantivadas y estructuradas unilateralmente por la división social del trabajo que se define a su vez por las formas que adquiere la producción como proceso germinal de cualquier tipo de organización política, social y colectiva que constituyen los hombres para sobrevivir en un mundo que, por lo menos en el inicio de este proceso de continuidad de la vida, considera hostil. Es fundamental al respecto, para que el proceso de producción se lleve a cabo y entonces defina la forma de la estructura del Estado capitalista, su régimen y los actores políticos que actúan como representantes de la clase patronal y de los trabajadores en la continua batalla por imponer sus intereses en base a determinadas políticas públicas, que ese proceso de circulación del capital no sea interrumpido en sus diversas fases.

En primer lugar, este originario ciclo de circulación que caracteriza al Estado y modo capitalista aparece como ciclo del *capital dinero*, porque el *capital industrial* bajo su forma de *capital dinero*, es el punto de partida pero además es el punto de retorno del proceso en su conjunto. De por sí, esta fase que dará inicio al proceso de circulación de mercancías nos muestra que el *dinero* no se invierte como *dinero*, sino que simplemente se desembolsa, es decir, que no es más que la forma *dinero del capital* en *dinero*. Además, nos muestra que el factor central de la circulación de mercancías es el *valor de intercambio*, y bajo ningún aspecto el *valor de uso*. En palabras un poco más simples, lo que digo es que en esta primera fase se trataría de hacer dinero a través de la venta de cierta *mercancía* que se expresa en la fórmula “*dinero-mercancía- dinero*”, cuyo punto de partida y final es el *dinero* efectivo, es el hacer dinero, que nos expresa del modo más tangible el motivo propulsor de

la producción bajo el capitalismo. El proceso y las formas que adquiere la producción, la circulación y distribución de las mercancías no es más que el eslabón inevitable, el mal necesario de hacer dinero. Incluso, llegado a cierto desarrollo del Estado capitalista, ya en su forma neoliberal, los tecnócratas llegan a la osadía de saltarse el proceso de producción de las mercancías para hacer dinero, sin usar como medio el proceso de producción, lo que se refleja en la primacía de la economía de la especulación financiera por sobre la economía real, aquella que genera trabajo, bienes y servicios, bienestar y desarrollo en un ámbito de plena inclusión. El proceso de producción aparece dentro de la forma del proceso cíclico, formal y expresamente, como lo que es en el Estado capitalista y sus formas de producción: como medio de lo más simple para la valorización del capital como *dinero* ahora desembolsado, lo que significa que el fin último de la producción es enriquecerse, es generar más capital en la forma de plusvalía. El proceso cíclico del *capital industrial*, como síntesis final de los diversos momentos que adquiere ese *capital* en el proceso de circulación, formará parte también de la circulación general de mercancías. Pero como secciones funcionalmente determinadas, como etapa del ciclo del *capital industrial*, tanto el *capital* entendido como *dinero*, como *producción* y *mercancía*, no pertenecen solo a la órbita de circulación de las mercancías, sino además a la órbita de la producción y la distribución. Al *capital industrial* la circulación original de las mercancías en su primera fase, en el *dinero* que crea *mercancía* y ésta *dinero* acrecentado, en la forma de *plusvalía* como base del capital mismo, le sirve, en esta primera fase, para asumir la forma en que funcionará luego como *capital productivo*. En la segunda etapa, para descartar la forma de *mercancía* bajo la cual no puede renovar su ciclo al tiempo que le permite separar su ciclo de capital de la circulación de la plusvalía con que se ha acrecentado. De lo anterior entonces se deduce que el ciclo del capital en tanto *dinero* es la forma característica, más real y menos formal o abstracta, en que se manifiesta el ciclo del capital industrial, cuyo motivo propulsor es precisamente la valorización del valor, es hacer *dinero* y acumular a través de un simple y bien complejo proceso de comprar para vender más caro. El hecho es que esta primera fase de comprar mercancías con *dinero* para poder vender más caro y así generar ganancia de la que vive la clase patronal a expensas de los trabajadores, hace que resalte también el mercado de mercancías como origen de los elementos del *capital productivo* y, en general, la circulación y el comercio como los factores que condicionan este proceso de producción del modo capitalista de hacer cada cosa y así también la organización del Estado y su forma política, social, cultural, ideológica y económica. En este punto el idealismo metodológico y la política basada en el reformismo como fin ya se nos muestran cada vez

más absurdo e inconsistente. De hecho, el ciclo del capital expresado en su inicio como *dinero* no es solo producción de mercancías porque este ciclo solamente brota por medio de la circulación y así la presupone. A su vez, ésta implica por necesidad la forma de distribución que tiene directa relación con la manera en que se manifiesta la lucha de clases, es decir, la batalla por la primacía de los intereses y cosmovisión de las relaciones sociales, políticas, económicas, culturales, de todas las formas colectivas en que se expresará el hombre, en favor de una clase sobre la otra que así es sometida por la cultura y formas sociales y políticas dominantes.

La cuestión de la circulación de mercancías en los términos del Estado capitalista (por supuesto entendiéndola como parte del proceso de producción y distribución) es fundamental en relación a la supremacía de la lógica de ese Estado y su régimen político porque ésta responde a la vocación global de la producción del *capital industrial*. Esta vocación global del capital industrial se hace manifiesta en el proceso que derivará en la instauración de un sistema comercial globalizado que responde a la necesidad de expansión del Estado y modo capitalista de producir. A partir de la circulación del capital a este nivel global se estructura toda una lógica del poder que condicionará las formas de expresión del Estado nacional y sus relaciones comerciales en este ámbito internacional. En lo ideológico este nuevo Estado capitalista, globalizado en el sentido que responde a los centros de poder controlados por ciertos clanes familiares dominantes que ya conocemos, nos presenta otra forma, posturas ideológicas y teorías en los que se basan las políticas públicas que en cuanto tales condicionan nuestra forma de vida y, en este caso en particular, nuestra forma de liberación como trabajadores. Al respecto tenemos la ideología que nos habla del final de la historia intentando mostrarnos al Estado capitalista como un orden natural donde incluso el régimen puede variar, fundamentar otras formas de convivencia, pero siempre que estas formas no impliquen el cambio de las estructuras del Estado porque el capitalismo ya sería ajeno a las clases sociales. Ahora, el Estado capitalista se mostraría totalmente ajeno, sin ninguna vinculación, con los intereses económicos de las transnacionales e inclusive con las relaciones de dependencia entre los países producto de la asimetría generada por los centros globales de poder. Sin embargo, hace siglo y medio que Marx y Engels observaron el carácter histórico universal pero además transitorio del Estado capitalista de producción e identificaron sus tendencias principales respecto a la responsabilidad que le corresponde en cuanto a la aparición de aquellas asimetrías que nos conducen a relaciones de dependencia de unos países en relación a otros. En ese sentido, nos dijeron:

“Expoliada por la urgente necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero... Mediante y a través de la explotación del mercado mundial de bienes la burguesía le dará un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países... Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas... por industrias que ya no emplean las materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo y cuyos productos no solo se consumen en el propio país sino en todas las partes del globo”.

Luego, premonitoriamente advertían:

“La burguesía... obliga a todas las naciones si no quieren sucumbir a adoptar el modo burgués de la producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir a hacerse burgués. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza”.

A modo de conclusión, la forma en que se expresa el *capital industrial* (como *dinero*, como *producción* y *mercancía*) bajo el capitalismo es parte de un proceso de producción, de circulación y de distribución de mercancías que define, defiende y violenta nuestras estructuras políticas- sociales a través de las que nos organizamos en el proceso de continuidad de la vida del hombre. Estas formas de organización colectiva además son muy distintas de las que predecían en su delirio los liberales de antaño y su idealismo como método analítico en relación a los efectos niveladores e igualitaristas del automatismo del mercado, donde la competencia y circulación global del capital impediría el surgir de los monopolios. Todo esto tiene muy poco que ver con la realidad de hoy de los trabajadores. Sin embargo, la actualidad que vivimos se parece más a la anticipada por Marx y Engels. Lo que planteaban entonces era cierto para Inglaterra como hoy es cierto para todo el planeta. De ahí la racionalidad del método marxista en contraposición al idealismo.

La circulación como síntesis del Estado capitalista.

En el momento particular que el *capital dinero* se convierte en *capital productivo* estamos frente a un proceso que se caracterizará por la compra de mercancías para la producción de otras mercancías por parte del capitalista en tanto que es éste el dueño de los medios de producción. El consumo acá entra en la órbita del *capital* mientras se trata de ese consumo productivo. Su

condición primera, el punto originario del sentido del Estado capitalista, es que, por medio de la mercancía consumida de esta manera, se cree *plusvalía* y desde ahí la acumulación privada del capital para que el proceso no quede interrumpido en sus fundamentos. Sin embargo, este proceso es distinto de la producción, e incluso de la misma producción de mercancías, cuya finalidad es asegurar la existencia del producto. Es decir, el cambio de una mercancía por otra, condicionado así por la producción de la *plusvalía*, es bien distinto de lo que es de por sí el intercambio entre productos. El consumo productivo del *dinero*, en tanto que es *capital dinero* que se convierte de esta manera en *capital productivo*, involucra en este proceso de generación de *plusvalía* los medios de producción como puede ser la *ciencia* (que además implicaría una forma técnica de trabajo que así define cierto modo de producción que, a su vez, se verá reflejado en la manifestación institucional que adquiere el Estado capitalista a través del régimen) pero también involucra otros tantos factores de producción como es la *fuerza de trabajo* que también es condicionada por las formas de la técnica. De la circulación que caracteriza al trabajador en la forma del uso de su *fuerza de trabajo* que así adquiere *dinero* (a través de un *salario*) para comprar *mercancías* necesarias para su vida y la de su entorno familiar para el caso, que incluye su propio consumo, hay que decir que no es importante para el capitalista en la medida que el trabajador menos calificado continuamente se verá desplazado del consumo del mercado que compone la organización y el modo capitalista de producción. De hecho, el trabajador en tanto consumidor sólo le importará al capitalista apenas en el primer eslabón, como resultado de la circulación del dinero en forma de salario por el cual el obrero vende su *fuerza de trabajo*. Ahí, el trabajador entra en el ciclo de la producción y acumulación de capital. Por esto, a pesar que el consumo de los trabajadores, por lo menos de bienes suntuarios y de una mayor complejidad tecnológica, no es central para el capitalista (así lo demuestra la organización excluyente del neoliberalismo), es decir, el proceso que se constituye por el *dinero* en la forma de *salario* que será consumido a su vez en la forma de *mercancía*, donde esta representa los bienes básicos para una vida digna de los trabajadores, no es fundamental porque no entraría en la circulación del *capital individual* propiamente dicho, igual brota de él. Es decir, aunque lo anterior es cierto la patronal necesita la existencia constante de trabajadores en la medida que ellos le proveen al capitalista la *fuerza de trabajo* necesaria para poner en marcha el proceso de producción y, por consiguiente, también requiere del trabajador un consumo mínimo para que este pueda mantenerse con vida y entonces ser explotado por el capital.

Por otro lado, como la proporción en que se puede ampliar el proceso de producción no es para nada arbitraria, sino que está sujeta a modos, ideas,

metas, objetivos, valores y razones técnicas y tecnocráticas en el ámbito de la acción política, con frecuencia se da que la plusvalía generada en el proceso productivo, aunque eventualmente se destine a la capitalización, aumenta, es decir, se acumula en la proporción que sea necesaria a fuerza de repetirse los distintos ciclos del modo de producción y circulación de la mercancía, hasta adquirir el volumen con que puede ya realmente funcionar como un capital adicional. La *plusvalía* en este sentido se convierte en *ahorro* y es, bajo esta forma particular, un *capital dinero* en modo latente. Latente, en el sentido que mientras conserve la forma de *dinero* no actúa como *capital*. De ahí que el ahorro, el atesoramiento en términos de Marx, aparece aquí como un factor que va implícito en el proceso capitalista de acumulación, como factor que le es inherente, pero al mismo tiempo substancialmente distinto de él. En otras palabras, la conformación de un *capital dinero latente* no ampliará el proceso de reproducción de las mercancías. Diría más bien que acá se trata de lo contrario en el sentido que la formación de *capital dinero* en su forma latente se da porque el capitalista, en tanto dueño de los medios de producción, no puede ampliar su escala de producción directamente. Se sigue que todo el carácter de la producción capitalista se determinará por la valorización del valor del capital desembolsado, es decir, en primer término, por la mayor producción posible de *plusvalía* y en segundo término, por la producción de capital que conlleva la transformación de la *plusvalía* en *capital*. A su vez, la acumulación constante del capital pasa a ser condición para que este capital pueda seguir existiendo. La forma del ahorro es, simplemente, el dinero que no es parte aún del proceso de circulación, de ahí su condición de *latente*. Su circulación se interrumpió por los motivos ya vistos, por lo tanto, se guarda en forma de dinero destinado por ahora al ahorro. Este proceso de ahorro es común a toda la producción de las mercancías y como fin último desempeña una función rudimentaria. Sin embargo, aquí, en el proceso de producción, ese ahorro se presenta como forma de *capital dinero* y el atesoramiento como un proceso que acompaña de manera transitoria y posible la acumulación del capital en cuanto el dinero figura en este estado como latente. De hecho, este carácter transitorio, de posibilidad real, se dará porque el ahorro, el estado de tesoro de la *plusvalía* que ahora existe como *dinero*, representa una etapa de preparación para que esa misma plusvalía se convierta en capital operante, ya concreto, que implica una fase funcionalmente determinada que se desarrolla al margen del ciclo del capital. Lo importante de este asunto es entender que mientras este ahorro permanece en estado latente, no funciona todavía como *capital dinero*, no cumple aún realmente su función porque es capital dinero inmóvil.

Los diversos momentos de la acumulación privada de capitales en que se fundamenta precisamente el Estado capitalista (el modo de producción, de circulación y de distribución de los bienes generados en el proceso) aparecen como punto de partida, como punto de transición y posteriormente como del retorno. El proceso de producción del modo capitalista como globalidad, en su conjunto, se presenta como unidad del mismo proceso de producción y del proceso de circulación de las mercancías. El proceso de producción sirve de mediador del proceso de circulación, que a su vez fundamenta las formas de distribución, y viceversa, donde la circulación de las mercancías vendría a ser la síntesis en que se condensa el proceso de valorización y acumulación del capital. Nota común a los tres momentos de la producción capitalista es la valorización del valor como finalidad determinante, como motivo propulsor. De ahí la exclusión a que nos conduce el neoliberalismo en el sentido que el salario de los trabajadores, que expresa el valor de su *fuerza de trabajo* en el mercado, es visto como un costo en el proceso de producción de mercancías. A partir de esta idea empeora sustancialmente las condiciones de vida de los trabajadores reflejándose ello en múltiples y diversos dramas sociales que no serán resueltos por el régimen político debido a su ineficiencia estructural. Entonces, también esta idea de entender el salario como un costo incide en la organización social y política, en el régimen, en especial en los países menos desarrollados o directamente subdesarrollados donde la legalidad y estructura del sistema político es más permeable a formas más primitivas y violentas de acumulación privada de capital que así condiciona el modo de producción y la forma de la organización colectiva de la sociedad. Por ejemplo, veamos el tema de la violencia y la represión que se supondría debe ser hegemonizada por el sector público para que los actores privados no tomen la justicia por mano propia ni para que los múltiples conflictos sociales, de intereses, que se desarrollan al interior de todo régimen, no se desborden ni conduzcan al caos o la ingobernabilidad. Partamos del hecho que de acuerdo a la visión política de Weber, el uso de la violencia es un factor determinante en la construcción y fortalecimiento del Estado y sus instituciones; instituciones que bajo mis términos integran el régimen político como una expresión cabal del Estado capitalista. Pero, por las consecuencias de ese mismo Estado capitalista bajo el neoliberalismo, en la mayor parte de los países que son estructuralmente dependientes de los centros del poder globales, el monopolio del uso de la violencia no está en manos de su legítimo detentor, en el sector público, sino que recaería a veces en poderosas organizaciones criminales. Básicamente, la autoridad del poder armado en estos países, que debiera estar bajo el control del sector público (en este caso entendido como el actor gubernamental que representa legítima y legalmente al Estado) no puede cuestionarse al interior

del territorio nacional. Sin embargo, ¿qué pasa si en estos países las agencias de seguridad privada tienen más hombres que el sector público, la corrupción al interior de las fuerzas armadas y fuerzas de seguridad estatales en general es escandalosa y las organizaciones criminales dominan extensas partes del territorio? ¿En términos de Weber a dónde fue a parar el Leviatán de Hobbes en el real caso de estos países subdesarrollados? ¿Cómo explicar esta oleada desenfrenada de violencia, de caos, ingobernabilidad y corrupción? Se explica por la imposición del neoliberalismo que produce tres problemas centrales dadas ciertas condiciones puntuales y estructurales de dependencia en estos países en relación con los centros globales del poder que todo lo corrompen. En primer lugar, está la cuestión del narcotráfico, después el de las diversas organizaciones criminales y por último la debilidad institucional del régimen que deriva de todos los problemas anteriores que a su vez derivan de la lógica neoliberal en el sentido que éste reivindica y es funcional a la pobreza, a la exclusión y a la marginación de amplios contingentes de trabajadores de los beneficios del modo de producción, circulación y distribución de los bienes y servicios generados socialmente. El narcotráfico es un factor muy importante en el auge de la violencia en los países que se impone este flagelo. Además, una cuestión grave respecto al narcotráfico se refiere al hecho de que, tras la neutralización de una ruta del comercio de drogas, al poco tiempo se abren otras. Lo mismo para la producción: cuando la producción se ataca en un país y se ve reducida, ésta se desplaza a algún país vecino u otra región del tercer mundo. Se desplazará a los regímenes más débiles, cuyo nivel de impunidad son más elevados, donde también abundan las armas y jóvenes desesperados dispuestos a unirse a las filas del narcotráfico como respuesta a la situación en la que están. En cuanto a la organización criminal, los gobiernos en estos países, lejos de trabajar por un régimen más o menos progresista, reaccionan con políticas represivas, de mano dura, y con muy limitadas iniciativas de rehabilitación y de reintegración social. Finalmente, en ese macabro contexto político y social, las instituciones de estos países no están a la altura de las circunstancias históricas. Así, la violencia, el tráfico de armas, de drogas y las organizaciones criminales evidencian gran debilidad institucional de parte del régimen. Hobbes no lo creería: una policía y fuerzas armadas corruptas e ineficientes, insuficientes en todo contexto. Las fuerzas armadas además no defiende la soberanía nacional, menos la popular, mientras en las cárceles se crean más criminales de los que se reforman. En lo que se refiere a la justicia solo basta entender la inherente injusticia a que conduce el neoliberalismo al militar contra el derecho a la vida de las personas.

Precisamente en estos países menos desarrollados, los que claramente son subdesarrollados, que lo son porque definieron sus expresiones políticas,

sociales, económicas, culturales y comerciales del desarrollo en los términos de una inserción subordinada al capitalismo global, que se manifiesta a través de la obediencia a los dictámenes y directrices de los clanes familiares anglo-estadounidenses dominantes, digo, precisamente en estos países es donde con más ahínco veremos las contradicciones, cada día más diversas y múltiples, que existen y que se producen entre el régimen neoliberal, su gobernabilidad, su razón, la circulación de las mercancías y su lógica respecto de la razón, los valores, la gobernabilidad y la gramática del poder popular que reivindica por todos los medios- que son siempre lícitos- la vida de la mayoría. Lo que muestra las contradicciones entre la razón neoliberal y el régimen popular es que solo de esta forma definitiva, de la manera popular y democrática, se está en condiciones de aspirar a mejores posibilidades de vida, de trabajo, de sentir y de relacionarse con nuestros semejantes. Esta contradicción inherente del neoliberalismo con el derecho a vivir del hombre se muestra en la forma del narcotráfico, en la debilidad institucional del mismo régimen político, en la forma de circulación de las mercancías y en todos los problemas y asuntos que en general vimos por ahora. Mientras tanto, en vez de plantear soluciones a estas cuestiones desde la trinchera de los dominantes se insiste siempre en la retórica del fracaso de la experiencia que significa para el pueblo, para su libertad y mejoría sustancial de la vida de las mayorías, el régimen popular. Se insiste en un nunca materializado ni real apocalipsis económico que viene a terminar, de una buena vez y por siempre, con los sueños de igualdad y los derechos del trabajador. Agoreros de profecías que se crearán autocumplidas intentan instalar, bajo la forma de la certeza y de la impunidad que siempre los caracterizó, con las que fueron favorecidos por poco más de doscientos años de historia latinoamericana, la idea que la llegada del régimen popular se traduce en el fracaso de las políticas de inclusión social para desde ahí, desde este fracaso, intentar imponer otra vez las políticas que reivindican el neoliberalismo. No sorprende porque desde el origen de nuestra historia los grupos de interés dominantes son los portadores de la impunidad en el ámbito político y carecen por eso de cualquier espíritu crítico mientras se dedican a propalar, con todo su entusiasmo, la llegada del fin del tiempo que, para su devoción neoliberal, supone la caída estrepitosa de la experiencia que ellos consideran estatista, asistencialista y clientelar- del populismo de la izquierda según ellos- que se viene desarrollando siempre en favor de los trabajadores. El colmo de la hipocresía, se hacen los distraídos frente a las crisis que con cierta periodicidad implica la imposición del neoliberalismo; incluso se hacen los distraídos respecto de las consecuencias y causas de las mismas porque ellos contribuyen decididamente al respecto a través de sus políticas de ajuste moldeadas desde la más pura dogmática del automatismo del mercado y la

valorización financiera, baluartes estructurales del régimen que solo rescata a los poderosos y castigará a los más débiles siempre en nombre de la salud de las cuentas del sector público. El laboratorio de los neoliberales, sus dogmas y convicciones conservadoras y su idea enemiga de cualquier manifestación de la cultura popular, insiste en experimentar con la vida, con la salud, con la educación, con el trabajo y las jubilaciones de millones de trabajadores que ven como el esfuerzo de toda la vida se convierte en base de la especulación de sujetos y actores políticos al servicio de intereses, cada vez más espurios, que apenas sí tienen la virtud de representar la cosmovisión de los centros globales del poder. Trabajadores que ven como son esquilados sus ingresos y derechos que, todas las veces, fueron conquistados con sudor, con lágrimas, con la sangre, el esfuerzo y movilización de otros movimientos sociales y sujetos políticos, de otra época histórica y en otro contexto político, pero que comparten con el movimiento social y sujetos políticos actuales la necesidad de una vida digna para todos. Sin embargo, en su ceguera, los dominantes, aunque no lo digan por que hoy no rinde frutos y no por pudor, añoran ese tiempo en que el gran capital, tanto el local como el extranjero, se convirtió en el vencedor temporal de las contiendas y de la lucha de clases a través de los golpes de Estado y de la violencia sobrecogedora pudiendo avanzar solo de esta manera con una política de brutal revanchismo contra los sectores populares dedicándose con particular desparpajo a desmontar los derechos que venían de la época inmeditamente anterior, del mal llamado “Estado de Bienestar”, cercenando impudicamente los derechos sociales y laborales que encontraron en su ruta de depredación y reacción. Después, cuando en base a la movilización y la movilidad del trabajador se impone el régimen popular, sorprendidos y resentidos los dominantes, no alcanzan a entender que nada es eterno en el movimiento de la historia, que el Estado capitalista es una fase apenas transitoria en el largo camino de la libertad. Su medianía intelectual les impedirá descubrir que algo importante acontece a nivel del sistema comercial global y que su máximo objeto de deseo, el régimen neoliberal, no es viable en el largo plazo.

Circulación de mercancías, plusvalía y explotación.

Los viejos fundamentos de la globalización del sistema comercial bajo el modo neoliberal no excluyen desconocer la existencia de otros y nuevos desarrollos que se vieron favorecidos por formidables avances tecnológicos, de la técnica, tanto en el campo de la informática, las telecomunicaciones, la microelectrónica y los medios de transporte. Sin embargo, me parece que lo

anterior es una banalidad de tremenda cuantía si consideramos los efectos y las consecuencias del sistema comercial global sobre la vida del trabajador en todo el mundo. Aunque también es importante aclarar que estos adelantos, las nuevas técnicas de información, de las telecomunicaciones, el transporte y la informática, sancionaron el triunfo del tiempo sobre el espacio por lo que necesariamente obliga a colocarlas bajo la órbita del modo de producción, de circulación y de distribución de mercancías basado en tecnología que sea lo más conveniente para nuestros pueblos. Este desarrollo de hecho nos explica el dinamismo extraordinario que adquirió la globalización que además está directamente ligada a la expansión de los flujos financieros, de la economía virtual, que supera con creces al del producto, al comercio global e inversión extranjera directa y concreta, en maquinaria, tecnología, fábricas y factorías. La dominación de la transacción puramente financiera y especulativa- que también es parasitaria y muy dañina para el bienestar del trabajador- sobre la inversión productiva es la primera consecuencia de la crisis de acumulación del capital en el sentido que bajo los términos de los regímenes anteriores al neoliberalismo llegaría un momento en que por las propias características del modo de producción y circulación, la *plusvalía* decae y ya no se realiza en su plenitud a través de la expansión del sistema productivo debido a la creciente desigualdad en la distribución de los ingresos que amenaza también al capital con su desvalorización. Por ejemplo, las cifras a nivel global son elocuentes porque nos describen una realidad fenomenalmente reaccionaria en relación a los intereses de los trabajadores: el 95% de la actividad económica a nivel del sistema comercial global es virtual, mientras que apenas un 5% es economía real, de producción de bienes tangibles. Esta cuestión, el de la primacía de la economía financiera- especulativa por sobre la producción de mercancías, de la economía real, desvirtúa incluso el propio ciclo del *capital industrial* en el proceso de producción que es fundacional al Estado y modo capitalista. Bajo los términos ideales el *capital* se presenta en toda la magnitud de su valor, de manera íntegra y global, tanto siendo *capital dinero*, *capital productivo* o *capital mercancía*. Entonces, una cantidad determinada de pesos aparecen en primer lugar y totalmente como *capital dinero*, luego se convierte en *capital productivo* para terminar apareciendo bajo la forma del *capital mercancía* en el fin del ciclo del proceso de producción y su correspondiente circulación. Esas diferentes etapas en que se manifiesta el *capital industrial* forman aquí otras tantas interrupciones. Mientras, por ejemplo, los pesos permanecen bajo la forma de *capital dinero*, este capital en bloque funciona solo como *capital dinero*, valga la redundancia. Pero, una vez que se da inicio al proceso de producción de las mercancías, es decir, al convertirse en *capital productivo*, deja éste de funcionar como *capital dinero* y *capital mercancía* a pesar que

continuamente fluctúa en todas estas fases. Pero, los tecnócratas en su delirio pretenden que el *capital* bajo la forma del *dinero* cumpla exclusivamente la función del *capital productivo* lo que se traduce en especulación financiera y en la primacía de una economía y bienes virtuales por sobre la economía y bienes reales. Pretenden mostrar al *capital dinero* como *capital productivo*, inclusive como *capital mercancía*, es decir, como el *capital industrial*, como síntesis de los momentos del *capital* tanto al nivel nacional como global en relación a su circulación.²⁵

²⁵ Para entender un poco mejor la forma en que se desarrolla el ciclo del *capital industrial* veamos lo que nos dice Marx al respecto:

“(…) todo su proceso de circulación se interrumpe, lo mismo que se interrumpe todo su proceso de producción tan pronto como empieza a funcionar en una de las dos fases circulatorias, bien como dinero o como mercancía. De ese modo, el ciclo Producción... Producción aparece no sólo como la renovación periódica del capital productivo, sino también como la interrupción de su función, del proceso de producción, hasta que este proceso de circulación se termina; en vez de discurrir de un modo continuo, la producción se efectúa a saltos y sólo se renueva en plazos de duración fortuita, según que las dos fases del proceso circulatorio se recorran con mayor rapidez o mayor lentitud. Es lo que ocurre, por ejemplo, tratándose de un artesano chino que sólo trabaja para clientes particulares y cuyo proceso de producción se interrumpe hasta que llegan nuevos encargos. En realidad, esto es aplicable a cada una de las partes del capital que se hallan en movimiento, y todas ellas lo van recorriendo por turno. Las 10,000 libras de hilado, por ejemplo, son el producto semanal de un fabricante de hilados. Estas 10,000 libras de hilado salen por entero de la órbita de producción y entran en la de circulación; el valor- capital contenido en ellas tiene que convertirse íntegramente en capital- dinero, y mientras permanezca bajo esta forma no puede entrar de nuevo en el proceso de producción; tiene que entrar previamente en la órbita de circulación y volver a convertirse en los elementos del capital productivo Trabajo + Medios de producción”.

De acuerdo al párrafo precedente, el proceso cíclico del capital es una constante interrupción, es el abandono de una fase para entrar en la que sigue volviendo luego al mismo punto, de forma circular por decirlo de alguna manera, algo así como un eterno retorno al modo de Nietzsche; será un proceso que en definitiva superará una forma y existencia bajo otra distinta. Además, se entiende que cada una de estas fases no sólo condiciona la otra, sino que al mismo tiempo la excluye. De todas formas, la característica central del modo de producción del Estado capitalista, definitivamente determinada a través de su base tecnológica, aunque no siempre incondicionalmente asequible, es la continuidad, es el eterno retorno al que me acabo de referir. En la práctica, mientras la netbook aparece en el mercado como *capital mercancía* que después se convierte en *dinero* (dará lo mismo que actúe éste como medio de pago o como dinero aritmético), entra en el proceso de producción, ocupando su lugar, el nuevo plástico, el nuevo circuito

Una expansión geográfica sin precedentes ni antecedentes históricos anteriores que protagoniza el Estado y modo capitalista de producción, esta vez en su versión neoliberal y mediante la incorporación de distintos espacios exteriores al sistema, llevó a que estos espacios en integración a la dinámica globalizada se convirtieran de manera gradual en espacios de intercambio desigual y explotación económica para las zonas centrales del sistema que se explicaría en última instancia por el funcionamiento de la *ley el valor* a nivel global. También está el hecho de creciente homogenización cultural e incluso política y económica producida a través de la universalización de imágenes y mensajes audiovisuales que ahora controlados por transnacionales al servicio de los centros globales del poder se muestran altamente eficientes para crear cierto sentido común, de los sueños y expectativas de cada cual, que pondrá de relieve las supuestas y nunca reales bondades o beneficios que ofrecería el

electrónico, etc., el nuevo capital que por lo tanto abandona su forma de *capital dinero* y *capital mercancía* para recobrar la forma de *capital productivo* y así abordar la función que le corresponde; a la par que los pesos que componen el precio de la computadora se convierten en dinero, vemos que otros pesos de las netbooks anteriores recorren la segunda fase de su proceso de circulación y dejan de ser dinero para volver a tomar la forma de elementos del *capital productivo*. Estas partes integrantes del capital recorren este proceso cíclico y se hallan simultáneamente en las etapas del mismo.

De esta forma, el *capital industrial* aparece necesaria y simultáneamente, en la continuidad de su ciclo, en todas las etapas de éste y revistiendo las maneras funcionales que a ellas corresponde. Entonces, el auténtico ciclo que recorre el *capital industrial* en su continuidad no es solo la unidad establecida en el proceso de circulación y en el proceso de producción, sino la unidad de esos tres ciclos que recorre el *capital industrial* en tanto *capital dinero*, *capital productivo* y *capital mercancía*. Para que esto pase es necesario que cada parte del capital en cuestión vaya recorriendo sucesivamente las distintas etapas del ciclo, pase de una etapa funcional a otra: que el *capital industrial*, como conjunto que involucra necesariamente todas las partes en que se manifiesta el *capital*, aparezca, por lo tanto, simultáneamente, en las diferentes fases y funciones, describiendo con ello los tres ciclos a un mismo tiempo. La sucesión de las partes se halla condicionada por la división del capital.

El proceso del *capital industrial* en su conjunto representa la unidad de todos los ciclos, que son la forma en que se expresa la continuidad del proceso del capital. Las fracciones del capital recorren sucesivamente las diversas etapas y su forma funcional: una parte del *capital industrial* que cambia constantemente, que se reproduce, existe como *capital mercancía* que a su vez se convierte en dinero, en *capital dinero*, que a su vez se convierte en *capital productivo* y como capital productivo se convierte en *capital mercancía*. Es la unidad de los tres ciclos y no la interrupción de que hablábamos más arriba, la que realizará la continuidad del proceso global. El capital total de la sociedad que se organiza en el régimen así posee siempre la continuidad y su proceso representa la unidad de los tres ciclos.

automatismo de los mercados y que vendría a ser el triunfo más significativo de la reestructuración del capitalismo en su versión neoliberal. Este contexto de un nuevo sentido común, que origina políticas públicas unilaterales, que además son altamente irracionales, conduce a los dominantes a desplegar por doquier, hasta el último rincón del planeta, sus irracionalidades, su economía y bienes virtuales que finalmente son muy reales en el sentido que afectan las formas de vida de todos. El Estado capitalista, quien continúa orientado a la fuerte expansión global de su interés, que a la vez se guía por la acumulación privada del capital, por el uso y abuso del *capital industrial* por parte de los factores de poder más concentrados (con el inestimable apoyo del régimen neoliberal), genera crisis que llegado el momento actual es histórica porque no tiene precedente alguno. De hecho, lo único que falta para que ésta sea de tipo terminal es que se imponga la lucha del trabajador por todo el mundo. No es tan descabellado hablar de nuestra *(r)evolución permanente* a nivel global porque por primera vez en la historia las crisis del Estado capitalista afecta a todos los hombres. Entonces, existe de continuo una destrucción de la naturaleza que afecta la vida, del derecho a coexistir hablo. El régimen no tiene posibilidad de sobrevivir porque el neoliberalismo, así se manifiesta hasta el fin, es un complejo derivado del desenfrenado impulso, gradual pero incesante, por satisfacer el lucro y la ganancia privada, tendencia que se expresa en la vida colectiva desintegrada, en un ambiente de destrucción y en una profunda crisis política, social y económica que también es ética.

El neoliberalismo instaló la lucha de clases en términos implacables, en un juego de suma cero donde los intereses, los puntos de vista y la propia ideología es extrema. El neoliberal en su afán de control y dominio acabó con todos los matices, con todos los grises y sus derivados e impuso el negro y el blanco, los extremos que en el caso de las ciencias sociales nunca se atraen, más bien se repelen. Por esto, el Estado capitalista es por naturaleza, por su propia lógica y modo de producción, de distribución y circulación, totalmente incapaz de promover el bienestar común. Así, en la resolución de los dramas que aquejan a los trabajadores ya no es posible seguir confiando en el mejor funcionamiento de las instituciones relevantes donde el reformismo político como fin juega un rol preeminente; no es posible seguir confiando en su FMI o en la Organización Mundial del Comercio y/o en el Banco Mundial. En ese contexto son muy actuales las consideraciones efectuadas en su momento por teóricos como Engels o Rosa Luxemburgo para quienes el capitalismo, en su afán destructivo, deja solo dos alternativas posibles: *socialismo o barbarie*. Si el hombre tiene futuro, si es capaz de forjarse una nueva realidad, entonces es claramente humanista o no será nada. Si hay un hecho concreto y real en el Estado capitalista es que la producción y la circulación de mercancías al final

no puede considerar al hombre bajo el sometimiento de una economía virtual porque siempre se impondrá esta realidad que demuestra que la producción capitalista lo es de mercancías concretas. Es que el trabajo de los hombres, su *fuerza de trabajo* para ser más exacto, aparece como mercancía precisamente porque el trabajador vende su *fuerza de trabajo*, o sea, la función de la *fuerza de trabajo*, que es la que crea y genera plusvalía, que luego se convierte en el capital que requiere no solo la clase patronal sino también el capitalismo para sobrevivir como Estado y régimen de explotación del hombre. Por lo mismo, los trabajadores venden su *fuerza de trabajo*, según nuestra hipótesis, apenas por el valor de su costo de producción. A medida que el trabajo se convierte en trabajo asalariado, en *fuerza de trabajo* que es apropiada por la patronal por la que los trabajadores reciben un salario ligado directamente con el modo y la forma de producción, de circulación y distribución capitalista, el productor se convierte en capitalista industrial. Y en la relación entre el capitalista y los trabajadores que entregan su fuerza de trabajo por un jornal, la relación entre el comprador y el vendedor, se convierte así en una relación inmanente a la producción de la mercancía. Pero, esta relación descansa fundamentalmente en el carácter social de la producción y no en la circulación o en el tráfico. Finalmente, se impone bajo el modo de producción del Estado capitalista la explotación del hombre por el hombre porque la patronal lanza a circulación, en la forma de *dinero*, menos valor del que saca de ella, porque hace circular más valor en forma de la mercancía del que bajo la misma forma retira de la circulación. Cuando actúa como personificación del capital, es decir, como *capitalista industrial*, su oferta de valor en la forma de mercancías es siempre mayor que su demanda de valor en idéntica forma. Si la oferta y demanda logran coincidir en este ámbito no se podría valorizar en verdad su capital. Es decir, éste no funcionaría como un *capital productivo* sino que este *capital productivo* se convertiría en *capital mercancía*, sin llevar adherida plusvalía alguna. Si fuera de este modo no habría arrancado a la *fuerza del trabajo*, durante el proceso de la producción de las mercancías, la menor *plusvalía* en forma de la misma, lo que se traduce en que éste no habría funcionado como capital, no habría cumplido la función que le corresponde. Necesariamente el capitalista debe vender un poco más caro de lo que compró, pero si lo logra es gracias al modo capitalista de producción, de circulación y de distribución que convierte la mercancía más barata, por ser de menos valor, comprada por él mismo, en una mercancía más cara, por ser de mayor valor. Sí vende más caro es porque la *fuerza de trabajo* crea un valor que no es retribuido en su integridad al trabajador por parte de la clase patronal.

Capítulo 7: La fuerza de trabajo en la creación del valor.

Cuestiones sobre la fuerza de trabajo como mercancía.

Marx analiza el trabajo del hombre en varios momentos para su mejor comprensión. Por un lado, directamente arranca desde su conceptualización, luego pasa por definir la alineación de los trabajadores en tanto mercancías que crean valor dentro del proceso de producción del Estado capitalista, con todas sus consecuencias, y termina haciendo un pequeño planteamiento sobre como vendría a ser el trabajo en una sociedad futura, comunista, donde ya los medios de producción son socializados. En cuanto a la definición del trabajo, Marx deja correctamente establecido que este es un proceso entre el hombre y la naturaleza propiamente tal. Es en definitiva un proceso por el cual ya el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza, es decir, coloca en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, sus brazos y piernas, su cabeza y sus manos, con la finalidad de apoderarse de los diversos materiales y recursos dados por la naturaleza al hombre bajo una forma útil para su vida; recursos que hacen a la propia satisfacción de las necesidades básicas del hombre en cuanto a la cuestión de su supervivencia. Así, el hombre al operar sobre la naturaleza exterior y al transformarla en beneficio mutuo, como un esfuerzo más o menos racional en relación al fin que busca satisfacer sus necesidades, transforma a la vez su naturaleza. En este proceso además el hombre desarrolla ciertas potencias que dormitaban en la naturaleza y sujeta a su dominio el juego de esas fuerzas y recursos.²⁶

Lo importante es que el trabajo es facultad exclusiva del hombre. Esto significa que ahora el trabajador, ya alejado de la forma instintiva, primitiva y básica de producción, al modo del resto de los animales y a diferencia de la abeja para el caso, no se dedicará sólo a la transformación de la naturaleza, sino que también se dedicará a tejer un suéter que ya existía en su cabeza

²⁶ De todas maneras al respecto hay que tener cuidado sobre la concepción que estemos dispuestos a sostener en relación al dominio del hombre sobre la naturaleza en el proceso de búsqueda de la satisfacción de nuestras necesidades. En otras palabras, este dominio del hombre sobre la naturaleza me parece válido solo en la medida que haya cierto respeto por el medio ambiente y el ecosistema. Entonces, antes que una cuestión de control y dominación se plantea una relación de equilibrio, de un justo medio, entre las necesidades de los hombres y el uso de los recursos naturales y materias primas en el proceso de trabajo con miras a la satisfacción de estas necesidades. Por supuesto, ese equilibrio, una buena relación entre el hombre y los recursos que le entrega la naturaleza solo es viable en términos de primacía de la vida de los hombres por sobre la lógica de la propiedad y del lucro privado.

idealmente que es el objeto de su trabajo, al cual aferra su voluntad como ley. En otras palabras, estamos en presencia de la voluntad orientada a un fin que se mantiene en el proceso global de la producción. Entonces, la obra primera del hombre, lo que lo define en toda su materialidad, es que produce bienes y servicios para la satisfacción de sus necesidades que lo distingue de este modo de otros animales. En mano de los hombres, ahora entendidos como trabajadores, producir significa poder transformar la naturaleza, y al hacerlo expresa su rasgo esencial. No se limita a tomar de la naturaleza los recursos y las materias primas que le son necesarios para satisfacer sus necesidades, sino que deliberada y racionalmente buscará modificarla y en este proceso construye su realidad, su historia. Y la forma, el sentido común que adquiere la historia, precisamente se relaciona con la manera que encara el proceso de producción que a su vez tiene que ver además con la forma que se manifiesta la distribución y circulación de bienes producidos. La historia, la realidad, las crónicas y hechos que la conforman, están íntimamente ligadas al modo en que el hombre define y encara la producción en el sentido que implica una manera de hacer y no hacer las cosas, una relación de respeto, de dominación sobre la naturaleza. Eso es fundamental. De ahí que el trabajo sea el concepto central para entender al hombre, el desarrollo de la técnica y la forma colectiva en que se organiza. El trabajo, como actividad productiva libre es ahora la actividad en que los trabajadores expresan su humanidad y su auténtica naturaleza. La producción es en su obra la actividad vital, es la vida productiva, porque se presenta al hombre como medio de satisfacción de la necesidad de conservación de la especie, de la defensa y reivindicación de la vida. La vida del hombre es vida que engendrará más vida pero que también engendrará miseria, exclusión, muerte y marginación de acuerdo a qué rol estemos dispuestos a asumir colectivamente. Esto no quita el hecho que nos revele el significado del trabajo como realización de la personalidad y de las múltiples potencialidades del hombre tanto para el bien como para el mal. Como nos lo señala Marcuse en su obra *El Trabajo alienado* respecto a las potencialidades del hombre:

“(...) liberadas de las limitaciones de una ciencia especializada, las categorías económicas se manifiestan como factores determinantes de la existencia humana (...) Lejos de ser una simple actividad económica, el trabajo es la actividad existencial de los hombres, es su actividad libre y consciente, de ninguna manera un medio solo para mantener su vida, sino para desarrollar su propia naturaleza universal. [un fin en sí mismo] (...) la esclavitud del trabajo y su liberación son condiciones que van mas allá del

marco de la economía política y afectan los fundamentos de la existencia humana”.

Sin embargo, para que el trabajo le permita a los hombres realizarse es necesario que se den ciertas condiciones que tienen que ver en primer lugar con la libertad para que el hombre, en base a su voluntad y conciencia, pueda definir en sus términos su vida. Y esa voluntad y libertad para definir su vida se alcanza cuando además puede expresar sus capacidades en forma amplia, cuando con el trabajo que realiza despliega su naturaleza social y cuando el acto productivo rebasa la necesidad de subsistencia, de satisfacción de las necesidades básicas para ir un poco más allá, en favor de la felicidad de los hombres a partir de la reivindicación del ser genérico. El problema es que en el Estado capitalista el trabajo del hombre, en realidad su *fuerza de trabajo*, es definida y se despliega solo como mercancía. El hecho que lo sea no es acá la cuestión más problemática sino que en primer término lo es el hecho determinante que la clase patronal hace uso y abuso de ésta, la forma en que se apropia de sus frutos bajo la lógica que hace primar el derecho a propiedad sobre cualquier otra consideración. Esta es la problemática central porque la mercancía *fuerza de trabajo* es objeto exterior que merced a sus propiedades satisface necesidades humanas del tipo que fueran: ya sean *naturales* ya sean *creadas* lo que también se relaciona directamente con la forma del Estado y del régimen político en el que vivimos y nos desenvolvemos colectivamente como trabajadores. En otras palabras, no son las mismas necesidades que tiene el hombre bajo un Estado capitalista y su régimen, que nos convierte en eternos insatisfechos, en consumidores compulsivos que solo refuerzan los dogmas del automatismo de los mercados, del individualismo, de la teoría de los dos mundos para el caso, del egoísmo, del idealismo metodológico y sus múltiples fábulas, mitos e irracionalidades (la teoría del fin de la historia, del final de las ideologías, de la historia nacional, cristiana y occidental) que las necesidades que se nos plantean bajo las directrices de un régimen nacional-popular, democrático e inclusivo tanto política como socialmente que busca satisfacer de la mejor manera, por lo menos la más racional, las múltiples y diversas necesidades de los hombres a partir de una definición del bienestar común que nos involucra a todos en tanto trabajadores.

El hecho que las mercancías tengan un doble valor, un *valor de uso* y uno de *cambio* donde el primero es el contenido material de la riqueza y se efectiviza en el uso o en el consumo de la cosa, el hecho que sea cuantitativo y no tenga relación con lo que le costó al hombre hacerse de sus propiedades que lo transforman en útil, el hecho que el *valor de cambio* sea el auténtico valor de cada cosa que se determinará por la cantidad de trabajo socialmente

necesario para producir la mercancía en condiciones normales de producción, es decir, el hecho que el *valor* esté determinado por el trabajo y que todas las mercancías se midan por el *dinero*, en una medida de valor de las cosas, finalmente nos está diciendo que el *valor de cambio* de las mercancías tienen un orden cultural, no así el *valor de uso* que remite a lo natural. Entonces, la mercancía *fuerza de trabajo* tiene la particularidad de crear valor. Es decir, esta es una mercancía a través de la que se obtienen otras mercancías. Por *fuerza de trabajo* se entiende así el conjunto de todas las facultades físicas y mentales de los hombres, que existe en su corporeidad y que coloca en movimiento cuando produce valores de uso de toda índole. Quien posee esta mercancía (que es el trabajador) además tiene que querer venderla a otro y para eso, para que este proceso se lleve adelante de la manera más natural en términos del dogma capitalista, el trabajador debe ser propietario libre de su *fuerza de trabajo*, de su persona, de forma que de ahora en adelante ciertos fenómenos tan aberrantes como la esclavitud u otras maneras anteriores de avasallamiento, como la servidumbre, acá no tienen cabida; y no lo tienen pero solo en lo formal porque en este contexto de libertad abstracta, idealista, teórica y falsa se sustenta el proceso de *fetichización de la mercancía* en el sentido que esconde la real vinculación contractual entre la *fuerza de trabajo* y el *capital*. Es decir, para que en este contexto la relación entre el trabajador y clase patronal perdure es necesario que la persona venda su capacidad de trabajo por un tiempo limitado porque si en realidad la vendiera toda de una vez sería un esclavo, dejaría de ser libre, pasaría de poseer mercancía a ser una mercancía. Lo único que finalmente hace el trabajador cuando vende su *fuerza de trabajo* es ceder el consumo de ésta, su mercancía. Lo que hace la patronal es encontrarse en el mercado en la búsqueda de la *fuerza de trabajo* que le es necesaria para iniciar el proceso de producción y acumulación en términos de los intereses privados del capital. En tanto la *fuerza de trabajo* necesita del cuerpo para existir como mercancía, el valor de esta mercancía es el valor de los medios de subsistencia necesarios para la conservación de quien la posee, de los trabajadores, pero también esos medios son definidos de acuerdo a la lógica e intereses del Estado capitalista por lo que se produce la alienación del hombre primero como *trabajador* y después como *persona*, es decir, se mantendrá vivo porque la *fuerza de trabajo* necesitará venderse en ciertas condiciones que siempre son desfavorables para los trabajadores, para así alimentarse, vestirse, habitar una vivienda, para acceder a la salud, a la educación y otras cuestiones básicas de la vida urbana moderna.

Por otro lado, la determinación del valor de la *fuerza de trabajo*, en clara oposición con las otras mercancías que existen en el mercado, encierra cierto elemento histórico y uno político que también se relaciona con la ética

y la moral en la medida que fundamenta la organización de los hombres, sus posibilidades y opciones sean reales o no. Pero, como el trabajador en tanto propietario de la *fuerza de trabajo* es mortal, el Estado capitalista necesitará que continúe su presencia en el mercado; es por esto que el vendedor de la *fuerza de trabajo* debe procrear la oferta de trabajo en el mercado. Entonces, la abstracta libertad de los trabajadores, al igual que la satisfacción de sus necesidades básicas para sobrevivir, para no morir de hambre digo, no tiene nada que ver con el poco probable altruismo del capitalismo y sus formas de regímenes, sino con la necesidad de reproducir el sistema, la acumulación privada del capital que involucra una forma de organizar la producción. Es de esta manera como la suma de los medios de subsistencia necesarios para que los trabajadores vivan incluye la necesaria sustitución de esta *fuerza de trabajo*, es decir, un salario para criar hijos, para educarlos en la técnica y en el oficio de la producción de los bienes que finalmente lo reemplaza cuando él muere. Este salario, esta educación en la técnica, etc., deben ser el mínimo posible de manera que la tasa de ganancia media del capital sea cada vez más elevada. En ese contexto se deben entender las políticas de productividad, de flexibilización laboral y la caída general de los derechos del trabajador en el capitalismo. De esta forma también se perpetúa en el mercado esa particular raza de los poseedores de las mercancías. El valor de la mercancía *fuerza de trabajo*- que la patronal compra por un salario determinado de antemano por las condiciones sociales y políticas que imperan en relación a la lucha de clases, de acuerdo a la relación de fuerzas entre el capitalista y el trabajador en cierto momento histórico- entonces se traducirá en el valor de los medios de subsistencia considerados necesarios para que el trabajador pueda vivir. Las necesidades de los trabajadores se reducen a la necesidad de mantenerlo durante el trabajo, para que no desaparezca la raza de los trabajadores. En consecuencia, el *salario* tiene exactamente el mismo significado que en el mantenimiento de cualquier otro instrumento productivo: vendría a ser como el aceite que se le aplica a la rueda para que funcione. Una cuestión además importante, en el sentido que define la calidad de vida de los trabajadores, que también se relaciona directamente con las condiciones de su trabajo, es que bajo la óptica capitalista el *salario* formará parte de los costos necesarios en relación a la producción de mercancías. Y cuando el salario es definido como un *costo* ya entramos de lleno en el proceso de exclusión, de pobreza y marginación que es tan típica y extrema en el ámbito neoliberal.

Por último, es importante señalar que mientras la *fuerza de trabajo* circula en el mercado no es bajo ninguna circunstancia parte del capital, no constituye ninguna forma de *capital mercancía* porque en realidad el obrero, el trabajador en general, no es un capitalista, aunque en la práctica aporte al

mercado una mercancía que crea valor, su propia piel, sudor y esfuerzo. Sólo a partir del momento en que se vende, en que se incorpora al proceso de la producción capitalista, es decir, a partir del momento en que deja de circular como mercancía en el mercado, se convierte esta *fuerza de trabajo* en parte integrante del *capital productivo* en la forma en que Marx denominará como *capital variable*, considerada y cumpliendo ahora sí su función como fuente de la *plusvalía*, de la parte circulante del *capital productivo*, con respecto a la rotación del *valor- capital* invertido en ella. Además, la operación básica de comprar para volver a comprar la *fuerza de trabajo* del obrero por parte de la patronal en tanto es mercancía, constituye parte del proceso de circulación del capital. Pero, valga la aclaración, es al interior del proceso de producción donde el *valor* invertido en *fuerza de trabajo* se convierte (en ningún caso para el trabajador, sino para el capitalista) de una magnitud determinada, fija y constante, en magnitud variable, a partir de la que el valor desembolsado se convierte también en *valor- capital*, en *capital*, en *valor* que se valoriza.

La fuerza de trabajo en el proceso de creación del valor.

Lo esencial de comprender el *salario* de los trabajadores como *capital variable* es que nos lleva a dilucidar en todas sus complejidades el modo de producción del capital, su valorización, su creación y acumulación privada. Entonces, ya estamos en condiciones de considerar que el capitalista cambia una suma de valor dada y constante por la fuerza creadora de valor. El hecho que el capitalista cambie magnitud de valor por producción de valor, por una fuerza que se valoriza por sí misma, que es la propia *fuerza de trabajo* como mercancía especial, no cualquier mercancía, además a disposición de la clase patronal y no del trabajador (porque esta mercancía solo está en condiciones de crear valor cuando ingresa en el proceso de producción del que en fin el capitalista es el propietario como viéramos más atrás) nos remite al núcleo de la lógica del Estado capitalista dominante y de los regímenes políticos que lo han asistido en su historia de control sobre las mayorías. Por otro lado, que el capitalista pague al trabajador por el uso de su *fuerza de trabajo* en *dinero* o en medios de subsistencia no alterará para nada este concepto esencial de creación del valor en favor de la clase patronal y sus intereses relacionados siempre con la acumulación privada de capitales. En realidad, lo único que altera es la modalidad de existencia del valor que en un momento previo fue desembolsado por él, que en un caso existe en forma de dinero a través del que los trabajadores compran por su cuenta, individualmente, en el mercado los medios de subsistencia y en otro caso existe bajo la modalidad de medios de subsistencia directamente consumidos por él que como sabemos son los

alimentos, la vestimenta y, en la medida que la vida colectiva se complejiza, también la vivienda, el acceso a la salud o la educación, el transporte, etc. La producción bajo la modalidad capitalista en su etapa desarrollada presupone además que el trabajador sea pagado en *dinero* porque es éste el equivalente general que hace posible el intercambio de las mercancías, en primer lugar el intercambio de la *fuerza de trabajo* que a través del *salario* expresará el mínimo posible para que el trabajador y su familia pueda reproducirse. Por otro lado, en relación a los medios de trabajo que intervienen en el proceso de producción, me refiero a la maquinaria, etc., el mayor o el menor grado de fijeza de los mismos depende de su grado de duración, de ciertas cualidades físicas. Es decir, según el grado de duración y considerando la igualdad de condiciones, esos medios se desgastan de manera más o menos rápida o lenta de modo que funcionan durante más o menos tiempo como parte del *capital fijo*. Sin embargo, lo que les permite funcionar como *capital fijo* no es solo esta cualidad física que representa su grado de duración, de desgaste, porque las materias primas con las que trabajan las fábricas metalúrgicas tienen el mismo grado de duración que las máquinas con las que se fabrica el metal y un grado más alto que el de algunas partes de estas máquinas, hechas por ejemplo, de materiales menos resistentes como la madera. Pero, mientras el metal en la metalúrgica es materia prima y parte del *capital circulante*, el medio de trabajo, o sea, la máquina construida probablemente de ese mismo material, de metal para el caso, y en la misma factoría, es parte del *capital fijo* y no del *circulante*. Lo que digo es que no es, por lo tanto, la naturaleza física material, su mayor o menor grado de desgaste en el propio proceso de producción capitalista, lo que hace que el metal figure como *capital fijo* y en otras oportunidades como un *capital circulante*. La diferencia en este caso se relaciona directamente con la función que le corresponde en el proceso de producción de la mercancía, en la que a veces es objeto del trabajo, materia prima del proceso de producción, y en otros casos es medio de trabajo.

La función del metal o de cualquier otro bien como medio de trabajo en el proceso de producción propiamente dicho requiere por término medio que sirva constantemente, una y otra vez, durante un período más o menos prolongado, en repetidos procesos de trabajo. No tiene mucho sentido el uso de herramientas o de maquinaria en el proceso productivo del moderno modo capitalista de hacer las cosas si ésta se consume de una vez y totalmente en el proceso de producción. En este contexto, hay que buscar alternativas menos onerosas, que no se desgasten de esta manera, como factores de producción porque esta función como medio de producción exige, por lo menos, que su materia tenga un grado mayor de duración que la haga así viable y racional en términos tecnológicos. Sin embargo, tampoco es el grado de duración de

la materia de la que se forma la que lo convierte de por sí en *capital fijo*. De hecho, la misma materia- como ya hemos visto- puede ser *capital circulante*, si interviene como materia prima en el proceso de producción, o puede ser *capital fijo* en cuanto es un medio de trabajo. Pero, aunque lo definitivo para que sean *capital fijo* no es la calidad duradera de la materia de que está hecho el medio de trabajo, su función como tal, como medio de trabajo, exige que por lo menos estén hechos de cierto material que sea relativamente duradero, que no se pierda completamente en este proceso de producción. El grado de duración de su materia es, por tanto, condición previa para que éstas puedan desempeñar su rol como factor y medio de trabajo y también es base material del sistema de circulación que los convierte en *capital fijo*. Así, en igualdad de condiciones, el mayor o menor desgaste de la materia de estos medios le imprime el sello de la fijeza y se haya, por tanto, esencialmente enlazada a su cualidad de *capital fijo*. Por otra parte, la materia del capital invertido en los salarios- para el caso el *capital variable*- es el trabajo, o dicho de una manera más específica, es *fuerza de trabajo* puesta en acción, cumpliendo la función que le corresponde en el proceso de producción de mercancías. Es *fuerza de trabajo* puesta en acción para crear valor; es trabajo vivo que la patronal en tanto dueña del Estado capitalista y los regímenes que lo representan, cambia por trabajo materializado e incorpora a su capital y sin el cual el valor que tiene en sus manos no se convertiría en valor que se valoriza. Por lo mismo, la *fuerza de trabajo* es una mercancía que crea valor solo para el capitalista (cuando éste la compra al trabajador y la pone a su disposición como medio de producción de mercancías) y no es mercancía para los trabajadores. Esta capacidad de ser la *fuerza de trabajo* una mercancía especial, de valorización de capital, no la vende a la patronal de una vez y para siempre cuando se inicia el proceso productivo sino que es siempre parte integral de su *capital productivo*, como su medio de trabajo, y nunca de su *capital mercancía*, como por ejemplo lo es un bien terminado que se vende de una vez en el mercado. De esto se sigue que bajo la lógica del proceso de producción de mercancías, como parte integrante del *capital productivo*, los medios de trabajo no se contraponen en absoluto a la *fuerza de trabajo* como un *capital fijo*, del modo que el material del trabajo y materias auxiliares, como son las materias primas, el metal para el caso, no se engloban con ella como *capital circulante*. Ahora, la *fuerza de trabajo* se contrapone al capital como factor personal, puesto que los dos son factores materiales y esto entendido desde el punto de vista del proceso de trabajo. Estos dos capitales, tanto el *productivo* como el *circulante*, por su parte, se contraponen a la *fuerza de trabajo*, es decir al *capital variable*, como *capital constante*, desde el punto de vista del proceso de valorización del capital. De la propia naturaleza del valor, que no

es sino el trabajo materializado en un bien, y de la naturaleza de esta *fuerza de trabajo* de ahora en más puesta en acción por la clase patronal en propio beneficio, para incrementar y acumular capital que es el núcleo sobre el que gira el Estado capitalista y su lógica, la cultura, la razón e interés de los grupos dominantes (que son conservadores, reaccionarios y antidemocráticos en el sentido que creen estar más allá de cualquier organización colectiva que aspira al bienestar común) digo, de la naturaleza de la *fuerza de trabajo* que es trabajo materializado, se desprende que la *fuerza de trabajo* mientras cumple su rol, mientras se halla en función en el proceso de producción, crea plusvalía y valor constantemente al tiempo que así se vuelve representante del movimiento y creación del mismo.

Por otro lado, cuando me refiero a la jornada laboral de un trabajador cualquiera, me refiero en realidad a la cantidad de tiempo durante el que el trabajador en cuestión pone a funcionar su *fuerza de trabajo* al cabo de un día laboral, me refiero al tiempo durante el que trabaja diariamente, para el caso las ocho horas reglamentarias y las extras sean o no remuneradas. Por el contrario, cuando me refiero al *periodo de trabajo* aludo definitivamente al número de jornadas laborales del trabajador que son coherentes con una rama industrial para suministrar un producto elaborado en su totalidad. A modo de ejemplo, si suponemos que la cantidad de las horas totales necesarias para construir una netbook sea de unas cinco jornadas de trabajo, en lo tocante a los obreros que trabajan en la fábrica de computadoras, esas cinco jornadas son una magnitud homogénea y discontinua, que según esa hipótesis consiste en cinco procesos de trabajo, separados y sucesivos, de ocho horas cada uno donde tampoco hay horas extras solo a afecto de simplificar el caso. Pero, en lo tocante a la netbook, que es el producto final, las cinco jornadas de trabajo forman una magnitud continua, una sola jornada de trabajo de cuarenta horas (la suma de las ocho horas por las cinco jornadas laborales) un solo acto bien coherente de producción. En este caso, el producto de cada jornada de trabajo bajo los designios del Estado y modo capitalista de producir es un producto parcial que sigue elaborándose jornada tras jornada y que solo adquiere su forma definitiva, su forma final, como *valor de uso* terminado, al llegar al término del período de trabajo. Por esto, la interrupción y perturbación que se dará en el proceso social de producción a consecuencia de las crisis, también repercuten de distinta manera sobre los productos del trabajo de carácter homogéneo y discontinuo y sobre aquellos que exigen para su producción un período más largo y coherente. Durante el período de trabajo de las netbooks en el ejemplo va acumulándose por etapas sucesivas la parte de valor que el *capital fijo* transfiere diariamente a las netbooks hasta su elaboración final. Y es en este momento donde se revela, en su importancia práctica, la diferencia

entre el *capital fijo* y el *capital circulante* tal como lo plantea Marx. En este sentido, el *capital fijo* se desembolsa para iniciar el proceso de producción de la netbook por un período de tiempo más largo no siendo necesario renovarse antes de transcurrido este período, que puede ser un buen tiempo. El hecho que en este caso la netbook en su proceso de producción transfiera de forma fragmentaria, jornada laboral tras jornada laboral, su valor en un proceso de trabajo homogéneo y discontinuo, o que lo transfiera cada tres semanas si se tratara de un auto, producto de un acto de producción continuo, no altera la inversión del capital necesario para la compra de las netbooks. En el primer caso, su valor refluye en pequeñas dosis, por ejemplo semanalmente mientras que en el otro caso, en gran masa como por ejemplo de forma trimestral. Pero la renovación de las netbooks se plantea, tanto en uno como en otro caso, al cabo de unos cinco años, en el cual ésta sigue funcionando en el proceso de producción durante varios períodos de trabajo. Es lo que hace distintivo al *capital fijo* en relación al *capital circulante* en el sentido que no pasará lo mismo con los diversos elementos circulantes del capital que desembolsa en el proceso de producción de las netbooks. De hecho, la *fuerza de trabajo* que se compra para esta semana se gasta durante esa semana y se materializa en el producto. Así, es necesario pagarla al final de esa semana. Y esta inversión de capital en *fuerza de trabajo* que hace el capitalista para dar marcha inicial a la producción de determinados bienes se repite periódica y semanalmente, a lo largo del tiempo que demora la producción final de la netbook en ese caso, sin que el desembolso de esta parte de capital en esta semana en particular permita al capitalista sufragar la compra de trabajo la semana siguiente. De ahí que tendrá que invertir todas las semanas capital adicional para pagar la fuerza de trabajo y no interrumpir el proceso de producción. Además, durante el proceso de trabajo se transfiere de forma constante a la netbook no sólo el valor de la fuerza de trabajo que es empleada por la patronal, sino además la plusvalía, pero no al producto terminado, sino al producto a medio terminar, que no reviste todavía la forma de mercancía acabada y que aún no es, por tanto, susceptible de circulación ni distribución.

Después de lo anterior, después de haber actuado la *fuerza de trabajo*, se sigue que el capital ya no está formado por *fuerza de trabajo*, de una parte, y de la otra por medios de producción. El *valor- capital* que se invirtió en la mercancía *fuerza de trabajo* es desde ahora el valor propiamente dicho más la *plusvalía* que fue añadido en el proceso al producto. Para que el proceso se repita de manera continua es necesario vender las netbooks así producidas e invertir de manera constante, una y otra vez, el *dinero* obtenido en comprar *fuerza de trabajo* e incorporarla al *capital productivo* de forma que vuelva a empezar todo nuevamente, sin interrupciones, para la buena salud del Estado

y modo capitalista. Esto es lo que da a la parte del capital invertida en *fuerza de trabajo*, lo mismo que la empleada en los diversos materiales que también se verán involucrados, como materias primas y como auxiliares, el carácter del *capital circulante*, por oposición al *capital fijo*, ese que permanece fijado en los medios de trabajo. El punto es que el idealismo metodológico y la falta de honestidad teórica- intelectual de los neoliberales nos conduce a un falso entendimiento de la *fuerza de trabajo* como *mercancía* que crea *valor* como de todas las variables que hacen al Estado y al modo capitalista y sus formas de producción, de circulación y distribución. Al mismo tiempo, con sus ideas y conceptos ponen fin- a través de ocultarnos el proceso de *fetichismo de las mercancías*- a la distinción que existe entre la generalización y el dominio de ésta que es tan característico de la economía que hace al Estado capitalista y a las especificidades nacionales relativas a los pueblos latinoamericanos. Nos ocultan el carácter social de la producción de bienes, de las mercancías, de la naturaleza de la *fuerza de trabajo* en el sentido que le imprimen sus propios elementos de valor a cada cosa. Nos ocultarán inclusive el proceso social de producción haciéndonos creer que éste tiene apenas un carácter natural, un carácter que sería inherente a la misma naturaleza material de las cosas. Por ejemplo, nos afirman que los medios de trabajo son *capital fijo* pero esta idea lo único que logra es crear confusión, un falso análisis de la cuestión central, que al final nos induce a las contradicciones insalvables del modo capitalista.

La ley de producción de plusvalía y la fuerza del trabajo.

La importancia siempre fundamental de la *fuerza de trabajo* en tanto mercancía en el estado del modo de producción, de circulación y distribución capitalista es que finalmente es el único *capital* que engendra *plusvalía*, que luego se traduce en acumulación de capital a favor de la clase patronal; es la única que realmente se invierte en el proceso de trabajo donde interviene esa *fuerza de trabajo* para crear el valor correspondiente: sólo para ella rigen las leyes acerca de la *plusvalía*, entre las que se cuenta esa según la que la masa de *plusvalía*, partiendo de una cuota dada de la misma, se determinará por la magnitud relativa del *capital variable*, es decir, por el costo de la *fuerza de trabajo* traducida en el salario real de los trabajadores. El proceso de trabajo se mide por el tiempo, ya lo vimos. Entonces, partiendo de una longitud dada de la jornada de trabajo, la semana laboral se conforma por un número cierto de jornadas de trabajo. Marx nos lo explica en el Tomo II de El Capital de la siguiente forma:

“También podemos considerar un período de trabajo cualquiera, por ejemplo, en nuestro caso, un período de trabajo de cinco semanas, como una gran jornada de trabajo de unas 300 horas por ejemplo, suponiendo que la jornada de trabajo = 10 horas y la semana = 6 jornadas de trabajo. Pero, además, deberemos multiplicar esta cifra por el número de obreros que se emplean todos los días, simultáneamente, en el mismo proceso de trabajo. Suponiendo que este número sea, por ejemplo, de 10, el total de una semana será = $60 \times 10 = 600$ horas. y el de un periodo de trabajo de cinco semanas = $600 \times 5 = 3,000$ horas. Por lo tanto, los capitales variables serán iguales cuando, siendo las mismas la cuota de plusvalía y la duración de la jornada de trabajo, se movilizan masas iguales de fuerza de trabajo (una fuerza de trabajo del mismo precio, multiplicada por el mismo número) en el mismo plazo de tiempo. La ley de producción de plusvalía es que, a igual cuota de plusvalía, masas iguales de capital variable en acción producen así masas iguales de plusvalía. Si, por tanto, los capitales A y B emplean, en el mismo período, de tiempo y con la misma cuota de la plusvalía, masas iguales de capital variable, producirán necesariamente en el mismo espacio de tiempo masas iguales de plusvalía. Además, al lado de la verdadera acumulación, o sea, la transformación de la plusvalía en cierto capital productivo (con su correspondiente reproducción a escala ampliada), discurre la acumulación de dinero, mediante la cual se va amasando una parte de la plusvalía como capital- dinero latente, llamado a funcionar como capital activo adicional tan pronto como cobra cierto volumen. Así se plantea el problema desde el punto de vista del capitalista individual. Sin embargo, al desarrollarse la producción capitalista se desarrolla también, en paralelo, el sistema del crédito. El capital- dinero que el capitalista no puede emplear todavía en sus negocios sería utilizado por otros, quienes le pagan los correspondientes intereses. Este capital funciona para él como capital- dinero en un sentido específico, como una especie de capital distinto del capital productivo. Pero actúa como capital en manos de otros”.

Es evidente que, al hacerse más frecuente la realización de la plusvalía a favor de la clase patronal y aumentar la escala en que se produce de manera continua y constante, aumenta la proporción en que se lanza al mercado del dinero nuevo capital en forma de dinero o dinero como capital, de esa forma reabsorbido aquí, al menos en gran parte, para ampliar la producción de las mercancías. Sin embargo, lo que vendría a constituir el *ahorro*, la masa de la riqueza realmente acumulada en el proceso de producción y de reproducción del Estado capitalista, considerada en cuanto a su volumen, es absolutamente insignificante si se la compara con las fuerzas productivas de la sociedad a la

que pertenece, cualquiera sea el grado de civilización de ésta, o aunque sólo se la compare con el consumo real de esta sociedad durante unos años. Digo, tan insignificante es esta riqueza acumulada en la forma de *ahorro* en cuanto a su volumen y en relación a las diversas fuerzas productivas de la sociedad en su conjunto, que involucra además cierta manera y modo de producción, de circulación y distribución de los bienes generados socialmente que define la forma del Estado y su correspondiente manifestación a través de algunos regímenes políticos múltiples que se van sucediendo a través de la historia del hombre bajo el yugo del Estado capitalista. Tan insignificante es el ahorro que la atención primera de los teóricos y legisladores al servicio del Estado y modo capitalista y sus intereses en cuanto a perdurar en el tiempo, siempre se dirigió a la propiedad de las fuerzas de producción de las mercancías y a su futuro libre desarrollo, y no, como hasta entonces, al ahorro o a la riqueza acumulada que salta a la vista. De hecho, Marx definió la libertad del hombre a partir de la propiedad social de los medios y factores de producción lo que no es errado siempre que los consideremos, los definamos y coloquemos en práctica políticamente a través de la legitimación que le da la supremacía absoluta del derecho a la vida para que precisamente esa propiedad social no derive ni deforme en los mal llamados “socialismos reales” u otras formas de autoritarismos que solo están a favor de los intereses de los clanes familiares dominantes globales. En este contexto, cuando se nos revela la importancia de las fuerzas productivas, de la *fuerza de trabajo* como mercancía que crea valor en el proceso de reproducción, vemos que la inmensa mayoría de la *riqueza acumulada* es puramente nominal porque no se conforma por objetos materiales, por los trenes, los barcos, las casas y departamentos, las mejoras en la tierra o la tecnología, la informática o comunicaciones (...) sino que está formada por simples títulos jurídicos, por el derecho a participar en las fuerzas productivas futuras que le dan su sentido al régimen, títulos y bonos creados y desde hace mucho perpetuados por expedientes o instituciones políticas, una lógica y una razón que hace al Estado capitalista una realidad hostil a la vida del hombre porque lo inserta en un medio social, político, económico y cultural de perenne y permanente estado de miseria e inseguridad. Una inseguridad que por ejemplo se expresa en la transitoriedad del empleo del trabajador, que se expresa en la caída del poder adquisitivo de los salarios reales, del jornal de cada uno, inseguridad que se manifiesta en la siempre latente amenaza de la pobreza, la exclusión, marginación, la falta de perspectivas y sueños, en la flexibilización laboral que acaba con cualquier proyecto de vida, de familia inclusive, inseguridad que tiene que ver también con la violencia, con la pérdida de derechos adquiridos conseguidos a través de décadas de lucha, de

sudor, de lágrimas, de movilización y participación, consecuencia y conciencia de trabajadores de otras épocas, una época donde muchos de ellos ofrendaron lo más preciado, sus vidas, para exigir el derecho a una vida un poco más digna, menos insegura. Una inseguridad que además se expresa en la ineficiencia del capitalismo y sus regímenes para favorecer la gobernabilidad en términos democráticos, inclusivos, en términos de una democracia que va más allá de la mera formalidad a que nos acostumbran los grupos de interés dominantes.

A través del empleo de estos diversos artículos (que son acumulación de objetos materiales o riqueza real) como simples medios, sus poseedores, los dueños digamos, se valdrán para apropiarse de la riqueza que es por todos producida. Sin embargo, es esta riqueza la que crea las fuerzas productivas futuras de la sociedad en el proceso que intentará satisfacer las necesidades de todos a pesar que en el capitalismo, ahí está su gran contradicción, esta misma riqueza socialmente generada es distribuida en favor de los sectores dominantes pero ya casi sin acción violenta sino a través del dominio de las razones del capitalismo, que legitima la compra de la *fuerza de trabajo* en un proceso específico de un intercambio caracterizado por la falsa relación de igualdad entre ésta y los dueños del capital. No se considera, en realidad la mayoría de los trabajadores ni siquiera lo sospecha, cuán extraordinariamente pequeña, lo mismo en cuanto a la masa que en cuanto a la fuerza de acción, es la proporción existente entre la acumulación efectiva de la sociedad y las fuerzas humanas productivas, de la que sobresa la *fuerza de trabajo* por la característica que le asiste en tanto creadora de valor, e incluso entre estas fuerzas humanas que intervienen en la producción y el consumo ordinario de una sola generación de hombres en el espacio de unos pocos años. La razón de esto salta a la vista, pero el efecto es bastante perjudicial. La riqueza que los trabajadores producen en el proceso de producción que busca satisfacer las necesidades de la mayoría (proceso altamente ineficiente, de poca valía y muy ineficaz por la sencilla razón que solo de manera muy marginal, solo en cuanto es necesaria la reproducción de la fuerza de trabajo, cumple con las expectativas de mejoría de la vida del trabajador) se consume y desaparece con el uso, es decir, permanece de manifiesto durante un instante y produce impresión solamente mientras se la disfruta o se la consume en su totalidad. Sin embargo, como la cuestión no es nada simple bajo los dogmas del Estado capitalista y su modo de producción, también existe una parte de la riqueza que se va consumiendo lentamente- las máquinas, los muebles y edificios- que permanecen frente a nuestra vista desde la infancia hasta la ancianidad, como monumento perdurable del esfuerzo que el trabajador cotidianamente hace en el duro proceso de supervivencia. La posesión de esta parte fija del

capital, permanente de la riqueza pública, que se consume más lentamente, poco a poco y más allá de la inmediatez de otros bienes- de la tierra y de las materias primas contenidas en ella, de las herramientas y máquinas con las que se trabajará y define la forma del modo de producción, la tecnología y factores de producción a considerar en este proceso específico y particular, de los edificios que albergan a los trabajadores durante su jornada laboral-, permite al propietario de los objetos, las herramientas y maquinaria diversa, dominar y controlar en propio provecho las fuerzas de producción sociales, que se compone de todos los trabajadores involucrados en la producción y de los objetos verdaderamente productivos de la sociedad, por insignificantes que puedan ser, comparados con los productos constantemente reiterados de ese trabajo.

En esta perspectiva de control de esa minoría sobre la mayor parte de los trabajadores, en esta nueva perspectiva que involucra la movilización de la razón dominante precisamente para conservar e intentar perpetuar hasta el final del tiempo en su estado actual esta masa aparentemente gigantesca de capital existente o dicho en palabras más simples, el mando y el monopolio que permite ejercer sobre los productos del trabajo social, se racionaliza a partir de la supremacía de la propiedad privada de esa maquinaria espantosa, de sus factorías y de la *fuerza de trabajo* (que repitémoslo solo es mercancía para la patronal, no para el trabajador), se racionaliza y aceptará la ruindad, la esclavitud, pobreza y la represión de cualquier manifestación de la cultura popular, del arte de la resistencia- eficaz y gallarda- de los trabajadores. Se racionaliza otra vez el vicio, el crimen, los sufrimientos y la inseguridad de la mayoría de la que hablé apenas hace un momento. A partir de esta cuestión, la lógica del Estado capitalista entonces ejerce el control y el dominio, ejerce formas de acción política y producción, circulación y distribución del poder en favor de un léxico, de una gramática de dominio que en nada favorece a los trabajadores en cuanto son un colectivo protagonista de la historia. Pero, también sabemos que nada es automático sino que más bien la lucha, que al final conduce al trabajador al protagonismo, no se produce por generación espontánea. Ahí es donde entra en escena la toma de conciencia. Y esa toma de conciencia es definitiva y es probable, real y muy racional porque nada puede acumularse sin satisfacer ante todo las necesidades y requerimientos del trabajador, las más básicas y complejas, todo aquel tremendo torrente de las inclinaciones humanas que buscan fluir hacia el goce, a la búsqueda de una mejor vida. A partir de aquí se verá mejor el volumen relativamente insignificante de la riqueza real de nuestra sociedad en cada momento en comparación con el despliegue de la *fuerza de trabajo* y en general de todos los medios y factores de producción que se encuentran involucrados en este

proceso. Simplemente en tanto trabajador, en tanto poseedor de la mercancía *fuerza de trabajo*, nos encontramos siendo parte integrante de un ciclo eterno de producción, de reproducción y de consumo de bienes.

En esta masa inmensa de producción, de reproducción y del consumo de bienes puede desaparecer, sin apenas notarse, la acumulación real pero, por las propiedades de ésta, lo definitivo del despliegue de la creación del *valor*, que finalmente nos revela en todas sus consecuencias la forma en que el Estado capitalista organiza su modo de producción, que en primer lugar se relaciona con la explotación del hombre por parte del hombre, la explotación del trabajador por parte de la patronal en favor de la acumulación privada del capital, los teóricos y los legisladores al servicio de esta muy refinada forma de control social y político que es ni más ni menos que el modo capitalista, nos insisten y ponen la atención no sobre aquella masa de fuerza productiva, sobre la característica única de la *fuerza de trabajo* de la que dispone la clase patronal, sino sobre esta mínima acumulación de riquezas para así distraer la atención y evitar la toma de conciencia, la rebeldía, el arte de poder de los trabajadores. Quieren que obviemos el hecho que la mercancía *fuerza de trabajo* en tanto creadora de valor es mercancía solo para el patrón porque es él quien le da su sentido final al poder adueñarse del proceso de producción de bienes, al colocarla a producir. Quieren que obviemos que es acaparada por unos cuantos, por una minoría que entonces se convierte en instrumento de apropiación de los productos constantemente reiterados del trabajo. Pero, la masa de bienes producidos pasan como la ola eterna e innumerable de la corriente poderosa y se pierden en el océano olvidado del consumo que bajo esa lógica no tiene límite alguno. Pero, este consumo eterno condiciona, no sólo todo goce sino la misma existencia del género humano, condiciona su forma de trabajo, sus sueños, su vida y la relación que establecen con sus semejantes. Sobre la cantidad y la distribución de este producto así debieran recaer sobre todo nuestras reflexiones si queremos una vez más subvertir la razón del Estado capitalista en provecho del trabajador. Es en este momento preciso donde se nos revela que la real acumulación tiene una importancia secundaria, que además se deberá casi exclusivamente a la influencia que ejerce en la distribución de los bienes como productos sociales porque la verdadera acumulación y distribución de esos bienes se consideran siempre con referencia a la fuerza productiva y en función de la misma. En cambio, los demás sistemas proceden casi todos a la inversa: consideran la fuerza productiva con referencia a la acumulación y en función de ella para intentar de esa forma perpetuar el modo de distribución existente. Es cuando la razón de los neoliberales tergiversa todo, nuestra vida, nuestros conceptos, todo. De hecho, se da el nombre de *seguridad jurídica* a la perpetuación de lo que es

obra de la *violencia* en el que nos envuelve el proceso de fetichización de la mercancía, su dominación o generalización, y para conservar esa abstracta y poco probable *seguridad* sacrifican toda fuerza productiva del hombre. Por lo mismo se vuelve necesario que el régimen político de una vez y por siempre, por lo menos mientras dure la transición a otro modo de hacer y organizar la vida colectiva, se involucre en este proceso de intercambio desigual entre la fuerza del trabajo y el capital en favor de la primera.

El régimen en la compra- venta de la fuerza de trabajo.

En el análisis de Marx resulta más o menos obvio detectar en el Estado capitalista una relación fuertemente contradictoria entre la igualdad jurídica de los ciudadanos, que este Estado capitalista instituye en propio provecho, y la desigualdad económica, que también el Estado capitalista (desde siempre a través del régimen) contribuye a mantener otra vez en beneficio propio, en favor expreso de la acumulación privada del capital. A pesar de esto, para los autores que se encuentran comprometidos con la teoría dominante, e incluso para autores que se reclaman así mismo como marxistas- lo que conocemos como *reformistas de “izquierda”*-, cualquiera que haya sido la pertinencia de las afirmaciones de Marx en relación al Estado, actual y progresivamente, se estaría produciendo una nueva tendencia a la igualación social y económica que Marx no habría previsto, tendencia que encontraría también un reflejo en el ámbito de lo legal, lo jurídico y político que implicaría nuevas estructuras de funcionamiento del régimen. Sin embargo, el núcleo conceptual del modo de producción del Estado capitalista, su estructura, su lógica e intereses están en la especificidad estructural del mecanismo de extracción compulsiva del *trabajo excedente* al trabajador, de la *plusvalía*. Al respecto, el supuesto de esta real especificidad del modo de producción capitalista es la presencia, en la esfera de la circulación, del trabajador libre- abstracto como señala Marx:

“La transformación del dinero en capital exige, por lo tanto, que el poseedor de dinero se encuentre en el mercado con el trabajador libre, y libre desde un doble punto de vista. Es decir, libre jurídicamente y «libre» de cualquier otra propiedad que no sea su fuerza de trabajo”.

A modo de síntesis hay que aclarar en este punto que las relaciones de producción al interior del Estado capitalista suponen, pues, el fenómeno de la compra y la venta de la mercancía *fuerza de trabajo* que no es negado por la mayor parte de los críticos de Marx. Sin embargo, algunos de esos críticos llegan a afirmar que hoy, en la sociedad actual, en pleno neoliberalismo y el

colmo de la embriaguez que nubla la vista pero en primer lugar la conciencia, ya no se notarían sus consecuencias más atroces (la explotación del hombre por el hombre a través de la apropiación del trabajo ajeno) con la intensidad de épocas anteriores de la historia del hombre. Entonces, se produce el gran festín y pretenden que nosotros reivindicemos el reformismo más estéril, el más atroz, en base a poco probables, nuevas y numerosas garantías político-sociales de amparo al trabajador que ahora vivirían en mejores condiciones; pretenden que reivindicemos ese reformismo estéril que conlleva un Estado capitalista y un régimen que reivindica así un proceso virtuoso de creciente responsabilidad social- política del sector público y de las empresas privadas, con la intensidad y con la productividad que hubo en los comienzos de la revolución industrial. Lo que ellos no están dispuestos a aceptar- los teóricos del reformismo como final- es que si bien el trabajador jurídicamente libre es propietario de su *fuerza de trabajo* , al mismo tiempo la igualdad jurídica, la igualdad del ciudadano ante la ley, su igualdad en tanto trabajador que forma parte de un específico modo de producción (que además determina la forma de manifestarse políticamente el régimen) no es más que la transposición de esta igualdad de los propietarios y dueños de la *fuerza de trabajo* en la esfera de la circulación de las mercancías. En consecuencia, a partir de Marx, la contradicción entre la igualdad jurídica y la desigualdad económica de los trabajadores al interior, en la base del Estado y del modo capitalista, es una condición estructural de la manera de definir la producción, la circulación y la distribución de bienes. Son las dos caras de una misma moneda, en modo alguno, por eso, son reductibles a una temática de explotación circunstancial de los trabajadores, circunstancial en el sentido que a partir del desarrollo del moderno capitalismo esa explotación se haría menos brutal, más soportable, o de efectividad del régimen democrático para mejorar la calidad de vida de la mayoría a través de políticas del todo reformistas que solamente buscan consolidar el estatus que impera desde hace un buen tiempo. Sin embargo, el reformismo continúa planteando la contradicción entre la igualdad jurídica y la desigualdad económica como circunscrita a una fase del Estado capitalista, fase hoy en vía de superación en el seno del continuo desarrollo del modo de producción capitalista. Pero, como negación de lo anterior otra vez viene en nuestro auxilio la historia del hombre, la realidad e historia que nos muestra que el problema se plantea inmediatamente en cuanto pasamos del análisis de la cuestión política, del derecho político formal y abstracto, a los llamados derechos sociales de los trabajadores bajo el Estado capitalista. En rigor, las tesis que avanzan los autores al servicio de la razón capitalista supondrían en primer término que los *derechos sociales* implican una proyección específica del principio de la igualdad, en tanto que más allá de esta igualdad formal y

connatural al derecho, la ley del Estado capitalista, perseguiría la igualación de las condiciones materiales de la vida, al tiempo que los *derechos sociales singulares* solo reposarían en un *derecho social general* que remite a un nivel mínimo de existencia del trabajador. Según otros autores reformistas, yendo más allá del *derecho social general*, existiría un *derecho social fundamental* relacionado con la participación igualitaria respecto del confort espiritual y material del hombre.

La primera observación de las tesis anteriores sobre el derecho social, sea singular, general o fundamental, es que estos autores usan una noción del derecho tan carente del necesario rigor analítico que es bastante susceptible de una aberrante instrumentalización. Por ejemplo, en ese contexto nunca en el Estado capitalista y su correspondiente régimen ha existido un derecho, esto es, una pretensión que sea jurídicamente exigible a la participación lo más igualitaria posible en el confort espiritual y material. Ni existe, ni puede existir. No es sólo que ninguna pretensión jurídicamente exigible pueda ser virtualizada en la ley del Estado capitalista sobre una formulación normativa con tal margen de indeterminación (lo más igual posible), sino que la misma juridización de la pretensión a la igualdad material del hombre sería simple y radicalmente incompatible con los propios supuestos económicos, políticos y estructurales del modo de producción capitalista y las relaciones sociales que deja establecidas. De hecho, si encontráramos una formulación de ese tipo, u otra que sea similar, de encontrarse en un texto legal digo, no sería más que una expresión ideológica y semántica de orientación de la política social. Lo que sí se encuentra en el orden jurídico de la mayor parte de nuestros Estados capitalistas modernos es apenas la garantía de un salario mínimo (garantía más o menos nominal y más o menos efectiva, pero esto es otro tema) y la garantía de una prestación sustitutiva del salario en caso de paro forzoso que incluso se pierde con la imposición del neoliberalismo y sus crisis.²⁷

²⁷ Otro importante error en el que incurren los reformistas en su desesperación por salvar al Estado capitalista de sus contradicciones tiene que ver con la distinción que dejan establecida entre la determinación de la estructura genérica de las relaciones de producción bajo el Estado capitalista, que se revela preferentemente en el análisis del valor, y la modulación de tal estructura por un estado histórico (o *fase*) de aquellas relaciones de producción- el capitalismo de competencia- que se manifiesta en relación a este tema, en desarrollos del análisis de la acumulación por parte de los reformistas. Pero, la falacia teórica en la que incurren cuando se trata del análisis marxista del valor es que de éste no se desprende, en modo alguno, que la determinación del precio de la *fuerza de trabajo* se efectúe necesariamente en el nivel mínimo de subsistencia biológica. Este nivel mínimo de vida, es la condición para la subsistencia y la reproducción de la *fuerza de trabajo*, determinante, por ello, del valor de esta mercancía. Al respecto nos dice:

Entender estos derechos sociales como una proyección específica del principio de igualdad es muy aventurado y contrario incluso a su naturaleza. Es que su supuesto de efectivización no es la condición del hombre en tanto miembro de la sociedad capitalista sino en primer lugar en tanto su condición de trabajador, de vendedor de la mercancía *fuerza de trabajo*. En ese aspecto, el que no trabaja no cuenta con derechos sociales y en el régimen neoliberal, por el fenómeno de la exclusión y marginación, son cada vez menos los que trabajan. Entonces, el paradigma reformista sigue siendo la defensa de los derechos civiles, formales y bien abstractos, esa expresión jurídica del sujeto propietario de mercancías. En este contexto, los *derechos sociales* son para los trabajadores al tiempo que se impone la exclusión y la marginación del régimen neoliberal; son para el propietario formal de la mercancía *fuerza de trabajo*, esto es, sólo para aquellos miembros de la sociedad que ocupan un determinado lugar en las relaciones de producción del modo capitalista. De ahí que la influencia de la organización del trabajador por ejemplo a través de la democracia sindical pero también a través de organizaciones políticas, culturales, vecinales, de ayuda mutua, de asistencia y reivindicación de los derechos laborales, sea tan importante bajo el yugo del Estado capitalista. La presión de los sindicatos y de todas y de cada una de las instancias en que se organizan, también en los clásicos partidos de izquierda en continua crisis y de los partidos obreros en general, son así también fundamentales. Al final, veremos que en la génesis de estos *derechos sociales* hay un significado muy distinto en relación a la estructura del modo de producción capitalista porque

“(…) Esta mercancía, como cualquier otra, posee un valor. En tanto que valor, la fuerza de trabajo representa el quantum de trabajo social materializado en ella. Para que siempre haya fuerza de trabajo en el mercado, como lo requiere la transformación continua del dinero en capital, es preciso que sus poseedores se perpetúen como se perpetúa todo ser viviente por la generación. La suma de los medios de subsistencia necesarios para la reproducción de la fuerza de trabajo incluye, pues, los medios de subsistencia de los sustitutos, es decir, los hijos de los trabajadores, a fin de que esta raza especial de poseedores de mercancías se perpetúen en el mercado”.

Lo que en definitiva nos plantea Marx es que el umbral mínimo del valor de la *fuerza de trabajo* dependerá de criterios que no son para nada biológicos, como pretenden hacernos creer los reformistas, sino de criterios histórico-culturales. De hecho, nos dice en relación al tema que *“los orígenes de la clase asalariada en cada país y el medio histórico en que se ha formado dicha clase continúan ejerciendo la mayor influencia sobre los hábitos, las exigencias y, de rechazo, sobre las necesidades que trae consigo a la vida”*. En conclusión, si en la determinación genérica de la estructura de las relaciones de producción capitalista, el precio de las mercancías se ajusta a su valor, a la *cantidad media de trabajo socialmente necesario para su producción*, pasa exactamente lo mismo con la mercancía *fuerza de trabajo*. No tiene porque ser de otra forma.

los llamados *derechos sociales* precisamente son sólo para los que trabajan y así funcionan como instrumentos de sometimiento de los trabajadores y bajo ningún aspecto como una herramienta correctora de la desigualdad material al interior del Estado y modo capitalista. Donde más directamente se percibe el proceso de someter a los trabajadores a través de estos derechos sociales pensados por el régimen para resguardar y racionalizar el control sobre la conciencia de la mayoría es en el mal llamado *Estado de Bienestar* quien a través de sus políticas de asistencia y beneficencia convierte al trabajador en un cliente más del sector público y bajo ningún aspecto lo reivindica como ciudadano pleno de derechos. En el modo de producción capitalista, y por una necesidad lógico-estructural del mismo (la apropiación de la plusvalía, del trabajo excedente se basa en la libertad abstracta del trabajador), el plano económico-social es el negativo del plano jurídico, político y formal. Así, la igualdad del estatus en relación a los derechos civiles y políticos traduce la inherente desigualdad económico y social de los *no trabajadores-poseedores de medios de producción* y de los *trabajadores-no poseedores de medios de producción*, de los excluidos y marginados de los poco probables beneficios del modo capitalista de producción, de circulación y distribución. Y así los intentos de corrección de los límites de esta desigualdad en el ámbito de lo social y lo económico se traducen en derechos cuya condición de efectividad implican- además de convertir al hombre en *cliente* que sustenta *relaciones clientelares* entre el trabajador y el sector público- una ubicación específica en las relaciones de producción definidas a través del modo capitalista, esto es, la pertenencia a la clase trabajadora. El problema es que bajo la relación clientelar todo intento por corregir las desigualdades sociales y económicas, inclusive las políticas, se dará en un ámbito que necesariamente somete al trabajador, en tanto propietario de su *fuerza de trabajo*, quedando limitado en su acción por las estructuras del Estado capitalista que en este caso se manifiestan a través de la subordinación de las instituciones de seguridad social que responden a la temática genérica de la acumulación privada de los capitales.

Entonces, en este punto crítico ya no es posible seguir sosteniendo los dogmas de esos teóricos del reformismo, siempre tan incorregibles y falaces, poco metódicos en sus análisis, porque solo favorecen el interés y el estatus de los dominantes a expensas del trabajador, de la mayoría de la población de nuestros países. Los llamados *derechos sociales*, plenamente integrados en los derechos civiles- políticos (en realidad la separación establecida entre los derechos sociales- políticos ya sería un dogma del Estado capitalista y de los regímenes políticos que, en todo caso yo uso como una cuestión meramente analítica, para que se entienda mejor este asunto) solo es posible de llevarse a

la práctica concreta y real, a partir de la primacía del derecho a la vida de los trabajadores por sobre cualquier otro tipo de manifestación del derecho a la propiedad. En esas circunstancias políticas las múltiples teorías y expresiones ideológicas de los grupos dominantes y reformistas políticos a su servicio, expresiones como *Estado de bienestar*, *Estado social de Derecho* o cualquier otra analogía referida a la beneficencia, al asistencialismo y a las relaciones clientelares, son todos conceptos que necesariamente extravían el rumbo de los trabajadores porque pretenden denotar la incorporación de una actitud y de una actividad de igualdad material, o *social*, a la teleología del Estado capitalista y del régimen, que encubren un proceso de acrecentamiento y una mayor sistematización de las políticas públicas correctoras de la autonomía y del automatismo de los mecanismos de los mercados que son exigidas por la tremenda concentración monopólica del capital a que nos conduce el mismo neoliberalismo, en este caso respecto a una mercancía fundamental como es la *fuerza de trabajo*.

Capítulo 8: La generación de la plusvalía y sus consecuencias.

Algunas consideraciones sobre el proceso de la plusvalía.

Una importante conclusión respecto de la forma en que se desenvuelve el Estado capitalista y sus dogmas es que finalmente el único capital que en realidad engendra y genera plusvalía a favor de los dueños de la mercancía *fuerza de trabajo* es el que precisamente se invierte en el proceso de trabajo. Entonces, sólo para ese capital que se invierte en el proceso mismo de trabajo rigen todas las leyes acerca de la plusvalía, entre ellas aquella según la cual la masa de *plusvalía* que el capitalista extrae a los trabajadores, partiendo de una cuota de *plusvalía* dada, se determina por la magnitud relativa de *capital variable* que tiene que ver con los salarios reales de los trabajadores, que a su vez tiene que ver con lo que efectivamente en ciertas condiciones sociales y políticas, de acuerdo a la evolución de la propia lucha de clases, el *salario* de los trabajadores realmente puede comprar. El proceso del trabajo se medirá por el tiempo. Como bien nos lo dice Marx:

“Partiendo de una longitud dada de la jornada del trabajo (como partimos aquí, al equiparar todos los factores entre los capitales A y B, para esclarecer bien la diferencia existente en relación a la cuota anual de la plusvalía), la semana de trabajo se halla formada por un determinado número de jornadas de trabajo. También podemos considerar un período de trabajo cualquiera, por ejemplo, en nuestro caso, un período de trabajo de cinco semanas, como una gran jornada de trabajo de 300 horas por ejemplo, suponiendo que la jornada de trabajo = 10 horas y la semana = 6 jornadas de trabajo. Pero, además, deberemos multiplicar esta cifra por el número de obreros que se emplean todos los días, simultáneamente, en el mismo proceso de trabajo. Suponiendo que este número sea, por ejemplo, de 10, el total de una semana será = $60 \times 10 = 600$ horas y el de un período de trabajo de cinco semanas = $600 \times 5 = 3,000$ horas. Por tanto, los capitales variables serán iguales cuando, siendo las mismas la cuota de plusvalía y la duración de la jornada de trabajo, se movilicen masas iguales de fuerza de trabajo (una fuerza de trabajo del mismo precio, multiplicada por el mismo número) en el mismo plazo de tiempo”.

Las circunstancias sociales y políticas que introducen diferencias en la proporción existente entre el *capital variable* que se desembolsa en una etapa determinada y el que efectivamente es usado sólo influyen en la producción y

generación de *plusvalía*- partiendo de una cuota dada de ésta- en la medida que establecen por medio de ellas diferencias en relación a la cantidad del *capital variable* que pueda emplearse realmente en cierto período de tiempo, a modo de ejemplo en dos o tres semanas. El *capital variable* desembolsado entonces sólo funcionaría como *capital variable* durante el tiempo en el que realmente se usa, pero no mientras se halla, aunque ya desembolsado, en reserva para ser usado en el momento oportuno. Pero, las circunstancias que diferencian la relación entre el *capital variable* que será desembolsado y el *capital variable usado* en el proceso de producción se resumen en aquella diferencia de los *períodos de rotación* (queda determinado por la diferencia en relación al período de trabajo, en relación al período de circulación o en los dos casos). Las leyes de hierro de la producción, de la circulación y la distribución del Estado capitalista, entre ellas la ley de la producción de la plusvalía que es la que acá me ocupa, nos dice que a igual cuota de *plusvalía*, masas iguales de *capital variable* en reacción producen masas iguales de *plusvalía*. Si, por tanto, los capitales en cuestión emplean, en la misma etapa y con la misma cuota de plusvalía, igual masa de *capital variable*, producirán también en el mismo período de tiempo masas iguales de plusvalía, por más que difiera la proporción entre el capital variable usado en un período de tiempo y el capital variable desembolsado durante el mismo tiempo y por más que difiera incluso la proporción entre la masa de plusvalía producida y el *capital variable*, esta vez no usado, sino que simplemente desembolsado. Así, desde ahora veremos como las diferencias que afectan a esa proporción en vez de contradecir la ley sobre la producción de plusvalía lo que hace es confirmarla siendo consecuencia inexcusable de ella. Además, un punto central a considerar respecto del funcionamiento de la producción bajo los dogmas y las directrices del Estado capitalista y los regímenes que lo solventan y racionalizan, es que cuando entendemos por fin la manera que el *dinero* se convierte en *capital* entendemos al mismo tiempo que el *valor-capital*, aunque sea desembolsado, no hay que considerarlo gastado, ya que, después de recorrer las diversas fases de su ciclo, retornaría a su punto de partida, enriquecido por la plusvalía que generará la mercancía *fuerza de trabajo*, el obrero mismo. Esto es lo que caracteriza precisamente al *valor-capital* como desembolsado. El ciclo que recorrerá el *valor-capital*, siempre medido por el tiempo que media entre su desembolso en el proceso de la producción de mercancías y su retorno enriquecido por la propia plusvalía generada en el período en cuestión, constituye su proceso de rotación como ya vimos, y la duración de ésta forma un período determinado de rotación. De lo anterior se sigue que una vez transcurrido este período, terminado el ciclo de la rotación, este mismo *valor-capital* está capacitado para iniciar de

nuevo el mismo ciclo de producción de mercancías, y por lo tanto volver a valorizarse, es decir, producir nuevamente plusvalía en un eventual proceso que no tiene fin para los intereses de la acumulación privada del capital.

Cualquiera sea la forma social y política en que se exprese el proceso de producción al interior del Estado capitalista que se manifiesta a través de las normas y estructuras que hacen a la lógica del régimen político, la forma y el modo que éste adquiere a favor de la acumulación privada del capital en manos privadas, éste por necesidad es continuo y recorre periódicamente las mismas fases para derivar en la generación de plusvalía. De esa manera, todo proceso social de producción, de circulación y de distribución de los bienes y servicios socialmente generados (que en su conjunto constituyen los procesos que definen el modo de producción a través de la tecnología empleada, de la lógica o no de las políticas públicas tendientes a resolver los problemas que se presentan como socialmente importantes a los ojos de los medios de poder que dominan, etc) considerado en sus vínculos y en el flujo constante de su renovación es, al mismo tiempo, un proceso de reproducción y acumulación de capitales en base al que se definen las formas de vida de todos. De hecho, en el primer período de rotación del capital, que origina por vez primera la producción de las mercancías y también la plusvalía en base a la explotación de la *fuerza de trabajo* y en el que se desembolsa cierta cantidad de capital variable que tiene que ver con el sueldo de los trabajadores, esa cantidad se invierte entonces en *fuerza de trabajo* donde además esa cantidad de capital invertida y que primitivamente forma parte del capital global desembolsado, deja de ser capital porque se gastó en los sueldos del trabajador al tiempo que ese mismo trabajador gastará ese sueldo, a su vez, en comprar sus medios de subsistencia, de vida, como la vestimenta, el alimento, la educación, el gas, la electricidad, el transporte y todas y cada una de las necesidades que hacen a la vida moderna en nuestras ciudades. Esto simplemente significa que ellos- los trabajadores- consumirán medios de subsistencia por el valor del capital desembolsado. Se destruye, pues, una masa de mercancías por importe del valor del capital desembolsado y usado como capital variable en el proceso de rotación del capital. Sin embargo, el ciclo final de la rotación del capital nos conduce a la generación de la plusvalía y la consiguiente acumulación de nuevo capital; entonces, si bien esa masa de mercancías se consumió de una forma improductiva por parte de los trabajadores en el proceso de sobrevivir, improductiva desde el punto de vista de la acumulación privada del capital, sirve para mantener en condiciones de funcionamiento su *fuerza de trabajo*, que constituye un instrumento indispensable para el Estado capitalista en el sentido que la mercancía *fuerza de trabajo* es la que origina la valorización y la acumulación de capitales y solo ella está en condiciones de hacerlo. Por lo

mismo, el capitalista invierte en *fuerza de trabajo*. Lo hace porque al final del ciclo de rotación del capital invertido en el proceso de producción de las mercancías se encuentra con plusvalía que extrae del trabajador, se encuentra con plusvalía nuevamente producida. De acuerdo a este nuevo razonamiento el trabajo que solo ayer funcionó en el proceso de producción no es el mismo que funciona hoy. Su valor, más la plusvalía creada por él, existe ahora como valor de algo distinto de la *fuerza de trabajo*: el producto. Sin embargo, la transformación del producto en dinero permite cambiar de nuevo por fuerza de trabajo la parte de valor del mismo igual al valor del capital variable que fue desembolsado, haciendo, por tanto, que funcione de nuevo como capital variable.

Llegados a este punto del análisis el problema no consiste en saber de dónde proviene la plusvalía, cuestión ya aclarada, sino de dónde proviene el dinero que luego insertado en el proceso de producción de las mercancías se convierte en plusvalía. Otra vez los neoliberales no están en condiciones de darnos respuestas satisfactorias al respecto porque eso significaría ir a la raíz misma de la historia de los hombres, al análisis de la acumulación originaria del capital de la que nuestra Latinoamérica como región, y en general los países menos desarrollados en términos capitalistas, contribuyeron de forma decisiva. En verdad, la historia muestra que estos son países estructuralmente dependientes precisamente por el rol y las funciones que devieron cumplir en relación a esta acumulación originaria del capital necesario para el sistema comercial internacional que nace a partir de allí. En cambio, los economistas al servicio de los dominantes, como para salir al paso de la manera más digna posible, considerarán la existencia de la plusvalía como algo evidente por sí mismo. Por lo tanto, no sólo se da por supuesta, sino que con ella se da por sobre entendido que una parte de la mercancía lanzada a circulación consiste en producto sobrante, y representa, por ello, un valor que el capitalista no lanzó a la circulación con su capital. Simplemente dan por supuesto que el capitalista lanza a la circulación, con su mercancía producida en los talleres y factorías a expensas de los intereses de los trabajadores, un remanente sobre su capital, que es el que después se sustrae. Pero, lo que no nos dicen es que este capital en tanto es mercancía, antes de volver a convertirse en capital productivo y antes de que pueda invertirse la plusvalía que encierra al final del proceso de rotación, necesita así convertirse en dinero. ¿De dónde saldrá este dinero? Es un problema que parece muy difícil a primera vista y que los autores defensores de las formas del Estado capitalista no pueden contestar hasta hoy por las consecuencias sociales, políticas, culturales e ideológicas que esto significa para sostener en el tiempo, y de la manera más racional posible, los dogmas y directrices que hacen a la dominación y control sobre

los trabajadores. Sin embargo, los dogmas del Estado capitalista nos ofrecen una brillante demostración de lo que David Ricardo tuvo el gran mérito de explicar hace apenas dos siglos: que el producto de la actividad humana, la riqueza creada, debe remunerar los dos factores de producción, es decir, tanto *el capital* como *el trabajo*. A partir de ahí nos plantea que:

“No puede haber un aumento del valor del trabajo sin una caída del lucro. La proporción que puede ser pagada como salario es muy importante para la cuestión del lucro; porque debe notarse que los beneficios serán altos o bajos en exacta proporción a que los salarios sean bajos o altos”. (David Ricardo. “The Principles of Political Economy and Taxation”. 1817)

Lo que David Ricardo no explicó es como se fija la proporción en que son remunerados el trabajo y el capital. En este contexto, los economistas al servicio de los dominantes intentan crear toda una maraña de razonamientos, de teorías y fábulas, directrices profundamente irracionales, grandes mitos y descabelladas explicaciones, con el propósito de desviar la atención sobre la lógica de la economía del Estado capitalista de los principales interesados que son los trabajadores en tanto son asalariados, en tanto viven de un jornal. Una de esas teorías profundamente descabelladas nos plantea que el nivel del salario real de los trabajadores lo determina el mercado a través de la ley- ya famosa y sagrada- de la oferta y de la demanda que en la práctica conlleva el automatismo del mercado del trabajo en este caso en concreto. Sin embargo, esto implica muchas veces formas de justificar racionalmente el recorte de las conquistas y las leyes laborales- sociales históricas o una indispensable moderación en las pretensiones salariales del trabajador en lo que la acción de los organismos de crédito internacionales, como el Banco Mundial o el FMI, son imbatibles. En todo caso, la verdad es otra y la sostuvo Marx quien magistralmente nos dice que cuando dos derechos se oponen (en este caso los derechos de la *fuerza del trabajo* o de la *acumulación privada de capitales* que en lo más profundo implica la lucha entre la primacía de la vida o la propiedad) termina imponiéndose la fuerza. Muy en especial en el mundo del trabajo donde la falta de organización y de conciencia de los trabajadores implica políticas como la flexibilidad laboral y otras múltiples maneras de humillación del hombre en favor de los dueños de los capitales. Los diversos ejemplos de la historia reciente del régimen neoliberal me dispensarán de aportar la demostración sobre este tipo de asuntos. De este modo, la relación de fuerzas que se produce entre la clase patronal y el trabajador, que implica cierta manera de organización de la producción y la circulación del Estado capitalista- el modo de producción y de circulación de las mercancías- es un

buen comienzo para entender en toda su extensión la distribución y la lógica que nos conduce a una distribución del ingreso regresiva, injusta, desigual, expoliadora y criminal que además es velada a través del conocido proceso de fetichización de la mercancía como ya hemos visto. En esta circunstancia, en el proceso mismo que conlleva crear conciencia para desde ahí militar en favor de la creación de poder popular, tendríamos que empezar por dejar de lado esos vergonzosos discursos acerca de la *competitividad*, de la que son tan adictos los dominantes, e interrogarnos sobre los factores y la relación entre el poder adquisitivo del salario real de los trabajadores y la pérdida de influencia y presión de los sindicatos en tanto representantes del trabajador que es quien crea la riqueza. Descubriríamos que el ejercicio del poder está en manos de los que se sitúan objetivamente del lado de los intereses de la acumulación privada del capital por lo menos en el régimen que sustenta su lógica en el Estado capitalista.²⁸

²⁸ El hecho que el ejercicio del poder bajo las directrices del Estado capitalista y los regímenes que lo representan esté bajo la conducción de una minoría nos da la pauta para entender también otra forma de expoliación mucho menos estudiada a la que es sometido el trabajador, a su dimensión contributiva me refiero, o sea como pagador de impuestos. En este contexto, es importante el análisis de la *deuda pública* de nuestros países que nuevamente hace casi siglo y medio Marx denunció en la medida que entendió que esta deuda se convierte en apropiación del Estado por parte del capitalista. Nos dice al respecto:

“La deuda pública, en otros términos la alienación del Estado, ya sea despótico, constitucional o republicano, marca con su sello la era capitalista. La única parte de la pretendida riqueza nacional que entraría realmente en la posesión colectiva de los pueblos modernos, es su deuda pública. Por un golpe de varita mágica, ella gratificará el dinero improductivo con la virtud reproductiva y lo convierte así en capital, sin que por ello tenga que sufrir los riesgos, los trastornos inseparables de su empleo industrial e incluso de la usura privada. La deuda pública puso en marcha las sociedades por acciones, el comercio de toda suerte de papeles negociables, las operaciones aleatorias, el agiotaje, en suma, los juegos de la Bolsa y la bancocracia moderna. Desde su nacimiento, los grandes bancos, ataviados con títulos nacionales, no eran sino asociaciones de especuladores privados establecidos a la vera de los gobiernos y, gracias a los privilegios que obtenían de ellos, en situación de prestarles el dinero del público”.

A partir de estos dichos de Marx, que la propia experiencia e historia del hombre nos confirmará, vemos que lo que el gran empresario no logra quitarle al trabajador en las negociaciones salariales, lo recupera bajo forma de impuestos y tasas que pagan los más vulnerables social, económica y políticamente hablando. Ejemplo paradigmático al respecto es el IVA que es un impuesto tremendamente regresivo pero que es necesario para pagar la *deuda pública*, la que produce ganancias desmesuradas para pocos.

Para terminar y volver al tema de los salarios y del origen del *dinero* que se convierte en *plusvalía*, y a guisa de conclusión, debo decir que ni los organismos globales, ni los economistas neoliberales, ni los propios rezos ni plegarias de algunos, ni la ética ni la falsa moral dominante, tienen respuesta para esta cuestión por las consecuencias que esto acarrea para sus formas de control sobre el trabajador. De lo dicho en el sentido que la fuerza determina la primacía de los intereses de unos u otros cuando existe conflicto de interés, entre uno u otro derecho, y que esa fuerza en el neoliberalismo está del lado de los patrones, se desprende que la plusvalía invertida por los capitalistas en dinero, al igual que el salario y el resto del capital productivo desembolsado en dinero por ellos, es producido por los trabajadores. Este produce entonces tanto la parte del producto que la clase patronal le desembolsa en la forma de salario como esa otra parte en que se materializa directamente en la plusvalía de la que hace usufructo el patrón a expensas del bienestar del trabajador en el sentido que el *bien común* se define a partir de los intereses de la mayoría y no de una clase minoritaria como lo son los patrones. La parte del producto que se limita a reponer el capital constante que es invertido en su producción reaparece en la forma de los productos gracias al trabajo desplegado por los trabajadores. En la fase inicial de la industria, es desembolsada por la clase capitalista en dinero que no es parte de la nueva producción, sino del dinero social que circula y que se origina a partir de la acumulación originaria del capital que se caracterizó, al igual que actualmente, por el pillaje, la piratería, el colonialismo y la fuerza de los países mucho más potentes frente a los que se convirtieron así en estructuralmente dependientes y que son sometidos por las reglas impuestas a través del sistema comercial internacional primero y el globalizado después. En cambio, a partir del momento que se repone ya con nuevo producto, con dinero adicional, éste representa el producto del trabajo del obrero. El desembolso de la clase patronal por decirlo de algún modo, del capitalista no es tampoco, en este caso, mas que una simple forma, basada en el hecho que el trabajador no posee sus medios propios de producción de las mercancías necesarias para la vida, ni dispone durante ésta de los medios de subsistencia producidos por los demás trabajadores.

Rotación del capital, circulación de la mercancía y la plusvalía.

Para empezar este artículo una primera aclaración para quien todavía le quede alguna duda: el tiempo de rotación del capital es el proceso desde el cual el capital entra y origina la producción de mercancías hasta que vuelve en la forma de plusvalía al dueño de los medios de producción que implica por lo demás la explotación del hombre por el hombre desde el momento que

esa plusvalía lo es porque ese nuevo valor no es retribuido al trabajador en el proceso de producción. En relación a la rotación del capital entonces cuanto más breve sea ese período- cuanto más corto sea, por tanto, el período en el que su plazo de producción y reproducción del capital se renueve dentro de cierto tiempo, un año para el caso- más rápido se convierte la parte variable del capital (que primitivamente fue desembolsado por el capitalista en forma de *dinero*, en la forma- dinero del producto de valor creado por el trabajador para reponer él mismo, con su trabajo, con su sudor, lágrimas e incluso con su vida algunas veces) en plusvalía a favor de los medios y factores de poder que dominan. Por consiguiente, menos durará también el período durante el cual la clase patronal necesitará desembolsar dinero de su propio fondo; más pequeña será, en proporción con el volumen dado de la escala de producción, el capital adelantado en general por él y mucho mayor, proporcionalmente, la masa de plusvalía que obtenga durante el año a base de la cuota de plusvalía dada, ya que de ahora en más podrá comprar con mucho mayor frecuencia al trabajador, con la forma- dinero de su propio producto de valor y poner así en movimiento su trabajo. En palabras más simples, partiendo ya de una escala de producción dada de mercancías, disminuye en proporción a la brevedad del período de rotación la magnitud absoluta del *capital- dinero variable* desembolsado aumentando la cuota anual de la plusvalía que le es extraída al trabajador en el proceso en cuestión. Partiendo de una magnitud dada del capital desembolsado, aumenta la escala de la producción de mercancías y, por lo tanto, a base de una cuota de plusvalía dada, aumenta la masa absoluta de plusvalía producida en un período de rotación, a la par con el aumento de la cuota anual de plusvalía que se logra mediante el acortamiento del período de reproducción. De lo anterior se desprende que, según la duración más o menos larga de la rotación del capital, es necesario desembolsar un *capital- dinero* de una magnitud muy diferente para poner en movimiento la misma masa de capital circulante productivo y la misma masa de fuerza de trabajo con el mismo grado de explotación de éste. Además, el trabajador desde la primera época, desde siempre, en la medida en que es sometido al modo de producción capitalista de las mercancías, de la generalización o dominación de ésta según sea el caso, paga los medios de subsistencia por él comprados para poder así satisfacer lo mejor posible sus necesidades, sean urgentes o no, reales o virtuales, con su salario, con el capital variable desembolsado por el capitalista como falsa retribución por su trabajo y que en sus manos se convierte en simple medio de circulación. Por ejemplo, no se limita a sustraer al mercado pan o frutas, sino que además repone el pan y la fruta consumida con un equivalente en dinero. Se sustraen, pues, al mercado fuerza de trabajo, es decir, medios de subsistencia para esa

fuerza de trabajo, para el trabajador, capital fijo bajo la forma de medios de trabajo empleados para llevar adelante la producción de mercancías. Y para reponer todo eso se lanza al mercado un equivalente en dinero, pero no se lanza a su vez ningún producto para poder reponer los elementos materiales del capital productivo que fue sustraído de ese modo al mercado.

Nos topamos con una increíble contradicción de la manera capitalista de producción que hace al Estado: los trabajadores en tanto compradores de mercancías, en tanto consumidores de bienes y de servicios, son importantes para el mercado. Pero, al tiempo que esto sucede como vendedores de su mercancía- de su *fuerza de trabajo* que crea valor-, el Estado capitalista y su régimen político lo reducen paulatina, progresiva pero ininterrumpidamente al mínimo precio. De hecho, con el neoliberalismo queda claro, por el drama social, político y económico que conlleva en su implementación, que por la venta de las mercancías, la realización del capital- mercancías y también, por lo tanto, de la plusvalía, se halla limitada, no por la necesidad de consumo de la sociedad en general sino por la necesidad de consumo de una sociedad donde la gran mayoría de los trabajadores caen en la pobreza estructural, en la indiferencia dominante. Por las necesidades del neoliberalismo, que solo extrema el cumplimiento de los intereses de la suba de la tasa media del capital, esos trabajadores, ahora marginados y pobres, tienen necesariamente que permanecer siempre en ese estado sin poder consumir al tiempo que se les incentiva a ese banal consumo que muchos conocemos. Se sigue que cuando la mayor o la menor duración de los períodos de rotación del capital depende del período de trabajo en el sentido estricto, es decir, del período que es necesario para elaborar el producto final y ponerlo en condiciones de su venta, osea, de lanzarlo al mercado, obedece a las condiciones materiales de producción de las distintas inversiones de capital existentes en cada caso particular, que en relación a las materias primas que tienen que ver con la agricultura presentan más bien el carácter de las condiciones naturales de producción mientras que en la manufactura, también en la mayor parte de la industria extractiva incluso, cambian al desarrollarse socialmente el proceso de producción que así altera para beneficio de los dominantes las formas de circulación y distribución de los bienes en el caso del dominio de la lógica capitalista. Cuando la duración del período de trabajo obedece a la magnitud de las entregas (a la cantidad de producto que se lanza al mercado), esto tiene un carácter convencional. Pero lo convencional, a su vez, descansa en una base material, que es la escala de la producción, razón por la cual sólo en detalle puede considerarse como fortuito o casual. Finalmente, cuando la duración del período de rotación del capital correspondiente depende de la del período de circulación, tendremos que ésta se halla condicionada por el

cambio constante de la coyuntura y contexto del mercado en cuestión, por la mayor o menor facilidad que hay para vender los bienes producidos y, como consecuencia de ello, por la mayor o menor necesidad de llevar el producto a mercados próximos o lejanos. Prescindiendo del volumen de la demanda en general, desempeña aquí una función central el movimiento de los precios ya que cuando estos precios descienden se restringe deliberadamente la venta y marcha delante la producción. Por el contrario, al subir los precios de los bienes en el mercado, la producción y la venta se mantienen al unísono o se vende de antemano lo que se produjo. Sin embargo, aquí la base material a considerar es la distancia real que existe entre el centro de producción de las mercancías y el mercado. Marx nos lo explica de la siguiente manera:

“Se venden, por ejemplo, tejidos o hilados ingleses con destino a la India. Supongamos que el exportador pague al fabricante inglés (cosa que los exportadores no hacen de buen grado si el mercado de dinero no marcha bien). La cosa se tuerce tan pronto como el propio fabricante repone su capital- dinero mediante operaciones de crédito. El exportador vende luego su mercancía, los hilados o los tejidos, en el mercado de la India, de donde le remiten el capital por él desembolsado. Hasta que este reflujo se opera, se plantea el problema exactamente en los mismos términos que en el caso en que la duración del período de trabajo exige el desembolso de nuevo capital- dinero para mantener en marcha el proceso de producción sobre la escala dada. El capital- dinero con que el fabricante paga a sus obreros y renueva los demás elementos de su capital circulante no constituye la forma- dinero de los hilados por él producidos. Para esto es necesario que el valor de estos hilados refluya ante todo y llegue a Inglaterra en dinero o también en productos. Es, lo mismo que arriba, capital- dinero adicional. La única diferencia estriba en que aquí lo desembolsa, no ya el fabricante, sino el comerciante exportador, quien acaso lo haya gestionado, a su vez, mediante operaciones de crédito. Y antes de que este dinero se lance al mercado no se lanzará tampoco al mercado inglés un producto adicional que pudiera comprarse con ese dinero y destinarse al consumo productivo o individual. Y si esta situación se mantiene durante mucho tiempo y en gran escala, acarrea necesariamente las mismas consecuencias que antes un período prolongado de trabajo.

Ahora bien; cabe la posibilidad de que en la misma India vuelvan a venderse los hilados a crédito. Con este crédito se comprarán en la India productos, enviados en pago a Inglaterra, o bien se remite una letra de cambio por el importe. Si este estado de cosas se prolonga, se producirá una presión sobre el mercado de dinero de la India, que, al repercutir en

Inglaterra, podrá provocar aquí una crisis. Esta crisis, a su vez, aunque relacionada con la exportación de metales preciosos a la India, provocará en este país una nueva crisis, debida a la bancarrota de las propias casas comerciales inglesas y de sus filiales indias, alimentadas por el crédito de los bancos locales. De este modo, surge una crisis simultánea tanto en el mercado en contra del cual, como en aquél a favor del cual, se manifiesta la balanza de comercio. Y este fenómeno puede presentar un carácter todavía más complicado. Puede ocurrir, por ejemplo, que Inglaterra haya enviado a la India lingotes de plata y que los acreedores ingleses de la India hagan efectivos allí sus créditos, con lo que aquel dominio se verá poco después en la imposibilidad de restituir sus lingotes de plata a Inglaterra.

Cabe la posibilidad de que el comercio de exportación a la India y el comercio de importación de la India hacia Inglaterra aproximadamente se compense, aunque el segundo (si prescindimos en realidad de circunstancias especiales, tales como el encarecimiento del algodón, etc.), se hallará así determinado y estimulado en su volumen por el primero. Entonces, la balanza comercial entre Inglaterra y la India podría parecer nivelada o acusar sólo débiles oscilaciones a uno u otro lado. Sin embargo, tan pronto como estalla la crisis en Inglaterra, nos encontramos con que en la India se estancan los géneros textiles invendidos (es decir, no se transforman de capital- mercancías en capital- dinero: superproducción en este aspecto) y con que, por otra parte, en Inglaterra no sólo se estancan los productos de la India invendidos, sino que además queda sin pagar una gran parte de las existencias vendidas y consumidas. Lo que se manifiesta, por lo tanto, como crisis en el mercado de dinero se traduce a su vez, de hecho, en anomalías en el proceso de producción y reproducción.

Tercero. Con respecto al mismo capital circulante empleado (tanto el variable como el constante), la duración de los períodos de rotación, cuando obedecen a la duración del período de trabajo, se traduce en esta diferencia: cuando el capital describe varias rotaciones al año, puede ocurrir que algún elemento del capital circulante constante o variable sea suministrado por su propio producto, como sucede en ramos de producción de carbón de bulla, de confección de ropas, etc. En otro caso no, al menos dentro del año”.

De ahí la importancia central del desarrollo de las comunicaciones, de la información y del transporte en el sentido que corresponden y son parte del proceso de circulación de las mercancías disminuyendo de esa forma la distancia real entre el centro de producción de las mercancías y el mercado de consumo haciendo más expedito este último. Pero, además ese desarrollo

implica una mejoría sustancial de la producción vía mejoras en la tecnología, etc. Es ahí donde vemos más íntimamente la relación que hay entre el modo de producción, circulación y distribución de las mercancías en la generación de la plusvalía tan necesaria para los dueños de los factores de producción y sus intereses de acumulación privada de los capitales. De hecho, por ejemplo, solo la revolución en las comunicaciones y en la información en cuanto a su disponibilidad y acceso a ésta de gran parte de la población (población para nada mayoritaria pero ese es tema para otro lugar) hizo posible el desarrollo del neoliberalismo pues este basa sus políticas y su estructura lógica central y originariamente en la especulación financiera y el movimiento de capitales, en la flexibilidad del trabajo, en la apertura económica y otras tantas medidas que no habrían sido posible sin esa revolución que así implicó la constitución de un sistema comercial global. Y necesariamente este proceso de mejoría y de avances en el campo de la tecnología debe producirse porque tiene que ver con la productividad de la *fuerza de trabajo* que entonces y de esa forma baja los costos de producción de mercancías para mejorar en general la tasa de plusvalía media a que tienen acceso los dueños del capital que mejora a su vez el rendimiento del capital invertido. Es en esas circunstancias cuando el capitalista encuentra los incentivos necesarios para la ampliación de la escala de la producción empleando una parte de la plusvalía en mejoras que o bien sólo aumentan la fuerza productiva del trabajo aplicado, o bien permiten al mismo tiempo explotarlo más intensivamente de manera que a partir de ahí va construyendo y reconstruyendo, va definiendo y dando una lógica y razón, metas y objetivos al modo de producción. Además, allí donde la jornada de trabajo no se halla tan limitada por la ley por el fuerte poder de presión de los factores de poder dominantes que siempre trabajaron en favor de políticas como las de la flexibilidad laboral y la desregulación general del mercado de trabajo que conlleva la imposición del automatismo de los mercados, basta con una inversión adicional de capital circulante en materiales de producción y en salarios de los trabajadores para ampliar la escala de la producción sin necesidad de engrosar el capital fijo, limitándose a prolongar su utilización diaria, a la par que se acorta proporcionalmente su período de rotación. Otras veces, también la plusvalía capitalizada, cuando la coyuntura del mercado le es favorable, permite especular con los precios de los recursos naturales y las materias primas, operaciones para las que no basta el capital primitivamente desembolsado. Pero es evidente que en la medida que el régimen neoliberal extrema sobremedida la explotación de la fuerza de trabajo a través de su proceso estructural de inclusión y exclusión del trabajador de los mercados del consumo, de sus derechos y así de la propia ciudadanía, se presentarán también períodos en los que no podrá prolongarse la jornada de trabajo ni se

podrán tampoco introducir mejoras de detalle en cuestiones de tecnología, mientras por otra parte la ampliación de toda la industria en una escala que sea proporcional, en parte en cuanto a la planta total del negocio que se trate, los edificios, por ejemplo, y en parte mediante la ampliación del fondo del trabajo, como ocurre en el caso de la agricultura, sólo es posible dentro de ciertos límites que requiere un volumen de capital adicional que suministra solo la acumulación de plusvalía al cabo de un período más largo, de varios años. A su vez- y siempre refiriéndonos en el más largo plazo- realmente solo puede mejorar su rendimiento a través del desarrollo de tecnología que en este caso preciso es conveniente para los intereses del Estado capitalista que contradicen las políticas tendientes al bienestar de las mayorías.

La mercancía, la plusvalía, el trabajador y el patrón.

Mientras los trabajadores crean valor a través de la *fuerza de trabajo* una vez que esta es apropiada por los dueños de los capitales (cuestión que no es nada menor porque en manos de los trabajadores la *fuerza de trabajo* no crearía valor, existe solo en potencia, existe solo como este ejército de reserva que lleva de hecho el salario a la baja) son los capitalistas como clase los únicos que realmente están en condiciones de invertir y acumular capital dada la lógica del Estado y su régimen político. Algunos capitalistas incluso retendrán parte del dinero obtenido a través de la venta de sus productos, sin retirar a cambio otros productos del mercado. Sin embargo, otra parte no menos importante de los patrones convierte todo su dinero en productos, en bienes, con excepción del capital que toma la forma de dinero y que siempre es necesario volver a invertir para seguir hasta el infinito con la producción, para que esta no se vea interrumpa por la falta de recursos. Una parte de las mercancías que en esas condiciones los dueños de los capitales lanzan al mercado como portador de plusvalía se forma por medios de producción o por los elementos del capital variable, por artículos de primera necesidad. Por lo tanto, puede directamente usarse para ampliar la producción. Pues no se da por supuesto que una parte de los capitalistas acumulen capital en la forma del dinero mientras los otros consumen de manera íntegra la plusvalía generada, sino que más bien se dará que una parte efectúa su acumulación en forma de dinero, de capital- dinero latente, al tiempo que los otros acumulan de modo efectivo, es decir, amplían la escala de producción a partir de la ampliación de su capital productivo. Entonces, la masa de dinero existente sigue siendo suficiente para cubrir las necesidades de la circulación, aunque se de el caso que parte de la patronal se dedique a acumular dinero mientras otros amplían la escala de la producción y viceversa. En este punto es muy

importante aclarar que fuera de esta clase patronal, que es la que invierte e inicia así el proceso de producción de los productos, los bienes y servicios que constituyen los diversos mercados de consumo a partir de la compra de la *fuerza de trabajo*, no existe más clase que los trabajadores que además son todos aquellos que viven de un jornal, son los que necesitan vender en el mercado laboral su *fuerza de trabajo* para poder sobrevivir.

Es importante esta definición de la clase que es constituida por los trabajadores porque hoy en día, con la imposición de la lógica neoliberal que altera las estructuras e idea tradicional del obrero, el de la fábrica y el de la organización en base al sindicato y la solidaridad de intereses de clase que caracterizó la etapa del llamado *Estado de Bienestar* y sus manifestaciones, nos ayuda a entender mejor la realidad que se construye en base a la ruptura de esa lógica que por lo demás impone el individualismo, etc., que es tan funcional a los grupos de intereses neoliberales. Además, esta definición nos desafía a plantear un tipo de organización política y de solidaridad de clase que nos considere a todos en base a experiencias de vida, condiciones de trabajo, necesidades y urgencias comunes de manera de construir un arte de lo posible realmente mayoritario, de gestión popular de los asuntos que nos afectan a todos. No olvidemos que bajo el dogma de los neoliberales son los trabajadores el sector socialmente más vulnerable en todos los términos. En realidad, en los países en que todavía perdura el régimen neoliberal, como en Chile, vemos como los sectores más vulnerables son los que buscan todos los días nuevas formas de vivir de su trabajo, de un salario o jornal. Es decir, cuando el neoliberalismo se impone es una odisea trabajar, poder educarse y capacitarse, es una odisea sanearse sin morir en el intento, en algún rincón del hospital público, como también es una odisea sobrevivir e incluso hasta viajar en micro por Santiago. Lo interesante en todo caso es comprender que en la medida que todos somos trabajadores, en el sentido antes expuesto, lo que el trabajador compra para intentar satisfacer sus necesidades equivale a la suma de su salario real, a la suma del *capital variable* desembolsado por los patrones en su totalidad en el proceso de producción. De ahí que solo es la clase capitalista la que está en condiciones de invertir y apropiarse de la plusvalía generada por la fuerza del trabajo. El dinero en forma de salario de los trabajadores refluye constantemente desde el mismo trabajador hacia el patrón porque este último le vende sus productos en el mercado de consumo. De ese modo, el capital variable, que constituye el salario real del trabajador, entendiéndolo por *real* lo que verdaderamente puede comprar, o sea, el poder adquisitivo de su jornal, que se desenvolsará en el proceso recobra su forma originaria en el dinero. Para que nos quede un poco más claro, supongamos que la suma del capital variable sea de doscientos mil pesos o sea, igual a la

suma, no del capital variable desembolsado, sino en primer lugar del capital variable empleado durante el año de producción de las mercancías. Con el capital que constituye los doscientos mil pesos, la clase patronal compra cierta masa de fuerza de trabajo o pagará los salarios de sus trabajadores. Ahí tenemos una primera transacción. La segunda transacción se da cuando los trabajadores, con esa misma suma de dinero que es su salario retribuido por cierta jornada laboral, compran al capitalista una cantidad de productos que consideran necesarios para sí de forma que hacen refluir a manos de la clase patronal otra vez la suma de los doscientos mil pesos. Lo importante de estas dos transacciones que conforman la base de los intercambios sobre los que se erige el Estado capitalista con su correspondiente modo de producción, de circulación y de distribución de los bienes producidos, es que este proceso de compra y de venta se repite todo el tiempo, de manera continua. Por lo tanto, la suma de los doscientos mil pesos nunca permitirá al trabajador comprar la parte del producto que representa el capital constante, es decir, la maquinaria o los edificios, etc., ni mucho menos la parte en que se contiene la plusvalía de la patronal. De ahí que con estos doscientos mil pesos que constituye el salario, el trabajador solo pueda comprar parte del valor del producto social que sea igual a la parte de valor que representa el valor del capital variable que es desembolsado por el patrón.

Este proceso de compra y venta además nos conduce a la inversión del capital variable en *fuerza de trabajo*, en la medida que ésta es la mercancía que por excelencia crea valor, que valoriza el capital que es invertido por la clase patronal, que a su vez nos conduce a la incorporación de ésta al proceso capitalista de producción, en la que el trabajador ahora será el que venderá su mercancía *fuerza de trabajo* mientras el capitalista es el comprador al tiempo que, por la otra parte, en la venta de la mercancía, va implícita la compra de ellas por el trabajador y así su consumo individual. Aquí los trabajadores-siempre entendidos como clase social que involucra interés y padecimientos comunes que van más allá de la especificidad del tipo del trabajo que cada uno de nosotros realiza una vez inserto en el modo de producción capitalista-aparecen como compradores en relación al capitalista y éste como vendedor de mercancías en relación al trabajador. Tema no menor es que también la circulación del capital en la forma de mercancía incluye la circulación de la plusvalía y con ella, por lo tanto, las compras y las ventas en que se traduce el consumo individual del patrón, el consumo de la plusvalía. En lo que se refiere al valor- dinero que funciona en parte como medio de circulación y en parte como ahorro, éste existe, como algo adquirido, al lado de la fuerza de trabajo, al lado de los medios de producción y de las fuentes naturales que hacen a la riqueza. No es posible considerarlo como el límite de éstos porque

cuando se convierte en medio y factor de producción mediante y a través del intercambio mismo, lo que hace es aumentar la escala de producción. Pero eso también presupone la necesidad que el dinero siga desempeñando igual que antes su rol de dinero. Entonces, según la menor o la mayor duración del período de rotación del capital, será necesario contar con una masa mayor o menor de ese mismo capital en la forma de dinero para poner en movimiento el capital productivo. Hemos visto también que en la medida que el período de rotación del capital es determinado por la duración del período de trabajo en cuestión, se halla determinado además, siempre que las condiciones no varíen, por el carácter material del proceso de producción y, por lo tanto, no por el carácter específicamente social de este proceso. Pero, sobre la base del modo y las formas de producción del Estado capitalista, operaciones de más larga duración en el tiempo exigen mayores desembolsos del capital en la forma de dinero y por mayor tiempo. En este terreno la producción depende de los límites dentro de los que el patrón de forma individual disponga del capital necesario en la manera de dinero. Ahí es donde nace el crédito que a través de acciones y medios ligados al ámbito de lo financiero y especulativo resuelve este inconveniente.

Por esto es bastante importante el aspecto financiero en la definición del régimen político- la regulación de éste- y el incentivo a la producción en ciertas condiciones específicas que busquen la satisfacción de las urgencias y necesidades de las mayorías; en primer lugar la necesidad de trabajo y de una vida más digna en términos de salud, educación y bienestar general. De ahí la importancia además de batallar contra las perturbaciones producidas en el mercado del dinero que paralizan este tipo de negocios siempre entendidos desde el ámbito del interés de un régimen popular en lo cultural, soberano en lo económico y nacional en lo político. Sobre la base de la producción social de bienes y servicios considerados de necesidad y prioridad social tenemos que determinar también la medida en que estas operaciones financieras, que sustraen fuerza de trabajo y medios de producción durante un largo período de tiempo en el cual no aportarán producto, bien ni un efecto útil, pueden realizarse sin dañar las ramas de producción que, continuamente o varias veces al año, absorben la fuerza del trabajo y medios de producción, pero suministrando a cambio de ello medios de producción y de vida. Lo mismo en la producción social que en la producción que caracterizará al Estado y modo capitalista, el trabajador ligado a las ramas de aquellas industrias con períodos de producción y de tiempos un poco más cortos de trabajo sustraen durante ese tiempo bienes sin reponer otros a cambio de ellos, mientras que en las ramas de las industrias en que el período de trabajo de por sí más largo estarán durante largo tiempo sustrayendo esos bienes antes de poder restituir.

Por lo tanto, esta circunstancia dependerá de las condiciones materiales del proceso de trabajo correspondiente, no de su forma social. En la producción social, el capital en forma de dinero lo que hace es simplemente desaparecer. Es el régimen, en tanto es una genuina expresión de la forma en que organiza institucionalmente la sociedad, de la manera en que se desenvuelven los actores y sujetos sociales- políticos que componen y darán forma a la agenda de gobierno, quien tiene la tarea de distribuir entre las ramas industriales la *fuerza del trabajo* y los *medios de producción*. En la medida en que se impone la necesidad de contar con capital en la forma de *dinero* para la continuidad de las formas de la producción de bienes, se nos revela que la duración del período de trabajo está determinada por dos circunstancias. La primera es que el capital en la forma del dinero lo es precisamente porque debe convertirse en capital ligado a la producción de mercancías, en capital productivo, que es lo que al fin nos exige la esencia del modo de producción, de circulación y de distribución del capitalismo. La segunda circunstancia al respecto es que la cuantía del dinero que se desembolsa y es necesario para la continuidad del Estado capitalista y sus maneras nace del hecho que durante un período más largo de tiempo se sustraerán constantemente a la sociedad fuerza de trabajo y medios de producción sin restituirse durante ese tiempo un producto equivalente en dinero. El hecho que el capital sea desembolsado necesariamente en dinero para la continuidad de la producción se mantiene en pie cualquiera sea incluso la forma de éste, es decir, se trate de dinero en metálico o en forma de bonos (...)

Finalmente, en cuanto a la inversión en el proceso de producción por parte de la patronal, que implica el desarrollo de la tecnología y los adelantos técnicos en general que alteran la fisonomía y entonces definen el modo de producción capitalista, también involucra cuestiones no menores que tienen que ver con el modo y con el sentido de la producción de mercancías del capitalismo relativo con un mayor grado de intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo, de los trabajadores, de la ya conocida política que gira alrededor de la idea de productividad del obrero con la que tanto nos insisten los neoliberales para acrecentar sus capitales, la tasa media de sus ganancias. De hecho, al capital se incorporan elementos de producción cuya extensión es, dentro de ciertos límites, independiente de la magnitud del capital- dinero desembolsado. Lo que digo es que con la misma retribución en dinero, en salarios y dependiendo por supuesto de la evolución de la lucha de clases, la fuerza del trabajo puede ser explotada más o menos extensiva o intensivamente por los factores de poder dominantes. Además, prescindiendo todavía de los adelantos de la técnica en la producción, el capitalista puede usar y abusar hasta cierto punto de los mismos medios de trabajo. Por tanto,

esta vez es el capital fijo quien puede emplearse con una mayor eficacia, ya sea prolongando el tiempo diario durante el que se usan y abusan o dándoles un empleo más intensivo, sin necesidad de una inversión adicional de dinero en concepto de capital fijo. En esos casos, la rotación del capital fijo se opera más rápidamente como también se movilizan con mucha mayor rapidez los elementos de su reproducción. De todas formas, lo que hay que considerar en relación al tema de este artículo en particular y a modo de conclusión es que es totalmente cierto que la potenciación de las fuerzas productivas del trabajo a través de un mayor grado de explotación de los trabajadores o a través del uso y abuso de los medios técnicos que constituyen la parte del capital fijo, de las máquinas, cuando no suponga una inversión adicional de valores de capital, sólo acrecienta primordialmente la masa del producto, no su valor, pero en el mismo proceso crea nueva materia de capital, y con ella la base para incrementar la acumulación de éste para desde ahí generar plusvalía.

La base de la producción del Estado capitalista.

Por lo tanto y a modo de resumen, mientras que la parte del capital que es invertida por el patrón en *capital variable*, en salarios de sus trabajadores, mediante la compra de la *fuerza de trabajo* del mismo, funciona dentro del proceso de producción como *fuerza de trabajo* en activo y gracias a la propia acción de esta fuerza es producido de nuevo este capital variable, es decir, reproducido como nuevo valor en forma de *mercancía*, lo que se traduce en una reproducción, o lo que es lo mismo, en una nueva producción del *valor-capital* que en su momento fue desembolsado, el trabajador invierte el valor, es decir, el precio de su *fuerza de trabajo* vendida al capitalista en medios de supervivencia, o sea, en medios que reproducirán su *fuerza de trabajo* como son todos los productos relacionados con la vestimenta, con la alimentación, con la salud o la vivienda, etc. Su salario, o sea su ingreso, su renta, que sólo durará lo que dura la posibilidad de vender su *fuerza de trabajo* a la patronal, representa una suma de dinero igual al *capital variable* de forma que cierre la ecuación en favor del capitalista que como vimos es en verdad el único que invierte capital en el proceso de producción de plusvalía y la correspondiente acumulación privada de éstos. La *mercancía* del trabajador en tanto que es un asalariado- su *fuerza de trabajo*- además funciona como mercancía solo en la medida que se incorpora al proceso de producción de mercancías y lo hace solo cuando se incorpora al capital de la patronal, que es cuando realmente funciona como capital. De otra parte, el capital que la clase patronal invierte en forma de dinero, que invierte así en comprar *fuerza de trabajo*, funciona como renta en manos del vendedor de la *fuerza de trabajo*,

en manos de los trabajadores. Aquí, se entrecruzan el proceso de circulación y producción de las mercancías en los términos del Estado capitalista y sus regímenes. Actos que pertenecen al proceso de circulación son los que se establecen cuando el trabajador en la necesidad de procurarse los medios necesarios para la vida vende al mejor postor y al precio de mercado su mercancía *fuerza de trabajo* al capitalista. El dinero con el que el patrón a su vez compra esa mercancía- no olvidemos que es la única que crea valor y por tanto constituye la base de la generación de la plusvalía- es para él dinero invertido en producir un valor determinado, es decir, capital en forma de dinero que entonces no es dinero gastado sino adelantado, invertido, para dar inicio al proceso de producción. Este particular fenómeno no lo es tanto porque se da en todas las ventas de la mercancía donde el trabajador en tanto vendedor de su *fuerza de trabajo* se desprende de un *valor de uso* (que precisamente es su *fuerza de trabajo*) y obtiene su valor (realiza su precio) en dinero. Por su parte, el comprador, es decir, el patrón se desprenderá de su capital en forma de dinero y obtiene a cambio la mercancía, pero obtiene una mercancía que tiene la particularidad de generar más valor y que es otra vez la *fuerza de trabajo*. Así, en el proceso de producción, la mercancía *fuerza de trabajo* comprada por la patronal para iniciar el proceso de producción constituye una parte del capital en funciones y el propio trabajador actúa simplemente como una forma natural específica de este capital, distinta de los elementos del mismo existentes bajo la forma natural de medios de producción. Entonces, durante el proceso de producción capitalista, el trabajador (esta vez prescindiendo de la plusvalía que él mismo genera) añade a los medios de producción convertidos por él en productos, bienes y servicios- mediante la inversión de su *fuerza de trabajo*- un valor igual al de ésta. Lo que digo es que reproduce, por tanto, para la patronal que es la que invierte, en forma de mercancía, la parte de su capital que el propio capitalista en el proceso de compra y venta de la *fuerza de trabajo* le adelanta en salario. Producirá un equivalente de éste lo que significa que produce para el patrón el capital que éste eventual y falsamente le “adelantarán” de nuevo para la compra de *fuerza de trabajo*. Por último, una vez que la mercancía se vendió, una parte del precio de esta venta resarce al patrón por lo que el *capital variable* adelantado en la forma de salario al trabajador lo coloca en una situación de ventaja en el momento que crea las condiciones para otra vez comprar la *fuerza de trabajo* al tiempo que permite al trabajador volver a vendérsela.

Si solo nos fijamos en esta transacción se deduce de ella que en todas las compras y ventas de mercancías es totalmente indiferente lo que pase en manos del trabajador en tanto vendedor con el dinero que él sea capaz de

obtener por su mercancía y en manos del comprador, ahora el patrón, con los artículos de uso por él comprados en el caso concreto de la compra y venta de *fuerza de trabajo* por un equivalente en dinero a partir del salario. Además es totalmente indiferente, fijándonos solamente en el proceso de circulación, el hecho que la *fuerza de trabajo* comprada por la patronal reproduzca para ellos el valor del capital y que, de otra parte, el dinero conseguido como precio de compra de la *fuerza de trabajo* constituya la renta, el salario real de los trabajadores. La magnitud de valor del artículo comercial del trabajador, que definitivamente es su *fuerza de trabajo*, no resultará afectada ni por el hecho de que constituya renta para él ni por el hecho que el uso del artículo comercial por parte del comprador reproduzca el valor del capital de éste. Que el valor de la *fuerza de trabajo*- el precio que sea adecuado para la venta de esta mercancía en particular- se determine por la cantidad de trabajo que es necesario para su reproducción y ésta, a su vez, por la necesaria para producir los medios de vida indispensables para el trabajador en el sentido de poder sustentar su vida a partir del consumo de ciertos bienes básicos para ella, hace que el salario sea la renta que en este proceso, siempre basado en el modo de producción del Estado capitalista, los trabajadores obtienen para el consumo personal que le permite reproducirse, vivir. Así, la fuerza de trabajo es una mercancía y no es un capital en manos del trabajador y es además una renta para él siempre que pueda repetirse y renovarse de forma constante su venta. En otras palabras, los trabajadores al no poder vender su *fuerza de trabajo*, al encontrarse para el caso desempleado, no obtiene de su mercancía renta alguna. Solo después de venderla, una vez que logra conseguir empleo y siempre en manos de la clase patronal, además durante el propio proceso de producción, es cuando funciona como capital. Entonces, la mercancía *fuerza de trabajo* tiene un doble uso, una doble utilidad en el proceso de compra y de venta: por una parte sirve como mercancía que se vende por su valor, en manos del trabajador y por otra sirve como fuerza productiva de valor y de valor de uso, en manos del capitalista que la compra. Por el contrario, el dinero que el trabajador recibe en esta transacción por parte del patrón sólo está en posesión de ese valor antes del pago. Así, contrariamente a lo que plantean algunos, no es el dinero el que cumple esta doble función- primero como *capital variable* en la forma del dinero y luego como salario- sino que es precisamente la *fuerza de trabajo* la que asume esta doble funcionalidad primero como mercancía, al ser vendida y luego en proceso de producción, donde actúa esta vez como capital, como elemento creador de valor de uso y de valor en manos de la patronal. Antes que el patrón pague su equivalente al trabajador en dinero un salario, ésta ya suministró a aquél el equivalente en forma de mercancía. Entonces, deduzco de todo el proceso anterior que es el

trabajador el que crea el fondo que se convierte en su salario a costa del cual le paga el patrón. Desgraciadamente no es este el final del asunto porque el dinero que recibirá el trabajador en el proceso de la venta de su *fuerza de trabajo* por parte de la patronal es invertido por él para sostener su *fuerza de trabajo* (no es otro el sentido de la compra y posterior consumo de los bienes que le son necesarios para vivir) y, por tanto- enfocando la clase capitalista y la trabajadora en su conjunto-, es el trabajador a través del consumo al que puede aspirar a través del salario que le retribuye el propio capitalista, el que asegura al patrón las herramientas sin las cuales éste no puede seguir siendo capitalista, no puede seguir acumulando de forma privada en beneficio de él mismo y a expensas del bienestar de las mayorías.

De una parte, en la base del modo de producción capitalista tenemos la compra y la venta continua de la *fuerza de trabajo* que eterniza la función de esta como elemento central del capital, a partir del que ese *capital* a modo de ejemplo logra aparecer como creador de mercancías, de los artículos de uso dotados de un valor. De otra parte, el capital invertido en comprar *fuerza de trabajo* constante e ininterrumpidamente crea su propio producto y al mismo trabajador, a la clase trabajadora pero también a la patronal. Se sigue de esta venta continua de la fuerza de trabajo un proceso que se transforma en fuente exclusiva, renovada y continua, del sustento material del trabajador, lo que hace que su *fuerza de trabajo* aparezca como el patrimonio a partir del que sacará la renta que le permite sobrevivir. Además, digo *sobrevivir* antes que *vivir* porque bajo los dogmas y directrices del neoliberalismo ni siquiera es posible hablar de *vida* sino apenas de *sobrevivencia* lo que por desgracia no es una exageración. Ahora la *renta* significa la apropiación de valor obtenido por la venta constantemente repetida, una y otra vez y hasta el final de los tiempos, de la *fuerza de trabajo*, valor cuya finalidad sería la reproducción constante de la mercancía destinada a venderse. Así, el valor de la *fuerza de trabajo*, de esta parte de valor de la mercancía misma, no deriva de la renta como factor independiente que la constituya, ni se reduce tampoco a la renta. El que ese valor nuevo que es producido y reproducido constantemente por el trabajador constituya fuente de renta para éste en el sentido que le permite sobrevivir a través del consumo en términos del capitalismo no significa en absoluto que su renta es parte integral del valor que produce. En palabras de Marx:

“(...) es la magnitud de la parte alícuota del nuevo valor creado por él, que se le paga, la que determina el volumen de valor de su renta, y no al revés. El hecho de que esta parte del nuevo valor constituya una renta para él sólo indica a qué se destina, el carácter de su aplicación, y nada tiene que

ver con el modo que se forma, que es tan ajeno a este hecho como cualquier otra creación del valor. Si ingresó diez táleros a la semana, este ingreso semanal no altera para nada ni la naturaleza de valor de los diez táleros ni su magnitud de valor”.

Como toda mercancía bajo el modo capitalista de producción, el valor de la *fuerza de trabajo* está determinado por la cantidad de trabajo necesario para su reproducción. Es decir, el hecho que esta cantidad de trabajo dependa del valor de los medios de vida necesarios para la sobrevivencia del trabajador, siendo, por lo tanto, igual al trabajo necesario para la reproducción de sus condiciones de habitación, implica que el modo de producción, circulación y distribución del Estado que es capitalista y que así actúa en consecuencia, se basa en la operación básica, genérica y originaria por la que los trabajadores venden su propia *fuerza de trabajo*, como mercancía, al patrón en cuya mano funciona como elemento de su capital productivo, capital que entonces pone en marcha y da sentido a todo el proceso. Esta operación de venta y compra de la *fuerza de trabajo*, que en verdad en primer término pertenece a la órbita aunque no exclusiva de la circulación de las mercancías, inicia el proceso de producción de las mercancías lo que también determina el carácter específico del modo de producción y distribución del Estado capitalista. La producción de un valor de uso e incluso la de una mercancía cualquiera es aquí un simple medio para producir *plusvalía* para los sectores dominantes al interior del Estado capitalista. Por eso, en relación al análisis del proceso de producción, de circulación y distribución se destaca en primer lugar cómo la producción de plusvalía, que es apropiada por el capital, determina al fin la duración del proceso cotidiano de trabajo, la organización social, técnica e incluso política y cultural del Estado capitalista y su correspondiente régimen a través de las formas de actuar y la definición del modo de producción. Por consiguiente, dentro de este mismo se realiza la distinción entre la simple conservación del valor del capital constante, la verdadera reproducción del valor adelantado que equivale a la *fuerza de trabajo* y la producción de plusvalía, del valor por el cual el capitalista no desembolsa equivalente alguno. La apropiación de la plusvalía, del valor que queda después de cubrir el equivalente al valor que es desembolsado por el patrón, aunque se inicia con la compra y venta de la *fuerza de trabajo*, es un acto que se efectúa dentro del proceso de producción que constituye la fase esencial de éste. El acto inicial y original es un acto de circulación, de compra-venta de la *fuerza de trabajo*, que descansa a su vez en la distribución de los elementos de producción, de la técnica, previa a la distribución de los productos sociales y presupuesta por ella, a saber: en la separación entre la *fuerza de trabajo* como mercancía del trabajador y los

medios de producción como propiedad de la patronal. Sin embargo, al mismo tiempo, esta apropiación de la plusvalía no altera en absoluto la sustancia del valor ni el carácter de producción de éste. La sustancia del valor en el modo de producción capitalista es la *fuerza de trabajo* invertida en el proceso y la producción de valor el proceso lógico de esta inversión. El siervo de la época feudal despliega su fuerza de trabajo durante seis días a la semana, es decir, trabaja seis días, sin que ponga ninguna diferencia en cuanto al hecho de este trabajo de por sí el que, por ejemplo, invierta tres de estas jornadas de trabajo para sí mismo, en su propio campo, y otras tres en el campo de su señor, al servicio de éste. El trabajo voluntario que realiza para él mismo y el trabajo forzoso que rinde para su señor no se diferencian en nada, en cuanto a trabajo. En realidad ahí no se percibe ninguna diferencia en cuanto al trabajo de esos días. La diferencia recaerá exclusivamente en la condición social y política, cultural y económica en que se despliega la *fuerza de trabajo* durante las dos mitades de este período de trabajo de seis días porque llegado el caso no es lo mismo el trabajo en el Estado feudal que bajo el capitalismo, no es lo mismo trabajar en un país con 25% de cesantía que en uno relativamente igualitario, no es lo mismo ni son las mismas formas de dominio social, de la estructura democrática o no del régimen, en la realidad neoliberal que en la nacional y popular, porque además esa realidad final se basa en los dogmas y directrices que defienden los intereses y necesidades que hacen al modo de producción ya sea en términos feudales o capitalistas, etc. Pues bien: lo mismo pasa con el trabajo necesario y el trabajo excedente del trabajador en el mundo actual.

El proceso de producción, que no es más que el proceso de producción de *plusvalía* se inicia y termina en la propia mercancía. El hecho de haberse invertido en su producción determinada fuerza de trabajo que en su momento fue adquirida por la clase patronal nos dice simplemente que ésta posee una cualidad material que hace necesaria la inversión para que desde ahí arranque la producción en términos y bajo el interés del capitalismo, una cualidad que es única y que tiene que ver precisamente con poseer cierto valor. A su vez, la magnitud de este valor se mide por la magnitud del trabajo invertido en la mercancía. A eso se reduce el valor de la mercancía y en eso consiste. Ni más ni menos. La mercancía puesta a disposición en el mercado por la patronal al final no se diferencia en nada, desde ese punto de vista, de la mercancía que produce un trabajador independiente, una asociación de ellos, el siervo de la gleba o los esclavos. Sin embargo, en este caso el producto de su trabajo y su valor pertenecen íntegros al capitalista. Al igual que cualquier producto, el capitalista es quien convierte la mercancía, mediante su venta, en dinero, para seguir manipulando con él; transfiere a la mercancía la forma de un equivalente general lo que implica cierto modo de producción, de

circulación y de distribución de los bienes que siempre son socialmente generados y por eso debieran estar al servicio del pueblo. Por su función el trabajador entonces produce un valor- mercancía igual al valor que el capitalista tiene que pagarle por el uso de su *fuerza de trabajo*. En estas circunstancias, los trabajadores le entregarán al capitalista ese valor en la forma de mercancía y el patrón se lo pagará en dinero. El que esta parte del valor de la mercancía represente para la patronal un equivalente del *capital variable* que debe adelantar en la forma de salario no altera en nada que representa un valor de la *mercancía* nueva creada en este proceso de circulación y en el que consiste de hecho la plusvalía, a saber: en la inversión ya efectuada de la *fuerza de trabajo*. Ese hecho no resulta afectado tampoco en absoluto por las circunstancias que el valor de la *fuerza de trabajo* pagada al trabajador como salario implique para él la forma de renta y de que, a través de ella se reproduzca de continuo a los efectos del Estado y modo capitalista no sólo la *fuerza de trabajo* sino también la clase de trabajadores en tanto asalariados y con ello la base de la producción del Estado y del régimen capitalista.

Capítulo 9: La economía, la lucha por el poder y la (r)evolución.

La inflación como método de disciplina social y política.

Al principio de este libro lo que intenté hacer fue analizar, de la forma más exhaustiva que me fue posible, los ámbitos económicos y materiales que hacen a la conciencia y acciones de la mayoría para en una eventual nueva época estar en condiciones de consolidar la *(r)evolución política* que implica la imposición democrática del derecho a la vida digna como primacía de los cambios. En otras palabras, lo que hice fue desnudar con toda la crudeza que me fue también posible la diversa vinculación concreta entre la política y la economía donde cada una de ellas, en tanto que son ámbitos de convivencia y de definiciones colectivas de las políticas públicas que hacen a la razón del régimen, no pueden ser pensadas y vividas como independientes una de otra. Por ejemplo, pensar de forma crítica el tema para nada menor de la inflación, que al final afecta en primer lugar al trabajador, pensar críticamente el tema de la inflación en un tiempo dominado por las cada vez más periódicas crisis del Estado capitalista y su falsa forma de bienestar general y común, de una época de crisis y caída de sus paradigmas, donde además la economía se convierte en una cuestión digna de seres más irracionales, profundamente ignorantes, simplemente es un intento de ir un poco más allá de la ignorancia y el interés que asiste a los representantes de los grupos de poder más concentrados; es ir inclusive más allá de un fenómeno meramente económico o comercial como desde siempre han tratado de mostrarnos la economía el grupo neoliberal, es decir, desvinculada total y decididamente de la acción política, del interés de clases. Pensar críticamente el tema inflacionario desde una perspectiva más amplia es tratar entonces de desarticular un antiguo recurso del poder político concentrado en el interior de nuestros países, un recurso que busca e intenta invisibilizar por todos los medios las causas reales del aumento de los precios de los bienes de primera necesidad para transferirlas a determinados actores del régimen. La estrategia dominante en relación a desvincular la suba de los precios- y la probable inflación que ese fenómeno produce- de las acciones de estos grupos de intereses concentrados es la manera que tienen para disciplinar al trabajador en sus demandas y expectativas; es la forma artera de proyectar la amenaza de lo indiscernible, una suerte de regreso de los dioses dormidos que se lanzarán, ávidos de la sangre popular, sobre el trabajador que es consumidor y que esta vez, una vez más horrorizado ante un fenómeno que muchas veces no comprenden totalmente, suelen volverse carne de cañón de las propuestas de los factores

de poder para acabar con la inflación y que tienen características fuertemente elitistas y autoritarias. Políticas que nos propondrán terminar con la inflación que ellos mismos generan en favor de sus intereses de clase que se sintetizan sin más en la suba de la tasa media de la ganancia a expensas siempre del trabajador, a expensas del empleo, de la razón, de la lógica inclusive y de la satisfacción real de las necesidades, urgentes y múltiples, que por derecho le corresponde a la *fuerza de trabajo* para mejorar sus condiciones de vida. El fenómeno de la inflación, eso hay que recordarlo, suele usarse, junto con el miedo al desempleo, como instrumento de disciplinamiento social- político, como la puerta de entrada a los planes de ajuste que guardan, todos ellos, un contenido regresivo respecto de las conquistas sociales y políticas históricas del trabajador y de los avances relacionados con la distribución de la renta a beneficio del sector popular. Despejar este núcleo ideológico del capital corporativo, fuertemente concentrado en unas pocas familias, al interior del Estado y del régimen capitalista significa atacar desde una nueva perspectiva las causas y consecuencias de la inflación escapando a las exigencias de la dogmática neoliberal que siempre insiste en la disminución del gasto público, en el ajuste, en la austeridad y enfriamiento de la economía, que son medidas que redundan en perjuicio del trabajador y así también de la convivencia y la gobernabilidad democrática. Las famosas políticas de los años '90 (donde el neoliberalismo fue implementado de forma brutal inclusive en Chile donde la Concertación ahondó, siempre en contra de la voluntad de la amplia mayoría y haciéndose eco del “realismo político” del que hablara en otro lugar, en las reformas económicas de la dictadura conducida por Pinochet, convirtiéndose así en la peor heredera de la dictadura de la exclusión y de la muerte como política pública) las podemos resumir en las *metas de la inflación*, latiguillo usado para imponer sus puntos de vista e intereses, tendieron a garantizar las ganancias del capital financiero y especulativo que para mantener sus altos índices de rentabilidad necesita del famoso cóctel formado por el control monetario, la austeridad del gasto público, el ajuste fiscal y el enfriamiento de la economía en caso necesario.

Para los sectores de poder históricamente dominantes no existe nada más perverso en términos económicos y políticos que la combinación de las políticas que ahondan en el gasto público, o sea, en la intervención del sector público en la economía, en sectores estratégicos como la salud, la educación, la energía que moviliza nuestros países o la lógica del complejo tecnológico, que son todas áreas de imprescindible accionar de los gobiernos en el sentido que defiende o no el bienestar común (y así tendríamos que hablar antes que de *gasto público* de *inversión pública*, donde los actores públicos intervienen a través de obras de infraestructura, en políticas de tipo sociales de contenido

reparatorio- compensatorio y diversas inversiones para sostener el empleo, la generación de éste y la defensa del mercado interno) y en el aumento de los salarios del trabajador. Ellos le tienen terror al aumento del gasto (inversión) pública combinada con la suba de los salarios. Les aterroriza así el gobierno nacional en lo político, soberano en lo económico y popular en lo cultural. De ahí que la cuestión respecto de la suba de precios, de la inflación, no es un tema objetivo ni inocente ni mucho menos neutral porque son esos grupos dominantes los responsables de ella y llegado el caso militan a favor de ésta en la defensa de su tasa de ganancia. El tema de la inflación encierra dentro de sí una cuestión nada inocente, encierra un tema de prioridad absoluta y de importancia central en la lucha por los intereses de cada clase social que es precisamente el tema de la distribución de la renta e ingresos. Y en la medida que se relacionará de forma directa con la distribución de las riquezas, de las maneras que ésta adquiere en el ámbito de la lucha de clases, remite a su vez a la razón del modo de circulación y de producción del Estado capitalista. En este sentido, los factores de poder dominantes se movilizan continuamente a través de sus políticas públicas que tienden a defender los intereses del poder más concentrado, que las grandes corporaciones usan y abusan para debilitar los procesos democráticos en especial cuando estos apuntan al corazón del litigio por la igualdad en la distribución del ingreso porque todo eso, como ya vimos, se relaciona directamente con el modo y la lógica de la producción en términos capitalistas. De ahí que el aumento de precios de los productos de primera necesidad, a la vez que producen marginación y exclusión a través de la propia lógica de los neoliberales, son una descarga de artillería contra los intereses, la forma de vida, de trabajo y la cultura popular. La recreación de la memoria del miedo, herramienta usada a destajo por el neoliberalismo, encontrará en la subordinación de la política a la economía- que se pretende imparcial y objetiva- una de sus estrategias preferidas, en particular cuando el tema económico se convierte en un fenómeno que escapa al común de los trabajadores para mutar en fuerzas descomunales que amenazan con llevarse los últimos restos de lucidez que le queda a la sociedad.

Dicho lo anterior, la tarea que en estas circunstancias les corresponden a los trabajadores en la defensa de sus intereses de clase es militar y accionar políticamente, con todos los recursos necesarios, sean estos políticos, legales e institucionales como económicos y culturales, para subvertir la razón de los dominantes a través de una inversión de la inercia del poder omnipresente de las corporaciones de modo de inaugurar el tiempo de la real democracia, un régimen de fuerte presencia y de gestión popular, atravesado por políticas de reparación, de equidad y de inclusión política- social. Es contra esta decisión histórica de accionar en favor de la inclusión social y política por la que se

alzan los grupos dominantes a través del establishment económico. Entonces, nos hablan de *productividad*, de *rentabilidad*, de *devaluación de la moneda nacional en relación al valor del dólar*, de la *tasa de ganancia del capital*, de *concentración mono-oligopólica*, de los *formadores de precios*, *libertad del mercado* o del *aumento en el valor de la fuerza de trabajo* para distraernos y enturbiar lo que no es otra cosa que una histórica y concreta puja distributiva que, de la mano de los neoliberales en las últimas décadas del siglo XX fue ganada por el capital pero que, a partir y desde el régimen nacional-popular, ofreció su contracara: la paulatina recuperación de los trabajadores en la distribución de las riquezas que es por todos generada. Este es el núcleo del conflicto y uno de los ingredientes principales en la cuestión de la inflación que no es un tema menor cuando los pueblos se ven sometidos a ésta por las formas de accionar de los factores de poder que dominan desde los orígenes, y aún antes, de nuestros países independientes solo en lo formal. El tema de la inflación, de las formas en que esos grupos de poder accionan en el ámbito económico para subvertir el apoyo a los gobiernos populares para así socavar las bases populares en que se sustenta, es una política usada constantemente contra los intereses del trabajador en varias épocas de la historia del hombre donde los afectados son precisamente el trabajador y la misma convivencia democrática. En realidad, el recuerdo, desde siempre paradigmático, de la devastación económica y política del pueblo alemán como escalón previo al triunfo del nazismo, nos ofrece una clara y fiel muestra de las potenciales consecuencias de vivir un período hiperinflacionario. Simplemente todo se subvierte cuando estalla la economía y los precios entran en una carrera hacia el abismo. Pero, lo que finalmente se resquebraja no es el orden económico porque en general a esos períodos de crisis galopante suelen ocurrir nuevos acomodamientos en la concentración de la propiedad del capital, sino que lo que se quiebra es la trama de la convivencia democrática surgiendo de ahí gobiernos y líderes autoritarios, antidemocráticos y reaccionarios en demasía. El frenesí alucinante de un mercado enajenado se traduce, de inmediato, en el debilitamiento del lenguaje de la representación y la pérdida de legitimidad política ahí donde lo que emerge es un reclamo de orden y de saneamiento autoritario de una sociedad desquiciada por fuerzas que se vuelven, para el común de los trabajadores, indescifrables, jeroglíficos incomprensibles que amenazan con devorar la vida de todos al punto de convertirla en una guerra también de todos contra todos al modo de Hobbes. El colmo de la hipocresía más tremenda, estos mismos grupos de poder a partir del boicot económico, que involucra políticas de inflación, de mercado negro, de desabastecimiento artificial de productos de primera y básica necesidad, de descontrol del tema cambiario, devaluación a favor del capital, etc., nos plantean que el desquicio

de la economía (que además amenaza el bolsillo del trabajador, su salario) es producto, así se dice desde las usinas mediáticas, de acciones identificables, de políticas públicas y de políticos que son denunciados a través de un ardid narrativo como los gestores del mal, como los responsables que deben ser removidos del poder para que vuelva al fin la calma y la normalidad. Muchas veces les resulta. Pero también está ahí la experiencia de la Unidad Popular, que fuera atacada por todos lados por los grupos de poder a partir de este tipo de políticas que desvirtuó todo, que hizo la vida cotidiana mucho más difícil para los trabajadores que sin embargo reaccionaron con su organización y su conciencia, que fuera atacada con un desabastecimiento brutal de bienes de primera necesidad que increíblemente se acabó el mismo día del golpe de Estado. Esa experiencia nos muestra no solo el poder del trabajador a partir de la toma de conciencia, de la movilización y la participación popular, sino también lo que casi nunca es denunciado como causante de la inflación que es el poder económico que suele actuar desde la opacidad y la astucia que lo caracteriza allí donde logra invisibilizar su responsabilidad. La experiencia de la UP está para recordarnos lo que hace el establishment económico desde las sombras para desestabilizar y destituir la autoridad democrática, nacional y popular. No puede haber espectáculo más nauseabundo que ver de qué modo los grandes causantes de la inflación, de los aumentos de precios y del desabastecimiento virtual, se muestran ante la opinión pública como simples víctimas de lo que ellos desencadenan para apuntalar su interés corporativo y garantizar, de este modo, su predominio en la disputa por la distribución de la riqueza.

Lo que trastornó a la derecha de esa época en Chile es que a partir de la conciencia política de los trabajadores durante la Unidad Popular y a pesar de un contexto de increíble y fuerte boicot tanto económico como político de los sectores siempre dominantes, ésta logró aumentar el apoyo a sus políticas populares que así terminó con cualquier posibilidad y estrategia racional y política, electoral y legal de los grupos dominantes para intentar acabar con el proceso democrático, profundamente inclusivo, que significó este gobierno. En ese contexto, el ejemplo de la experiencia de la Unidad Popular es que la desesperación por la caída al vacío producida artificialmente por los factores de poder dominantes se traduce en el rechazo de la política y de los políticos para dejar paso, muchas veces, al frenético reclamo de mano dura y orden capaces, según este imaginario reaccionario, de sanear el desquicio económico que vendría a ser producto de la malversación del sistema de partidos y organizaciones políticas. En esta segunda forma de reacción, que es la más común siendo la Unidad Popular la excepción a la regla, se me viene a la mente la experiencia de la Alemania de Weimar y su bancarrota

que se nos muestran frente a la historia como señal ominosa de las respuestas que suele dar el sentido común y la reacción de muchos trabajadores ante situaciones de aguda crisis inflacionaria que sin más provocó el chivo expiatorio de los judíos como base ideológica nazi que justificó la posterior atrocidad. Incluso en el caso de la experiencia de la Unidad Popular, por el propio desenlace que significó la instauración de la dictadura conducida en lo formal por Pinochet y sus genocidas al servicio de los neoliberales, lo que en se debilita es la democracia y la idea de *lo político* como escenario y teatro de acción para el procesamiento de los conflictos que se producen en todo régimen. Por lo mismo, el tema de la inflación y en general del boicot económico siempre se entrecruza y relaciona con la acción política. El núcleo de la inflación y de cada una de estas políticas que intentan el boicot de los regímenes populares para llevarlos a la desesperación y la bancarrota no responden entonces a tecnicismos que sólo pueden descifrar los tecnócratas, sino que atraviesa la puja decisiva por el modelo de Estado y de régimen.

Siguiendo con los ejemplos históricos, esta vez en Latinoamérica y a la luz de los hechos y las crónicas que fundarán esa misma historia de nuestra región, puedo afirmar que ningún régimen saldrá indemne de un proceso de boicot de la economía, sea a través de la hiperinflación o de cualquier otra medida en particular. De hecho, en la Argentina hacia el final del gobierno de Alfonsín los grupos económicos más concentrados, los llamados capitanes de la industria, a través de los golpes de mercado llevaron a este país a contemplar el borde del abismo de la hiperinflación que finalmente obligó al Presidente a entregar su mandato anticipadamente por falta de una estrategia política eficaz de ese gobierno en particular para hacer frente a los grupos de poder más concentrados. De esta experiencia traumática y desoladora, que atenta contra el tejido social, político y económico, que a su vez se condice con el triunfo del dogma neoliberal a nivel global con la caída de la Unión Soviética y el llamado socialismo real, surge el menemismo (que traiciona los postulados populares históricos del movimiento peronista) con su política de convertibilidad de la moneda y las consecuencias posteriores que derivan en la crisis del 2001. La Argentina de aquella época neoliberal es un ejemplo paradigmático de que ningún régimen sale indemne de una experiencia así porque deja al gobierno ante una situación de absoluta disponibilidad para las soluciones de regímenes autoritarios, sin recursos propios e inerte frente a la alternativa autoritaria, falaz y brutal auspiciada por los dominantes. Es que en fin, los efectos de la hiperinflación no se agotan ni desaparecen cuando se sale de ella sino todo lo contrario: permanecen en lo más recóndito de las prácticas culturales de los pueblos, se vuelven núcleos que habitan zonas de nuestro inconsciente listos a derramarse sobre nuestra realidad ante cualquier

coyuntura en la que los precios comienzan a moverse en alza. El fantasma de la inflación, siempre auspiciada por los grandes formadores de precios que lo son porque a través de la propiedad oligopólica- monopólica de los múltiples medios de producción en un ámbito específico o global incluso controlan los mercados, tiene consecuencias políticas muy directas que por ejemplo alteran y ponen en vilo no sólo a los actores sociales y económicos, sino que además debilitan el poder democrático planteando de ahí en más la solución política autoritaria en demasía. Lo que hace la inflación es someter al poder político, de nuevo, al miedo, a este terror que emergerá del fantasma arraigado en el lenguaje del imaginario de época. Por eso mismo, necesariamente se impone la eficacia y la eficiencia de los regímenes populares, de la planificación del modo de producción, inclusivo, plural y democrático, que sea conveniente al desarrollo de nuestros pueblos, definido por los mismos sectores populares a partir de nuestra especificidad histórica en un proceso caracterizado por una profunda participación y movilización popular. Participación y movilización popular que involucra el compromiso de todos en la definición de qué país queremos para nosotros y las futuras generaciones. De ahí se nos impone la politización de la economía porque en la politización de ésta encontramos la clave fundamental para profundizar en los cambios radicales de lo político-económico que por supuesto implica el tema de la cultura, de la ideología, de la conciencia y la participación de los trabajadores. En la acción política y su lógica participativa reside la lucha por la consolidación y permanencia de la *(r)evolución*, de un proyecto que sea más igualitario. En la política reside el impedimento para que los formadores de precios junto con sus ideólogos mediáticos horaden los logros de los regímenes populares y la eficiencia que le asiste, que ya se convirtieron en sinónimo de bienestar.

El consumo y el sentido final del neoliberalismo.

A esta altura, y siempre en relación al consumo bajo el modo propio del Estado capitalista, tenemos que limitarnos a observar que, al exponer la reproducción y acumulación del capital de la manera más simple posible y solo con fines de análisis, se partía del supuesto que la *plusvalía* se invertía íntegramente como renta. Sin embargo, en realidad cuando damos un paso más allá, cuando consideramos otra serie de variables y de factores del modo capitalista de producción, que necesariamente complejizarán el análisis pero que nos muestran y describen el modo de acumulación del capital tal cual es, inmediatamente notamos que se invierte como renta una parte de la plusvalía, la que queda en posesión del trabajador en tanto éste debe gastarla para así satisfacer sus necesidades básicas a través del consumo de bienes necesarios

para ello, mientras que la otra parte de la plusvalía en manos del capitalista, y solo en sus manos, se convierte en capital. Este tema no es menor porque es ésta la premisa necesaria para que exista verdadera acumulación privada de capitales. Si dijéramos que en términos generales la acumulación privada del capital necesaria para poder sostener en el tiempo las estructuras del Estado capitalista se efectúa a costa del consumo del trabajador o de los capitalistas estaríamos ante una falacia, un mito, en el sentido que es una ilusión porque choca contra el carácter de la producción capitalista al dar por entendido que la finalidad y móvil propulsor del Estado capitalista y los diversos regímenes a través del cual se manifiesta en la historia, es el consumo y no la obtención de plusvalía y su capitalización, es decir, la acumulación. Precisamente como el núcleo de la cuestión del Estado capitalista es la acumulación privada de los capitales, con la constante suba de la tasa media de la ganancia de éste, el consumo de los trabajadores y aún del capitalista será definido a partir de las necesidades de la acumulación que se traducen en políticas que intentarán incrementar todo el tiempo la tasa media de ganancias del capital y cuando esto no pasa, por las circunstancias que son propias del modo de producción en cuestión, cuando decae la tasa media de ganancia del capital, se producen las crisis que en la medida en que los trabajadores se movilizan o no pueden derivar en crisis coyunturales, finales o terminales. Además, este hecho nos remite al sentido de la política de exclusión del Estado capitalista a través del neoliberalismo que por excelencia se convierte en un régimen de exclusión y marginación del trabajador en el proceso que busca incrementar la tasa media de ganancia del capital. En este contexto hay que entender al neoliberal, en el sentido que sus políticas de desregulación de la economía, de liberación de los mercados, de la privatización de empresas públicas y otras tantas políticas tan delirantes como aquellas, como la del *déficit cero* en cuanto al gasto del sector público (que ya vimos es una inversión antes que un gasto) vienen a resolver los problemas estructurales del régimen político anterior, del mal llamado *Estado de Bienestar*, asistencial, que a su vez fue la respuesta que el capitalismo apenas sí estuvo en condiciones de dar frente a la crisis de los años '30 con la caída del liberalismo clásico. En estas condiciones es poco lo que el consumo popular puede hacer en favor de la acumulación de capital.

De hecho, el discurso político del dominante que indica la necesidad de modernizar el Estado y el modo capitalista de producción, se adecúa a la lógica neoliberal. Por ejemplo, en el caso del empleo se tiende a reducir la ocupación y el salario hasta el límite en que la disminución del tamaño de la estructura social y política responda a las necesidades del nuevo modelo de producción y de acumulación neoliberal. Esto significa que se requiere marginar a dos tercios de la población de modo que se agudizan las diversas

contradicciones sistémicas y sociales. La tendencia constante del capital son los de aumentar la fuerza productiva de la *fuerza de trabajo* a fin de abaratar la mercancía porque mediante ese proceso se abarata al trabajador mismo; sin embargo, al mismo tiempo que esto pasa esos bajos salarios hacen que el gasto en bienes como la alimentación neutralice una parte considerable de los ingresos y los salarios de los trabajadores. Así es como las necesidades de los sujetos, que el mismo sistema les impone, no pueden realizarse más que en una mínima proporción por lo que la calidad de vida de los trabajadores en su mayoría desciende de forma brutal. Y tampoco pueden satisfacerse con la intensificación o con la prolongación de la jornada laboral por eso, cuando a partir de la década de los setenta importantes capitales multinacionales se insertan en nuestra economía periférica, su principal objetivo es explotar las siempre beneficiosas condiciones percibidas por el capital en nuestros países en el sentido de existir una fuerza de trabajo altamente productiva y de bajo costo, con magros salarios reales y precariedad de las conquistas sociales en comparación con los países más desarrollados. La llegada de estos capitales a nuestros mercados nacionales, altamente protegidos a través de las acciones monopólicas, les permite apropiarse de rentas también monopólicas. Por su parte, la disponibilidad de los trabajadores y los bajos salarios no solamente determinan el advenimiento masivo del capital transnacional sino también la explotación intensiva del mismo que pasará a ser el factor principal que estimula esta inserción monopólica porque la estructura económica de los países menos desarrollados generan un grado alto de desempleo y subempleo proveyendo así de una reserva de trabajo adicional efectivamente disponible que presiona los salarios a la baja. Queda formado un capitalismo de intensa acumulación de capital y extendida pauperización del trabajador expresado en altos índices de marginalidad y exclusión lo que se traduce también en un magro consumo por parte de los sectores populares de los bienes producidos. Es así como la nueva organización de las estructuras políticas y económicas, con el objetivo expreso de introducir el régimen político neoliberal, hace disminuir aún más la participación de los trabajadores en el ingreso nacional provocando fuertes caídas en el nivel salarial. La conclusión de este proceso es que las políticas neoliberales se orientan a favor de un estrecho sector de la sociedad, a favor de los intereses de los sectores y grupos dominantes y en perjuicio de las mayorías, apoyándose en un modelo de acumulación privada que prevé la centralización creciente del capital a partir de la reconversión industrial, de la desregulación de los diversos mercados, la segmentación y la fragmentación del trabajador y su sindicato. En ese contexto, en el régimen neoliberal es la precariedad del empleo lo que caracteriza y define al sector informal de la economía pero la novedad, de ahora en más, es que ésta se

extiende progresiva pero constantemente al sector formal como resultado de la nueva lógica del régimen político de acumulación neoliberal que fortalece y, a su vez, debilita la razón del Estado de naturaleza capitalista. Entonces, otra vez vemos como lo nuclear del Estado capitalista es la acumulación del capital y bajo ningún aspecto el consumo popular que solo puede importar en la medida que responda o no a las necesidades de la forma de producción del capitalismo en el sentido que se condice con el incremento de la tasa media de la ganancia que, como vimos, limita el consumo de bienes por parte de los trabajadores antes que incrementarlo.

Bajo esta nueva concepción ideológica, los salarios de los trabajadores son un costo en el proceso y modo de producción, entonces, una reducción del salario es positiva desde el punto de vista de los intereses de acumulación del capital, al reducirse los costos de producción de la mercancía *fuerza de trabajo*, es decir, que se reduce ligeramente la demanda de los productos y bienes más elaborados como los televisores, lavadoras o computadoras, dada la baja capacidad de compra del salario medio del trabajador, pero se reducen fuertemente los costos de producción de los mismos. Es así un muy poderoso estímulo para desarrollar la producción de esos bienes si, a pesar de todo, estos bienes, que son más complejos y durables, encuentran salida suficiente en el mercado de consumo. La consecuente alza de la tasa de explotación produce que una masa suplementaria de la plusvalía, de las ganancias del capital, sirva para pagar al trabajador improductivo cuyo nivel de ingresos, más elevados que el del trabajador menos calificado, les permite acceder al mercado de bienes de consumo duraderos y ser una salida suplementaria para estos bienes. Esto implica que el mercado de consumo se hace cada vez más excluyente porque empieza a desplazarse hacia los sectores medios y altos modificando la estructura del empleo lo que, a su vez, permite que un grupo social tenga acceso al mercado de bienes y de servicios duraderos mientras las mayorías son igualmente excluidas. La reducción de los costos salariales y otra política económica son las precondiciones para el desarrollo acelerado de las ramas que producen esos bienes duraderos e instaurar este régimen neoliberal excluyente. La solución de este problema se encuentra así fuera de las fronteras que limitan la lógica del neoliberalismo y del capitalismo como régimen de producción, circulación y distribución. La solución depende de la ejecución de una política económica y social que haga posible la distribución equitativa del ingreso y el neoliberalismo es contrario a esos términos como acabamos de ver. La clase y calidad propia de los bienes de consumo no son lo que dificulta su compra a los sectores más pobres porque, en definitiva, lo que lo impide no es sino una pésima distribución de ingresos. Por eso, en las decisiones acerca de lo que se produce y cómo se distribuye, debe gravitar la

política de ingresos que resulte más justa y más coherente porque de ésta dependerá la capacidad adquisitiva de los trabajadores y la mayor o la menor expansión del mercado y ahorro interno. Por ejemplo, la disminución de la demanda, que recae sobre los bienes de consumo finales por el bajo poder de compra en manos de la población en general, reduce la demanda productiva y comprime el mercado, la ocupación e intensifica el endémico desequilibrio que se produce entre la oferta de producción fabril y su realización a través del consumo. Pero, este desequilibrio es factible de desaparecer con el juego de los factores exógenos como puede ocurrir si en casos de esta naturaleza el régimen político, por las razones que sean, decide mejorar la distribución del ingreso con medidas progresistas que reestablezcan la capacidad adquisitiva de los consumidores finales. Muy por el contrario, el neoliberalismo, en tanto es genuina expresión política de los intereses del Estado capitalista, de sus vicios y prebendas, busca resolver el tema de los excluidos del mercado del consumo a través del crédito al consumo a través del cual los trabajadores, ahora muy endeudados con el sistema de las tarjetas de crédito, entregan sus vidas a un consumo la mayor parte de las veces de poco sentido y claramente desenfrenado que es impuesto por la propia lógica de las formas capitalistas. Por último, es importante señalar que de vez en cuando, por las necesidades que son propias de la acumulación privada del capital, también se aprueban políticas de borrón y cuenta nueva de forma que los morosos otra vez puedan acceder al crédito del consumo para sanear en parte la caída de éste. Bajo ningún aspecto se plantea entonces una mejoría en la capacidad adquisitiva del salario real de los trabajadores como incentivo a una mayor producción porque ese mayor consumo no implica mayor acumulación de capital. De hecho, a partir de la lógica capitalista, la suba de la tasa media de ganancias, de la acumulación y su acrecentamiento, se producen a partir del proceso de exclusión y marginación hasta el límite que sea tolerable para mantener las apariencias del dominio y control sobre las mayorías bajo parámetros para nada racionales. Otra vez se insiste en políticas ligadas a la especulación y lo financiero por sobre la producción y economía real, esa que genera empleo e inclusión, democracia, participación y consumo.

El consumo respecto del fenómeno crítico del Estado capitalista.

Acabamos de ver las incidencias reales o no que tiene el consumo de los trabajadores en el modo de producción capitalista y su lógica, el rol y las funciones que le competen en la estructura de su forma de producción y la relación que este consumo popular establece con las formas de generación de la plusvalía y de cómo los dueños del capital se apropian de esa plusvalía. En

este artículo en particular voy a tratar sobre las funciones que necesariamente le corresponde o no al consumo de los trabajadores en lo que se refiere a la crisis del Estado capitalista sean éstas crisis coyunturales, sean definitivas o terminales. Es importante porque la mayor parte de los economistas de hoy, los más comprometidos con los intereses neoliberales y la tecnocracia que le asiste en sus formas, parte de la falsa teoría tomada de Adam Smith según la cual la crisis de la acumulación del Estado capitalista (el desarrollo del modo de producción en general de este estado de cosas, con sus respectivas formas de circulación y distribución de mercancías) se determina por el consumo, y su modo falso de explicar la realización del producto global de la sociedad el que simplemente queda reducido a la participación del trabajador (obreros en boca de Adam Smith) y a la de los capitalistas en la renta que así conducen inevitablemente a la doctrina de que la crisis solo obedece a la desproporción entre la producción del modo capitalista y el consumo popular. Desde este otro punto de vista, desde la posición reaccionaria, la teoría es ampliamente defendida porque intentará explicarnos la crisis del Estado capitalista por el hecho de que, al crecer la producción de bienes, disminuye la participación del trabajador en el producto, en esos mismos bienes y servicios, postura que no solo buscaría justificar las irracionalidades del capitalismo (no olvidemos que la economía es parte de las relaciones de poder, tema que veremos en el siguiente artículo) sino que también, y en ese sentido, intenta dividir al modo de Adam Smith el producto global de un país, la riqueza de las naciones a su modo de ver, en *trabajo* y en *renta* donde la *renta* es, de acuerdo a su propia terminología, la *plusvalía*, o sea, la ganancia más la renta del suelo. Pero, el análisis de Marx sobre la acumulación en el modo capitalista de producción y el de la realización del producto hace caer de bruces todos los argumentos de esta teoría, demostrando que es precisamente en los períodos que preceden a las crisis del Estado cuando aumenta el consumo del trabajador y que además el consumo popular insuficiente (con el que se pretende explicar la crisis del régimen) ha existido bajo múltiples Estados y sistemas económicos, mientras que la crisis del modo de producción es característica de un solo Estado en tanto sistema económico y político, cultural e ideológico: el capitalismo.²⁹

²⁹ Estos autores al servicio de la lógica dominante desconocen que el valor de los productos bajo el modo capitalista, bajo la lógica de la reproducción del Estado, se divide en tres partes que son fundamentales para entender la estructura y basamentos de la manera dominante:

- a) La primera es la que repone el *capital constante* que es propiedad de la clase patronal, o sea, el valor que también antes existía bajo la forma de materias primas, de medios de producción, materiales auxiliares,

Me parece entonces que es más racional la postura de Marx desde el momento que intenta explicarnos las continuas crisis a la que se ve expuesto el Estado capitalista y sus formas a través de otra contradicción, que no tiene nada que ver con el delirio de los seguidores del automatismo del mercado, y que sí tiene directa relación con la contradicción que se producirá de forma constante entre el carácter social de la producción de la riqueza (que siempre es socializada por el Estado capitalista en la necesidad que le asiste en cuanto a su devenir) y el carácter privado y bien individual de la apropiación de esta producción de las riquezas. Volvemos así a la relación que se establece entre el modo de producción capitalista y su forma de circulación y distribución de la mercancía, de su generalización o dominio dependiendo siempre del caso al que nos referimos. Por lo mismo, el entendimiento del modo y la forma de producción del capitalismo nos obliga a examinar este tipo de teorías de los dominantes en la medida que intentan cegar el camino de la emancipación de las grandes mayorías nacionales para desde ahí favorecer el bienestar de todos nosotros. En este contexto tenemos que empezar por preguntarnos cuál es la profunda diferencia existente, si es que realmente la hay, entre la teoría de Marx y la de los sectores dominantes respecto a este tema en particular, de la relación que se establece o no entre el consumo popular, el consumo de los trabajadores, y la crisis del Estado y del régimen capitalista en sus diversas acepciones. Habría que empezar diciendo que las dos teorías de las crisis de las que hablo, tanto la de Marx como la de los grupos dominantes en general, contienen explicaciones totalmente distintas en relación a esta cuestión en particular. De hecho, la teoría de los dominantes en general nos explicará la

-
- b) máquinas y tantos otros y que se limita a una parte del producto acabado.
 - b) La segunda parte del valor es la que repone el *capital variable*, es decir, el que costea los salarios de los trabajadores en el proceso de producción de las mercancías.
 - c) Finalmente, tenemos la tercera parte que constituye el valor propio de la mercancía que es precisamente la *plusvalía* que pertenece a la patronal.

De lo recién expuesto en cuanto a la forma en que se descompone el valor de la mercancía bajo el Estado del capitalismo, y que son parte de las premisas centrales en que se basa la teoría de Marx en su análisis del modo de producción y la realización del capital global en un país cualquiera, se contiene en dos tesis. La primera es que el producto global de ese país se forma, al igual que cualquier producto suelto, por tres elementos que precisamente son el *capital constante*, el *capital variable* y la *plusvalía*. La segunda parte es que dentro de la producción capitalista es necesario distinguir dos grandes sectores, que son la producción de los medios necesarios para la continuidad de la producción, de todos esos objetos destinados al consumo productivo, es decir, a la producción, no al consumo de las personas, sino al consumo del capital, y la producción de esos medios de consumo, es decir, de artículos destinados al consumo individual.

crisis partiendo de la contradicción que ellos creen existe entre la producción y el consumo del trabajador mientras que por el contrario Marx se refiere a la contradicción existente entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación de la plusvalía como acabamos de ver hace ya un momento. La teoría dominante encuentra, pues, las raíces del fenómeno de la crisis del capitalismo- y de ahí su hipocresía- fuera del ámbito del modo y la lógica de la producción. En cambio, Marx encuentra las raíces de la crisis (sean del carácter que sean porque finalmente quien define ese carácter es la lucha de los trabajadores lo que, a su vez, nos revela que todas las crisis del capitalismo son sistémicas, es decir, remiten a la caída de la tasa media de la ganancia del capital y por lo tanto de la propia acumulación de éste) en las condiciones y la lógica relacionada con el modo y forma de producción que caracteriza al Estado capitalista. Dicho en términos un poco más simples, la teoría de los grupos dominantes explica la crisis como efecto de un déficit en el consumo del trabajador- a pesar que la realidad del régimen neoliberal nos demuestra que a través de la exclusión de los trabajadores de los mercados de consumo es la que precisamente se convierte en un incentivo para la suba de la tasa media de la ganancia del capital a través de la baja considerable del costo de producción de los bienes- mientras que la teoría marxista insiste en la anarquía del modo de producción del capitalismo. Por lo tanto, aunque las dos teorías explicarán las crisis partiendo de una contradicción inherente al orden económico capitalista discrepan al definir esta contradicción, siempre central y fundamental, de forma que terminan por caminos bien distintos.

¿Pero es que la teoría de Marx al fin y al cabo nos niega la existencia de una contradicción inherente entre el modo de producción capitalista típico y el consumo del trabajador, las formas de éste, nos niega acaso la existencia de un déficit importante en relación al consumo popular de bienes y servicios producidos socialmente? En realidad no lo hace. De hecho, es importante bajo el capitalismo la cuestión relativa al consumo desenfrenado, sin límites, que por ejemplo depredaría no solo los recursos de nuestros pueblos sino que además pone en peligro constante la vida y la supervivencia de los hombres. Evidentemente Marx reconoce plenamente este hecho a través de su postura frente a la crisis pero le asigna el lugar que le corresponde, es decir, un lugar totalmente secundario, como un hecho que sólo se refiere a un sector de toda la producción capitalista. Es desde esta postura que deja establecido que este hecho por sí solo no explica la crisis, ya que ésta responde a la contradicción fundamental y más profunda del modo de producción capitalista vigente: a la contradicción existente entre el carácter social del modo de producción y el carácter privado de la apropiación de la plusvalía. ¿Qué decir, entonces, de quienes, siendo en realidad partidarios de la teoría de los grupos dominantes

se esconden detrás de referencias que en apariencia se dicen representantes del marxismo respecto de las causas de la crisis, al modo del reformista de toda índole, y terminan finalmente comprobando, a expensas de sus propias limitaciones prácticas, la contradicción existente entre la producción y el consumo popular desde el punto de vista que trato acá? Evidentemente estos autores no profundizan en lo que sirve de base a la diferencia entre las dos teorías como tampoco llegan a entender debidamente la lógica del modo de producción capitalista por el compromiso que de hecho y de derecho asumen con los intereses de los clanes familiares anglo- estadounidenses dominantes. Con esto el neoliberal delatará su pleno desconocimiento del problema, de la lógica de la economía política y de la reproducción de la vida del hombre. En estas circunstancias tendríamos que preguntarnos qué es la crisis. Acaso, ¿la crisis del modo de producción capitalista es una crisis que tiene relación con la superproducción de bienes y servicios, la producción de mercancías que no pueden realizarse o que no encuentran demanda suficiente en el mercado de consumo? Por supuesto que las crisis son eso pero también son mucho más. Si las mercancías no encuentran demanda, ello quiere decir simplemente que el fabricante no conocía correctamente esa demanda al momento de producir. Ahora bien, estos autores dicen que las crisis son posibles, pues el fabricante no conoce correctamente la demanda de bienes a producir, y son necesarias, pues en la producción del modo capitalista no puede existir equilibrio entre la producción y el consumo, o sea, no puede realizarse el producto en cuestión; sin embargo, las crisis son posibles no solo porque el fabricante no conoce eventualmente la demanda e incluso son necesarias en la medida que a través de éstas el capital depura sus basuras, pero no, ni mucho menos, se producen porque el producto no pueda realizarse. Eso no es para nada exacto porque el producto en definitiva sí puede realizarse. Las crisis se producen más bien porque el carácter colectivo de la producción de las mercancías, el modo de circulación y la lógica de la distribución choca con el carácter individual de la apropiación de ganancias, la plusvalía, del capital global de la sociedad.

En este punto es bastante claro el constante esfuerzo de los grupos de intereses dominantes y sus cuadros intelectuales por desviar la atención sobre la teoría marxista de la crisis en el sentido en que ésta define correctamente la misma al asociarla al modo más íntimo y directo con la lógica y el modo de producción, de circulación y distribución del Estado capitalista. En efecto, si solo explicáramos las crisis por la imposibilidad de realizar los productos, por la contradicción entre la producción y el consumo al modo que lo hacen los dominantes, llegaríamos por esta ruta a negar la realidad más íntima del modo y Estado del capitalismo, llegamos por esa ruta a negar las múltiples imperfecciones y contradicciones que hacen inviable en el más largo plazo el

modo de producción capitalista, lo que nos conduce a los desvaríos teóricos típicos del reformista y sus falsos profetas. Entonces, si derivamos la crisis del capitalismo desde los dogmas y postulados dominantes, inmediatamente hay que admitir que cuanto más se desarrolle la contradicción ésta, más difícil es encontrarle una salida correcta. Por el contrario, si explicamos las crisis por la contradicción entre el carácter social de la producción de las mercancías en general y el carácter individual de apropiación de la plusvalía, reconocemos la realidad y la verdad del Estado capitalista que finalmente nos conducirá a entender en toda su dimensión las consecuencias de la primacía del derecho a propiedad sobre la vida de los trabajadores, rechazando como un reformismo político absurdo cualquier intento por buscar caminos alternativos. De todas formas, es absolutamente natural que los reformistas intenten confirmar sus ideas en base a una realidad que solo pueden deformar en propio beneficio pero este hecho los pone en una postura altamente irracional y más allá de toda lógica democrática. Es que al final se equivocan si continúan creyendo que el contrabando de ideas, de teorías y de factores que reivindicán ni más ni menos que los intereses de una clara minoría siempre representada por una tecnocracia altamente soberbia, prepotente y autoritaria, pasará inadvertida porque los trabajadores al final ya no pueden seguir gobernándose por esas falacias teóricas y prácticas a riesgo de seguir hipotecando la satisfacción de sus legítimas necesidades. No pasa inadvertida en la medida que la libertad del trabajador está ligada finalmente a la toma de conciencia que, a su vez, implica entender el modo de producir capitalista en todas sus dimensiones e implicancias para la vida. Por lo mismo el neoliberal nos esconde la realidad con sus irracionalidades y mitos, para que el trabajador no tome conciencia de la básica relación de profunda desigualdad en el contrato establecido entre la *fuerza de trabajo* y el *capital*. Así, al igual que ayer con Adam Smith, los economistas posteriores, el neoliberal para este caso particular, se encuentra ante una errónea concepción sobre la acumulación del capital individual en relación a la forma de explicar la crisis del Estado y del modo capitalista, idea relacionada con la teoría según la cual el producto total, en la economía capitalista, se constituye por dos partes y que le es tan afín a sus intereses de dominio. Estos autores al servicio de los dominantes sostienen, en efecto, que la parte acumulada de la ganancia se desembolsa íntegramente en el salario del trabajador, cuando en realidad el modo capitalista nos muestra que éste se desembolsa tanto en el *capital constante* como en los salarios pero no pueden aceptar este punto toda vez que es un paso más para develarnos el proceso de fetichización de la mercancía como punto característico del modo capitalista. Observaremos además que esos autores, los representantes de los reformistas de toda índole, que se han dedicado en general a restaurar los prejuicios de la

economía de los neoliberales y su falso automatismo de los mercados, han sembrado también confusión en esta cuestión de la crisis con su afirmación de que la teoría de las crisis de Marx no difiere del diagnóstico, soluciones y resoluciones planteadas por los capitalistas.

Lo político y lo económico en la permanencia de la (r)evolución.

Como conclusión de este capítulo tendría que decir que de la mano de los regímenes populares, nacionales e inclusivos, humanistas desde el núcleo, desde sus acciones y políticas reivindicativas de los derechos del trabajador, que los vuelve inexorablemente más justos, más igualitarios y equilibrados que el Estado capitalista y cualquiera de sus regímenes, quien regresa son los líderes y conductores de la calidad política y humana de Allende, de José Manuel Balmaceda o de libertadores de la estatura de Simón Bolívar, de San Martín, Manuel Rodríguez, Martí, Artigas y tantos otros que se expresan en los millones de nuevos derechos y conquistas sociales- políticas que tienen relación directa con la inclusión de los trabajadores, con el ejercicio concreto de su ciudadanía en cuanto expresión política plena de derechos. Con el régimen popular, con la *(r)evolución* y su permanencia, regresa la política y el sector público como imprescindible a la hora de pensar y de militar en favor de un proyecto de país justo, a la hora de reivindicar las funciones de intervención que hoy le corresponde al sector público en la conducción de la economía, en la definición tanto de sus postulados como de la economía cotidiana que intenta la mejoría sustancial de la calidad de vida de la mayoría a través de una definición netamente política del bienestar común y de las directrices comerciales y económicas que hacen a éste. En esta definición precisamente están involucrados todos y cada uno de los actores sociales y políticos, los diversos grupos de intereses, organizaciones gubernamentales o no (...) que hacen a la agenda de gobierno y su lógica. Esos grandes líderes, siempre de la mano de la *(r)evolución* que es democrática y que permanece en el tiempo por la lucha y la consecuencia de los trabajadores, de lo mejor de cada uno, hacen que con ellos regrese lo más solidario de nuestro pueblo, lo más consecuente, los viejos y los nuevos líderes, los luchadores sociales, la juventud y el marginado que deja atrás su condición de extrema exclusión, de pobreza e invisibilidad a la que lo somete el neoliberal y sus directrices que giran sobre la poco probable imparcialidad, objetividad e independencia de la economía en relación a otros saberes y en primer lugar respecto de la política que es denigrada en favor de la ciencia económica. Y ahí entramos en el núcleo central del Estado capitalista porque éste necesariamente, si de verdad busca continuar ejerciendo el poder y el dominio en términos de su

poco probable eternidad, como él mismo Estado lo piensa, no puede aceptar la parcialidad de la ciencia económica toda vez que sobre ella y otros saberes que se pretenden racionales, se fundaría la idea de la verdad absoluta, de esa verdad válida para todo tiempo, para toda época y lugar que constituiría el Estado capitalista y su expresión de primacía sobre la *fuerza de trabajo*.

Entonces, no quedaba otra y tenía que pasar, tenían que volver de la mano de la *(r)evolución permanente* basada en la lucha de los trabajadores, todos esos héroes, dirigentes y conductores que hacen a la cultura del pueblo, a la defensa y mejoría sustancial de las condiciones de trabajo para desde ahí, precisamente desde ahí, mejorar las condiciones de vida de todos. De una u otra forma tenía que pasar, tenía que regresar el movimiento, la organización y la participación de los trabajadores, la cultura popular que se construye en la medida que también se construye y expresa el derecho de todos a gestionar la agenda pública del gobierno a partir de los intereses de las mayorías, esa mayoría que en tanto regrese deja de ser silenciosa y silenciada. Tenía que suceder entonces: regresará el movimiento de los trabajadores pero lo hace como una categoría distinta y superadora de los clásicos y gastados partidos políticos que nacieron, crecieron y se agotaron en el siglo XX por la lógica reaccionaria del Estado capitalista y la defensa de sus asuntos. Esta es una señal de cambio paradigmático que no siempre es consignada en los análisis de coyuntura que también involucra a la razón del capitalismo y desde ahí la relación de la economía con lo político, la definición de la ciencia económica como un saber más que responde y corresponde a ciertas manifestaciones del poder, de la lucha de intereses de clase. Una ciencia económica para nada inocente, nada vulgar ni mucho menos verídica en términos empíricos. Será así probablemente porque la raíz y dinámica de los movimientos populares si bien impactan sobre lo inmediato del hombre, sobre la cotidianidad de la vida de las mayorías, además nos interpela y convoca a cambiar la historia, la crónica de nuestras acciones y reacciones, las formas de la participación y la movilización, inclusive la definición de nuestros puntos de vistas, de nuestras posturas, necesidades y urgencias. Por eso, cada acto y cada movilización de los trabajadores tiene militancia, pasión, sus contradicciones también, tiene su cultura, su expresión, el orden y desorden de la multitud, los empujones, el olor y el sabor que genera el movimiento, que genera la permanencia de la *(r)evolución*. Nadie más genera estas cuestiones, la expresión de lo popular. En la medida en que la *(r)evolución* permanece es el pueblo el que ahora se manifiesta, es la cultura popular en movimiento, ahora movilizada detrás de un proyecto de país, de la economía, de la política y las relaciones que entre ellas se produce en el ámbito de lo colectivo. En la medida que permanece estamos ante ejes y políticas públicas que reivindicarán la cultura popular. La

resultante es la reconstrucción del movimiento, de la organización de los trabajadores, en su única misión histórica posible que es la *(r)evolución*, que es la permanencia de la transgresión, la rebeldía, la reparación y construcción de los derechos sociales como parte y antecedente de los derechos políticos, del respeto por los derechos del hombre bajo la primacía de la vida, la más digna que sea posible. Bajar los héroes anquilosados y odiosos, defendidos a rajatabla por la historia nacional- oficial, esa que nos miente todo el tiempo, continuamente, y subir al mismo tiempo a los hacedores de las crónicas de nuestro pueblo que hace a la historia, al mejor relato de la misma, enfrentarse con los factores de poder económicos tanto locales como globales para desde ahí reivindicar lo más justo, es el sello distintivo de la permanencia de los cambios a partir de la organización y la defensa de la economía en términos inclusivos. Es un *movimiento* en tanto se nutrirá de los mejores elementos y valores políticos- culturales. Incorpora la cultura del movimiento, en tanto es expresión de multitudes que protagonizan la acción política, que la hace suya y resignifica en un proceso de continuo cambio. Incluso logrará incorporar la permanencia del cambio a los procesos de independencia de los pueblos de América respecto de España en tanto esta independencia fue una revolución liberal- democrática. Incorpora a líderes como Salvador Allende en el camino ascendente de la inclusión del trabajador y la justicia social que caracterizó su gobierno pero también todo su accionar público. Y al mismo tiempo y en la medida que lo hace, que incorpora a los trabajadores, la inclusión de éstos, también incorpora la lucha de los anarquistas, socialistas y los comunistas, de Luis Emilio Recabarren, del propio Miguel Enríquez y la resistencia heroica a la dictadura. Es movimiento y será organización del pueblo porque tiene un proyecto, una idea bien definida a partir de la defensa de la vida y así tiene además conducción política. Y así además tiene mística, pueblo y juventud. Tiene raíces culturales hundidas y extraídas de la historia de la Patria, de esa que se escribe con mayúsculas, la que es soberana. De ahí que la unidad, la solidaridad y organización nos convoca la permanencia de la *(r)evolución* corresponde con esta fase del movimiento. Por esto, la permanencia de la *(r)evolución* a través del movimiento significa y además se traduce políticamente en establecer la relación simbiótica que se produce y existe entre lo político y económico y en tanto es tal se convierte, a su vez, en una consigna de poder y respuesta adecuada a las crisis provocadas por la banda de tecnócratas al servicio del capitalista que nos azota desde su origen en tanto se basa en la expoliación de la fuerza de trabajo en favor del capital.

Por otro lado, a mayor desestructuración del comercio, de la economía y de los regímenes políticos de los países de Latinoamérica lanzada desde el interior o desde el exterior por parte del poder económico nacional y global,

a mayor dominio de los medios de poder, a mayor insistencia de que al fin la economía es cuestión de dioses, que habitan en el Olimpo o en los cielos de los peores fundamentalistas y que así ninguna relación tiene con los hombres, con lo mundano, con lo natural y material, solo conlleva el eterno sacrificio de los trabajadores en favor de los intereses de la acumulación privada de los capitales que hacen al modo de producción, de circulación y distribución en términos capitalistas. De ahí que el movimiento plantea, desde este puntual tema, de la mayor estructuración posible de lo económico en lo social y en lo político. Solo así estaremos en condiciones de entender finalmente el modo de producción que nos atosiga con sus irracionalidades, sus mitos y fábulas. Aquí nos acercamos otra vez a uno de los núcleos del asunto de la siempre falaz independencia de la economía respecto de la acción política y que es la cuestión que tiene directa relación con el poder, con el control de la minoría sobre la mayoría de la manera más racional posible para que este control no sea cuestionado desde las usinas de la cultura popular.

Cuando estamos en condiciones de entender la simbiosis y ligazón de lo económico con lo político, de sus aspectos y ámbitos del régimen político y sus implicancias, que no es más que la expresión institucional de aquellos temas colectivos de los hombres, los que nos interesan a todos, ahí, en este momento es cuando se produce tensión en las alturas, en algunos políticos y en los medios de comunicación e información al servicio de intereses que no solo son espurios sino también minoritarios, como nos plantea la conciencia de las necesidades del trabajador. Es que el hecho maldito del humanismo es disputar el poder para construir una democracia menos formal y más popular, en un nuevo país, uno más justo e inclusivo, integrado a la región y no a los medios de poder que responden y se corresponden a la razón de los centros de poder financiero nacionales y globales. Desde esta mirada panorámica, el desarrollo y el crecimiento bajo los paradigmas de los regímenes nacionales-populares, de la eficacia y eficiencia de sus políticas públicas en relación a la inclusión de los antes excluidos, empobrecidos y los marginados de los falsos beneficios del capitalismo, sirven para eso, sirven para lograr la permanencia de la *(r)evolución* que involucra así cambios tanto en el ámbito económico como en el ámbito comercial, cultural, político, social e inclusive ideológico. La eficiencia mostrada por las políticas públicas de los regímenes populares, la definición de las bases que forman el despliegue y el desenlace de la nueva economía, de la economía política en el sentido que interpelaría al poder y la razón ideológica, involucra la posibilidad de crear hegemonía a favor de los sectores populares. Hegemonía en favor del trabajador que solo permanece y se consolida en el tiempo a expensas y contra la hegemonía de los grupos más concentrados, de los dominantes de otras épocas que solo fueron capaces

de militar en favor de la exclusión de los intereses de la mayoría. A partir de esta nueva interpelación y esta defensa de la economía política, el control de la realidad y la verdad, sea esta absoluta o relativa, la hegemonía política y cultural, la conquista del pueblo movilizad, del pueblo consciente que ahora se encuentra impertérrito en relación a la participación activa en los asuntos que considera importantes, los que define como socialmente prioritarios, se vuelve parte de un proceso tangible a través del cual el trabajador participa y se involucra en su conjunto a través de organizaciones políticas que él mismo considera representativas de sus intereses de clase. Es esa disputa ideológica, que además es cultural, la que nos conduce a la lucha por el control del poder bajo los auspicios de un régimen político nacional, democrático, popular e inclusivo en su sustancia y materialidad, en contraposición directa con el otro régimen, al que ni siquiera podemos catalogar como democrático, me refiero al neoliberalismo que por la misma formalidad y abstracción de los derechos del trabajador ya no puede ser catalogado de esa manera, la que nos explica en toda su dimensión la revalorización de nuestra propia historia, la defensa de la economía política como ámbito real que nos ayudará a mejorar la vida de todos y, en consecuencia, nos explicaría también el bombardeo constante contra la esperanza colectiva ejecutada por las corporaciones y sus grupos de intereses.

En Chile no estamos en democracia sino en una dictadura que con nuevos métodos, simplemente más refinados, reprime el movimiento social. No exagero porque la razón de ser de la Constitución de 1980 es negar por todos los medios y con todos los recursos a su alcance cualquier expresión de la cultura y soberanía popular. En este sentido, se impone desde siempre la represión porque además el régimen neoliberal se encuentra estructuralmente incapacitado para resolver los problemas de la mayoría. Si la Constitución y sus normativas se encargan de negar cualquier manifestación de la soberanía popular (en su momento el artículo 8 fue paradigmático al respecto en el sentido de revelarnos el auténtico sentir de aquella ley de la dictadura) estamos simplemente ante una estrategia política de los sectores dominantes que busca evitar por todos los medios el surgir de cualquier experiencia como la de la Unidad Popular, como si en realidad una ley, incluso una Constitución pudiera evitarlo. Así, serían los sectores populares, trabajadores y estudiantes, los únicos responsables del "quiebre de la institucionalidad" y por eso del golpe. Siguiendo con este razonamiento, la Constitución define a los sectores populares como enemigos internos de la estabilidad e inclusive de la gobernabilidad democrática. El asunto es que al convertirnos en enemigos de la estabilidad en términos neoliberales, el régimen basa su ideología ni más ni menos que en la *Doctrina de Seguridad Nacional*. Por

eso nuestro país no es democrático, por eso las fuerzas del orden se ensañan con nuestra gente.

La participación y movilización activa del trabajador en defensa de sus formas de vida, de una manera de producción y de una economía que se presente como alternativa auténtica al dogma neoliberal necesariamente debe acompañarse de medidas transformadoras de la realidad de las mayorías y del claro, decidido y pleno liderazgo de la gestión de gobierno por parte de los trabajadores a través de las organizaciones, líderes y conductores que los representan en sus intereses, en sus sueños y alegrías. Del mismo modo, la contracara de la reacción nos plantea la demonización de la política, la falta de racionalidad de ésta (que entonces viene acompañada del falso diálogo y del consenso en favor de un también falso crecimiento y desarrollo nacional) y la gallardía de una economía que se pretende independiente de los hombres a pesar que la razón y la historia nos digan exactamente lo contrario. Pero ellos, los neoliberales contrariando, alterando y burlando toda experiencia de los hombres, lo que hacen es falsear la historia, mentirnos descaradamente en beneficio propio a través del realismo que dicen representar. La contracara de la reacción demoniza entonces no solo la política, la acción y el verbo en su mejor conjugación, el verbo compuesto por el mayor sustantivo, las acciones y reacciones, sino que además falsea y demoniza a los sectores populares, su constitución, su estructura y sus formas de expresarse en el ámbito social lo que nos demuestra que ya todos saben cuál es el juego. La corporación jugará al desgaste y a la destitución de los regímenes populares, pero ya no juega a su antojo, en la cabina de mando, porque ya no está en condiciones, cuando la *(r)evolución* se impone, de comandar la vida de todos a expensas también de todos. Entonces son desplazados cuando la economía y la política logran recuperar su domicilio real, sea ésta la Casa de la Moneda, la Casa Rosada, la de Nariño, la Casa Pizarro, el Palacio Quemado, el de Miraflores (...) desde donde se decide en definitiva el destino de los trabajadores latinoamericanos, sus vida, sus sueños, anhelos y esperanzas.

Capítulo 10: Sentido epistemológico de la ideología neoliberal.

La relación entre el Estado, el régimen político y el mercado.

La relación entre el sector público y el mercado, que nos remite a dos dimensiones básicas en la organización de la convivencia del hombre, de la sociabilidad que se establece entre ellos, frecuentemente aparecen, desde el punto de vista teórico y conceptual, bajo una fórmula de dicotomía, o sea, donde una excluye a la otra; aparecen como dos términos que aunque no son independientes implicarían contradicciones que nos conducen a ideologías a veces, muchas veces, peligrosas como la del enemigo interno o como la de la primacía de la propiedad privada que defiende la libertad en base a la idea del mercado privado por sobre la vida de todos. En este contexto, el Estado (en realidad debieran hablarnos del “sector público” en tanto nos referimos a todos los actores y sujetos sociales y políticos que conforman dicho sector y que así actúan al interior del régimen) se constituiría como el “no mercado” al tiempo que el mismo mercado sería lo contrario a lo público, a lo estatal. En ningún momento entonces se planteará una relación de reciprocidad, una relación bien planificada que se instituye a partir del protagonismo de los sectores populares, para lograr las metas del crecimiento, del desarrollo y de la satisfacción de las necesidades de la mayoría. Tampoco se nos plantea una relación donde el núcleo directriz se establezca a partir de la primacía de la vida del trabajador, de satisfacción de sus urgencias y requerimientos, como sí lo hace el humanismo. Pero, esta asociación está más generalizada a partir de la vinculación que ella exige ante las dicotomías que se establecen entre lo público y lo privado, entre el Estado y la sociedad o entre la política- esta vez entendida como escenario de crisis, de la lucha de clases y de conflictos- y la economía que vendría a ser una ciencia objetiva, racional e independiente, mucho más allá de la lucha de clases que caracterizaría a la política. De todas maneras, la realidad práctica del Estado en Marx nos aclara un elemento que es inobjetable. Es decir, más allá de analizar el Estado como “instrumento de clase”- lo que en realidad es una provocación de Lenin- la institución política del orden social, el régimen, en su accionar vemos que “no necesariamente” está dispuesto al servicio de los sectores dominantes sino que muchas veces éste, el régimen por ejemplo en manos de los trabajadores, puede contradecir los intereses capitalistas del Estado mismo. Se entiende mejor al plantear que si bien el Estado está al servicio de la acumulación privada del capital, es el garante de última instancia en este proceso, el régimen político no siempre estará al servicio del sistema dominante y es por lo mismo que la burguesía

existe como clase que batalla contra los trabajadores. Así, la realización de la relación que existe entre el Estado, el régimen político, la clase patronal y los trabajadores se traduce en cierto orden y lógica política, es decir, se traduce en determinado régimen que no siempre representa a cabalidad los intereses del Estado capitalista ni de los sectores oligárquicos. Sin embargo, esto no quiere decir ni mucho menos que el Estado no sea capitalista. Al respecto tenemos los ejemplos de los regímenes políticos que si bien buscan una alternativa al neoliberalismo, una opción que supere sus preceptos, sus políticas e inclusive al propio Estado y modo capitalista de hacer las cosas, aún son regímenes que no acaban con la lógica y las estructuras centrales del capitalismo. En este sentido, la lucha por construir un Estado contrario al capital, se da en un escenario donde aún este domina.

El renacimiento es importante en términos políticos porque marca la consolidación de los poderes dispersos de los señores feudales heredados de la Edad Media que en lo central invocará la necesidad de constituir la unidad territorial, política y económica de los países que se expresa en “lo nacional” que implica a su vez el desafío de formar el Estado- Nación que directamente irá unido, como una amalgama, al modo capitalista de producción a pesar que los teóricos al servicio de los dominantes, tanto los de ayer como los de la actualidad, nos insistirán en la dicotomía entre el Estado- lo político- y el mercado- lo económico- como si este último fuera independiente, en verdad objetivo y más allá de las mezquindades de lo político y su orden público. De hecho, diferentes cambios, que se expresan en el ámbito de la relación íntima que a pesar de los dominantes sí existe entre lo político y lo económico, entre la necesidad del Estado, del orden, del régimen y del desarrollo del mercado, son necesarios para consolidar definitivamente la forma capitalista de hacer cada cosa. En particular, se presenta el problema de constituir infraestructura en comunicaciones porque la ausencia de ella limitaba la apertura de nuevas rutas de comercio, las cuales, no obstante, se ampliaban continuamente en la medida que avanzan los descubrimientos tanto materiales como geográficos e intelectuales. Otro problema que limitó por la época la conformación del Estado- Nación, que también es capitalista, es el relacionado con la seguridad y la defensa del territorio, que imponían restricciones considerables en la lucha por instituir una supremacía mundial. A esto se suma la provisión del medio circulante como elemento para potenciar el mercado. Esas limitantes podían evaluarse en términos de costos. En esta perspectiva, renacía el problema de centralizar el poder y la soberanía que son dos cuestiones muy ligadas a la problemática de formación del Estado nacional capitalista. Por esta razón se buscó que el Estado ahora nacional, en tanto capitalista y no feudal, podría contribuir a la disminución de los costos de transacción, y a la

ampliación del tamaño de los mercados. Acá vuelve a surgir la íntima relación que existe entre el Estado, el régimen político en general y el sector público en particular, respecto de la lógica del mercado. Es decir, el Estado nacional- aún incomprendible en los términos del Estado moderno, como finalmente se constituirá hacia mediados del siglo XIX- fue una condición indispensable de la institución del libertinaje de los mercados. Es importante recordar que en este contexto la preocupación primera de los dominantes de la época trata sobre la necesidad de un Estado nacional y capitalista. Esta expresión del orden, a su vez nacional y capitalista, dará cuenta del proceso histórico de la necesidad del mercado y la lógica capitalista de consolidarse institucionalmente a través de cierto orden legal, de normas que racionalicen el Estado como un poder político que supondrá la institución de la sociedad en tanto unidad política pero que en primer lugar, y al mismo tiempo, consolide al Estado en tanto garante de última instancia del proceso de acumulación privada de capitales.

El problema de un orden político- social que traiga seguridad, es decir, certidumbre jurídica para el capital y sus intereses, aparece en primer lugar bajo una hermenéutica política a la manera de un Leviatán hobbesiano, el que se mostrará compatible con la identidad económica que prefigurará el mercantilismo. Lo que resulta de esta relación entre el Estado y el mercado, que se manifiesta en la necesidad del Estado nacional- capitalista, es un tipo particularizado de intervencionismo del sector público en la economía que a pesar de ello intenta dibujar un límite institucional de intervención de éste sobre el mercado. En realidad, se trata que el Estado, siempre a través de su régimen político, intervenga decididamente en la economía cuando se trate de defender de los intereses de la patronal pero que invoque el libertinaje de los mercados, ese falso “dejar hacer”, cuando se trata de concretar o defender los derechos de los trabajadores. De todas formas, y viendo este asunto en perspectiva, vemos que esta tesis mercantilista y la experiencia concreta del capitalismo en la construcción de su dominio, su experiencia en relación a la defensa y racionalización de la acumulación privada y desenfrenada de los capitales, son prueba fehaciente de la eficiencia de su estrategia por lo menos en esta etapa específica de la historia del hombre. De hecho, a través de esta misma historia podrán crear una base sólida, una realidad tangible y visible caracterizada por un Estado dominante, nacional y comprometido en todo con la defensa del territorio, con una población que se siente comprometida desde ahora con una cultura común e incluso con determinado gobierno. Ese triunfo entonces se condensa en ese tipo de Estado que implica un régimen político concentrado en el ejercicio del poder lo que a su vez le imprimirá cierta elasticidad corporal y cronológica a las instituciones que manifiestan

una lógica de las políticas públicas. Será cuando logre concretarse la idea del orden, de la necesidad del Estado nacional que se impone sobre la totalidad de lo social, que la existencia de este orden nos exigirá leyes que defiendan y que reivindicquen el concepto de “mercado” y el de “competencia”. Es en este momento preciso cuando aparecen teóricos como Adam Smith. Para el autor en cuestión, la relación entre lo que él llamaría el “Estado” y el “mercado” aparece bajo un sentido particular: el de la conducta económica fundada en el propio interés que siempre según él desencadena, a través de la ya conocida mano invisible de los mercados, el desarrollo económico y la prosperidad siempre y cuando haya un Estado que nos garantice las condiciones mínimas para ello. Se trata, como es evidente, del Estado “minimalista” que aparece como respuesta a las fallas del mercado y que tiene que ver con lo anterior en el sentido que apela al libertinaje de los mercados en contra de los intereses y urgencias del trabajador y exigiendo la intervención del sector público cuando se trata de los derechos de la clase patronal. Supone un entorno de orden y de visibilidad del Estado que asegura la invisibilidad de los mecanismos de mercado que nos somete a sus designios. Implica al final la invisibilidad de la relación de explotación del capital sobre la *fuerza del trabajo* de manera de proteger el proceso ideológico principal del Estado capitalista a saber, la *fetichización de las mercancías* que niega las consecuencias más dramáticas del libertinaje de los mercados.³⁰

Pero, lo de Adam Smith hay que valorarlo a partir de una dimensión según la cual el Estado como orden se propone como su propia garantía: es el marco de garantías mínimas que hacen de la armonía un orden mínimo y necesario para los negociados capitalistas. El mercado, por lo pronto, no se considerará como un factor independiente sino que se postula como un todo unificado en el proceso económico. Sin embargo, después llegó a sostenerse que la regulación por parte del sector público, del Estado de acuerdo a estos autores, previamente considerada como esencial para suprimir la anarquía y el caos y establecer así el orden, era innecesaria. Se creyó que esta regulación

³⁰ Algunas “fallas” que tienen relación directa con el libertinaje del mercado, tempranamente representado por el “mercantilismo” que abre paso a la acumulación de capital para hacer viable el modo y Estado capitalista de producción posterior, son: las jornadas laborales de la época que duraban entre 16 a 18 horas diarias, el ambiente socialmente congestionado que involucraba un panorama críticamente volátil, es decir, caracterizado por las revueltas campesinas, masas flotantes de desempleados urbanos, inexistencia de leyes sociales y marcado profundamente por un despliegue amplificado de inhumanidad. La necesidad de conseguir mano de obra barata, dócil y disciplinada, conforme y enmudecida que caracteriza al proceso de acumulación originaria de capital además involucró el “descubrimiento” y la “conquista”, de los pueblos originarios de América y la introducción en el continente de esclavitud de esos pueblos.

era perjudicial porque entorpecía el funcionamiento de economía, provocaba el desequilibrio donde podía reinar el equilibrio de los mercados y porque no había indicio alguno que pudiera lograr resultados efectivos para el interés general. Tal vez el signo de Adam Smith va mucho más allá porque para él ese Estado, que reivindica el orden en primer lugar, un poco después busca la constitución de un Estado en tanto organización. Esto es evidente a partir de los deberes del soberano que nos formularía el autor. En otros términos, en el proceso que se consolida a lo largo de todo el siglo XIX, con más fuerza a partir de la segunda mitad del siglo decimonónico, ve su expresión histórica acabada en la instauración del Estado- Nación que a su vez es capitalista en su modo de producir, de circular y distribuir las mercancías. Conjuntamente con ello aparece el régimen político, burocrático, constitucional y liberal que lo representa y que es antecedente primero del moderno Estado del siglo XX y su neoliberalismo. En este contexto, se produce el tránsito desde el Estado como un orden, como garante en última instancia de la acumulación privada del capital, hacia el régimen como organización para desde ahí establecerse como actor social- político, de carácter público, que representa y actuaría en nombre del Estado. Entonces, el sector público en tanto es un actor social manifiesto del régimen que impera, actúa económicamente al interior de la sociedad para resguardar los intereses de los sectores política y socialmente dominantes aunque no siempre sea así como vimos más atrás. Es decir, ahora el Estado- siempre a través del régimen- nos planteará determinadas políticas públicas que siempre intervienen en el mercado, en la planificación de éste, pero en favor de los grupos de intereses capitalistas. Así, a esta intervención le llaman “libertad de mercado”- más bien constituye un libertinaje de éstos- para posteriormente plantearnos el falso automatismo, la desregulación o la flexibilización del trabajo, solo por dar algunos ejemplos de políticas que caracterizan al neoliberalismo. De todo lo anterior solo puedo deducir, que contrariamente a lo expuesto por los dominantes, la relación entre el Estado, el régimen político y el mercado, que ellos expresan teóricamente como una relación entre lo político y lo económico, es una simbiosis que no solo existe sino que es íntima, más bien estructural, porque busca resolver los asuntos relativos a los problemas derivados con los límites impuestos desde lo social y lo político a la acumulación privada del capital.

En este caso, la crítica de Marx a la economía política clásica, crítica relacionada con las crisis económicas y más específicamente con el sistema de “anarquía de la producción” no estuvo en realidad dirigida en el sentido de interpretar literalmente el funcionamiento del mercado como un dominio “caótico” otrora “desordenado”, sin orden por decirlo de alguna manera. Más bien entiende esa crítica como una objeción ante el péndulo de los equilibrios

y desequilibrios económicos- políticos de los que se valdrá la mano invisible de Adam Smith para gobernar el mercado. A partir de ahí, el Estado y su régimen político no pueden ser simplemente definidos como el marco de desenvolvimiento social por excelencia, al modo como nos lo plantean los mercantilistas, sino también como parte de la dinámica social y política que en tanto organización, que en tanto régimen formado por diversos actores y sujetos políticos en lucha por el poder, intenta ser expresión concreta de los intereses del capital y su acumulación privada. Desde el punto de vista del Estado y del régimen político entendido como orden capitalista es necesario entonces presentar a éstos no solo como un Estado capitalista y un régimen político regulador de la economía sino también como un Estado gendarme en el sentido que es un ente que resguarda y garantizará en última instancia la acumulación de los capitales y en tanto el régimen neoliberal se presenta ideológicamente basado en la idea del “enemigo interno” que fundamenta la Doctrina de Seguridad Nacional. Es decir, el neoliberalismo es eso y mucho más. Simplemente su rol es racionalizar ese dominio que en otras épocas, en la época de los golpes de Estado, se mostraría mucho más brutal y menos, bastante menos simulado en su accionar y reaccionar. Desde esta perspectiva, se impone finalmente la idea del Estado capitalista y del régimen neoliberal entendido no solo a partir de su dimensión organizativa, en cuanto conforma un orden social propiamente, sino también y principalmente como dominio sobre las mayorías para de esta manera resguardar el modo capitalista de producir, de circular y distribuir mercancías. Ni la postura keynesiana ni las que promueven el mercado como sistema social, o sea las de Von Hayek, las de la segunda “Escuela Austriaca” o las convicciones de Milton Friedman, dudan que se trata de la organización económica de lo social como dominio. Ese dominio así se expresaría políticamente en el libertinaje del mercado, en su falso automatismo que constituiría además una especie de Estado mínimo. A partir de ahí y desde la teoría económica legada de los clásicos, el Estado intervencionista es muy problemático porque retardaría el crecimiento y la acumulación del capital. A pesar que ya sabemos que el mal llamado “Estado de Bienestar” en primer lugar hace crisis porque sus políticas de asistencia y de beneficencia son de por sí ineficientes, en términos económicos inclusive, porque actúan sobre las consecuencias de la pobreza, de la marginalidad o de la exclusión y no lo hacen sobre las causas de las mismas. No podría ser de otra forma porque ir a las causas de semejantes dramas sociales y políticos se traduce en reconocer la invalidez del Estado y modo capitalista en general y de cualquiera de sus regímenes políticos en particular para traer bienestar a la mayoría. A pesar de esto, tanto Von Hayek como Friedman- este último un personaje siniestro que conocimos en Chile, por lo menos las consecuencias

de su reforma- al unísono y en ocasiones cada uno por su lado, nos definen al mercado, a su libertinaje y automatismo, como opción válida para impedir el camino al subdesarrollo, a la servidumbre y a la pobreza como si ellos nada tuvieran que ver al respecto.

Finalmente y al principio de esta obra vimos que es empíricamente verificable que las políticas de asistencia que caracterizan al mal llamado “Estado de Bienestar” son bastante ineficientes en todos los términos; es real además que ellas actúan sobre las consecuencias y no sobre las causas de las políticas públicas que responden y se corresponden con el Estado capitalista de producción. Pero, cuando estas políticas se aplican bajo las directrices del régimen nacional, popular e inclusivo, es decir, cuando lo hacen como parte de un plan de desarrollo mayor, que busca la inclusión de los trabajadores, la democracia concreta y la dignidad de la condición humana a través de la primacía de la vida, cuando estas políticas son parte de una estrategia pensada en esos términos digo, entonces no son para nada ineficientes porque buscan resolver las necesidades y requerimientos urgentes de los sectores sociales más vulnerables. Es decir, no son ineficientes porque son pensadas como políticas transitorias, de alivio de las condiciones de estos grupos sociales, hasta que sea resuelto el asunto de la pobreza, de la exclusión y de la marginación estructural a la que conduce el Estado capitalista.

Libertad de los mercados.

Los organismos de crédito globales inciden fundamentalmente en cada una de las crisis económicas a través de la defensa de postulados ideológicos y políticos sobre el libre movimiento del capital y de la patria financiera que se levanta incluso sobre la productiva. En los casos de Latinoamérica, las políticas aplicadas en conveniencia con estos organismos de crédito, que responden a los intereses dominantes, fracasaron porque conceptualmente son políticas erradas que serán superadas por la propia experiencia de los países centrales. En algunos casos, la liberalización del mercado financiero y la austeridad fiscal ejercieron un impacto totalmente adverso y en muchos otros casos esas políticas fueron aplicadas de manera muy acelerada como, por ejemplo, las privatizaciones en nuestra región o la liberalización de los precios en los antiguos países de los socialismos reales. El problema es que estas medidas políticas, solventadas ideológicamente por los organismos de poder globales, terminaron siendo fines en sí mismo y no medios en la búsqueda del equilibrio y el crecimiento sostenible y equitativo. Entonces, las medidas no solo son conceptualmente erradas sino que también aplicadas sin ninguna consideración y excluyendo así otras medidas alternativas. Por

ejemplo, el énfasis exagerado en el equilibrio fiscal redundaba en una fuerte reducción del gasto público y en la contención de la inflación vía ajustes con las consiguientes secuelas en el ámbito social. Esto produjo recesión y altas tasas de interés que significó el encarecimiento del crédito para las pequeñas y medianas empresas. El problema es que son esas empresas las grandes creadoras de empleo. En otras palabras, ante la falta de acceso al crédito (vía suba de las tasas de interés de los préstamos) y frente a la competencia internacional (por la liberalización comercial) muchas de ellas no resisten el embate y cierran. Nuestro continente así fue el laboratorio de los países centrales que de una o de otra manera siempre defienden sus intereses a costa del bienestar de nuestros mineros y obreros, de los profesores, empleados de la administración, médicos, niños o adultos. Pero, la historia nos muestra que también fuimos capaces de resistir en muchos aspectos. De hecho, la historia de Latinoamérica incluye una población originaria y nativa que a pesar de todo logró sobrevivir a la cultura occidental y cristiana. Incluye el genocidio indígena y la esclavitud de millones de africanos destinados a la producción en minas y plantaciones tropicales. Incluye la fragmentación social y política, la concentración de la propiedad en manos foráneas pero también el surgir de los regímenes populares, la consecuencia de líderes del tamaño de Bolívar o San Martín, de Allende y otros. En nuestros países aún subsisten condiciones inadecuadas para la gestión más democrática de los recursos en que basa la estrategia del desarrollo y crecimiento nacional en términos populares pero también tomamos conciencia de la necesidad de satisfacer las urgencias básicas de los trabajadores a partir de un plan de desarrollo integral. Nuestros desafíos son mayores y más complejos porque se traducen en superar esas estructuras institucionales que desvirtúan el futuro y no permiten remover todos los obstáculos históricos al desarrollo. El desarrollo latinoamericano depende de las estructuras políticas e institucionales que seamos capaces de construir en los procesos de liberación que tiene directa relación con el bienestar. Depende de cada una de las políticas nacionales y de la calidad de las estrategias por éstas definidas a través de una inserción en el sistema comercial globalizado que sea compatible con el crecimiento de nuestra capacidad de gestión. En fin, también depende del rol histórico que estemos dispuestos a asumir y de la lógica y razones de las políticas públicas en un régimen más inclusivo. Un aspecto central es fortalecer la provisión de bienes públicos para toda la población, que son notable y sistemáticamente deteriorados, tanto en calidad como en cantidad, durante la experiencia del régimen político ausente, neoliberal.

Las políticas públicas de un régimen que busque la inclusión de las mayorías tiene que actuar necesariamente como catalizador de los procesos

de cambios respetando ciertos requisitos básicos sin los cuales la efectividad de éstas se reciente de manera considerable. Por ejemplo, estas son algunas garantías de continuidad de los lineamientos básicos que son propuestos para la aplicación de esas políticas, el desarrollo de un proyecto que de sustento racional a ese proceso de cambios y la consistencia y coordinación de esas políticas. Son prioritarias las políticas relativas a la inclusión y justicia social, el consumo interno, el liderazgo popular, el pensamiento crítico y la calidad institucional. Un plan de desarrollo nacional con inclusión social, soberano en lo político e independiente en lo económico, así supone otros desafíos que se ven también condicionados por las tendencias estructurales que heredamos del neoliberalismo y por las incapacidades de los regímenes latinoamericanos que fueron devastados por la desregulación, por la apertura económica, el tipo de cambio, la concentración de la propiedad y otros tantos factores de la razón neoliberal. Esto no se relaciona solo con una cuestión ética porque el hecho que se produzca la concentración de la propiedad en unos cuantos actores privados relevantes implica, en la generalidad de los casos, un exceso de presión sobre las instituciones democráticas. La concentración de la propiedad significa así un mercado dominante que trava el desarrollo de las cadenas productivas y la competencia. Esta concentración es también una cuestión relacionada con la eficiencia en términos económicos e igualdad de oportunidades. La existencia de grandes monopolios simplemente desvirtúa las políticas económicas inclusivas porque terminan imponiendo sus condiciones a los demás en un contexto de grandes desigualdades.

Es indispensable el rol activo del régimen político para el control, para la negociación y la regulación de todas esas políticas que estemos dispuestos a defender en la búsqueda de un plan de desarrollo inclusivo, democrático y basado en la primacía de la vida. La cuestión de la exclusión, de la pobreza y la marginación son centrales. Lo importante es entender que esos fenómenos son un producto directo del nexo entre las políticas y estrategias económicas aplicadas desde el dominio y primacía de la lógica neoliberal. No reconocer este hecho concreto supone también desvirtuar la comprensión, en todas sus facetas, de nuestros problemas a futuro. Superar esos dramas supone plantear otras estructuras y fortalecer del mercado y consumo interno, las políticas sociales (...) supone la superación de estos dilemas desde la perspectiva de primacía del humanismo. La búsqueda de un replanteo y solución de estos dramas en lo social significa la premisa básica de defensa de una estrategia de desarrollo que busca superar el régimen neoliberal en todas sus facetas porque más allá de los avances en materia económica, del crecimiento bajo los términos de la eficiencia de los neoliberales o de la buena voluntad de los gobernantes, siempre persiste un núcleo duro de pobreza y de la exclusión

que no puede ser incluida en el mercado de consumo generando más empleo. Más allá de las políticas de redistribución en la que se comprometen algunos regímenes, siempre persisten personas que por sus dramas estructurales quedan fuera de estas medidas más aún cuando en el neoliberalismo la economía informal es la constante. Es ese núcleo duro de pobreza, exclusión y de marginación social el que nos desafía a buscar soluciones radicales y la adopción de políticas más eficientes y mucho menos dogmáticas en materia de pobreza. Entonces, tendríamos que debatir no solo las políticas sociales focalizadas hacia esos sectores más vulnerables sino también la idea de un tipo de ingreso universal como medida transitoria hasta cumplir con la meta del pleno empleo de la fuerza laboral.

Un término siempre ajeno al tema de la pobreza y de ciertas políticas asistenciales para aliviarla en un primer momento, es el concepto de *derecho* siendo que en realidad éste es clave en el avance al régimen más inclusivo e igualitario. Este concepto nos desafía a plantear un sistema más justo, con pleno empleo de la fuerza de trabajo y con la primacía de la vida que sostiene ideológicamente la idea de que todos tenemos el *derecho* a acceder a ciertas condiciones mínimas que hacen de la vida una existencia digna. Y como el mercado y su automatismo se mostraron incapaces frente a estos desafíos, la intervención del régimen es indispensable en el goce y satisfacción de esos mínimos derechos. Existen los derechos civiles relacionados con el derecho a la identidad de las personas o el derecho a un juicio justo, existen derechos políticos como el del voto, el de expresión y el disenso pero también existen los derechos sociales relacionados con el acceso a la salud, a la educación, a las jubilaciones, la vivienda y una remuneración justa o el derecho a una digna alimentación rica en proteínas. Desde esa perspectiva del derecho, la universalidad de las políticas sociales del régimen sostiene como planteo que éste no actúa para resolver una necesidad sino para garantizar un derecho y así la pobreza, la exclusión o la marginación no son problemas de necesidad sino una vulneración de los derechos de los trabajadores. El problema de los pobres, excluidos y marginados no es una cuestión de ausencia de recursos sino de falta de derechos porque estos son sistemáticamente violados por las instituciones que conforman el régimen político y al que los gobiernos no son ajenos. La importancia de los gobiernos y de las estructuras que en general son parte del régimen es que solo existen derechos cuando existe la ley. Si no hay leyes no hay derecho y al no haber ciudadanía para todo el pueblo no hay igualdad de oportunidades. En muchos casos existen políticas de ayuda que se instrumentan a partir de ciertas estructuras del gobierno o a través de otras organizaciones, pero éstas no reivindican los derechos de los beneficiarios sino que antes bien son políticas de la buena voluntad, de arbitrariedad y de

asistencia. Son éstas políticas clientelares que hoy pueden estar y mañana no. Por eso, es urgente que el régimen cree esos derechos, que reconozca la vida del trabajador como prioridad. Es importante que esos derechos provengan del régimen porque los gobiernos pasan pero los derechos permanecen. Las políticas que se orientan a la universalización que reconoce la necesidad de cimentar las políticas sociales desde una concepción del derecho así es más progresiva y fundamental.

El régimen nacional y popular fundado en el humanismo, es decir, en la primacía del derecho a la vida como rector de las relaciones sociales y políticas, culturales, económicas e ideológicas que le dan el sentido común y una orientación específica al Estado y sus estructuras lógicas, en ese contexto se entiende como el resultante institucional de una auténtica transformación desde toda perspectiva, de una *(r)evolución popular y democrática* con todo lo que esto implica, es decir un profundo cambio no solo de las políticas que hacen a la nueva gobernabilidad del régimen sino también un cambio de la actitud y orientación ético-política de la opinión pública que se manifiesta de ahora en adelante en otras formas particularmente significativas de vivir, de satisfacer las diversas urgencias que tienen que ver con el bienestar de todos. Se trata que el humanismo va más allá de ser un régimen que simplemente se convierte en otra forma, quizás más refinada y subliminal, de racionalizar ese Estado capitalista que en realidad no da para más por sus propios méritos. Así, solo es posible hablar de humanismo cuando estamos ante un cambio de paradigma de las relaciones sociales porque la supremacía de la vida de las personas sobre incluso el derecho a la propiedad es condición primera de la creación del poder y de gestión popular. Se trata de construir un régimen que basado en la estrategia del reformismo definitivamente radical barra con las miserias del Estado capitalista y la estructura en que se basan sus relaciones sociales, el contrato propio que éste establece entre los dueños del capital y la *fuerza de trabajo* en la que el Estado capitalista siempre juega en favor de los primeros y contra el interés de aquellos que viven de un jornal. Sin embargo, a pesar de los éxitos indiscutibles del régimen popular, la acción de ellos es duramente atacada por los factores de poder dominantes. Para muchos que se dicen de centro- izquierda (concepto que me parece de lo más antinatural y absurdo como todo lo que tiene que ver con la razón neoliberal) al final solo se trata de ser reformistas políticos, los de peor calaña, de esos que embaucan al pueblo para que éste no pueda hacerse responsable de su destino. Para esos reformistas solo se trataría de entender el neoliberalismo como la máxima expresión de la libertad del hombre mientras el régimen popular sería todo lo contrario. Sería el reinado del autoritarismo, del populismo y la demagogia, de la irracionalidad de sectores sociales resentidos del éxito personal de los

otros como si en realidad el éxito personal de esos otros solo dependiera de factores individuales y no de la miseria y la coacción profunda en que están inmersos la mayor parte de los trabajadores. La programación de la economía en términos populares así sería la máxima irracionalidad, el peor pecado de los enemigos del Estado capitalista.

Es necesario en este punto aclarar que estos sectores representantes de los intereses dominantes están contra la programación o la intervención del tipo *popular* en la economía por parte del régimen político porque sería una falacia tremenda creer que en verdad el régimen no interviene en ésta, en los mercados: la libertad o desregulación de los mercados es simplemente otra de las grandes mentiras de la razón dominante porque simplemente no existe. En el caso de la imposición del neoliberalismo lo que en realidad existe es la intervención de éste en favor de los intereses de los dueños del capital que siempre tienen todo a su favor en esas circunstancias de control sobre la mayoría nacional. Para los incorregibles fundadores del neoliberalismo en el ámbito teórico (me refiero a autores como Hayek, Popper, Mises, Ropke o Friedman entre tantos otros) el régimen popular o cualquier otro que postule la intervención en la economía contra los intereses dominantes, aún el mal llamado “Estado de Bienestar” corroe desde su raíz profunda las estructuras y valores de la sociedad libre porque desarrollaría una peligrosa tendencia a la burocratización de la vida colectiva y a la reglamentación por parte del sector público sobre los demás actores y sujetos sociales que conforman el régimen. Según esos críticos, toda intervención del régimen en el mercado es irracional y populista porque sería una amenaza a la libertad individual del sujeto y una peligrosa manera de concesión que se hace al colectivismo. Además, el Estado asistencial y del falso bienestar del trabajador reduciría sensiblemente la eficiencia y aún la eficacia del Estado capitalista y su modo de producción lo que redundaría en un freno definitivo a la expansión económica de éste. Entonces, desde sus cátedras plantean que cualquier intervención del régimen político sobre la economía (insisto en que se refieren a la intervención de los sectores populares sobre la economía que además así buscan construir un régimen humanista) es una solución que conduce a la pérdida de la libertad individual del sujeto (ellos de manera muy general hablan de *sujeto* en términos de consumidor racional, desde el punto de vista que así se le plantean diversas elecciones entre varias alternativas auspiciadas desde la libertad del mercado) que solo puede conducirnos, de acuerdo a esos autores, al dominio burocrático y totalitario del sector público y sus intereses sobre los actores y la iniciativa de los privados. Desde este punto de vista la primacía de los intereses del sector público sería la negación radical del ya mítico reino de la libertad de los mercados que desde siempre

plantearon. De todas formas, lo que me parece una obviedad desde hace un buen tiempo es que este falso libre mercado y su filosofía del *laissez faire* ya cumplió su ciclo, tanto por razones estrictamente económicas, de eficiencia y eficacia de sus políticas incluso, como por razones políticas, sociales y éticas.

El eje del problema es que la economía desregulada bajo los términos de los teóricos y políticos que responden a la lógica de los neoliberales y sus grupos de poder, es que genera automáticamente un fuerte contraste, por lo demás intolerable en cierta etapa de la historia, entre la opulencia privada de los sectores dominantes y la miseria pública de la mayor parte de quienes solo intentan vivir de su trabajo: Produce una incongruencia estructural entre la gran cantidad de bienes producidos, la forma técnica de esa producción, la circulación de los bienes y su distribución en el ámbito del régimen político. Se produce a partir de ahí una deficiencia crónica de acceso a los servicios públicos, los del tipo sociales, que precisamente hacen a la mejoría sustancial de la calidad de vida de la amplia mayoría como tendrían que ser la salud, la educación en todos sus niveles y las amplias facilidades para acceder a la vivienda y al trabajo como parámetros básicos y germinales de un programa político de desarrollo de nuestros países que sea sostenible, creíble y viable en el largo plazo. Esta incongruencia intentará sin éxito ser eliminada o, al menos, sensiblemente reducida, en los países donde los principios del Estado de Bienestar lograron triunfar luego de la debacle que significó para toda la humanidad la Segunda Guerra Mundial. Pero, una vez producida nuevamente la crisis por la caída de la tasa media de las ganancias que responde a la lógica de la acumulación privada del mismo capital, se volvió a las políticas auspiciadas por el liberalismo clásico, ahora más reaccionario e irracional, bajo el ropaje y el embuste de la ideología de los sectores neoliberales. Y otra vez la misma historia, es decir, las crónicas y los hechos definidos a partir del automatismo del mercado que postula el sistema de mercado abandonado a sus espontáneos mecanismos de desarrollo que sin embargo, lo digan o no lo digan esos autores, genera un flujo constante de tensiones sociales y políticas que se convierten en una amenaza permanente frente a instituciones y valores democráticos que en su momento son conquistados por el trabajador después de muchos años de sacrificios, de luchas y entrega de la vida incluso. Genera fuertes tensiones y presiones en el sentido que al final no se trata de libertad de los mercados sino de libertad de los sectores y grupos de poder claramente dominantes para hacerse con los recursos y bienes socialmente producidos. Bajo los parámetros de los neoliberales los sectores sociales más vulnerables son quienes intentan vivir de un sueldo, son los que a través de un jornal intentan alimentarse, intentan educarse y capacitarse, son los que buscan sanearse sin morir en el intento, en algún

rincón del hospital público, son en definitiva los que buscan jubilarse y tener una vida tranquila, en paz, luego de toda una vida de sacrificio. El colmo de la irracionalidad y los mitos del neoliberalismo los sectores y grupos sociales y políticos más vulnerables son los trabajadores, todos los que buscamos vivir de nuestro esfuerzo, sudor y trabajo. En ese contexto, no tenemos que olvidarnos que los bienes sociales lo son porque en realidad son generados por el trabajo de todos y de todas lo que supone, al menos como paso primero en la búsqueda de la justicia social, una mejor distribución de los mismos. Por último, la política del libertinaje y automatismo del mercado genera muchas tensiones en la gobernabilidad del régimen político y sus objetivos de largo plazo porque alimenta determinadas orientaciones políticas extremistas, tanto de parte de los grupos de derecha como también de parte de la izquierda. Es que el neoliberalismo es enemigo de los matices, antes bien nos habla en términos de blanco y negro, es de por sí enemigo declarado del diálogo y del consenso, salvo del que los favorezca, y terminan colcándose de una buena vez en la vereda de los equilibrados, de los justos y racionales. Por esto mismo, la ideología neoliberal ha pretendido crear una certidumbre irracional pero que se dice parte del sentido común donde lo fundamental para entender al hombre, que es la autonomía operacional del sujeto individual, no se producirá: si examinamos las características que fundan el neoliberalismo se verá que se constituye por el dominio del mercado, por el constante recorte del gasto del sector público en especial en lo relativo a servicios sociales como la salud o la educación, la privatización, la desregularización de la economía e incluso el fin de la idea del bienestar y equidad social, la liberalización de la inversión extranjera, el individualismo y la competitividad de la economía en sus propios términos, que son todas caracterizaciones que propician la exclusión porque evitan la solidaridad que se produce en relación al gasto social y vinculan la propiedad a niveles fundamentalistas que nos lleva a plantear la ideología del enemigo interno. Así, sobre el neoliberal y su libertinaje de los mercados simplemente creo que estamos ante un engaño de proporciones épicas al creer y considerar siquiera que se puede crear un país individualista, carente totalmente de los valores de la solidaridad, que niegue además al otro que es hundido por la competencia imperfecta a la que nos conduce el Estado capitalista, porque la naturaleza y la realidad de los hombres en tanto que son trabajadores, es la conciencia del *ser social* donde la libertad es creación de circunstancias que liberan en el ser social un profundo impulso solidario y colectivo que lo lleva al desafío de plantear formas más humanas de convivencia para todos.

Por el contrario, el marxismo cuando logra imperar políticamente en nuestra realidad es la primera vez que estamos en presencia de algo que es

nuevo, de lo que es mejor del hombre porque ciertamente busca incluir social y políticamente a todos los que las políticas de los neoliberales excluyeron de los falsos beneficios de su régimen que decae. El marxismo es una máxima más altruista del hombre porque además esta inclusión la hace a través de las políticas de generación de derechos, garantías y de búsqueda de satisfacción de las necesidades de las mayorías, a través del pleno empleo de la fuerza de trabajo. Ahí está la gran diferencia de este humanismo respecto del Estado de Bienestar: el régimen nacional y popular se estructura a partir de la creación de empleo como forma de inclusión mientras que el *Estado de Bienestar* solo le basta con la asistencia y la beneficencia. Así, los dirigentes que conducen el proceso de cambios populares brillan políticamente reivindicando nuestra soberanía, el derecho a vivir como mejor nos parezca, el derecho de disfrutar de nuestros recursos naturales, de satisfacer las urgencias de todos y defender la cultura y el bienestar del trabajador. Los dirigentes políticos que conducen participan del proceso defendiendo la idea de un país justo con una mirada que defiende los recursos de los pueblos del sur. Es posible soñar, también es posible organizarse, cambiar y hasta seguir soñando y esa es precisamente la tarea que hay por delante. Sabemos que el régimen neoliberal estalló porque es inviable en todo sentido y son muchos los que hoy lo admiten. Lo admiten inclusive dirigentes partidarios y mediáticos opositores al humanismo pero lo admiten de la boca para afuera para eventualmente no responsabilizarse por semejante verdad. No les queda otra porque el movimiento nacional- popular es el único espacio social- político que en la práctica (ahí estará otra vez la historia reciente para afirmarlo) logró reconstruir el tejido de nuestros países latinoamericanos siendo el único que además lograría interpretar el terrible momento histórico para cambiar la realidad. Es que el movimiento humanista es la suma de los sectores medios, de los trabajadores y la cultura popular en general. El proyecto de país liderado por el régimen nacional y popular es quien amalgama mejor a todos los sectores sociales con políticas de gestión del gobierno y con la dinámica que le imprime la etapa de participación del trabajador. El punto central del cambio en favor de los sectores populares es que una democracia de la inclusión, más justa que cualquier otro régimen, ni hablar del neoliberalismo, con un gobierno que ahora representa el interés del trabajador y que demuestra tener claro hacia dónde se conduce, ya no puede volver atrás porque es el pueblo quien no retrocede. Es decir, a partir de ahí se avanza siempre. Es cuando la memoria colectiva se expresa en las franjas de trabajadores movilizados activamente y no en aquella franja etaria más envejecida cultural y políticamente. Los sectores de la derecha hace mucho que ya agotaron su cantera cuando logra imponerse el régimen popular de la mano de la eficiencia y de la justeza de sus políticas. Más todavía cuando los

sectores reaccionarios se quedaron sin sus catedrales, sin sus cuarteles y sin la época dorada del pillaje neoliberal dado que el movimiento social no es una simple organización política que representaría al grupo social y político más vulnerable sino que es un movimiento forjado por los trabajadores para determinar por sí mismos, por todos, las soluciones más justas a partir de la encrucijada histórica en la que nos envuelve la reacción política más atroz con su neoliberalismo que transpasa incluso los límites de la razón a favor de los intereses de la acumulación privada del capital. Es decir, el movimiento de los trabajadores no es para nada apolítico, tampoco es espontáneo, mucho menos sale a la calle para protestar por la imposibilidad de comprar dólares o a golpear las cacerolas cuando el alimento y el bienestar abundan, tampoco es una masa uniforme moldeada por los medios masivos de comunicación, la mayor parte del tiempo opositores, sino que el movimiento del trabajador es una organización social y política, económica y cultural que tiene su lógica, que cuenta con sus conductores y en primer lugar con un plan y proyecto de país inclusivo, democrático, más justo y equilibrado.

Cuando se trata de defender sus intereses de clase dominante, de élite, cuando se trata de defender sus formas de vida y la acumulación privada del capital ahí sí no se muestran para nada solícitos en condenar la intervención política del régimen sobre el mercado. De hecho, en realidad nunca militaron a favor de esa libertad de los mercados. De lo que se trata es de defender sus privilegios de clase, sus granjerías y su ética a como de lugar, con todos los recursos a mano. A través de sus políticas- y tal como hemos visto en otro lugar- controlan la lógica y las bases sobre las que se conforman todas y cada una de las acciones del mercado bajo los dogmas del Estado capitalista y los regímenes políticos que les llevan el amén. Ellos no defienden la libertad o la desregulación de los mercados, la no- intervención de la política o de los intereses sectoriales y de clase en la economía. Ellos tampoco defienden la objetividad, por lo demás también bien falsa, de la ciencia económica sino que defienden sus intereses en tanto son dueños del capital. Y esto a expensas de las necesidades de la mayoría. Es por eso que no tienen derecho a plantear las que consideran las formas de vida que se corresponde mejor a sus formas de pensar. No tienen este derecho porque sean minorías sino que no lo tienen porque sus intereses contradicen el bienestar común, colectivo. Es cuando se nos impone como trabajadores, desde las usinas de la cultura popular, desde la organización y la movilización, la participación de todos en la definición de qué intervención en la economía postulamos para de una buena vez poder satisfacer las necesidades de los subalternos pero que a pesar de ser subalternos, en cierto momento histórico nos levantaremos para hacernos responsables de nuestra vida y convertimos en protagonistas y en

dominantes. En la medida en que estemos en condiciones de plantear un tipo de intervención en la economía de carácter popular, en la medida que estemos en condiciones a partir de ahí de plantear la auténtica defensa de la vida del hombre, el movimiento nacional, popular y democrático es el régimen del futuro por su eficiencia, por la eficacia de sus políticas y el compromiso que adquiere con los valores de la cultura y del saber popular que defiende las necesidades del trabajador, la mejoría de la calidad de vida de las mayorías. Cuando pasa, cuando el cambio logra por fin imponerse bajo la conducción popular de los asuntos públicos, la falsa ética, la forma y la razón ideológica, política e histórica de los neoliberales se pierde en la nebulosa de una historia que ya no vuelve porque es parte del pasado ignominioso. De lo que se trata es de confrontar con nuestras ideas, de una manera civilizada, democrática y con argumentos racionales a los grupos representantes del conservadurismo y de la reacción para defender el derecho de vivir cada día mucho mejor. Se trata de vivir en un régimen basado en el humanismo, en una sociedad igualitaria, más latinoamericana y soberana.

La relación del Estado capitalista con la igualdad del hombre.

Estadísticas, números y cifras en mano a las que el grupo neoliberal es tan afecto, la historiografía de esos grupos dominantes a través de los valores de su cultura, de lo que conocemos como la cultura del Occidente cristiano y democrático, capitalista e individualista al extremo, tratan de mostrarnos con bastante éxito que la revolución industrial tanto en su fase inicial como hoy tuvo como primera consecuencia el mejoramiento sustancial de la vida de los trabajadores haciendo caso omiso de la explotación terrible a la que fueron sometidos los antiguos obreros por la revolución iniciada en la Inglaterra de la época luego extendida hasta nuestro días por el mundo entero. Inclusive a pesar que es hecho conocido que la condición de estos primeros trabajadores fue vivida como una intolerable degradación de la vida humana y así también fue consecuentemente descrita por observadores de la época que en realidad- y siempre salvando el contexto de época y las distancias- es más o menos lo mismo que ocurre hoy con los trabajadores sometidos al régimen neoliberal. Un fenómeno que determinó esta explotación primera del trabajador fue el aislamiento moral, espiritual, político y social del proletariado de entonces, que simplemente fue abandonado a su suerte en el sentido que ni la nueva clase poseedora- la burguesía- ni el Estado a través del régimen se ocuparon por su condición de vida. Pero, a su vez, por las consecuencias del modo de producción capitalista y por la necesidad del Estado de justificarse en todo sentido, políticamente digo, de justificar su legitimidad y sus pretensiones de

dominio, control y gobernanza de la minoría sobre las mayorías, y aunque parezca extraño, esta misma necesidad de legitimidad- que en Latinoamérica adquiere una manera bastante restringida en la práctica- produjo un cambio importante en la mentalidad dominante que estuvo ciertamente determinada por la difusión del credo democrático, fraterno e igualitario como base de las nuevas formas colectivas de convivencia. Aquí, la función central y decisiva la desempeñó la revolución francesa que entiendo como el aspecto político y democrático de imposición del Estado capitalista al tiempo que la revolución industrial a la que me refiero se entiende como la imposición de los aspectos comerciales- económicos que tienen relación con las nuevas manifestaciones que en este ámbito expresará el modo de producción, de comercialización y de distribución capitalista.

La importancia de la revolución francesa es que más allá de responder a la necesidad de legitimidad de las nuevas autoridades ahora auspiciadas por el Estado capitalista, produce su primera contradicción al convertirse también en vehículo para la toma de conciencia de los derechos de grupos y sectores socialmente dominados. Los valores de la revolución así lleva al trabajador a una profunda reinterpretación de su condición de vida a la luz de los nuevos valores proclamados por los revolucionarios. Esto solo puede conducir, al principio de forma bastante confusa y luego de manera mucho más clara, a la reorganización del régimen en beneficio implícito de las mayorías. Y a pesar que los trabajadores siempre son mayoría también siempre estuvieron y están excluidos de los beneficios del régimen político; pareciera que la fraternidad, la libertad y la igualdad es solo para algunos. De hecho, hoy los pobres en las grandes ciudades que habitamos están marginados y están excluidos del goce de “lo público”. La reacción lógica es así pretender el pleno derecho de la ciudadanía política y social. La reacción lógica es entonces la de apremiar al empleador, a los gobernantes, a toda la sociedad para obtener un estatus igual al de los otros grupos que articulan la colectividad nacional. La protesta de los trabajadores, sea ya radical o reformista, nace del resentimiento colectivo contra los sectores dominantes y no está mal decirlo porque ante semejante realidad de explotación tenemos el derecho de no sentir ninguna obligación, ni moral, ni ética ni menos política o institucional, frente a los victimarios que militan a favor de la acumulación privada del capital. Así, el pasaje de un rédito per cápita de subsistencia que caracteriza al feudalismo a un rédito per cápita en continua expansión, el progreso del conocimiento y del saber, el progreso científico- tecnológico, la organización bastante más racional del trabajo y la explosión demográfica que implica el abandono del campo para trabajar en las ciudades, todos fenómenos relacionados con la expansión del Estado y del modo capitalista, representan discontinuidades centrales en el

desarrollo económico- político del capitalismo. Todas esas discontinuidades, sintetizadas con la expresión referida a la “revolución industrial”, produjo el cambio, es decir la transición de la sociedad feudalista, con base agrícola, al Estado capitalista con su generalización o dominación de la mercancía según sea el caso. El impacto de las fuerzas que convoca la imposición del modo de producción capitalista sobre la forma y calidad de vida del trabajador fue una tremenda revolución, fue un verdadero trastorno para todos, una catástrofe en muchos sentidos, en todos los ámbitos.

Como ya vimos más atrás, el avance y la posterior consolidación del modo capitalista de producción, con su correspondiente forma de circulación de mercancías y de distribución de los beneficios, lo que hace será erosionar sin más un importante conjunto de valores y vínculos tanto políticos, como sociales y económicos. Es decir, en el proceso de consolidación del Estado capitalista se debilita gravemente la cohesión interna de importantes grupos sociales que pierden sus referentes. Esa gran transformación que significa la llegada del capitalismo a tierras europeas y que luego se globalizará por la necesidad propia de expansión del capital, produjo una movilidad social que además tuvo la característica de convertirse en un inhumano proceso de desarraigo en el que millones de trabajadores son arrancados de sus lugares de origen, de sus tierras y hábitat sociocultural, para involucrarse como mano de obra barata, como mercancía, en un nuevo sistema de relaciones sociales entre la *fuerza de trabajo* y el *capital* a partir de la idea de un mercado ahora desregulado y de su libertad en el que sin embargo se pierde el sentido de pertenencia comunitaria y la solidaridad en favor de la despiadada lógica de la ganancia. El mercado así desregulado no es viable. Este es el problema porque en estos términos para él no existe el hombre en toda su dimensión sino solo en su carácter de mercancía. Tampoco existen los valores morales, la ética, el sentimiento y mucho menos la posibilidad de igualdad. De ahí que el siglo XIX es un avance continuo de la falsa libertad de los mercados que coincide con una profunda agudización de los fenómenos patológicos de la vida social (que tienen que ver por ejemplo con alienación, la anomia social, etc.). La comunidad es sustituida por un sistema de relaciones puramente contractuales establecidas entre la *fuerza de trabajo* y el interés del *capital* que se basa en el cálculo utilitarista de los costos y beneficios más allá de toda legitimidad relacionada con el bienestar del trabajador. El trabajador que quedará comprometido en el ciclo manufacturero y fabril es de ahí en más considerado como simple fuerza productiva, como mera mercancía entre mercancías donde de una vez y por siempre se diluye el ideal de igualdad, de fraternidad y de libertad. Ya estamos ante un conjunto de sujetos egoístas y despersonalizados, carentes de raíz cultural y abandonados a su suerte. La

raíz profunda de la cuestión obrera está en el doloroso sentido de abandono que advierte el trabajador una vez que queda inserto en el ciclo productivo del modo capitalista más que en la penosidad de su trabajo y en los bajos salarios que son también la constante. En esta circunstancia, en la medida que la situación desde ahora lo permite, la nueva clase dominante asume la plena dirección política de la clase subalterna bajo diversas formas de control porque finalmente lo que le importa es el uso del trabajador como fuerza de trabajo que explota a su arbitrio y en propio favor. De ahí a exigir también que el régimen se convierta en el garante de relaciones capitalistas y que solo corrija y se involucre en defensa de las leyes del mercado, del libre juego de la oferta y la demanda.

Mientras el Estado capitalista es el sustento de las relaciones sociales así instituidas, el régimen que le asiste es la estructura institucional, política y legal que protege con sus acciones el propio mercado; es el que garantiza las normas esenciales para que funcione el Estado, para que esas normas no sean violadas al mismo tiempo que se presenta como falsamente neutral, como si se abstuviera de involucrarse a favor de los intereses del capital en la relación contractual que instituye con la *fuerza del trabajo*. De ahí que en el fondo el Estado capitalista y su régimen político, unos más que otros, carecen de toda sensibilidad social porque los costos del cambio- de la transición que supone el reemplazo del feudalismo por el capitalismo- digo, absolutamente todos los costos y cualquiera que éstos sean, se vuelcan sobre los trabajadores y sin embargo el Estado pretende mostrarse como algo natural, lógico, inevitable e inmodificable. De esta manera, en la base del modo capitalista el surco entre los sectores integrados plenamente a los beneficios del Estado- los grupos de los dominantes- y el trabajador proletarizado se hace cada vez más agudo al punto de preceder a una escisión vertical en el cuerpo social. Sin embargo, ante esa realidad progresivamente los sectores y grupos populares, que son los que ocuparán una posición periférica en la jerarquía política, exigen convertirse en ciudadanos de pleno derecho a pesar que bajo la estructura capitalista esa igualdad no es posible lo que a su vez nos conduce por la ruta de la fermentación continua de las demandas populares. Se verifica así el fenómeno de una revolución en las expectativas crecientes del trabajador que nace de una reformulación del cuadro de referencia político y axiológico. El sector popular en esa situación no está dispuesto a aceptar ya como irracional sus demandas, como inmodificable e inevitable su condición de ciudadano de segunda o tercera categoría y actúa en consecuencia. De hecho, de ahora en adelante pretende un status igual al del grupo dominante. ¿Dónde encuentran las herramientas para ejercer presión sobre las minorías para satisfacer sus requerimientos? Esa herramineta es la protesta organizada, son los mitines,

son la plena participación y la construcción de la conciencia de clase, de los intereses que le asiste en el proceso de búsqueda del bienestar de todos y de todas. Pero, de una u otra forma el Estado capitalista siempre se las arreglará para detener todo lo posible y en el mayor grado del que es capaz en cierta situación, el avance del principio de igualdad y solidaridad a través de una serie de múltiples estrategias.

El Estado capitalista queda marcado a fuego por un conflicto central donde por un lado está el mercado que busca conquistar la autonomía plena respecto de la acción política del trabajador, de su religión, de su moral y en general de cualquier instancia no estrictamente económica al tiempo que, por otro lado, tenemos un valor -la igualdad- que se difunde como contagio en la medida que las generaciones se suceden adquiriendo una formidable fuerza histórica en el sentido del cambio que busca esa igualdad. Ahora, el mercado desregulado y su política del automatismo en su foma neoliberal, en su forma más fundamentalista, y el principio de igualdad tienen exigencias que son del todo incompatibles entre sí, porque mientras el mercado y su libertad exige como condición la no intervención del régimen en sus asuntos, que al fin y al cabo tampoco son sus asuntos porque nos involucran a todos, la aspiración a la igualdad de oportunidades, muy por el contrario, postula que es obligación del régimen asumir la responsabilidad política de eliminar todo obstáculo que impida al trabajador gozar de estos plenos derechos políticos y sociales que solo formalmente son reconocidos por la abstracción de la falsa democracia dominante que no es tal. El trabajador así busca diversos medios y formas de acción- reacción para defenderse de esas políticas que se estructuran en base al automatismo de los mercados porque son medidas que producen miseria, marginación, exclusión, desigualdad, desempleo y alienación. La lucha de la clase de trabajadores contra los factores de poder que dominan a expensas de la mayoría como primera fase de combate y de reacción, de construcción de un arte alternativo a la lógica de la acumulación privada del capital entonces necesariamente tiene que plantear una profunda reorganización del mercado, de sus metas, su modo de producción y circulación de la mercancía al tiempo que busca otras formas de distribución de los beneficios que en el proceso de producción son convertidos en bienes para la satisfacción de las necesidades de bienestar de todos. Por supuesto, esto en el marco de la primacía de la vida como ley rectora del cumplimiento cabal de los derechos de los hombres. Los trabajadores no pueden ser abandonados al arbitrio y necesidades de un mercado desregulado. El trabajador no es una variable más de las leyes de la economía porque es mucho más que una estadística, es más que un número. El trabajador es un hombre de pleno derecho, con necesidades que deben ser satisfechas por el Estado y el régimen político les guste o no a algunos.

En su momento y para ser un poco más justo tendría que decir que los dominantes plantearon alternativas para la mejoría de las condiciones de los trabajadores pero estas se circunscribieron al ámbito de la lógica del Estado capitalista. Fue lo que en Occidente conocimos como “Estado de Bienestar” que se basó en los teoremas de Keynes con los que nace un régimen político asistencial y benefactor que si bien genera una sociedad mucho más opulenta por su extraordinaria capacidad productiva no se traduce en una alternativa a la lógica del capitalismo a pesar que esta opulencia vuelve posible y real que el régimen político pueda destinar una cuota considerable del rédito nacional con fines sociales. El problema es que la base de esta mal llamada revolución keynesiana está en la necesidad de seguir ejerciendo el poder de las minorías, es decir, el control y el domino sobre las mayorías, por lo que estas políticas públicas, así lo demostraron posteriormente los hechos, son circunstanciales, son transitorias. Es la posterior crisis del mal llamado “Estado de Bienestar” la que demostró lo mal que el Estado capitalista se lleva con la igualdad de oportunidades. La política que desde el régimen asistencial buscaría mejorar la vida de los trabajadores no es en el largo plazo compatible con la lógica de la estructura del Estado capitalista y su modo de producción por la razón que inexorablemente hacen caer la tasa media de ganancia de los capitales cuya resolución solo puede venir en última instancia de las políticas neoliberales que precisamente son las que conducen a la crisis social, política, cultural, comercial y económica que solamente puede ser resuelta fuera del ámbito del Estado capitalista. En ese sentido, la política asistencial del falso régimen de bienestar- y tal como vimos en otra oportunidad- son ineficaces e ineficientes pero no solo para el capitalista sino también para los trabajadores porque así no pueden aspirar a la igualdad en el ámbito del régimen político que impera. La política de asistencia y beneficencia no está en condiciones de garantizar para los dominantes el equilibrio en el largo plazo del modo de producción capitalista lo que a la larga impone que sea el trabajador quien tome cartas en el asunto.

El Estado capitalista no puede resolver la crisis social y política que él genera, no puede resolver el tema de la igualdad de oportunidades para todos porque es la política de redistribución de la riqueza (que es la que produce igualdad de oportunidades) la que lo conduce a las crisis sistémica que tiene relación con la caída de la tasa media de la ganancia de los capitales. En este contexto, el Estado capitalista está en crisis no solo por la insensibilidad que muestra ante las necesidades y urgencias del trabajador en tanto clase social subalterna sino que además lo está por su orgánica incapacidad de evitar las crisis económicas que nos involucran a todos. Para eliminar estos defectos estructurales del capitalismo de por sí increíblemente individualista en sus

fundamentos teóricos- prácticos, la cultura occidental dominante no encontró otra solución que recurrir a la intervención del régimen en la economía pero ya no a partir de políticas de mantenimiento de cierto equilibrio económico general que persiga los fines de la justicia social (como es la política de lucha contra la pobreza o de redistribución de las riquezas) sino que actualmente planteará políticas relacionadas con el neoliberalismo que solo agudiza el conflicto y la crisis en todo sentido. En lo relativo a la cuestión política, de la lucha por la supremacía de unos intereses de clases sobre los otros, la crisis se manifiesta más o menos espontáneamente como un choque frontal entre la necesidad de intervención del régimen en la economía desde una perspectiva humanista, de la urgencia de la *(r)evolución*, y la política de desregulación y automatismo del mercado auspiciada desde las usinas más reaccionarias del poder dominante.

Falacias de la economía de la especulación y las finanzas.

Como al fin el Estado y modo de producción capitalista, representado fielmente por el neoliberalismo en su etapa más reaccionaria y conservadora, no está capacitado para resolver el tema de la igualdad de oportunidades para todos, como acabamos de ver hace solo un momento, solo le quedará recurrir al mito, a la fábula y sus múltiples irracionalidades detrás de las que esconde la relación de dominación de la patronal sobre los trabajadores, aquellos que intentan vivir de su jornal y de su esfuerzo. Por esto, es importante insistir en el combate contra las irracionalidades y múltiples falacias que caracterizan la economía de los neoliberales (la que se fundamentará en la especulación, en la volatilidad de los capitales y en las finanzas en desmedro de esa economía de la producción real, la que está capacitada para generar trabajo, empleos y consumo, etc) en el proceso de crear conciencia entre las clases populares de la situación que nos tiene como primera víctima. Son una serie importante de interrogantes las que hay que responder. Acá van algunas.

¿Es cierto el efecto positivo que la economía, la de la especulación y sus finanzas está teniendo en el aumento de la productividad, del crecimiento del empleo, así como en la reducción del paro estructural, en el aumento del crecimiento potencial y en el poder de compra del consumidor por lo menos en el caso de algunos países como Chile? Tendría que empezar por advertir al lector que responder estas interrogantes significa comprender que existe una serie de percepciones e ideas más bien erróneas, conceptos antojadizos, del todo falaces, que conviene esclarecer. De hecho, existe una creencia cada vez más extendida de que con la revolución de las tecnologías en el campo de la información y comunicaciones, que se traduce en la aparición de por

ejemplo los medios digitales, de internet o redes sociales, será toda la base tradicional de la economía la que se modifica por lo que estaríamos en una nueva era en la que los principios económicos que dominaban hasta ayer dejarían de tener vigencia. Sin embargo, nada más lejos de la realidad que plantear una postura en ese sentido. La revolución tecnológica que alterará la forma de acceso a la información y a las comunicaciones transforma además la manera de transmitirla pero ello no significa otra matriz económica o productiva en construcción, una que altere la íntima relación de explotación de la patronal sobre el trabajador. Más bien, la economía de la especulación, que reivindica ese sector en detrimento de la producción de bienes, extrema esta relación de explotación del capital sobre la *fuerza del trabajo*. Es cierto que el neoliberalismo introduce importantes modificaciones en el mercado laboral, también en el sistema educativo, pero esto no supone un cambio tan radical ni de tal magnitud como para alterar en su núcleo la estructura de la producción del modo capitalista, de la forma de distribuir y de circular de las mercancías. A lo más se puede traducir en un cambio importante en la forma de comercialización que no alcanzará en todo caso a alterar los principios en que se fundamentará la actividad económica. Es decir, el cambio tecnológico no significa un cambio en las leyes o en los conceptos por los que se rige la economía y la acumulación privada de capitales. Entonces, no es cierto que la economía neoliberal sustituya la economía de la producción de bienes y de servicios. Sin embargo, los dominantes nos insistirán en hacer una distinción tajante entre las empresas de la "economía clásica" (las empresas de "ladrillo y cemento") y las empresas virtuales e intangibles de la nueva economía pero nada es más erróneo que este análisis. Es cierto que la empresa virtual crea redes, pero al mismo tiempo esas redes deben sostenerse, deben vender algún producto, transportarlo y entregarlo al cliente o al consumidor final. Ese algo, que puede ser petróleo, un auto, un libro, un servicio o información, necesita en todo caso de productores y transportistas que los almacenen y los lleven por tren, por automóvil, por barco o por avión, y para eso hace falta que alguna empresa de la economía clásica cree y suministre aquellos medios logísticos; esta infraestructura no es nada virtual sino muy real. Además, lo que muy por el contrario ocurre es que, con el desarrollo de esta economía y sus redes de información y comunicación, que reduce bastante las distancias entre productores y consumidores, las empresas tradicionales que se adaptan a las ventajas que supondrá lo anterior en términos de menores costos, de una mayor productividad y rentabilidad, se benefician también de estas nuevas redes de información y llegan a colonizar esas redes y afianzarse aún más en sus sectores productivos lo que genera un proceso que concentra la riqueza y las propiedades en sus manos. Esto extrema las consecuencias sociales más

dramáticas del modo capitalista como lo son la pobreza. Lo importante es que esa *nueva economía*, con su desarrollo en tecnologías de comunicación e información, deberá estar al servicio de la economía real, de la que produce bienes tangibles, para bajar costos, para mejorar la productividad y la calidad de los bienes generados. Cuando se da el proceso inverso, es decir, cuando la tecnología, los adelantos en las comunicaciones y la performance del capital financiero sobrepasa los límites de los intereses y las barreras de la economía real, es cuando estamos en problemas porque se impone el neoliberalismo y su fuerte tendencia a la especulación e intangibilidad de los productos y los propios servicios de capital.

El problema para la economía neoliberal en cuanto a la acumulación de capitales es que finalmente, más temprano que tarde, la única manera real, concreta y efectiva de conseguir que la rentabilidad de la inversión supere el coste del capital que se utilizará, es obtener rentas derivadas de una serie de ventajas competitivas sostenibles en el tiempo y transformarlas en beneficios netos o efectivos. Lo demás es un deseo o una expectativa no contrastada por la realidad, más bien negada por la crisis financiera actual que se produce en primer término por la burbuja inmobiliaria en países como Estados Unidos y que rápidamente se trasladará al viejo continente, al mundo. Entonces, la idea que se puede valorar una empresa de forma distinta a la tradicional- o sea, de que su valor en el presente sea igual al flujo de aquellos beneficios esperados descontados a un determinado tipo de interés previsto- es falsa a pesar de lo que puedan decirnos los neoliberales. Pensar que se puede valorar compañías por el volumen de ventas o incluso por el número de clientes potenciales o, en el caso de los portales de Internet, por el número de visitas o visitantes, sin tener en cuenta los costes de dicha operación, los ingresos esperados y, en definitiva, los flujos de caja o beneficios previstos, es absolutamente erróneo. Hasta ahora, esta creencia cuasi religiosa no planteaba problemas graves ya que eran los fondos de capital de riesgo los que suministraban el capital a un coste elevado a estas compañías a sabiendas del riesgo que corrían y de que muchas de ellas desaparecerían, pero se suponía que, a la postre, la inversión en algunas de ellas generaría una rentabilidad lo suficientemente importante como para compensar las pérdidas en las demás. Pero, fue una cantidad muy elevada de estas empresas virtuales las que salieron a la Bolsa y al poco tiempo de su creación, aprovechando la moda de la especulación financiera, obtuvieron fondos a un coste muy bajo sin que los pequeños inversores del área privada se dieran cuenta del riesgo que corrían. Es decir, el hecho que la bolsa de valores de esta globalidad neoliberal esté cumpliendo una función de suministrador de capital riesgo a empresas cuyo futuro siempre es incierto crea problemas graves cuando muchas de ellas no cumplen las expectativas

esperadas. Esto hace que, aunque la valoración se corrija, la volatilidad de sus cotizaciones sigue siendo muy elevada. Se sigue que una corrección de esta burbuja provocada por la elevada valoración de las empresas basadas en la especulación termina desatando un pánico bursátil. En otras palabras, no hay que olvidar que bajo las directrices de la economía de los neoliberales se vive en una continua situación de bajo coste de capital y elevada rentabilidad potencial, lo que hace que las valoraciones de estas empresas se incrementen de forma exagerada para atender la especulación y que así sean muchos los trabajadores, en particular los pertenecientes a los sectores medios, los que se endeudan usando como garantía precisamente las acciones de las compañías que compraron en la Bolsa. Sin embargo, cuando la corrección es importante conduce a que esos trabajadores y sus familias de los sectores medios vendan parte de sus acciones para hacer frente a las mayores garantías bancarias, ante la caída del valor de las acciones usadas como colateral, provocando una caída mayor de la inicial que desencadena el pánico bursátil. Por desgracia, las consecuencias de esta economía de las finanzas y de la especulación no son nada abstractas y de hecho afectarán la vida de millones de trabajadores. Por eso, la crisis global no es solo financiera sino que es también una crisis de la economía en su conjunto que afecta la generación de empleos, de la riqueza, de inversiones y consumo popular exponiendo otra vez al trabajador a ajustes y medidas de reducción del gasto que favorecen al mismo tiempo a los financistas y especuladores que generaron la crisis.

Entonces, la clase dominante justifica los recortes presupuestarios por la necesidad de reducir el gasto público en sí mismo, ya que supuestamente el sector público consume recursos que necesita el sector privado. Es de esta manera que buscando reducir ese gasto público se busca liberar esos recursos para que el sector, la empresa privada, pueda usarlos en el crecimiento, en el desarrollo y en la reactivación de la economía. Sería lo que los neoliberales denominan “efecto expulsión” pero al final cuando dicen liberar “recursos” están diciendo liberar el “dinero”. Ahí está el núcleo del asunto porque cada peso que pide prestado cualquier gobierno de nuestros países en manos de los sectores neoliberales, cada centavo que pedimos al FMI o al Banco Mundial a modo de ejemplo, a cualquier organización de crédito global, deja de estar disponible para ser prestado a la empresa privada, limitando las posibilidades de crecimiento de la economía. Dicho así parece que fuera el sector público el responsable de la escasez de los créditos que atenazan a las empresas y a los consumidores, lo cual es totalmente falso. Al respecto, algunas falacias de la economía neoliberal son *la escasez de recursos que limita el crecimiento*. Muy por el contrario, en nuestros países no faltarán estos recursos y por lo mismo en una situación de normalidad y racionalidad el sector público y el

privado no tendrían porque competir por ellos. En este sentido, no hay que confundir el “dinero” con los “recursos”. En la creación de riquezas, esto es, de bienes y servicios útiles a la población toda, necesitamos recursos: mano de obra, maquinaria, materias primas, instalaciones... incluso el “talento” es un recurso. De esto sobra en nuestros países: hay mano de obra disponible suficiente para que tanto el sector público como el privado puedan usarlos en tareas útiles. Nuestros campos y minas son tan fértiles y productivas como hace unos años, y nada ha esterilizado los recursos agrícolas, de la ganadería o minería para impedir suministrarlos los bienes necesarios. Las fábricas siempre han sido infrautilizadas, o sea, nunca trabajaron a su plena capacidad porque el neoliberalismo produce para el que puede comprar y no para todos. De ahí que esas fábricas estén disponibles para atender cualquier pedido de producción, provenga del sector público o del privado, por lo menos en los primeros años de incentivo y defensa de la industria y producción nacional.

El *dinero* es simplemente un accesorio cuya mala programación puede distorsionar los logros de una política fundamental como es el pleno empleo de los trabajadores. Por tanto escasea el *dinero*, no los recursos. Es decir, una segunda falacia sería que el *dinero* escasea por falta de credibilidad del sector público, cuyo abultado déficit elevaría la prima del riesgo y ahuyentaría a los prestamistas. Esto es falso. Si consideramos a los países más desarrollados en términos capitalistas que están en crisis resulta evidente que falta *dinero*. El *dinero* es entonces una institución, es una creación social y política, es un artificio, papelitos de colores debidamente numerados que en lo concreto no crean riqueza sino que apenas es el mecanismo que facilita el intercambio de mercancías; es el equivalente general y su escasez, como ahora ocurre con la crisis, entorpece el funcionamiento normal de la economía. El “dinero” es el equivalente general, es el vehículo que permite transmitir información de los consumidores a las empresas: el “dinero” es como un mandato de producción y su escasez envía un mensaje equivocado a las empresas, es decir, les dice que dejen de producir porque el trabajador y sus familias no van a comprar nada. El problema es que cuando el sistema financiero- monetario de un país, en este caso bajo el yugo de la lógica neoliberal, por lo mismo no permite emplear los recursos a su plena capacidad, significa que está mal diseñado porque no busca resolver los asuntos de la mayoría, limita estas opciones. Al instituirse el euro como moneda única la política monetaria en manos del Banco Central Europeo (que es una institución subordinada a los intereses del capital y dirigida por banqueros privados que además no cumple con las funciones mínimas encomendadas por cualquier manual de economía al Banco Central, como lo es supervisar de forma correcta el sistema financiero o actuar como prestamista de última instancia ante una crisis) logra que éste

se convierta en un obstáculo mayor para quienes nos interesa la economía de la producción en la resolución de las crisis constantes. La política monetaria de la Comunidad Europea negará la soberanía económica de los pueblos para que apliquen las políticas que estimen convenientes y en su lugar reemplaza esa soberanía por ese híbrido llamado Banco Central Europeo. Eso se traduce en una política monetaria contraproducente porque los países ahora en crisis necesitan *dinero* abundante y barato para que el sector público y el privado financien sus déficits sin tener que recurrir a los especuladores. El diseño del Banco Central Europeo, conjuntamente con otros organismos que conforman la Troika, tiene un enorme poder político y económico pero que solo cederá en favor de empresas y bancos privados.

Por último, una tercera falacia es la que nos dice que la recuperación de la economía vendrá de manos del sector privado y por eso hay que apoyar estas políticas que fomentarían la confianza. Pero, inmediatamente después habría que preguntarse cuándo va a crecer la economía, cuándo los bancos se decidirán a prestar. Lo único que se sabe es que el actual sistema monetario convierte a los trabajadores en rehenes de bancos atezados por el miedo a la insolvencia; insolvencia que ellos mismos crearon con sus políticas. No prestan por miedo a no cobrar y, no prestando, la paralización no solo se mantiene sino que también aumenta y con ello la insolvencia y la crisis de la economía. Hoy los bancos, los organismos de crédito global en general, son los creadores de insolvencia, son un obstáculo para la producción y entonces para todas aquellas políticas que buscan el pleno empleo. Este círculo vicioso construido a partir de la economía que insiste en los bienes intangibles, en la economía especulativa, deberá romperse desde la acción del sector público, que conjuntamente y en complicidad con los sectores populares, debe apoyar la producción e industria nacional, la generación de empleos y el consumo como motor de inversión y ahorro. Hay un amplio abanico de necesidades sociales que cubrir y a las que hay que aplicar los recursos de los que dispone el país. Hace falta batallar sí contra la lógica y falacias neoliberales.

Epílogo:

Una honda inquietud agita el alma de los trabajadores, de los chilenos en este caso, muchas veces expresada en el cantar y el caminar de multitudes por nuestras calles y avenidas, plazas y alamedas, con ecos y protagonismos en una comunidad ya cansada de seguir postergando, casi indefinidamente, sus necesidades y requerimientos que giran alrededor de un mayor bienestar para todos. Desde hace un tiempo que nuestra población se hace cada vez un poco más intolerante ante la desigualdad e inequidad que sufren millones de nuestros trabajadores y sus familias. De hecho, cumplidos los doscientos años de la emancipación de la España imperial, Chile aún no logra la justicia para sus habitantes ni mucho menos la equidad en términos de acceso a servicios que si bien debieran por definición ser públicos hoy se encuentran en manos privadas. Me refiero en primer término a la educación y a la salud. Tampoco hemos alcanzado el ideal que nos reafirmaría que no existen clases ni grupos privilegiados porque todos seríamos iguales ante la ley. Precisamente allí es donde nace la necesidad de entender en todas sus implicancias el asunto de la igualdad ante la ley, de la igualdad de oportunidades para cada trabajador. Es urgente entender las bases materiales de la *(r)evolución* para entender a que nos referimos cuando hablamos de la igualdad, concepto muy manoseado por todos. De hecho, incluso la derecha nos habla de igualdad y acto seguido nos plantean que ésta solo es posible a partir del libertinaje de los mercados y del individualismo o del egoísmo más atroz. Pero, la igualdad no es asunto de la derecha porque ella nos remite inmediatamente a la distribución de la riqueza que es por todos generada. ¿Cómo ellos podrían buscar una distribución de las riquezas más justa si precisamente son los que militan siempre a favor de una impresionante concentración de la producción en unas cuantas manos, en las de ellos?

Una cuestión, que es el motivo central de mi libro, es que la igualdad, de la que en teoría todos somos partidarios pero que llegado el momento son pocos los que la reivindican, al remitirnos a la distribución de las riquezas, de las mercancías, se nos muestra como un proceso bastante más complejo de lo que la mayoría piensa porque la distribución de las mismas a su vez implica la circulación de las mercancías, de los bienes y servicios que se compran y se venden en el mercado. Además, la circulación de esos bienes y servicios, sean públicos o sean privados, nos remiten a la forma y la manera en que se producen. Es decir, la igualdad tiene que ver con la distribución de bienes, de las riquezas, ésta con la forma en que circulan e inclusive con la forma en que se producen. Así, definitivamente la igualdad se relaciona con el Estado

y con el modo de producir. El problema para los sectores dominantes es que la forma de producción del Estado y modo capitalista es injusto, no es para nada equilibrado ni mucho menos es progresista: éste se basa sencillamente en la explotación del trabajo, del esfuerzo ajeno. Entonces, para trabajar en verdad por la igualdad de oportunidades, que implica una concreta igualdad ante la ley, es necesario plantear un modo de producción, de circulación y de distribución de las mercancías diametralmente distinto, alternativo al Estado capitalista. De ahí que la derecha en todas sus expresiones políticas, ya sea la más reaccionaria y conservadora, o la que se dice progresista, la falsamente socialdemócrata digamos, al final no puede postular la igualdad ante la ley por no estar capacitada para defender en todas sus implicancias políticas que tengan que ver con la igualdad de oportunidades. ¿Qué hacer? ¿Deberemos permanecer de brazos cruzados y quedarnos quietos? ¿Soportaría la sociedad algo así por tiempo indeterminado? ¿Es posible la estabilidad del Estado, del régimen y la gobernabilidad democrática sobre una base que se sabe tan débil? ¿Podemos siquiera exigir sensatez al trabajador indignado, al excluido y marginado de los falsos beneficios de la mercantilización neoliberal?

Para superar la indignante desigualdad, cambiar el Estado actual de las cosas y mejorar la calidad de vida de la mayoría, no hay más alternativa que salir y caminar para adelante. Se debe construir la fuerza nueva sin detener la marcha ni renunciar a la identidad propia, a la cultura del pueblo. Avanzar y adelantar, hacer camino en medio de la lucha y la movilización social aunque algunos aflojen y se queden a la vera del camino. El asunto no es nada fácil pero el destino es una vida mejor, mucho más digna. Además, es un camino que recorren actualmente algunos países de Latinoamérica con excelentes resultados para sus respectivas poblaciones. Lo importante en el proceso de cambio que hace camino al andar, que se construye día tras día y entre todos, es entender que la herencia de la dictadura, la peor de ellas- me refiero al neoliberalismo- en Chile no goza de tan buena salud como muchos plantean. Es cierto que continúa haciendo de las suyas como si nada y también es muy cierto que su clase política y dirigencial se hace la distraída ante todos los problemas, como si nada pasara. Es cierto todo eso pero a pesar de lo anterior creo que en primer lugar los trabajadores se han organizado por una cuestión de sobrevivencia que deriva en una nueva toma de conciencia: si el régimen en general y el gobierno en particular no están capacitados para resolver los problemas de las mayorías, de los pobladores, entonces ellos mismos toman cartas en el asunto. Es ahí donde empieza el cambio porque la solución de fondo a los problemas que nos aquejan nos conducen a plantear otras formas de organización, otra Constitución y otras reglas de juego. Lo que digo es que el trabajador se moviliza e incluso se organizará por sus necesidades y en

el proceso adquiere una nueva toma de conciencia porque ahí percibe que el problema de uno es a la vez el problema de todos. En ese momento estamos hoy en Chile y otros tantos países que insisten en el neoliberalismo. Estamos en un momento en el que el movimiento social está totalmente capacitado para gobernar el país en la medida que durante todo ese tiempo se transformó en una fuente importante de contrapoder respecto de la lógica neoliberal. Lo que sí falta, lo fundamental, es una candidatura y un liderazgo social basado en un proyecto político popular, que sea inclusivo, democrático en su forma, una conducción que unifique en un solo partido, en un solo ente o alianza, al movimiento social, al estudiante, al ecologista, a los trabajadores en general.

Es interesante este proceso de organización de los trabajadores porque es allí donde encontramos el germen del poder popular: la población en general, los trabajadores y los estudiantes, llegado determinado momento se dan cuenta que el gobierno en particular y el régimen en general no puede resolver los problemas que nos aquejan e involucran a todos por una cuestión estructural, porque sus demandas e intereses son otros que no tienen mucha relación con el bienestar de las mayorías. Ahí empieza la organización de los mismos para intentar paliar las dificultades, para sobrevivir y eventualmente resolver esos problemas que se expresa en una primera organización barrial y comunal. En este proceso primario los vecinos vamos adquiriendo no solo la necesaria experiencia en la organización sino también conciencia del rol que nos corresponde, conciencia que nuestros derechos son más que legítimos, que pueden y deben ser resueltos. Ahí ya no hay marcha atrás, estamos en el núcleo propio del poder popular, generado desde las bases. Luego, se impone la necesidad de plantearnos la unidad del movimiento social en lucha, la coherencia de sus demandas y necesidades y la coordinación de las mismas porque todos los problemas de los trabajadores están indefectiblemente ligados unos con otros. ¿El factor unidad entonces dónde lo buscamos? En el respeto por los derechos humanos porque ellos son los que nos unifican. Es decir, la lucha por la educación pública es una lucha por la igualdad de oportunidades y de acceso lo mismo que la batalla por la mejor salud; esto implica respeto por los derechos humanos. El combate contra la pobreza, contra la contaminación, por la recuperación de los recursos y las materias primas nacionales, del cobre, del litio, del yodo y los del mar, del acceso al agua, a la memoria, la verdad y la justicia etc., también son todas luchas que buscarán una mejoría sustancial de la calidad de vida de todos y así son profundamente respetuosa de las personas. Nuestro proyecto político popular hará hincapié entonces en el pleno respeto por la vida y en el derecho a una mejor calidad de ésta para los trabajadores como primer paso a una sociedad que defienda la dignidad del hombre. En ese contexto, los dirigentes sociales

y los trabajadores en general que todavía insisten en luchar insertándose en la actual gobernabilidad, por ejemplo dando su apoyo al duopolio, sus dogmas y candidatos, deben preguntarse si los candidatos tienen o no una trayectoria política respetuosa de los derechos humanos.

A estas alturas de la lucha el asunto fundamental ya no es sobre qué políticas implementar en el camino hacia el cambio social y político que sea una alternativa al neoliberalismo (porque de hecho la mayor parte de los que formamos el movimiento social en nuestro país compartimos las bases de un programa de gobierno popular), sino que el asunto es qué estrategia defender, cómo hacerlo para cambiar la realidad. A modo de ejemplo tendría que decir que es inconstitucional llamar a un plebiscito para conformar una Asamblea Constituyente que postule otra forma de organización de nuestro régimen. En verdad, toda expresión de soberanía popular es negada en la Constitución de 1980 porque aquella es precisamente su principal función. ¿Qué nos queda? Este es el problema del que adolecen principalmente la mayor parte de los programas de gobiernos alternativos: el "cómo". Ese no es un asunto menor porque hoy el mayor escollo para la consolidación de una alternativa política de los trabajadores, surgida desde la base del movimiento social, es que aún muchos continúan depositando sus esperanzas de cambio en la democracia en la medida de lo posible, de muy baja intensidad, o simplemente luchando desde dentro de la institucional, cuando estos años nos dejaron la lección que nada se logra en base al falso realismo político. Es imprescindible plantear una estrategia insurreccional en el sentido que va por fuera de la legalidad. Una "vía insurreccional" que nada tiene que ver con la lucha armada o cosas por el estilo, sino relacionada con el fortalecimiento de las movilizaciones y participación de los trabajadores y estudiantes, de las bases, a través del movimiento social en ascenso. ¿Después qué? En base al contexto particular en que se exprese la lucha serán las bases, nucleadas en torno al movimiento social, quienes deberán decidir democráticamente, en asambleas, con la calle como protagonista, qué dirección tomar para que la conducción democrática, popular, inclusiva y unitaria sea realidad. No hay posibilidad más racional que instalar un proyecto político de gobierno surgido desde la base, por y para el sector popular, que enfrente el paradigma neoliberal. No sólo desde la lógica de la satisfacción de las demandas sociales en educación, en salud, en jubilaciones y pensiones o en la recuperación social de nuestros recursos naturales, sino también en las demandas políticas que estas mismas fuerzas levantan como necesarias para lograr una mejoría sustancial de la calidad de vida en términos de inclusión, de participación y representación democrática. Hay que debatir y luchar por un programa democrático, popular y claramente contrario al neoliberalismo que nos permita crear formas de convivencia

nuevas para superar la lógica de la estructura capitalista y su manera de producción, circulación y distribución de mercancías. Se trata de dejar atrás el neoliberalismo depredador, generador de desigualdades.

Los cambios fundamentales que consoliden esas políticas públicas y creen poder popular serían en primer lugar la democratización profunda de la institucionalidad. No olvidemos que esta es heredera y expresión máxima del autoritarismo de la dictadura. Es central entonces convocar a la elección de la Asamblea Constituyente que redacte una Constitución democrática donde el pueblo recupere la soberanía para regirse y gestionar su presente y futuro. La campaña para la elección de constituyentes sería financiada únicamente por el sector público y comenzaría apenas instalado el gobierno popular, el de los trabajadores y su movimiento social. Es en ese sentido un gobierno en estado de asamblea permanente porque la primera medida que éste tendría que tomar es abolir la Constitución de 1980 por ser ilegal y viciada de origen. Simplemente este gobierno democrático no podría regirse por las leyes de esa Constitución sin caer en la misma ilegalidad de origen. Por último, nada podría concretarse si no es el mismo pueblo quien garantiza este estado de asamblea permanente, donde la transición nunca acabará, donde la transición es ya una *(r)evolución permanente* porque se construye y eventualmente se consolida con las acciones y omisiones de los trabajadores en lucha todo el tiempo, todos los días.

Referencias bibliográficas.

Repetto Saieg, Alfredo Armando: Más allá de la crisis y la utopía neoliberal. - 1a edición, Buenos Aires: el autor, 2010.

Carlos Marx: “El capital: El proceso circulatorio del capital” Tomo II. Digitalizado por LibroDot.com

Carlos Marx: “El capital: El proceso global de la producción capitalista” Tomo III. Digitalizado por LibroDot.com

Carlos Marx: “Crítica al Programa de Gotha” Editado por elaleph.com

Carlos Marx: “El trabajo enajenado” Manuscritos de economía y filosofía”, (1844), Madrid, Alianza, 1977.

Carlos Marx: “Una interpretación materialista del sujeto humano. Selección de textos ” Manuscritos de economía y filosofía”, (1844), Madrid, Alianza, 1977.

Carlos Marx y F. Engels: “Tesis sobre Feuerbach (1845)” Publicado en *La ideología alemana*, Barcelona: Grijalbo, 5a ed, 1974.

C. Marx y F. Engels : “Feuerbach . Oposición entre las concepciones materialista e idealista ” Publicado en *La ideología alemana*, Barcelona: Grijalbo, 5a ed, 1974.

Gustavo Espinoza M: “Marx: teoría y acción” Publicado en revista *Rebelión*.

Antonio Aponte: “La humildad” Publicado el 24 de mayo del 2012 en <http://ungranodemaiz.blogspot.com.ar>

John Holloway: “La revolución anticapitalista debe crear grietas en el sistema” Publicado en <http://www.elclarin.cl>

Luis Felipe Sáenz: “Centroamérica: ¿Dónde está el Leviatán?” en revista *Ballotage* de la edición del 27/5/2012.

“Resoluciones” Primer encuentro nacional Partido Socialista de Chile. Frente Allendista, diciembre del 2010.

J. Vilas Nogueira: “Igualdad jurídica y desigualdad económica en el Estado capitalista. Los derechos sociales”

Lenin, V. I: “Obras escogidas” Tomo I. Edición Progreso, Moscú, 1961. Digitalizado por Koba.

“La voz de la universidad” En *El Clarín de Chile* de la edición del 29 de noviembre del 2012.

Eleonor Concha Venegas y Leopoldo Lavín Mujica: “Propuesta de Programa de candidatura de trabajadores y de movimientos sociales: Parte II” en <http://www.elciudadano.cl>

José Francisco Puello Socarrás : “Estado o mercado: entre Gournay y Lenin. La eterna disyuntiva entre el dejar hacer y el qué hacer”.

Wednesday, Lector: “Revolución socialista o caricatura... en Bolivia”
Enero 18 del 2006.

Sartre, Jean Paul: “Problemas del marxismo 1” Editorial La Página S.A. Editorial Losada S. A, Buenos Aires, Argentina, 2004, 335 páginas.

Ramírez, Silvina: “La guerra silenciosa: despojo y resistencia de los pueblos indígenas”, 1° Edición, Buenos Aires, Argentina, Capital Intelectual, 2006. 120 páginas. (Claves para todos, dirigida por José Nun, N° 51)

Quito, Julián: “Ecuador: hacia un nuevo rumbo histórico” en Agencia de Prensa de Ecuador. Comunicación para la Libertad, Quito, Ecuador, 16 de diciembre del 2006.

Broder, Pablo: “Dos años en la era K”. 1° edición, Buenos Aires, Argentina: Planeta, 2005. 344 páginas.

Brett, Rachel: “Las organizaciones no gubernamentales de derechos humanos y el derecho internacional humanitario” en Revista Internacional de la Cruz Roja # 147, septiembre de 1998, páginas 573-579.

Francisca Ward” Participación Ciudadana : ¿una utopía para hacer ciudad?” Publicado en www.plataformaurbana.cl el 31/10/2012.

¿Los instrumentos de planificación urbana y territorial son eficaces en Chile? Publicado en www.plataformaurbana.cl el 30/10/2012.

Gastón Caro Monrroy: “Regionalización, y los desafíos hacia una democracia para todos” En Vanguardia de la edición del 4/10/2012.

Londoño Toro, Beatriz: “Organizaciones no gubernamentales y derechos humanos” en Revista Credencial Historia, Bogotá - Colombia. Edición 156, Diciembre del 2002

Ramírez Gallegos, Franklin: “Cambio político, fricción institucional y ascenso de nuevas ideas”. En Revista de Ciencias Sociales. Num. 28, Quito, mayo 2007, pp. 23-28.

Asdrúbal, Baptista- Mommer Bernard: “El petróleo en el pensamiento económico venezolano”. Ediciones IESA, Caracas, 1987

“Cinco años de cambios políticos en Venezuela” en BBC Mundo.com, 3 de abril del 2007

Ellner, Steve: “Democracia, tendencias internas y partidos políticos de Venezuela”. Nueva Sociedad # 145, 145 Septiembre-Octubre 1996, pp. 42-54.

Betancout, Rómulo: “El relevo del rentismo”. Revista SIC, Centro Gumilla, # 576, Caracas, 1995

“El proceso constituyente y la Constitución de 1999”, Revista Politeia, No. 30. Instituto de estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela, pp. 183-208.

“Evolución Institucional de Venezuela (1974-1989)”. En Pedro Cunnill Grau, Venezuela Contemporánea (1974-1989). Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1989.

“Constitución Nacional de la República de Venezuela”, Caracas, Venezuela, 1961.

“Constitución Nacional de la República Bolivariana de Venezuela”, Caracas, Venezuela, 2000

“Las reformas económicas en América Latina”. Revista venezolana de Economía y Ciencias Sociales. Vol. 8, # 2, mayo-agosto 2002.

Juan Jorge Faúndes: Entrevista a Héctor Llaitul: “Liberación nacional es la estrategia mapuche” Publicado en “Punto Final”, N° 770, 9/11/ 2012.

“Un balance de las reformas estructurales neoliberales en América Latina”. Revista de la CEPAL, Agosto 1997, Santiago de Chile, ONU.

REY, Juan Carlos: “Democracia, Desarrollo y Distribución en Venezuela”. Pensamiento Iberoamericano en Revista de Economía Política, Madrid, España.

“A los 30 años de la Constitución democrática. La participación política en la nueva Venezuela”. Revista SIC, Centro Gumilla, Año LIV, # 531.

Halperin Donghi, Tulio: “Historia contemporánea de América Latina”, Alianza Editorial, S.A, Buenos Aires, Argentina, 1992, 774 páginas.

Mathías, Gilberto- Salama, Pierre: “El Estado sobredesarrollado (De la metrópolis al tercer mundo)”. Ediciones Era, S. A, Ciudad de Méjico.

Ceceña Ana Esther: “Entrevista” Página 12, edición del 1° de Diciembre del 2002, Buenos Aires, Argentina.

Marx, Karl: “El manifiesto Comunista y otros ensayos”. Sarpe, 1985, Madrid, España.

Ferry, Luc: “El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre” Tusquets, Barcelona, España, 1994.

Gilly Adolfo: “El hacedor”. Cuadernos del Sur, n° 35, mayo 2003, Buenos Aires, Argentina.

Held David: “La democracia y el orden global”, Paidós, Barcelona, España, 1995.

Mandel Ernest: “Marxismo abierto”, Crítica, Barcelona, España 1982.

Tarcus Horario: “Esperando que llegue una nueva izquierda”. Página 12, edición del 29 de Octubre del 2004, Buenos Aires, Argentina.

Nietzsche, Federico: "Más allá del bien y del mal". Ediciones Libertador, Buenos Aires, Argentina, 2003, 190 páginas.

Nietzsche Friedrich: "La Gaya Ciencia". Ediciones Libertador, 1° Edición, Buenos Aires, Argentina, Noviembre del 2004, 256 páginas.

Nietzsche, Friedrich: "El origen de la tragedia" (Edición especial para Ediciones Libertador), Andrómeda Ediciones, Argentina, Julio del 2003.

Nietzsche, Friedrich: "Ecce Homo" Edicomunicación, S. A, Barcelona, España, 1997, 160 páginas.

Wallerstein, Immanuel: "El Foro Social Mundial en la encrucijada". Publicado en "América Latina en Movimiento", Números 385-386, edición espacial, Foro Social de las Américas, ALAI, 20 julio 2004.

Wallerstein Imanuel: "Otro mundo es posible", Página 12, edición del 6 de Marzo del 2002, Buenos Aires, Argentina.

Wallerstein Imanuel: "La decadencia del poder estadounidense" 1° Edición, Capital Intelectual, Buenos Aires, Argentina, 2006, 192 páginas.

De la Barra, Ximena: "Por un urbanismo incluyente que contribuya a garantizar la ciudadanía". Edita: Instituto Juan de Herrera. Av. Juan de Herrera 4. 28040 MADRID. ESPAÑA. ISSN: 1578-097X

Costa Pinto, L. A: "Negros y blancos en América Latina". En Revista de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, UBA, Quinta época, año VIII, números. 3-4, julio-diciembre 1963.

Fernández Retamar, Roberto: "Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América". 2ª edición, Méjico, Diógenes, 1974.

García Canclini, Néstor: "Políticas culturales en América Latina". 3ª edición Méjico, Grijalbo, 1987.

Blaustein, Eduardo: "Entre el mito de la burguesía nacional y la apuesta a otro perfil industrial" Publicado en Miradas al Sur de la edición del 11 de septiembre del 2011.

Reyes, Neftalí: "Los límites de la revolución" Publicado en Debate Socialista de la edición del 29- 31 de diciembre del 2010.

Cabieses Donoso, Manuel: "Adiós al circo" Publicado en revista Punto Final de la edición del 29 de octubre del 2010.

Hernández, José: "Martín Fierro". Buenos Aires, Anaquel, 1983.

Linares, María Teresa: "La música y el pueblo". La Habana, Pueblo y Educación, 1974.

Martí, José: "Nuestra América". En Ismaelillo/ Versos sencillos y otras páginas. Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1980.

Quijano, Aníbal: "El Movimiento Indígena y las cuestiones pendientes en América Latina", Extramares, Edición Cecilia Bustamante. Editorial Poetas Antiimperialistas de América.

Castro, Fidel: “II Declaración de La Habana”. Obra revolucionaria, Número 5 febrero de 1962

Gilly, Adolfo: “Bolivia, una revolución del siglo XXI” La Jornada. 2 de marzo 2004

Borón, Atilio. “La encrucijada boliviana”.Rebelión 28 de diciembre del 2005.

Sergio Grez: “Se requiere una convergencia de movimientos sociales”

Mariátegui, José Carlos: “Sentido heroico y creador del socialismo” Colección pensamiento de Nuestra América. Casa de las Américas. Tomo I 1982

Castro, Fidel: “Encuentro con los partidos de izquierda”. Méjico, citado en el pensamiento económico de Ernesto Che Guevara Carlos Tablada. Nuestra América, página 39, año 2005

Petras, James: “Evo Morales y Bolivia: Gestos populistas y fondo neoliberal” Rebelión número 6 de Enero del 2006.

Almería, Guillermo: “Evo, los analistas y algunas sugerencias”. La Jornada Enero del 2005

Kohan, Néstor: “Ernesto Che Guevara Otro mundo es posible” Edición Nuestra América, página 57, año 2003.

Karen Hermosilla: “El triunfo del silencio o la abstención como poder del pueblo” publicado el 9/10/2012 en Punto Final edición #770.

Che Guevara, Ernesto: “Tácticas y estrategia de la revolución latinoamericana”.Octubre y Noviembre de 1962 publicada en Verde Olivo el 6 de Octubre de 1968.

Luxemburgo, Rosa: “La revolución rusa. Un análisis crítico” Publicado en “Sobre la revolución rusa” Edición Grijalbo. Méjico, 1980.

Schneider Mansilla, Iván/ Conti, Rodrigo Adrián: “Piqueteros, una mirada histórica”. Ediciones Astralib (Cooperativa Editora), Buenos Aires, Argentina, 2003, 144 páginas.

Armida, María Gabriela: “Los movimientos sociales de resistencia al neoliberalismo en América Latina” en <http://www.monografias.com>.

Armida, Marisa, “Algunos apuntes en torno a las asambleas barriales” en Cuadernos de Filosofía y política # 5, Foro sobre Problemas Contemporáneos en América Latina, Escuela de Filosofía, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Primavera 2003.

Baczko, Bronislaw: “Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas”. Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.

Ceceña, Ana Ester: “El zapatismo. De la inclusión en la nación al mundo en que quepan todos los mundos”, en Gómez, José María (compilador): “América Latina y el (des) orden global neoliberal:

Hegemonía, Contrahegemonía, Perspectivas”, CLACSO, Buenos Aires, 2004.

Jeffrey, Alexander: “Las teorías sociológicas. Desde la Segunda Guerra Mundial Análisis Multidimensional” Ed. Gedisa. Barcelona, 1995.

Popper, K: “La lógica de la investigación científica”. Traducción de Sánchez Zavala. Editorial Tecnos, México, 1991

Elías, Norbert: “Sobre el Tiempo” Edición Fondo de Cultura Económica México, 1989.

Cockcroft, D: “Imperialismo, estado y movimientos sociales latinoamericanos frente al fracaso de la globalización neoliberal” en www.jamescockcroft.com

Ferrarotti, F: “La historia y lo Cotidiano” Ed. Península, colección homo sociologicus, No. 48, Barcelona, 1991.

Laszlo, E: “La gran bifurcación”. Ed, Gedisa, Barcelona, 1993.

Drucker, Peter: “Las nuevas realidades. En el Estado... En la economía y los negocios. En la sociedad y en la imagen del mundo” Ed. Edhasa, Barcelona, 1989.

Patricia Santa Lucía: “El hombre regresa a las cavernas” Publicado el día 7 de noviembre del 2012 en www.elclarin.cl/

Ortega Esquivel, Aureliano: “Las ciencias sociales: entre el cinismo y la perplejidad” en Revista Regiones.

Casulla, N: “El debate modernidad posmodernidad” Ed. Punto sur. Buenos aires, 1989.

Zemelman, H. y Valencia, G: “Los sujetos sociales, una propuesta de análisis” en Nuevos sujetos sociales. Acta Sociológica, mayo-agosto, 1990.

Sader, E. "La emergencia de los nuevos sujetos sociales", en Nuevos sujetos sociales. Acta Sociológica, mayo-agosto, 1990.

Weber, Max: “Economía y Sociedad” Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

Bonfil Batalla, Guillermo: “Pensar nuestra cultura” Alianza Editorial, México, 1991.

Calderón, Fernando: “Movimientos sociales y política” Ed. S XXI-UNAM. México, 1995

Arditi, Benjamín: “La política después de la política” en Actores sociales y demandas urbanas. Silvia Bolos (Coord.) De. P&V-UIA, México, 1995

Enfoque # 79, Reforma 25 de junio de 1995

Carlos Cortés Ruiz: “Las organizaciones no gubernamentales: un nuevo actor social” Revista Mexicana de Sociología # 2192 IIS/UNAM, Enfoque # 79, El Reforma, 25 de junio 1995

París Pombo, María Dolores: “Crisis e identidades colectivas en América Latina” Ed. P&V/UAM, 1990

Charry, Clara Inés - Calvillo, Miriam: “Organizaciones civiles: nuevos sujetos sociales” en www.cem.itesm.mx.

Venpres: “III Foro Pan Amazónico: Movimientos sociales latinoamericanos acuerdan unidad contra el Neocolonialismo” Fecha de publicación: 08/02/04.

Francisco Figueroa: “Lo que está en juego en las elecciones de la FECh” publicado el 8/10/1012 en www.elmostrador.cl

Hoetmer, Raphael: “Los movimientos sociales latinoamericanos de hoy. Reflexiones preliminares” en www.ciudadaniasx.org

Cieza, Guillermo: “Ideas para el debate sobre los nuevos movimientos sociales autónomos”, en Boletín La fogata digital (www.lafogata.org), 26/08/02.

Ricardo Foster: “Carroñeros” en revista Veintitrés de la edición del 2/04/2012.

Ricardo Foster: “La comparación” Publicado en revista Veintitrés de la edición del 29 de agosto del 2012.

Pablo Varas: “La vieja izquierda en la quinta silla. La nueva izquierda de la calle” Publicado el 10/9/2012 en www.granvalparaiso.cl

Alberto Mayol: “A Dios rogando y con los jueces dando” Publicado en diario “El Clarín” de la edición del 13 de octubre del 2012.

Coscia, Jorge: “Bicentenario: amalgama y motor de la integración regional” en revista Noticias de La Cábora, número 3, mayo del 2010.

Entrevista a Norberto Galasso en revista Noticias de La Cábora, número 3, mayo del 2010.

Gilly, Adolfo: “Dominación y Resistencia, Incógnitas ante el FZLN”, Revista Viento del Sur # 7, año 1996.

Petras, James- Veltmeyer, Henry: “¿Un capitalismo andino-amazónico?” Traducido para Rebelión por Andrés Prado.

Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (editores): “Los Movimientos Sociales. Transformaciones Políticas y Cambio Cultural”. Editorial Trotta, Valladolid, 1998.

Katz, Claudio: “Los problemas del autonomismo” en Revista Socialismo o Barbarie, www.socialismo-o-barbarie.org, 01/05/05.

Larrea, Marcelo: “Ecuador: ¿Fin del Protectorado? La ira popular derrota a Lucio”, Boletín La Fogata digital (www.lafogata.org), 23/04/05.

Ramírez Muñoz, Gloria: “El fuego y la palabra”, Editorial Tinta Limón, Buenos Aires, 2004.

Revista Situaciones # 4, Buenos Aires, Diciembre de 2001.

Rocchietti, Ana María: “Movimiento de los Sin Tierra: poder, cultura y verdad”, Seminario de Integración de Ciencias Sociales, dictado durante el 2001 y 2002 Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Rodríguez Lascano, Sergio: “¿Puede ser verde la teoría? Sí, siempre y cuando la vida no sea gris” en Revista Rebeldía # 8, Junio 2003.

Stedile, Joao Pedro y Mancano Fernández, Bernardo: “Brava Gente. A Trajetória do MST e a Luta pela Terra no Brasil”, Editora Fundação Perseu Abramo, Sao Paulo, 1999.

Viano, María Cristina: “Movimientos Sociales: en plural y sin adjetivos. Revisando teoría(s) desde América Latina”, Rosario, 2004. Papeles de Trabajo del Centro de Estudios de Historia Obrera (CEHO), Facultad de Humanidades y Artes, UNR.

Zibechi, Raúl: “Genealogía de la Revuelta. Argentina: La Sociedad en Movimiento”, Editorial Letra Libre, Buenos Aires, 2003.

En “Le Monde Diplomatique”. Capital Intelectual S.A. Acuña de Figueroa 459, (1180) Buenos Aires, Argentina. Publicación mensual. Edición de Junio del 2005, Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Septiembre y Octubre del 2006:

Lemoine, Maurice: “Líneas de fractura continentales”

Lemoine, Maurice: “Momento crítico en Bolivia”

Ross, George: “Hacia la privatización del sistema de jubilaciones en Estados Unidos”

Chippaux, Jean- Philippe: “África, víctima de Big Farma”

Gabetta, Carlos: “Multinacionales y Estados”

Gabetta, Carlos: “Populismos”

Gabetta, Carlos: “Crecimiento, trabajo y democracia”.

Gabetta, Carlos: “El viejo anticlericalismo”

Gabetta, Carlos: “Refundación republicana”

Gabetta, Carlos: “Entre reformas y revolución (Parte 1- 2)”

Gabetta, Carlos: “Populistas, liberales y sociedad”

Stefanoni, Pablo: “La consolidación del evismo”

García Linera, Álvaro: “El desencuentro de dos razones revolucionarias: indianismo y marxismo”

Fals Borda, Orlando: “Globalización y Segunda República”

Cueva, Agustín: “Análisis posmarxista del Estado latinoamericano”

Espina Prieto, Mayra Paula: “Conclusiones para una plataforma de debate sobre el Estado y sus roles en la eliminación de la pobreza”

- Amin, Samir: “¿Qué altermundialismo?”
- Ferrer, Aldo: “Globalización, desarrollo y densidad nacional”
- Herrero, Félix: “Sed de petróleo y gas en el futuro inmediato”.
- Musso, Pierre: “Balance abrumador del berlusconismo”
- Ramonet, Ignacio: “¿Enferma Francia?”
- Revelli, Philippe: “Los frutos amargos de la banana dólar”
- Sarkis, Nicolas: “El desafío energético”
- Diop, Assane: “Batallas por la protección social en África”
- Rossanda, Rossana: “Italia, indiferente a la rebelión francesa”
- Chollet, Mona: “Precariedad en los campos del saber”
- Robert, Anne- Cécile: “Occidente contra Occidente”.
- Chávez, Walter- Stefanoni, Pablo: “Bolivia en revolución”
- Bernard, Cassen-: “Una nueva América Latina se expresa en Viena”
- Garza Toledo, Enrique: “Productividad, empleo y bienestar”.
- Danani, Claudia: “Para una historia política del trabajo”.
- Lambert, Renaud: “Revolución en la revolución”
- Scarpetta, Guy: “Guy Debord, inmune a la cooptación”, Págs. 46-47.
- S. Golub, Philippe: “Estado de emergencia permanente”, Págs. 14- 15.
- Jullien, Francois: “Caminar sobre dos piernas”, Págs. 33, 34 y 35.
- Bishara, Marwan: “De las guerras asimétricas al caos constructivo”.
- Gaveta, Carlos: “De moros y cristianos”, página 3.
- Negri, Antonio: “El nuevo movimiento de los movimientos” con comentarios de Álvaro García Linera, en Cuadernos De Pensamiento Crítico Latinoamericano, #15, año 2, enero del 2009.
- Coraggio, José Luis: “Bases para una nueva generación de políticas socioeconómicas: la economía del trabajo o economía popular”
- En “Prensa Latina” (www.prensalatina.com.mx) edición del 27 de Noviembre del 2007 y del 8 de Septiembre del 2008:
- Lozano, Miguel: “Reforma constitucional venezolana instituye Poder Popular”
- Esquivel, Mario: “Reforma impulsa nuevo esquema de propiedad en Venezuela”
- “Reforma venezolana propone rango constitucional a misiones sociales”.
- Suso, Martín “¿Bolivia ante el caos total?”
- Almeyra, Guillermo: “Las muy diversas autonomías”
- Suso, Martín “¿Bolivia ante el caos total?”
- Almeyra, Guillermo: “Las muy diversas autonomías”
- Modesto, Emilio Guerrero: “Paraguay: Lugo, el insoportable”

Diario “Miradas al sur”. Ediciones del 20 de Julio. 3, 24 de Agosto; 14, 20, 21 de septiembre; 5 de Octubre del 2008, 25 de enero y 1° de febrero y 2 y 30 de agosto del 2009; 24 de enero, 21 de febrero y 28 de Marzo del 27 de Junio del 2010, 3 de julio, 11 de agosto del 2011 y 4 marzo del 2012.

- Anguita, Eduardo: “Vivir en un clima de fin de época”
 Iramaín, Demetrio: “Igual que la madera en el palito”
 Peredo Leigue, Antonio: “La violencia de los frustrados”
 Curia, Luis Eduardo: “El frente externo, nosotros y quién es quién”
 D’Elia, Luis: “¿Progresismo blanco o nacionalismo popular”
 Girotti, Carlos: “Una interpelación radical a los límites del modelo”
 Giles, Jorge: “La lucha por la verdad en tiempo de descuento”
 Giles, Jorge: “La presidenta y la nueva institucionalidad”
 Giles, Jorge: “Dadme un punto de coincidencia”
 Giles, Jorge: “El nacimiento de lo nuevo”
 Giles, Jorge: “la Presidenta, titular en el G- 20”
 Giles, Jorge : “Cristina y los vientos de la historia”
 Giles, Jorge : “Rebeldes, soñadores y patriotas”
 Giles, Jorge: “Cuando la cuestión nacional es una cuestión capital”
 Heyn, Iván: “La otra herencia”.
 Calcagno, Eric: “El estado del Estado”
 Calcagno, Eric: “El discreto encanto del consenso”
 Sinecdoque: “En defensa de la Alianza”
 Guido, Emiliano: “Lula en conflicto con los Sin Tierra”
 Guido, Emiliano: “Cuando el sur busca convertirse en el norte”
 De arriba, Hernán: “La re- tensión entre el hambre y rentabilidad”.
 Cohen, Noemí: “Maíz. Alimento básico en riesgo”
 Anguita, Eduardo: “Redistribuir las conciencias”
 Waisberg, Pablo: “Un proyecto argentino que reemplaza al gasoil en la generación de energía eléctrica”
 Guido, Emiliano: “No veo un escenario de catástrofe”
 Klein, Naomí: “El libre mercado sobrevivirá a la crisis”
 Aronskind, Ricardo: “Frente a la crisis hay que ampliar la demanda”
 Golbert, Samuel: “Pocos ganadores y muchos perdedores”
 Sader, Emir: “Acelerar los procesos de integración”
 Oporto, Mario: “El estudiante como unidad biográfica”
 Horowick, Alejandro: “Paradoja conservadora”
 Long, Diego: “El sistema es un chiste”
 Samuelson, Robert J: “Debilidades de la globalización”
 Calcagno, Eric: “Prensa política y lectores militantes”

Reflexiones de Emir Sader desde Belém Do Pará.

Rosemberg, Diego: “Los movimientos no dan consejos”.

Ceballos: “La derecha presiona”

Orchani: “Atomizados”

Ferrer, Aldo: “Las enseñanzas de la crisis mundial para América Latina”

Rodríguez Martín, Scigliano Federico: “La miseria no merece una política miserable” en revista Ni a palos del 30 de agosto del 2009.

Gómez Balboa, Miguel: “Entrevista a Álvaro García Linera”

Vergara, Soledad: “¿Ciudadanía o beneficencia?” en revista Ni a palos de la edición del 30 de agosto del 2009.

“El libro que relata el despojo de Papel Prensa”, página 4.

Curia, Luis Eduardo: “La restricción externa: una visual dinámica”.

Heller, Carlos: “Queremos un Banco Central distinto para construir un modelo de país”.

Galand, Pablo: “Agrandar la torta para distribuir mejor”

Minujin, Alberto- Help, Camila: “Clase media, una chica fácil para los galanes de la clase alta”

Calloni, Stella: “A pesar de las conspiraciones, seguimos adelante con el modelo”

En Visiones alternativas (www.visionesalternativas.com) edición del 27 de Noviembre del 2007:

Peredo Leigue, Antonio: “La derecha golpista en acción Los mil rostros de la sedición en Bolivia”

Gómez Barata, Jorge: “Las ciencias no son instrumentos para transformar la realidad, sino para comprenderla Escenarios de la batalla de ideas (III)”

Jiménez, Jorge: “Necesitamos el periodismo”

Haiman El Troudi: “Socialismo que ha preferido sintetizar la herencia cultural, social, histórica y política de sus raíces y fuentes originarias Un socialismo a la venezolana”

Katz Claudio: “En las antípodas de Uribe, Calderón y Alán García... Las encrucijadas del nacionalismo radical en América Latina (Parte I)”

Borón, Atilio: “Si en América Latina se hace un reformismo serio, se sientan las bases para un proceso revolucionario. Atilio Borón y su alternativa al neoliberalismo”. Tomado de Bolpress.

Haiman El Troudi: “Socialismo que ha preferido sintetizar la herencia cultural, social, histórica y política de sus raíces y fuentes originarias Un socialismo a la venezolana”

Almería, Guillermo: “El conflicto en la Constituyente es un enfrentamiento de clases Bolivia y la relación de fuerzas continental”

Katz Claudio: “En las antípodas de Uribe, Calderón y Alán García... Las encrucijadas del nacionalismo radical en América Latina (Parte I)”

Prudencio, Rolando: “No es casual que se cuestione y se descalifique al MAS Bolivia: La revolución como proeza y como proceso”

“Inmovilismo y odio”

“Ecuador: Hacia un Gran Frente por la Constitución”

“Ecuador: Constituyendo un nuevo modelo social”

Tano Pérez, Tomás: “El diseñador de la Revolución Bolivariana”

Bernal, Freddy: “El pueblo llegó al poder y no está dispuesto a retirarse”

En revista Argentina económica Edición del 28 de Septiembre del 2008 y 23 de agosto del 2009, 21 y 28 de marzo del 2010:

Ferrer, Aldo: “El derrumbe del fundamentalismo globalizador”

Curia, Luis Eduardo: “¿Hora de atacar el nudo gordiano?”

Curia, Luis Eduardo: “Modelo económico, empleo y pobreza”

De arriba, Hernán: “El rol del estado y el mercado casino”

García T, Alfredo: “Las teorías y la realidad sobre la inflación”



Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Creative Commons Corporation no es un despacho de abogados y no proporciona servicios jurídicos. La distribución de esta licencia no crea una relación abogado- cliente. Creative Commons proporciona esta información “Tal cual”. Creative Commons no ofrece garantías sobre la información suministrada, ni asume responsabilidad por los daños y perjuicios que resulten de su uso.

Licencia

La obra(tal como se define a continuación) según los términos de esta licencia pública de Creative Commons (“CCPL” o “Licencia”). La obra está protegida por derechos de autor y/u otras leyes aplicables. Cualquier uso de la obra diferente al autorizado bajo esta licencia o derecho de autor está prohibido.

Mediante el ejercicio de los derechos a la obra que aquí, usted acepta y acuerda estar obligado por los términos de esta licencia. En la medida en la presente licencia se puede considerarse un contrato, el licenciante le concede los derechos contenidos en consideración de su aceptación de los términos y condiciones.

1. Definiciones

- a) **"Adaptación"** significa una obra basada sobre la Obra o sobre la Obra y otras obras preexistentes, tales como una traducción, la adaptación, la obra derivada, el arreglo de la música o demás transformaciones de una obra literaria o artística, o fonograma o de rendimiento y incluye adaptaciones cinematográficas o cualquier otra forma en la cual la Obra puede ser reformulada, transformada, o adaptada incluyendo cualquier forma reconocible derivada del original, excepto que una obra que

constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia. Para evitar dudas, cuando la Obra es una obra musical o fonograma, la sincronización de la Obra en una relación temporal con una imagen en movimiento ("sincronización") será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia.

- b) "**Colección**" significa una colección de obras literarias o artísticas, tales como enciclopedias y antologías, o ejecuciones, fonogramas o emisiones, u otras obras o prestaciones distintas de las obras que figuran en la Sección 1 (g) siguiente, que por razones de la selección o disposición de las materias, constituyan creaciones de carácter intelectual, en los que se incluye la obra en su totalidad y forma inalterada, junto con una o más de otras contribuciones que constituyen obras, cada una separadas e independientes en sí mismas, que en conjunto se integran en un todo colectivo. Una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada (como se define más arriba) para los fines de esta Licencia.
- c) "**Distribuir**" significa poner a disposición del público. original y copias de la obra o adaptación, en su caso, mediante venta u otra transferencia de propiedad
- d) "**Elementos de la Licencia**" significa los siguientes atributos de alto nivel de licencia seleccionados por el Licenciante e indicados en el título de esta Licencia: Atribución, No Comercial, Compartir en igualdad.
- e) "**Licenciante**" significa el individuo, las personas, entidad o entidades que ofrecen (s) de la Obra bajo los términos de esta Licencia.
- f) "**Autor original**" significa, en el caso de una obra literaria o artística, el individuo, las personas, entidad o entidades que crearon la Obra o si ninguna persona o entidad puede ser identificado, el editor, y además (i) en el caso de una actuación de los actores, cantantes, músicos, bailarines y otras personas que representen un papel, canten, reciten, declamen, interpreten

o ejecuten en cualquier forma obras literarias o artísticas o expresiones del folclore, (ii) en el caso de un fonograma, la productor es la persona física o jurídica que fija por primera vez los sonidos de una ejecución o de otros sonidos, y (iii) en el caso de las emisiones, la organización que transmite la emisión.

- g) "**Obra**" significa la obra literaria y / o artística ofrecida bajo los términos de esta licencia incluyendo, sin limitación, cualquier producción en el campo literario, científico y artístico, cualquiera que sea el modo o forma de expresión, incluido el formato digital, como un libro , panfletos y otros escritos, el trabajo de una conferencia, discurso, sermón u otra de la misma naturaleza; una obra dramática o dramático-musicales; una obra coreográfica o de entretenimiento en pantomimas, una composición musical con o sin letra; una obra cinematográfica a la que se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la cinematografía; una obra de dibujo, pintura, arquitectura, escultura, grabado o litografía; una obra fotográfica a las cuales se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la fotografía; una obra de arte aplicado; una ilustración , mapa, plano, croquis o trabajo tridimensional relativa a la geografía, la topografía, la arquitectura o las ciencias; una actuación, una emisión, un fonograma, una recopilación de datos en la medida en que esté protegido por derecho de autor como un trabajo, o un trabajo realizado por una variedad o un artista de circo en la medida en que no se considera de otra manera una obra literaria o artística.
- h) "**Usted**" significa que es un individuo o entidad ejerciendo los derechos bajo esta Licencia quien previamente no ha violado los términos de esta Licencia con respecto a la Obra, o que ha recibido permiso expreso del Licenciante para ejercer derechos bajo esta Licencia pese a una violación anterior.
- i) "**Ejecutar públicamente**" significa hecer recitaciones públicas del Trabajo y de comunicar al público las recitaciones públicas, por cualquier medio o procedimiento, incluso por medios alámbricos o inalámbricos o al público espectáculos digitales; poner a disposición de las obras públicas, de tal manera que los miembros del público puedan acceder a estas obras desde el

lugar y en el lugar que ellos elijan, para realizar la obra al público por cualquier medio o procedimiento y la comunicación al público de las actuaciones de la Obra, incluso pública digital rendimiento, para transmitir y retransmitir la obra por cualquier medio, incluso los signos, sonidos o imágenes.

- j) "**Reproducir**" significa hacer copias de la obra por cualquier medio, incluyendo, sin limitación, grabaciones sonoras o visuales y el derecho de fijación y reproducción de las fijaciones de la Obra, incluyendo el almacenamiento de una interpretación o ejecución protegida o de un fonograma en forma digital o cualquier otro medio electrónico.
2. **Feria de los Derechos de Negociación.** Nada en esta licencia tiene por objeto reducir, limitar o restringir los usos libres de derechos de autor o los derechos derivados de las limitaciones o excepciones que se prevén en relación con la protección de derechos de autor bajo la ley de derechos de autor u otras leyes aplicables.
3. **Concesión de licencia.** Sujeto a los términos y condiciones de esta Licencia, el Licenciante otorga a Usted una licencia mundial, libre de regalías, no exclusiva, perpetua (por la duración de los derechos de autor) para ejercer estos derechos sobre la Obra como se establece a continuación:
- a) Reproducir la Obra, incorporar la Obra a una o más colecciones, y para reproducir la Obra incorporada en las Colecciones;
- b) para crear y reproducir adaptaciones a condición que cualquier adaptación, incluyendo cualquier traducción en cualquier medio, toma medidas razonables para etiquetar claramente, demarcar, o identificar de otra manera que los cambios se realizaron en la obra original. Por ejemplo, una traducción debe marcarse como "La obra original fue traducida del Inglés al Español", o una modificación podría indicar "La obra original ha sido modificado.";
- c) para distribuir y ejecutar públicamente la obra, incluyendo las incorporadas en las colecciones y,

- d) para distribuir y ejecutar públicamente Adaptaciones.

Los derechos mencionados anteriormente pueden ser ejercidos en todos los medios y formatos ahora conocidos o desarrollados en un futuro. Los derechos antes mencionados incluyen el derecho a efectuar las modificaciones que sean técnicamente necesarias para ejercer los derechos en otros medios y formatos. Sujeto a la Sección 8 (f), todos los derechos no concedidos expresamente por el licenciador quedan reservados, incluyendo, pero no limitado a los derechos descritos en la sección 4 (e).

4. Restricciones. La licencia otorgada en la anterior Sección 3 está expresamente sujeta a, y limitada por las siguientes restricciones:

- a) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la Obra sólo bajo los términos de esta Licencia. Usted debe incluir una copia de, o el identificador uniforme de recursos (URI) para esta Licencia con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la Obra que restrinja los términos de esta licencia o la capacidad del destinatario de la Obra para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Usted no puede sublicenciar la Obra. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a esta Licencia ya la limitación de garantías con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la Obra que pueda restringir la capacidad de un destinatario de la Obra de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Esta Sección 4 (a) se aplica a la Obra cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la obra misma quede sujeta a los términos de esta Licencia. Si Usted crea una Colección, previo aviso de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, retirar de la Colección cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado. Si Usted crea una Obra Derivada, bajo requerimiento de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, quitar de la adaptación cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado.

- b) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la obra derivada solamente bajo: (i) los términos de esta Licencia, (ii) una versión posterior de esta Licencia con los Elementos de la Licencia que esta Licencia, (iii) una licencia de Creative Commons jurisdicción (ya sea este o una versión de la licencia posterior) que contiene los elementos de Licencia que esta Licencia (por ejemplo, de la Attribution-Noncommercial-Share Alike 3.0 EE.UU.) ("Licencia Aplicable"). Usted debe incluir una copia de, o la URI, por licencia pertinente con cada copia de cada adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la adaptación que restrinja los términos de la licencia pertinente o la capacidad del destinatario de la adaptación al ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a la Licencia Aplicable ya los descargos de responsabilidades con cada copia de la Obra tal como se incluye en la adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Adaptación, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la adaptación que restringen la capacidad de un destinatario de la adaptación de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Esta Sección 4 (b) se aplica a la adaptación cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la propia adaptación debe estar sujeta a los términos de la Licencia Aplicable.
- c) Usted no puede ejercer ninguno de los derechos otorgados a Usted en la Sección 3 precedente de modo que estén principalmente destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada. El intercambio de la Obra por otras obras con derechos de autor a través de la tecnología digital de intercambio de archivos o de lo contrario no serán considerados para ser destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada, siempre y cuando no haya pago de ninguna compensación monetaria en conexión con el intercambio de obras protegidas.

- d) Si usted distribuye o ejecuta públicamente la Obra o las adaptaciones o colecciones, para que, a menos que una solicitud ha sido hecha de conformidad con la Sección 4 (a), mantenga intactos todos los avisos de derechos de autor para la Obra y proporcionar, razonable para el medio o medios Usted esté utilizando: (i) el nombre del autor original (o seudónimo, si procede) si fue suministrado, y / o si el Autor Original y / o el Licenciante designa otra parte o partes (por ejemplo, un instituto patrocinador, entidad editora, una revista) para la atribución ("Partes del Reconocimiento") en la nota de derechos de autor del Licenciante, términos de servicios o por otros medios razonables, el nombre de dicha parte o partes, (ii) el título de la Obra si está provisto; (iii) en la medida en que sea posible, el URI, si los hubiere, que el Licenciante especifica para ser asociado con la Obra, salvo que tal URI no se refiera al aviso de derechos de autor o información de licencia de la obra, y (iv) de conformidad con la Sección 3 (b), en el caso de una obra derivada, un aviso que identifique el uso de la Obra en la adaptación (por ejemplo, "Traducción Francesa de la Obra del Autor Original," o "Guión basado en la Obra original del Autor Original"). El crédito requerido por esta Sección 4 (d) puede ser implementado de cualquier forma razonable, siempre que, sin embargo, que en el caso de una adaptación o colección, en como mínimo dicho crédito aparecerá, si un crédito para todos los autores que contribuyeron a la Adaptación o Colección aparece, entonces, como parte de estos créditos y de una manera por lo menos, tan destacada como los créditos de los demás autores contribuyentes. Para evitar dudas, Usted sólo podrá utilizar el crédito requerido por esta Sección con el propósito de reconocimiento en la forma prevista anteriormente y, por ejercer sus derechos bajo esta Licencia, Usted no podrá implícita ni tácitamente aseverar ni dar a entender ninguna conexión, patrocinio o aprobación por parte del autor original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento, según corresponda, de usted o de su uso de la obra, sin el permiso independiente, expreso, previo y por escrito de, al Autor Original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento.
- e) Para evitar dudas:

- i. **Irrenunciable Esquemas licencia obligatoria.** En las jurisdicciones en las que el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorio no podrá ser cancelado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos garantizados por esta Licencia;
- ii. **Esquemas de licencia obligatoria renunciante.** En las jurisdicciones en las que puede ejercerse el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorias renunciado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia, si el ejercicio de tales derechos es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c), y por otra parte renuncia al derecho a cobrar regalías a través de cualquier esquema de licenciamiento obligatorio o legal y,
- iii. **Planes voluntarios de la licencia.** El Licenciante se reserva el derecho a cobrar regalías, sea individualmente o, en el caso de que el Licenciante sea miembro de una sociedad de gestión colectiva que administre los regímenes voluntarios de concesión de licencias, a través de esa sociedad, de cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c).
- f) Salvo que se acuerde lo contrario por escrito por el Concedente o como puede ser de otra manera permitida por la ley aplicable, en caso de que se reproduzca, distribuya o ejecute públicamente la Obra, ya sea por sí mismo o como parte de las adaptaciones o colecciones, no debe distorsionar, mutilar, modificar o tomar otra acción despectiva en relación con el trabajo que cause perjuicio al honor del autor original o reputación. Licenciante acuerda que en esas jurisdicciones (por ejemplo, Japón), en el que cualquier ejercicio del derecho concedido en la Sección 3 (b) de esta licencia (el derecho a hacer adaptaciones) se considerará como una deformación,

mutilación, modificación o cualquier atentado contra el honor del autor original y la reputación, el Licenciante renuncia o afirmar que no, según el caso, esta Sección, en la máxima medida permitida por la legislación nacional aplicable, para que pueda ejercer razonablemente su derecho en virtud de la Sección 3 (b) de esta Licencia (derecho a hacer adaptaciones) pero por lo demás no.

5. Declaraciones, Garantías y Limitación de Responsabilidad.

A menos que se acuerde mutuamente por escrito entre las partes y en la medida máxima permitida por la ley aplicable, el Licenciante ofrece la obra tal cual y no hace ninguna presentación o garantía de ningún tipo respecto de la obra, ya sea expresa, implícita, legal o de otro tipo, incluyendo, sin limitación, las garantías de título, comercialización, aptitud para un propósito particular, no infracción, o la ausencia de latentes u otros defectos, exactitud, o la presencia de ausencia de errores, sean o no sean descubiertos. Algunas jurisdicciones no permiten la exclusión de garantías implícitas, por lo que esta exclusión no se aplique en su caso.

6. Limitación de Responsabilidad.

Excepto en la medida requerida por la ley aplicable en ningún caso el Licenciante será responsable ante usted por cualquier otra teoría legal por cualquier daño especial, incidental, consecuente, punitivo o ejemplar, proveniente de esta licencia o del uso de la obra, aún cuando el Licenciante haya sido advertido de la posibilidad de tales daños.

7. Terminación.

- a) Esta Licencia y los derechos aquí concedidos finalizarán automáticamente en caso que Usted viole los términos de esta Licencia. Las personas o entidades que hayan recibido adaptaciones o colecciones de usted bajo esta Licencia, sin embargo, no verán sus licencias finalizadas, siempre que estos individuos o entidades sigan cumpliendo íntegramente las condiciones de estas licencias. Las secciones 1, 2, 5, 6, 7, y 8 subsistirán a cualquier terminación de esta Licencia.

- b) Sujeto a los términos y condiciones anteriores, la licencia otorgada aquí es perpetua (por la duración del derecho de autor aplicable a la Obra). No obstante lo anterior, el Licenciante se reserva el derecho de difundir la Obra bajo condiciones de licencia diferentes o de dejar de distribuir la Obra en cualquier momento, siempre que, sin embargo, que ninguna de tales elecciones sirva para retirar esta Licencia (o cualquier otra licencia que haya sido, o se requiere para ser concedida bajo los términos de esta Licencia), y esta licencia continuará en pleno vigor y efecto a menos que termine como se indicó anteriormente.

8. *Misceláneo.*

- a) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra o una Colección, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- b) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente una Obra Derivada, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra original en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- c) Si alguna disposición de esta Licencia es inválida o no exigible bajo la ley aplicable, esto no afectará la validez o exigibilidad del resto de condiciones de esta Licencia y, sin acción adicional de las partes de este acuerdo, tal disposición será reformada en la lo estrictamente necesario para hacer tal disposición sea válida y exigible.
- d) Ningún término o disposición de esta Licencia se estimará renunciada y ninguna violación consentida a menos que esa renuncia o consentimiento sea por escrito y firmado por las partes que serán afectadas por tal renuncia o consentimiento.
- e) Esta Licencia constituye el acuerdo completo entre las partes con respecto a la Obra licenciada aquí. No hay entendimientos, acuerdos o representaciones con respecto a la Obra que no estén especificados aquí. El Licenciante no será obligado por ninguna disposición adicional que pueda aparecer en cualquier

comunicación proveniente de Usted. Esta Licencia no puede ser modificada sin el mutuo acuerdo por escrito entre el Licenciante y Usted.

- f) Los derechos concedidos bajo, y hace referencia a la materia, en la presente Licencia se elaboraron utilizando la terminología de la Convención de Berna para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas (enmendado el 28 de septiembre de 1979), la Convención de Roma de 1961, el autor de la OMPI Tratado de 1996, la OMPI sobre Interpretación o Ejecución y Fonogramas de 1996 y la Convención Universal sobre Derecho (revisada el 24 de julio de 1971). Estos derechos y prestaciones en vigencia en la jurisdicción relevante en que los términos de licencia se trató de hacerse cumplir de acuerdo con las disposiciones correspondientes de la aplicación de las disposiciones de los tratados en el derecho nacional aplicable. Si el conjunto estándar de los derechos concedidos en virtud del derecho de autor aplicable incluye derechos adicionales no concedidos bajo esta Licencia, tales derechos adicionales se considerarán incluidos en la Licencia, esta licencia no se pretende restringir la licencia de ningún derecho bajo la ley aplicable.

Aviso Creative Commons

Creative Commons no es parte en esta Licencia y no ofrece ninguna garantía en relación con la Obra. Creative Commons no será responsable frente a Usted o cualquier parte en cualquier teoría legal de ningún daño, incluyendo, sin limitación, cualquier daño general, especial, incidental o consecuente, originado en conexión con esta licencia. No obstante lo anterior dos (2) oraciones anteriores, si Creative Commons se ha identificado expresamente como el Licenciante, tendrá todos los derechos y obligaciones del Licenciante.

Excepto con el propósito limitado de indicar al público que la Obra está licenciada bajo la CCPL Commons, Creative no se autoriza el uso de cualquiera de las partes de la marca registrada "Creative Commons" o cualquier otra marca o logotipo relacionado a Creative Commons, sin el consentimiento previo y por escrito de Creative Commons. Cualquier uso permitido se hará de conformidad con los vigentes en ese momento de Creative Commons directrices uso de la marca, según lo publicado en su sitio

web o puesto a disposición a petición de vez en cuando. Para evitar cualquier duda, esta restricción de marca no forma parte de esta Licencia.

Creative Commons puede ser contactado en:

<http://creativecommons.org/>